

El lobo de Wall Street

El lobo de Wall Street

Una increíble historia de codicia, excesos
y millones de dólares... real

JORDAN BELFORT

Traducido por Agustín Pico Estrada



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Wolf of Wall Street*

Publicado por Bantam Dell, división de Random House Inc., Nueva York

© 2007 *Jordan Belfort*

Traductor: Agustín Pico Estrada

© por la traducción Grupo Editorial Planeta SAIC, 2008

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2013

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Microbio Gentleman

ISBN: 978-84-15678-04-5

Depósito legal: B. 22.758-2013

Primera edición: noviembre de 2013

Preimpresión: gama sl

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Prólogo.....	13
--------------	----

Libro I

1. Lobo con piel de cordero	29
2. La duquesa de Bay Ridge.....	37
3. Cámara sorpresa	52
4. El paraíso de los WASP	62
5. La droga más poderosa.....	67
6. Congelando a los reguladores	52
7. Pequeñeces que cuentan.....	101
8. El zapatero	114
9. Coartada verosímil	127
10. El Chino Depravado	132

Libro II

11. El país de las ratoneras	149
12. Oscuros presagios	164
13. Lavado de dinero exprés.....	170
14. Obsesiones internacionales	184
15. La confesora	196

16. La recaída.....	214
17. El Gran Falsificador	219
18. Fu Manchú y la mula	238
19. La mula improbable	252
20. Un resquicio en la armadura	261

Libro III

21. Formas y sustancias.....	273
22. Almuerzo en el universo alternativo.....	287
23. Cruzando una delgada línea	305
24. Pasando la antorcha	318
25. Auténticos verdaderos	337
26. Los muertos no hablan.....	361
27. Sólo los buenos mueren jóvenes	383
28. Inmortalizando a los muertos	403
29. Medidas desesperadas	408

Libro IV

30. Nuevas llegadas	427
31. Las alegrías de la paternidad.....	433
32. Nuevas alegrías.....	447
33. Prórrogas	461
34. Mal viaje	470
35. La tormenta antes de la tormenta	494
36. Cárceles, instituciones, cementerios	512
37. Cada vez más enfermo.....	525
38. Marcianos del Tercer Reich.....	554
39. Seis maneras de matar a un intervencionista	591

Epílogo

Los traidores	615
----------------------------	------------

Agradecimientos.....	619
-----------------------------	------------

A mis dos maravillosos hijos, Chandler y Carter Belfort

Nota del autor

Este libro es una memoria, una historia real basada en un conjunto de recuerdos de los diversos sucesos de mi vida. Donde así se indica, los nombres y características identificatorias de ciertas personas aquí mencionadas han sido cambiados para proteger su privacidad. En algunos pasajes he resumido o cambiado de orden episodios y períodos de mi vida para adaptarlos a la narración. También he recreado diálogos para ilustrar de la manera más fiel posible la naturaleza de tales conversaciones.

Prólogo

Un niño perdido

1 de mayo de 1987

—En esta empresa eres la última basura —me dijo mi jefe, mientras recorríamos juntos la sala de negocios de LF Rothschild por primera vez—. ¿Tienes algún problema con eso, Jordan?

—No —respondí—. Ninguno.

—Bien —dijo con sequedad y sin detener la marcha.

Caminábamos por un laberinto de escritorios de caoba marrón y negros cables telefónicos, en el piso veintitrés de una torre de vidrio y aluminio de cuarenta y un pisos que se alzaba sobre la legendaria Quinta Avenida de Manhattan.

La sala de negociaciones era un vasto espacio, de unos quince metros por treinta y cinco. Era un ámbito opresivo, atestado de escritorios, teléfonos, monitores de ordenador y *yuppies* engreídos, unos setenta en total. Se habían quitado las chaquetas de sus trajes y, a esa hora de la mañana —eran las nueve y veinte—, estaban reclinados en sus asientos leyendo sus ejemplares del *The Wall Street Journal* y felicitándose por ser jóvenes Amos del Universo.

Ser un Amo del Universo me parecía una noble aspiración. Mientras pasaba frente a los Amos, enfundado en mi traje azul barato y mis toscos zapatones, descubrí que anhelaba ser uno de ellos. Pero mi nuevo jefe no tardó en recordarme que no lo era.

—Tu trabajo —miró la insignia plástica de mi solapa barata—, Jordan Belfort, es ser un conector, lo que significa que tendrás que llamar a quinientos números de teléfono al día, tratando de sortear a las secretarías que te atiendan. No debes vender nada, recomendar nada ni crear nada. Lo único que tienes que lograr es que los dueños de las empresas a las que llamas te atiendan. —Se detuvo durante un breve instante antes de escupir más veneno—. Y cuando alguno atienda el teléfono, todo lo que tienes que decir es: «Hola, señor Fulano de Tal, le paso con Scott». Me pasas el teléfono y sigues llamando. ¿Crees que puedes hacerlo, o es demasiado complicado para ti?

—No. Puedo manejarlo —dije en tono confiado, mientras una oleada de pánico del tamaño de un tsunami asesino me inundaba. El programa de entrenamiento de LF Rothschild duraba seis meses. Serían meses duros, demoledores, y durante ese tiempo yo estaría a merced de imbéciles como Scott, el estúpido que parecía haber brotado de las ígneas profundidades de un infierno *yuppie*.

Atisbándolo por el rabillo del ojo, llegué a la conclusión de que Scott parecía un pez dorado. Era calvo y pálido, y el poco cabello que le quedaba era de un anaranjado color barro. Tenía poco más de treinta años, era más bien alto, con un cráneo estrecho y labios rosados y abultados. Llevaba una pajarita, lo que le daba un aspecto ridículo. Sus ojos pardos y saltones miraban desde atrás de unas gafas metálicas, que realzaban su aspecto de pez.

—Bien —dijo el estúpido pez dorado—. Éstas son las reglas: no hay recreos, llamadas personales, ausencias por enfermedad, no se llega tarde, no se holgazanea. Tienes treinta minutos para almorzar —se detuvo para dar efecto a sus palabras—, y lo mejor será que regreses a tiempo, porque hay una cola de cincuenta personas dispuestas a aceptar tu puesto de trabajo si te equivocas.

Caminaba sin dejar de hablar. Yo iba un paso detrás de él, hipnotizado por los puntos luminosos color naranja que se deslizaban sobre los grises monitores de las computadoras, trazando miles de cotizaciones de acciones. En el frontal de la sala, una

pared de vidrio daba al centro de Manhattan. Podía ver el Empire State Building frente a nosotros. Era más alto que todos los demás y parecía alzarse hasta el firmamento para rascar el cielo. Era todo un espectáculo, digno de un joven Amo del Universo. Y, en ese momento, llegar a serlo parecía un objetivo cada vez más lejano.

—A decir verdad —farfulló Scott—, no me parece que tengas condiciones para este trabajo. Pareces un niño, y Wall Street no es un lugar para niños. Es un lugar para asesinos. Para mercenarios. En cierto sentido, puede decirse que eres afortunado, porque yo no me ocupé de contratar a la gente. —Soltó una risita irónica.

Me mordí el labio y no dije nada. Era 1987, y parecía que los *yuppies* imbéciles como Scott gobernaban el mundo. Wall Street estaba en plena fase ascendente, y escupía nuevos millonarios a docenas. El dinero era barato, y un tipo llamado Michael Milken había inventado algo llamado «bonos basura» que cambió la manera de hacer negocios de las empresas estadounidenses. Fue una época de codicia desenfadada y de alocados excesos. La era del *yuppie*.

Cuando nos aproximábamos a su escritorio, mi némesis *yuppie* se volvió a mí y dijo:

—Te lo vuelvo a decir, Jordan: eres el último entre los últimos. No eres más que un conector. —Cada palabra rezumaba desdén—. Y hasta que no hayas pasado la primera eliminatoria, conectar será todo tu universo. Y por eso eres la última de las basuras. ¿Algún problema?

—Para nada —respondí—. Es el trabajo perfecto para mí porque, en efecto, soy la última de las basuras.

A diferencia de Scott, no tengo aspecto de pez dorado, lo que me permitió devolverle la mirada con confianza cuando escrutó mi rostro en busca de indicios de ironía. Pero sí soy más bien bajo y, a los veinticuatro años, aún tenía las blandas facciones propias de un adolescente. Era un rostro que hacía que aún me pidieran la identificación al entrar en un bar. Tenía una buena cabellera castaña, una piel lisa y olivácea y dos grandes ojos azules. No estaba del todo mal.

Pero, ¡ay!, cuando le dije a Scott que yo era la última de las basuras, no mentía. El hecho es que así me sentía. El problema era que la primera empresa que había fundado se había ido a pique, y yo con ella. Había sido una incursión mal concebida en la industria de la carne y el pescado y, cuando terminó, me encontré en deuda por el fletado de veintiséis camiones, todos personalmente garantizados por mí, y todos impagados. De modo que me perseguían los bancos, y también una belicosa agente de American Express —por como sonaba, debía de ser barbuda y pesar unos ciento cincuenta kilos— que amenazaba con patearme el culo personalmente si no pagaba cuanto antes. Había evaluado la posibilidad de cambiar mi número de teléfono, pero le debía tanto dinero a la compañía que prestaba el servicio que ni siquiera podía hacer eso.

Llegamos al escritorio de Scott, quien me indicó el asiento contigo al suyo con nuevas y amables palabras de estímulo:

—Mira el lado bueno —bromeó—. Si por algún milagro no te despiden por vago, estúpido, insolente o por llegar tarde, tal vez algún día llegues a convertirte en corredor de Bolsa. —Sonrió ante su propio humor—. Y, sólo para que lo sepas, el año pasado gané más de trescientos mil dólares, y el otro tipo para el que trabajarás ganó más de un millón.

¿Más de un millón? Apenas si podía imaginar lo insoportable que debía de ser el otro tipo. Sintiendo que el corazón me daba un vuelco, pregunté:

—¿Quién es el otro?

—¿Por qué? —contestó mi atormentador—. ¿A ti qué te importa?

«¡Por Dios! —pensé—, ¡habla sólo cuando te hablen, idiota!» Era como estar en la infantería de Marina. De hecho, tenía toda la impresión de que la película preferida de este imbécil era *Oficial y caballero*, y que estaba representando su fantasía de ser Lou Gossett, jugando a ser un sargento instructor a cargo de un infante de marina de pocas luces, que era yo. Pero no compartí ese pensamiento, sino que sólo dije:

—Oh, nada. Era sólo, eh, curiosidad.

—Se llama Mark Hanna y no tardarás en conocerlo. —Me

entregó una pila de tarjetas de archivador de siete por doce centímetros. Cada una de ellas tenía el nombre y el número de teléfono de un adinerado propietario de empresa—. Sonríe y llama —dijo—, y no alces tu puta cabeza hasta que no sean las doce. —Se sentó, cogió un ejemplar del *The Wall Street Journal*, apoyó sus pies calzados con elegantes zapatos negros de cocodrilo sobre su escritorio y se puso a leer.

Estaba por descolgar el teléfono cuando una mano enorme se apoyó sobre mi hombro. Alcé la vista y me di cuenta al momento de que se trataba de Mark Hanna. Como un verdadero Amo del Universo, hedía a éxito. Era un tipo robusto, de casi un metro noventa de altura y unos cien kilos de peso, casi todos de músculo. Tenía el cabello negro como el azabache, ojos oscuros e intensos, facciones toscas y carnosas y una considerable cantidad de cicatrices de acné. Era bien parecido, de un modo urbano, con algo del aire enrollado propio del Greenwich Village. Irradiaba carisma.

—¿Jordan? —dijo en tono notablemente amable.

—Sí, ése soy yo —repuse con voz sepulcral—. Última basura de primera, a tus órdenes.

Lanzó una cálida risa que hizo que las hombreras acolchadas de su traje rayado de dos mil dólares subieran y bajaran. Luego, hablando a un volumen innecesariamente alto dijo:

—¡Bien, veo que ya conociste al tonto del pueblo! —Señaló a Scott con la cabeza.

Asentí con un levísimo movimiento de cabeza. Me guiñó un ojo.

—No te preocupes. El corredor jefe soy yo. Éste es un segundón que no vale nada. De modo que no le hagas caso a nada que haya dicho ni a nada que vaya a decir nunca.

Traté, en vano, de no mirar a Scott, quien murmuró:

—¡Púdrete, Hanna!

Mark no se mostró ofendido sino que, dando la vuelta a mi escritorio e interponiendo su mole entre Scott y yo dijo:

—No le hagas caso. Me dicen que eres un vendedor de primera. De aquí a un año ese retrasado te estará besando el culo.

Sonreí, sintiendo una mezcla de orgullo e incomodidad.

—¿Quién te dijo que soy buen vendedor?

—Steven Schwartz, el tipo que te contrató. Me dijo que te defendiste muy bien en la entrevista de selección. —Mark rió al recordarlo—. Quedó impresionado. Dijo que te prestemos atención.

—Sí, yo estaba preocupado por la posibilidad de que no me contrataran, así que pensé que lo mejor sería hacer algo drástico, ya sabes, impresionarlo. —Me encogí de hombros—. Pero me dijo que bajara un poco el tono.

Mark sonrió.

—Bueno, no lo bajas demasiado. La presión es imprescindible en esta actividad. La gente no compra acciones. Hay que vendérselas. No lo olvides nunca. —Hizo una pausa para dar peso a sus palabras—. Don Infeliz, aquí presente, te dijo algo que es cierto: ser conector es lo peor. Yo lo hice durante siete meses y quería matarme cada día. De modo que te contaré un pequeño secreto —bajó la voz con aire conspirativo—: sólo debes fingir que conectas. Holgazanea cuanto puedas. —Sonrió y me guiñó el ojo antes de volver a adoptar un tono normal—. No me interpretes mal: quiero que me pases tantas llamadas como te sea posible, porque eso es lo que me permite ganar dinero. Pero no quiero que esto te lleve a cortarte las venas, porque de testos la sangre. —Volvió a guiñarme el ojo—. Así que tómate muchos recreos. Ve al lavabo y hazte una paja si lo necesitas. Yo lo hacía, y siempre me dio buenos resultados. Supongo que te gusta hacerte pajas, ¿no?

Quedé ligeramente azorado ante la pregunta, pero, según aprendí más adelante, una oficina de negocios de Wall Street no es lugar para finezas. Palabras como «mierda», «joder», «imbécil» y «polla» eran tan comunes como «sí», «no», «quizás» y «por favor». Dije:

—Eh, sí, me encanta hacerme pajas. Quiero decir, a todo el mundo le gusta, ¿no es así?

Asintió con la cabeza con expresión de alivio.

—Bien, así me gusta. Pajearse es fundamental. Y también recomiendo vivamente el consumo de drogas, cocaína en particular, porque te hará llamar más deprisa, y eso es bueno para mí.

—Se detuvo, como si tratara de recordar más sabios consejos, pero al parecer no se le ocurrió ninguno—. Bueno, eso es más o menos todo —dijo—. Por ahora, es todo el conocimiento que te puedo impartir. Todo irá bien, novato. Algún día recordarás esto y te reirás; te puedo prometer que es así. —Volvió a sonreír antes de sentarse frente a su propio teléfono.

Al cabo de un momento sonó el timbre que indicaba que el mercado acababa de abrir. Miré mi reloj de pulsera Timex, comprado en JC Penney por catorce dólares la semana anterior. Nueve treinta en punto. Era el 4 de mayo de 1987. Mi primer día en Wall Street.

La voz de Steven Schwartz, director de ventas de LF Rothschild, sonó en los altavoces.

—Muy bien, caballeros. El mercado de futuros parece fuerte esta mañana, se están haciendo compras serias desde Tokio. —Steven sólo tenía treinta y ocho años, pero había ganado más de dos millones durante el año pasado. Otro Año del Universo—. Estamos hablando de una ganancia de diez puntos en la apertura —añadió—, así que, ¡a los teléfonos y a toda marcha!

Y así se desató el pandemonio en el recinto. Los pies abandonaron los escritorios, los *The Wall Street Journal* fueron a las papeleras, las camisetas se arremangaron hasta el codo y los corredores cogieron sus teléfonos y comenzaron a llamar. Yo agarré el mío e hice lo mismo.

Al cabo de pocos minutos, todos daban furiosas zancadas y vociferaban en sus teléfonos haciendo gestos frenéticos, produciendo una ensordecedora algarabía. Era la primera vez que oía el rugido de una sala de negociaciones de Wall Street, y me recordó al de una multitud. Es algo que nunca olvidaré, que cambió mi vida para siempre. Era el sonido de hombres jóvenes embargados por la codicia y la ambición, lanzándose con toda su alma sobre los propietarios de empresas de todo el país.

—A ese precio, Miniscribe es un jodido regalo —chillaba en su teléfono un *yuppie* de rostro redondo. Tenía veintiocho años de edad, una adicción galopante a la cocaína e ingresos brutos de 600.000 dólares al año—. ¿Quién lo pone en duda, tu corredor de acciones de Virginia Occidental? Tal vez sea bueno para

escoger acciones de minería del carbón, pero estamos en la década de 1980. ¡Ahora el negocio es la alta tecnología!

—¡Tengo cincuenta mil de a cincuenta para julio! —gritaba un corredor, a dos escritorios de distancia.

—¡Se quedaron sin dinero! —aullaba uno.

—¡No me estoy haciendo rico con esto! —le juraba otro a un cliente.

—¿Estás de broma? —refunfuñaba Scott a su auricular—. ¡Después de repartir mi comisión con la empresa y con Hacienda, apenas si me queda para darle de comer a mi perro!

Cada tanto, algún corredor colgaba el teléfono con aire de triunfo, llenaba una orden de compra y se dirigía al sistema de tubos neumáticos adosado a las columnas del recinto. Metía el papel en un cilindro de vidrio y contemplaba cómo salía propulsado hacia el techo. Desde allí, la orden llegaba al buró de ventas, en el otro extremo del edificio, donde sería transmitida para su ejecución a la Bolsa de Valores de Nueva York. El techo se había rebajado para colocar los tubos, y yo sentía que me oprimía la cabeza.

A las diez, Mark Hanna ya había ido tres veces a la columna y estaba a punto de hacerlo una cuarta. La forma en que se manejaba por teléfono era asombrosa. Era como si les ofreciera disculpas a sus clientes mientras les arrancaba los ojos.

—Señor, permítame decirle algo —hablaba con el presidente de unas de las quinientas mayores compañías, según la revista *Fortune*—. Me enorgullezco de entender cómo se llega al fondo de estos asuntos. Y mi objetivo no sólo es acompañarlo a entrar en ellos, sino también a salir. —Su tono era tan suave y amable que lindaba con lo hipnótico—. Quiero que, a largo plazo, usted salga beneficiado, usted y su empresa. Y también su familia.

Dos minutos más tarde, Mark despachaba por el sistema de tubos un pedido de un cuarto de millón de dólares por unas acciones llamadas Microsoft. Era la primera vez que yo oía tal nombre, pero parecía tratarse de una empresa razonablemente sólida. Como sea, la comisión de Mark por el negocio fue de tres mil dólares. A mí me tocaron siete dólares.

Cuando dieron las doce estaba mareado y hambriento. De

hecho, estaba mareado, hambriento y sudaba profusamente. Pero, sobre todo, estaba enganchado. El poderoso rugido zumbaba en mis entrañas y resonaba en cada fibra de mi ser. Me había dado cuenta de que podía hacer ese trabajo. Podía hacerlo igual que Mark Hanna, probablemente mejor. Sabía que podía ser de lo más convincente.

Para mi sorpresa, en lugar de bajar al vestíbulo y gastar la mitad de mi ganancia en dos *hot dogs* y una Coca-Cola, me encontré subiendo en el ascensor en compañía de Mark Hanna. Íbamos rumbo al restaurante de cinco estrellas llamado Top of the Sixes, ubicado en el último piso del edificio. Allí comían los mejores. Era el lugar donde los Amos del Universo se entonaban con martinis mientras se contaban sus hazañas de guerra unos a otros.

En el momento mismo en que entramos en el restaurante, Luis, el *maitre*, se precipitó sobre Mark. Le estrechó la mano con vehemencia mientras le decía qué maravilloso era verlo en esa gloriosa tarde de lunes. Mark le deslizó cincuenta dólares, ante lo cual estuve a punto de tragarme la lengua, y Luis nos condujo hasta una mesa de un ángulo desde donde se veía un fabuloso panorama del Upper West Side de Manhattan y el puente George Washington.

Mark le sonrió a Luis y dijo:

—Danos dos martinis de Absolut, puros. Y trae otros dos en... —miró su Rolex de oro macizo— exactamente siete minutos y medio. Después, sigue trayéndolos cada cinco minutos, hasta que uno de los dos se desmaye.

Luis asintió.

—Por supuesto, señor Hanna. Excelente estrategia.

Le sonreí a Mark y dije, en tono de disculpa:

—Lo siento pero, eh, no bebo. —Me volví a Luis—: Tráeme una Coca-Cola. Eso será suficiente.

Luis y Mark se miraron con una expresión que hacía pensar que yo acababa de cometer un delito. Pero Mark sólo dijo:

—Es su primer día en Wall Street, dale tiempo.

Luis me miró, frunció los labios y meneó la cabeza con aire grave.

—Entiendo. No se preocupe. Pronto será usted todo un alcohólico.

Mark asintió con la cabeza.

—Bien dicho, Luis. Pero de todas maneras, tráele un martini, sólo por si cambia de idea. En el peor de los casos, me lo bebo yo.

—Excelente, señor Hanna. ¿Su amigo y usted comerán algo o sólo beberán?

Me pregunté de qué mierda estaría hablando Luis. La suya era una pregunta ridícula, dado que era la hora del almuerzo. Pero, ante mi sorpresa, Mark le dijo a Luis que no, que él no comería nada, pero yo sí. Luis me entregó un menú y partió en busca de nuestras bebidas. Al cabo de un instante, supe por qué Mark no comería. Metió la mano en el bolsillo, sacó un frasquito de cocaína, le quitó la tapa e introdujo una diminuta cuchara. La sacó colmada de una centelleante pila del más poderoso de los supresores del apetito que haya creado la naturaleza. La aspiró por la fosa derecha antes de repetir el proceso y hacer lo mismo por el lado izquierdo.

Yo estaba aturdido. ¡No podía creerlo! ¡Estaba ahí, en ese restaurante! ¡Con los Amos del Universo! Miré por el rabillo del ojo para ver si alguien lo había visto. Al parecer, ello no había ocurrido, y ahora me doy cuenta de que, de haber sido así, a nadie le hubiese importado una mierda. A fin de cuentas, estaban demasiado concentrados en alterar sus mentes con vodka, whisky, ginebra, bourbon y cualesquiera fuesen los fármacos peligrosos que sus exagerados salarios les permitían adquirir.

—Toma —dijo Mark pasándome el frasquito—. De esto se trata Wall Street. De esto, y de las putas.

¿Putas? Eso sí que me pareció raro. Digo, ¡yo jamás había estado con una! Por otra parte, estaba enamorado de la chica con la que estaba a punto de casarme. Se llamaba Denise y era tan bella por dentro como por fuera. Mi deseo de serle infiel era menos que cero. Y en cuanto a la coca, bueno, sí, había hecho mis cosas en la universidad, pero hacía años que no probaba nada más fuerte que la marihuana.

—No, gracias —le dije, con cierto embarazo—. No me sienta bien. Me... eh... enloquece. No me deja dormir ni comer y... eh... comienzo a preocuparme por todo. Me sienta mal. Mal de verdad.

—No hay problema —dijo, mientras aspiraba otra ración del frasco—. ¡Pero te aseguro que la cocaína ayuda a soportar este trabajo! —Meneó la cabeza y se encogió de hombros—. Esto de ser corredor de Bolsa es una locura. Digo, no me interpretes mal, lo del dinero y todo eso está muy bien, pero no estás creando nada, no *construyes* nada. De modo que, al cabo de un tiempo se vuelve monótono. —Hizo una pausa, como si procurara dar con las palabras justas—. Lo cierto es que no somos más que vendedores deshonestos. ¡Ninguno de nosotros tiene ni la más remota idea de qué acciones se valorizarán! No hacemos más que arrojar dardos a una diana y, ya sabes, esperar que den en el blanco. Ya te darás cuenta por ti mismo.

Pasamos los siguientes minutos comparando antecedentes. Mark se había criado en Brooklyn, en Bay Ridge, que, hasta donde yo sabía, era un barrio conflictivo.

—Hagas lo que hagas —bromeó—, ni se te ocurra salir con una chica de Bay Ridge. ¡Todas están locas! —Tras administrarse otra dosis del frasquito, prosiguió—. ¡La última vez que salí con una me apuñaló con un lápiz mientras dormía! ¿Te das cuenta?

En ese preciso instante, un camarero enfundado en un esmoquin depositó nuestros tragos sobre la mesa. Mark alzó su martini de veinte dólares; yo, mi Coca-Cola de ocho. Mark dijo:

—Brindo por que el Dow Jones llegue a cinco mil. —Entrechocamos nuestras copas—. ¡Y brindo por tu carrera en Wall Street! —añadió—. ¡Que ganes una puta fortuna y que, tras hacerlo, aún te quede un mínimo trocito de alma! —Sonreímos y volvimos a chocar nuestras copas.

Si, en ese momento, alguien me hubiese dicho que en pocos años yo sería el propietario de ese restaurante, y que Mark Hanna, además de la mitad de todos los corredores de Bolsa de LF Rothschild, trabajaría para mí, le habría dicho que estaba loco. Y si me hubiera dicho que yo aspiraría rayas de cocaína en la barra de ese local mientras una docena de putas finas me contemplaban, admiradas, le habría dicho que había perdido la razón.

Pero eso sólo sería el principio. En ese preciso instante, lejos de allí, ocurrían cosas que no tenían nada que ver conmigo. Para empezar, algo llamado «seguro de cartera»,* que era una herramienta para proteger inversiones, terminaría por poner fin a este frenético ciclo ascendente y haría que el Dow Jones perdiera 508 puntos en un solo día. A partir de entonces, se desencadenaría una secuencia de sucesos casi inimaginable. Wall Street dejaría de funcionar durante un tiempo y la firma de inversiones financieras LF Rothschild se vería obligada a cerrar sus puertas. Y la locura reinaría.

Lo que presento a continuación es una reconstrucción, una reconstrucción satírica, de esa locura, que resultó ser uno de los períodos más desquiciados de Wall Street. Y lo cuento con la misma voz que resonaba en mi cabeza por entonces. Una voz cínicamente mendaz, egoísta y, a menudo, despreciable. Una voz que me permitía racionalizar todo lo que se interpusiera entre yo mismo y una vida de desenfrenado hedonismo. Una voz que me ayudó a corromper y manipular a otros y llevar el desmadre y la locura a toda una generación de jóvenes estadounidenses.

Me crié en una familia de clase media de Bayside, Queens, donde palabras como «nigger»,** «spick»,*** «wop»,**** y «chink»***** eran consideradas las peores palabrotas, que no debían ser pronunciadas jamás. En el hogar de mis padres, toda demostración de prejuicios era recibida con la mayor severidad. Esas cosas se consideraban propias de seres inferiores, seres carentes de raciocinio. Siempre compartí esa actitud, cuando niño, de adolescente, incluso en plena locura. Pero esas feas palabras comenzaron a brotar de mi boca con notable facilidad a medida que la locura arraigaba. Claro que eso también lo racionalizaba. Me decía que estaba en Wall Street, y que en Wall Street no había lugar para delicadezas ni para remilgos sociales.

* Portfolio Insurance, en el original inglés. (*N. del t.*)

** Término despectivo para designar a los afroamericanos. (*N. del t.*)

*** Término despectivo para designar a los hispanos. (*N. del t.*)

**** Término para designar a los italianos. (*N. del t.*)

***** Término despectivo para designar a los chinos. (*N. del t.*)

¿Y por qué te cuento esto? Porque quiero que sepas quién soy y, aún más importante, quién no soy. Y lo narro porque ahora tengo dos hijos y algún día deberé explicarles muchas cosas. Tendré que explicarles cómo su adorado padre, que los lleva al fútbol y va a las reuniones del colegio y se queda en casa los viernes por la noche y les hace ensalada César, fue alguna vez una persona despreciable.

Y porque tengo la sincera esperanza de que el relato de mi vida sirva de advertencia para ricos y pobres por igual, para todos los que viven con una cuchara en la nariz y pastillas en el estómago, o para cualquiera que esté pensando en utilizar los dones que Dios le dio para malgastarlos, para quienes decidan seguir el mal camino y vivir una vida de hedonismo desenfrenado. Y para todos los que crean que ser llamado el lobo de Wall Street tiene algo de romántico.

LIBRO I

1

Lobo con piel de cordero

Seis años más tarde

La locura no tardó en arraigar y, en el verano del 93, me embargaba la curiosa sensación de que era el protagonista de un *reality show*, antes de que éstos se pusieran de moda. Mi programa se debería haber llamado *Vidas de los ricos desequilibrados* y cada día parecía más desequilibrado que el anterior.

Yo había fundado una firma de corredores de Bolsa llamada Stratton Oakmont, que, en ese momento, era una de las más grandes y la más audaz de todas las que existieron en la historia de Wall Street. En Wall Street se decía que yo padecía de una decidida voluntad de muerte y que indudablemente estaría en la tumba antes de los treinta años. Pero claro que eso no era así, pues acababa de cumplir treinta y uno y aún estaba vivo y coleccionando.

En ese momento en particular, un miércoles de madrugada, a mediados de diciembre, iba sentado ante los controles de mi helicóptero bimotor Bell Jet. Había partido del helipuerto de la calle 30, en el centro de Manhattan, y me dirigía a mi finca de Old Brookville, en Long Island. Por mi sistema circulatorio corrían suficientes drogas como para sedar a toda la población de Guatemala.

Eran algo más de las tres de la madrugada, y volábamos a ciento veinte nudos por hora, en algún lugar por encima de la bahía Little Neck de Long Island. Recuerdo haber pensado que era notable que pudiera volar en línea recta, dado que veía doble. De pronto, me sentí mareado. Repentinamente, el helicóptero comenzó a caer en picado y vi que las negras aguas de la bahía se precipitaban hacia mí. Se produjo una terrible vibración en el rotor principal y oí la voz aterrada de mi copiloto en los auriculares. Gritaba, frenético:

—¡Por Dios, jefe! ¡Suba! ¡Suba! ¡Nos vamos a estrellar! ¡Oh, mierda!

Nos enderezamos.

Mi leal y fiable copiloto, el capitán Marc Elliot, vestido de blanco, iba sentado frente a sus propios controles. Tenía órdenes estrictas de no tocarlos, a no ser que yo me desmayara o que estuviésemos en inminente peligro de estrellarnos. Ahora pilotaba él, lo cual posiblemente fuese lo mejor.

Marc era uno de esos capitanes de mandíbula cuadrada que te hacen sentir confianza con sólo mirarlos. No era sólo que su mandíbula fuese cuadrada. Todo su cuerpo parecía hecho de partes cuadradas soldadas entre sí. Hasta su bigote negro era un perfecto rectángulo que, emplazado sobre su firme labio superior, hacía pensar en un cepillo industrial.

Habíamos despegado de Manhattan hacía unos diez minutos, tras una larga velada de martes que se había prolongado incontrolablemente. Sin embargo, la noche había comenzado con relativa inocencia, en un restaurante de moda llamado Canastel's, en Park Avenue, donde cené con mis jóvenes corredores de Bolsa. Pero de algún modo habíamos terminado en la suite presidencial del Helmsley Palace, donde una puta muy cara, llamada Venice, de labios hinchados como por una picadura de abeja y generosas caderas había usado una vela para ayudarme a lograr una erección, lo que resultó ser un esfuerzo vano. Y era por eso que ahora llegaba tarde (con un retraso de cinco horas y media, para ser preciso), lo que significaba que estaba en apuros con mi leal y amante segunda esposa, Nadine, la que, comprensiblemente, aspiraba a convertirme en un hombre golpeado.

Puede que hayas visto a Nadine por la tele: es la rubia sexy que trataba de venderte cerveza Miller Lite durante *Fútbol del viernes por la noche*, la que iba andando por un parque con un *frisbee* y un perro. No decía demasiado en el anuncio, pero a nadie parecía importarle. Lo importante eran sus piernas. Y su culo, que era más redondo que el de una puertorriqueña y lo suficientemente firme como para que, si se dejaba caer una moneda sobre él, rebotara. De cualquier modo, yo no tardaría en experimentar su justa ira.

Respiré hondo y traté de sentarme derecho. Ya me sentía bastante bien, de modo que tomé el mando, indicándole con un gesto al capitán Bob Esponja que estaba listo para seguir pilotando. Lo vi un poco nervioso, de modo que, dedicándole una cálida sonrisa de camaradería, pronuncié algunas palabras de aliento en mi micrófono activado por voz.

—Te faaré esdra por el delirgo, amío —afirmé. Lo que trataba de decir era: «Te pagaré extra por el peligro, amigo».

—Ah, sí, muy bien —replicó el capitán Marc, cediéndome el control—. En el supuesto de que salgamos vivos, recuérdame que te lo reclame. —Meneó su cuadrada cabeza con aire de resignado asombro antes de añadir—: Y no olvides cerrar el ojo izquierdo cuando emprendas el descenso. Ayuda con lo de ver doble.

Mi capitán cuadrado era superinteligente y profesional. De hecho, también él era bastante aficionado a la parranda. Y no sólo era el único piloto con licencia que iba en la cabina, sino que además era el capitán de mi yate de cincuenta metros de eslora, el *Nadine*, así llamado en honor a mi esposa.

Le respondí alzando el pulgar con entusiasmo. Mirando por la ventana de la cabina, procuré entender dónde estábamos. Por delante de mí distinguía las columnas de humo rojas y blancas que se elevaban desde Roslyn, un barrio de judíos adinerados. El humo era un indicador visual de que estaba por entrar en la Costa Dorada de Long Island, donde está Old Brookville. La Costa Dorada es un lugar maravilloso para vivir, en particular si te gustan los WASP [*White, Anglo-Saxon and Protestant*, es decir, blancos, anglosajones y protestantes] de sangre azul y los caba-

llos demasiado caros. En lo personal detesto a ambos, pero, por algún motivo, había terminado por poseer un lote de caballos demasiado caros y hacerme amigo de un grupo de blancos, anglosajones y protestantes de sangre azul, los cuales, suponía yo, me consideraban un joven fenómeno circense judío.

Miré el altímetro. Estábamos a cien metros y descendíamos en espiral. Sacudí la cabeza como hacen los boxeadores al entrar en el cuadrilátero y comencé a bajar en un ángulo de treinta grados, pasando por encima de los ondulados prados del Brookville Country Club. Enderecé el aparato para volar sobre las lozanas copas de los árboles que bordeaban ambos lados de la calle Hegemanns. Me disponía a aterrizar en el campo de prácticas de golf que se extendía al final de mi propiedad.

Con los pedales, hice que el helicóptero se estabilizara a unos seis metros de altura antes de intentar aterrizar. Un ligero ajuste con el pie izquierdo, otro con el derecho, disminuir un poco la potencia, un ligero toque a la barra y, de pronto, el helicóptero tocó tierra, sólo para comenzar a ascender de inmediato.

—¡Oh, miedda! —musité al ver que subíamos. Aterrado, cerré el paso de gasolina y el helicóptero comenzó a caer como una piedra. Y entonces —¡Bam!—, el helicóptero tocó tierra con una gigantesca sacudida.

Meneé la cabeza, atónito. ¡Qué placer increíble! No había sido un aterrizaje perfecto, pero ¿a quién le importaba? Me volví a mi bienamado capitán y farfullé, orgulloso:

—¿Qué tal, amío, ssoy wenko o ssoy wenko?

El capitán Marc ladeó su cuadrada cabeza y alzó mucho sus cejas rectangulares, como si dijera «¿estás loco?». Pero finalmente asintió con la cabeza y una leve sonrisa afloró a sus labios.

—Sí, eres bueno, amigo, debo admitirlo. ¿Mantuviste cerrado el ojo izquierdo?

Asentí.

—Uucionó muy wien —murmuré—. ¡Ees el mejor!

—Muy bien. Me alegra que pienses que soy el mejor. —Lanzó una breve risita—. Tengo que marcharme antes de que nos metamos en problemas. ¿Quieres que llame a seguridad para que venga a buscarte?

—No. Stoy wien, amío.

Con esas palabras, me quité el cinturón de seguridad, saludé al capitán Marc con una burlesca venia, abrí la portezuela y descendí. Volviéndome, cerré la portezuela. Golpeé dos veces la ventanilla, para llamar la atención del capitán sobre el hecho de que tenía la suficiente responsabilidad como para haber cerrado la puerta. Que un hombre en mi estado fuese capaz de una acción de tanta sobriedad me producía una sensación de profunda satisfacción. Luego, me volví otra vez, dirigiendo mis pasos a la casa principal, al ojo mismo del huracán Nadine.

La noche era hermosa. Incontables estrellas titilaban en el cielo. Hacía demasiado calor para tratarse de diciembre. No soplaban ni una pizca de viento, lo que le daba al aire ese olor a tierra y a madera que hace pensar en la infancia. Evocaba noches de verano y campamentos. Pensé en mi hermano mayor, Robert, de quien me había distanciado recientemente. Su esposa amenazó con ponerle una demanda a una de mis empresas por acoso sexual. De modo que fui a cenar con él, bebí demasiado y le dije que su mujer era una imbécil. A pesar de todo, los recuerdos que acudían ahora eran felices, pertenecían a una época mucho más sencilla.

Unos doscientos metros me separaban de la casa principal. Respiré hondo y saboreé el aroma de mi propiedad. ¡Qué olor delicioso! ¡Todo ese césped Bermuda! ¡La fragancia de los pinos! ¡El susurro acariciador del viento! ¡El incesante canto de los grillos! ¡La misteriosa llamada de los búhos! ¡El murmullo del agua de ese ridículo estanque, con su sistema de cascadas!

Le había comprado la propiedad al presidente de la Bolsa de Valores de Nueva York, Dick Grasso, quien tenía un notable parecido con Frank Perdue, el vendedor de pollos. Yo había gastado algunos millones en varias mejoras. La mayor parte la había empleado en el ridículo estanque, y el resto lo había dedicado a un sistema de seguridad y caseta para guardias de última generación. La caseta estaba ocupada, veinticuatro horas al día, por dos vigilantes armados. Los dos se llamaban Rocco. En el interior de la caseta se alineaban monitores que recibían imágenes de las veintidós cámaras de seguridad emplazadas en distintos

puntos de la propiedad. Cada cámara estaba conectada a un detector de movimiento y un foco, creando así una impenetrable muralla de seguridad.

Sentí un tremendo golpe de viento y alcé la vista. El helicóptero había partido y se perdía en la noche. Di unos pasos cortos hacia atrás, luego hice más amplias las zancadas y entonces... ¡oh, mierda! ¡Problemas! ¡Estaba a punto de caerme! Me volví y di dos grandes pasos hacia delante, extendiendo los brazos como alas. Como un patinador sobre hielo que pierde el equilibrio, me tambaleé hacia uno y otro lado, procurando encontrar mi centro de gravedad. Y entonces, de pronto... ¡una luz cegadora!

—¿Qué demonios? —me llevé la mano a los ojos para protegerlos del lacerante dolor que me producía la luz. Había tropezado con uno de los detectores de movimiento y era víctima de mi propio sistema de seguridad. El dolor era insoportable. Tantas drogas me habían dilatado las pupilas, que tenían el tamaño de platos.

Entonces, llegó el oprobio final: mis finos zapatos de cocodrilo tropezaron con algo y caí de espaldas. Al cabo de unos segundos, la luz se apagó. Estiré lentamente un brazo y tanteé el suelo. Palpé la suave hierba con la palma de la mano. ¡Qué magnífico lugar que había escogido para caer! Yo era un experto en caer sin hacerme daño. El secreto era dejarse ir, como lo hacen los dobles de Hollywood. Aún mejor, mi droga favorita —verbi-gracia, los qualuuds— tenía el maravilloso efecto de convertir mi cuerpo en caucho, lo que servía de protección adicional.

Rechacé la idea de que, para empezar, lo que me había hecho caer eran los qualuuds. Al fin y al cabo, usarlos tenía tantas ventajas que me consideraba afortunado por tener esa adicción. ¿Cuántas drogas hay que te hagan sentir así de bien y no produzcan resaca a la mañana siguiente? Y un hombre en mi posición, que acarreaba tan graves responsabilidades sobre sus espaldas, mal podía permitirse sufrir de resaca, ¿verdad?

Y mi esposa... bueno, sí, se había ganado el derecho a hacerme una escena, pero ¿realmente tenía tanto motivo de enfado? Cuando se casó conmigo sabía en qué se metía, ¿o no? ¡Había sido mi amante, por Dios! ¡Eso lo decía todo! ¿Y qué cosa tan

mala había hecho yo esa noche? Nada demasiado terrible, al menos nada que ella pudiera probar.

Mi mente retorcida seguía dando vueltas, racionalizando, justificando, negando, volviendo a racionalizar hasta que logré reunir una buena cantidad de ofendida autojustificación. Sí, pensé, entre los hombres ricos y sus esposas ocurren cosas que ya pasaban en la época de las cavernas o, al menos, la de los Vanderbilt y los Astor. Hay ciertas libertades, por así decirlo, a las que los hombres poderosos tienen derecho, que los hombres poderosos se han ganado. Claro que éstas no eran cosas que yo pudiera decirle a Nadine en esos términos. Era dada a la violencia física y más robusta que yo, o al menos, estábamos en igualdad de condiciones, lo que era otro motivo de resentimiento.

Oí el zumbido eléctrico de un carrito de golf. Debía de ser Rocco Noche o Rocco Día, dependiendo de a qué hora cambiaban de turno. Como fuera, uno u otro Rocco venía a buscarme. Era asombroso cómo siempre me salían bien las cosas. Cuando me caía, siempre había alguien que me levantaba; cuando me atrapaban conduciendo bajo la influencia de las drogas, siempre había algún juez corrupto o agente de policía dispuesto a arreglarlo. Y cuando me desmayaba durante la cena y estaba a punto de ahogarme en la *soupe du jour*, mi esposa, o alguna puta bien dispuesta, siempre estaban ahí para hacerme la respiración boca a boca.

Era como si fuese a prueba de balas o algo así. ¿Cuántas veces había engañado a la muerte? Imposible decirlo. Pero ¿de veras quería morir? ¿Sería que la culpa y los remordimientos me acababan al punto de que me quería quitar la vida? Quiero decir que, ahora que lo pensaba, ¡era asombroso! Tras arriesgar mi vida mil veces, no había sufrido ni un rasguño. Había conducido borracho, volado drogado, caminado por la cornisa de un edificio, buceado sin recordar que lo había hecho, perdido millones de dólares en los casinos del mundo, y aún parecía como si no tuviera más de veintiún años.

Tenía muchos apodos: Gordon Gekko, Don Corleone, Káiser Soze; hasta me llamaban el Rey. Pero mi preferido era el lobo de Wall Street. Me sentaba a la perfección. Yo era un perfecto lobo

con piel de cordero. Parecía un niño, actuaba como tal, pero no era un niño. Tenía treinta y un años, e iba camino de cumplir sesenta, porque, como un perro, envejecía siete años por año. Pero era rico y poderoso y tenía una hermosa mujer y una bebé de cuatro meses que era la perfección encarnada.

Como dicen, todo andaba bien y todo parecía funcionar. De alguna manera, no sabía exactamente cómo, no tardaría en encontrarme bajo una colcha de seda de doce mil dólares, durmiendo en mi principesco dormitorio revestido de suficiente seda china como para hacer paracaídas para todo un escuadrón. Y mi esposa... bueno, me perdonaría. Al fin y al cabo, siempre lo había hecho.

Y con ese pensamiento, me desmayé.

2

La duquesa de Bay Ridge

13 de diciembre de 1993

A la mañana siguiente o, si queremos ponernos técnicos, pocas horas después, me encontraba disfrutando de un delicioso sueño. Era la clase de sueño que todo joven anhela, así que decidí no despertarme. Estaba solo en la cama y Venice la Puta se me acercaba. Se hincaba al borde de mi cama extra grande. No alcanzaba a tocar esa perfecta visión. Ahora la veía con claridad... una lozana cabellera castaña... hermosos rasgos faciales... tetas jóvenes y jugosas... esas caderas increíblemente torneadas, rebosantes de codicia y deseo.

—Venice —dije—. Ven, Venice. ¡Ven aquí, Venice!

Venice, siempre de rodillas, se me acercaba. Su piel era límpida y blanca y lucía entre la seda... la seda... había seda por todas partes. Sobre nosotros se cernía un dosel de blanca seda china. Cortinados de seda blanca pendían de los cuatro postes de la cama. Tanta seda china blanca... me estaba ahogando en la jodida seda. En ese momento, las absurdas cifras me acudieron a la mente: «La seda cuesta doscientos cincuenta dólares el metro, y debe de haber doscientos metros aquí. Es decir, cincuenta mil dólares de seda china blanca. Mucha jodida seda blanca».

Pero eso era obra de mi esposa, mi querida aspirante a deco-

radora, pero, espera, eso fue el mes pasado, ¿no? ¿Ahora aspira a chef? ¿O a paisajista? ¿O era a experta en vinos? ¿No sería a diseñadora de modas? ¿Quién podía seguirles el rastro a todas sus aspiraciones? Resultaba tan cansado... tan cansado estar casado con un embrión de Martha Stewart...

Sentí unas gotas de agua. Alcé la vista. ¿Y eso? ¿Nubes de tormenta? ¿Cómo podía haber nubes de tormenta en el interior del dormitorio real? ¿Dónde estaba mi esposa? ¡Mierda! ¡Mi esposa! ¡Mi esposa! ¡El Huracán Nadine!

¡Plas!

Desperté y vi el rostro airado, pero aún así bello, de mi segunda esposa, Nadine. En la mano derecha tenía un vaso grande, vacío. La izquierda estaba crispada en un puño, realzado por un diamante amarillo canario, de siete quilates, engastado en platino. Estaba a menos de un metro y medio de mí, y se mecía sobre los talones como un boxeador. Hice una rápida nota mental de cuidarme del anillo.

—¿Por qué mierda hiciste eso? —chillé con desgana. Me enjugué los ojos con el dorso de la mano y me tomé un momento para estudiar a la esposa número dos. ¡Por Dios, qué hembra! Ni siquiera entonces podía negarlo. Vestía un diminuto camisón rosado, tan corto y escotado que parecía más desnuda que si no llevara nada. ¡Y esas piernas! ¡Qué apetitosas! Pero, en cualquier caso, no se trataba de eso. La cuestión era ponerse firme y mostrarle quién mandaba. Apreté los dientes y dije:

—Te lo juro por Dios, Nadine, te voy a matar...

—¡Ay! ¡Me muero de miedo! —Interrumpió la insolente rubia. Meneaba la cabeza con expresión de asco y sus pezones rosados asomaban de su casi invisible atuendo—. Tal vez debería correr a esconderme —caviló—. O quizá debería quedarme aquí ¡y molerte a patadas! —gritó estas últimas palabras.

Bueno, en realidad tal vez quien manda sea ella. En cualquier caso, hay que reconocer que tiene ganado el derecho a hacer una escena. Eso es innegable. Y la duquesa de Bay Ridge tiene un carácter del demonio. Sí, es toda una duquesa. Nació en Inglaterra y hasta tiene pasaporte británico. Nunca olvida recordarme ese maravilloso hecho. No deja de ser curioso, sin embar-

go, que nunca haya vivido en Gran Bretaña. El hecho es que residió desde muy pequeña en Bay Ridge, Brooklyn, y se crió en esta tierra de consonantes perdidas y vocales torturadas. Bay Ridge: es ese diminuto rincón de la Tierra donde palabras como «carajo», «mierda», «hijo de puta» e «imbécil» brotan de los labios de los jóvenes nativos con el fervor poético de T. S. Eliot o Walt Whitman. Y ahí fue que Nadine Caridi, mi duquesa mestiza anglo-irlando-germano-noruego-italo-escocesa aprendió a enlazar las palabrotas como lo hacía con los cordones de sus patines.

La cosa no dejaba de tener su humor negro, pensé, recordando que Mark Hanna me había advertido, tantos años atrás, sobre los peligros de salir con chicas de Bay Ridge. Según recordaba, su novia le había clavado un lápiz mientras dormía. Mi duquesa prefería arrojar agua. En cierto modo, no me iba tan mal.

Cuando la duquesa se enfadaba, sus palabras parecían burbujas brotadas de los fétidos abismos de las cloacas de Brooklyn. Y con nadie se enfadaba tanto como conmigo, su leal y fiable marido, el lobo de Wall Street, quien, cinco horas atrás, estaba en la suite presidencial del Helmsley Palace con una vela metida en el culo.

—Dime, pequeño hijo de puta —rugió la duquesa—, quién mierda es Venice, ¿eh? —Hizo una pausa antes de dar un agresivo paso adelante. Se plantó en una pose, con las caderas adelantadas en actitud de desafío, las largas piernas desnudas separadas, los brazos cruzados bajo los pechos, lo que hacía que los pezones sobresalieran. Dijo—: Apuesto a que es alguna putita. —Entornó sus ojos azules con expresión acusadora—. ¿Crees que no sé en qué andas? Vaya, debería romperte la puta cara, tú, tú, pequeño... ¡uaaaargg! —Eso último fue un rugido de furia y, en cuanto terminó de emitirlo, abandonó su pose y cruzó a zancadas hasta el otro extremo del dormitorio, pisando la alfombra Edward Fields color beige y gris, de un valor de ciento veinte mil dólares. Fue, rápida como el rayo, al cuarto de baño. Allí abrió el grifo, volvió a llenar el vaso, y regresó a toda marcha. Parecía el doble de enfadada que un instante antes. Apretó los dientes de pura rabia, lo que realizaba su angulosa quijada de modelo. Parecía la duquesa del Infierno.

A todo esto, yo procuraba reaccionar, pero se movía con demasiada rapidez. No me dio tiempo de pensar. ¡Debe de ser cosa de esos qualuuds! Otra vez me habían hecho hablar en sueños. ¡Oh, mierda! ¿Qué habría dicho? Repasé las posibilidades: la limusina, el hotel, las drogas, Venice la Puta, Venice con la vela, ¡oh, por Dios, la jodida vela! Aparté el pensamiento de mi mente.

Miré el reloj digital de la mesita de noche. Eran las siete y dieciséis. ¡Por Dios! ¿A qué hora había llegado a casa? Sacudí la cabeza, procurando despejar las telarañas. Me pasé los dedos por el cabello. ¡Caramba, estaba empapado! ¡Me debía haber echado el agua por la cabeza! ¡Mi propia esposa! ¡Y me llamó «pequeño hijo de puta»! ¿Por qué el diminutivo? Yo no soy pequeño, ¿o sí? Esa duquesa podía ser muy cruel.

Ya estaba de regreso y a menos de un metro y medio de mí. Tenía el vaso de agua en la mano y, proyectando el codo hacia un costado, se puso en posición de tiro. Y qué expresión la de su rostro: puro veneno. Aun así... ¡su belleza era innegable! No sólo su abundante cabellera de un rubio dorado, sino también los ardientes ojos azules, esos gloriosos pómulos, la nariz diminuta, la afilada línea de su quijada, el hoyuelo del mentón, esos senos jóvenes y cremosos; claro que desde que amamantó a Chandler no habían vuelto a ser lo mismo, pero no era un daño que no se pudiera reparar con diez mil dólares y un escalpelo afilado. Y esas piernas... ¡Dios mío, esas piernas eran algo absolutamente fuera de serie! La forma en que se estrechaban tan bellamente en el tobillo, sin dejar de ser rollizas por encima de la rodilla, era perfecta. Sin duda que, además de su culo, era lo mejor que tenía.

Había visto por primera vez a la duquesa tres años antes. Me pareció un espectáculo tan seductor que terminé por abandonar a mi primera esposa, Denise, tras pagarle varios millones, en un solo pago, además de cincuenta mil al mes en concepto de manutención exenta de impuestos. Se trataba de que se marchara tranquila, sin exigir una auditoría a fondo de mis asuntos.

Y ¡qué rápido se había deteriorado todo! ¿Y qué cosa tan mala había hecho yo? ¿Decir unas pocas palabras en sueños? ¿Eso era un delito? Sin duda que la duquesa se estaba excediendo un poco. De hecho, yo tenía buenos motivos para estar enfa-

dado también. Quizá, si manejaba bien las cosas, conseguiría derivar la escena a una veloz sesión de sexo de reconciliación, que siempre era el mejor. Respiré hondo y dije con inocencia total y absoluta:

—¿Por qué estás tan enfadada? Quiero decir... me confundes un poco.

La duquesa respondió ladeando su rubia cabeza de la forma en que se hace cuando uno oye algo que desafía toda lógica.

—¿Estás confundido? —bramó—. ¿Estás jodidamente confundido? ¡Vaya... pequeñito... hijo... de puta! —¡Otra vez con diminutivos! ¡Eso era demasiado!—. ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Con que llegaste con tu estúpido helicóptero a las tres de la madrugada sin hacer ni una puta llamada de teléfono para avisar que te retrasarías? ¿Te parece una conducta normal para un hombre casado?

—Pero yo...

—¡Y un padre, nada menos! ¡Eres padre ahora! ¡Pero sigues actuando como un niño de mierda! ¿Y te importa acaso que yo acabara de hacer poner césped en ese ridículo campo de golf? ¡Seguramente lo habrás arruinado! —meneó la cabeza con aire asqueado antes de proseguir—. Pero ¿por qué mierda te va a importar? No eres tú quien se ocupó de investigar cómo se hace, ni quien lidió con paisajistas y expertos en golf. ¿Sabes cuánto tiempo le dediqué a tu estúpido proyecto? ¿Lo sabes, hijo de puta desconsiderado?

¡Ah! De modo que su aspiración del mes era ser paisajista. ¡Pero qué paisajista más sexy! Tenía que haber un modo de transformar esta situación. Algunas palabras mágicas.

—Cariño, por favor, es que...

Me advierte, apretando los dientes:

—¡Nada-de-decirme-«cariño»! ¡No me vuelvas a decir «cariño» jamás!

—Pero, cariño...

¡Plas!

Esta vez lo vi venir y llegué a taparme la cabeza con la colcha de seda de doce mil dólares, lo que desvió la mayor parte de su justa ira. De hecho, apenas si me tocó alguna gota. Pero, ay, mi

victoria fue pasajera, y en el momento en que saqué la cabeza de debajo de la colcha, ella ya se dirigía hacia el baño en busca de más agua.

Había regresado. El vaso estaba lleno a rebosar. Sus ojos azules eran como rayos de la muerte. Y sus piernas, ¡caray!, no podía dejar de mirarlas. Pero no era momento para eso. Era momento de que el lobo se pusiera duro. Era hora de que el lobo mostrara los colmillos.

Saqué los brazos de debajo de la colcha de seda blanca, cuidando de no engancharmelos en las miríadas de diminutas perlas cosidas a mano. Puse los brazos en jarra, de modo que sobresalían como las alas de un pollo. Así, la airada duquesa podía disfrutar de la visión de mis poderosos bíceps. Dije en tono grave y admonitorio:

—Ni se te ocurra tirarme más agua, Nadine. ¡Hablo en serio! Dos vasos porque estás enfadada, pase, pero eso de hacerlo una y otra vez... Bueno, es como apuñalar a uno que ya está muerto, tendido en un charco de sangre, ¡es enfermizo!

Eso pareció hacerla reflexionar, pero sólo por un segundo. Dijo, burlona:

—¿Puedes dejar de sacar músculo, por favor? Pareces un maldito imbécil.

—No estaba sacando músculo —dije, dejando de tensar los brazos—. Sólo que eres afortunada de tener un esposo con tan buen físico. ¿No es así, dulce? —le dirigí la más cálida de las sonrisas—. ¡Ahora, ven aquí ya mismo y dame un beso! —En el instante mismo en que las palabras abandonaban mis labios me di cuenta de que había cometido un error.

—¿Darte un beso? —barbotó la duquesa—. ¿Qué, me tomas el pelo? —Cada una de sus palabras rezumaba repugnancia—. ¡Estuve a un tris de cortarte las pelotas y meterlas en una de mis cajas de zapatos! Nunca las hubieses vuelto a encontrar.

Pues sí, tenía razón. Su armario de zapatos tenía la extensión de Delaware, y yo perdería mis pelotas para siempre. Con la mayor de las humildades, dije:

—Por favor, deja que te explique, cari..., digo, dulce. ¡Por favor, te lo suplico!

De inmediato, su expresión comenzó a ablandarse.

—¡No puedo creer que seas así! —dijo moqueando—. ¿Me rezco esto? Soy una buena esposa. Una esposa hermosa. Pero mi marido llega a cualquier hora y habla en sueños de otra. —En un burlesco gemido dijo—: Ahh... Venice... ven a mí, Venice.

¡Por Dios! A veces, esos qualuuds tenían cosas malas. Y ahora, lloraba. Esto era un verdadero desastre. Si lloraba, ¿cómo iba a hacer para llevármela a la cama? Era imperativo cambiar el registro, probar con otra estrategia. En el tono de voz que por lo general se reserva para dirigirse a alguien que está parado al borde de un precipicio y amenaza con saltar, dije:

—Deja ese vaso, dulce, y no llores más. Por favor. Lo puedo explicar todo, de verdad.

Lenta, renuientemente, bajó el vaso hasta la altura de su cintura.

—Adelante —dijo con voz embargada de incredulidad—. Oigamos otra mentira del hombre que se gana la vida mintiendo.

Eso era cierto. El lobo se ganaba la vida mintiendo, pero así son las cosas en Wall Street, en particular si uno quiere ser un jugador verdaderamente poderoso. Todos sabían que esto es así, en particular la duquesa, por lo que no era justo que se mostrara enfadada a ese respecto. Aun así, dejé pasar su sarcasmo, hice una breve pausa para darme un momento adicional para cocinar un cuento chino y dije:

—Ante todo, entendiste las cosas al revés. El único motivo por el que no te llamé anoche fue porque no supe que llegaría tarde hasta que se hicieron casi las once. Sé lo importante que es el reposo para ti y, como supuse que estarías durmiendo, pensé que lo mejor sería no llamar.

La ponzoñosa respuesta de la duquesa:

—Oh, qué jodidamente considerado. Le agradezco al cielo tener un marido tan considerado. —El sarcasmo chorreaba como pus de cada palabra.

Lo ignoré y decidí ir al meollo del asunto.

—Tomaste eso de Venice totalmente fuera de contexto. Ocuorre que anoche me quedé hablando con Marc Packer sobre la posibilidad de abrir un Canastel's en Venice, Calif..

¡Plas!

—¡Eres un mentiroso hijo de puta! —chilló, mientras cogía una bata de seda blanca de una silla tapizada con esa misma tela y que tenía un precio obsceno—. ¡Un absoluto hijo de puta mentiroso!

Lancé un suspiro teatral.

—Muy bien, Nadine, ya te divertiste por hoy. Ahora, regresa a la cama y dame un beso. Aún te amo, aunque me hayas empapado.

¡Cómo me miró!

—¿Ahora quieres follarme?

Alcé mucho las cejas y asentí con vehemencia. Mi expresión era la de un niño de siete años cuando su madre le pregunta: «¿Quieres un helado?»

—Muy bien —vociferó la duquesa—. ¡Háztelo tú mismo!

Y, con esas palabras, la despampanante duquesa de Bay Ridge abrió la puerta, la puerta de caoba maciza de trescientos cincuenta kilos de peso y tres metros y medio de alto, lo bastante maciza como para soportar una explosión nuclear de doce kilotonos, y abandonó la habitación, cerrándola con suavidad tras de sí. Dar un portazo habría hecho pensar mal a nuestro abigarrado personal.

Nuestro curioso elenco de sirvientes: cinco agradablemente rollizas doncellas hispanoparlantes, dos de ellas con sus respectivos maridos; una parlanchina niñera jamaicana para el bebé, cuyas constantes llamadas telefónicas a su patria me costaban mil dólares al mes; un electricista israelí, que seguía a la duquesa a todas partes con la expresión lastimera de un cachorro enamorado; un encargado de mantenimiento, basura blanca con el nivel de motivación de una babosa marina adicta a la heroína; mi doncella personal, Gwynne, quien se adelantaba a satisfacer hasta el más mínimo de mis deseos, por extraño que fuese; Rocco y Rocco, los dos vigilantes armados, destinados a mantener a raya a las hordas de ladrones, a pesar del hecho de que el último robo que ocurrió en Old Brookville tuvo lugar en 1643, cuando los colonos blancos despojaron a los indios de sus tierras; cinco jardineros a tiempo completo, tres de los cuales ha-

bían sido mordidos recientemente por *Sally*, mi perra labradora de color chocolate, que atacaba a cualquiera que se acercase a menos de treinta metros de la cuna de Chandler, en particular si tenía la piel más oscura que una bolsa de papel marrón. Y la más reciente incorporación al equipo: dos biólogos marinos a tiempo completo, marido y mujer, que, por noventa mil dólares al año, mantenían el equilibrio ecológico del improbable estanque. Y, claro, también George Campbell, el conductor de mi limusina, negro como el carbón y que odiaba a todos los blancos, incluido yo.

El que todas esas personas trabajaran en la mansión Belfort no cambiaba el hecho de que, en ese preciso instante, yo estuviese solo, empapado, caliente como un perro y a merced de mi rubia segunda esposa, la aspirante a todo. Miré alrededor en busca de algo con qué secarme. Cogí una de las ondulantes cortinas de seda china blanca y procuré enjugarme. ¡Caramba! No servía de nada. Al parecer, la seda tenía algún tipo de proceso impermeabilizante y sólo hizo que el agua cambiase de lugar. Miré detrás de mí, ¡la funda de la almohada! Era de algodón egipcio, posiblemente de una densidad de tres millones de hebras. Debía de haber costado una fortuna ¡pagada por mí! Quité la funda de la almohada demasiado rellena de plumón de ganso y comencé a enjugarme. Ahhh, el algodón egipcio era muy suave. ¡Y cómo absorbía! Comencé a recuperar mis ánimos.

Me trasladé al lado de la cama de mi esposa para evitar la humedad. Me tataría la cabeza y regresaría al tibio seno de mi sueño. Regresaría a Venice. Respiré hondo... ¡Oh, mierda! ¡Todo tenía el aroma de la duquesa! Al instante, sentí que la sangre acudía a mis entrañas. ¡La duquesa era un animalito muy caliente, y su olor me excitaba! No me quedaba más remedio que masturbarme. Como fuere, era lo mejor que podía hacer. El poder que la duquesa ejercía sobre mí empezaba y terminaba por debajo de la cintura.

En el momento en que comenzaba a consolarme a mí mismo, alguien golpeó la puerta.

—¿Quién es? —pregunté en voz lo suficientemente fuerte como para atravesar la puerta a prueba de bombas.

—Soy Gwynne —dijo Gwynne.

Ahhh, Gwynne, con su delicioso acento sureño. Tan calmante. De hecho, todo en Gwynne era calmante. La forma en que se anticipaba a todos mis caprichos, la manera en que me consentía como si yo fuese el hijo que ella y su marido, Willie, no habían podido concebir.

—Adelante —dije con tono cálido.

La puerta de refugio antibombas se abrió con un chirrido casi imperceptible.

—¡Buen día, buen día! —dijo Gwynne. Llevaba una bandeja de plata maciza, sobre la que había un alto vaso de café ligero helado y un frasco de aspirinas. Bajo el brazo derecho, tenía una toalla blanca.

—Buenos días, Gwynne. ¿Cómo te encuentras hoy? —pregunté con burlesca formalidad.

—Oh, bien... muy bien. Bueno, veo que está del lado de su esposa, de modo que allí me dirijo a servirle su café helado. También le traje una linda toalla para que se seque. La señora Belfort me dijo que se le había derramado un poco de agua.

¡Increíble! ¡Martha Stewart atacaba de nuevo! En ese momento, me di cuenta de que mi erección levantaba la colcha de seda blanca, haciéndola parecer una carpa de circo. ¡Mierda! Rápido como una liebre, recogí las rodillas.

Gwynne se acercó y, depositando la bandeja en la mesilla de noche del lado de la duquesa, dijo:

—Vamos, permítame secarlo. —Se inclinó sobre mí y, como si yo fuese un bebé, se puso a enjugarme la frente con la toalla.

¡Por Dios! ¡Esa casa era un circo! Ahí estaba yo, tendido de espaldas, con una furiosa erección mientras que mi regordeta doncella negra, de cincuenta y cinco años de edad, todo un anacronismo, perteneciente a una era pasada, se inclinaba sobre mí, con sus colgantes tetas a pocos centímetros de mi cara, y me enjugaba con una toalla Pratesi de quinientos dólares. Por supuesto que Gwynne no parecía negra en absoluto. Claro que no. Eso hubiese sido demasiado normal para esa casa. El hecho era que Gwynne era más clara que yo. En mi opinión, en alguna parte de su árbol genealógico, hace quizá ciento cincuenta años, cuando

Dixie aún era Dixie, su tatarata-tatarata-tatarata-abuela había sido esclava y amante secreta de algún rico plantador del sur de Georgia.

Como sea, este primerísimo primer plano de las bambolean-tes tetas de Gwynne hizo que la sangre abandonase mis entrañas a toda velocidad para dirigirse a donde debía estar, a saber, mi hígado y sistema linfático, para allí ser purificada. Así y todo, tenerla así inclinándose sobre mí era más de lo que podía soportar, de modo que le expliqué amablemente que era capaz de en-jugarme la frente solo.

Eso pareció entristecerla un poco, pero sólo dijo:

—Muy bien. ¿Quiere unas aspirinas?

Meneé la cabeza.

—No, estoy bien, Gwynne. De todos modos, gracias.

—Muy bien, ¿y alguna de las pastillitas blancas para el dolor de espalda? —preguntó, inocente—. ¿Quiere que le busque algunas de éstas?

¡Por Dios! ¡Mi propia doncella se ofrecía a buscarme quau-luuds a las siete y media de la mañana! ¿Cómo pretendían que me mantuviese sobrio? Estuviera donde estuviese, las drogas me seguían de cerca, me llamaban. Y en ningún lugar tanto como en mi oficina de Bolsa, donde prácticamente todas las drogas imaginables colmaban los bolsillos de mis jóvenes corredores.

Pero lo cierto es que sí padecía de dolor de espalda. Sufría de un dolor crónico y constante a resultas de un absurdo accidente ocurrido al poco tiempo de conocer a la duquesa. Quien lo causó fue su perro, ese maltés blanco hijo de puta, *Rocky*, que ladraba sin cesar y no tenía otra utilidad que exasperar a todo ser humano con el que entrase en contacto. Yo intentaba que el pequeño imbécil regresara con nosotros después de un día de playa en los Hamptons, pero se negaba a obedecer. Cada vez que trataba de agarrarlo, el diminuto hijo de puta echaba a correr en círculos en torno a mí, obligándome a intentar lanzarme sobre él. Me recordaba a la manera en que Rocky Balboa perseguía un pollo engrasado en *Rocky II*, antes de su pelea de revancha con Apollo Creed. Pero a diferencia de Rocky, que había terminado por volverse veloz como el rayo y, en última instancia, le había ganado a

su rival, yo terminé por lesionarme un disco intervertebral, lo que me dejó en cama durante dos semanas. A continuación, me sometí a dos cirugías de espalda, que no hicieron más que empeorar el dolor.

Así que los qualuuds aliviaban el dolor... o algo así. Aun si no lo hacían, tenía una excelente excusa para seguirlos consumiendo.

Y yo no era el único que odiaba a esa mierdita de perro. Todos lo hacían, a excepción de la duquesa, que era su única protectora, y que lo dejaba dormir a los pies de la cama y morder su ropa interior, lo que por algún motivo me ponía celoso. En cualquier caso, *Rocky* no se marcharía en un futuro inmediato, al menos no hasta que yo diese con una forma de eliminarlo que la duquesa no pudiera endilgarme.

Como sea, le dije a Gwynne que se lo agradecía pero no, no tomaría los qualuuds. Una vez más, pareció lamentarlo. Al fin y al cabo, no había logrado anticiparse a mis necesidades. Pero sólo dijo:

—Muy bien. Ya dispuse el temporizador de la sauna para que esté lista ahora mismo. Y anoche, tarde, le dejé preparada la ropa. Le puse el traje gris a rayas y la corbata azul con pececillos, ¿está bien?

Vaya, eso era servicio. ¿Por qué no sería así la duquesa, al menos un poco? Claro que yo le pagaba a Gwynne setenta mil dólares al año, que era más del doble que hubiera cobrado en cualquier otro sitio, pero aun así... mira lo que obtenía a cambio: ¡servicio y sonrisas! Mientras que mi esposa gastaba, ¡como mínimo!, setenta mil dólares al mes. Lo cierto es que, con todas esas jodidas aspiraciones, lo más probable era que gastase el doble de esa suma. Yo no tenía ningún problema con eso, pero tenía derecho a esperar algo a cambio. Me refiero a que si yo necesitaba salir de vez en cuando y meter mi cosa aquí y allá, bien podía mostrarse más tolerante, ¿no? Sí, sin duda que sí, tanto, que comencé a asentir con la cabeza en respuesta a mis propios pensamientos.

Al parecer, Gwynn interpretó que el movimiento era una respuesta afirmativa a su pregunta, pues dijo:

—Muy bien, entonces me voy a preparar a Chandler, así estará radiante para usted. ¡Que disfrute de su ducha! —¡Era tan, tan, tan alegre!

Una vez resueltas las cosas en mi mente, me zampé mi café helado, me metí seis aspirinas, bajé los pies de la cama y me dirigí a la sauna. Allí sudaría los cinco qualuuds, dos gramos de coca y tres miligramos de Xanax que había consumido la noche anterior, una cantidad de droga relativamente modesta si se tiene en cuenta mi capacidad a ese respecto.

A diferencia del dormitorio, que era un homenaje a la seda china blanca, el cuarto de baño lo era al mármol gris italiano. Estaba dispuesto en un exquisito patrón de entarimado, como lo saben hacer esos italianos hijos de puta y nadie más. ¡Y sin duda que no se habían mostrado cortos a la hora de cobrar! Aun así, pagué a esos italianos ladrones sin pestañear. Al fin y al cabo, que todos estafen a todos es la naturaleza del capitalismo del siglo xx, y el que estafaba a más gente era, en última instancia, el que ganaba el juego. En ese sentido, yo era el campeón mundial invicto.

Me miré al espejo, tomándome un momento para estudiar-me. ¡Por Dios, era un infeliz escuálido! Estaba bastante musculado, pero aun así... ¡Debía saltar de un lado a otro de la ducha para mojarme! «¿Será por las drogas?», me pregunté. Bueno, tal vez, pero, de todas maneras, me quedaba bien. Yo sólo medía un metro sesenta y dos, y una persona muy inteligente dijo alguna vez que nunca se puede ser demasiado rico ni demasiado flaco. Abrí el botiquín y saqué un frasco de Visine extrafuerte. Tendí hacia atrás el cuello y me eché seis gotas en cada ojo, el triple de la dosis recomendada.

En ese preciso instante, un curioso pensamiento me acudió a la mente: ¿Qué clase de persona abusa del Visine? Y, por cierto, ¿por qué me había tomado seis aspirinas? No tenía sentido. A fin de cuentas, a diferencia de lo que ocurría con los qualuuds, la coca y el Xanax, con los cuales los motivos para aumentar la dosis eran obvios, no había absolutamente ninguna razón válida para excederse en las dosis recomendadas de Visine y aspirinas.

Pero lo irónico era que ello representaba con exactitud lo que mi vida había llegado a ser. Se trataba de excederse, de cruzar fronteras prohibidas, de hacer cosas que nunca se te hubiera ocurrido hacer y tratar con gente aún más desquiciada que uno, lo que hacía que, por comparación, la propia vida pareciese de lo más normal.

De pronto, comencé a deprimirme. ¿Qué haría respecto a mi esposa? Caray, ¿sería que esta vez me había pasado de verdad? ¡Se la veía enfadada en serio! Me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Era de suponer que hablando por teléfono con alguna de sus amigas, discípulas o lo que demonios fueran. Debía de estar abajo, vomitando perfectas perlas de sabiduría para sus menos que perfectas amigas. Lo haría con la sincera esperanza de convertirlas en seres tan perfectos como ella, siempre, claro, que prestaran atención a sus lecciones. ¡Ah, sí, así era mi esposa, la duquesa del maldito Bay Ridge! La duquesa y sus leales súbditas, todas esas jóvenes esposas de Stratton, que la aduaban como si fuese la reina Isabel o alguien parecido. Era total y jodidamente nauseabundo.

Pero, para ser justos, debo decir que la duquesa tenía un papel que desempeñar, y que lo hacía bien. Comprendía la desviada idea de lealtad que todos los que tenían algo que ver con Stratton Oakmont sentían hacia la empresa, y había forjado amistades con las esposas de los principales empleados, lo que contribuía a cimentar las cosas. Sí, la duquesa no era tonta.

Por lo general, mientras yo me preparaba para ir al trabajo, me acompañaba al cuarto de baño. Era buena conversadora, cuando no estaba atareada en decirme que me fuera a la mierda. Pero yo solía ser el responsable de que ello ocurriera, de modo que no podía culparla. De hecho, ¿podía culparla de algo? A pesar de toda esa mierda de Martha Stewart, era una muy buena esposa. Decía «te quiero» al menos cien veces al día. Y, a medida que el día avanzaba, iba añadiendo maravillosos calificativos: «ite quiero con desesperación!», «ite quiero incondicionalmente!», además de, por supuesto, mi favorito: «ite quiero con locura!», que me parecía el más adecuado.

A pesar de todas esas declaraciones de amor, aún no estaba seguro de si podía confiar en ella. Al fin y al cabo era mi segunda

esposa, y las palabras son baratas. ¿Realmente estaría junto a mí en las buenas y en las malas? Exteriormente, todos los indicios indicaban que me amaba de verdad. No dejaba de cubrirme de besos y, siempre que estábamos con otras personas, me tomaba de la mano, o me enlazaba con el brazo o me pasaba los dedos por entre el cabello.

Todo esto me confundía. Cuando me casé con Denise, esas cosas no me preocupaban. Nos casamos cuando yo no tenía nada, de modo que su lealtad era incuestionable. Pero después de que ganara mi primer millón, pareció tener alguna oscura premonición, porque me preguntó por qué no podía tener un trabajo normal y ganar un millón al año. Ninguno de los dos sabía que, en menos de un año, yo estaría ganando un millón a la semana. Y ninguno de los dos sabía que, menos de dos años después, Nadine Caridi, *La Chica Miller Lite*, estacionaría frente a mi casa de veraneo en los Hamptons el fin de semana del 4 de julio y bajaría de un Ferrari color banana ataviada con una falda ridículamente corta y un par de zapatos blancos de tacón alto.

Nunca tuve intención de hacer sufrir a Denise. De hecho, nada más lejos de mi intención. Pero con Nadine tuve un flechazo. Y ella conmigo. Enamorarse de alguien no es algo que uno escoge, ¿verdad? Y una vez que ocurre, un amor obsesivo que todo lo consume, cuando dos personas no pueden separarse durante siquiera un momento, ¿es algo que se pueda dejar pasar?

Respiré hondo y exhalé con lentitud, tratando de sofocar todos esos pensamientos sobre Denise. La culpa y el remordimiento son emociones inútiles, ¿o no? Bueno, no, pero yo no tenía tiempo para ellas. Avanzar, ésa era la clave. Correr tan deprisa como me fuera posible sin mirar atrás. Y en lo que hacía a mi esposa... bueno, arreglaría las cosas.

Cuando hube resuelto todo en mi mente por segunda vez en cinco minutos, me obligué a sonreírle a mi propio reflejo y me dirigí a la sauna. Allí sudaría los espíritus malignos antes de recomenzar mi día.

Cámara sorpresa

Tras mis treinta minutos de desintoxicación matinal emergí del dormitorio sintiéndome rejuvenecido. Vestía el traje gris a rayas que me había preparado Gwynne. En la muñeca izquierda lucía un delgado y sobrio reloj de oro Bulgari de dieciocho mil dólares. En los viejos tiempos, antes de que la duquesa llegase a mi vida, yo usaba un macizo e inmenso Rolex de oro. Pero la duquesa, autoproclamada experta en elegancia, gracia y finura, lo desaprobó al instante, explicándome que era vulgar. Me era imposible comprender cómo había llegado a esa conclusión dado que el mejor de los relojes que habría visto cuando se criaba en Brooklyn debía de ser uno con un personaje de Disney en la esfera. Así y todo, parecía entender por instinto cosas como ésa, de modo que, por lo general, le hacía caso.

Pero eso no me afligía. Aún conservaba un bastión de orgullo masculino bajo la forma de un par de espectaculares botas de vaquero negras de piel de cocodrilo. Cada bota había sido confeccionada con una piel entera. Me habían costado dos mil cuatrocientos dólares y las adoraba. La duquesa, claro, las despreciaba. Ese día me las puse con gran orgullo con la esperanza de que le sirvieran a mi esposa de recordatorio de que yo no es-

taba dispuesto a ser maltratado, por más que ello acabara de ocurrir.

Me dirigí a la habitación de Chandler para mi sesión de paternidad matinal, mi parte favorita de la jornada. Chandler era la única cosa completamente pura de mi vida. Tenerla en brazos me hacía olvidar el desmadre y la locura.

A medida que me acercaba a su habitación mi talante mejoraba. Tenía casi cinco meses de edad y era absolutamente perfecta. Pero cuando abrí la puerta de Channy, ¡terrible conmoción! ¡No sólo Channy estaba ahí, sino también su madre! ¡Había estado al acecho en la habitación de Channy, esperando mi llegada!

Allí estaban las dos, sentadas en medio del cuarto, sobre la alfombra rosa más suave que pueda imaginarse. Era otro de los descabelladamente caros toques de Nadine, la ex aspirante a decoradora, quien, por el amor de Dios, ilucía maravillosa! Chandler estaba sentada entre las piernas ligeramente separadas, ¡piernas ligeramente separadas!, de su madre. Su delicada espalda estaba apoyada contra el firme vientre de ella, que la cogía de la barriga para sostenerla. Ambas estaban bellísimas. Channy era una copia perfecta de su madre, de quien había heredado los deslumbrantes ojos azules y gloriosos pómulos.

Respiré hondo para saborear a pleno pulmón el aroma de la habitación de mi hija. ¡Ah, ese olor a talco de bebé, champú de bebé, toallitas de bebé! Y otra bocanada de aire para disfrutar del olor de Nadine. ¡Ah, el aroma de ese champú y acondicionador, de quién sabe qué fabricante, a cuatrocientos dólares el frasco! ¡Su acondicionador de piel de Kiehl, formulado a medida e hipoalergénico, el diminuto matiz de perfume Coco que llevaba como al descuido! Un agradable cosquilleo se difundió por mi sistema nervioso central y alcanzó todo mi ser.

La habitación era perfecta, un pequeño país de las maravillas color rosa. Había incontables animales de felpa, ordenados a la perfección. A la derecha se veían una cuna blanca y un pequeño lavabo, hecho a medida por Bellini, de Madison Avenue, y que había costado la friolera de sesenta mil dólares (¡la duquesa ataca de nuevo!). Por encima de la cuna pendía un móvil rosa y blanco, que emitía una docena de canciones de películas de Dis-

ney, mientras personajes animados reproducidos con consumado realismo daban vueltas y más vueltas. Era otra de las cosas que mi querida aspirante a decoradora había mandado hacer. Sólo había costado nueve mil dólares (¡por un móvil!). Pero ¿qué tenía de malo? Era la habitación de Chandler, la mejor de la casa.

Me tomé un momento para contemplar a mi esposa y a mi hija. La palabra «arrebataadoras» acudió a mi mente. Chandler estaba completamente desnuda. Su piel olivácea era impoluta y suave como la manteca.

Su madre iba vestida para matar o, para ser más precisos, para provocar. Llevaba un minúsculo vestido sin mangas color salmón. ¡Qué escote extraordinario! Su imponente cabellera de un rubio dorado centelleaba a la luz del sol. El vestido se le había subido por encima de las caderas, descubriendo su cuerpo hasta la cintura misma. Faltaba un elemento en el cuadro, pero ¿cuál era? No logré dilucidarlo, de modo que aparté el pensamiento y seguí mirando fijamente. Nadine tenía las rodillas un poco flexionadas y recorrí toda la extensión de sus piernas con la mirada. Sus zapatos hacían juego con su vestido, hasta el último matiz y sombra. Eran Manolo Blahnik y probablemente costaban unos mil dólares, pero, si quieres saber qué pensaba yo en ese instante, valían hasta el último centavo de esa suma.

Tantos pensamientos zumbaban en mi cabeza que me era imposible individualizarlos.

Deseaba como nunca a mi esposa... pero mi hija estaba allí... claro que era tan pequeña, ¿qué podía importar? ¿Y la duquesa, qué? ¿Ya me habría perdonado? Quería decirle algo, pero no sabía qué. Amaba a mi esposa... amaba mi vida... amaba a mi hija... no quería perderlas. Así que allí, en ese preciso instante tomé una decisión. Ya estaba. ¡Sí! ¡Basta de putas! ¡Basta de paseos nocturnos en helicóptero! ¡Basta de drogas! O, al menos, basta de tantas drogas.

Quise hacer esa declaración, ponerme a merced del tribunal, pero no tuve oportunidad de hacerlo. Chandler habló primero, ¡mi hija, la bebé genio! Sonriendo de oreja a oreja dijo con una minúscula vocecilla:

—Pa-pa-pa-pa-pa-pa... Pa-pa-pa-pa-pa-pa...

— ¡Buenos días, papi! —dijo Nadine, poniendo voz de bebé. ¡Tan dulce! ¡Tan increíblemente sexy! —. ¿No me vas dar el beso de los buenos días, papi? ¡De veras lo necesito!

¿Qué? ¿Así de fácil resultaba todo? Cruzando los dedos, me jugué el todo por el todo.

— ¿Puedo besar a las dos? ¿Madre e hija? —frunciendo los labios, le dediqué a mi esposa mi mejor cara de cachorro enamorado.

— ¡Oh, no! —dijo Nadine, haciendo estallar la burbuja en la que me hallaba—. ¡Papá no va a besar a mamá durante mucho, mucho tiempo! Pero su hija se muere por un beso, ¿verdad Channy?

¡Por Dios, mi esposa no jugaba limpio!

Siempre con su voz de bebé, mamá prosiguió:

— Ve, Channy, gatea hasta tu papi. Y tú, papi, agáchate, así Channy va directo a tus brazos. ¿De acuerdo?

Di un paso adelante...

— Bien, suficiente —advirtió ella alzando la mano derecha—. Ahora, inclínate como dijo mamá.

Hice lo que me decía. Al fin y al cabo, ¿quién era yo para discutir con la despampanante duquesa?

Con gran suavidad, Nadine puso a Chandler en el suelo y le dio un ligero impulso. Chandler se puso a gatear hacia mí a paso de caracol repitiendo:

— Papapapa... Papapapa...

¡Ah! ¡Cuánta felicidad! ¡Cuánta alegría de vivir! ¡Me sentía el hombre más feliz del mundo!

— Ven —le dije a Chandler—. Ven con papá, cariño. —Alcé la vista hacia su madre y, al bajarla lentamente... Vi...—. ¡Por Dios, Nadine! ¿Qué te ocurre? ¿Es que has perdido la...?

— ¿Qué pasa, papá? Espero que no veas algo que quieres, pues no podrás obtenerlo —dijo mamá, la aspirante a caliente huevos. Tenía sus gloriosas piernas abiertas de par en par, la falda subida por encima de las caderas. Su bonita vulva rosada, húmeda de deseo, me miraba directamente a los ojos. Nadine sólo llevaba una pequeña mata de suave vello de un rubio melocotón sobre su monte de Venus.

Hice lo único que podía hacer un marido racional: me humillé como el perro que era.

—Por favor, cariño, sabes cuánto siento lo de anoche. Te juro por Dios que nunca...

—Oh, no hace falta que digas nada —dijo Nadine deteniéndome con un ademán—. Mamá ya sabe cuánto te gusta jurar por Dios cuando estás a punto de estallar. Pero no pierdas el tiempo, papá, porque mamá sólo acaba de empezar a darte tu merecido. ¡De ahora en adelante, cuando esté en casa, no llevará más que faldas muy, muy cortas, nada de ropa interior y esto...! —dijo mi seductora esposa con orgullo mientras unía las palmas a la espalda, separaba los codos y se recostaba. Luego, empleando la punta de sus zapatos Manolo Blahnik de tacón alto de un modo que quien los diseñó nunca hubiera imaginado, los convirtió en pivotes eróticos, abriendo y cerrando sus enloquecedoras piernas una y otra vez, hasta que, a la tercera, las separó tanto que sus rodillas estuvieron a punto de apoyarse en la alfombra rosada. Dijo:

—¿Qué ocurre, papá? No tienes buen aspecto.

Bueno, no es que fuera la primera vez que lo veía. De hecho, no era la primera vez que me provocaba de esa manera. Había ocurrido en ascensores, pistas de tenis, estacionamientos y hasta en la Casa Blanca. No había lugar que estuviese a salvo de mi esposa. ¡Pero la cuestión era que me había dejado totalmente atónito! Me sentí como un boxeador que no ha visto venir el puñetazo que lo ha dejado inconsciente... ¡Para siempre!

Para empeorar las cosas, Chandler había detenido su ganeo, decidida a dedicar algún tiempo a inspeccionar la alfombra rosa. Tiraba de sus fibras como si hubiese descubierto algo maravilloso, y no prestaba la menor atención a lo que ocurría a su alrededor.

Hice un nuevo intento de disculparme, pero Nadine me interrumpió metiéndose el índice derecho en la boca y chupándose-lo. Fue entonces cuando perdí el habla. Pareció darse cuenta de que acababa de darme el golpe final, de modo que, poco a poco, se sacó el dedo de la boca y volvió a hablar con voz de bebé:

—Oh, pobre, pobre papá. Le encanta decir que se equivocó

cuando está a punto de correrse en los pantalones, ¿no es cierto, papá?

Me quedé mirándola, incrédulo, preguntándome si todos los casados hacían cosas como ésa.

—Bueno, papá, ahora es demasiado tarde para disculpas. —Frunció sus generosos labios y asintió lentamente con la cabeza, como suelen hacer las personas cuando creen que te acaban de revelar una importante verdad—. Y es una verdadera pena que a papá le guste volar en helicóptero a altas horas de la noche, haciendo Dios sabe qué, porque mamá lo ama mucho, iy nada le gustaría tanto como hacerle el amor a papá durante todo el día! Y lo que a mamá realmente le agradaría sería que papá la bese en su lugar favorito, ahí donde tiene los ojos en este momento.

Nadine volvió a fruncir los labios, fingiendo un puchero.

—Pero, oh... ¡Pobre, pobre papá! No hay manera de que eso ocurra ahora, ni siquiera si papá fuese el último hombre que quedara en la Tierra. De hecho, mamá ha decidido hacer como las Naciones Unidas e instituir uno de sus famosos embargos de sexo. Papá no podrá hacer el amor con mamá hasta el día de año nuevo. —«¿Qué? ¡Cuánto descaró!», pensé—. Y eso, sólo si es un buen chico desde ahora hasta entonces. Si papá comete un solo error, ¡quién sabe si no prolongaremos el embargo hasta el día de Reyes! —¿Qué demonios decía? ¡Mi esposa había enloquecido!

Estaba a punto de sumirme en niveles inéditos de humillación cuando, de repente, recordé algo. ¡Dios mío! ¿Se lo digo? ¡Qué va! ¡Es demasiado bueno como para perderselo!

Mamá, con voz de bebé:

—Y ahora que lo pienso, papá, creo que es hora de que mamá comience a usar sus medias de seda a todas horas, porque, todos sabemos cuánto le gustan a papá las medias de seda, ¿verdad, papá?

Asentí con vehemencia.

Mamá prosiguió:

—¡Sí, claro que lo sabemos! Y mamá está aburrída, harta de usar ropa interior. ¡Basta! ¡De hecho, ha decidido tirarla toda! Así que mira bien, papá —¿ya era el momento de detenerla?

Mmm... ¡Aún no!—, ¡porque a partir de ahora, verás mucho de esto durante todo el día! Pero claro, según las normas del embargo, tocar está estrictamente prohibido. Y nada de pajearse, papá. Hasta que mamá te dé permiso, mantendrás las manos quietas. ¿Entendido?

Yo, con renovada confianza:

—Pero ¿y tú, mamá? ¿Qué vas a hacer?

—Oh, mamá sabe muy bien cómo complacerse. Mmm... mmm... mmm... —gimió la modelo—. ¡De hecho, sólo de pensarlo mamá se está excitando! ¿No detestas los helicópteros, papá?

Me lancé sobre la yugular.

—No sé, mamá, creo que lo tuyo es pura palabrería. ¿Complacerte a ti misma? No lo creo.

Nadine apretó sus generosos labios y meneó la cabeza con lentitud antes de decir:

—Bueno, parece que es hora de que papá aprenda su primera lección...

¡Esto se estaba poniendo bueno! Y Chandler seguía estudiando la alfombra sin prestarnos atención alguna.

—Y mamá quiere que papá no deje de mirar la mano de mamá y que observe con mucha atención, ¡no vaya a ser que el día de Reyes se convierta en el domingo de Ramos en menos tiempo del que se tarda en decir «pelotas congestionadas»! ¿Entiendes quién manda, papá?

Le seguí la corriente, preparándome para lanzar mi bomba.

—Sí, mamá, pero ¿qué vas a hacer con la mano?

—¡Silencio! —dijo Nadine y, sin más trámite, se metió el dedo en la boca y se puso a chupar y chupar hasta que relució de saliva a la luz del sol matinal. Después, lenta, graciosa, lúbrica-mente, su mano tomó rumbo sur... bajó por el cuello... llegó a su pronunciado escote... cruzó el ombligo... y siguió bajando hasta llegar a...

—¡Alto! —dije, alzando la mano derecha—. ¡Si yo fuese tú no haría eso!

Esto sorprendió a mi esposa. ¡También la enfureció! Al parecer, había esperado ese momento mágico con tantas ansias

como yo. Pero ya había llegado suficientemente lejos. Era hora de tirar la bomba. Pero antes de que pudiera hacerlo, se puso a regañarme:

—¡Muy bien! ¡Ahora sí que te la has ganado! ¡Nada de besos ni de hacer el amor hasta el 4 de julio!

—Pero, mami, ¿y qué hay de Rocco y Rocco?

Nadine se detuvo, espantada:

—¿Qué?

Me incliné y levanté a Chandler de la alfombra rosada. Estrechándola contra mi pecho, le di un gran beso en la mejilla. Ahora que Chandler estaba a salvo dije:

—Papá quiere contarle un cuento a mamá. Y cuando haya terminado, mamá estará feliz de que papá la haya detenido antes de que hiciera lo que estaba a punto de hacer y le perdonará todo lo que hizo, ¿de acuerdo?

No reaccionó.

—Muy bien —dije—, ésta es la historia de un bonito dormitorio rosado en Old Brookville, Long Island. ¿Mamá quiere oírla?

Mi esposa asintió con la cabeza. Su perfecta carita de modelo expresaba el más absoluto desconcierto.

—¿Mamá promete mantener las piernas muy, muy abiertas mientras papá le cuenta el cuento?

Asintió lentamente, como en trance.

—Qué bien, porque ése es el paisaje que papá prefiere a ningún otro en el mundo, y lo inspira a contar la historia tan bien como puede. Bueno, había una vez un pequeño dormitorio rosado en el segundo piso de una gran mansión de piedra que se elevaba en un terreno perfecto en la mejor zona de Long Island. Los que vivían allí tenían mucho, mucho dinero. Pero, y esto es importante para la historia, mamá, entre las cosas que tenían, entre sus posesiones, había una que valía mucho más que todas las demás juntas. Era su hijita.

»Resulta que el papá de la historia tenía mucha, mucha gente que trabajaba para él en su empresa. Y como eran todos muy jóvenes y apenas si entendían las reglas sociales, papá y mamá decidieron rodear la propiedad de una gran verja de hierro para

que esos jovencitos ya no pudieran aparecer a cualquier hora. Pero, créase o no, ¡lo seguían haciendo!

Hice una pausa y estudié el rostro de Nadine, que iba perdiendo el color poco a poco. Proseguí:

—Al cabo de un tiempo, papá y mamá estaban tan hartos de que los molestaran que contrataron a dos vigilantes a tiempo completo. Por gracioso que parezca, ¡resulta que ambos se llamaban Rocco! —Hice otra pausa para estudiar el semblante de mi esposa. Ahora estaba pálida como un fantasma.

Continué:

—La cuestión es que Rocco y Rocco se pasaban las horas en una hermosa caseta que se alzaba en el mismo terreno en que transcurre esta historia. Y como a la mamá del cuento le gustaba hacer las cosas como es debido, se puso a investigar qué era lo mejor en equipos de vigilancia y terminó por comprarse las más modernas y sofisticadas cámaras, las que dan la imagen más nítida y brillante que el dinero pueda comprar. ¡Y lo mejor de todo, mamá, eran a todo color! ¡Sí!

Las piernas de la duquesa estaban abiertas en todo su esplendor cuando proseguí:

—Resultó que, hace unos dos meses, papá y mamá estaban tumbados en la cama una lluviosa mañana de domingo, y ella le contó que había leído un artículo donde hablaba de niñeras y doncellas que maltratan a los bebés que se les confían. Esto aterró tanto a papá que le sugirió a mamá que debían poner dos cámaras ocultas y un micrófono activado por voz ¡en el mismísimo dormitorio rosa del que hablábamos al principio del cuento!

»Y una de esas cámaras está justo sobre el hombro de papá —señalé el diminuto agujero que se abría en lo alto de la pared— y, quién lo hubiera dicho, mamá, está enfocada sobre la mejor parte de tu gloriosa anatomía... —de repente, las piernas de Nadine se cerraron como la puerta de la bóveda de un banco— y como amamos tanto a Channy, ¡ésta es la habitación que se vigila con el monitor de treinta y dos pulgadas que ocupa el centro de la sala de vigilancia!

»Así que sonrío, mami. ¡Estás en Cámara Sorpresa!

Mi esposa se quedó inmóvil durante aproximadamente un

octavo de segundo. Luego, como si alguien le hubiera transmitido una descarga de diez mil voltios a través de la alfombra rosa, se incorporó de un salto gritando:

—¡Mierda! ¡A la mierda! ¡Dios mío! ¡No puedo creerlo! ¡Oh, mierda, mierda, mierda! —Corrió a la ventana y miró hacia la caseta... luego giró sobre sus talones y se volvió hacia mí y... ¡bum!... Nadine se desplomó cuando uno de los pivotes eróticos de sus zapatos cedió.

Pero sólo permaneció en el suelo un segundo. Rodó con la velocidad y la habilidad de un luchador profesional y se incorporó de un salto. Mientras yo la contemplaba, azorado, abrió la puerta y la cerró de un golpe tras de sí antes de salir corriendo, sin preocuparse de qué podía pensar del escándalo nuestro pintoresco personal. Y desapareció.

—Bueno —le dije a Channy—, sin duda la verdadera Martha Stewart no hubiese aprobado ese portazo, ¿no te parece, cariño?

A continuación elevé una silenciosa plegaria al Todopoderoso, pidiéndole, mejor dicho, suplicándole, que jamás permitiera que Channy se casara con un tipo como yo, es más, que ni siquiera saliera con uno. No se podía decir que yo fuese un candidato al título de Esposo del Año. Luego, la llevé a la planta baja y se la entregué a Marcie, la parlanchina niñera jamaicana, antes de dirigirme a toda prisa a la caseta. No era cuestión de que la cinta de vídeo de mi esposa terminase en Hollywood como un episodio piloto de *Vidas de los ricos desequilibrados*.

El paraíso de los WASP

Caliente como un perro, registré las veinticuatro habitaciones de la mansión en busca de mamá. De hecho, busqué en cada recoveco de las casi tres hectáreas de la finca, hasta que por fin, de mala gana y con gran tristeza, decidí abandonar la búsqueda. Ya eran casi las nueve y me tenía que ir a trabajar.

No podía imaginar dónde se habría escondido mi querida aspirante a calientahuevos. De modo que renuncié a mis ambiciones sexuales.

Salí de mi finca de Old Brookville apenas pasadas las nueve. Iba repantigado en el asiento trasero de mi limusina Lincoln color azul medianoche. Mi conductor, el enemigo de todos los blanquitos, George Campbell, iba al volante. En los cuatro años que llevaba trabajando para mí sólo había dicho una docena de palabras. Algunas mañanas, ese voto de silencio autoimpuesto me irritaba, pero para ese día era perfecto. De hecho, tras mi altercado con la duquesa, necesitaba algo de paz y tranquilidad.

Sin embargo, parte de mi rutina matinal consistía en saludar a George en un tono excesivamente caluroso, intentando obtener alguna clase de respuesta. La que fuera. De modo que decidí volver a hacer un intento, para no perder la costumbre.

Dije:

—Hola, Georgie. ¿Cómo van las cosas?

George volvió la cabeza aproximadamente cuatro grados y medio hacia la derecha, suficiente para mostrarme apenas el deslumbrante blanco de su esclerótica y asintió levemente.

¡Nunca fallaba, maldita sea! ¡El tipo era un maldito mudo!

En realidad, no era así. Hacía unos seis meses, George me pidió que le prestara (lo cual significaba que le regalara) cinco mil dólares para hacerse una dentadura nueva. Así lo hice, y de buena gana, pero no sin antes pasarme unos buenos quince minutos atormentándolo para que me contara cada detalle: cuántos dientes, cuán blancos serían, cuánto le durarían y qué ocurriría con los que tenía ahora. Cuando George terminó, perlas de sudor corrían por su frente negra como el carbón, y me dio pena haberlo interrogado.

Hoy, como todos los días, George lucía un traje color azul marino y una expresión adusta, lo más adusta que se podía permitir si se tiene en cuenta que ganaba un excesivo salario de 60.000 dólares al año. A mí no me cabía la menor duda de que George me odiaba o que, al menos, sentía resentimiento hacia mí, del mismo modo en que odiaba a todos los blancos y estaba resentido con ellos. La única excepción era mi esposa, la aspirante a amiga del pueblo, a quien George adoraba.

La limusina era de las superlargas, con un bar bien provisto, televisor y reproductor de vídeo, y un asiento trasero que se transformaba en cama doble al pulsar un interruptor. Lo de la cama había sido añadido para aliviar mi dolor de espalda, pero tuvo el efecto no buscado de transformar la limusina en un burdel sobre ruedas de noventa y seis mil dólares. ¿Quién lo hubiera dicho? Esa mañana, mi destino era nada menos que Lake Success, Long Island, la otrora apacible aldea de clase media donde estaba ubicado Stratton Oakmont.

Ahora, la ciudad era como Tombstone, Arizona, antes de la llegada de los Earp. Numerosas industrias caseras habían brotado para satisfacer las necesidades, caprichos y deseos de los jóvenes corredores de Bolsa que yo empleaba. Burdeles, garitos ilegales, clubes nocturnos que procuraban toda clase de diver-

siones. Había, incluso, una pequeña organización de prostitutas que desempeñaban su oficio en el nivel más bajo del estacionamiento subterráneo, a doscientos dólares la sesión.

Al principio, los comerciantes locales se habían alzado en armas contra lo que consideraban la vulgaridad de mi alegre banda de corredores de Bolsa, muchos de los cuales parecían haberse criado al margen de la civilización. Pero en poco tiempo esos mismos comerciantes se dieron cuenta de que el personal de Stratton no se fijaba en lo que costaban las cosas. De modo que los comerciantes alzaron los precios y, como en el salvaje Oeste, todos convivieron en paz.

La limusina se dirigía hacia el oeste por Chicken Valley Road, una de las vistas más bellas de la costa dorada. Contemplé los cuidados prados del Brookville Country Club, al que me había acercado esa misma madrugada desde el aire durante mi vuelo bajo los efectos de las drogas. El club estaba muy cerca de mi finca, tanto que, de hecho, hubiera podido acertar el hoyo siete tirando desde mi jardín con un buen golpe de un palo número siete. Pero, claro, nunca me molesté en postularme para socio, dado que yo no era más que un maldito judío que había tenido el increíble descaro de invadir el paraíso de los WASP.

El Brookville Country Club no era el único que restringía el ingreso a los judíos. ¡No, no y no! Todos los clubes de la zona estaban prohibidos para los judíos y para cualquiera que no fuese un WASP hijo de puta de sangre azul. Aunque, en realidad, el Brookville Country Club permitía el ingreso de católicos y no era tan malo como otros. Cuando la duquesa y yo nos mudamos, la cuestión WASP me molestó. Era como una especie de club o sociedad secreta. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que el momento de los WASP ya había pasado, que eran una especie en extinción, como el dodo o el búho moteado. Y si bien era cierto que aún tenían sus pequeños clubes de golf y cotos de caza a modo de últimos bastiones de resistencia frente a las hordas del *shtetl* que los invadían, éstos no eran más que Little Big Horns del siglo xx, a punto de caer bajo los judíos salvajes que, como yo, habían hecho fortuna en Wall Street y estaban dispuestos a gastar cuanto fuese necesario para vivir donde lo hiciera Gatsby.

La limo tomó una suave curva hacia la izquierda y entramos en Hegemans Lane. A la izquierda estaban los Establos Costa Dorada o, según los llamaban sus propietarios, el «Centro Ecuestre Costa Dorada», lo que sonaba infinitamente más WASP.

Mientras pasábamos, vi los establos pintados a rayas verdes y blancas donde la duquesa alojaba sus caballos. El asunto ecuestre, del principio al fin, se había convertido en una jodida pesadilla. Quien comenzó todo fue el propietario de los establos, un judío salvaje, barrigón y adicto a los qualuuds, con una sonrisa social de mil vatios y la ambición secreta de ser tomado por un WASP. Él y su mujer, una rubia teñida pseudo WASP, nos detectaron enseguida a la duquesa y a mí y decidieron colocarnos todos sus caballos de descarte al triple de su verdadero valor. Y como si eso no hubiera sido lo bastante doloroso, en cuanto comprábamos los caballos misteriosas dolencias los atacaban. Entre las cuentas del veterinario, las de alimentación y lo que les pagábamos a los caballerizos para que montaran los animales regularmente para mantenerlos en condiciones, todo el asunto se había convertido en un enorme agujero negro.

Aun así, mi bella duquesa, la aspirante a cazadora y experta en salto, iba allí a diario a ver sus caballos; les daba terrones de azúcar y zanahorias y tomaba lecciones de equitación, a pesar de que sufría una incurable alergia a los caballos que la hacía regresar a casa atormentada por la tos y la comezón. Pero, en fin, cuando uno vive en pleno paraíso de los WASP, hace como ellos y finge que le gustan los caballos.

Cuando la limo enfiló Northern Boulevard, el dolor de espalda comenzó a aflorar. La mezcla de drogas de la noche anterior comenzaba a abandonar mi sistema nervioso central rumbo a su justo lugar, el hígado y el sistema linfático. Sentía como si un airado, feroz, dragón ignívomo se fuese despertando poco a poco. El dolor comenzó en la cintura, del lado izquierdo, y se difundió por la pierna. Era como si alguien me hubiese metido un hierro al rojo por la parte posterior del muslo y lo retorciera. Resultaba agónico. Si procuraba masajearme, el dolor no hacía más que irse a otro lugar.

Respiré hondo y me resistí al anhelo de tomar tres qualuuds y tragármelos a palo seco. Al fin y al cabo, ésa hubiese sido una conducta totalmente inapropiada. Iba camino al trabajo y, por más que fuese el jefe, no podía entrar tambaleándome y babeando como un idiota. Eso sólo era aceptable por la noche. En cambio, elevé una rápida plegaria rogando para que un rayo cayera del cielo y electrocutara al perro de mi esposa.

De aquel lado de Northern Boulevard, las casas eran decididamente más modestas, es decir, la casa promedio valía poco más de un millón doscientos mil. Que un muchacho de una familia pobre se hubiese habituado a las extravagancias de la riqueza hasta el punto de que casas de un millón de dólares le parecieran tugurios no dejaba de tener su gracia. Pero eso no era malo, ¿o sí? Bueno, quizá no había manera de saberlo.

En ese momento vi el cartel verde y blanco que indicaba que estábamos a punto de entrar en la autopista de Long Island. En poco rato estaría en las oficinas de Stratton Oakmont, mi segundo hogar, donde el poderoso rugido de la oficina de negocios más desquiciada de Estados Unidos haría que la locura pareciese normal.

La droga más poderosa

La firma de inversiones financieras Stratton Oakmont ocupaba la primera planta de un gran edificio de oficinas que se alzaba cuatro pisos por encima del terreno de un antiguo pantano de Long Island. De hecho, no era tan malo como podría parecer. La mayor parte del viejo pantano había sido rellenada en la década de 1980, y allí se erigía un complejo de oficinas de primera, con un enorme estacionamiento exterior y otro subterráneo, de tres niveles, donde los empleados de Stratton iban a la hora de tomar café y disfrutaban de los servicios de un feliz escuadrón de prostitutas.

Cuando nos detuvimos frente al edificio, sentí, como todos los días, que el orgullo me embargaba. El cristal espejado negro relumbraba a la luz de la mañana, recordándome lo lejos que había llegado en los últimos cinco años. Era difícil imaginar que Stratton había surgido en ese lugar, hasta entonces un taller de electricidad de una agencia de ventas de coches usados. Y ahora... ¡eso!

En el lado occidental del edificio había una majestuosa senda de entrada destinada a deslumbrar a todos los que la recorrieran. Pero ningún empleado de Stratton la usaba. Obligaba a

recorrer un camino más largo, y el tiempo, al fin y al cabo, es dinero. Así que todos, yo incluido, usaban una rampa de concreto ubicada en el lado sur, que llevaba directamente a la sala de negocios.

Bajé de la limusina, me despedí de George (que asintió con la cabeza sin decir palabra) y subí por la rampa. Al cruzar las puertas de acero oí los primeros ecos del poderoso rugido, que parecía el de una multitud. Era música para mis oídos. Me dirigí directamente hacia allí, entusiasmado.

Doce pasos, la vuelta a un ángulo y ahí estaba: la sala de negocios de Stratton Oakmont. Era un recinto inmenso, más largo que un campo de fútbol y casi la mitad de ancho. Un espacio abierto, sin divisiones, de techo muy bajo. Entre hileras de escritorios de color arce, muy cerca el uno del otro y dispuestos como en un aula, inmaculadas camisas blancas se movían furiosamente de un lado a otro. Los corredores de Bolsa se habían quitado las chaquetas y gritaban en los teléfonos negros, lo que producía el rugido. Era el sonido que provocaban jóvenes bien educados mientras procuraban convencer a dueños de empresas de todo Estados Unidos de que invirtiesen sus ganancias en Stratton Oakmont.

—¡Por Dios, recógete las faldas, agárrate las pelotas y decídetete de una puta vez! —vociferaba Bobby Koch, un regordete irlandés de veintidós años con un diploma de la escuela secundaria, una galopante adicción a la cocaína e ingresos anuales de un millón doscientos mil dólares, después de descontar los impuestos. Atormentaba a un empresario llamado Bill que vivía en algún lugar del corazón de Estados Unidos. En cada escritorio había un ordenador gris, en cuyos monitores centelleaban números y letras trazados por diodos verdes, que les transmitían los valores de las acciones en tiempo real a los empleados de Stratton. Pero era raro que alguno de ellos los mirara. Estaban demasiado ocupados en sudar profusamente y chillar por unos teléfonos que hacían pensar en gigantescas berenjenas que les brotaban de las orejas.

—¡Necesito que tomes una decisión, Bill! ¡Que la tomes ya mismo! —regañaba Bobby—. ¡Steve Madden es lo más caliente

que tiene Wall Street, y no hay nada a lo que darle más vueltas! ¡Esta tarde ya será un jodido dinosaurio!

Dos semanas atrás, Bobby había salido de la clínica Hazelden y ya había recaído. Sus ojos parecían estar a punto de saltar de su grueso cráneo irlandés. Se podía percibir, literalmente, cómo los cristales de cocaína brotaban de sus glándulas sudoríparas. Eran las nueve y media de la mañana.

Un joven corredor con el cabello peinado hacia atrás, mandíbula cuadrada y un cuello del tamaño de Rhode Island, estaba agazapado, explicándole a un cliente los pros y los contras de incluir a su esposa en el proceso de toma de decisiones.

—¿Qué? ¿Consultar con tu esposa? ¿Qué te pasa, te has vuelto loco? —Sólo tenía una vaga conciencia de que su marcado acento neoyorquino era apenas comprensible—. ¿Crees que tu mujer consulta contigo cada vez que se compra un par de zapatos?

A tres escritorios de distancia, otro joven stratonita, de cabello negro rizado y un virulento caso de acné juvenil, estaba de pie, derecho como una estaca, con el auricular del teléfono encajado entre mejilla y clavícula. Tenía los brazos extendidos como las alas de un avión y se veían gigantescas manchas de sudor en sus axilas. Mientras vociferaba en el auricular, Anthony Gilberto, el sastre de la empresa, le tomaba las medidas para un traje. Gilberto se pasaba el día yendo de un escritorio a otro, tomando las medidas a mis corredores para hacerles trajes de dos mil dólares. En ese preciso instante, el joven echaba la cabeza hacia atrás tanto como le era posible, estirando al mismo tiempo los brazos al máximo, como si estuviese a punto de saltar de un trampolín de diez metros de alto. Dijo, en el tono que se emplea cuando uno ya ha perdido del todo la paciencia:

—Por el amor de Dios, señor Kilgore, ¿me hace usted el favor de comprar diez mil acciones? Me está matando... realmente me está matando. Me obligará a ir a Texas a retorcerle el brazo, ¡y lo haré, si hace falta!

¡Cuánta dedicación!, pensé. El joven de cara pícaro vendía acciones mientras le tomaban las medidas. Mi oficina quedaba al otro extremo de la sala de negocios y, mientras me abría paso

por entre ese agitado mar humano, me sentía Moisés con botas de vaquero. Los corredores me iban abriendo paso a medida que avanzaba. Cada uno me dedicaba un guiño o una sonrisa como modo de mostrarme su agradecimiento por ese pequeño cielo en la tierra que había creado para ellos. Sí, eran mi gente. Acudían a mí en busca de esperanza, amor, consejo y orientación, y yo estaba diez veces más loco que todos ellos juntos. Pero todos compartíamos una cosa: nuestro imperecedero amor por ese poderoso rugido. De hecho, lo adorábamos:

—¡Atiende el puto teléfono! —gritó una asistente de ventas menuda y rubia.

—¡Atiéndelo tú! ¡Es tu puto trabajo!

—¡Sólo por esta vez!

—... veinte mil a ocho y medio...

—... compra cien mil acciones...

—¡Esos títulos están sobrepasando todas las expectativas!

—¡Por el amor de Dios, Steve Madden es el mejor negocio de Wall Street!

—¡A la mierda con Merrill Lynch! Nos comemos a esas cucarachas en el desayuno.

—¿Tu corredor local? ¡Que se vaya a la mierda! ¡Debe de estar ocupado leyendo el *Wall Street Journal* de ayer!

—... tengo veinte mil títulos B a cuatro...

—¡Que se jodan, son una mierda!

—¡Bueno, jódete tú también con el puto Volkswagen en el que llegaste aquí!

¡Que se joda esto y que se joda lo otro! ¡A la mierda con eso y con lo de más allá! El idioma de Wall Street. Era la esencia del poderoso rugido, y se oía por encima de todo. Era embriagador. ¡Seducor! ¡Jodidamente liberador! ¡Te ayudaba a obtener metas con las que nunca habías soñado! Y nos arrastraba a todos, en particular a mí.

De las mil personas que ocupaban la sala de negocios, apenas si había alguno que llegara a los treinta años; la mayoría apenas pasaba de los veinte. Lucían bien, en su explosiva vanidad, y la tensión sexual era tan espesa que podía, literalmente, olerse. El código de indumentaria para los hombres —mejor di-

cho, muchachos— era traje a medida, camisa blanca, corbata de seda y reloj de oro macizo. Para las mujeres, que eran diez veces menos, consistía en faldas cortas, marcados escotes, sostenes de los que levantan los senos y tacones aguja, cuanto más altos, mejor. Era precisamente el tipo de atuendo que el manual de recursos humanos de Stratton prohibía de forma explícita, pero que las autoridades (es decir, un servidor) recomendaban.

Las cosas se habían desmadrado al punto de que los stratonitas follaban bajo los escritorios, en los aseos, en los roperos, en el aparcamiento subterráneo y, claro, en el ascensor de vidrio. En su momento, para conservar alguna apariencia de orden, emití un memorando que declaraba el edificio Zona Libre de Sexo entre las ocho de la mañana y las siete de la tarde. En la parte superior del documento decía «Zona Libre de Sexo», y debajo de esas palabras se veían dos figuras humanas esquemáticas, anatómicamente correctas, follando estilo perro. En torno de las figuras había un grueso círculo rojo cruzado por una franja en diagonal, como el de *Los cazafantasmas*. Sin duda que nadie más dio una directiva como ésa en toda la historia de Wall Street. Pero, ay, nadie se lo tomó en serio.

Sin embargo, todo eso estaba bien y era perfectamente lógico. Todos eran jóvenes y guapos y aprovechaban el momento. *Aprovecha el momento*: ése era el mantra corporativo que ardía como un fuego en el corazón y el alma de todo joven stratonita y vibraba en los hiperactivos centros de placer de esos mil cerebros apenas salidos de la adolescencia.

Ante tanto éxito, ¿quién hubiera sido capaz de reprocharles algo? La cantidad de dinero que se ganaba era impresionante. Se esperaba que un corredor novato ganase doscientos cincuenta mil dólares en su primer año. Menos que eso era sospechoso. Si, para el segundo año, hacías menos de quinientos mil dólares, se te consideraba débil e inútil. Y, para el tercer año, más te valía estar ganando un millón si no querías ser un patético hazmerreír. Y ésos sólo eran los mínimos; los que producían mucho ganaban el triple de esas sumas.

A partir de ahí, la riqueza fluía hacia abajo. Las asistentes de ventas, que eran poco más que secretarias con un título rim-

bombante, ganaban más de cien mil dólares al año. Hasta la telefonista ganaba ochenta mil dólares al año, y no hacía más que atender las llamadas. Era nada menos que una fiebre del oro como las de antes, y Lake Success era como los pueblos que aquélla hacía surgir de un día para el otro. Los jóvenes strattónicas, como niños que eran, llamaban al lugar «la Disneylandia de los Corredores de Bolsa». Todos sabían que si eran despedidos de ese parque de diversiones nunca volverían a ganar tanto dinero en sus vidas. Y ése era el mayor de los temores que anidaban en la mente de mis jóvenes empleados: perder ese trabajo alguna vez. ¿Qué harían si eso ocurriera? A fin de cuentas, se suponía que si uno trabajaba para Stratton, debía vivir la Vida, lo que significaba conducir el coche más moderno, comer en los restaurantes más de moda, dar las propinas más grandes, vestir la mejor ropa y vivir en una mansión de la fabulosa Costa Dorada de Long Island. Y, si sólo estabas comenzando y no tenías ni un céntimo a tu nombre, podías tomar dinero prestado de algún banco que estuviese lo suficientemente loco como para concedértelo —al interés que fuese— y te ponías a vivir la Vida, estuvieses preparado para ello o no.

El descontrol era tal que muchachos que aún tenían acné juvenil y que apenas empezaban a afeitarse se compraban mansiones. Algunos eran tan jóvenes que ni siquiera las ocupaban: aún se sentían más cómodos durmiendo en casa de sus padres. Durante el verano alquilaban lujosas casas en los Hamptons, con piscinas climatizadas y espectaculares vistas del océano Atlántico. Los fines de semana celebraban fiestas salvajes, tan decadentes que, invariablemente, eran interrumpidas por la policía. Tocaban bandas, *disc-jockeys* pinchaban discos, las jóvenes empleadas de Stratton bailaban con las tetas al aire, *strippers* y putas eran consideradas invitados de honor e, inevitablemente, en algún momento, mis jóvenes empleados se desnudaban y empezaban a follar al aire libre como animales de granja, felices de presentar un espectáculo para un público que aumentaba día a día.

Pero ¿qué tenía eso de malo? Estaban borrachos de juventud, los impulsaba la codicia, y estaban tan drogados que vola-

ban. Y día a día la fiesta crecía. Más y más personas hacían fortuna, proveyendo así los elementos cruciales que los jóvenes stratonitas necesitaban para vivir la Vida. Los agentes de bienes raíces les vendían sus mansiones, los negociadores de hipotecas se ocupaban de financiarlas, los decoradores de interiores las atiborraban de muebles caros, los jardineros se ocupaban de sus terrenos (si un joven stratonita hubiera sido sorprendido cortando su propio césped habría sido lapidado), los vendedores de coches les proporcionaban sus Porsche, Mercedes, Ferrari y Lamborghini (si conducías cualquier otra cosa, los demás te habrían considerado un bochorno irreparable), los *maître d'hôtel* reservaban mesas en los restaurantes más de moda, los revendedores de entradas les suministraban primeras filas en los encuentros deportivos, conciertos de rock y espectáculos de Broadway para los que estaban agotadas las localidades. Por no hablar de los joyeros, relojeros, sastres, zapateros, floristas, cocineros, veterinarios, masajistas, quiroprácticos, vendedores de repuestos de automóvil, así como de todos los demás proveedores especializados (en particular, putas y traficantes de droga) que se presentaban en la sala de negocios para ponerse al servicio de los jóvenes stratonitas sin que éstos necesitaran perder siquiera un segundo de su atareado día ni realizar ninguna actividad extralaboral que interfiriera con su primera y principal ocupación: hablar por teléfono. De eso se trataba. Uno sonreía y hablaba por teléfono desde el mismo segundo en que entraba en la oficina hasta el instante en que se marchaba. Y si no tenías suficiente motivación como para hacerlo o te incomodaba ser constantemente rechazado por secretarías de los cincuenta estados del país que te colgaban el teléfono trescientas veces al día, había diez personas más que dispuestas a hacer tu trabajo formando cola detrás de ti. Y cuando eso ocurría, te marchabas. Para siempre.

¿Y cuál era la fórmula secreta que Stratton había descubierto para hacer que esos jóvenes obscenamente ricos ganaran tan obscenas cantidades de dinero? En su mayor parte, estaba compuesta por dos simples verdades: primero, que la mayoría del uno por ciento más rico de la población estadounidense está for-

mada por jugadores compulsivos no reconocidos y que no pueden resistir la tentación de tirar los dados una y otra vez, aun cuando éstos estén cargados para hacerlos perder. Y la segunda es que, contrariamente a lo que se suponía hasta entonces, es posible enseñar a hombres y mujeres jóvenes que en conjunto tienen la habilidad social de una manada de búfalos de agua en celo y un coeficiente de inteligencia semejante al de Forrest Gump bajo una triple dosis de ácido, a ejercer como magos de Wall Street. Se trata de escribir cada una de las palabras que deben decir y metérselas en la cabeza una y otra vez, todos los días, dos veces al día, durante un año entero.

Cuando las noticias de ese pequeño secreto —que en Lake Success había una loca oficina donde te enriquecías mediante el simple recurso de presentarte, obedecer órdenes y jurar lealtad imperecedera al propietario— comenzaron a filtrarse por Long Island, los jóvenes comenzaron a aparecer sin previo aviso en la sala de negocios. Primero, llegaban gota a gota, después, a raudales. Comenzó con chicos de los suburbios de clase media de Queens y Long Island, y no tardó en extenderse a los cinco distritos de la ciudad de Nueva York. Antes de que me diese cuenta de lo que sucedía, acudían a pedirme trabajo desde todo Estados Unidos. Cruzaban medio país para llegar a la sala de negocios de Stratton Oakmont y jurar lealtad eterna al lobo de Wall Street. El resto, como dicen, es historia.

Como de costumbre, mi ultraleal asistente personal, Janet,* estaba sentada ante su escritorio aguardando, ansiosa, mi llegada. En ese preciso momento tamborileaba con el índice derecho sobre el escritorio mientras meneaba la cabeza de una manera que decía «¿por qué mierda todo mi día gira en torno de si el loco de mi jefe decide venir a trabajar?». O quizá fuese cosa de mi imaginación y simplemente estuviera aburrída. Como sea, el escritorio de Janet estaba ubicado justo en frente de la puerta de mi oficina, del modo en que el defensa va antes del guardameta. Eso no era casual. Entre otras funciones, Janet era mi cancerbera. Si querías verme o hablar conmigo, antes debías pasar por

* Su nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

Janet. No era una tarea sencilla. Me protegía como una leona a sus cachorros, y no tenía problemas en descargar su a veces justa furia sobre quien osara desafiar su autoridad.

En cuanto me vio, Janet me dirigió una sonrisa de bienvenida. Me tomé un momento para estudiarla. Se acercaba a los treinta años, pero parecía tener algunos más. Tenía una espesa cabellera castaña, piel blanca y un cuerpo pequeño y esbelto. Sus ojos azules eran hermosos, aunque un poco tristes, como si hubiese sufrido demasiado por amor para ser alguien de su edad. Tal vez ése fuera el motivo por el que iba a trabajar vestida de Muerte. Sí, vestía siempre de negro, de pies a cabeza, y ese día no era la excepción.

—Buenos días —dijo Janet con una brillante sonrisa y un leve matiz de fastidio en su tono—. ¿Por qué llegas tan tarde?

Le dirigí una cálida sonrisa a mi superleal asistente. De hecho, a pesar de su fúnebre atuendo y su inagotable ansia por conocer hasta el último detalle de lo referido a mis asuntos personales, verla me complacía enormemente. Era como la Gwynne de la oficina. Se tratara de pagar mis cuentas, ocuparse de mis portafolios de acciones, planificar mi agenda, organizar mis viajes, pagarles a mis putas, hacerse cargo de mis proveedores de droga, o mentirle a mi esposa de turno, no había tarea demasiado grande o demasiado pequeña por la que no estuviera dispuesta a desvivirse. Era increíblemente competente y nunca se equivocaba.

También Janet se crió en Bayside, pero sus padres habían muerto cuando era niña. Su madre era buena persona, pero su padre, que la maltrataba, era basura. Yo hacía cuanto podía para que se sintiera amada y necesitada. Y la protegía como ella me protegía a mí.

Janet se había casado el mes anterior y yo pagué la gloriosa boda, además de llevarla del brazo en la iglesia, con gran orgullo. Ese día lució un vestido de novia de Vera Wang, pagado por mí y escogido por la duquesa, quien, además, se pasó dos horas maquillándola. (Sí, la duquesa también aspiraba a maquilladora.) Y Janet había lucido absolutamente arrebatadora.

—Buenos días —respondí con una alegre sonrisa—. La sala suena bien hoy, ¿verdad?

Inexpresiva:

—Siempre suena bien. Pero no me has respondido. ¿Por qué llegas tan tarde?

Era una descarada insistente y, además, una maldita entrometida. Lancé un profundo suspiro y dije:

—¿Por casualidad ha llamado Nadine?

—No. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —preguntaba a toda velocidad. Al parecer, intuía que había algún chisme jugoso.

—No ocurrió nada, Janet. Llegué tarde a casa, Nadine se enfadó y me tiró un vaso de agua. Eso es todo. Aunque, a decir verdad, los vasos fueron tres, pero ¿qué diferencia hay? El resto de lo que pasó es demasiado increíble como para contarlo. Pero tengo que mandarle flores ahora mismo o tendré que ponerme a buscar mi esposa número tres antes de que termine el día.

—¿Flores por qué valor? —preguntó, mientras tomaba una estilográfica Mont Blanc y un anotador anillado.

—No sé... digamos que por tres o cuatro mil dólares. Sólo díles que manden todo el jodido camión. Y asegúrate de que haya muchos lirios. Le encantan los lirios.

Janet entornó los ojos y frunció los labios, como si dijera: «Estás infringiendo nuestro acuerdo tácito de que, como parte de mis honorarios compensatorios, tengo derecho a saber todos los detalles, ¡por atroces que sean!». Pero como era una profesional y lo que la impulsaba era el sentido del deber, sólo dijo:

—Muy bien. Ya me contarás.

Asentí con poca convicción.

—Quizá, Janet. Veremos. Dime qué ha pasado.

—Bueno, Steve Madden anda dando vueltas por ahí, y parece un poco nervioso. No creo que le vaya demasiado bien hoy.

Me inundó una súbita oleada de adrenalina. ¡Steve Madden! Tenía su gracia, pero en todo el desbarajuste y la locura de esa mañana se me había ido de la cabeza que Zapatos Steve Madden comenzaría a cotizar en Bolsa ese día. De hecho, antes de que terminara la jornada, la campanilla de mi caja registradora habría sonado al compás de ingresos por veinte millones de dólares. ¡Nada mal! Steve debía aparecer en la sala de negocios y dar un pequeño discurso. Se trataba de lo que llamábamos un

numerito circense. ¡Eso sí que sería interesante! No estaba seguro de si Steve lograría mirar a los ojos desquiciados de esa banda de chiflados strattonitas sin atragantarse.

Los numeritos circenses eran una tradición de Wall Street. Antes de que una nueva emisión de acciones entrara en el mercado, el presidente de la empresa en cuestión pronunciaba un discurso formal, en el que decía qué glorioso era el futuro de su compañía, para un grupo de corredores de Bolsa bien predisuestos. Era una suerte de encuentro amistoso, en el que había mucho rascarse de espaldas mutuo e insinceros apretones de manos.

Esta vez tendría lugar en Stratton, donde las cosas solían ponerse bastante feas. El problema era que a los strattonitas no les interesaban los discursos en lo más mínimo; lo único que querían era vender las acciones y embolsarse el dinero. Así que si el orador invitado no capturaba su atención, los strattonitas no tardaban en aburrirse. Comenzaban a abuchear y silbar antes de pasar a los insultos. En ocasiones lanzaban cosas al orador. Comenzaban con bolas de papel y progresaban rápidamente a productos alimenticios como tomates podridos, patas de pollo roídas y manzanas a medio comer.

Yo no podía permitir que Steve Madden sufriera tan terrible destino. Para empezar, y ante todo, era amigo de la infancia de Danny Porush, mi segundo. Por otro lado, más de la mitad de la compañía de Steve era de mi propiedad, de modo que lo que yo estaba haciendo era, en esencia, lanzar al mercado mi propia empresa. Unos dieciséis meses atrás yo le había dado a Steve quinientos mil dólares como capital inicial, convirtiéndome así en el mayor accionista de la empresa, con una participación del 85 por ciento. Al cabo de pocos meses vendí el 35 por ciento de mis acciones por poco más de quinientos mil dólares, recuperando así mi inversión original. Ahora, poseía el 50 por ciento igratis! ¡Ésos son buenos negocios!

Para ser precisos, el proceso de comprar participaciones en empresas privadas para luego vender una parte de mi inversión original (y recuperar mi dinero) era lo que había hecho que Stratton fuera, cada vez más, como una imprenta de acciones. Y,

al emplear el poder de la sala de negocios para lanzar al mercado mis propias empresas, mis ingresos netos subían y subían. En Wall Street, ese proceso se conoce como «ingeniería financiera». Para mí, era como si me tocara la lotería todos los meses.

Le dije a Janet:

—No creo que tenga problemas, pero si algo ocurre, subiré al podio y lo salvaré. ¿Qué más tenemos?

Se encogió de hombros.

—Tu padre te está buscando, y parece furioso.

—Ah, mierda —musité. Mi padre, Max, era, de facto, el principal encargado de finanzas de Stratton. También se había arrogado el papel de jefe de la Gestapo. Vivía en tal estado de tensión que a las nueve de la mañana ya recorría la sala de negocios con un vaso desechable lleno de vodka Stolychnaia en la mano, mientras fumaba su vigésimo cigarrillo del día. En el baúl de su coche tenía un bate de béisbol de los más pesados, autografiado por Mickey Mantle y destinado a romperle «las putas ventanillas» a cualquier corredor de Bolsa lo suficientemente loco como para estacionar en su preciado espacio reservado.

—¿Dijo qué quiere?

—¡No! —repuso mi leal asistente—. Se lo pregunté, pero sólo gruñó como un perro. Sin duda está furioso por algo y, si tuviese que adivinar, diría que es por la cuenta de American Express de noviembre.

Hice una mueca.

—¿Tú crees? —Mientras lo decía, las palabras «medio millón» acudieron sin invitación a mi cerebro.

Janet asintió.

—Llevaba los comprobantes en la mano, y la pila era más o menos así. —La brecha entre su pulgar y su índice tenía al menos siete centímetros.

—Mmmm... —Me tomé un momento para reflexionar sobre la cuenta de American Express, pero vi algo a lo lejos por el rabillo del ojo. Flotaba... Flotaba... ¿qué demonios era? Entorné los ojos. ¡Por Dios! ¡Alguien había traído una pelota de playa color rojo, blanco y azul a la oficina! Era como si el cuartel general de Stratton Oakmont fuese un estadio, el piso de la sala de negocios

el escenario, y los Rolling Stones estuvieran a punto de dar un concierto.

—... de todo esto, ¡se pone a limpiar su jodida pecera! —dijo Janet—. ¡Cuesta creerlo!

Sólo oí la última parte de lo dicho por Janet, de modo que murmuré:

—Sí, bueno, entiendo lo que quieres decir...

—No has oído ni una sola palabra de lo que he dicho —farfolló—, ¡así que no finjas que lo hiciste!

¡Por el amor de Dios! ¿Quién, a parte de mi padre, se atrevería a hablarme en ese tono? Bueno, mi esposa, tal vez, pero en esos casos, por lo general me lo merecía. Pero yo apreciaba a Janet a pesar de su lengua viperina.

—Muy gracioso. Ahora repíteme lo que has dicho.

—Lo que he dicho es que no puedo creer que ese chico que está ahí —señaló un escritorio a unos veinte metros de nosotros—, ¿cómo se llama? Robert algo, esté limpiando su pecera en medio de todo esto. Digo, hoy sale al mercado un nuevo paquete accionarial. ¿No te parece un poco raro?

Miré en dirección al acusado: un joven strattonita, no, sin duda no un strattonita, sino un joven inadaptado, con un feroz jopo de cabello rizado y corbata de moño. Que tuviese una pecera en su escritorio no era, en sí, sorprendente. Los strattonitas podían tener mascotas en la oficina. Había iguanas, hurones, lagartijas, cotorras, tortugas, tarántulas, serpientes, mangostas y cualquier otra cosa que esos jóvenes dementes pudieran comprarse con sus desproporcionadas ganancias. De hecho, había un guacamayo con un repertorio de más de cincuenta palabras en inglés, que, cuando no estaba ocupado en imitar el sonido de los jóvenes strattonitas vendiendo acciones, te mandaba a la mierda. La única vez que le había puesto un límite a lo de las mascotas fue cuando uno apareció con un chimpancé con patines y pañal.

—Ve a buscar a Danny —ladré—. Quiero que le eche un vistazo a ese niño de mierda.

Janet asintió con la cabeza y partió en busca de Danny, mientras yo seguía mirando, paralizado por la conmoción.

¿Cómo era posible que ese imbécil de corbata de moño cometiera un acto tan... jodidamente monstruoso? ¡Un acto que iba contra todos los principios de la sala de negocios de Stratton Oakmont! ¡Era un sacrilegio! Claro que no contra Dios, ¡pero sí contra la Vida! Era una grosera infracción del código de ética de Stratton. Y el castigo era... ¿Cuál era el castigo? Bueno, le dejaría eso a Danny Porush, mi segundo, que tenía una notable habilidad para disciplinar a los strattonitas descarriados. De hecho, le encantaba hacerlo.

En ese momento, vi que Danny se me acercaba. Janet lo seguía a dos pasos de distancia. Danny parecía enfadado, lo que significaba que el de la corbata de moño estaba en problemas. A medida que se acercaba, me tomé un momento para estudiarlo, y no pude evitar una sonrisa irónica al pensar qué normal lucía. Realmente era una ironía. De hecho, así vestido con traje gris, impecable camisa blanca y corbata de seda roja, nadie hubiera podido adivinar que estaba por terminar de cumplir su objetivo declarado de acostarse con cada una de las asistentes de venta de la sala de negocios.

Danny Porush era un judío de la variedad ultrasalvaje. Era de altura y contextura medianas, más o menos un metro setenta y ocho y setenta y cinco kilos, y no tenía rasgo identificatorio alguno que lo delatase como integrante de la Tribu. Ni siquiera sus ojos azul acero, que generaban aproximadamente tanto calor como un témpano, tenían nada de judaico.

Y eso era lo apropiado, al menos desde la perspectiva de Danny. Al fin y al cabo, como tantos otros judíos antes que él, ardía en secretos deseos de ser tomado por un WASP, y hacía cuanto podía por adoptar una total y absoluta *WASPedad*, empezando por sus increíbles dientes, blanqueados y enderezados hasta parecer tan impecables e inmensos que deslumbraban, siguiendo por sus gafas de montura de carey con lentes sin graduación (veía perfectamente bien) y terminando por sus zapatos negros a medida, lustrados hasta que parecían espejos.

El humor de la cosa era de lo más negro, en particular si se considera que, a la madura edad de treinta y cuatro años, Danny le había dado un nuevo sentido a la expresión «psicología anor-

mal». Tal vez yo debería haber sospechado algo cuando lo conocí, seis años atrás. Fue antes de que fundara Stratton. Él trabajaba para mí, y estaba iniciándose en el oficio de corredor de Bolsa. Era primavera, y le pedí que me acompañara a un breve viaje a Manhattan para visitar a mi contable. Una vez allí, me convenció de que hiciésemos un breve alto en un antro de crack de Harlem. Allí me contó la historia de su vida: cómo había perdido sus dos últimos negocios, un servicio de mensajería y otro de fletes, metiéndoselos por la nariz. También me explicó que se había casado con su prima hermana, Nancy, porque era toda una hembra. Cuando le pregunté si la consanguinidad no lo preocupaba, me dijo al desgaire que, si tenían un hijo y éste resultaba ser «retrasado», bastaría con dejarlo en los peldaños de un orfanato para solucionar el problema.

Quizá debí haberme dado cuenta de que ese tipo terminaría por sacar lo peor de mí y que debía haber huido de él en ese mismo momento. En cambio, le hice un préstamo personal para ayudarlo a recuperarse y lo formé como corredor de Bolsa. Un año después, fundé Stratton y gradualmente le permití a Danny comprar acciones y asociarse. En el lustro transecurrido desde entonces, Danny demostró ser un poderoso guerrero, sacando del camino a todo el que se le interpusiera hasta asegurarse su puesto como número dos de Stratton. Y a pesar de todo eso, a pesar, incluso, de su locura, no se podía negar que era incisivo como un bisturí, astuto como un zorro, implacable como un huno y, sobre todo, leal como un perro. El hecho es que ahora hacía casi todo mi trabajo sucio, tarea que disfrutaba más de lo que pueda imaginarse.

Danny me saludó al estilo mafioso, con un caluroso abrazo y un beso en la mejilla. Era una señal de lealtad y respeto, muy apreciada en la sala de negocios de Stratton Oakmont. Por el rabillo del ojo vi cómo la cínica Janet alzaba la vista al cielo con expresión burlona, como si se mofara de esa exhibición de lealtad y afecto.

Aflojando su abrazo mafioso, Danny me murmuró al oído:

— ¡Voy a matar a este maldito muchacho, lo juro por Dios!

— Da un mal ejemplo, Danny, en especial en un día como

hoy. —Me encogí de hombros—. Creo que lo que debes decirle es que si esa pecera sigue ahí al final del día, la pecera se queda y él se va. Pero tú decides. Haz lo que quieras.

Janet, instigadora, dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Lleva una pajarita! ¿Te das cuenta?

—¡Es un rata, un maldito hijo de puta! —dijo Danny en el tono que normalmente se emplea para describir a alguien que acaba de violar una monja, dejándola medio muerta—. ¡Yo me haré cargo de este chico a mi manera, de una vez y para siempre! —Resoplando, Danny puso rumbo al escritorio del infractor y comenzó a hablarle.

Al cabo de unos segundos vimos que el corredor meneaba la cabeza en señal de negación. Intercambiaron unas palabras más y el corredor volvió a negar con la cabeza. Ahora, Danny meneaba la suya del modo en que lo hace la gente cuando comienza a perder la paciencia.

Janet dijo:

—Me pregunto qué estarán diciendo. Me gustaría tener oídos biónicos como la mujer nuclear. ¿Me entiendes?

Meneé la cabeza, asqueado.

—No me rebajaré a responderte, Janet. Pero, sólo para que lo sepas, la mujer nuclear nunca existió. La serie se llamaba *La mujer biónica*.

En ese preciso instante, Danny tendió su mano derecha hacia la izquierda del corredor, en la que se veía una red. Hacía señas con los dedos como si la dijera: «¡Dame la puta red!». El otro respondió dejando caer el brazo de modo que la red quedó fuera del alcance de Danny.

—¿Qué crees que quiere hacer Danny con la red? —preguntó la aspirante a mujer biónica.

Repasé mentalmente las posibilidades.

—No estoy muy seguro... ¡Oh, mierda! Sé exactamente qué va a hacer...

De repente, a más velocidad de lo que hubiera parecido posible, Danny se quitó la chaqueta del traje y la tiró al suelo. Desabotonándose la manga de la camisa hasta encima del codo metió la mano en la pecera. Todo su antebrazo quedó sumergi-

do. Su mano comenzó a recorrer la pecera, persiguiendo al sorprendido pez dorado. Su rostro parecía tallado en piedra y tenía la expresión de alguien poseído por el mal en estado puro.

Una docena de jóvenes asistentes de ventas que estaban sentadas cerca de ellos se incorporaron de un salto y retrocedieron horrorizadas al ver a Danny tratando de capturar al inocente pez.

—Oh... Dios... mío —dijo Janet—. Lo va a matar.

En ese preciso instante, los ojos de Danny se iluminaron, mientras su boca se abría unos buenos siete centímetros. Era un rostro que decía «¡te tengo!». Al cabo de una fracción de segundo, sacó el brazo de la pecera. Tenía el pez color naranja firmemente apresado en el puño.

—¡Lo tiene! —exclamó Janet, metiéndose el puño en la boca.

—Sí, pero la pregunta del millón es ¿qué va a hacer con él?

—Me detuve durante un instante antes de añadir—: pero estoy dispuesto a apostarte mil dólares a que se lo come. ¿Hecho?

Respuesta instantánea:

—¿Mil dólares? ¡Hecho! ¡No lo hará! Sería demasiado repugnante, digo...

Janet se interrumpió al ver que Danny se encaramaba a un escritorio y tendía los brazos como Cristo en la cruz. Gritó:

—¡Esto ocurre cuando uno se pone a joder con mascotas un día de emisión de acciones! —Y, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: ¡Y nada de putas pajaritas en esta sala de negocios! ¡Son una puta ridiculez!

Janet, alarmada, dijo:

—¡Quiero cancelar mi apuesta ahora mismo!

—Lo siento. Demasiado tarde.

—¡Vamos! ¡No es justo!

—Tampoco lo es la vida, Janet. —Me encogí de hombros con aire inocente—. Ya deberías saberlo. —Y, sin más trámite, Danny abrió la boca y se echó el pez anaranjado al buche.

Cien asistentes de ventas sofocaron una exclamación, mientras diez veces más corredores comenzaron a vitorear, llenos de admiración por Danny Porush, verdugo de seres marinos inocentes. Danny, que no dejaba pasar ocasión de ejercer sus dotes de actor, respondió con una reverencia formal, como si estuviese

en un escenario de Broadway. Saltó del escritorio a los brazos de sus admiradores.

Le dije a Janet con aire condescendiente:

—Bueno, no te preocupes por el pago. Te lo descontaré directamente del sueldo.

—¡Ni se te ocurra! —siseó.

—Bien, no hay problema, me lo debes, entonces. —Sonreí y le guiñé un ojo—. Ahora, ve a encargar las flores y tráeme café. Ya tendría que haberme puesto a trabajar. —Con paso elástico y una sonrisa en el rostro, entré en mi despacho y cerré la puerta. Estaba dispuesto a afrontar cualquier cosa que el mundo tuviese preparada para mí.

6

Congelando a los reguladores

Menos de cinco minutos después, yo ya estaba sentado en mi oficina, detrás de un escritorio digno de un dictador, en un sillón del tamaño de un trono. Ladeé la cabeza antes de decir a los otros dos ocupantes de la habitación:

—A ver si he entendido bien: lo que queréis es traer un enano y lanzarlo de un lado a otro de la sala de negocios.

Asintieron al unísono.

Sentado frente a mí, en un sillón excesivamente mullido y tapizado en cuero color sangre de buey, estaba nada menos que Danny Porush. No parecía que sufriese ningún efecto negativo por su reciente ingesta del pez anaranjado, y procuraba convencerme de su última idea genial, que consistía en pagar cinco mil dólares a un enano para que viniese a ser lanzado por mis corredores en lo que sin duda sería el primer Torneo de Lanzamiento del Enano de Long Island. Y aunque la idea parecía extraña, yo no podía menos que sentir algún interés.

Danny se encogió de hombros.

—No es tan loco como parece. Digo, no es como si fuésemos a tirarlo de cualquier manera. Lo que imagino es esto: ponemos unas colchonetas en la parte delantera de la sala de negocios y

les damos dos tiros cada uno a los cinco corredores que más acciones de Madden hayan vendido. Pintamos una diana en el extremo más alejado de la colchoneta y le ponemos un poco de velcro para que el pequeño hijo de puta quede pegado. También deberíamos seleccionar a algunas de las mejores asistentes de ventas para que alcen carteles indicadores, como lo hacen los jueces en las competiciones de salto. Pueden otorgar puntos basándose en el estilo de lanzamiento, distancia, grado de dificultad, toda esa mierda.

Meneé la cabeza, incrédulo.

—¿Y de dónde vas a sacar un enano de un momento para otro? —Miré a Andy Greene, el tercer ocupante de la habitación—. ¿Qué opinas de este asunto? Eres el abogado de la empresa, debes de tener algo que decir, ¿no?

Andy asintió con expresión prudente, como si estuviese ponderando la respuesta legal apropiada. Era un viejo amigo, recién ascendido a jefe del departamento de finanzas corporativas de Stratton. La tarea de Andy era estudiar las docenas de propuestas de negocios que Stratton recibía a diario y decidir cuáles, si las había, eran dignas de serme transmitidas. En esencia, el departamento de finanzas corporativas era como una planta manufacturera que produjera bienes de consumo bajo la forma de nuevas emisiones públicas de acciones y títulos, o nuevas ofertas, como se las llamaba en Wall Street.

Andy vestía el típico uniforme de Stratton, un inmaculado traje de Gilberto, camisa blanca, corbata de seda y, en su caso, el peor peluquín del lado occidental del Telón de Acero. En ese preciso instante parecía que alguien hubiese puesto sobre su cráneo judío en forma de huevo la cola sarnosa de un burro, cubriéndola de pegamento y depositando un cuenco para cereal invertido. Daba la impresión de que, después, habían colocado sobre el cuenco una bandeja con diez kilos de uranio empobrecido y la habían dejado reposar allí durante un rato. Ése era el motivo por el cual el apodo oficial de Andy en Stratton era «Choza».

—Bueno —dijo Choza—, en lo que hace a seguros, si el enano firma una renuncia a cualquier reclamación, además de algu-

na clase de acuerdo que explicita que no nos hacemos cargo de ningún posible daño, quedaremos a cubierto de toda acción legal si se rompe el cuello. Pero debemos tomar todas las precauciones razonables que se puedan, como, evidentemente, lo exige la situación desde el punto de vista legal...

¡Por Dios! ¡Yo no quería un puto análisis legal de todo ese cuento del lanzamiento de enanos! ¡Sólo quería saber si Chozza consideraba que sería bueno para la moral de los corredores! De modo que dejé de prestarle atención y fijé la vista en los números y letras trazados con puntos verdes que surcaban los monitores ubicados a ambos lados de mi escritorio, y en el otro adosado a la pared de vidrio que daba a la sala de negocios.

Chozza y yo nos conocíamos desde la escuela primaria. Por entonces, él tenía la más espectacular cabellera rubia que pueda imaginarse, suave como barbas de maíz. Pero, ay, cuando llegó su cumpleaños número diecisiete, esa maravillosa cabellera ya era un lejano recuerdo, y apenas si le alcanzaba para taparse la calva, distribuyéndola con el peine.

Ante la cruel perspectiva de quedarse con el cráneo mondo y lirondo antes de haber terminado la secundaria, Andy decidió encerrarse en el sótano de su casa, fumarse cinco mil porros de hierba mexicana barata, jugar a videojuegos, comer pizza Ellio's congelada para el desayuno, el almuerzo y la cena, y esperar a que la puta madre naturaleza completara la cruel broma que le estaba jugando.

Emergió tres años más tarde convertido en un vulgar judío de cincuenta años de edad, con unas pocas crines, una prodigiosa barriga y una nueva personalidad, mezcla del aburrido Igor, de Winnie Poo, y Henny Penny, el que creía que el cielo estaba por desplomarse sobre su cabeza. A todo esto, Andy se las compuso para que lo pescaran haciendo trampas en sus exámenes de graduación, lo que lo obligó a exiliarse al pueblucho de Fredonia, en el norte del estado de Nueva York, donde los estudiantes se mueren de frío en verano en su universidad estatal. Logró sortear las rigurosas exigencias académicas de tan excelente institución y, al cabo de cinco años y medio, se graduó, sin adquirir ni una gota de conocimiento en el proceso, pero, eso sí, más feo

que nunca. Desde allí logró de alguna manera entrar en una supuesta facultad de Derecho del sur de California, donde se ganó un diploma que tenía tanto peso legal como si hubiera venido de regalo en una caja de chokolatinas.

Pero en la firma de inversiones financieras Stratton Oakmont se premiaban las relaciones personales; eso y la lealtad. De modo que cuando a Andrew Todd Greene, alias Choza, le llegaron noticias del éxito del que gozaba su amigo de la infancia, me buscó, me juró lealtad imperecedera y se subió al tren. Eso había ocurrido hacía más de un año. A partir de ese momento, y siguiendo las costumbres de Stratton, socavó, traicionó y manipuló a todo el que se interpusiese en su camino hasta lograr ubicarse en lo más alto de la cadena alimentaria de la empresa.

Lo estaba entrenando, pues aún no tenía experiencia en las sutilezas de las finanzas corporativas al estilo Stratton, es decir, en identificar compañías nuevas con potencial para el crecimiento y tan desesperadas por dinero que estuviesen dispuestas a venderme una porción considerable de sus acciones a cambio de que las financiara. Y, dado que el diploma de abogado de Choza no era digno de ser empleado siquiera para limpiarle el culo a mi perfecta hijita, empezó con un miserable salario de quinientos mil dólares al año.

—¿Estás de acuerdo con eso?

De pronto, me di cuenta de que me estaba haciendo una pregunta, pero lo cierto es que, más allá de saber que estaba relacionado con el lanzamiento del enano, no tenía ni la más puta idea de qué me hablaba. De modo que lo ignoré y, volviéndome hacia Danny, le pregunté:

—¿De dónde vas a sacar un enano?

Se encogió de hombros.

—No estoy muy seguro, pero, si me das luz verde, lo primero que haré será telefonar al circo de los hermanos Ringling.

—O podríamos probar con la Federación Internacional de Lucha —añadió mi leal abogado.

¡Por Dios!, pensé. ¡Estaba rodeado de más locos que los que hay en un manicomio!

Respiré hondo y dije:

—Mirad, andar jodiendo con enanos no es broma. En relación con su peso, son más fuertes que los osos grises y, a decir verdad, me dan mucho miedo. De modo que, antes de aprobar esto del lanzamiento de enanos, es importante hacerse con un experto en animales salvajes que sepa cómo contener a la criaturilla si se descontrola. Además, deberíamos tener algunos dados tranquilizantes, unas esposas, gas lacrimógeno...

—Un chaleco de fuerza —intervino Choza.

—Una picana eléctrica —añadió Danny.

—Exactamente —asentí, con una risita—. Y consigamos un par de ampollas de bromuro, para estar prevenidos. No vaya a ser que al pequeño hijo de puta se le ponga dura y empiece a perseguir a las asistentes de ventas. Esos hombrecillos son lujuriosos y follan como conejos.

Los tres nos retorcimos de risa. Dije:

—Ahora en serio, si esto se filtra a la prensa, pasaremos un mal rato.

Danny se encogió de hombros.

—No sé. Podemos darle un sesgo positivo a toda la cuestión. Digo, ¿cuántas oportunidades laborales hay para los enanos? Sería una manera de repartir con los que menos tienen. —Volvió a encogerse de hombros—. En cualquier caso, a nadie le importará una mierda.

Tenía razón en eso. Lo cierto era que, a estas alturas, a nadie le importaba lo que dijeran los periódicos. Los artículos siempre tenían el mismo sesgo negativo: que los strattonitas eran unos salvajes bandoleros y que los encabezaba yo, un precoz y joven banquero que había creado en Long Island un universo propio donde las reglas normales de comportamiento no se aplicaban. Para la prensa, Stratton y yo estábamos tan inexorablemente ligados como unos siameses. Incluso cuando doné dinero a una fundación para menores víctimas de abusos, se las compusieron para desaprobarme, escribiendo un único párrafo sobre mi donación y tres o cuatro páginas sobre todo lo demás.

El ataque de la prensa había comenzado en 1991 cuando una insolente reportera de la revista *Forbes*, Roula Khalaf, me tildó de «versión pervertida de Robin Hood, que les roba a los ricos

para darse a sí mismo y a su alegre banda de corredores de Bolsa». Lo cierto era que su razonamiento era digno de encomio. Y por supuesto que, al principio, quedé un poco cortado hasta que llegué a la conclusión de que el artículo era, en realidad, elogioso. A fin de cuentas, ¿a cuántas personas de veintiocho años les dedica *Forbes* una investigación? ¡Y no se podía negar que la comparación con Robin Hood realizaba mi naturaleza generosa! Como consecuencia del artículo, nuevas hileras de aspirantes se alinearon ante mi puerta.

Sí, porque lo más gracioso del caso era que, a pesar de que trabajaban para un tipo que había sido acusado de todo, menos del secuestro del bebé de Lindbergh, los stratttonitas estaban de lo más orgullosos de hacerlo. Recorrían la sala de negocios vitoreando: «¡Somos tu alegre banda! ¡Somos tu alegre banda!». Algunos acudieron a la oficina luciendo leotardos; otros se ponían graciosas boinas en airosos ángulos. A alguien se le ocurrió la idea de desflorar a una virgen isólo porque parecía un concepto de lo más medieval! Pero tras una concienzuda pesquisa, fue imposible dar con una, al menos en nuestra sala de negocios.

Así que Danny tenía razón. A nadie le importaba lo que dijeran los periódicos. Pero ¿lanzamiento de enano? Yo no tenía tiempo para eso en ese momento. Aún me quedaban cosas importantes que resolver respecto del aval de las acciones de Steve Madden, además de lidiar con mi padre, que me amenazaba con una pila de cuentas de American Express por valor de medio millón en una mano y, sin duda, una taza de Stoli helado en la otra.

—¿Por qué no rastreas a Madden y le das unas palabras de aliento o algo así? Dile que sea breve y que no se vaya a ir por la tangente hablando de lo mucho que adora los zapatos de mujer. Podrían lincharlo.

—Dalo por hecho —dijo Choza, levantándose—. El Zapatero no hablará de zapatos.

Antes de que hubiera terminado de salir, Danny ya estaba criticando su peluquín.

—¿Qué mierda es esa peluca barata que lleva? —murmuró—. Parece una puta ardilla muerta.

Me encogí de hombros.

—Creo que es una Club del Cabello, especial para caballero. Tal vez sólo necesite mandarla a la tintorería. Como sea, pongámonos serios durante un segundo: seguimos con el mismo problema de antes en esto de Madden, y se nos acaba el tiempo.

—¿Pero Nasdaq, el mercado de acciones electrónico, no iba a poner los títulos en su lista? —preguntó Danny.

Negué con la cabeza.

—Sí, pero sólo nos permiten quedarnos con el cinco por ciento de las acciones; nada más. Debemos transferirle el resto a Steve antes del lanzamiento. Y ello significa que tenemos que confiar en que actúe como debe después de que la compañía se haga pública. —Apreté los labios y meneé lentamente la cabeza—. No sé, Dan, intuyo que está jugando su propia partida de ajedrez. No estoy seguro de que vaya a comportarse como corresponde si las cosas se ponen feas.

—Puedes confiar en él, JB. Es ciento por ciento leal. Lo conozco de toda la vida y créeme, conoce el código de la *omertá* como ninguno. —Danny se llevó pulgar e índice a la boca y se la cerró de un pellizco, como si dijera: «¡Mantendrá la boca bien cerrada!», que es exactamente el sentido del término mafioso *omertá*: silencio—. Con todo lo que hiciste por él, no te va a joder. Steve no es tonto. Está ganando mucho dinero haciendo de ratonera para mí. No se arriesgará a perderlo.

«Ratonera» era la palabra que usábamos en Stratton para referirnos a un testaferro, una persona que poseía acciones en papel, pero sin ser más que una fachada. No había nada inherentemente ilegal en esa función, siempre y cuando se pagaran los impuestos del caso y el acuerdo con el testaferro no violara las leyes financieras. De hecho, el empleo de testaferros era habitual en Wall Street, donde los grandes jugadores los usaban para comprar acciones de una compañía sin alertar a la competencia. Y, mientras uno no adquiriera más del cinco por ciento de una empresa —si se sobrepasaba ese porcentaje había que presentar un formulario 13D explicitando cuántas acciones tenía y cuáles eran sus intenciones—, todo era perfectamente legal.

Pero la manera en que empleábamos testaferros para comprar grandes cantidades de los flamantes títulos de Stratton violaba tantas leyes, que la SEC, el organismo que regula los mercados financieros estadounidenses, estaba abocada a inventar otras nuevas para detenernos. El problema era que las leyes por entonces vigentes tenían más agujeros que un queso suizo. Claro que no éramos los únicos que nos aprovechábamos de eso en Wall Street; el hecho es que todos lo hacían. Pero nosotros le poníamos un poco más de entusiasmo. Y también de osadía.

Le dije a Danny:

—Entiendo que es tu ratonera, pero confiarle dinero a la gente es menos fácil de lo que parece. Créeme. Llevo haciéndolo más tiempo que tú. Se trata más bien de administrar las expectativas de futuro de tu ratonera que de cuánto le hiciste ganar en el pasado. La ganancia de ayer es agua pasada y, si de algo sirve, es para poner al beneficiado en tu contra. A la gente no le gusta sentirse en deuda, menos aún si es con un amigo. Y al cabo de un tiempo, las ratoneras terminan por resentirse. Ya perdí algunos amigos así. También te ocurrirá a ti, sólo es cuestión de tiempo. Lo que te estoy tratando de decir es que las amistades compradas con dinero no duran mucho, y lo mismo puede decirse de la lealtad. Por eso los viejos amigos, como Choza y como tú, no tienen precio. La lealtad no se compra, ¿me entiendes?

Danny asintió con la cabeza.

—Sí, y lealtad mutua es lo que Steve y yo tenemos.

Asentí con tristeza.

—No me interpretes mal. No trato de quitarle méritos a tu relación con Steve. Pero estamos hablando de por lo menos ocho millones. Según como le vaya a la empresa, esa suma puede llegar a duplicarse. —Me encogí de hombros—. ¿Quién sabe qué ocurrirá? No tengo una bola de cristal en el bolsillo, aunque sí seis qualuuds, que repartiré de buena gana contigo cuando cierre la ronda de hoy. —Alcé tres veces las cejas en rápida sucesión.

Danny sonrió y alzó el pulgar.

—¡A sus órdenes, capitán!

Asentí con la cabeza.

—Bien. En serio, tengo un buen presentimiento con todo esto. Creo que nuestra empresa se enfrenta a la posibilidad de que esos títulos sean realmente muy jugosos. De ser así, tendremos dos millones de acciones. Así que, haz las cuentas, compañero: a cien dólares la acción, son doscientos millones de dólares. Y sumas como ésa pueden hacer que cualquier persona, no sólo Steve Madden, se comporte de manera extraña.

Danny asintió y dijo:

—Entiendo lo que dices, y sé que eres el maestro en estas cuestiones. Pero insisto, Steve es leal. El único problema será cómo conseguir que nos transfiera semejantes sumas. Como están las cosas, ya es lento para pagar.

Tenía razón. Uno de los problemas de las ratoneras era lograr hacerse del efectivo que recibían sin hacer sonar las alarmas. Era más fácil de decir que de hacer, en particular cuando se trataba de millones.

—Hay modos —dije, confiado—. Podemos justificar una parte con un contrato por consultoría, pero si las cifras llegan a las decenas de millones, tendremos que evaluar la posibilidad de hacer algo con nuestras cuentas suizas. Pero preferiría mantener eso tan al margen como fuera posible. En cualquier caso, tenemos pendientes cosas más importantes que Zapatos Steve Madden, por ejemplo las quince compañías que tenemos preparadas para hacer operaciones como ésa. Y si bien es cierto que me cuesta confiar en Steve, la verdad es que apenas si conozco a los otros tipos.

Danny dijo:

—Sólo dime qué quieres que haga con Steve y lo haré. Pero, una vez más, te digo que no debes preocuparte por él. Es quien más alaba tus logros.

Yo era muy consciente, tal vez demasiado, de cómo alababa Steve mis logros. El hecho era que había realizado una inversión en su empresa a cambio de quedarme con el 85 por ciento de ella, de modo que, en realidad, ¿qué me debía? Como no fuese una reencarnación de Mahatma Ghandi, tenía que estar al menos un poco resentido por el hecho de que yo me apoderara de un porcentaje tan grande de una empresa que llevaba su nombre.

Otras cosas de Steve también me preocupaban, cosas que no podía compartir con Danny; Steve me había sugerido con sutileza que prefería tratar conmigo de forma directa, no a través de Danny. Y el hecho era que, a pesar de que no cabía duda de que lo que Steve quería era causarme una buena impresión, su estrategia no podía haber sido más errada. Lo que demostraba que Steve era astuto e intrigante y, aún más importante, que iba en busca de un Negocio Mayor y Mejor. Si en algún momento daba con ese Negocio Mayor y Mejor, se consideraría relevado de todo compromiso.

En este momento, Steve me necesitaba. Pero no porque Stratton le hubiese aportado siete millones de dólares ni porque hubiera ganado tres millones como ratonera de Danny. Eso era cosa del pasado. De ahí que, para controlar a Steve, yo debía tener la capacidad de manejar el precio de sus acciones una vez que salieran al mercado. Dado que Stratton sería su principal operador, prácticamente todas las compras y ventas tendrían lugar entre las cuatro paredes de nuestra sala de negocios, lo que me daría ocasión de hacer subir y bajar el precio de los títulos como mejor me pareciera. Así, si Steve no se comportaba como debía, yo podía hundir el precio de sus acciones hasta reducirlo a meros céntimos.

De hecho, precisamente ésa era la espada de Damocles que pendía sobre los clientes del sector de inversiones bancarias de Stratton Oakmont. Y yo la empleaba para asegurarme de que se mantuvieran leales a la causa de Stratton, lo que implicaba que emitieran para mí acciones por debajo de su valor de mercado, de modo que yo, recurriendo al poder de mi sala de negocios, pudiese venderlas y obtener inmensas ganancias.

Claro que yo no era el inventor de ese astuto juego de extorsión financiera. El hecho era que las más prestigiosas firmas de Wall Street, como Merrill Lynch, Morgan Stanley, Dean Witter, Salomon Brothers, y docenas de otras, lo hacían, y a ninguna de ellas le temblaba el pulso a la hora de castigar a una compañía valorada en miles de millones si intentaba no seguirles el juego.

No dejaba de tener su gracia, pensé, cómo las mejores y supuestamente más respetables instituciones financieras habían

alterado el mercado de bonos del Tesoro (Salomon Brothers), llevado a la bancarrota al condado de Orange, California (Merrill Lynch) y despojado a abuelitos y abuelitas por un valor total de trescientos millones de dólares (Prudential-Bache). Pero, aun así, seguían haciendo negocios, protegidos por su paraguas WASP.

Pero en Stratton Oakmont, donde nos dedicábamos a la inversión financiera de pequeños capitalistas o, según el término de la prensa, las acciones de a centavo, no gozábamos de tal protección. Sin embargo, lo cierto era que nuestras últimas emisiones estaban valoradas entre cuatro y diez dólares la acción, de modo que mal podía decirse que fuesen acciones de a centavo.

Esta diferencia era lo que, para nuestra gran aflicción, nuestros reguladores se resistían a comprender. Ésa era la razón por la cual los payasos de la SEC, en particular los dos que en esos momentos acampaban en mi sala de reuniones, no conseguían progresar en el pleito de veintidós millones de dólares que habían iniciado contra mí. En esencia, la SEC había planteado su reclamación como si Stratton fuese una firma de las que tratan con acciones de a centavo, mientras que la simple realidad era que mi empresa distaba mucho de siquiera parecerse a éstas.

Es bien sabido que las empresas que tratan en acciones de a centavo son entes muy descentralizados, con docenas de pequeñas oficinas repartidas por todo el país. Pero Stratton sólo tenía una oficina, lo que hizo más fácil controlar el pesimismo que hubiera podido cundir entre nuestros vendedores cuando la SEC nos inició un juicio. Por lo general, ello bastaba para que una firma de las que tratan en acciones de a centavo cerrara. Y esas firmas solían centrarse en inversores poco sofisticados, dueños de un capital mínimo, convencidos de que especularan con un máximo de dos mil dólares. En cambio, Stratton buscaba a los inversores más ricos del país, convencidos de que especularan con millones. En consecuencia, la SEC no podía hacer su habitual acusación y decir que los clientes de Stratton corrían el riesgo de perderlo todo al invertir en acciones especulativas.

Pero nada de eso se le ocurrió a la SEC antes de iniciar su pleito. En cambio, dieron por sentado, equivocadamente, que la mala

prensa bastaría para obligar a Stratton a cerrar. Sin embargo, al tener sólo una oficina que controlar, fue fácil mantener la motivación de la tropa, y ni un solo empleado nos abandonó. A la SEC sólo se le ocurrió revisar los formularios de nuevos clientes de Stratton después de iniciado el juicio. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que todos los clientes de la firma eran millonarios.

Lo que yo había hecho era poner al descubierto un sospechoso terreno intermedio. Me refiero a vender títulos de cinco dólares al uno por ciento a los estadounidenses verdaderamente ricos, en lugar de vender acciones de a centavo (así se las llama cuando cuestan menos de un dólar) al restante noventa y nueve por ciento de la población, que apenas si tenía —si es que tenía— bienes a su nombre. Había una firma en Wall Street, DH Blair, que llevaba más de veinte años coqueteando con esa idea, pero sin terminar de dar en el clavo con la forma de implementarla. A pesar de ello, su propietario, el judío J. Morton Davies, había hecho una jodida fortuna en el proceso, convirtiéndose en una leyenda de Wall Street.

Yo sí había dado en el clavo y, por pura suerte, lo hice en el momento justo. El mercado de acciones se comenzaba a recuperar del gran derrumbe de octubre, y el capitalismo caótico seguía siendo el rey indiscutido. El Nasdaq era aceptado y ya no era más el niño adoptivo pelirrojo de la Bolsa de Valores de Nueva York. Ordenadores veloces como el rayo aparecían en todos los escritorios. Enviaban unos y ceros de costa a costa en un instante, eliminando así la necesidad de estar físicamente establecido en Wall Street. Era una época de cambios y trastornos. Y, mientras el volumen del Nasdaq crecía a pasos agigantados, yo me embarcaba en un programa de entrenamiento de tres horas al día para mis jóvenes strattonitas. Stratton Oakmont nació de entre las ruinas humeantes del gran derrumbe. Y, antes de que los reguladores tuviesen idea de qué estaba ocurriendo, estalló sobre todo el país con la potencia de una bomba atómica.

En ese momento, una interesante idea me acudió a la mente. Le pregunté a Danny:

—¿Qué dicen hoy esos idiotas de la SEC?

—Nada importante —repuso—. Se han mantenido más bien callados. Hablan más que nada de los coches que hay en el estacionamiento, la mierda habitual. —Se encogió de hombros—. ¡Te digo que estos tipos no tienen ni la más puta idea! No saben que estamos a punto de hacer una gran operación hoy mismo. Siguen mirando los registros de 1991...

—Mmm... —dije, frotándome el mentón pensativo. La respuesta de Danny no me sorprendió. Al fin y al cabo, hacía más de un mes que yo tenía micrófonos ocultos instalados en mi sala de reuniones. Con ellos, recogía a diario información confidencial sobre la SEC. Y una de las primeras cosas que ello me enseñó sobre los reguladores del mercado financiero (más allá del hecho de que carecían de toda personalidad) fue que una mano no tenía ni la más remota idea de lo que hacía la otra. Mientras que los payasos de la SEC de Washington D.C. habían aprobado la oferta pública inicial de Steve Madden, los payasos de la SEC de Nueva York que tenía instalados en mi sala de reuniones no tenían ni idea de qué estaba a punto de suceder.

—¿Qué temperatura hace allí? —pregunté con gran interés.

—Diría que anda por los trece grados. Aún tienen puestas las chaquetas.

—¡Carajo, Danny! ¿Por qué mierda hace tanto calor? ¡Ya te lo dije! ¡Quiero que pasen tanto frío que quieran regresar a Manhattan! ¿Qué mierda tengo que hacer? ¿Llamar a una empresa de refrigeración para que haga las cosas? Danny, quiero que se les forme escarcha en las putas narices. ¿Qué parte es la que no entiendes?

Danny sonrió.

—Escucha, JB: podemos maltratarlos con frío o con calor. Podría instalar uno de esos calentadores en el techo y la habitación se caldeará tanto que necesitarán pastillas de sal para mantenerse con vida. Pero si hacemos que estén demasiado incómodos, tal vez se marchen, y si lo hacen ya no podremos espiarlos.

Respiré hondo y exhalé con lentitud. Danny tenía razón. Sonreí y dije:

—Bueno, a la mierda con eso. Dejemos que esos hijos de puta se mueran de viejos. Pero sí quiero que hagas esto con

Madden: que firme un papel que establezca que las acciones son nuestras, sea cual sea el precio que alcancen e independientemente de lo que diga en el prospecto. Y quiero que deposite los certificados de acciones en la cuenta de un tercero, así podemos controlarlas. Que Choza sea ese tercero. Y nadie tiene que saber de eso. Será entre amigos; *omertá*, compañero. Quiero que, si Steve tiene intención de jodernos, no tenga cómo hacerlo.

Danny asintió.

—Haré lo que dices, pero no veo de qué nos puede servir. Si tratamos de infringir nuestro acuerdo, tendremos tantos problemas como él. Hay diecisiete mil maneras distintas en las que... —a pesar de que habíamos hecho verificar que no hubiera micrófonos ocultos, Danny formó con los labios, sin pronunciarlas, las palabras «estamos violando la ley»— si usamos a Steve como ratonera para todas esas acciones.

Alcé la mano y dije, con una amable sonrisa:

—Eh, eh, eh. ¡Tranquilo! Para empezar, hice verificar que no hubiese micrófonos hace treinta minutos, de modo que, si los pusieron en ese lapso, merecemos que nos descubran. Y no estamos violando diecisiete mil leyes; son, tal vez, tres o cuatro, a lo sumo cinco. Pero no hay motivo para que nadie lo sepa. —Me encogí de hombros antes de adoptar un tono escandalizado—: ¡Me sorprendes, Dan! Un acuerdo firmado nos sería de mucha ayuda, aun si no podemos usarlo. Es un poderoso argumento para que no se le vaya a ocurrir jodernos.

En ese preciso instante, la voz de Janet sonó en el intercomunicador:

—Tu padre viene hacia aquí.

Le respondí con sequedad:

—¡Dile que estoy en una reunión, maldita sea!

Janet repuso en el mismo tono:

—¡Vete a la mierda! ¡Díselo tú! ¡Yo no pienso hacerlo!

¡Cuánta insolencia! ¡Vaya impertinencia! Se produjo un breve silencio. Entonces, gemí:

—¡Oh, vamos, Janet! ¿No puedes decirle que estoy en una reunión importante, o en una conferencia telefónica o algo, por favor?

—No y no —respondió con voz inexpresiva.

—¡Gracias, como asistente eres una perla! Recuérdame por favor de aquí a dos semanas, cuando sea el momento de cobrar tu adicional de Navidad, ¿de acuerdo?

Hice una pausa para oír su respuesta. Nada. Jodido silencio total. ¡Increíble! Insistí.

—¿A qué distancia está?

—A unos cincuenta metros, y avanza a toda velocidad. Desde aquí se le ven las venas hinchadas en la cabeza y fuma al menos uno, posiblemente dos, cigarrillos. Juro por Dios que parece un dragón que respira fuego.

—Gracias por el aliento, Janet. ¿No puedes, al menos, distraerlo? Quizás hacer sonar una alarma de incendio o algo así. Yo... —En ese momento, Danny comenzó a levantarse de su asiento, como si se dispusiera a abandonar mi despacho—. Y tú, ¿dónde mierda crees que vas, compañerito, eh? —Señalé una y otra vez el mullido sillón con mi índice—. Siéntate de una puta vez y quédate tranquilo un rato. —Volví la cabeza en dirección al negro intercomunicador—: Sólo un segundo, Janet, no te vayas. —Dirigí mi atención a Danny—: Te diré una cosa, amiguito. Al menos cincuenta o sesenta mil de esa cuenta de Am Ex los gastaste tú, así que quédate a recibir tu porción de insultos. Además, el número nos da alguna fuerza. —Una vez más, me dirigí al intercomunicador—: Janet, dile a Kenny que lo quiero en mi oficina ya mismo. También él debe lidiar con esta mierda. Y ábreme la puerta. Necesito algo de ruido aquí.

Mi otro socio, Kenny Greene, no pertenecía a la misma cepa que Danny. De hecho, no podía haber dos personas más distintas. Danny era el más inteligente y, por increíble que parezca, era, de lejos, el más refinado. Pero Kenny era más ambicioso. Lo impulsaba un insaciable apetito de conocimiento y sabiduría, dos atributos de los que carecía por completo. Sí, Kenny era medio bobo. Era triste, pero cierto. Y tenía un talento increíble para decir las burradas más grandes en las reuniones de negocios, en particular cuando eran importantes. De hecho, yo ya no le permitía asistir a ellas. Era un hecho que Danny disfrutaba más de lo que pueda concebirse, y rara vez dejaba pasar la oportunidad

de recordarme las muchas deficiencias de Kenny. Así que yo tenía a Kenny Greene y Andy Greene. No eran parientes. Al parecer, me tocaba estar rodeado de Greenes.

La puerta se abrió y un poderoso rugido inundó mi despacho. Ahí afuera se había desatado una jodida tormenta de codicia, y yo amaba hasta su última gota. El poderoso rugido... Sí, era la más poderosa de las drogas. Más fuerte que la furia de mi esposa. Más fuerte que mi dolor de espalda. Y más fuerte que los payasos de las regulaciones que tiritaban en mi sala de reuniones.

Y más fuerte, incluso, que la locura de mi padre, quien, en ese momento, se disponía a emitir un poderoso rugido propio.

Pequeñeces que cuentan

En tono ominoso, con sus brillantes ojos azules tan saltones que parecía que, como en un dibujo animado, estuvieran por saltársele de la cara, el Loco Max dijo:

— ¡Si los tres no borráis esa sonrisita de vuestras caras ahora mismo, juro por Dios que os las borraré yo!

Con esas palabras se puso a recorrer la oficina a lentas, deliberadas zancadas... su rostro contorsionado en una máscara de pura furia. En la mano derecha llevaba un cigarrillo encendido, posiblemente el vigésimo del día; en la izquierda, un vaso desechable blanco lleno de vodka Stolichnaya, quizás el primero del día, pero más probablemente, por desgracia, el segundo.

De pronto, interrumpió su paseo, giró sobre sus talones y, con la expresión de un fiscal que lanza su acusación, le clavó la mirada a Danny:

— Bien, ¿qué tienes que alegar, Porush? Eres aún más retrasado de lo que creía, ¡comerte un pez en medio de la sala de negocios! ¿Qué cojones te pasa?

Danny se paró, sonrió y dijo:

— ¡Vamos, Max! No fue algo tan malo. El tipo merecía...

— ¡Siéntate y cállate, Porush! ¡Eres una puta vergüenza, no

sólo para ti sino para toda tu jodida familia, que Dios se apiade de ellos! —El Loco Max se detuvo un instante antes de proseguir—: ¡Y deja de sonreír, maldita sea! ¡Esos ridículos dientes me hacen daño a la vista! ¡Necesitaría gafas de sol para mirarlos!

Danny se sentó y cerró la boca. Intercambiamos miradas, y contuve un enfermizo deseo de sonreír. Me contuve porque sabía que ello sólo empeoraría las cosas. Le eché un vistazo a Kenny. Estaba sentado frente a mí, en el mismo sillón que había ocupado Choza. Pero no respondió a mi mirada. Estaba demasiado ocupado en contemplar sus zapatos que, como de costumbre, necesitaban desesperadamente una lustrada. Al típico estilo de Wall Street, iba arremangado de modo que el grueso Rolex de oro que llevaba en la muñeca quedara a la vista. En realidad era un President, el mismo modelo al que la duquesa me había obligado a renunciar aduciendo que era vulgar. Así y todo, Kenny no tenía un aspecto vulgar, ni tampoco elegante. Y ese nuevo corte de cabello estilo militar hacía que su cráneo cuadrado lo pareciese aún más. Mi socio junior, Cabeza Cuadrada, pensé.

A todo esto, un venenoso silencio descendió sobre el despacho, lo cual significaba que debía poner fin a esa locura de una vez. De modo que, adelantando el cuerpo y sin levantarme de mi asiento, recurrí a mi fabuloso vocabulario y, seleccionando las palabras que sabía que mi padre respetaría, dije en tono autoritario:

—¡Muy bien papá, ya es suficiente! ¿Por qué no te tranquilizas durante un maldito segundo? Ésta es mi puta empresa, y tengo derecho a mis jodidos legítimos gastos de representación, así que...

Pero el Loco Max me interrumpió antes de que pudiera exponer mi punto de vista.

—¿Quieres que me calme cuando tres retrasados como vosotros se portan como niños en una tienda de caramelos? Creéis que esto no se terminará nunca, ¿no? Sois tan idiotas que pensáis que es una puta fiesta sin fin; no tenéis nada que temer, ¿verdad? Bueno, os diré algo, estoy harto de que paséis todos vuestros putos gastos personales a esta jodida compañía.

Se detuvo para fulminarnos a los tres con la mirada, empezando por mí, su hijo. Es posible que mientras lo hacía se preguntara si no sería verdad que me había traído una cigüeña. Cuando dejó de hacerlo, se quedó en la posición justa para que yo lo viera desde el ángulo ideal, y me maravillé de lo atildado que lucía. Oh, sí, a pesar de todo, el Loco Max era muy elegante. Le gustaban las chaquetas deportivas color azul marino, las camisas con cuello ancho, a la inglesa, las corbatas azules lisas y los pantalones de gabardina color tostado, todo hecho a medida y casi perfectamente almidonado y planchado por el servicio chino de lavandería que usaba desde hacía treinta años. Mi padre era una criatura de hábitos.

De modo que nos quedamos sentados como niños buenos, esperando pacientemente el siguiente asalto verbal que, ya se sabía, sólo llegaría después de que mi padre hiciese una cosa: fumar. Finalmente, al cabo de unos buenos diez segundos, le dio una inmensa calada a su Merit Ultra bajo en alquitrán, expandiendo su amplio pecho hasta el doble de su tamaño normal, como un pez globo que procurase intimidar a un predador. Luego, exhaló poco a poco hasta recuperar su tamaño normal. Aun así, sus hombros eran inmensos. Mi padre, inclinado hacia delante, con su ralo cabello entrecano, parecía un toro furioso de un metro setenta de alto.

A continuación, echó la cabeza hacia atrás y vació de un enorme trago su vaso desechable, como si su ardiente contenido no fuese más que agua Evian fresca. Se puso a menear la cabeza:

—Ganar todo este dinero y que tres imbéciles se lo gasten como si el mañana no existiera. Da pena verlo. ¿Qué creéis, que soy un infeliz que os dirá que sí a todo mientras destruis esta puta compañía? ¿Tenéis idea de cuántas personas dependen de esta empresa para ganarse la puta vida? ¿Tenéis idea de los riesgos que...?

El Loco Max seguía y seguía, en su típico estilo, pero yo ya no lo escuchaba. De hecho, estaba hipnotizado por su maravillosa habilidad para encadenar palabrotas sin ensayo y lograr que sonaran tan jodidamente poéticas. ¡Su manera de maldecir era verdaderamente hermosa! ¡Como Shakespeare con actitud! Y

en Stratton Oakmont, donde se consideraba que maldecir era un arte, decir que alguien sabía encadenar las palabrotas era uno de los más altos elogios. Pero el Loco Max llevaba las cosas a nuevas cotas y cuando, como hoy, estaba inspirado, sus insultos eran casi música.

Ahora, el Loco Max meneaba la cabeza con expresión de asco, ¿o era de incredulidad? Bueno, probablemente un poco de cada cosa. Fuera lo que fuese, meneaba la cabeza y nos explicaba a nosotros, los imbéciles retrasados, que la cuenta de American Express de noviembre sumaba cuatrocientos setenta mil dólares y que, según sus cálculos, sólo veinte mil dólares eran gastos de representación legítimos. Lo demás eran gastos personales o, para decirlo con sus palabras, mierda personal. Entonces, en el más ominoso de los tonos, dijo:

—Os voy a decir algo: en cualquier momento meteréis las pelotas en la trituradora de papel. Recordad lo que os digo. Tarde o temprano los grandísimos hijos de puta del servicio de recaudación impositiva van a aparecer por aquí para hacer una puta auditoría completa, y vosotros tres tendréis un grave problema, a no ser que alguien detenga esta locura. Por eso, tendréis que pagar esta cuenta con vuestros propios fondos. —Asintió con la cabeza, aprobando sus palabras—. No se la voy a pasar a la empresa. Ni un puto céntimo. ¡Y ésta es mi última palabra! Sacaré cuatrocientos cincuenta mil dólares de vuestros malditos salarios, ¡y no se os ocurra detenerme!

¿Qué? ¡Vaya descaro! Tenía que decirle algo en su propio idioma.

—¡Tranquilízate de una puta vez, papá! ¡Lo que dices es pura mierda! Buena parte de ese dinero son gastos legítimos de la empresa, lo creas o no. Si dejas de gritar durante un maldito segundo, te diré qué es...

Volvió a interrumpirme en seco, dirigiendo su ataque directamente hacia mí:

—¡Y tú, el llamado lobo de Wall Street, el lobo demente! ¡Mi propio hijo! ¡Salido de mis putos huevos! ¿Cómo puede ser? ¡Eres el peor de todos! ¿Cómo cojones se te ocurre comprar dos abrigos de piel exactamente iguales, a ochenta mil dólares cada

uno? Sí, sí, llamé a la tienda, la Casa de las Putas Pielas de Alessandro, porque supuse que sería algún tipo de error. ¿Y sabes qué me dijo ese griego hijo de puta?

Le respondí con ánimo de seguirle la corriente:

—No, papá, ¿qué mierda te dijo?

—Me dijo que habías comprado dos abrigos de visón, los dos del mismo color, corte, todo. —Con esas palabras, el Loco Max ladeó la cabeza e incrustó el mentón entre las clavículas. Me miró con sus saltones ojos azules y dijo—: ¿Qué, a tu esposa no le alcanza con un abrigo? O espera, déjame pensar, ¿a que compraste el segundo visón para una prostituta? —Se detuvo para darle otra honda calada a su cigarrillo—. Ya estoy harto de tanta niñería. ¿Crees que no sé qué es EJ Entertainment? —Entornó los ojos, acusador—. ¡Estáis tan locos que pagáis las putas con la tarjeta de crédito de la empresa! Y de todos modos, ¿qué clase de puta acepta tarjetas de crédito?

Los tres intercambiamos miradas, pero no dijimos nada. A fin de cuentas, ¿qué se podía decir? Lo cierto era que las prostitutas sí aceptaban tarjetas de crédito, io al menos, sí lo hacían aquellas a las que nosotros recurríamos! El hecho era que las prostitutas formaban parte de la subcultura de Stratton al punto de que las clasificábamos como se hace con los títulos que cotizan en Bolsa: llamábamos fichas azules a las putas de primer nivel, la crema y nata. Por lo general, se trataba de jóvenes modelos que luchaban por hacer carrera o bellas estudiantes necesitadas de dinero para pagar las cuotas de la universidad o ropa de marca, y que por unos miles de dólares hacían casi todo lo que pueda imaginarse; te lo hacían o se lo hacían una a otra. Después venían las Nasdaq, que estaban un grado por debajo de las fichas azules. Valían entre tres y cuatrocientos dólares y te hacían usar preservativo, a no ser que les dieses una sustanciosa propina, cosa que yo generalmente hacía. Finalmente venían las putas de las páginas rosadas, el nivel más bajo. Solían ser trota-calles o la clase de puta de bajo nivel que aparece en respuesta a una desesperada llamada a la madrugada a un teléfono sacado de la revista *Screw* o de las páginas amarillas. Por lo general costaban cien dólares o menos y, si no usabas condón, te hacías dar

una inyección de penicilina al día siguiente y rogabas porque no se te cayera el pene a trozos.

De cualquier modo, las fichas azules aceptaban tarjetas de crédito, de esa manera, ¿qué tenía de malo descontarlas de impuestos? Al fin y al cabo, el servicio de recaudación impositiva sabía que existían esas cosas, ¿o no? De hecho, en los viejos tiempos, cuando se consideraba que emborracharse a la hora de la comida era la conducta normal en una empresa, Hacienda se refería a ese tipo de gastos llamándolos «almuerzos de tres martinis». Hasta tenían un término contable para denominarlos: T y E, siglas de *Travel and Entertainment*. Yo no había hecho más que tomarme la pequeña libertad de llevar las cosas a su conclusión lógica, cambiando esas iniciales a T y A y adjudicándoselas a *Tits and Ass* [tetas y culo].

Al margen de eso, los problemas con mi padre iban mucho más allá de cargar ciertos gastos a la tarjeta de crédito corporativa. El hecho era que se trataba del hombre más tacaño que nunca hubiese poblado el planeta. Y yo... bueno, digamos que sólo teníamos un desacuerdo fundamental con respecto al manejo del dinero, dado que a mí me daba igual perder medio millón a los dados y después darle un ficha gris de póquer de cinco mil dólares de valor a alguna deliciosa ficha azul.

La cuestión era que, en Stratton Oakmont, el Loco Max era como un pez fuera del agua, o mejor dicho, como un pez en Plutón. Tenía sesenta y cinco años, lo que lo hacía unos cuarenta años más viejo que el strattonita medio; era un hombre muy educado, contable público y poseedor de un coeficiente de inteligencia estratosférico, mientras que el strattonita tipo no tenía educación alguna y solía mostrar la inteligencia de una caja llena de piedras. Se había criado en otra época y lugar, en el Bronx judío, entre las ruinas económicas de la gran depresión, sin saber si habría comida en la mesa familiar cada día. Y, como millones que se criaron en ese momento, aún lo aquejaba una mentalidad de la era de la depresión. Detestaba los riesgos, se resistía al cambio bajo cualquier forma o aspecto y lo acosaban los temores financieros. Y allí estaba, procurando administrar las finanzas de una empresa cuyos negocios se basaban en el

cambio permanente y cuyo principal accionista, que, por cierto, era su hijo, era un amante nato del riesgo.

Respiré hondo, me levanté, di la vuelta al escritorio y me senté en el borde. Crucé los brazos en señal de frustración y dije:

—Mira, papá. Aquí ocurren cosas que no pretendo que entiendas. Pero el hecho es que es mi puto dinero y haré con él lo que me dé la puta gana. De hecho, y a no ser que me demuestres que mis gastos hacen mermar el flujo de ingresos, te sugeriría que te muerdas la maldita lengua y pagues la cuenta.

»Ya sabes que te quiero y que me aflige verte tan alterado por una estúpida cuenta de tarjeta de crédito. Pero no es más que eso, papá, ¡una cuenta! Y ya sabes que, de todas maneras, terminarás por pagarla. Entonces, ¿qué sentido tiene ponerse así? Antes de que termine el día vamos a ganar veinte millones de dólares, de modo que, ¿qué mierda importa medio millón?

En ese momento, Cabeza Cuadrada intervino.

—Max, en esa cuenta, los gastos que me corresponden son mínimos. De modo que te apoyo en esto.

Sonreí para mis adentros al ver que Cabeza Cuadrada acababa de meter la pata a escala colosal. Había dos reglas a la hora de lidiar con el Loco Max: primero, nunca trates de eludir tus responsabilidades, ¡jamás! Segundo, nunca acuses, con sutileza o no, a su hijo bienamado, a quien sólo él tenía el derecho de regañar. Se volvió a Kenny y dijo:

—¡En mi opinión, cualquier suma por encima de cero que gastes es excesiva, jodido imbécil! ¡Al menos mi hijo gana dinero! ¿Tú, qué mierda haces, fuera de embrollarnos en un pleito por acoso sexual con esa asistente de ventas tetona, que no sé cómo mierda se llama? —Meneó la cabeza, asqueado—. Así que mejor cierra la puta boca y agrádecele al cielo que mi hijo haya tenido la bondad de hacerte socio de esta empresa.

Le sonreí a mi padre y le dije en tono humorístico:

—¡Papá, papá, papá! Cálmate o te va a dar un ataque al corazón. Ya sé qué piensas, pero Kenny no estaba tratando de insinuar nada. Ya sabes que todos nosotros te queremos y te respetamos y confiamos en que seas la voz de la razón aquí. De modo que demos un paso atrás...

Desde que tengo memoria, mi padre libró una guerra contra sí mismo, consistente en batallas diarias contra enemigos invisibles y objetos inanimados. Lo noté por primera vez a los cinco años, con su coche. Al parecer, papá creía que se trataba de un ser vivo. Era un Dodge Dart verde modelo 63, al que se refería como «ella». El problema era que a «ella» le salía un terrible ruido de debajo del tablero. El golpeteo era un hijo de puta elusivo, que, sin duda, esos malditos de la fábrica Dodge habían colocado adrede en «ella» con el fin de arruinarle la vida a mi padre. Sólo él podía oírlo, además de mi madre, quien, en realidad, sólo fingía hacerlo para evitar que mi padre sufriese un colapso nervioso.

Pero ése fue sólo el comienzo. Hasta una excursión a la heladería estaba llena de peligros, producidos por su costumbre de beber leche directamente del cartón. El problema era que si una gota de leche llegaba a deslizársele por el mentón, enloquecía por completo. Depositando el cartón de un golpe, farfullaba:

— ¡Puto cartón de mierda! ¿Estos estúpidos infelices que diseñan los cartones no saben hacerlos de modo que a uno no se le chorree la puta leche por el mentón?

Claro. ¡Todo era culpa del cartón! Así que el Loco Max se envolvía en una serie de extrañas rutinas y fielmente repetidos rituales para protegerse contra un mundo cruel e impredecible, lleno de salpicaderos que hacen un ruido de golpeteo y cartones de leche imperfectos. Cada mañana, apenas despertaba, fumaba tres cigarrillos Kent, se daba una ducha de treinta minutos y después se afeitaba durante un rato desproporcionadamente largo con una navaja barbera, con un cigarrillo encendido en la boca y otro consumiéndose en el borde del lavamanos. A continuación se vestía. Comenzaba por unos calzoncillos blancos, seguidos por un par de calcetines negros que le llegaban a la rodilla y unos zapatos negros de charol. Pero no se ponía los pantalones. Así vestido, daba vueltas por el apartamento. Desayunaba, fumaba unos cigarrillos más, y se levantaba para ir al baño a defecar abundantemente. Después de ello, se peinaba hasta dejarse el cabello casi perfecto, se ponía una camisa, la abotonaba con lentitud, le subía el cuello, se ponía la corbata, la anudaba, bajaba el cuello de la camisa, y se ponía la chaqueta

del traje. Por fin, justo antes de marcharse, se ponía los pantalones. Nunca pude dilucidar por qué reservaba ese paso para el final, pero verlo durante tantos años me debe haber marcado de alguna manera desconocida.

Pero lo más curioso era la completa y total aversión que el Loco Max sentía por las llamadas telefónicas inesperadas. Oh, sí, Max detestaba el sonido del teléfono, así que trabajar en una oficina donde había unos mil teléfonos, más o menos, debía de ser motivo de crueles padecimientos para él. Y sonaban sin cesar desde el momento en que Max entraba en la oficina a las nueve en punto (por supuesto, nunca llegaba tarde) hasta el momento en que se marchaba, que era cuando le daba la puta gana de hacerlo.

Así las cosas, no es sorprendente que nuestra vida en ese diminuto apartamento de dos habitaciones en Queens a veces fuera bastante azarosa, en particular cuando el teléfono sonaba y, sobre todo, cuando la llamada era para él. Pero nunca lo atendía, aun cuando quisiera hacerlo, porque mi madre, santa Leah, se transformaba en corredora olímpica en el momento en que comenzaba a sonar. Se precipitaba sobre el aparato en una loca carrera, consciente de que cada timbrado que consiguiera evitar haría más fáciles sus esfuerzos por tranquilizar a mi padre después del hecho.

Y, en las tristes ocasiones en que mi madre se veía obligada a pronunciar las terribles palabras «Max, es para ti», mi padre se levantaba lentamente de su sillón de la sala de estar, vestido con un par de calzoncillos blancos y nada más, y entraba en la cocina dando zancadas y barbotando:

— ¡Ese-telefono-hijo-de-puta-chupapollas-de-mierda!
¡Quién-puta-mierda-tiene-el-jodido-descaro-de-llamar-a-mi-puta-casa-en-la-puta-mierda-de-tarde-de-domingo...!

Pero cuando finalmente llegaba al teléfono, ocurría algo de lo más extraño: se transformaba como por arte de magia en su álter ego, sir Max, un refinado caballero de modales impecables y un acento que hedía a aristocracia británica. Me parecía curioso, dado que mi padre nació y se crió en las calles mugrosas del sur del Bronx y nunca estuvo en Inglaterra.

Aun así, sir Max le decía al teléfono:

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlo? —mantenía los labios fruncidos y los carrillos ligeramente comprimidos, lo que realmente ayudaba a su acento aristocrático—. Oh, pues muy bien, isí, eso estará más que bien! ¡De acuerdo, entonces! —Con esas palabras, sir Max colgaba el auricular y volvía a ser el Loco Max—: Ese-hijo-de-puta-chupapollas-de-mierda-que-tiene-el-jodido-descaro-de-llamar-a-esta-puta-casa...

Pero a pesar de toda su locura, el Loco Max siempre era el sonriente entrenador de los equipos infantiles de béisbol en los que yo jugaba, y el Loco Max era el primer padre en despertarse los domingos por la mañana para jugar a la pelota con sus hijos. Era el que sostenía el asiento de mi bicicleta desde atrás y me empujaba por la senda de cemento que daba al edificio de apartamentos donde vivíamos, antes de echar a correr detrás de mí, y era el que iba a mi dormitorio por la noche y se quedaba conmigo, acariciándome el cabello cuando yo sufría de terrores nocturnos. Era el que nunca se perdía una representación teatral escolar, o una reunión de padres y maestros o un concierto o cualquier otra cosa, por cierto, en la que pudiera disfrutar de sus hijos y mostrarnos que nos quería.

Era un hombre complicado. Tenía una gran capacidad mental y ambicionaba el éxito, pero sus propias limitaciones emocionales lo llevaban al fracaso y a la humillación. Al fin y al cabo, ¿cómo podía un hombre así funcionar en el mundo corporativo? ¿Quién hubiera estado dispuesto a soportar su conducta? ¿Cuántos trabajos perdió por ella? ¿Cuántos ascensos? ¿Cuántas puertas se le cerraron gracias a su personalidad?

Pero todo eso cambió con Stratton Oakmont, un lugar donde el Loco Max podía descargar su furia con total impunidad. De hecho, la mejor manera en que un strattonita podía demostrar su lealtad era sufrir una bronca del Loco Max y aceptarla en silencio en aras del bien común, es decir: de vivir la Vida. De modo que, para los jóvenes strattonitas, que el Loco Max te cubriera de improperios o te rompiera la ventanilla del coche de un golpe de bate eran cosas que se exhibían con orgullo, un rito de iniciación.

En fin, que existían el Loco Max y sir Max, y la cuestión era ingeniárselas para hacer aparecer al segundo. Mi primer globo sonda fue una táctica hombre-a-hombre. Miré a Kenny y a Danny y dije:

—Muchachos, ¿me dais unos minutos para hablar a solas con mi padre?

¡Ninguno se opuso! Ambos se marcharon con tal prisa que, apenas mi padre y yo llegamos al sofá, ubicado a sólo tres metros del escritorio, ya cerraban la puerta tras de sí. Mi padre se sentó, encendió otro cigarrillo y dio otra de sus enormes caladas. Me dejé caer a su derecha, me recliné y puse los pies sobre la mesa de vidrio que teníamos frente a nosotros.

Con una sonrisa triste, dije:

—Te juro por Dios, papá, que la espalda me está matando. No sabes lo que es. El dolor baja hasta la pierna izquierda. Es como para volverse loco.

El rostro de mi padre se suavizó de inmediato. Parecía que el globo sonda número uno levantaba el vuelo.

—¿Y qué dicen los médicos?

—Mmm... —No detecté ni un asomo de acento británico en sus palabras; aun así, que mi espalda me estaba matando era cierto, y no había duda de que estaba haciendo progresos con mi padre—. ¿Médicos? ¿Y qué cojones saben? La última cirugía no hizo más que empeorar las cosas. Y lo único que hacen es darme pastillas que me sientan mal y no atacan el maldito dolor. —Meneé un poco más la cabeza—. No importa, papá. No quiero preocuparte. Sólo me estoy descargando. —Saqué los pies de encima de la mesa de vidrio, me repantigué y extendí los brazos sobre el respaldo—. Mira —le dije con suavidad—. Entiendo que te cueste entender todo este delirio, pero créeme si te digo que mi locura tiene un método, en particular a la hora de gastar. Es importante hacer que nuestra gente siga persiguiendo el sueño. Y es aún más importante mantenerlos cortos de fondos. —Indiqué la pared de vidrio con un gesto—. ¡Míralos! ¡Por mucho que ganen, hasta el último de ellos está endeudado! Se gastan hasta el último centavo en procurar emular mi forma de vida. Pero no pueden, porque no ganan lo suficiente. De modo que, incluso si

ganan un millón al año, viven al día, a la espera de la próxima nómina. Dado el modo en que te criaste, te cuesta imaginarlo, pero es así.

»Como sea, mantenerlos cortos de dinero me hace más fácil controlarlos. Piénsalo: cada uno de ellos está endeudado hasta las orejas, pagan casas, barcos y toda la otra mierda, y si se pierden el siguiente salario, tendrán graves problemas. Es como tenerlos engrillados con cadenas de oro. La verdad es que podría pagarles mucho más. Pero no me necesitarían tanto. Y si les pagara demasiado poco, me odiarían. De modo que les pago lo justo para que me quieran, pero sin dejar de necesitarme. Y mientras me necesiten, me temerán.

Mi padre me miraba fijamente, pendiente de cada una de mis palabras.

—Algún día —señalé con el mentón la pared de vidrio— todo esto desaparecerá, y también la llamada lealtad. Y, cuando ello ocurra, sería bueno que tú no sepas nada de algunas de las cosas que ocurrieron aquí. Por eso me muestro evasivo a veces. No es que no confíe en ti, o que no te respete, o que no valore tu opinión. Todo lo contrario, papá. Te oculto cosas porque te quiero, y porque te admiro, y porque deseo protegerte de las consecuencias cuando las cosas comiencen a hacer agua.

Sir Max, en tono preocupado:

—¿Por qué hablas de esta manera? ¿Por qué tendría que hacer agua esto? ¿Las compañías que estás lanzando al mercado son legítimas, no?

—Sí. No tiene nada que ver con las compañías. Lo cierto es que no nos diferenciamos en nada de todos los otros que se dedican a esto. Pero somos más grandes y nos va mejor, lo que nos convierte en un blanco fácil. En cualquier caso, no te preocupes. Sólo estoy permitiéndome un momento de pesimismo. Todo saldrá bien, papá.

En ese momento, la voz de Janet sonó en el intercomunicador:

—Lamento interrumpir, pero tienes una llamada en conferencia con Ike Sorkin y los otros abogados. Están en línea ahora mismo y ya han puesto en marcha el reloj que marca sus honorarios. ¿Quieres que aguarden o les pongo un nuevo horario?

¿Llamada en conferencia? ¡Yo no había pedido ninguna reunión telefónica! Entonces me di cuenta: ¡Janet me estaba rescataando! Miré a mi padre y me encogí de hombros, como si dijera: «¿Qué puedo hacer? ¡Debo atender esta llamada!»

Nos apresuramos a intercambiar abrazos y disculpas, y me comprometí a gastar menos de ahora en adelante, lo que ambos sabíamos era una mentira total. Pero, de todas maneras, mi padre había entrado hecho un león y se marchaba convertido en cordero. Y cuando la puerta se cerró a sus espaldas, hice una nota mental de darle algún dinero adicional a Janet para Navidad, a pesar de todo lo que me había hecho pasar esa mañana. Era buena. Más que buena.

El zapatero

Al cabo de más o menos una hora, Steve Madden se dirigía con paso confiado a la parte delantera de la sala de reuniones. Era el paso, pensé, de un hombre que tiene un control total, un hombre que va a presentar un número circense de primera. Pero cuando llegó al podio, ¡qué expresión la suya! ¡Puro terror!

¡Y su ropa! Era ridícula. Parecía un golfista profesional fracasado que ha cambiado los palos por un par de litros de vino barato y un pasaje de ida al suburbio. Era irónico que el negocio de Steve fuera la moda, dado que era una de las personas que peor vestían del planeta. Era el tipo de diseñador chiflado, un ejemplo exagerado de artista barato, que andaba por la ciudad con un horrendo zapato de plataforma en la mano, explicando, sin que nadie se lo pidiera, por qué ese calzado era lo que todas las adolescentes llevarían la próxima temporada.

En ese momento, vestía una arrugada chaqueta deportiva color azul marino, que colgaba de sus delgados hombros como un trozo de lona barata. El resto de su atuendo no era mejor. Llevaba una camiseta gris con agujeros, y Levis blancos de pernera estrecha, ambos manchados.

Pero lo más ofensivo eran sus zapatos. Al fin y al cabo, uno

supone que cualquiera que pretende hacerse pasar por un diseñador de zapatos tendría la decencia de hacerse lustrar los suyos el día en que lanza su empresa al mercado. Pero no, Steve Madden no estaba dispuesto a hacerlo. Calzaba un par de baratos mocasines marrones que no habían visto un trapo de lustrar desde el día en que mataron al becerro con que los confeccionaron. Y se tocaba, claro, con su característica gorra de béisbol color azul eléctrico que cubría las pocas mechadas de cabello rubio rojizo que le quedaban, las cuales, con típica elegancia, llevaba recogidas en una cola sujeta con una banda elástica.

De mala gana, Steve tomó el micrófono de un podio color arce y emitió un par de carraspeos a modo de indicación de que estaba listo para comenzar el espectáculo. Con lentitud —de hecho, con mucha lentitud— los strattonitas colgaron los teléfonos y se reclinaron en sus asientos.

En ese instante, sentí unas aterradoras vibraciones que provenían de mi izquierda. Era casi un terremoto en miniatura. Me volví a mirar y... ¡Por Dios, era el gordo Howie Gelfand con sus al menos doscientos kilos de peso!

—Hola, JB —dijo el gordo Howie—. Necesito que me hagas un verdadero favor y me tires diez mil unidades adicionales de las de Madden. ¿Podrías hacerlo por tu tío Howie? —Sonrió de oreja a oreja antes de ladear la cabeza y pasarme un brazo sobre los hombros, como si dijese: «Vamos, somos amigos, ¿o no?»

Bueno, puede decirse que Howie me caía bien, a pesar de que era un gordo hijo de puta. Pero, al margen de eso, su pedido de unidades adicionales contribuía a la causa. Al fin y al cabo, una unidad de una nueva emisión de Stratton era más valiosa que el oro. Sólo se requería hacer algunos cálculos sencillos para ver que era así: una unidad consistía en un título accionario común y dos garantías, la A y la B, cada una de las cuales te daba derecho a comprar una acción adicional a un precio ligeramente superior al inicial. En este caso, el precio inicial era de cuatro dólares por acción; la garantía A era negociable a cuatro con cincuenta y la B, a cinco dólares. A medida que las acciones se

revalorizaban, el valor de las garantías subía con ellas. De modo que el apalancamiento, es decir, el empleo de deudas para financiar inversión, era inmenso.

Una emisión típica de Stratton consistía en dos millones de unidades, que se ofrecían a cuatro dólares cada una, lo cual, en sí, no era demasiado espectacular. Pero con un campo de fútbol lleno de jóvenes strattonitas que sonreían, llamaban por teléfono y le arrancaban los ojos a la gente, la demanda no tardaba en hacerse espectacularmente mayor que la oferta. Así que darle a un cliente un bloque de diez mil unidades era como hacerle un regalo de seis cifras. Era exactamente igual, y por ello se esperaba que el cliente participara en el juego, lo que significaba que, por cada unidad que se le daba al precio de oferta pública inicial, debía comprar diez veces la cantidad recibida cuando la emisión comenzara a negociarse en el mercado secundario.

—Muy bien —farfullé—. Te doy las diez mil adicionales porque te quiero y sé que eres leal. Ahora, ve y pierde un poco de peso antes de que te dé un ataque al corazón.

Con una gran sonrisa y tono vehemente:

—¡Salve, oh, JB! ¡Salve! —intentó hacer una reverencia—. ¡Eres el rey... El lobo... Eres todo! ¡Tus deseos son...!

Lo interrumpí:

—Vete de una puta vez, Gelfand. Y asegúrate de que los chicos de tu sección no se pongan a abuchear a Madden o a tirarle cosas. Hablo en serio.

Howie se puso a dar cortos pasos hacia atrás, inclinándose con los brazos extendidos por delante de él, como lo hacen los que dejan la sala del trono tras una audiencia con el rey.

¡Qué jodido gordo hijo de puta!, pensé. ¡Pero qué vendedor maravilloso! Era suave como la seda. Howie había sido uno de mis primeros vendedores. Sólo tenía diecinueve años cuando acudió a mí. En su primer año de trabajo ganó doscientos cincuenta mil dólares. Este año, iba rumbo a hacer un millón y medio. Aun así, seguía viviendo en casa de sus padres.

En ese momento se oyeron unos carraspeos en el micrófono:

—Eh... Disculpen. Para los que no me conozcan, me llamo Steve Madden. Soy el presidente de...

Pero antes de que pudiera completar su primera frase, los stratonitas se lanzaron sobre él.

— ¡Ya sabemos quién eres!

— ¡Qué gorra tan bonita!

— ¡El tiempo es dinero! ¡Vamos, al jodido grano!

A continuación, se oyeron abucheos, siseos, pedorretas, rechiflas y un par de aullidos. Después, se volvió a producir un relativo silencio.

Steve miró en mi dirección. Tenía la boca ligeramente abierta y los ojos castaños del tamaño de platos. Extendí los brazos, con las palmas de las manos hacia él y los subí y bajé una media docena de veces, como diciéndole: «¡Tranquilo, tómatelo con calma!».

Steve asintió y respiró hondo.

— Empezaré por contarles un poco acerca de mí mismo y de mis antecedentes en la industria del calzado. Y después, quisiera discutir los ambiciosos planes que tengo para el futuro de mi empresa. Comencé a trabajar en una zapatería a los dieciséis años, barriendo el almacén. Y mientras mis amigos se dedicaban a perseguir a las chicas por la ciudad, yo aprendía sobre zapatos de señora. Era como Al Bundy, con un calzador que me asomaba del bolsillo...

Otra interrupción.

— Estás demasiado lejos del micrófono. ¡No oímos una mierda de lo que dices! Acércate el micrófono.

Steve movió el micrófono.

— Lo siento. Bueno, como les decía, estoy en la industria del calzado desde que tengo memoria. Mi primer empleo fue en una pequeña zapatería de Cedarhurst llamada Jildor Shoes, donde trabajaba en el almacén. Después fui vendedor. Y fue... eh... entonces... cuando aún era un muchacho, que me enamoré de los zapatos de mujer. Saben, puedo decir, sin faltar a la verdad...

Y ahí mismo se embarcó en una explicación notablemente pormenorizada sobre el hecho de que era un verdadero amante del calzado femenino desde el comienzo de su adolescencia, y de cómo, en algún momento, no sabía cuándo, comenzó a fascinarse por las infinitas posibilidades de los zapatos para mujer en lo

que hace a los distintos tipos de tacón, correas y hebillas, y con todas las telas con las que podía trabajar y todos los ornamentos que se les podía añadir. Después, pasó a explicar cuánto le agradaba acariciar los zapatos y pasar los dedos por sus empeines.

En ese punto, le eché un subrepticio vistazo al corazón de la sala de reuniones. Vi muchas miradas de desconcierto en los rostros de los stratonitas. Incluso las asistentes de ventas, que por lo general mantenían cierto aire de decoro, meneaban las cabezas con aire de incredulidad. Algunos alzaban los ojos al cielo.

Entonces, de pronto, atacaron:

— ¡Qué maldito marica!

— ¡Eso es enfermizo, hombre!

— ¡Puto! ¡Consíguete una maldita vida!

Luego, más abucheos, rechiflas, gritos, siseos, seguidos de pataleos, señal inequívoca de que la tortura entraba en su segunda fase.

Danny se me acercó, meneando la cabeza.

— Esto me da vergüenza ajena —susurró.

Asentí con la cabeza.

— Bueno, al menos ha estado de acuerdo en lo de poner nuestras acciones en la cuenta de un tercero. Lástima que no hayamos podido hacer los papeles hoy, pero nada es perfecto. Tiene que cortar el rollo o se lo van a comer crudo. — Meneé la cabeza—. Aunque no sé... repasé todo con él hace unos minutos y parecía encontrarse bien. De hecho, su compañía es buena. Se ve que necesita contar su historia. Será tu amigo y todo lo que quieras, pero está totalmente loco.

Danny, inexpresivo:

— Siempre lo estuvo, desde la escuela.

Me encogí de hombros.

— Si tú lo dices. Le daré más o menos un minuto más y subiré yo.

En ese momento, Steve miró en nuestra dirección. Sudaba a mares. En su pecho se veía un círculo del tamaño de una patata. Tracé pequeños círculos con la mano, como si le dijera: «¡Date prisa!». Formé con los labios las palabras: «¡Habla de tus planes para la empresa!».

Asintió con la cabeza.

—Muy bien. Quisiera contarles cómo comenzó Zapatos Steve Madden antes de pasar a nuestro prometedor futuro.

Estas últimas palabras fueron recibidas con renovadas miradas al cielo y algún que otro meneo de cabeza, pero, afortunadamente, la sala de reuniones siguió en silencio.

Steve siguió adelante.

—Fundé mi compañía con mil dólares y un único modelo. Se llamaba el Marilyn —¡por el amor de Dios!— y era una especie de zueco vaquero. Era un buen zapato. No el mejor que he hecho, pero era bueno. Obtuve un crédito para hacer quinientos pares y salí en mi coche a venderlos puerta a puerta en las zapaterías. ¿Cómo puedo describirles ese zapato? Veamos... tenía una plataforma gruesa y el pulgar asomaba, pero la parte del empeine... bueno, supongo que eso no importa. A lo que iba es que era un zapato con garra, y de eso se trata Zapatos Steve Madden: *Calzado con Garra*.

»Pero el zapato que realmente hizo que la empresa despegara fue el Mary Lou, y ése... ¡bueno, les aseguro que no era un zapato cualquiera! —¡Por Dios, el tipo estaba totalmente loco!—. Estaba muy adelantado a su época, ¡muy adelantado! —Steve agitó las manos en el aire, como para decir: «No importa, olvidenlo» antes de proseguir—: Permítanme que se los describa, porque eso es importante. Miren, se trataba de una variación en charol negro del Mary Jane tradicional, con la tobillera un poco más delgada. Pero la clave eran las punteras reforzadas. Algunas de las chicas aquí presentes deben de saber exactamente a qué me refiero, ¿no es cierto? Lo que quiero decir es: ¡Era un zapato increíble! —Se detuvo, evidentemente esperando alguna respuesta afirmativa de las asistentes de ventas, pero no se produjo. Sólo se vieron más meneos de cabeza. Se hizo un silencio extraño, ominoso, la clase de silencio que reina en un pueblo de Kansas antes de que se desencadene un tornado.

Por el rabillo del ojo vi que un avión de papel planeaba sobre la sala de conferencias, sin un rumbo concreto. ¡Al menos no le tiraban cosas a él! Le dije a Danny:

—Los indios se están poniendo nerviosos. ¿Subo al podio?

—Si no lo haces tú, lo haré yo. ¡Esto me está dando náuseas!

—Muy bien, ahí voy. —Me dirigí hacia Steve.

Seguía hablando del puto Mary Lou cuando lo alcancé. En el momento en que me apoderé del micrófono, hablaba de cómo era el zapato ideal para el baile de graduación, de precio razonable y hecho para durar.

Sin darle tiempo a nada, le arrebaté el micrófono. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba tan absorto en la gloria de sus propios diseños de zapatos que había dejado de sudar. De hecho, se lo veía perfectamente a sus anchas, sin la menor conciencia de que estaba a punto de ser linchado.

Me susurró:

—¿Qué haces? ¡Me quieren! ¡Vuelve a tu sitio! ¡Tengo todo resuelto!

Entorné los ojos:

—¡Vete de una puta vez, Steve! ¡Están a punto de tirarte tomates! ¿Tan ciego estás? ¡Les importa una mierda el puto Mary Lou! Lo único que quieren es vender las acciones y ganar dinero. Ahora, ve con Danny y relájate un poco antes de que vengan aquí, te quiten la gorra de béisbol y te arranquen los siete pelos que te quedan en la cabeza.

Por fin, Steve capituló y se bajó del podio. Pedí silencio alzando la mano derecha y todos callaron. Con el micrófono casi pegado a los labios, dije en tono burlón:

—Muy bien, un gran aplauso para Steve Madden y su zapato tan especial. Todo eso que ha dicho sobre la pequeña Mary me ha dado ganas de coger el teléfono y ponerme a llamar a todos mis clientes. De modo que quiero que todos, asistentes de ventas incluidas, den un fuerte aplauso a Steve Madden y a su zapatito sexy: ¡el Mary Lou! —Metí el micrófono bajo el brazo y me puse a aplaudir.

¡Me respondió un aplauso atronador! Hasta el último stratonita aplaudía, pataleaba, aullaba y vitoreaba con furia. Alcé el micrófono para pedir silencio, pero esta vez nadie me hizo caso. Estaban demasiado entusiasmados disfrutando del momento.

Al fin, el recinto quedó en silencio.

—Muy bien —dije—, ahora que todos se han divertido, quiero decir que la chifladura de Steve tiene su lógica. En otras palabras, hay un método en su locura. ¿Sabéis?, el asunto es que el tipo es un genio creativo y, por definición, eso implica que está medio loco. Es necesario para su imagen.

Asentí con convicción, mientras me preguntaba si lo que acababa de decir tenía algún sentido.

—Pero oíd todos, y oíd bien. Este don, este talento de Steve, va mucho más allá de saber reconocer cuáles son las tendencias en el diseño de zapatos. El verdadero poder de Steve, lo que lo diferencia de todos los demás diseñadores de zapatos del país, es que él crea las tendencias.

»¿Sabéis cuán infrecuente es eso de encontrar a alguien capaz de crear una tendencia e imponerla? ¡Las personas como Steve aparecen una vez cada década! Y cuando ello ocurre, se convierten en nombres que todos reconocen, como Coco Chanel, Yves Saint-Laurent, o Versace, Armani, o Dona Karan, y otros pocos como ellos.

Descendí del podio y bajé la voz como lo hacen los predicadores cuando quieren que les presten atención.

—Y justamente tener a alguien como Steve al timón es lo que hace que una empresa como ésta pueda volar hasta la estratosfera. ¡Y sé lo que digo! Ésta es la empresa que hemos estado esperando desde siempre. Es la que llevará a Stratton a un nuevo nivel. Es la que...

Ahora, el discurso iba sobre ruedas, y mientras hablaba, mi mente comenzó a recorrer un camino paralelo. Comencé a sumar las ganancias que estaba por obtener. La imponente cifra «veinte millones» acudió a mi mente. Me pareció que se aproximaba bastante a la realidad. Los cálculos eran simples. De los dos millones que se lanzaban al mercado, la mitad iría a las cuentas de mis ratoneras. Yo se los compraría a ellos a unos cinco o seis dólares por acción y los depositaría en la cuenta de mi empresa. Luego, usaría el poder de la sala de negocios, las inmensas compras que generaría ese encuentro para hacer subir el precio a veinte dólares por unidad, lo que nos aseguraría unas ganancias de catorce a quince millones en los papeles. Y, de hecho, no sería

necesario que sólo yo hiciera subir el precio a veinte dólares. El resto de Wall Street haría el trabajo sucio por mí. Bastaría con que las otras firmas de Bolsa y finanzas que conocía se mostraran dispuestas a comprar las unidades a su precio máximo para hacer subir el precio tanto como yo quisiera. Me bastaba con filtrarles la información a unos pocos jugadores clave y el resto sería historia. Ya lo había hecho. En la calle se decía que Stratton las compraba a hasta veinte dólares por unidad, con lo que la rueda ya había empezado a girar. ¡Increíble! ¡Ganar todo ese dinero sin cometer un delito! Bueno, no podía decirse que lo de las ratonearas fuese algo totalmente transparente, pero era imposible de probar. ¡Eso es lo que se llama capitalismo desenfrenado!

—... como un cohete espacial y aún más lejos. ¿Quién sabe cuán alto pueden llegar estas acciones? ¿Veintitantos? ¿Treinta y algo? ¡Aun si tengo sólo un poco de razón, ésas son cifras ridículamente bajas! No son nada en comparación con el potencial de esta compañía. ¡En un abrir y cerrar de ojos las acciones pueden estar en los cincuenta, en los sesenta y tantos! Y no hablo de un futuro lejano. Hablo de ahora mismo, mientras hablamos.

»Oídme bien. Zapatos Steve Madden es la empresa con más posibilidades de toda la industria del calzado femenino. ¡En este mismo momento ya nos entierran los pedidos! Nuestros zapatos se agotan en todas las grandes tiendas de Estados Unidos, cadenas como Macy's, Bloomingdale's, Nordstrom y Dillard's. ¡Hay tal demanda que los zapatos literalmente salen volando de las estanterías!

»Espero que, como corredores de Bolsa que sois, seáis conscientes de las obligaciones que tenéis con vuestros clientes; tenéis, por así decirlo, la responsabilidad fiduciaria de telefonarlos en el instante mismo en que yo termine de hablar. Debéis hacer todo lo que sea necesario, aun si eso significa arrancarles los malditos ojos, para que compren tantas acciones de Zapatos Steve Madden como sea posible. Tengo la sincera esperanza de que lo entendéis, porque, de no ser así, tendremos que hablar muy en serio al final del día.

»¡Tenéis una obligación! ¡Una obligación hacia vuestros clientes! ¡Una obligación ante esta empresa! ¡Y una obligación

ante vosotros mismos, maldita sea! Más vale que les metan estos títulos por la garganta a los clientes y los atraganten hasta que digan «compro veinte mil acciones», porque cada dólar que inviertan esos clientes se multiplicará enormemente.

»Sí, podría seguir hablando del brillante futuro de Zapatos Steve Madden. Podría repasar todos los fundamentos, de todas las tiendas nuevas que están abriendo, de cómo fabrican zapatos de una forma más eficaz en costes de lo que lo hace la competencia, de cómo los zapatos están tan de moda que ni siquiera hace falta hacer publicidad, y de cómo los productores a gran escala están dispuestos a pagarnos regalías para que les demos el derecho a reproducir nuestros modelos; pero, a fin de cuentas, nada de eso importa. De lo que se trata es de que nuestros clientes deben saber que esas acciones van a subir; nada más.

Aminorando un poco el ritmo, dije:

—Mirad, amigos, por más que me encantaría hacerlo, no puedo ir al teléfono a vender acciones a los clientes. Sólo vosotros podéis coger el teléfono y ponerse en acción. Sin acción, las mejores intenciones del mundo son sólo eso: intenciones.

Respiré hondo y proseguí:

—Ahora, quiero que todos miréis hacia aquí. —Extendí el brazo y señalé un escritorio que tenía justo frente a mí—. Mirad esa cajita negra. ¿La veis? Es un maravilloso invento llamado teléfono. Se deletrea: T-E-L-É-F-O-N-O. Para que lo sepáis, os diré una cosa. ¡Ese aparato no funciona solo! Sí, así es. Si no os ponéis en marcha, no es más que un inútil pedazo de plástico. Es como un M16 cargado sin un infante de marina entrenado que apriete el gatillo. Es que, ¿sabéis?, es la acción de un infante de marina, que es un tipo entrenado para matar, lo que convierte al M16 en un arma mortal. En el caso del teléfono, lo que cuenta es vuestra acción, la de los muy entrenados stratonitas. Tipos entrenados para matar que no aceptan que les digan que no, que no cortan la comunicación hasta que el cliente compre o muera. Que son conscientes de que cada llamada de teléfono debe ser una venta, y qué lo único que importa es quién vendió y quién no. ¿Vendisteis? ¿Mostrasteis suficiente habilidad, motivación y entrañas para controlar la conversación y terminar por cerrar

una venta? ¿O quien les vendió algo fue el cliente, que os dijo que ahora no es momento de invertir, o que necesita consultarlo con su esposa o con su socio o con Santa Claus o con el jodido ratón Pérez?

Alcé los ojos al cielo y meneé la cabeza con aire de repugnancia.

—Así que no olvidéis nunca que el teléfono que está sobre vuestra mesa es un arma mortal. Y en manos de un stratonita motivado es una licencia para fabricar dinero. ¡Y éste es el gran nivelador! —Hice una pausa para que estas dos últimas palabras reverberaran en la sala de reuniones antes de proseguir—: Todo lo que debéis hacer es coger el teléfono y decir las palabras que os enseñé y seréis tan poderosos como el más importante de los presidentes de empresa del país. Y no me importa si os habéis graduado en Harvard u os habéis criado en las sucias calles de Hell's Kitchen. Con ese pequeño teléfono negro se puede lograr todo.

»Ese teléfono equivale a dinero. Y no importa qué problemas podáis tener, porque cada uno de ellos se puede aliviar con dinero. Sí, así es. El dinero es la más poderosa solución a los problemas que haya conocido el género humano, y quien diga que no es así, miente. De hecho, estoy dispuesto a apostar que quien diga algo así nunca ha tenido un jodido céntimo a su nombre. —Alcé mi mano derecha en un saludo de *boy scout* y dije con voz embargada agria—: Son esas mismas personas las que están siempre dispuestas a vomitar consejos inútiles. Los que gustan de repetir esas idioteces de que el dinero es la raíz de todo mal y que corrompe son los pobres. ¡Cuánto descaro! ¡Qué sarta de malditas mentiras! ¡Tener dinero es maravilloso! ¡Tener dinero es imprescindible!

»Escuchadme bien todos: la pobreza no tiene nada de noble. He sido rico y también pobre, y sé que es mejor ser rico. ¡Al menos, un rico, cuando le surge un problema, puede lidiar con él desde el asiento trasero de una limusina extralarga, enfundado en un traje de dos mil dólares y con un reloj de oro de veinte mil dólares en la muñeca! ¡Y, creedme, afrontar los problemas desde el lujo los vuelve mucho más fáciles de resolver!

Me encogí de hombros para reforzar el efecto de mis palabras.

—Si alguno cree que estoy loco o no está de acuerdo con todo lo que acabo de decir, ¡que se marche de esta jodida oficina ahora mismo! Sí, eso he dicho. ¡Fuera de mi sala de reuniones! ¡A trabajar a McDonald's, haciendo hamburguesas, porque ése es su lugar! Y si no conseguís trabajo en McDonald's... ¡Siempre podéis probar suerte en Burger King!

»Pero antes de abandonar esta sala llena de ganadores, quiero que echéis una mirada a la persona que tenéis sentada al lado. Porque algún día, en un futuro no muy lejano, yendo al volante de un viejo y destartado Pinto, os detendréis en un semáforo y veréis al que ahora está sentado a vuestro lado conduciendo un flamante Porsche, con una joven y despampanante esposa en el asiento del acompañante. ¿Y vosotros, a quién tendréis al lado? Sin duda que un bicho raro, con tanto vello en la cara que parecerá que tiene barba de tres días, ataviada con un camisón o vestido de estar por casa. Y lo más probable es que volváis de hacer las compras en Price Club y tengáis el maletero repleto de verduras de oferta.

En ese preciso instante, mis ojos se cruzaron con los de un joven stratonita que parecía presa del pánico. Para remachar mi discurso, dije:

—¿Qué? ¿Creéis que os estoy mintiendo? Bueno, ¿sabéis una cosa? Las cosas se van poniendo peor. Mirad, si queréis envejecer con dignidad, si queréis llegar a viejos manteniendo el respeto por vosotros mismos, más os vale enriquecerse ahora mismo. ¡Eso de trabajar para una de las quinientas empresas más importantes según la revista *Fortune* y retirarse con una pensión ya pasó a la jodida historia! Y si creéis que la seguridad social os servirá de algo, pensadlo bien. Al ritmo que va la inflación, apenas si alcanzará para pagar los pañales cuando los metan en algún maloliente hogar para ancianos, donde una jamaicana barbuda y bigotuda, de ciento cincuenta kilos de peso, os dará sopa con una pajita y os abofeteará cuando esté de mal humor.

»¿Cuál es vuestro problema? ¿Estáis atrasados con los pagos de la tarjeta de crédito? Muy bien, descolgad el jodido teléfono y empezad a llamar.

»¿O su casero está por expulsaros por no pagar el alquiler? Muy bien, icoged el jodido teléfono y empezad a llamar!

»¿O se trata de la novia? ¿Está por abandonarte porque le pareces un perdedor? Muy bien, icoge el jodido teléfono y empieza a llamar!

»¡Quiero que resolváis todos vuestros problemas haciéndoos ricos! ¡Quiero que afrontéis los problemas con decisión! Quiero que empecéis a gastar dinero ahora mismo. Quiero que os endeudéis. Que no os quede otra opción que triunfar. Que las consecuencias del fracaso sean tan graves e inconcebibles que no os quede más remedio que hacer lo que sea para llegar al éxito.

»Y por eso os digo: ¡Actuad *como si!* Actuad como si fueseis adinerados, como si ya os hubieseis enriquecido y sin duda ello ocurrirá. Actuad como si vuestra confianza fuese ilimitada y, sin duda, la gente confiará en vosotros. Actuad como si nadie tuviese tanta experiencia como vosotros y la gente seguirá vuestros consejos. Y actuad como si ya fuerais unos triunfadores y, sin ningún lugar a dudas, ilo seréis!

»En fin, este negocio abre en menos de media hora. Así que id a vuestras mesas, recorred vuestras listas de clientes desde la A hasta la Z. ¡Y no toméis prisioneros! ¡Sed feroces! ¡Sed perros de ataque! ¡Sed unos terroristas telefónicos! Haced exactamente lo que os digo y, creedme, de aquí a pocas horas, cuando todos los clientes estén ganando dinero, me lo estaréis agradeciendo.

Con estas palabras, abandoné el podio entre el rugir de los vítores de mil strattonitas, quienes ya se precipitaban sobre sus teléfonos y se ponían a seguir mi consejo: sacar los ojos a sus clientes.

Coartada verosímil

A la una de la tarde, los genios de la Asociación Nacional de Operadores de Bolsa [National Association of Securities Dealers, NASD] lanzaron Zapatos Steve Madden en el mercado de valores Nasdaq bajo la sigla SHOO, homófono de *shoe*, «zapato» en inglés. ¡Qué simpático y apropiado!

Como parte de su inveterada práctica de tener la cabeza metida en el culo, me reservaron a mí, el lobo de Wall Street, el distinguido honor de fijar el precio inicial. Era sólo una más de una larga serie de políticas comerciales mal concebidas, tan absurdas que prácticamente garantizaban que toda nueva emisión que saliera al Nasdaq fuera manipulada de una u otra forma, participase de ella o no Stratton Oakmont.

Tras pasar mucho tiempo preguntándome cuál sería el motivo exacto por el cual la NASD había fijado unas reglas de juego tan claramente perjudiciales para los clientes, llegué a la conclusión de que ello ocurría porque era una agencia autorregulada, de «propiedad» de las firmas de operadores de Bolsa. (De hecho, Stratton Oakmont era uno de los integrantes.)

En esencia, el verdadero objetivo de la NASD era aparentar que estaba del lado de los clientes, aunque en realidad no era

así. Lo cierto era que ni siquiera intentaban fingirlo con demasiado entusiasmo. Se trataba de un esfuerzo estrictamente cosmético, apenas lo suficiente como para evitar las sospechas de la SEC, ante la cual estaban obligados a responder.

De modo que, en lugar de permitir que el equilibrio natural entre oferta y demanda dictara el precio al que se lanzaba una acción, le reservaban ese derecho increíblemente valioso al principal garante, en ese caso, yo. Podía escoger el precio que mejor me pareciera, por arbitrario y caprichoso que fuese. Por lo tanto, decidí ser muy arbitrario y aún más caprichoso, y fijé un precio de cinco dólares y medio por unidad, lo que me daba la gloriosa oportunidad de recomprar el millón de unidades en poder de mis ratoneras en ese mismo acto. Y, aunque es innegable que a mis ratoneras les hubiera gustado retener las unidades siquiera un ratito más, no podían hacer nada al respecto. A fin de cuentas, la recompra ya estaba pactada (lo que constituía una flagrante violación de las reglas vigentes) y acababan de hacer ganancias de un dólar y medio por unidad sin hacer ni arriesgar nada, dado que habían comprado las unidades sin siquiera pagarlas. Si querían que los incluyera en el siguiente negocio, lo mejor que podían hacer era ceñirse al protocolo vigente, que era mantener cerrada la jodida boca, sólo abrirla para decir «¡gracias, Jordan!», y mentir descaradamente en el caso de que algún ente regulador federal o estatal les preguntara por qué habían vendido tan barato.

En este asunto mi lógica era incuestionable. A las 13:03 de la tarde, sólo tres minutos después de que hubiera recomprado mis unidades a mis ratoneras a cinco dólares y medio, el resto de Wall Street ya había impulsado el resto de las unidades a dieciocho dólares. Ello significaba que había ganado doce millones y medio. ¡Doce millones y medio! ¡En tres minutos! Ganaría más o menos un millón más en concepto de tasas por asesoramiento financiero, y esperaba ganar otros tres o cuatro millones unos días después, cuando recomprara las unidades de préstamo puente, que también estaban en manos de mis ratoneras. Ah, ¡las ratoneras! ¡Vaya concepto! Y Steve era la mayor de mis ratoneras. Retenía un millón doscientas mil acciones, precisamen-

te las que Nasdaq me obligaba a vender. Al precio de dieciocho dólares por unidad (cada unidad consiste en una acción común y dos garantías), el verdadero precio de cada acción era de ocho dólares. ¡Eso significaba que las acciones mías en poder de Steve valían, en este momento, algo menos de diez millones de dólares! ¡El lobo atacaba de nuevo!

Ahora, les tocaba a mis fieles strattonitas venderles esas acciones infladas a sus clientes. Toda la emisión, no sólo el millón de unidades que les habían dado a sus propios clientes como parte del lanzamiento público inicial, sino mi propio millón de unidades de ratonera, para ese momento depositado en la cuenta de negocios de la firma, junto con las trescientas mil unidades en préstamos puente que yo recompraría en pocos días... Además de algunas otras acciones que yo debía recomprar de las firmas de agentes de Bolsa que habían hecho subir las unidades a dieciocho dólares, ocupándose así de mi trabajo sucio.

Ellos le venderían gradualmente a Stratton Oakmont las unidades que originalmente fueran de la firma, reteniendo su margen de ganancia. En todo caso, necesitaba que mis strattonitas recaudaran aproximadamente treinta millones de dólares. Eso sería más que suficiente para cubrir todo, además de darle a la cuenta de negocios de la empresa un bonito colchón contra eventuales vendedores a corto, que a veces eran un problema, pues podían ponerse a vender acciones que ni siquiera tenían, con la esperanza de hacer bajar el precio para poder comprar barato en el futuro. Treinta millones no representaban un problema para mi audaz banda de corredores, en particular después de la reunión de la mañana, que los había inspirado como nunca a poner sus corazones y almas en el trabajo.

En ese momento, yo estaba de pie en la sala de operaciones de la firma, mirando por encima del hombro a mi jefe de operadores, Steve Sanders. Mantenía un ojo sobre un banco de monitores ubicado frente a Steve, mientras, con el otro, miraba por la pared de vidrio que daba a la sala de negocios. El ritmo era absolutamente frenético. Los corredores gritaban en sus teléfonos como aves enloquecidas. Cada pocos segundos, alguna joven asistente de ventas, de abundante cabello rubio y pronunciado

escote, se acercaba a la carrera a la pared de vidrio y, oprimiendo sus senos contra ella, deslizaba una pila de billetes de compra por una estrecha abertura que tenía por debajo. Entonces, uno de los cuatro encargados de hacer los pedidos tomaba los billetes e ingresaba los datos en la red de ordenadores, lo que los hacía aparecer en la terminal de operaciones que Steve tenía frente a sí, en cuyo momento él los ejecutaba a los valores de mercado corrientes.

Mientras contemplaba los números trazados con diodos naranjas que surcaban el monitor de la terminal de Steve, sentí un retorcido orgullo al pensar en cómo esos dos memos de la SEC habían estado sentados en mi sala de reuniones registrando mis archivos en busca de algún indicio de irregularidades, mientras yo acababa de cometer tantas como se pudiera imaginar bajo sus mismas narices. Pero supongo que estarían demasiado ocupados en temblar de frío mientras nosotros oíamos cada una de sus palabras.

En ese momento, más de cincuenta firmas de Bolsa distintas participaban del frenesí adquisitivo. Lo que las unía era el hecho de que cada una de ellas tenía intención de venderle hasta la última acción a Stratton Oakmont al final de día, en el pico mismo del mercado. Y como quienes compraban eran otras agencias de Bolsa, a la SEC le sería imposible alegar que había sido yo quien había manipulado las unidades hasta llevar su valor a dieciocho dólares. Era simple y elegante. ¿Cómo podía ser culpa mía, si no había sido yo quien había hecho subir el precio de las acciones? De hecho, durante todo el proceso me había limitado a vender. Había vendido a las otras agencias de Bolsa sólo lo suficiente como para abrirles el apetito, de modo que, en el futuro, continuaran manipulando mis nuevas emisiones. Pero no demasiado, pues, de ser así, ello me pesaría a la hora de recomprar las acciones antes de que terminara la jornada de operaciones. Había que mantener un delicado equilibrio, pero a fin de cuentas, la cuestión era que quienes hacían subir el precio de Zapatos Steve Madden eran otras firmas de Bolsa, lo que me proveía de una coartada verosímil ante la SEC. Cuando, un mes después, exigieran ver mis registros operativos, procurando reconstruir lo ocu-

rrido en esos primeros instantes de operaciones, lo único que descubrirían sería que firmas de operadores de Bolsa de todo el país habían hecho subir el precio de Zapatos Steve Madden. Eso era todo.

Antes de dejar la sala de operaciones di mis instrucciones finales a Steve: de ninguna manera debía permitir que el precio cayera por debajo de dieciocho dólares. A fin de cuentas, yo no iba a perjudicar al resto de Wall Street después de que habían tenido la amabilidad de manipular mis acciones.

El Chino Depravado

A las cuatro de la tarde, las cosas iban camino al récord.

El día de operaciones había cerrado, y la noticia de que Zapatos Steve Madden había sido el título más negociado de Estados Unidos y, por cierto, del mundo, se transmitió por el servicio de cable de Dow Jones para que todos lo vieran. ¡Del mundo! ¡Cuánta osadía! ¡Cuánta, cuánta audacia!

Oh, sí. Stratton Oakmont tenía el poder, vaya que sí. De hecho, Stratton Oakmont era el poder y yo, en tanto cabeza de la firma, no sólo formaba parte de ese poder, sino que estaba en su cumbre misma. Lo sentía vibrar en mis entrañas y resonar en mi corazón, alma, hígado e ijadas. Más de ocho millones de acciones cambiaron de manos, y las unidades cerraron a casi nueve dólares, un incremento del quinientos por ciento en un día, convirtiéndose así en la ganancia porcentual más alta que hubiese tenido cualquier título del Nasdaq, el NYSE, el AMEX y todas las demás Bolsas de Valores del mundo. Sí, del mundo, de norte a sur, desde la OBX, en los helados eriales de Oslo, hasta la ASX, en el paraíso de los canguros de Sydney.

En ese preciso instante yo estaba de pie en la sala de negocios, negligentemente recostado contra la pared de vidrio de mi

oficina, con los brazos cruzados. Era la pose del guerrero después de la batalla. El poderoso rugido de la sala de negocios continuaba, pero en otro tono, menos urgente, más sosegado.

Ya casi era hora de celebrarlo. Metí la mano derecha en los bolsillos de mis pantalones, verificando que mis seis qualuuds no se hubiesen caído o simplemente desaparecido. A veces, a los qualuuds les daba por desaparecer, aunque ello, por lo general, tenía que ver con que tus «amigos» te los quitaban; o con que te colocabas tanto que te los tomabas y no recordabas haberlo hecho. Ésa era la cuarta y tal vez más peligrosa fase del uso de qualuuds: la amnesia. La primera fase era la del cosquilleo, después venía la del habla confusa, a continuación la del babeo y, finalmente, claro, la amnesia.

Pero el dios de las drogas se había mostrado clemente conmigo y los qualuuds seguían en su lugar. Me tomé un momento para palparlos, sintiendo un gozo irracional. A continuación, me puse a calcular cuál sería el momento más apropiado para tomarlos. Las cuatro y media, dentro de veinticinco minutos, parecía una buena hora. Eso me daría quince minutos para encabezar la reunión de la tarde, y también el tiempo suficiente para supervisar el acto de depravación posterior, que esta vez consistía en afeitarse la cabeza a una mujer.

Una de las jóvenes asistentes de ventas, que necesitaba dinero, había aceptado ponerse un tanga y sentarse en un taburete colocado al frente de la sala de negocios mientras le pelábamos la cabeza. Tenía una reluciente cabellera rubia y unos maravillosos pechos, que recientemente se había hecho agrandar. Su recompensa serían diez mil dólares en efectivo, que usaría para pagar su cirugía de senos, que había realizado a crédito, a un interés del doce por ciento. De modo que todos salían ganando: en seis meses el cabello le habría crecido y tendría sus pechos agrandados gratis.

No pude dejar de preguntarme si no habría debido permitirle a Danny que trajera un enano a la oficina. A fin de cuentas, ¿qué tenía de malo? Al principio sonaba un poco raro, pero ahora que había tenido un poco de tiempo de digerirlo, no parecía tan detestable.

En esencia, de lo que se trataba era que el derecho de lanzar al aire un enano era sólo una de las recompensas que merecía cualquier guerrero, un botín de guerra, por así decirlo. ¿Qué forma tenía un hombre de medir su éxito si no era haciendo realidad cada una de sus fantasías de adolescencia, por extrañas que fueran? Sin duda, ése era un buen argumento. Si el éxito prematuro conllevaba conductas cuestionables, entonces, lo que un joven prudente debía hacer era anotar cada acto dudoso en la columna del «debe» de su propio libro mayor de moral para, en algún momento del futuro, cuando fuese más viejo, prudente y tranquilo, compensarlo con un acto de bondad o generosidad. Una suerte de crédito moral, como si dijéramos.

Por otro lado, quizá lo que ocurriera fuera simplemente que éramos unos maníacos depravados, una sociedad cerrada que había perdido todo control. Los strattonitas medrábamos con los actos de depravación. De hecho, contábamos con ellos; ilos necesitábamos para sobrevivir!

Por esa razón, tras perder toda reserva ante la depravación, los poderes establecidos (es decir, yo) se sintieron impulsados a formar un equipo no oficial de strattonitas, capitaneado por un orgulloso Danny Porush, para satisfacer esa necesidad. El equipo era una suerte de versión pervertida de los templarios y de su infatigable, legendaria, búsqueda del Santo Grial. Pero, a diferencia de ellos, lo que los caballeros de Stratton hacían era registrar hasta el último rincón de la Tierra en busca de acciones cada vez más depravadas, para complacer a los demás strattonitas. Éramos adictos a la adrenalina en estado puro, y necesitábamos lanzarnos desde acantilados cada vez más altos a aguas cada vez menos profundas.

El proceso había comenzado oficialmente en octubre de 1989, cuando Peter Galletta, de veintiún años y uno de los ocho strattonitas originales, inauguró el ascensor encristalado del edificio disfrutando de una rápida mamada y una aún más veloz entrada por detrás tomando las generosas caderas de una asistente de ventas de diecisiete años. Era la primera asistente de ventas de Stratton y, para bien o para mal, era rubia, hermosa y locamente promiscua.

Cuando me enteré, mi primera reacción fue escandalizarme, al punto de que consideré la posibilidad de despedir a Peter por meter la pluma en el tintero de la empresa. Pero, al cabo de una semana, la muchacha demostró que era buena para jugar en equipo. Se la chupó a los ocho strattonitas, a casi todos en el ascensor de vidrio, a mí, debajo de mi escritorio. Y lo hacía de una manera curiosa, que se volvió legendaria entre los strattonitas. Lo llamábamos *retorcer y tirar*. Consistía en que empleaba las dos manos de forma simultánea, imprimiéndole al mismo tiempo un furioso movimiento de rotación a su lengua. Menos de un mes después, y tras apenas insistir, Danny me convenció de que sería bueno que ambos recurriésemos a sus servicios al mismo tiempo, cosa que hicimos un sábado por la tarde, cuando nuestras respectivas esposas se fueron de compras, en busca de los vestidos que usarían en Navidad. Lo irónico es que, tres años más tarde, tras tener relaciones con quién sabe cuántos strattonitas, terminó por casarse con uno de ellos. Era uno de los ocho originales, y la había visto demostrar sus habilidades en incontables ocasiones. ¡Tal vez lo que la hizo decidirse fue lo de retorcer y tirar! Él había comenzado a trabajar conmigo a los dieciséis años. Dejó la escuela secundaria para convertirse en strattonita y vivir la Vida. Pero el matrimonio duró poco, él se deprimió y terminó por suicidarse. Fue el primer suicida de Stratton, pero no el último.

Al margen de eso, entre las cuatro paredes de la sala de negocios, toda conducta normal era mal vista, considerada cosa de aguafiestas que querían arruinarle la diversión a los demás. En cierto modo, ¿no era acaso relativo el concepto de depravación? Los romanos no se consideraban depravados, ¿verdad? De hecho, apostarí a que les parecía normal contemplar cómo los leones destrozaban a sus esclavos caídos en desgracia mientras los favoritos les daban de comer uvas.

En ese momento vi que Cabeza Cuadrada se me acercaba. Tenía la boca un poco abierta, las cejas muy alzadas, el mentón ligeramente levantado. Era la expresión ansiosa de alguien que se ha pasado media vida esperando hacer una única pregunta. Dado que se trataba de Cabeza Cuadrada, no me cabía duda de

que se trataba de una pregunta groseramente estúpida o carente de sentido. Fuera cual fuese, lo saludé alzando, a mi vez, el mentón, y me tomé un momento para estudiarlo. En realidad, y a pesar de que tenía la cabeza más cuadrada de Long Island, era bien parecido. Tenía las suaves facciones redondeadas de un niño y un físico razonablemente agraciado. Estatura mediana, peso mediano, lo cual era sorprendente si se pensaba de qué vientre había salido.

Doris Greene, la madre de Cabeza Cuadrada, era una mujer grande en todos los aspectos. Desde la coronilla, donde un inmenso peinado de cabello color rubio piña se elevaba por encima de su ancho cráneo judío, hasta los gruesos talones callosos de sus pies de talla doce, Gladys Greene era grande. Tenía un cuello grueso como un alerce californiano y hombros de jugador de fútbol americano. Y su barriga... sí, era prominente, pero no tenía ni un gramo de grasa. Era la clase de panza que normalmente se ve en los levantadores de pesas rusos. Y sus manos eran como ganchos de carnicero.

La última vez que alguien le había hecho perder la paciencia fue mientras hacía cola para pagar sus compras en el supermercado Grand Union. Una de las típicas judías de Long Island, de nariz larga y con la mala costumbre de meterla donde no corresponde, cometió el lamentable error de informar a Gladys de que había sobrepasado la cantidad máxima de artículos que se permite pasar por las cajas rápidas. La respuesta de Gladys consistió en volverse y encajarle a la mujer un bofetón con su mano derecha. Antes de que la otra recuperase el conocimiento, Gladys pagó sus compras tranquilamente e hizo una rápida retirada, sin que sus pulsaciones sobrepasaran nunca las setenta y dos por minuto.

De modo que no hacía falta estrujarse el cerebro para comprender por qué Cabeza Cuadrada era apenas un poquito más cuerdo que Danny. Pero, en su defensa, debe decirse que su infancia no fue fácil. Su padre, que murió de cáncer cuando Kenny sólo tenía doce años, era propietario de una distribuidora de cigarrillos. Sin que Gladys lo supiese, la había administrado de la peor manera posible y a su muerte debía cientos de miles de dó-

lares de impuestos. Y, de un momento para otro, Gladys se encontró en una situación desesperada: una madre sola, al borde de la ruina financiera.

¿Qué podía hacer? ¿Darse por vencida? ¿Apelar, quizás, a la seguridad social? ¡Oh, no, jamás! Recurriendo a su fuerte instinto maternal, puso a Kenny a trabajar en el sórdido submundo del contrabando de tabaco, enseñándole el poco conocido arte de reempaquetar paquetes de Marlboro y Lucky Strike para pasarlos de Nueva York a Nueva Jersey con sellos fiscales falsificados, lo que les permitía conseguir una ganancia. Quiso la suerte que el plan funcionara a la perfección, y la familia se mantuvo a flote.

Pero ése sólo fue el comienzo. Cuando Kenny cumplió quince años, su madre se dio cuenta de que él y sus amigos habían comenzado a fumar cigarrillos de otra clase, verbigracia, porros. ¿Se enfadó Gladys? ¡No, de ninguna manera! Sin vacilar ni un momento, puso al joven Cabeza Cuadrada a vender marihuana, proveyéndole financiamiento, aliento, un lugar seguro desde donde conducir sus negocios y claro, su especialidad, protección.

Oh sí, los amigos de Danny sabían muy bien de qué era capaz Gladys. Habían oído las historias. Pero nunca necesitó ejercer la violencia. ¿Qué muchacho de dieciséis años puede querer que una madre judía de cien kilos de peso aparezca a la puerta de sus padres para reclamar una deuda por drogas? En particular, cuando lo más probable era que la señora se presentase enfundada en leotardos de poliéster morados, zapatos de tacón alto y anteojos de acrílico rosa del tamaño de posavasos.

Pero para Gladys, ése sólo fue el comienzo. Odiaras o amaras la marihuana, debías respetarla como la más fiable de las drogas de iniciación disponibles en el mercado, en particular en lo que hace a los adolescentes. Así pues, no pasó mucho tiempo antes de que Kenny y Gladys se dieran cuenta de que había otros vacíos que llenar en el mercado de la droga para adolescentes de Long Island. Sí, ese polvo mágico boliviano, la cocaína, ofrecía un margen de beneficio demasiado elevado como para que ardientes capitalistas como Gladys y Cabeza Cuadrada pudieran

resistirse. Pero esa vez sumaron un tercer socio: Victor Wang, amigo de la infancia de Cabeza Cuadrada.

Victor era un espécimen interesante, puesto que era el chino más grande que nunca hubiese existido. Tenía una cabeza del tamaño de la de un panda gigante, ojos como rajadas y un pecho tan ancho como la Gran Muralla. De hecho, era idéntico a Odd-job, el asesino de *Goldfinger*, la película de James Bond, que te mataba a doscientos metros de distancia arrojando su bombín de ala de acero.

Victor era chino de nacimiento y judío adoptivo, dado que se había criado entre los judíos más salvajes de Long Island, los que habitaban en los vecindarios de Jericho y Syosset. La mayor parte de mis cien primeros strattonitas, casi todos ex clientes de los negocios de drogas de Victor y Kenny, provenían del seno de esos guetos de la clase media alta judía.

Como todos los demás soñadores con déficit educativo de Long Island, Victor había terminado por trabajar para mí, aunque no en Stratton Oakmont. Era el presidente de Judicate, una empresa que cotizaba en Bolsa y que era uno de mis negocios secundarios. Su cuartel general estaba en el sótano del mismo edificio que ocupaba Stratton Oakmont, a apenas un tiro de piedra del aparcamiento subterráneo donde el escuadrón de putas prestaba sus servicios. Era una empresa de mediación, dedicada a arbitrar en disputas entre compañías de seguros y abogados de damnificados.

La empresa apenas si se mantenía a flote, un ejemplo clásico de las ideas que son estupendas sobre el papel pero que no funcionan en la vida real. Wall Street estaba atiborrada de tales compañías. Y lo triste era que cualquiera que se dedicase a mi trabajo, es decir, a inversiones de capital de riesgo en pequeñas empresas, parecía toparse con todas ellas.

La lenta agonía de Judicate era algo que realmente afligía a Victor, por más que no fuera responsabilidad suya. El concepto mismo de la empresa estaba errado desde la base, y nadie hubiera podido hacerla triunfar, o quizá sí, pero a duras penas. Pero Victor era chino y, como la mayoría de sus compatriotas, si le dieran a elegir entre hacer un papelón y cortarse las pelotas y

comérselas, al instante optaría por la segunda opción. Pero no se le presentó el dilema. El hecho era que sí había hecho un papelón, y él mismo se había convertido en un problema con el que había que lidiar. Y, dado que Cabeza Cuadrada no paraba de interceder por él, el caso de Victor se había convertido en un persistente incordio en mi vida.

Por eso, no me sorprendí cuando Cabeza Cuadrada dijo:

—¿Más tarde podríamos sentarnos con Víctor para ver si resolvemos las cosas?

Fingiendo no entenderlo, respondí:

—¿Resolvemos qué cosas, Kenny?

—Vamos —insistió—. Tenemos que hablar con él de abrir su propia empresa. Quiere tu aprobación y me está volviendo loco con eso.

—¿Quiere mi aprobación o mi dinero? ¿Cuál de las dos cosas?

—Ambas —repuso Cabeza Cuadrada. Y añadió, como si se le acabase de ocurrir—. No es que las quiera, sino que las necesita.

—Ajá —respondí, sin interés—. ¿Y si no se las doy?

Cabeza Cuadrada lanzó un gran suspiro cuadrado.

—¿Qué tienes contra Victor? Ya te juré fidelidad mil veces. Lo hará otra vez, ahora mismo, si nos reunimos. Te digo que, después de ti, Victor es el tipo más agudo que conozco. Nos hará ganar una fortuna. ¡Te lo juro! Ya dio con un operador de Bolsa que le vendería su firma por calderilla. Se llama Duke Securities. Creo que deberías darle el dinero. Sólo necesita medio millón, nada más.

Meneé la cabeza, asqueado.

—Ahorra tus súplicas para cuando realmente hagan falta, Kenny. Éste no es momento para discutir el futuro de Duke Securities. Esto es más importante, ¿no te parece? —dije señalando la parte delantera de la sala de negocios, donde una banda de asistentes de ventas instalaban un simulacro de peluquería.

Kenny ladeó la cabeza y se quedó mirando la peluquería con expresión confundida, pero no dijo nada.

Respiré hondo y exhalé con lentitud.

—Mira, Victor tiene cosas que me preocupan. Y eso no debería ser una novedad para ti, a no ser, claro, que te hayas pasado

los últimos cinco años con la cabeza metida en el culo. —Lancé una risita—. No pareces entenderlo, Kenny, de veras que no. No te das cuenta de que de tanto jugar a Sun Tzu, con todos sus planes e intrigas, Victor se labra su propia ruina. Y respecto a esa mierda de que debe salvar su honor a toda costa... ¡Te juro por Dios que no tengo tiempo ni ganas de ocuparme de ello!

»Métete esto en la cabeza: Victor-nunca-será-leal. ¡Jamás! Ni a ti, ni a mí ni a sí mismo. Es capaz de cortarse su nariz china para castigar a su propia cara china en una guerra imaginaria en la que él mismo es su único adversario. ¿Me entiendes? —dije con una sonrisa cínica.

Hice una pausa y hablé en un tono más amable.

—Mira, escúchame un minuto. Sabes cuánto te quiero, Kenny. Y sabes cuánto te respeto —al decir estas palabras, hice un esfuerzo por contener la risa—. Y por esos dos motivos me sentaré con Victor y trataré de aplacarlo. Pero no lo haré por el jodido Victor Wang, a quien detesto. Lo haré por Kenny Greene, a quien quiero. Por otra parte, no puede abandonar Judicate. Al menos, no ahora. Cuento con que tú lo hagas quedarse ahí hasta que haga lo que necesito que haga.

Cabeza Cuadrada asintió.

—No hay problema —dijo, feliz—. Victor me hace caso. Si vieras cómo...

Cabeza Cuadrada se puso a vomitar sus característicos disparates, pero había dejado de escucharlo. De hecho, la expresión de sus ojos me indicaba que no había entendido en absoluto lo que le había dicho. La cuestión era que yo, no Victor, sería el mayor perjudicado si Judicate se iba a pique. Yo era el accionista mayoritario, con tres millones de acciones, mientras que Victor sólo tenía derecho a opciones sobre éstas, lo que, aun al precio de mercado de dos dólares por acción en aquel entonces, era lo mismo que nada. Pero yo era propietario de verdaderas acciones, con lo cual mi parte valía seis millones de dólares, por más que el precio de dos dólares por acción fuera engañoso. Al fin y al cabo, los resultados de la empresa eran tan malos que, si hubiera que vender las acciones, sólo se podría hacer bajando su precio hasta unos pocos centavos.

A no ser, claro, que uno contara con un ejército de stratonitas.

Pero esa estrategia de retirada tenía una desventaja: todavía no podía vender mis acciones. Se las había comprado directamente a Judicate bajo la regla 144 de la SEC, lo que significaba que tenía que esperar dos años para poder volver a venderlas legalmente. Apenas faltaba un mes para que se cumpliera el plazo, de modo que necesitaba que Victor mantuviese la operación a flote un poco más. Pero esa tarea, aparentemente simple, estaba resultando más difícil de lo esperado. La compañía perdía tanto dinero como sangre un hemofílico que se hubiera metido en un rosal.

El hecho era que, para ese momento, las opciones de Victor no valían nada. Su única recompensa era su salario de cien mil dólares al año, una suma miserable en comparación con lo que ganaban sus pares del piso de arriba. Y, a diferencia de Cabeza Cuadrada, Victor no era tonto. Tenía la aguda conciencia de que yo recurriría al poder de la sala de negocios para vender mis acciones en cuanto pudiera hacerlo, y también sabía que una vez que ello ocurriera, se quedaría fuera, reducido a ser nada más que el presidente de una compañía sin valor.

Me había hecho llegar esa preocupación a través de Cabeza Cuadrada, a quien empleaba como marioneta desde sus días en la secundaria. Y yo le había explicado a Victor, más de una vez, que no tenía intención de dejarlo fuera, que lo incluiría de una u otra manera, haciéndolo, incluso, ganar dinero trabajando como ratonera para mí.

Pero al chino el convencimiento sólo le duraba unas horas. Era como si mis palabras le entrasen por un oído y le salieran por el otro. Era un paranoico hijo de puta. Ese chino inmenso se había criado en el seno de una tribu de judíos salvajes. Por lo tanto, sufría de un inmenso complejo de inferioridad. Sentía resentimiento hacia todos los judíos, en particular hacia mí, el más salvaje de los judíos. Hasta ahora, yo siempre le había ganado a mano, mostrándome más astuto y manipulador que él.

Lo que hizo que Victor no fuese uno de los primeros stratonitas fue precisamente su ego. Prefirió hacerse cargo de Judica-

te. Era su manera de participar del círculo íntimo sin tener que avergonzarse por no haber tomado la decisión correcta en 1988, cuando todos sus amigos me juraron lealtad, convirtiéndose en los primeros strattonitas. Para Victor, Judicate era apenas un peldaño para ingresar en mi entorno. Creía que si lo hacía, algún día yo le daría una palmada en el hombro y le diría: «Vic, quiero que abras tu propia agencia de inversiones, aquí tienes el dinero y el procedimiento para hacerlo».

Tal era el sueño de todo strattonita, y yo no dejaba de recurrir a él en cada reunión, sugiriendo que, si uno trabajaba duro y se mostraba fiel, algún día le daría una palmada y le montaría su propia empresa.

Y entonces se haría rico de verdad.

Hasta ahora lo había hecho dos veces; una, con Alan Lipsky, mi amigo más antiguo y leal, convertido en propietario de Monroe Parker Securities, y otra con Elliot Loewenstern, otro viejo amigo, quien entonces era dueño de Biltmore Securities. Elliot había sido mi socio en mis días de vendedor de helados. Durante el verano, ambos íbamos a la playa local y ganábamos fortunas vendiendo helados. Voceábamos nuestra mercancía, que llevábamos en neveras portátiles de veinte kilos, huyendo cuando la policía se nos acercaba. Y mientras nuestros amigos perdían el tiempo o hacían trabajos de tres con cincuenta la hora, nosotros ganábamos cuatrocientos dólares al día. Todos los veranos, cada uno de nosotros ahorraba veinte mil dólares, que usábamos para pagar nuestros estudios universitarios cuando llegaba el invierno.

A Biltmore y a Monroe Parker les iba fenomenalmente bien, y ganaban decenas de millones al año. Sus propietarios me pagaban regalías encubiertas por valor de cinco millones de dólares al año, sólo por haberlos puesto en marcha.

Cinco millones de dólares es una suma considerable, y lo cierto era que yo no había tenido mucho que ver con el inicio de sus negocios. En realidad, me pagaban por lealtad, por respeto. La esencia del asunto era que seguían considerándose strattonitas, y yo también sentía que lo eran.

De modo que así eran las cosas. Mientras Cabeza Cuadrada

seguía divagando sobre lo leal que era el chino, yo sabía que no era así. ¿Cómo era posible que alguien que albergaba un profundo resentimiento contra todos los judíos salvajes le fuese leal al lobo de Wall Street? Victor era un resentido, y sentía un gran desprecio por todos y cada uno de los strattonitas.

Era evidente que no había un motivo lógico para respaldar al Chino Depravado. Ello llevaba a otro problema: que tampoco había forma de detenerlo. Sólo podía demorarlo. Y si me demoraba demasiado corría el riesgo de que se independizara, sin mi bendición, por así decirlo, lo que sentaría un peligroso precedente ante los ojos de los strattonitas, en particular si le iba bien.

Era triste e irónico, pensé, cómo mi poder no era más que una ilusión, que no tardaría en desvanecerse si no estaba pendiente todo el tiempo de todas las posibles contingencias. No tenía más remedio que analizar cada decisión e interpretar cada detalle de las motivaciones de los demás. Me sentía como una especie de teórico del juego que se pasa la mayor parte del día analizando jugadas, las respuestas a éstas y las posibles consecuencias de unas y otras. De hecho, los únicos momentos en que mi mente dejaba de trabajar era cuando estaba totalmente drogado o metido entre las deliciosas piernas de mi deliciosa duquesa.

En cualquier caso, no podía ignorar al Chino Depravado. Comenzar una firma de correduría de Bolsa sólo requería de un capital minúsculo, a lo sumo medio millón, nada en comparación a lo que podía ganar en sus primeros meses de actividad. Hasta Cabeza Cuadrada habría podido financiar al chino si así lo hubiese querido, aunque ello equivaldría a declararme la guerra; en el supuesto de que yo pudiera probar que lo había hecho, lo que era difícil.

Lo cierto era que lo único que contenía a Victor era su falta de confianza, o tal vez sus pocas ganas de poner en juego su gigantesco ego chino y sus diminutas pelotas chinas. El chino quería garantías. Quería orientación y contención emocional. También protección contra las ventas a corto plazo. Y, más que nada, quería grandes bloques de las nuevas emisiones de Stratton, las más codiciadas de todo Wall Street.

Quería todas estas cosas hasta dilucidar cómo obtenerlas por sí mismo.

Después, no las querría más.

Según mis cálculos, ello le llevaría seis meses, pasados los cuales se volvería contra mí. Vendería todas las acciones que yo le hubiera dado, lo cual supondría una innecesaria presión sobre los strattonitas, que se verían obligados a adquirirlas. En última instancia, el hecho de que las vendiera haría bajar el precio de las acciones, lo que llevaría a que los clientes se quejaran y, aun más grave, que mi sala de negocios estuviese llena de strattonitas insatisfechos. Victor procuraría sacar ventaja de tal insatisfacción, empleándola para dejarme sin mis strattonitas. Lo haría diciéndoles que en Duke Securities los esperaba una vida mejor. Sí, pensé, eso de ser pequeño y ágil, como él lo sería, tiene sus ventajas. Yo era un torpe gigante de periferia vulnerable.

No me quedaba más remedio que lidiar con el chino desde una posición de fuerza. Sí, yo era grande, y por más que mi periferia fuese vulnerable, mi centro era duro como el acero. De modo que atacaría desde el centro. Diría que respaldaría a Victor y, cuando se distrajese, confiado por la falsa sensación de seguridad que ello le produciría, lo atacaría inesperadamente y con tanta ferocidad como para dejarlo en la calle.

Lo primero era pedirle que me esperara tres meses para darme tiempo a que me deshiciera de mis acciones de Judicate. El chino lo entendería, y no sospecharía nada. Mientras, yo negociaría con Cabeza Cuadrada, a quien le arrancaría algunas concesiones. Dado que era socio de Stratton en un veinte por ciento, era un obstáculo para los otros strattonitas, que aspiraban a un trozo del pastel.

Una vez que pusiera a Victor en carrera, lo haría ganar dinero, pero no demasiado. Le aconsejaría que negociara de manera que lo dejasen sutilmente expuesto. Había formas de hacerlo que sólo los operadores más sofisticados podían entender, pero Victor no. Sacaría ventaja de su gigantesco ego chino, diciéndole que le convenía retener grandes bloques de acciones en la cuenta de negocios de su empresa. Y, cuando menos lo esperara,

cuando estuviese en su momento más vulnerable, me lanzaría sobre él, descargando toda mi potencia en el ataque. Haría que el Chino Depravado tuviera que salir del puto negocio. Vendería acciones a través de nombres y entidades cuya existencia Victor ni siquiera sospechaba, nombres cuya vinculación conmigo jamás podría establecerse, nombres que harían que se rascara, perplejo, su cabezota de panda. Descargaría una andanada de ventas tan veloz y furiosa que antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría estaría sin trabajo y también fuera de mi camino para siempre.

Claro que Cabeza Cuadrada perdería algún dinero en el proceso, pero no por ello dejaría de ser rico. Se trataría de daños colaterales.

Le sonreí a Cabeza Cuadrada.

—Como te he dicho, me reuniré con Victor por el respeto que te tengo. Pero no puedo hacerlo hasta la semana que viene. Hagámoslo en Atlantic City, una vez que arreglemos cuentas con las ratoneras. Doy por sentado que Víctor no tendrá problemas en ir, ¿o sí?

Cabeza Cuadrada asintió.

—Irá donde quieras.

—Bien. Mientras, más vale que le hagas entender cómo son las cosas. Por más que me presione, no voy a hacer nada hasta que no considere que existan las suficientes condiciones. Y eso no ocurrirá hasta que no me haya deshecho de Judicate. ¿Me entiendes?

Asintió con aire orgulloso.

—Siempre y cuando sepa que lo respaldas, esperará todo lo que quieras.

¿Siempre y cuando? ¡Qué estúpido era Cabeza Cuadrada! ¿Me lo estaba imaginando, o acababa de demostrar una vez más qué poco sabía de las cosas? Con sus palabras, confirmó lo que yo ya sabía: que la lealtad del chino era condicional.

Sí, Cabeza Cuadrada era leal. Era puro Stratton. Pero no hay quien pueda servir a dos amos durante mucho tiempo y, por cierto, nadie puede hacerlo de forma continua. Y eso era el Chino Depravado: otro amo. Acechaba entre bambalinas, manipu-

laba la débil mente de Cabeza Cuadrada, sembraba la discordia entre mis huestes, empezando por mi socio junior.

Se preparaba una guerra. Se cernía sobre el horizonte, y tendría lugar en un futuro no muy lejano. Y era una guerra que yo ganaría.

LIBRO II

El país de las ratoneras

Agosto de 1993
(Cuatro meses antes)

¿Dónde mierda estoy, por el amor de Dios?

Ésa fue la primera pregunta que acudió a mi mente cuando me despertó el inconfundible sonido del tren de aterrizaje que baja del vientre de un enorme avión de pasajeros. Mientras recuperaba lentamente la conciencia, miré el emblema rojo y azul del respaldo del asiento que tenía delante del mío, tratando de entender dónde estaba.

Al parecer, el avión era un jumbo 747; mi asiento era el 2A, una ventanilla de la primera clase. En ese momento, aunque tenía los ojos abiertos, mi mentón se encajaba entre mis clavículas como si siguiera dormido, y mi cabeza se sentía como si la hubiesen golpeado con bate de béisbol.

¿Resaca?, pensé. ¿De qualuuds? ¡Imposible!

Confundido, estiré el cuello para mirar por la ventanilla oval que tenía a mi izquierda, procurando ubicarme. El sol estaba apenas por encima del horizonte. ¡Era de día! ¡Un indicio importante! Mi ánimo mejoró. Giré la cabeza y estudié el panorama: suaves montañas verdes, una pequeña ciudad centelleante, un inmenso lago color turquesa en forma de media luna, un gigantesco chorro de agua que se elevaba en el aire.

Espera un minuto. ¿Qué cojones estaba haciendo en un vuelo comercial? ¡Qué sordidez! ¿Dónde estaba mi Gulfstream? ¿Cuánto hacía que dormía? ¿Cuántos qualuuds...? ¡Dios mío! ¡Los restoriles!

Una nube de desesperación comenzó a inundar mi cerebro. Ignorando el consejo de mi médico había mezclado Restoril con qualuuds. Ambas son píldoras para dormir, pero incompatibles. Cada una tiene resultados predecibles: de seis a ocho horas de sueño profundo. Si se toman juntas, los resultados... ¿Cuáles son los resultados?

Respiré hondo, tratando de sofocar mi inquietud. Entonces recordé. El avión acababa de aterrizar en Suiza. ¡Todo terminaría bien! ¡Estaba en territorio amigo! ¡En territorio neutral! ¡Territorio suizo! ¡Lleno de cosas suizas: aterciopelado chocolate con leche, dictadores derrocados, buenos relojes, oro nazi escondido, cuentas bancarias numeradas, francos suizos, qualuuds suizos! ¡Qué fabuloso país! ¡Y tan hermoso desde el aire! No se veía ni un rascacielos, sino sólo casitas que punteaban la campiña, como en los libros de cuentos. ¡Y ese chorro de agua! ¡Increíble! ¡Suiza! ¡Si hasta tenían su propia marca de qualuuds! Methasedil, si la memoria no me fallaba. Hice una rápida nota mental para hablar de eso con el conserje.

De cualquier modo, era imposible no querer a los suizos, a pesar del hecho de que la mitad del país estaba llena de franchutes y la otra de cabezas cuadradas. Era el resultado final de siglos de guerras y traiciones políticas. El país había sido dividido en dos. La ciudad de Ginebra era la capital franchuta, donde hablaban francés, y la de Zúrich, la capital alemana, donde hablaban alemán.

En mi humilde opinión judía, había que hacer negocios con los franchutes con base en Ginebra, no con los cabezas cuadradas con base en Zúrich, que se pasaban el día hablando en su repugnantemente gutural idioma mientras se emborrachaban con cerveza tibia como orín y comían *Wiener schnitzel* hasta que sus vientres se abultaban como el de una hembra de canguro a punto de parir. Y además, no hacía falta pensar mucho para darse cuenta de que debía haber unos cuantos nazis hijos de puta

ocultos entre la población, viviendo de los dientes de oro que les quitaron por la fuerza a mis ancestros antes de exterminarlos con gas.

Por otra parte, hacer negocios en la francófona Ginebra tenía un beneficio adicional, a saber, las mujeres. ¡Oh, sí! A diferencia de la alemana promedio que uno se encontraba en Zúrich, que tenía unos hombros lo suficientemente anchos y un torso lo suficientemente parecido a un barril como para jugar en un equipo profesional de fútbol americano, la francesa promedio que podía verse recorriendo las calles de Ginebra con sus bolsas de compras y sus perros falderos era esbelta y deseable, a pesar de los sobacos peludos. Ante ese pensamiento, sonreí; porque mi destino no era otro que Ginebra.

Aparté la vista de la ventanilla y miré a mi derecha; ahí estaba Danny Porush. Dormía. Tenía la boca abierta, como para capturar moscas. Sus enormes dientes blancos brillaban al sol. En la muñeca izquierda lucía un pesado Rolex de oro, con suficientes diamantes como para hacer funcionar un láser industrial. El oro relucía y los diamantes centelleaban, pero ni uno ni otro podían compararse a esos dientes más luminosos que una supernova. Tenía puestos sus ridículos anteojos de montura de Carey y lentes sin aumento. ¡Increíble! Aun a bordo de ese vuelo internacional, insistía en ser un judío WASP.

Sentado a su derecha estaba el organizador del viaje, el auto-proclamado experto en finanzas suizas Gary Kaminsky, quien también era, por cierto, el (escurridizo) jefe de la división financiera del Dollar Time Group, una empresa que cotizaba en Bolsa y de la que yo era el principal accionista. Como Danny, Gary Kaminsky dormía. Llevaba un ridículo peluquín entrecano, de un color totalmente distinto del de sus patillas renegridas, teñidas, al parecer, por un peluquero con mucho sentido del humor. Una morbosa curiosidad, y también la costumbre, me llevó a tomarme un momento para estudiar su atroz peluquín. Si tenía que adivinar, diría que probablemente se trataba del modelo especial Sy Sperlin que fabricaba el bueno y viejo Club del Cabello para Hombres.

En ese momento entró la azafata. ¡Ah, Franca! ¡Qué precio-

sa pequeña suiza! ¡Qué cuerpo! Era espectacular. En particular, me atraía la manera en que su cabello rubio caía sobre esa cremosa blusa blanca de cuello alto. ¡Cuanta sexualidad contenida! ¡Y qué sexy era esa insignia de piloto, cuyas alas doradas llevaba abrochadas sobre la teta izquierda! ¡Una azafata! ¡Qué deseable raza de mujer! ¡En particular ésta, con su ceñida faldita roja y esas sedosas medias negras que producían un delicioso sonido de roce a cada paso que daba! ¡Si hasta se oía por encima del ruido del tren de aterrizaje!

De hecho, lo último que recordaba era haber entablado una animada conversación con Franca, cuando aún estábamos en tierra, en el aeropuerto JFK de Nueva York. Yo le caía bien. Quizás aún hubiera una oportunidad. ¡Esa noche! ¡En Suiza! ¡Franca y yo! ¿Quién se iba a enterar en un país donde el secreto es tradición? Con una gran sonrisa, y con voz lo suficientemente fuerte como para que se me oyera por encima del potente rugido de los motores Pratt & Whitney del avión, dije:

—¡Franca! ¡Amor mío! Ven. ¿Podemos hablar un minuto?

Franca se volvió de espaldas y adoptó una pose: brazos cruzados, hombros echados hacia atrás, espalda un poco arqueada, caderas proyectadas en actitud de desdén. ¡Y cómo me miró! Esos ojos entornados... Esa mandíbula apretada... Esa nariz levantada ¡completamente venenosa!

Bueno, la verdad era que no había motivo para eso. Vaya, si...

Antes de que pudiera terminar de formular mi pensamiento, la bella Franca se marchó.

¿Qué demonios había pasado con la hospitalidad suiza? Me habían dicho que todas las suizas eran fáciles. ¿O eran las suecas? Mmm..., sí, pensándolo bien, eran las suecas. ¡Pero ello no le daba a Franca el derecho a ignorarme! Vaya, yo era un pasajero de primera clase de Swissair, y mi billete había costado... bueno, debía de haber costado una fortuna. ¿Y qué obtenía a cambio? ¿Un asiento más ancho y una mejor comida? ¡Y había dormido a la hora de comer!

De pronto, sentí unas incontrolables ganas de orinar. Alcé la mirada al cartel que indica si se puede desabrochar el cinturón de seguridad. ¡Mierda! Ya estaba iluminado, pero yo no podía

aguantar. Mi vejiga era notablemente pequeña (lo que sacaba de quicio a la duquesa) y debía de haber dormido unas buenas siete horas. ¡Que se fueran la mierda! ¿Qué me podían hacer si me levantaba?

¿Arrestarme por echar una meada? Traté de incorporarme, pero me fue imposible.

Bajé la vista. ¡Dios todopoderoso! No tenía puesto un cinturón, sino cuatro. Me habían atado. Ah... Una broma. Volví la cabeza a la derecha.

—Porush —dije con brusquedad y en voz muy alta—, despiértate y desátame, cabrón.

No respondió. Se quedó como estaba, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Un hilo de baba brillaba a la luz del sol.

Otra vez, más fuerte:

—¡Danny! ¡Despiértate, maldita sea! ¡Poorush! ¡Despiértate, pedazo de mierda, y desátame!

Nada. Respiré hondo y eché la cabeza hacia atrás, luego, con un poderoso movimiento, le di un codazo en el hombro.

Al cabo de un segundo, los ojos de Danny se abrieron y su boca se cerró. Meneó la cabeza y me miró a través de sus ridículas gafas sin aumento.

—¿Qué... qué ocurre? ¿Y ahora qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho? ¡Desátame, mierda, antes de que te arranque esos estúpidos anteojos de la puta cabeza!

Con una media sonrisa dijo:

—Si lo hago, te dispararán con una pistola eléctrica.

—¿Qué? —dije, confundido—. ¿De qué hablas? ¿Quién me va a electrocutar?

Danny respiró hondo y dijo, en un susurro:

—Escucha. Tenemos problemas. Te lanzaste sobre Franca —movió la barbilla en dirección a la reluciente azafata rubia— en algún punto sobre el océano Atlántico. Estuvieron a punto de hacer regresar el avión, pero los convencí de que mejor sería atarte y prometí que me ocuparía de que permanecieras sentado. Pero es posible que la policía suiza nos esté esperando. Creo que tienen intención de arrestarte.

Me tomé un momento para consultar mi memoria de corto plazo. No encontré nada. Sintiendo que el corazón me daba un vuelco, dije:

—No tengo ni idea de qué estás hablando, Danny. No me acuerdo de nada. ¿Qué hice?

Danny se encogió de hombros.

—Le manoseabas las tetas y trataste de meterle la lengua hasta la garganta. Nada demasiado terrible, si la situación hubiese sido otra. Pero aquí, en pleno vuelo..., bueno, rigen otras normas, no las de nuestra oficina. Y lo peor del caso es que creo que le caías bien de veras. —Meneó la cabeza y frunció los labios, como si dijera «¡dejaste que se te escapase una linda hembra, Jordan!». Añadió—: Pero cuando trataste de alzarle esa falda roja, se ofendió.

Meneé la cabeza, incrédulo:

—¿Por qué no me detuviste?

—Lo intenté, pero estabas enloquecido. ¿Qué tomaste?

—Eeh... No estoy seguro —murmuré—. Creo que... eh... tal vez tres o cuatro qualuuds... y después... tres de esas pastillitas azules de Restoril... y... eh... no sé, pero puede que un Xanax o dos... y quizás algo de morfina para el dolor de espalda. Pero la morfina y el restoril me los recetó el médico, así que no puede decirse que sea mi culpa. —Me aferré a esa consoladora idea durante tanto tiempo como me fue posible. Pero lentamente la realidad se imponía. Me recliné en mi confortable asiento de primera clase, procurando que me hiciera sentir poderoso. Me embargó un repentino pánico—: ¡Mierda, la duquesa! ¿Qué ocurrirá si se entera de esto? ¡Estoy jodido, Danny! ¿Qué le voy a decir? Si esto llega a los periódicos... ¡Oh, Dios, me crucificará! Todas las disculpas del mundo no alcanzarán para... —No pude completar la idea. Me interrumpí durante un instante y una segunda oleada de pánico me inundó—. Oh, Dios mío, ¡el gobierno! —¡El único motivo por el que había tomado un vuelo comercial era mantener el anonimato! ¡Y ahora me arrestarían en el extranjero!—. ¡Oh, Dios mío! ¡Mataré al doctor Edelson! ¡Mira que darme esas píldoras! ¡Él sabe que tomo qualuuds —dije, buscando desesperadamente alguien a quien culpar— y aun así

me recetó las putas pastillas para dormir! ¡Por Dios, si le pidiera heroína porque me clavé una astilla en el dedo, me la recetaría! ¡Esto es una maldita pesadilla, Danny! ¿Qué podría ser peor? ¡Ni siquiera hemos lavado el dinero y ya estamos en apuros! —Me puse a menear la cabeza con aire grave—. Es un mal presagio, Danny. Desátame —dije—. No me levantaré. —De pronto, un relámpago de inspiración—: Tal vez lo que debo hacer es ir a hablar con Franca, arreglar las cosas con ella. ¿Cuánto dinero llevas encima?

Danny se puso a desatarme.

—Tengo veinte mil, pero no creo que debas intentar hablarle. Sólo empeoraría las cosas. Estoy bastante seguro de que llegaste a meterle la mano por debajo de la falda. A ver, deja que te huela los dedos.

—¡Silencio, Porush! ¡Déjate de estupideces y sigue desatándome!

Danny sonrió:

—Dame los qualuuds que te quedan para que te los guarde. Será mejor que yo los pase por la aduana.

Asentí con la cabeza y rogué en silencio por que el gobierno suizo no quisiera empañar su fama de discreción con mala publicidad. Me aferré a ese pensamiento como un perro a un hueso, mientras el avión iniciaba su lento descenso a Ginebra.

Con el sombrero en la mano y el culo en una silla color gris acero, les dije a los tres funcionarios aduaneros que tenía frente a mí:

—Ya se lo he dicho, no recuerdo nada. Tengo mucho miedo a volar, y por eso tomé todas esas píldoras. —Señalé los dos frascos que había sobre el escritorio de metal gris. Afortunadamente, ambos tenían mi nombre escrito en los rótulos. Dadas las circunstancias, eso parecía lo más importante. En cuanto a mis qualuuds, en ese preciso instante estaban a salvo, metidos en el colon de Danny, quien para este momento, supuse, ya habría pasado la aduana suiza sin problemas.

Los tres funcionarios suizos se pusieron a parlotear en algún oscuro dialecto francés. Sonaba como si tuviesen las bocas llenas de queso podrido. Lo asombroso era que, aunque hablaban a la

velocidad de la luz de algún modo se las componían para mantener los labios tan tensos como el parche de un tambor y las mandíbulas firmemente apretadas.

Me puse a observar la habitación. ¿Estaba detenido? Con los suizos no había manera de saberlo. Sus rostros eran inexpressivos, como autómatas sin mente que van por la vida con la trivial precisión de un reloj suizo, mientras que toda la habitación decía a gritos: «¡Acabas de entrar en la puta dimensión desconocida!». No había ventanas... ni cuadros... ni relojes... ni teléfonos... ni lápices... ni bolígrafos... ni papel... ni lámparas... ni ordenadores. No había más que cuatro sillas color gris acero, un escritorio del mismo color y un maldito geranio mustio que languidecía a marchas forzadas.

¡Por Dios! ¿Debía exigir hablar con la embajada de Estados Unidos? ¡No, idiota! Probablemente me tuvieran en algún tipo de lista de vigilancia. Tenía que mantener el anonimato. Ésa era la meta: anonimato.

Miré a los tres funcionarios. Seguían parloteando en francés. Uno tenía el frasco de Restoril, otro mi pasaporte, el tercero se rascaba su débil mentón suizo, como si cavilara qué hacer conmigo, ¿o sería que le picaba?

Por fin, el que se rascaba habló:

—¿Tendría usted la amabilidad de repetirnos su historia?

¿«Tendría»? ¿Qué era esa mierda de «tendría»? ¿Por qué insistían esos franchutes estúpidos en hablar en alguna extraña variante del condicional? Todo se basaba en deseos, y todo se expresaba con «podría», «tendría», «querría», «quizás» y «tal vez». ¿Por qué no podían ordenarme que repitiera mi historia? Respiré hondo, pero antes de que pudiera comenzar a hablar, un cuarto funcionario entró en la habitación. Ese franchute, noté, llevaba galones de capitán.

En menos de un minuto, los otros tres dejaron la habitación, con el mismo semblante inexpressivo que mostraban al entrar. Ahora estaba a solas con el capitán. Me dedicó una delgada sonrisa franchuta y sacó un paquete de cigarrillos suizos. Encendió uno y, muy tranquilo, se puso a hacer anillos de humo. Después, hizo un truco asombroso: dejó que una espesa nube de humo

saliera de su boca antes de aspirarla por la nariz en dos gruesas columnas. ¡Caramba! Incluso en mi apurada situación, lo encontré impresionante. Ni siquiera mi padre hacía eso, y era el campeón de los trucos de fumador. Si salía de allí con vida le preguntaría cómo lo hacía.

Por fin, tras algunos anillos de humo y nuevas inhalaciones nasales, el capitán dijo:

—Bien, señor Belfort, le ofrezco mis disculpas por cualquier incomodidad que le pueda haber producido este desgraciado malentendido. La azafata no presentará cargos, de modo que puede usted marcharse. Tenga la amabilidad de acompañarme. Sus amigos lo esperan.

¿Qué? ¿Así de fácil? ¿Los banqueros suizos habrán pagado mi fianza? ¿Sólo para permitirme especular? El lobo de Wall Street... ¡Vuelve a ser invulnerable!

Ahora, mi mente estaba relajada, libre de pánico, y regresó, enardecida, a Franca. Dirigí una inocente sonrisa a mi nuevo amigo suizo y le dije:

—Ya que habla de tener la amabilidad y todo eso, ¿alguien sería tan amable de ponerme en contacto con esa azafata? —me detuve y le ofrecí mi sonrisa de lobo con piel de cordero.

El rostro del capitán comenzó a endurecerse.

¡Mierda! Alcé las manos, con las palmas hacia él y dije:

—Por supuesto con la intención de ofrecer mis disculpas formalmente a la rubia, digo, a la dama, y también para ofrecerle alguna compensación económica, ¿me entiende? —resistí los deseos de guiñarle un ojo.

El franchute ladeó la cabeza y me clavó una mirada que decía: «¡Eres un loco hijo de puta!» Pero sólo dijo:

—Preferiríamos que no contacte a la azafata mientras esté en Suiza. Al parecer, quedó... ¿Cómo se dice en inglés? Quedó...

—¿Traumatizada? —sugerí.

—Eh, sí, traumatizada. Ése sería el término. Nos gustaría que, por favor, no trate de contactar con ella bajo ninguna circunstancia. No me cabe la menor duda de que encontrará muchas mujeres deseables en Suiza, si eso es lo que busca. Al parecer, tiene usted amigos en los lugares adecuados. —Y, con esas

palabras, el capitán de la amabilidad me hizo pasar por el control, acompañándome personalmente y sin siquiera sellar mi pasaporte.

A diferencia del vuelo, el trayecto en limusina fue corto y carente de emociones. Mejor así. Al fin y al cabo, un poco de paz era necesaria tras el desmadre de la mañana. Iba con destino al célebre hotel Le Richemond, supuestamente uno de los mejores de Suiza. De hecho, según mis amigos de la banca suiza, Le Richemond era un establecimiento de lo más elegante y refinado.

Pero cuando llegué a destino me di cuenta de que «refinado» y «elegante» son la manera en que los suizos dicen «deprimente» y «anticuado». En cuanto entré en el vestíbulo noté que el lugar estaba atiborrado de viejos muebles franchutes, de estilo Luis XIV y que databan de mediados del siglo XVIII, según me dijo el portero, orgulloso. Para mi gusto, el rey Luis debió haber guillotinado a su decorador de interiores. La raída alfombra tenía un diseño floral, una suerte de patrón arremolinado que podría haber sido pintado por un mono ciego, si hubiera tenido ganas de hacerlo. Los colores dominantes también me parecieron extraños: una combinación de amarillo orín de perro y rosa vómito. Sin duda, el franchute que se ocupó de eso había gastado una fortuna en toda esa mierda, pero, para un judío nuevo-rico como yo, eso es exactamente lo que era: ¡mierda! ¡A mí me gustaban las cosas nuevas, brillantes y alegres!

De cualquier modo, tomé las cosas como venían. Al fin y al cabo, mis banqueros suizos lo habían hecho por mostrarse amables, así que supuse que tenía que fingir que apreciaba su gusto en materia de alojamiento. Y, a dieciséis mil francos, es decir, cuatro mil dólares la noche, no podía ser del todo malo.

El director del hotel, un alto y lánguido franchute, me tomó los datos mientras me informaba con aire confidencial del elenco de famosos que se habían alojado allí, entre ellos, nada menos que Michael Jackson. ¡Fabuloso! pensé. Ahora sí que detestaba ese lugar.

Al cabo de pocos minutos me encontré en la suite presiden-

cial. Me guiaba el director. Era un sujeto bastante afable, en particular después de que le di su primera dosis de Wall Street bajo la forma de una propina de dos mil francos a modo de agradecimiento por registrarme en el hotel sin alertar a la Interpol. Antes de marcharse, me aseguró que bastaba una llamada de teléfono para que acudieran las mejores prostitutas de Suiza.

Abrí un par de puertas vidrieras que daban al lago Léman y salí al balcón. Contemplé el gigantesco chorro de la fuente en silencio. ¡Debía alzarse al menos diez metros... No, quince... No, veinte... En el aire! ¿Qué los había llevado a construir algo así? Era muy bonito, ¿pero para qué querían los suizos tener el surtidor más alto del mundo?

En ese momento sonó el teléfono. Era un sonido extraño: tres timbrazos cortos, silencio total, otros tres, silencio otra vez. ¡Esos jodidos franchutes! ¡Hasta sus teléfonos eran irritantes! ¡Por Dios, cómo echaba de menos Estados Unidos! ¡Hamburguesas con queso y ketchup! ¡Copos de maíz azucarados! ¡Pollo a la barbacoa! Me daba miedo mirar el menú. ¿Por qué el resto del mundo era tan atrasado en comparación con Estados Unidos? ¿Y por qué consideraban que los estadounidenses éramos vulgares?

Para ese momento, ya había llegado al teléfono. ¡Por Dios! Vaya basura de aparato. Debía de ser alguna clase de prototipo. ¡Era de un blanco sucio y parecía haber salido de casa de Pedro y Vilma Picapiedra!

Tomé el anticuado auricular.

—¿Qué ocurre, Dan?

—¿Dan? —ladró la duquesa en tono acusador.

—¡Oh, querida! ¡Hola, amor mío! ¿Cómo te va, cariño? Creí que eras Danny.

—No, no soy esa esposa, sino la otra. ¿Cómo fue tu vuelo?

¡Oh, Dios mío! ¿Ya se había enterado? ¡Imposible! ¿O no? La duquesa tenía un sexto sentido para esa clase de cosas. ¡Pero aquello era demasiado rápido, incluso para ella! ¿O había salido algo en los periódicos? No, no había transcurrido el suficiente tiempo entre mi intento de manoseo y la última edición del *New York Post*. ¡Qué alivio! Pero sólo duró una milésima de segundo.

Una idea terrible, oscura, lo reemplazó: ¡Cable News Network! ¡CNN! Había visto cosas como ésta durante la guerra del Golfo. ¡Ese hijo de puta de Ted Turner había dado con un sistema mediante el cual podía informar sobre las cosas mientras ocurrían, en tiempo real! ¡Tal vez la azafata había dado una conferencia de prensa!

—¡Hola! —insistió mi rubia acusadora—. ¿No vas a responderme?

—Oh, nada especial. Como de costumbre.

Un largo silencio.

¡Caray! La duquesa me estaba poniendo a prueba, esperando que yo cediera bajo el peso del silencio. ¡Mi esposa era astuta! Tal vez sería bueno comenzar a echarle las culpas a Danny, por si acaso.

Entonces, dijo:

—Oh, me alegro, cariño. ¿Qué tal el servicio de primera clase? ¿Conociste a alguna azafata bonita? ¡Vamos, cuéntame! No me pondré celosa —rió.

¡Increíble! ¿Estaba casado con el Asombroso Kreskin?

—No, no —respondí—, no eran nada especial. Creo que eran alemanas. Una era tan fornida que me podría haber dado una paliza. De todas maneras, dormí casi todo el viaje. Hasta me perdí la comida.

Esto pareció entristecer a la duquesa.

—Oooh, qué pena. ¡Debes de estar muerto de hambre! ¿Y cómo te fue en la aduana? ¿Algún problema?

¡Por Dios! ¡Tenía que cortar esa llamada cuanto antes!

—Estupendamente. Sólo me hicieron unas cuantas preguntas, lo típico. Ni siquiera me sellaron el pasaporte. —Hice un estratégico cambio de tema—: Hablemos de algo importante, ¿cómo está la pequeña Channy?

—Oh, muy bien. ¡Pero la niñera me está volviendo loca! Nunca suelta el estúpido teléfono. Me parece que llama a Jamaica. ¿Sabes? Conseguí dos biólogos marinos dispuestos a trabajar a tiempo completo. Dicen que pueden erradicar las algas del estanque cubriendo el fondo con algún tipo de bacterias. ¿Qué te parece?

—¿Cuánto? —dije, deseando no oír la respuesta.

—Noventa mil al año por los dos. Son un equipo de marido y mujer. Me caen bien.

—Bueno, parece razonable. ¿De dónde los...? —En ese momento, alguien llamó a la puerta—. Un segundo, cariño, deben de venir a traerme la comida. En seguida vuelvo. —Depositando el teléfono sobre la cama, me dirigí a la puerta, la abrí, ¿y qué demonios era eso? Alcé la vista, y la seguí alzando y ¡oh! ¡Una mujer de piel negra, de un metro ochenta y cinco de alto! Tenía aspecto de etíope. Mi mente se desbocó. ¡Qué piel joven y lisa tenía! ¡Qué sonrisa cálida y lúbrica! ¡Y vaya par de piernas! ¡Tenían un kilómetro de largo! ¿Realmente yo era así de bajo? En fin... Era bellísima. Y, por cierto, vestía un minivestido negro del tamaño de un taparrabos—. ¿Qué se le ofrece? —pregunté con amabilidad.

—Hola —fue lo único que dijo.

Mis sospechas quedaban confirmadas. ¡Era una puta negra recién salida de Etiopía, de las que sólo saben decir «hola» y «adiós»! ¡Mis favoritas! Le hice señas de que entrara y la conduje hasta la cama. Se sentó. Me senté junto a ella. Me recliné lentamente, apoyé el codo derecho en la cama y mi mejilla en la palma de la mano... ¡OH, MIERDA! ¡MI ESPOSA! ¡LA DUQUESA! ¡MIERDA! Me apresuré a llevarme el índice a los labios, rogando porque esa mujer conociera el lenguaje internacional de señas que todas las rameritas entienden. En ese caso en particular, lo que yo estaba diciendo era: «¡Cierra el maldito pico, puta! Mi esposa está al teléfono y si oye una voz femenina en la habitación, tendré problemas y tú te quedarás sin propina!».

Afortunadamente, asintió en silencio.

Ante eso, tomé el teléfono y le expliqué a la duquesa que los huevos Benedict fríos son la peor comida del mundo. Se mostró comprensiva y me dijo que me amaba «incondicionalmente». Tomé debida nota del término. Después, le dije que yo también la amaba, que la echaba de menos y que no podía vivir sin ella, todo lo cual era cierto.

De pronto, una terrible oleada de tristeza me embargó.

¿Cómo era posible que sintiera eso por mi esposa y que, aun así, hiciera las cosas que hacía? ¿Qué me pasaba? La mía no era una conducta normal. Incluso en un hombre poderoso, ino, especialmente en un hombre poderoso! Una cosa era alguna infidelidad ocasional; eso era de esperar. Pero tenía que haber algún límite y yo... Bueno, preferí no completar el concepto.

Respiré hondo y traté de expulsar la negatividad de mi cabeza, pero me costaba. Amaba a mi esposa. Era una buena chica, aunque había destrozado mi primer matrimonio. Pero yo tenía tanta culpa como ella a ese respecto.

Sentí que me veía impulsado a hacer cosas no porque realmente quisiera llevarlas a cabo, sino porque era lo que se esperaba de mí. Era como si mi vida fuera un escenario donde el lobo de Wall Street actuaba para un público imaginario, que juzgaba cada una de mis acciones mientras se mantenía pendiente de cada palabra que salía de mis labios.

Fue una cruel revelación de mi desequilibrio personal. ¿Realmente me importaba algo Franca? No le llegaba ni a los talones a mi esposa. Y ese acento francés... ¡Cuánto mejor era el acento de Brooklyn que tenía la duquesa! Sin embargo, una vez que salí de mi narcosis, le pedí su teléfono al oficial de inmigración. ¿Por qué? Porque me parecía que era lo que se suponía que el lobo de Wall Street debía hacer. Qué raro. Y qué triste.

Miré a la mujer que tenía sentada a mi lado. Me pregunté si tendría alguna enfermedad. No, se la veía muy saludable. Demasiado saludable como para pensar que era portadora del virus del sida, ¿o no? Claro que venía de África, pero no, no había nada que temer. De todas maneras, el sida ya había pasado de moda. Y la manera de contraerlo era metiéndola en el agujero equivocado. Además, parecía que yo nunca me contagiaba nada, así que, ¿por qué iba a ser distinto esa vez?

Me sonrió y le devolví la sonrisa. Estaba sentada en el borde de la cama, con los muslos separados. ¡Tan impúdica! ¡Tan increíblemente sexy! El taparrabos era tan corto que casi lo llevaba en las caderas. ¡Muy bien! ¡Ésa sería la última vez! ¡Pero dejar pasar ese monumento color chocolate hubiese sido una aberración!

Al formular ese pensamiento, expulsé toda idea negativa de mi mente y decidí, allí mismo, que en cuanto le zampara un chorro como para hacerle saltar la parte posterior de la cabeza, tiraría los qualuuds que me quedaban por el sanitario y comenzaría una nueva vida.

Y eso es exactamente lo que hice, en ese orden.

Oscuros presagios

Pocas horas más tarde, a las doce y media de los franchutes suizos, estaba sentado frente a Danny en el asiento trasero de una limusina azul Rolls Royce más ancha que un buque pesquero y más larga que una carroza fúnebre, lo que me daba la poco agradable sensación de que iba rumbo a mi propio entierro.

Ése fue el primer presagio oscuro del día. Íbamos a la Union Bancaire Privée para la primera reunión con nuestros futuros banqueros suizos. Yo miraba por la ventana trasera, contemplando el inmenso chorro de la fuente, que aún me impactaba, cuando Danny me dijo con voz llena de tristeza:

—Sigo sin entender por qué tenías que tirar también mis qualuuds. ¡Hablo en serio, JB! ¡Me los había tenido que meter en el culo hacía sólo un par de horas! ¡Fue bastante duro!

Lo miré y sonreí. Danny tenía razón. En el pasado yo también me había metido drogas en el culo para pasar por una frontera y no podía decirse que fuera algo divertido. Había oído decir que se hacía más fácil si uno sellaba las drogas en un frasquito y lubricaba éste con una buena cantidad de vaselina. Pero la sola idea de dedicar tanta atención a ocultar drogas había evitado que pusiera tal estrategia en práctica. Al fin y al cabo,

se trataba de algo que sólo un verdadero drogadicto pensaría en hacer.

Además, respetaba a Danny por cuidarme, por estar siempre pendiente de la gallina de los huevos de oro. Claro que la verdadera pregunta era: ¿Seguiría protegiendo a la gallina si ésta dejaba de poner sus huevos? Era una buena pregunta, pero no valía la pena demorarse en ella. Yo estaba en medio de una racha ganadora y entraba más dinero que nunca. Dije:

—No, lo que hiciste no es poco, no lo niego. No creas que no valoro tu gesto, en particular eso de habértelos metido sin lubricación alguna. Pero éste no es momento para drogarse. Necesito que estés más lúcido que nunca durante al menos los próximos dos días, y yo también debo estarlo. ¿De acuerdo?

Danny se acomodó en el asiento y, cruzando las piernas, con aire negligente dijo:

—Sí, de acuerdo. A mí tampoco me vendría mal un recreo. Es sólo que no me gusta tener cosas metidas en el culo.

—También debemos moderarnos con las putas, Dan. Las cosas ya se están poniendo un poco repugnantes. —Me puse a mear la cabeza para que viera que hablaba en serio. —Esta última chica era impresionante. Tendrías que haberla visto. ¡Creo que medía un metro ochenta y cinco o más! Me sentía como un bebé chupando la teta de su madre, lo que, a decir verdad, era bastante excitante. —Me revolví en el asiento para no cargar el peso sobre la pierna izquierda—. Las muchachas negras no saben como las blancas, ¿no te parece? En particular sus coños, que saben a... eeh... icaña de azúcar de Jamaica! ¡Sí, el coño de las negras es muy dulce! Es como... Bueno, no importa. Mira, Dan, no puedo decirte dónde meterla, eso es asunto tuyo, pero, en lo que a mí respecta, ¡no más putas por ahora! En serio.

Dan se encogió de hombros.

—Si mi esposa estuviera tan buena como la tuya tal vez seguiría tus pasos. ¡Pero Nancy es una maldita pesadilla! ¡Esa mujer me agota! ¿Entiendes a qué me refiero?

Resistí al deseo de mencionar la genealogía compartida de ambos y sonreí, compasivo.

—Tal vez deberíais divorciaros. Parece que todo el mundo lo

hace, de modo que no sería tan grave. —Me encogí de hombros—. Mira, no es que quiera minimizar la importancia de tus problemas maritales, pero tenemos que hablar de negocios. En unos minutos estaremos en el banco y quiero que repasemos un par de cosas. Primero, quien habla soy yo, ¿de acuerdo?

Asintió:

—¿Qué crees, que soy el maldito Cabeza Cuadrada?

—No, la tuya no es lo bastante cuadrada y además tiene un cerebro dentro. Pero, hablando en serio, es importante que te sientes y observes. Trata de adivinar qué piensan estos franchutes. Yo no entiendo su lenguaje corporal. Comienzo a pensar que no lo tienen. Ocurra lo que ocurra esta mañana y aunque todo salga a la perfección, cuando termine la reunión debemos decir que no estamos interesados. Eso es esencial, Danny. Decimos que no combina bien con lo que estamos haciendo en Estados Unidos y decidimos que no es para nosotros. Ya se me ocurrirá algún argumento cuando me cuenten un poco más sobre el aspecto legal, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —respondió—. Pero ¿por qué?

—Por Kaminsky —dije—. Estará en la primera reunión y no confío en ese hijo de puta con peluca. Te diré la verdad, todo este asunto suizo no me gusta. Por algún motivo me da mala espina. Pero si finalmente decidimos seguir adelante con esto, Kaminsky no tiene que enterarse de nada. Eso es exactamente lo que buscamos evitar. Puede que, si lo hacemos, recurramos a otro banco, o tal vez podamos trabajar con éste. No veo por qué van a serle leales a Kaminsky.

»De lo que se trata es de que nadie en Estados Unidos sepa de esto. Por más drogado que puedas estar, Danny, y sea cual fuere la cantidad de qualuuds que tomes o de coca que aspire, no se lo debes contar a nadie. Ni a Madden, ni a tu padre, y menos aún a tu esposa, ¿de acuerdo?

Danny asintió:

—*Omertà*, amigo. Hasta el fin.

Sonré, asentí y me puse a mirar por la ventanilla en silencio. Era mi manera de indicarle a Danny que no estaba de ánimo para seguir conversando, y él, por supuesto, me entendió. Pasé el

resto del trayecto contemplando las inmaculadas calles de Ginebra, asombrado al notar que no había ni una mota de polvo en las aceras, ni un trazo de grafitis en las paredes. Mi mente comenzó a divagar y me empecé a preguntar por qué demonios estaba haciendo eso. Parecía arriesgado, temerario. Uno de mis primeros mentores, Al Abrams, me había advertido de que nunca recurriera a cuentas en el exterior. Me dijo que era una receta segura para crearse problemas, pues hacía sonar demasiadas alarmas. También me dijo que los suizos no eran fiables y que estaban dispuestos a entregar a cualquiera si el gobierno de Estados Unidos los presionaba en serio. Me explicó que todos los bancos suizos tenían sucursales en Estados Unidos, lo que los hacía vulnerables a las presiones oficiales. Al tenía razón en todo lo que decía. Y Al era el hombre más cuidadoso que haya conocido. De hecho, hasta guardaba viejos bolígrafos, de hacía diez o quince años, en su oficina, para que, si necesitaba ponerle una fecha atrasada a un documento, la tinta pudiese pasar el análisis de un espectroscopio del FBI. ¡Eso es ser un delincuente cuidadoso!

En mis comienzos, Al y yo solíamos reunirnos a desayunar en el Seville Diner, a más o menos un kilómetro y medio de lo que por entonces era la sede de Stratton, en el 2001 de la avenida Marcus, muy cerca de su actual emplazamiento. Me invitaba a una taza de café y una porción de tarta y hacía un análisis histórico de la evolución de la ley federal de inversiones financieras. Me explicaba por qué las cosas eran como eran, qué errores habían cometido otros en el pasado, y cómo la mayor parte de la legislación vigente surgió en respuesta a delitos puntuales. Yo lo absorbía todo. No tomaba notas. Claro que era porque él me prohibía que lo hiciera. Los negocios con Al Abrams se sellaban con un apretón de manos. Su palabra era su garantía. Y siempre cumplía. Sí, se intercambiaban los papeles estrictamente imprescindibles, pero sólo los que habían sido cuidadosamente preparados por Al y firmados con bolígrafos escogidos con igual cuidado. Cada uno de esos papeles respaldaba firmemente algún aspecto de una coartada verosímil.

Al me enseñó muchas cosas, la más importante de las cuales fue que toda transacción, tratase de compraventas de títulos, de

una transferencia o de cualquier otra cosa, con un banco o empresa de inversiones, deja un rastro de papel. Y, a no ser que ese rastro te exonere de toda responsabilidad, o que, al menos, sustente una explicación alternativa razonablemente convincente, tarde o temprano te encontrarás procesado por el gobierno federal.

De modo que fui cauteloso. Desde los primeros días de Stratton Oakmont, cada operación realizada, cada transferencia hecha por Janet en mi nombre, cada transacción corporativa cuestionable en que hubiera participado, había sido envuelta —o «acolchada», como se decía en Wall Street— en diversos documentos, sellos con fechas, incluso cartas certificadas que, en conjunto, suministraban explicaciones alternativas diseñadas para evitar que se pudieran formular acusaciones penales contra mí. Al lobo de Wall Street no le pegarían un tiro en la cabeza, porque nunca la pondría en la mira. Al Abrams había sido un buen maestro.

Pero ahora Al estaba preso, esperando una sentencia por nada menos que lavado de dinero. A pesar de lo cuidadoso que era, violó una ley, concretamente la que pena las extracciones de una cuenta bancaria en sumas ligeramente inferiores a los diez mil dólares, lo que se suele hacer para no llenar un formulario destinado a las autoridades impositivas. Es una ley que apunta a los narcotraficantes y mafiosos, pero que rige para todos los ciudadanos de Estados Unidos. Otra de las enseñanzas de Al fue que, si alguna vez recibía una llamada telefónica de alguien con quien hiciera o hubiera hecho negocios, para hablar de transacciones pasadas, había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que mi interlocutor se hubiese convertido en informante. Incluido él mismo. De modo que el día en que recibí una llamada de Al y comenzó a decir, con su extraña voz chillona: «Recuerdas aquella vez que...», supe que estaba en apuros. Al poco tiempo recibí una llamada de uno de los abogados de Al. Me dijo que había sido procesado, y que apreciaría, y mucho, que le liquidase su parte de los negocios que habíamos hecho juntos. Sus bienes habían sido embargados y se estaba quedando sin dinero. Sin vacilar, le compré todas sus participaciones a cinco veces el valor de mercado, haciéndole llegar millones en

efectivo. Y después recé. Rogué para que Al nunca me entregara. Para que resistiera los interrogatorios. Rogué para que, a pesar de que estaba cooperando, delatara a todos menos a mí. Pero cuando consulté con uno de los mejores penalistas de Nueva York, me dijo que no existían las cooperaciones parciales. O acusabas a todos o no cooperabas. Sentí que el corazón se me caía hasta el estómago.

¿Qué haría si Al me denunciaba? La mayor parte del dinero que había sacado del banco era para mí. Una vez me dijo que tenía algunas ratoneras en el distrito de los joyeros, que los estaba haciendo ganar dinero con unas nuevas emisiones, y que ellos le daban en efectivo las elevadas sumas que le correspondían. Nunca se me había ocurrido que estuviese sacando dinero del banco. Era demasiado inteligente como para hacerlo, ¿verdad? Era el hombre más cauteloso del planeta. Pero basta con cometer un solo error.

¿Me pasaría eso a mí? ¿Suiza sería mi único acto de estupidez? Había pasado cinco años siendo increíblemente cauteloso. No había puesto la cabeza en la mira del FBI ni por un segundo. Nunca hablaba del pasado. Verificaba constantemente que no hubiera micrófonos ocultos en mi hogar ni en mi oficina. Emitía documentos que justificaban cada una de mis operaciones. Y nunca extraía sumas pequeñas del banco. De hecho, había extraído diez millones de dólares en efectivo de diversas cuentas bancarias, en sumas nunca inferiores al cuarto de millón, con el único objetivo de tener una coartadas si alguna vez me sorprendían con una cantidad importante de dinero en efectivo. De hecho, si alguna vez el FBI me interrogaba, podía limitarme a decir: «Verifiquen con el banco y verán que este dinero es legítimo».

De modo que sí, debía ser cuidadoso. Pero mi buen amigo Al, mi primer mentor, el hombre a quien tanto le debía, también lo había sido. Y si le habían echado el guante a él... Bueno, no cabía duda de que había una considerable posibilidad de que lo mismo ocurriera conmigo.

Ése fue mi segundo presagio oscuro del día. Pero, en ese momento, no tenía manera de saber que no sería el último.

Lavado de dinero exprés

La Union Bancaire Privée ocupaba un reluciente edificio de oficinas acristalado en negro que se alzaba diez pisos por encima del corazón franchute de Ginebra. Estaba en la *rue du Rhône*, lo que significaba, supuse, calle Rhône. Estaba en el centro mismo del demasiado caro barrio comercial de Ginebra, muy cerca de mi géiser favorito.

A diferencia de los bancos estadounidenses, donde al entrar uno ve sonrientes cajeras protegidas por paneles de vidrio a prueba de balas, en el vestíbulo de éste sólo había una joven, enmarcada por unas cuarenta toneladas de mármol gris italiano. Lucía un conjunto sastre color gris claro, una blusa blanca de cuello alto y un semblante inexpresivo. Tenía el cabello rubio peinado hacia atrás y recogido en un apretado moño. Su piel era impecable, sin arrugas ni imperfecciones. Otro robot suizo, pensé.

Cuando Danny y yo nos acercamos a su escritorio nos miró con aire suspicaz. ¡Se había dado cuenta de todo! Sin duda que sí. Lo llevábamos escrito en el rostro. ¡Éramos jóvenes delincuentes estadounidenses que buscaban lavar sus oscuras ganancias! ¡Traficantes de droga que ganaban su dinero vendiéndosela a escolares!

Respiré hondo y contuve las ganas de explicarle que éramos meros estafadores financieros. ¡Sólo éramos adictos a las drogas, no las vendíamos, por Dios!

Pero, afortunadamente, prefirió reservarse su opinión y no mencionar la naturaleza de nuestro delito. Lo único que dijo fue:

—¿Podría ayudarlos en algo?

—¿«Podría»? ¡Dios nos ampare! ¿Más condicionales?

—Sí, ¿vengo a ver a Jean Jacques Saurel?*. ¿Soy Jordan Belfort? —¿Por qué mierda todo lo que decía me salía en tono interrogativo? Esos suizos de mierda me estaban contagiando.

Me quedé esperando a que la androide me respondiera, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse contemplándome. Después hizo lo mismo con Danny. Nos miraba de arriba abajo. Luego, como para enfatizar lo mal que había pronunciado yo el nombre, dijo:

—Ah, se refiere a monsieur Jean Jacques Saurel. —¡Qué bello sonaba ese nombre cuando ella lo decía!—. Sí, señor Belfort, lo esperan en el quinto piso. —Señaló el ascensor.

Danny y yo subimos en el ascensor chapado en caoba y operado por un joven vestido como un mariscal del ejército suizo del siglo XIX. Le susurré a Danny:

—Recuerda lo que te dije. Pase lo que pase, nos marchamos diciendo que no nos interesa, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

Salimos a un largo pasillo también chapado en caoba que hedía a riqueza. El silencio era tal que me dio la impresión de encontrarme dentro de un ataúd, pero preferí no ahondar en esa idea. En cambio, respiré hondo y me dirigí a la alta silueta que se recortaba en el extremo del pasillo.

—¡Ah, señor Belfort! ¡Señor Porush! ¡Buenos días a los dos! —dijo Jean Jacques Saurel en tono cálido. Nos estrechó la mano. Con una traviesa sonrisa dijo—: Espero que las cosas hayan andado mejor después de ese feo asunto del aeropuerto. ¡Me tiene que contar con más detalle su aventura con la azafata!

Me guiñó un ojo.

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

¡Vaya tipo!, pensé. No era el típico franchute suizo. Era batura europea, pero tanta elegancia sin duda no era suiza. Tenía la piel morena y el cabello castaño oscuro peinado hacia atrás, del modo en que se lleva en Wall Street. Sus facciones eran largas y delgadas, pero de aspecto agradable. Llevaba un immaculado traje azul con delgadas listas gris claro, una camisa blanca con gemelos en los puños y una corbata de seda azul de aspecto caro. La ropa le caía con esa perfección que sólo alcanzan los hijos de puta europeos.

Mantuvimos una breve conversación en el pasillo, durante la cual me enteré de que Jean Jacques no era suizo, sino francés, y que habitualmente trabajaba en la sucursal de París. Me dejó muy impresionado al decirme que no estaba cómodo con la presencia de Gary Kaminsky en la reunión pero que, dado que había sido éste quien había hecho el contacto, era inevitable. Sugirió que no hiciésemos un análisis demasiado concienzudo esta vez, y que tuviésemos un encuentro personal al día siguiente, o al otro. Le dije que yo venía con la intención de terminar la reunión de ese día con una negativa, precisamente por la razón que él mencionaba. Frunció los labios y asintió con aire de aprobación, como si dijera: «¡Nada mal!». Ni siquiera me tomé el trabajo de mirar a Danny. Ya sabía que había quedado impresionado.

Jean Jacques nos escoltó hasta una sala de reuniones que parecía un club de fumadores. Había seis franchutes suizos sentados en torno de una larga mesa de vidrio, todos vestidos del típico modo de los hombres de negocios. Todos tenían un cigarrillo encendido en la mano, o en el cenicero que cada uno tenía frente a sí. Una gigantesca nube de humo colmaba el recinto.

También estaba Kaminsky, sentado entre los franchutes. Su atroz peluquín parecía un animal muerto. Su gordo rostro redondo lucía una sonrisa de comemierda que me hizo sentir ganas de pegarle. Durante un instante, evalué la posibilidad de decirle que se marchara, pero decidí no hacerlo. Lo mejor sería que fuera testigo del encuentro y escuchara con sus propios oídos que yo había decidido no hacer negocios en Suiza.

Tras unos minutos de conversación intrascendente dije:

—Siento curiosidad respecto a sus leyes de secreto bancario. Los abogados estadounidenses me dicen cosas distintas. ¿Bajo qué circunstancias colaborarían ustedes con el gobierno de Estados Unidos?

Respondió Kaminsky:

—Eso es lo mejor que tiene hacer negocios en...

Lo interrumpí.

—Gary, si me interesara tu maldita... —me detuve al darme cuenta de que probablemente a esos robots suizos no les agrada-
ría oírme maldecir cada dos palabras. Dije humildemente—: Perdón a todos... —y concluí—: Si me interesara tu opinión a ese respecto, te la hubiera pedido en Nueva York antes de viajar.

Los franchutes sonrieron y asintieron. El mensaje tácito era: «Sí, este Kaminsky es tan estúpido como parece». Pero entonces mi mente estaba ocupada haciendo cálculos. Era evidente que, si decidía hacer negocios con el banco, éste le pagaría a Kaminsky alguna comisión por haber hecho el contacto. De no ser así, ¿por qué se mostraba tan ansioso por disipar mis preocupaciones? Al principio pensé que Kaminsky era uno de tantos infelices aficionados a demostrar que saben mucho sobre algún tema poco conocido. Wall Street estaba lleno de personas así. Les llamaban *diletantes*. Pero ahora tenía la certeza de que la motivación de Kaminsky era económica. Si yo abría una cuenta en el banco, él lo sabría cuando aquél le pagara sus honorarios por el contacto. Eso era un problema.

Como si me hubiese leído la mente, Jean Jacques dijo:

—El señor Kaminsky siempre se muestra muy dispuesto a ofrecer su opinión en asuntos como éste. Me parece más bien extraño, dado que no tiene nada que perder ni que ganar con nuestra decisión. Ya se le pagó un pequeño honorario por haberlo traído a usted aquí. Que usted haga o no negocios con Union Banc no influirá en nada en la economía del señor Kaminsky.

Asentí. Me pareció interesante notar que Saurel no empleaba el modo condicional tan caro a los suizos. Su dominio del inglés, incluyendo giros y modismos, era perfecto.

Saurel prosiguió:

—Pero, para responder a su pregunta, le diré que los únicos casos en los que el gobierno suizo colabora con el de Estados Unidos son aquellos en que el supuesto delito también lo sea en Suiza. Por ejemplo, en Suiza no hay una ley que pene la evasión impositiva. De modo que si recibiéramos una solicitud del gobierno de Estados Unidos con ese motivo no cooperaríamos con él.

—Es exactamente como dice el señor Saurel —dijo el vicepresidente del banco, un franchute de anteojos, menudo y delgado, llamado Pierre algo—. No sentimos especial simpatía por su gobierno. Le ruego que no se lo tome a mal. Pero el hecho es que sólo cooperaríamos si la supuesta infracción fuese de tipo penal, es decir, un delito.

Un segundo Pierre, éste más joven y calvo como una bola de billar, intervino:

—El código penal suizo es mucho más flexible que el de su país. Muchas cosas que son delito para ustedes no lo son para nosotros.

¡Por el amor de Dios! La sola palabra «delito» me hacía correr un escalofrío por la espalda. De hecho, ya era evidente que había graves fallos en mi plan de usar Suiza a modo de ratonera... A no ser, claro que... Bueno... ¿Era posible que las ratoneras fuesen legales en Suiza? Contemplé la posibilidad. No, era muy dudoso que así fuera, pero se lo preguntaría a Saurel cuando nos encontrásemos en privado. Sonreí.

—En realidad, ese tipo de cosas no me preocupan porque no tengo ni la más mínima intención de violar ninguna ley estadounidense. —Era una mentira descarada, pero me encantaba cómo sonaba. ¿Qué importaba si era pura mierda? Por algún motivo, me hacía sentir más cómodo con lo de haber acudido a Suiza. Insistí—: Y al decir eso, también hablo en nombre de Danny. Miren, sólo quiero tener dinero en Suiza para proteger mis activos. Mi principal preocupación es que, en el trabajo que hago, es muy frecuente ser blanco de reclamaciones legales, injustas, por cierto. Pero en cualquier caso, lo que me interesa o, para ser más directo, lo único que me importa, es que bajo ninguna circunstancia ustedes le entreguen mi dinero a ningún ciu-

dadano de Estados Unidos ni a ningún habitante del planeta que me haya entablado un pleito civil.

Saurel sonrió:

—No sólo nunca haríamos eso —declaró—, sino que ni siquiera reconocemos nada de naturaleza «civil», por decirlo con sus palabras. Aun si nos llegara una citación de la SEC estadounidense, que es un organismo regulatorio civil, no cooperaríamos bajo ninguna circunstancia. —Luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Y ése también sería el caso si la presunta infracción fuese un delito para la ley suiza. —Asintió con la cabeza para demostrar su convicción—. ¡Ni siquiera cooperaríamos en un caso así! —Sonrió con aire conspirativo.

Asentí, aprobando, y paseé la mirada por el recinto. Todos parecían contentos con la forma en que iban las cosas. Todos menos yo. No podía haber estado menos entusiasmado. El último comentario de Saurel había tocado un punto sensible y acelerado al máximo mi cerebro. El hecho era que, si el gobierno suizo se negaba a cooperar con la SEC, ésta no tendría más opción que derivar su solicitud a la fiscalía de Estados Unidos para que comenzase una investigación criminal. ¡Yo sería el artífice de mi propio fin!

Repasé mentalmente los posibles escenarios. El noventa por ciento de los casos que investigaba la SEC se resolvían en el fuero civil. Pero cuando la SEC percibía que lo que estaba ocurriendo era algo grave, derivaba el caso al FBI para que iniciase una investigación criminal. Y si la SEC no podía llevar a cabo su investigación, si los suizos respondían con un muro de silencio, ¿cómo podría decidir qué era grave y qué no? La verdad era que lo que yo estaba haciendo no era tan terrible, ¿o sí?

Respiré hondo y dije:

—Todo esto suena razonable, pero me pregunto qué haría el gobierno estadounidense para saber dónde mirar, es decir, ¿a qué banco suizo enviaría su citación? Las cuentas no tienen nombres, sólo números. De modo que, a no ser que alguien les pasara el dato —resistí el impulso de mirar a Kaminsky— de dónde guarda uno el dinero, o si uno fuese lo suficientemente descuidado como para dejar un rastro documental, ¿cómo sa-

brían por dónde empezar? Debe de haber mil bancos en Suiza, y es probable que haya cien mil cuentas en cada uno. Eso son millones de cuentas, todas con números distintos. Sería como encontrar una aguja en un pajar. Sería imposible. —Miré directamente a los ojos oscuros de Saurel.

Al cabo de un momento de silencio, Saurel dijo:

—Otra pregunta excelente. Pero, para responderla, le tendría que pedir que me permita hacer una breve recapitulación de la historia de la banca suiza.

El asunto se estaba poniendo bueno. La importancia de entender las lecciones del pasado era exactamente lo que Al Abrams me había inculcado durante nuestros encuentros matinales. Asintiendo con la cabeza, dije:

—Por favor. La historia me fascina, en particular cuando tiene que ver con una situación como ésta, en la que evalué la posibilidad de hacer negocios en un terreno que no me es familiar.

Saurel sonrió y dijo:

—Lo de las cuentas numeradas no es exactamente como se suele creer. Es cierto que todos los bancos suizos les ofrecen esa opción a sus clientes para proteger su privacidad. Pero cada cuenta numerada está vinculada a un nombre que se conserva en los archivos del banco.

El corazón me dio un vuelco. Saurel prosiguió:

—Hace muchos años, antes de la segunda guerra mundial, esto no era así. Por entonces, la práctica habitual de los banqueros suizos era abrir cuentas sin asociarles un nombre. Todo se basaba en relaciones personales, y un apretón de manos. Muchas de esas cuentas pertenecían a corporaciones. Pero, a diferencia de lo que ocurre en Estados Unidos, eran corporaciones anónimas y al portador. En otras palabras, quienquiera que fuese el portador de los certificados de acciones físicas de la corporación era considerado su legítimo propietario.

»Entonces, llegaron Adolf Hitler y los horrores del nazismo. Se trata de un capítulo triste de nuestra historia, del que no nos enorgullecemos. Procuramos ayudar a nuestros clientes judíos en la medida de nuestras posibilidades. Pero diría que, al fin, lo que hicimos no fue suficiente. Como sabe, señor Belfort, soy

francés, pero creo que hablo en nombre de todos los presentes cuando digo que desearía que hubiéramos hecho más. —Hizo una pausa y meneó la cabeza con solemnidad.

Todos los presentes, incluido el bufón de la corte, Kaminsky, judío él, asintieron. Supuse que todos sabían que Danny y yo éramos judíos, y no pude menos que preguntarme si ése había sido el motivo de las palabras de Saurel. ¿O lo habría dicho porque realmente lo sentía? Como fuera, incluso antes de que él comenzara a hablar yo ya iba diez pasos por delante y sabía exactamente a qué apuntaba. El hecho era que, antes de que Hitler pudiera asolar Europa y exterminara a seis millones de judíos en las cámaras de gas, muchos de ellos consiguieron transferir su dinero a Suiza. Habían comprendido el peligro que corrían a comienzos de la década de 1930, cuando los nazis llegaron al poder. Pero a los judíos les fue más fácil salvar su dinero que sus personas. Prácticamente todos los países de Europa, a excepción de Dinamarca, negaron refugio y seguridad a millones de judíos. La mayor parte de esos países hizo acuerdos secretos con Hitler, comprometiéndose a entregarle sus poblaciones de judíos a cambio de no ser invadidos. Y cuando Hitler se aseguraba de que los había metido a todos en campos de concentración, traicionaba los acuerdos. A medida que los países de Europa iban cayendo en poder de los nazis, los judíos se iban quedando sin lugares donde esconderse. Lo más irónico era cuán dispuesta había estado Suiza a recibir el dinero de los judíos mientras se mostraba reacia a salvar sus personas.

Cuando los nazis fueron derrotados, muchos descendientes de los judíos exterminados acudieron a Suiza en busca de las cuentas bancarias secretas de sus familias. Pero no tenían forma de demostrar que tenían derecho a ellas. Sucedió que no había nombres asociados a las cuentas, sino sólo números. Si los herederos sobrevivientes no sabían exactamente en qué banco estaba el dinero y con qué banquero habían tratado sus padres, no tenían forma posible de reclamar su dinero. Hasta el día de hoy, miles y miles de millones de dólares siguen sin ser reclamados.

Mis pensamientos se hicieron más sombríos. Muchos de esos suizos hijos de puta debían de saber exactamente quiénes

eran los herederos legítimos, pero, aun así, escogieron no ponerse en contacto con ellos. Aún peor, muchos niños judíos, cuyas familias habían sido exterminadas, habían acudido al banco correcto, hablado con el banquero correcto. Pero les habían mentido. ¡Por Dios! ¡Qué puta tragedia! Sólo los banqueros más nobles habrán tenido la integridad de asegurarse de que los legítimos herederos recibieran lo suyo. Y en Zúrich, llena de jodidos alemanes, sería difícil encontrar un simpatizante de los judíos. Quizás en la francesa Ginebra las cosas hubieran sido un poco, sólo un poco, más fáciles. La naturaleza humana es la misma en todas partes. Todo ese dinero judío se había perdido para siempre, absorbido por el sistema bancario suizo, enriqueciendo ese diminuto país más allá de lo imaginable, lo que, probablemente, explicara por qué no se veían pordioseros en la calle.

—... de modo que ése es el motivo —dijo Saurel— por el cual ahora se exige que toda cuenta que se abra en Suiza tenga un beneficiario. No se hacen excepciones.

Miré a Danny. Me hizo un levísimo gesto con la cabeza. El mensaje tácito era: «Esto es una puta pesadilla».

Danny y yo apenas si intercambiamos palabra durante el trayecto de regreso al hotel. Yo miraba por la ventanilla, sin ver más que los fantasmas de unos pocos millones de judíos asesinados. Seguían buscando su dinero. Para ese momento, sentía que la parte posterior de mi pierna me estaba martirizando. ¡Por Dios! Si no sufriera de ese terrible dolor crónico probablemente podría superar mi adicción a las drogas. Ya hacía más de veinticuatro horas que no tomaba píldora alguna, y estaba tan lúcido que me sentía capaz de encontrar respuesta a cualquier problema, por insoluble que pareciera. Pero ¿cómo podía eludir las leyes bancarias suizas? La ley es la ley, y haber sido testigo de la caída de Al Abrams me había servido para entender ese viejo lema que afirma que ignorar la ley no es excusa para violarla.

El hecho era que si yo abría una cuenta en la Union Bancaire debería darles una copia de mi pasaporte, que ellos conservarían en sus archivos. Y si el Departamento de Justicia de Estados Unidos emitía una citación penal por fraude financiero, estaría perdido. Aun si los federales no conocieran cuál era mi número

de cuenta ni, por cierto, mi banco, ello no los detendría. Mandarían la citación directamente al Departamento de Justicia suizo, que a su vez haría llegar a todos los bancos del país la orden de entregar todos los registros que se refirieran al individuo mencionado en la citación.

Y ése sería mi fin.

Por Dios. Lo mejor sería limitarme a mis ratoneras en Estados Unidos. Y si los citaban, siempre podían mentir. No era una idea agradable, pero al menos así no habría un rastro de papel.

Pero ¡un momento! ¿Quién decía que debía entregar mi pasaporte al banco? ¿Por qué no podía, en cambio, hacer que una de mis ratoneras viniera a Suiza con su propio pasaporte? ¿Qué posibilidad tenía el FBI de encontrar el nombre de mi ratonera estadounidense en mi ratonera suiza? ¡Sería una ratonera dentro de otra! ¡Una doble protección! Si Estados Unidos emitía una citación donde pidieran todos los registros vinculados a Jordan Belfort, y el Departamento de Justicia suizo la enviara a los bancos, ¡éstos no encontrarían nada!

Y, pensándolo bien, ¿por qué tenía que recurrir a una de mis actuales ratoneras? En el pasado, las escogía no sólo porque se podía confiar en ellas, sino por su capacidad de generar grandes cantidades de dinero en efectivo sin alertar a las autoridades impositivas. No era una combinación fácil de encontrar. Mi principal ratonera era Elliot Lavigne, que se estaba convirtiendo en una pesadilla. No sólo era mi principal ratonera, sino también en que me inició en los qualuuds. Era el presidente de Perry Ellis, uno de los principales fabricantes de ropa de Estados Unidos. Pero no hay que creer que el hecho de ocupar tan alta posición lo hiciera respetable. Lo cierto era que estaba diez veces más loco que Danny. Sí, por imposible que parezca, comparado con él, Danny era un monaguillo.

Además de ser un adicto de primera al juego y a las drogas, Elliot también era un obsesionado del sexo y un adúltero compulsivo. Le robaba millones de dólares al año a Perry Ellis. Tenía acuerdos secretos con sus factorías del extranjero, que cobraban a la empresa uno o dos dólares de más por cada prenda que confeccionaban. Elliot recibía un porcentaje de esa sobrefactura-

ción. Se trataba de cifras millonarias. Cuando yo lo hacía ganar con mis emisiones de títulos, él me daba mi parte recurriendo al dinero en efectivo que recibía de sus fábricas del exterior. Era un intercambio perfecto que no dejaba un rastro. Pero Elliot era cada vez menos fiable. Su adicción al juego y a las drogas lo dominaba. Se atrasaba en los pagos. En esos momentos me debía dos millones de las ganancias que había obtenido haciéndome de ratonera para mis últimas emisiones. Pero si lo sacaba del entramado, nunca me pagaría lo que me debía. De modo que estaba abocado a alejarlo gradualmente, permitiéndole que ganara dinero con nuevas emisiones a la espera de que me pagara lo que me debía.

Aun así, Elliot me había sido muy útil. Me había pagado más de cinco millones de dólares en efectivo, que estaban a buen recaudo en cajas de seguridad de distintos bancos de Estados Unidos. Aún no estaba seguro de cómo haría para transferir todo ese dinero a Suiza, pero tenía algunas ideas. Discutiría el asunto con Saurel cuando nos reuniésemos dentro de unas horas. En cualquier caso, yo siempre había dado por sentado que reemplazar a Elliot por otra ratonera que pudiera generar tanto dinero como él sin dejar huellas iba a ser un problema. Pero si tenía a Suiza como primera línea de un esquema de doble ratonera, lo de generar dinero «limpio» dejaba de ser una preocupación. Simplemente, dejaría que el dinero generara intereses en mi cuenta suiza. La única duda que me había sido imposible plantear en la reunión con los banqueros se refería a cómo hacer para usar el dinero de mi cuenta suiza. ¿Cómo haría para gastarlo? ¿Cómo podría hacer regresar el dinero, ya lavado, a Estados Unidos para invertirlo? Aún quedaban muchas preguntas por responder.

Pero lo más importante era que, cuando operara con Suiza, podría escoger a mis ratoneras con el único criterio de que se pudiera confiar en ellas. Eso abría un abanico mucho más amplio de ratoneras potenciales, y no tardé en centrarme en la familia de mi esposa. Ninguno era ciudadano estadounidense. Todos vivían en Gran Bretaña, lejos de la mirada del FBI. De hecho, la ley federal de inversiones incluía una exención poco conocida, que permitía que los extranjeros invirtiesen en com-

pañías que cotizan en Bolsa en términos mucho más favorables que los ciudadanos estadounidenses. Se llamaba Regulación S, y permitía a los extranjeros adquirir acciones de empresas que cotizan en Bolsa sin someterse al período de espera de dos años que requería el artículo 144. Era una ley absurda, que daba a los foráneos una increíble ventaja sobre los inversores estadounidenses. La consecuencia, como suele ocurrir con esos pedos mentales de los reguladores, fue una inmensa oleada de abusos. Astutos inversores estadounidenses establecieron acuerdos clandestinos con extranjeros y usaron la regulación S para violar la ley invirtiendo en compañías que cotizaban en Bolsa sin tener que esperar los dos años que dictaba la regla 144 para vender sus acciones. Muchas veces se me habían ofrecido extranjeros, a cambio de una modesta remuneración, a hacerme de testaferros para los negocios que permitía la regulación S, pero siempre los rechacé. Tenía presentes las advertencias de Al Abrams. Además, ¿cómo demonios iba a confiar en un extranjero para algo tan ilegal? Al fin y al cabo, recurrir a un extranjero para adquirir acciones por su intermedio en los términos fijados por la regulación S era un delito grave, que sin duda despertaría el interés del FBI. De modo que siempre evité hacerlo.

Pero ahora, si hacía lo de las ratoneras dobles con los familiares de mi esposa como segunda línea de protección... ¡Bueno, de pronto, todo parecía menos arriesgado!

Pensé en Patricia, la tía de mi esposa, mejor dicho, ¡mi tía Patricia! ¡Sí, también se había convertido en mi tía! En el momento en que Patricia y yo nos conocimos, supimos que éramos espíritus afines, lo que no deja de tener su gracia si se considera cuáles fueron las circunstancias de ese encuentro. Había sido dos años atrás, en el hotel Dorchester de Londres. Me había sorprendido en plena sobredosis de qualuuds. De hecho, cuando entró en mi habitación, yo estaba en trance de ahogarme en el inodoro. Pero, en lugar de juzgarme, lo que hizo fue acompañarme, hablarme y quedarse toda la noche en vela, sosteniendo mi cabeza sobre el inodoro mientras mi cuerpo vomitaba todo el veneno que le había metido. Luego, cuando me inundaron sucesivas oleadas de ansiedad inducida por la cocaína, se quedó acari-

ciándome el cabello como lo hacía mi madre cuando yo era niño. Como no podía mantener en el estómago los Xanax que tomaba para combatir la angustia de la cocaína, estaba que me subía por las paredes. Al día siguiente almorzamos juntos y, sin hacerme sentir culpable en lo más mínimo por lo que había presenciado, me convenció de que dejara las drogas. De hecho, me mantuve sobrio durante dos semanas. Yo estaba de vacaciones en Inglaterra con Nadine, y nunca nos habíamos llevado tan bien. Era tan feliz que hasta pensé en mudarnos a Inglaterra y convertir a tía Patricia en parte de nuestras vidas. Pero en mi fuero interno sabía que sólo era una fantasía. Mi vida estaba en Estados Unidos; Stratton estaba en Estados Unidos; mi poder estaba en Estados Unidos. Lo cual significaba que también yo debía estar allí. Y cuando finalmente regresé a Estados Unidos, mi adicción a las drogas regresó con toda su furia gracias a la bondadosa influencia de Danny Porush, Elliot Lavigne y mi alegre banda de corredores de Bolsa. Y mi dolor de espalda ayudaba a que mi hábito fuese cada vez más fuerte.

La tía Patricia tenía sesenta y cinco años y estaba divorciada. Se había jubilado como maestra de escuela y, en secreto, era anarquista. Era ideal. Despreciaba todo lo que tuviera que ver con gobiernos y su lealtad era incuestionable. Si yo le pedía que hiciera eso por mí, me dedicaría la más cálida de sus sonrisas y abordaría un avión al día siguiente. Además, la tía Patricia no tenía dinero. Cada vez que la veía, le ofrecía más de lo que le hubiera sido posible gastar en un año, y nunca aceptaba. Era demasiado orgullosa. Pero ahora podía decirle que lo tenía bien ganado por prestarme ese servicio. El hecho era que, de ese modo, pasaría de pobre a rica. ¡Qué idea maravillosa! Y, además, apenas si gastaría. Era una mujer que se había criado entre las ruinas que dejó la segunda guerra mundial y vivía de su modesta jubilación de maestra. ¡Aun si lo hubiera querido, no habría sabido cómo gastar el dinero! Dedicaría la mayor parte de lo que ganara a malcriar a sus dos nietos. ¡Y era lo mejor que podía hacer! De hecho, sólo pensarlo me ablandaba el corazón.

Si el gobierno de Estados Unidos iba a golpear a su puerta, les diría que se fueran a la mierda. Al pensarlo, me eché a reír.

—¿Qué te hace tan feliz? —farfulló Danny—. ¡Toda la reunión fue una pérdida de tiempo! Y ni siquiera tengo unos quatuordecientos para ahogar mis penas. Así que, dime, ¿qué hay en esa mente retorcida?

Sonreí.

—Dentro de unas horas me reúno con Saurel. Tengo algunas preguntas más para hacerle, y estoy seguro de que ya tiene las respuestas. Llama a Janet en cuanto regresemos al hotel. Dile que mañana a primera hora quiero que nos espere un Learjet en el aeropuerto. Y dile que reserve la suite presidencial del Dorchester. Vamos a Londres, compañero. Vamos a Londres.

Obsesiones internacionales

Tres horas después estaba sentado frente a Jean Jacques Saurel en el restaurante Le Jardin, en el vestíbulo del hotel Le Richmond. La mesa estaba puesta con una de las mejores vajillas que nunca hubiera visto. Un maravilloso despliegue de plata maciza pulida a mano y una bella colección de porcelana china reposaban sobre un mantel blanco como la nieve y muy almidonado. Lujosas cosas, pensé, ¡que deben de haber costado una fortuna! Pero la decoración del restaurante, como la del resto del hotel, no me gustaba. Era *art déco*, de alrededor de 1930, que era la última vez, supuse, que el restaurante había sido redecorado.

Pero a pesar de la deficiente decoración y del hecho de que estaba al borde del agotamiento por el cansancio del viaje, mi interlocutor era de los mejores. Saurel había resultado ser todo un putero y, en ese momento, me explicaba el arte de llevarse a la cama a las franchutas suizas, que, decía, eran más putas que las gallinas. Según él, convencerlas de irse a la cama era tan fácil que todos los días miraba por la ventana de su oficina y, mientras las veía ataviadas con sus cortas faldas paseando a sus diminutos perros, imaginaba que tenían una diana pintada en la espalda.

Me pareció una observación graciosa y lamenté que Danny no estuviera allí para oírla. Pero los temas que Saurel y yo planeábamos discutir en esa velada eran tan ilegales que era imposible que lo hiciéramos delante de un tercero, incluso cuando éste formaba parte del delito. Era totalmente impensable. Era una más de las lecciones que me enseñó Al Abrams: «Si son dos, es un delito; si son tres, una conspiración».

Así que allí estaba, a solas con Saurel. Pero mi mente no dejaba de regresar a Danny o, para ser más precisos, de preguntarse qué demonios estaría haciendo en ese preciso instante. No era la clase de tipo para dejar solo en el extranjero. Librado a sus propios recursos, era indudable que encontraría algo malo para hacer. Lo único bueno era que en ese país no había demasiado que Danny pudiera hacer, a no ser que violara y asesinara, que el hombre que tenía frente a mí no pudiera resolver con una llamada telefónica a las autoridades.

—... así que casi siempre —proclamaba Saurel— me las llevo al hotel Metropole, justo frente al banco, y me las follo allí. Por cierto, Jordan, debo decir que encuentro la palabra «follar» muy satisfactoria. Realmente, no hay palabra francesa que sea igual de expresiva. Pero no quiero irme por las ramas. Lo que trato de decir es que, además de la banca, mi segunda profesión es procurar llevarme tantas suizas como me sea posible a la cama. —Se encogió de hombros con gesto de gigoló, mientras me dedicaba una cálida sonrisa europea. Después, le dio otra honda calada a su cigarrillo.

—Según Kaminsky —dijo, exhalando el humo—, compartes mi afición por las mujeres bellas, ¿verdad?

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Ahh... eso es bueno —dijo el putero—, ¡muy bueno! Pero también me ha dicho que tu esposa es muy hermosa. Es curioso, ¿no te parece?, eso de tener una esposa bella, pero aun así estar siempre de cacería. Pero lo entiendo, amigo mío. ¿Sabes?, mi mujer también es muy hermosa, y sin embargo me siento impedido a complacerme con cualquier mujer joven y hermosa que esté dispuesta a aceptarme, siempre y cuando esté a la altura de mis normas de excelencia. Y en este país no faltan mujeres como

ésas —se encogió de hombros—. Pero, en fin, así es el mundo, y así se supone que deben actuar los hombres como nosotros, ¿no te parece?

¡Vaya! ¡Sonaba espantoso! Eran precisamente las mismas palabras que yo me había repetido a mí mismo tantas veces cuando trataba de racionalizar mi conducta. Pero oírse las decir a otro hacía que me diera cuenta de lo verdaderamente ridículas que eran.

—Mira, Jean. Creo que llega un momento en que uno debe aceptar que ya ha probado lo que quería demostrar. Y yo ya he llegado a ese punto. Amo a mi esposa y ya no ando follando por ahí.

Saurel entornó los ojos con aire sabio y asintió.

—He llegado a ese punto muchas veces. Y hacerlo es muy agradable, ¿no? Nos sirve para que recordemos qué es verdaderamente importante en la vida. A fin de cuentas, sin una familia nuestra vida estaría muy vacía. Y por eso disfruto tanto del tiempo que paso con mi familia. Pero al cabo de unos días me doy cuenta de que si sigo con ellos puedo llegar a cortarme las venas.

»No me interpretes mal, Jordan. No es que no ame a mi esposa y a mi hijo. Claro que los amo. Pero soy francés y, en cuanto hombre francés, ya se sabe que sólo puedo tragarme una ración limitada de esto de la esposa-e-hijos si no quiero hartarme de ellos. Lo que quiero decir es que todas las cosas que hago cuando no estoy en casa me hacen mejor marido y mejor padre. —Saurel tomó su cigarrillo del cenicero de cristal y le dio una tremenda calada.

Esperé... Seguí esperando... Pero nunca exhaló. ¡Vaya, eso era interesante! ¡Otra cosa que mi padre no hacía! Al parecer, Saurel se tragaba el humo, absorbiéndolo. De pronto, se me ocurrió que las razones por las que los hombres europeos fumaban no parecían ser las mismas que las de los estadounidenses. Era como si en Europa se tratara de disfrutar de un sencillo placer masculino, mientras que en Estados Unidos fuese más bien ejercer el derecho a matarse con un vicio terrible, a pesar de todas las advertencias.

Era hora de hablar de negocios.

—Jean —dije en tono cálido—, responderé a tu primera pregunta, la de cuánto dinero estoy interesado en traer a Suiza. Creo que lo lógico sería empezar con poco, unos cinco millones o así. Luego, si las cosas salen bien, podría pensar en traer sumas considerablemente más importantes, digamos que unos veinte millones a lo largo de los siguientes doce meses. En lo que se refiere a usar los correos del banco, agradezco tu ofrecimiento, pero preferiría recurrir a los míos. En Estados Unidos tengo algunos amigos que me deben favores y estoy seguro de que harían eso por mí.

»Pero quedan algunas cosas que me preocupan; la primera, Kaminsky. Me es imposible seguir adelante si él sabe de mi relación con tu banco. De hecho, basta con que siquiera sospeche que yo tengo un solo centavo en tu banco para que se termine el negocio. Cerraría todas las cuentas y me llevaría mi dinero a otro lado.

Saurel se mantuvo impertérrito.

—No hace falta que vuelvas a tocar el tema —dijo en tono glacial—. Kaminsky no sólo no se enterará de nada, sino que, si pretende inquirir en el asunto, su número de pasaporte figurará en una lista de alerta y la Interpol lo detendrá a la primera ocasión. Los bancos suizos nos tomamos nuestras leyes de secreto bancario con mucha más seriedad de lo que puedas imaginarte. Además, Kaminsky fue empleado nuestro, lo que lo hace particularmente vulnerable. Si revela cualquier información de esta naturaleza, o si sólo mete la nariz en cosas en las que no debe hacerlo, irá a la cárcel, y no estoy bromeando. Lo encerraremos en un calabozo y haremos desaparecer no la llave sino el calabozo entero. De modo que dejemos a Kaminsky de lado, desde ahora y para siempre. Si quieres que sea empleado tuyo, es tu problema. Pero cuídate, porque es un bufón muy locuaz.

Asentí y sonreí.

—Tengo mis motivos para mantener a Kaminsky en el lugar que ocupa. Dollar Time está sufriendo graves pérdidas, y si contrato un nuevo director ejecutivo se pondrá a escarbar. Así que por ahora lo mejor es dejar las cosas como están. Pero tenemos que discutir cosas más importantes que el futuro de Dollar Time.

Si me das tu palabra de que Kaminsky nunca sabrá nada de mi cuenta, te creo. No volveré a mencionar el tema.

Saurel asintió.

—Me gusta tu forma de hacer negocios, Jordan. Tal vez hayas sido europeo en una encarnación anterior. —Me dedicó la más amplia de sus sonrisas.

—Gracias —dijo en tono ligeramente irónico—. Supongo que eso es un gran elogio, Jean. Pero aún me quedan algunas preguntas importantes que hacerte, sobre todo con respecto a la mierda que me dijisteis esta mañana, lo de que necesitáis mi pasaporte para abrir una cuenta. Vamos, Jean, ¿no te parece que es un poco exagerado?

Saurel encendió otro cigarrillo y aspiró profundamente. Por entre el humo, me lanzó una sonrisa de complicidad y dijo:

—Bueno, amigo mío, ahora que te conozco mejor, diría que ya se te ha ocurrido cómo sortear ese escollo, ¿o no?

Asentí con la cabeza, pero no dije nada.

Al cabo de unos segundos de silencio, Saurel se dio cuenta de que le tocaba mover ficha.

—Bien, pues —dijo encogiéndose de hombros—, la mayor parte de lo que se dijo en el banco era, como decís vosotros, pura mierda. Se dijo para que lo oyera Kaminsky, y claro, para que lo oyésemos todos. Al fin y al cabo, tiene que parecer que respetamos la ley. Pero lo cierto es que asociar tu número de pasaporte a una cuenta numerada en Suiza sería un suicidio. Nunca te aconsejaría que lo hicieras. Pero sí creo que sería prudente que abrieras una cuenta a tu nombre en nuestro banco, una que exhiba orgullosamente tus datos ante todo el que quiera verlos. De esa manera, si al gobierno de tu país se le ocurre investigar los registros de tus comunicaciones telefónicas, tendrás una razón válida para justificar tus llamadas a nuestro banco. Y, como sabes, no existe ninguna ley que prohíba tener cuentas en Suiza. Todo lo que tienes que hacer es enviarnos una suma pequeña. Digamos que doscientos cincuenta mil dólares, que te invertiríamos en diversas acciones europeas, sólo en las mejores compañías, claro, lo que sería motivo suficiente para que contactes regularmente con nuestro banco.

¡Nada mal!, pensé. Era evidente que las coartadas verosímiles eran una obsesión internacional de los delincuentes de guante blanco. Me revolví en mi asiento, incómodo, procurando aliviar la presión sobre mi pierna izquierda, que lentamente comenzaba a incordiarne otra vez, y dije en tono negligente:

—Entiendo a qué te refieres, y es muy posible que siga tu consejo. Pero sólo para que sepas con quién estás tratando, te diré que las posibilidades de que te llame desde mi casa son menos que cero. Preferiría conducir hasta un teléfono público en Brasil con un par de miles de cruceiros en monedas en el bolsillo antes que permitir que tu número aparezca en mi cuenta telefónica.

»Pero, para responder a tu pregunta: tengo intención de recurrir a una integrante de mi familia, que no lleva mi apellido. Es pariente de mi mujer, y ni siquiera es ciudadana estadounidense, sino británica. Voy a Londres mañana por la mañana y pienso regresar pasado mañana con ella, con su pasaporte en la mano y lista para abrir una cuenta en tu banco.

Saurel asintió y dijo:

—Doy por sentado que confías en ella. De no ser así, podemos suministrarte personas que aporten sus pasaportes. Son gente carente de toda sofisticación, casi todos granjeros y pastores de la isla de Man o algún otro paraíso fiscal. Son ciento por ciento de fiar. Además, no tendrán acceso a tu cuenta. Pero supongo que ya habrás evaluado lo fiable que es esa mujer. Aun así, te sugiero que conozcas a un hombre llamado Roland Franks.* Es un profesional de estos asuntos, en particular en lo que respecta a crear documentación. Puede generar facturas de compraventa, resúmenes financieros, órdenes de compra, certificados de operaciones bursátiles y casi cualquier otra cosa, dentro de lo razonable. Es lo que llamamos un agente fiduciario. Te ayudará a constituir corporaciones en los papeles. Ello te aislará aún más de la mirada inquisitiva de tu gobierno, al permitirte desglosar tu participación en compañías que cotizan en Bolsa en unidades más pequeñas, evitando así que debas llenar los formularios que se exigen cuando uno posee más del cinco por

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

ciento de las acciones de una empresa. Su colaboración no tendría precio para ti, en todos los aspectos de tus negocios, exteriores y domésticos.

Interesante. Tenían su propio servicio, verticalmente integrado, de ratoneras. Esos suizos eran cosa seria. Roland Franks oficiaría de falsificador, generando documentos que sustentaran mis coartadas.

—Me gustaría mucho conocerlo —respondí—. Quizá puedas organizar algo para pasado mañana.

Saurel asintió y dijo:

—Me ocuparé de ello. El señor Franks también es útil para desarrollar estrategias que te permitan reinvertir o gastar, si así lo prefieres, tu dinero depositado en el exterior como quieras, de formas que no alarmen, como decís vosotros, a las agencias reguladoras de tu país.

—¿Por ejemplo...? —dejé la pregunta en suspenso.

—Bueno, hay muchas maneras. La más común es emitir una tarjeta Visa o American Express que esté directamente vinculada a tu cuenta en nuestro banco. Cuando hagas una compra, el monto se deducirá de esa cuenta. —Con una sonrisa, añadió—: Por lo que me dice Kaminsky, gastas sumas importantes con tus tarjetas de crédito. Así que ésa sería una herramienta muy valiosa para ti.

—¿La tarjeta estaría a mi nombre o al de la mujer que quiero que abra la cuenta?

—Al tuyo. Pero te recomiendo que emitas otra para ella. Sería prudente que también ella gastara alguna cantidad simbólica todos los meses, ¿me entiendes?

Asentí para mostrar que así era. Era evidente que el que Patricia gastara dinero todos los meses respaldaría la idea de que la cuenta era suya. Pero el problema, en mi opinión, era otro, verbigracia, que, si la tarjeta estaba a mi nombre, todo lo que el FBI necesitaría hacer sería seguirme cuando fuera de compras, entrar en la tienda donde yo hubiese adquirido algo y exigir la copia del talón. Y ése sería mi fin. Me pareció extraño que Saurel sugiriese una estrategia con debilidades tan obvias. Pero decidí guardarme esa reflexión. En cambio, dije:

—A pesar de mis desenfrenados hábitos de consumo, creo que ésa sólo es una manera de gastar sumas modestas. Al fin y al cabo, Jean, estamos hablando de transacciones por un valor millonario. No me parece que una tarjeta de débito, como las llamamos en Estados Unidos, vaya a hacer mucha mella en ellas. ¿No hay modos de repatriar sumas más importantes?

—Sí, claro. Otra estrategia habitual es que pidas un préstamo hipotecario sobre tu propia casa... Un préstamo de tu propio dinero. En otras palabras, haces que el señor Franks cree una empresa sobre el papel, y luego transfieres dinero de tu cuenta suiza a la de dicha corporación. Luego, el señor Franks prepara los documentos como prestador del crédito hipotecario, tú firmas como deudor, y de esa manera recibes tu propio dinero. Esta estrategia tiene un doble beneficio. Primero, te cobras interés a ti mismo, y lo acumulas en el país en el que elijas formar tu corporación, algún paraíso fiscal. Últimamente, el señor Franks prefiere usar las Islas Vírgenes británicas, que tienden a ser muy laxas a la hora de exigir documentación. Y, claro, no tienen impuesto a las ganancias. El segundo beneficio es que puedes deducir esos intereses de tus impuestos en Estados Unidos. A fin de cuentas, en tu país, los intereses hipotecarios pueden deducirse de los impuestos.

Repasé sus palabras y llegué a la conclusión de que se trataba de un procedimiento astuto. Pero, como estrategia, parecía aún más arriesgada que lo de la tarjeta de débito. Si yo hipotecaba mi casa, quedaría anotado en los registros municipales de Old Brookville, lo que significaba que al FBI le bastaría con ir al ayuntamiento y pedir una copia de mi título de propiedad. Descubrirían que una compañía radicada en un paraíso fiscal había financiado la hipoteca. ¡Ésa sí que sería una señal de alarma! Al parecer, ésa era la parte más difícil del juego. Llevar el dinero a un banco suizo era fácil, y protegerse de una eventual investigación, también. Pero repatriar el dinero sin dejar un rastro documental sería complicado.

—Por cierto —preguntó Jean—, ¿cómo se llama la mujer que traerás al banco?

—Patricia. Patricia Mellor.

Saurel volvió a sonreír con aire cómplice.

—Un buen nombre, amigo mío. ¿Cómo puede violar la ley una mujer con un nombre como ése?

Una hora más tarde, Saurel y yo emergimos del ascensor del hotel y avanzamos por el pasillo del cuarto piso, rumbo a la habitación de Danny. Como en el vestíbulo de la planta baja, la alfombra parecía obra de un mono retrasado, y lucía la misma triste combinación de amarillo-orín-de-perro y rosa vómito. Pero las puertas eran flamantes. De nogal marrón oscuro y relucían. Interesante dicotomía, pensé. Quizás ése fuera el significado de la expresión «encanto del Viejo Mundo».

Cuando llegamos a la relumbrante puerta de Danny, dije:

—Mira, Jean, Danny es todo un amante de la parranda, así que no te sorprendas si se le traba un poco la lengua. Estaba bebiendo *scotch* cuando me marché y creo que aún no debe de haber terminado de eliminar de su sistema las píldoras que tomó para dormir durante el vuelo. Pero, suene como suene, quiero que sepas que es muy lúcido. De hecho, su lema es «incluso si sales con los muchachos, despierta con los hombres». ¿Me entiendes, Jean?

Saurel me dedicó una amplia sonrisa y respondió:

—Por supuesto que lo entiendo. No puedo sino respetar a un hombre cuya filosofía de vida es ésa. Así hacemos las cosas en buena parte de Europa. Yo sería el último en juzgar a alguien por su afición a los placeres de la carne.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. Y ahí estaba Danny, tendido en el piso de la habitación, totalmente desnudo, a no ser que se considere que las putas suizas son prendas de vestir. Porque tenía cuatro de éstas, desnudas, sobre su cuerpo. Había una de espaldas, a horcajadas sobre su rostro, aplastándole la nariz con su prieto culito; otra, montada sobre sus caderas, subía y bajaba. Besaba ferozmente a la sentada sobre la cara de Danny. Una tercera lo tenía de los tobillos, separándole las piernas, mientras que la cuarta le sujetaba los brazos de la misma manera. El hecho de que dos personas entraran en la habita-

ción no las perturbó en lo más mínimo. Seguían adelante con su trabajo.

Me volví a Jean y lo contemplé durante un momento. Tenía la cabeza ladeada y se frotaba la barbilla con la mano derecha con aire pensativo, como si procurase dilucidar qué papel desempeñaba cada uno de los actores de esa sórdida escena. A continuación, entornó los ojos y asintió con lentitud.

—¡Danny! —exclamé—. ¿Qué mierda crees que estás haciendo, degenerado?

Danny soltó su brazo derecho y desplazó a la puta que tenía sentada en la cara. Alzó la cabeza y procuró sonreír, pero tenía el rostro casi paralizado. Al parecer, también se las había ingeniado para conseguir cocaína.

—¡Sttoi assiendo un skrrum! —farfulló por entre sus dientes apretados.

—¿Que estás haciendo qué? No entiendo una jodida palabra.

Danny respiró hondo, como si reuniese hasta la última gota de sus fuerzas y dijo con voz entrecortada y tono impaciente:

—¡Es-toy ha-cien-do un *scrum*!

—¿De qué mierda hablas? —musité.

Saurel dijo:

—Ah, me parece que dice que está haciendo un *scrum*, como en el rugby. —Con estas palabras, meneó la cabeza con aire enterado y dijo—: El rugby es un deporte muy popular en Francia. Parece que tu amigo está haciendo un *scrum* de una clase muy poco habitual, pero debo decir que cuenta con toda mi aprobación. Ve a tu habitación y llama a tu esposa, Jordan. Yo me ocupo de tu amigo. Veamos si es un verdadero caballero y está dispuesto a compartir su riqueza.

Asentí y me puse a registrar la habitación de Danny. Encontré veinte qualuuds y unos tres gramos de coca y los tiré por el inodoro. Después, los dejé a él y a Saurel a su suerte.

Pocos minutos después estaba tirado en mi cama, pensando en la locura que era mi vida. Sentí una repentina urgencia de llamar a la duquesa. Miré el reloj: eran las nueve y media de la noche. Hice los cálculos. En Nueva York eran las cuatro y media de la mañana. ¿Podía llamar a esa hora? A la duquesa le encan-

taba dormir. Antes de que mi cerebro pudiera responder a la pregunta, mi dedo ya estaba marcando.

Tras pocos timbrazos, mi mujer atendió.

—¿Hola?

Cauteloso, en tono de disculpa:

—Hola, cariño, soy yo. Lamento llamarte a esta hora de la madrugada, pero te extrañaba mucho y quería decirte cuánto te amo.

Dulce como la miel:

—Oh, yo también te amo, mi amor, pero no es de madrugada. ¡Estamos a media tarde! ¡Te equivocaste con el cambio de hora!

—¿De veras? —dije—. Mmm... Bueno, de todas maneras te echo mucho de menos. No sabes cuánto.

—Oh, qué dulce —dijo la despampanante duquesa—. Channy y yo te echamos de menos. ¿Cuándo regresas, amor mío?

—En cuanto pueda. Voy a Londres mañana, para ver a la tía Patricia.

—¿En serio? —dijo con ligera sorpresa—. ¿Y por qué vas a ver a la tía Patricia?

De pronto, me di cuenta de que no debía hablar de eso por teléfono, estaba a punto de involucrar a la tía de mi esposa en una operación de lavado de dinero. Hice a un lado esos turbadores pensamientos y dije:

—No, no quise decir eso. Tengo otras cosas que hacer en Londres y pensé que pasaría por la casa de la tía Patricia y la invitaría a cenar.

—Ohh —respondió la duquesa, feliz—. Bueno, dale saludos de mi parte, ¿de acuerdo, cariño?

—Sí, nena, así lo haré. Así lo haré. —Callé durante un instante y dije—: ¿Cariño?

—¿Qué, amor?

Apesadumbrado:

—Lo lamento.

—¿Qué lamentas, cariño?

—Todo, Nadine. Ya sabes de qué estoy hablando. Tiré todos los qualuuds por el inodoro y desde que bajé del avión no tomé ni uno.

—¿En serio? ¿Y cómo va tu espalda?

—No muy bien, nena; duele mucho. Pero no sé qué hacer. No sé si se puede hacer algo. La última operación no hizo más que empeorarla. Ahora me duele todo el día y toda la noche. No sé. Quizá las píldoras la empeoren. Realmente, ya no sé qué pensar. Cuando regrese a Estados Unidos veré a ese médico de Florida.

—Todo saldrá bien, amor. Ya lo verás. ¿Sabes cuánto te amo?

—Sí —mentí—. Lo sé. Y yo te amo el doble de eso. Ya verás qué buen esposo soy cuando regrese a casa.

—Ya eres bueno. Ahora vete a dormir, cariño, y vuelve a casa en cuanto puedas, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, Nadine. Te quiero mucho. —Colgué el teléfono y, tendido en la cama, me palpé la parte trasera de la pierna izquierda con el pulgar, tratando de dar con el lugar exacto del dolor. Pero no pude. No estaba en ningún lado y estaba en todos. Y parecía moverse. Respiré hondo y procuré relajarme para aliviar el dolor a fuerza de voluntad.

Sin darme cuenta de lo que hacía, me encontré rezando una vez más para que un rayo cayera del cielo y fulminara al perro de mi esposa. Después, siempre sintiendo que mi pierna izquierda ardía inmisericorde, el cansancio del viaje me abrumó y me dormí.

La confesora

¡Aeropuerto de Heathrow! ¡Londres! Una de mis ciudades favoritas, a excepción del clima, la comida y el servicio. Lo primero, el peor de Europa; la segunda, la peor de Europa; lo tercero, también el peor de Europa. Aun así, uno no tiene más remedio que querer a los británicos o, al menos, respetarlos. Al fin y al cabo, que un país del tamaño de Ohio, sin más recursos naturales que unos pocos miles de millones de libras de carbón sucio, llegue a dominar todo un planeta durante más de dos siglos, no es algo que ocurra a diario.

Por si eso no fuera suficiente, entonces hay que admirarse de la asombrosa habilidad con la que un puñado de británicos ha sido capaz de perpetuar la estafa más prolongada de la historia de la humanidad: ¡la realeza! Es la engañifa más increíble de todos los tiempos y la monarquía británica la perpetra a la perfección. La manera en que treinta millones de integrantes de la clase trabajadora han llegado a adorar a un puñado de personas de lo más corrientes, siguiendo cada uno de sus movimientos con maravillada veneración es algo que desafía toda lógica. Y aún más increíble es que esos treinta millones de individuos son lo suficientemente estúpidos como para andar por la vida consi-

derándose «leales súbditos» y jactándose de que les resulta imposible imaginar que la reina Isabel se limpia el culo después de una cagada.

Pero lo cierto es que nada de eso tenía importancia. De lo que se trataba era de que la tía Patricia era un producto de las gloriosas islas Británicas. Y, en mi opinión, era el recurso natural más valioso de Gran Bretaña.

La vería pronto, en cuanto pasase la aduana británica. Mientras las ruedas del Lear 55 de seis plazas tocaban la pista de aterrizaje, le dije a Danny, con voz lo suficientemente fuerte como para que se oyera por encima del ruido de las dos turbinas Pratt & Whitney:

—Soy supersticioso, Danny, así que terminaré este vuelo con las mismas palabras con que lo comencé: ¡eres un maldito demente!

Danny se encogió de hombros y respondió:

—Viniendo de ti, lo considero un elogio. No sigues enfadado porque me reservé unos pocos qualuuds, ¿no?

Meneé la cabeza:

—Es el tipo de cosa que doy por sentado que harás. Por otra parte, tienes el maravilloso efecto de recordarme que, en realidad, soy bastante normal, y no sabes cuánto te lo agradezco.

Danny sonrió y, volviendo las manos de modo que las palmas miraran hacia arriba, dijo:

—Eh, para eso estamos los amigos.

Le dirigí una fría sonrisa.

—Por cierto, supongo que no tienes más drogas encima, ¿verdad? Esta vez quisiera pasar por la aduana sin problemas.

—No, estoy limpio, tiré todo por el inodoro. —Alzó la mano derecha en el gesto de honor de los *boy scouts*. Añadió—: Espero que sepas lo que haces con esta mierda a lo Nancy Reagan.

—Sí que lo sé —dije en tono confiado, aunque en mi fuero interno no estaba tan seguro. Debo admitir que estaba un poco decepcionado por el hecho de que Danny no tuviese escondidos unos pocos qualuuds más. La pierna izquierda aún me estaba matando y, aunque mi mente estaba empeñada en mantener la sobriedad, la sola idea de poder adormecer el dolor con un qua-

luud, ¡sólo uno!, era una perspectiva fabulosa. Ya habían pasado más de dos días desde que había tomado el último, y sólo podía imaginar cuánto me entonarían ahora.

Respiré hondo y sofoqué mis pensamientos sobre los qualuuds.

—Sólo recuerda lo que prometiste —dije con severidad—. Nada de putas mientras estemos en Londres. Debes comportarte bien en presencia de la tía de mi esposa. Es una mujer muy lista y se dará cuenta de todo.

—¿Y por qué debo conocerla? Basta con que le hables de mí. Sólo dile que, si te llegara a ocurrir algo —¡Dios no lo quiera!— quien le dará instrucciones soy yo. Por otra parte, no me molestaría vagar un poco por las calles de Londres. Tal vez vaya a Savile Row para mandarme hacer unos trajes a medida o algo así. ¡O quizás hasta vaya a King's Cross y pasee un poco por allí!

Me guiñó un ojo.

King's Cross era el tristemente célebre distrito de luz roja, donde, por veinte libras, podías conseguir una mamada de una puta desdentada con un pie en la tumba y un herpes galopante.

—Gracioso, Danny, muy gracioso. Sólo recuerda que aquí no hay ningún Saurel para sacarte las castañas del fuego. ¿No quieres que te contrate un guardaespaldas para que te lleve de aquí para allá? —Era una excelente idea, y hablaba muy en serio.

Pero Danny hizo un gesto desdeñoso, como diciendo que yo tenía un tornillo flojo o algo así.

—¡Corta esa mierda sobreprotectora! ¡Me las compondré solo! ¡No te preocupes por tu amigo Danny! Tengo tantas vidas como un gato.

Meneé la cabeza y alcé la vista al cielo. Pero ¿qué podía hacer? Danny era un adulto, ¿o no? Bueno, sí y no. Pero no se trataba de eso. Ahora tenía que pensar en la tía Patricia. La vería dentro de dos horas. Siempre tenía una influencia calmante sobre mí. Y un poco de calma no me sentaría nada mal.

—Dime, cariño —dijo tía Patricia. Paseábamos del brazo por una estrecha senda bordeada de árboles en Hyde Park. —¿Cuán-

do nos embarcamos en esa maravillosa aventura que me propones?

Le dirigí una cálida sonrisa y respiré hondo el fresco aire británico, que, en ese momento, estaba imbuido de una niebla más espesa que una sopa de guisantes secos. Hyde Park me recordaba mucho al Central Park de Nueva York. Ambos eran diminutos trozos de cielo en medio de pululantes metrópolis. Me sentía como en mi casa. Eran las diez de la mañana y, a pesar de la niebla, el sol brillaba con suficiente intensidad como para realzar esas doscientas hectáreas de lozanos prados, gigantescos árboles, arbustos cuidadosamente recortados y sendas para equitación perfectamente mantenidas, convirtiéndolas en una pintoresca visión digna de una tarjeta postal. El parque estaba cruzado por la cantidad justa de sinuosos senderos peatonales de cemento, todos recientemente pavimentados y sin una mota de basura. En ese preciso instante, Patricia y yo recorríamos uno de ellos.

Patricia misma también era hermosa. Pero no se trataba de la clase de belleza que lucen las mujeres de sesenta y cinco años en las fotografías de la revista *Town & Country*, supuesto barómetro de lo que significa envejecer con gracia. Patricia era infinitamente más bella que ellas. Tenía una clase de hermosura interna, una celestial calidez que irradiaba de cada poro de su cuerpo y resonaba en cada palabra que pronunciaban sus labios. Era la belleza del agua perfectamente quieta, la belleza del fresco aire de la montaña, la belleza de un corazón que sabe perdonar. Pero en lo físico, era de lo más corriente. Era un poco más baja que yo y más bien delgada. Tenía cabello rojizo que le llegaba al hombro, ojos celestes y piel blanca, con las arrugas que eran de esperar en una mujer que había pasado la mayor parte de su adolescencia en un refugio ubicado bajo su diminuto apartamento, a resguardo de las bombas nazis. Cuando sonreía, cosa que ocurría a menudo, en particular cuando estábamos juntos, se veía que tenía los incisivos un poco separados. Ese día vestía una falda de tartán, una blusa color crema con botones dorados y una chaqueta que combinaba a la perfección con su falda. Nada parecía caro, pero el conjunto tenía un aspecto de dignidad.

Le dije:

—Si fuera posible, preferiría que fuésemos a Suiza mañana. Pero si no te va bien, esperaré aquí tanto tiempo como sea necesario. De todas maneras, tengo cosas de qué ocuparme. Tendré un jet esperando en Heathrow, de modo que podamos estar en Suiza en menos de una hora. Si quieres, podemos pasar el día juntos, pasear y hacer algunas compras.

»Pero, una vez más, Patricia —hice una pausa y la miré a los ojos—, quiero que me prometas que gastarás mensualmente al menos diez mil libras de esa cuenta, ¿de acuerdo?

Patricia se detuvo, soltó su brazo del mío y, poniéndose la mano derecha sobre el corazón, dijo:

—Querido, ini siquiera sabría cómo empezar a gastar todo ese dinero! Tengo todo lo que necesito. De verdad, cariño.

La tomé de la mano y seguí andando.

—Tal vez tengas todo lo que necesitas, Patricia, pero apostaría a que no todo lo que quieres. ¿Por qué no comienzas por comprarte un coche y dejas de recurrir a los buses de dos pisos? Y, una vez que tengas tu coche, te puedes mudar a un apartamento más grande, uno que tenga suficiente espacio para que Collum y Anushka se queden a dormir. ¡Imagínate qué bueno sería tener dos dormitorios más, para tus nietos!

Me detuve durante un instante antes de proseguir.

—Y, en pocas semanas, ya tendrás la tarjeta de American Express del banco. Puedes usarla para cubrir todos tus gastos. Y puedes usarla tanto como quieras y gastar todo lo que te parezca, y nunca te llegará la cuenta.

—Pero ¿quién va a pagar la cuenta? —dijo, confundida.

—El banco. Y, como te dije, la tarjeta no tendrá límite. Cada gasto que hagas me hará sonreír.

Patricia sonrió y seguimos caminando en silencio. Pero no era un silencio tenso. Era la clase de silencio que comparten dos personas que están lo suficientemente cómodas juntas como para no forzar una conversación más allá de su progresión natural. La compañía de esa mujer me producía un increíble sosiego.

La pierna izquierda me molestaba un poco menos, pero eso

tenía poco que ver con Patricia. La actividad de cualquier tipo, tratárase de caminar, jugar a tenis, levantar pesas o hacer unos tiros con mis palos de golf, parecía aliviar el dolor, lo cual resultaba curioso, dado que esas dos últimas cosas hacen trabajar la columna vertebral. Pero en el momento en que dejaba de hacerlas, el dolor regresaba. Y, una vez que comenzaba el incendio, no había modo de apagarlo.

Patricia dijo:

—Sentémonos un poco, cariño. —Y me condujo a un pequeño banco de madera a la vera del sendero. Cuando llegamos allí, nos soltamos los brazos y tomamos asiento—. Te quiero como a un hijo, Jordan, y sólo haré esto porque te es útil, no por el dinero. Una de las cosas de las que te darás cuenta cuando envejecas es que a veces el dinero produce más problemas que beneficios. —Se encogió de hombros—. No me interpretes mal, querido, no es que sea una vieja estúpida que ha perdido la cabeza y vive en un mundo onírico donde el dinero no importa. Sé muy bien que sí importa. Me crié bregando por salir de entre las ruinas de la guerra, y sé lo que es preguntarse de dónde saldrá el próximo plato de comida. Por entonces, no teníamos certeza sobre nada. Los nazis habían destruido medio Londres, y no sabíamos qué nos depararía el futuro. Pero teníamos esperanzas y una sensación de que debíamos comprometernos con la reconstrucción de nuestro país. Fue entonces cuando conocí a Teddy. Estaba en la RAF; era, de hecho, piloto de pruebas. Era de lo más impresionante. Fue uno de los primeros en volar con el Harrier, que los pilotos apodaban «el orinal volador». —Sonrió con tristeza.

Tendiendo el brazo por detrás del respaldo del banco, le posé una mano en el hombro.

En tono más alegre, Patricia dijo:

—A lo que iba, querido, es que a Teddy lo impulsaba, tal vez demasiado, la idea del deber. Al fin, ésta terminó por ganarle la partida. Cuanto más ascendía, menos cómodo se encontraba. ¿Entiendes lo que quiero decir, querido?

Asentí lentamente. No se trataba de una analogía perfecta, pero supuse que se refería a los peligros de perseguir una noción

preconcebida de lo que significa tener éxito. Teddy y ella se habían divorciado.

Patricia insistió:

—A veces me pregunto si no dejas que el dinero te ciegue, querido. Sé que lo usas para controlar a las personas, y eso no tiene nada de malo. Así es el mundo, y que trates de que las cosas te favorezcan no te convierte en malo. Pero lo que me preocupa es que permitas que el dinero te controle a ti, y eso sí es malo. El dinero es la herramienta, querido, no el artesano; puede ayudarte a tener conocidos, pero no verdaderos amigos; y aunque quizá te compre una vida de ocio, no puede comprarte una vida de paz. Claro que ya sabes que no te estoy juzgando. Es lo último que haría. Nadie es perfecto y todos tenemos nuestros demonios. Dios sabe que yo tengo los míos.

»Pero para regresar a esta diablura que concebiste, ¡quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo! De hecho, me parece muy emocionante. Me siento un personaje de una novela de Ian Fleming. Todo esto de las cuentas en el exterior es arriesgado. Y, cuando se llega a mi edad, lo que te mantiene joven es un poco de riesgo, ¿o no?

Sonreí y lancé una suave sonrisa.

—Seguramente, Patricia. Pero, en lo que hace a los riesgos, te lo vuelvo a decir: siempre existe la posibilidad de que surjan problemas y, cuando ello ocurre, los riesgos se vuelven un poco menos agradables de lo que le agradaría al viejo Ian Fleming. Me refiero a que Scotland Yard puede aparecer en tu puerta, con una orden de registro en la mano.

La miré a los ojos y dije, en tono de total seriedad:

—Pero aun si eso ocurriera, Patricia, te juro que en dos segundos estaré testificando que no tenías ni idea de qué significa nada de esto. Diré que yo te di instrucciones de ir al banco y darles tu pasaporte, y que te prometí que eso no tenía nada de malo. —Mientras pronunciaba esas palabras, estaba persuadido de que eran verdad. Al fin y al cabo, ningún regulador del planeta creería que esa inocente anciana formaba parte de una red internacional de lavado de dinero. Era inconcebible.

Con una sonrisa, Patricia respondió:

—Ya lo sé, querido. Además, me encantaría malcriar un poco a mis nietos. Tal vez, incluso, me lo agradezcan lo suficiente como para irme a visitar a la cárcel cuando me detengan por fraude bancario internacional, ¿no te parece, cariño? —Con estas palabras, Patricia se inclinó y se echó a reír a carcajadas.

Acompañé su risa, aunque por dentro me moría. Hay cosas con las que no se bromea; trae mala suerte hacerlo. Era como mear en el ojo al destino. Si lo hacías durante el tiempo suficiente, sin duda te devolvería la meada, su chorro de orina sería tan grande como el que lanza una maldita manguera contra incendios.

Pero ¿cómo iba a saberlo la tía Patricia? Nunca violó la ley en toda su vida, ¡hasta que conoció al lobo de Wall Street! ¿Realmente yo era una persona tan mala como para estar dispuesto a corromper a una abuelita de sesenta y cinco años con tal de tener una coartada?

Bueno, la moneda tenía dos caras. En una, la obvia criminalidad de toda la empresa: corromper a una abuela, exponerla a un modo de vida que no necesitaba ni quería, poner en riesgo su libertad, poner en riesgo su reputación, producirle, quizás, un infarto vinculado a la tensión si las cosas salían mal.

Pero, visto de otro modo, lo cierto era que el hecho de que no deseara una vida de riqueza y dispendio no significaba que ese tipo de vida no le conviniera. ¡Por el amor de Dios, si era lo mejor que podía hacer! Gracias a ese dinero podría pasar lo que le quedaba de vida entre el lujo. Y (Dios no lo quisiera), si enfermaba, tendría acceso a la mejor atención que el dinero puede comprar. No me cabía duda de que todo ese cuento británico de la utopía igualitaria de la medicina socializada no era más que una sarta de disparates. Sin duda que había un tratamiento médico especial para quienes tenían unos cuantos millones de libras más que los otros. Sería lo justo, ¿verdad? Además, por más que los británicos no fuesen tan codiciosos como los estadounidenses, tampoco eran unos putos comunistas. Y la medicina socializada, la verdadera medicina socializada, ¡era ni más ni menos que un complot comunista!

También había otros beneficios que, globalmente, inclinaban la balanza, y mucho, a favor de que la adorable tía Patricia

se metiese en la ilícita cueva del león del fraude bancario internacional. Ella misma había dicho que la mera excitación de pertenecer a una red internacional de lavado de dinero la mantendría joven, quizá durante muchos años más. ¡Qué idea tan agradable! Y, a decir verdad, ¿qué probabilidades había de que se metiera en problemas? Casi ninguna, pensé. Posiblemente, menos que ninguna.

En ese preciso instante, Patricia dijo:

—Querido, tienes el precioso don de mantener dos conversaciones al mismo tiempo. Una, la que tienes con el mundo exterior, en este caso, tu querida tía Patricia; otra, la que tienes en tu fuero interno y que tú solo puedes oír.

Reí. Me recliné y extendí los brazos a uno y otro lado del respaldo de madera, como si procurara que el banco absorbiera alguna de mis preocupaciones.

—Ves mucho, Patricia. Desde el día que nos conocimos, cuando estuve a punto de ahogarme en el inodoro, sentí que eres quien mejor me comprende. Quizás, incluso me entiendas mejor de lo que yo mismo lo hago, aunque lo dudo.

»Desde que tengo memoria, desde mi niñez, posiblemente desde el jardín de infancia, he estado perdido en el interior de mi propia cabeza.

»Recuerdo haber estado sentado en el aula, mirando a los otros niños y preguntándome cómo era posible que no entendieran. Cuando la maestra preguntaba algo, yo sabía la respuesta antes de que ella terminase de hablar. —Hice una pausa y, mirándola a los ojos, añadí—: Por favor, Patricia, no creas que estoy siendo engreído. No quisiera parecerlo. Sólo trato de ser franco contigo para que me entiendas de verdad. La cuestión es que desde que era pequeño siempre estuve adelantado, en lo intelectual, quiero decir, con respecto a los demás niños de mi edad. Y, cuantos más años tengo, más crece la brecha.

»Desde mi infancia, un extraño monólogo interior retumba en mi cabeza, sin detenerse nunca, salvo cuando duermo. Estoy seguro de que a todos les ocurre. Pero mi monólogo suena a un volumen especialmente alto. Y es particularmente molesto. No dejo de hacerme preguntas. El problema es que el cerebro es

como un ordenador; si formulas una pregunta, está programado para tratar de responderla, por más que no exista una respuesta. Constantemente le doy vueltas a las cosas en mi cabeza, tratando de dilucidar cómo influirán mis acciones sobre las cosas. O mejor dicho, cómo manipularé las cosas. Es como jugar al ajedrez con la propia vida. ¡Y detesto jugar al maldito ajedrez!

Estudí el rostro de Patricia en busca de alguna clase de respuesta, pero no vi más que una cálida sonrisa. Aguardé un poco más, pero no dijo nada. Sin embargo, el mensaje de su silencio era transparente como el cristal: «¡Sigue hablando!».

—La cuestión es que cuando cumplí los siete u ocho años comencé a sufrir unos ataques de pánico terribles. Aún los tengo hoy, pero los aplaco con Xanax. Pero sólo pensar en los ataques de pánico basta para producirme uno. Es algo espantoso, Patricia. Son absolutamente debilitantes. Es como si el corazón se te saliera del pecho, como si cada instante fuese una eternidad. Es, literalmente, lo contrario a sentirse cómodo con uno mismo. Creo que el día que nos conocimos yo estaba siendo presa de uno, pero ése en particular era producido por un par de gramos de coca, así que no cuenta. ¿Lo recuerdas?

Patricia asintió con la cabeza y volvió a sonreír. En su expresión no había nada de condenatorio.

Proseguí:

—Bueno, pero al margen de eso, nunca he podido evitar que mi mente funcione sin parar. De niño, igual que ahora, sufría de un tremendo insomnio. Pero ahora es aún peor. Me pasaba la noche en vela, escuchando la respiración de mi hermano y viéndolo dormir como un bebé. Crecimos en un apartamento diminuto y compartíamos la habitación. Lo quiero más de lo que puedas imaginarte. Tengo muy buenos recuerdos de todo eso. Y ahora ni siquiera hablamos. Otra víctima de mi mal llamado éxito. Pero ésa es otra historia.

»Le tenía aversión a la noche... Mejor dicho, miedo porque sabía que dormir me sería imposible. Pasaba la noche despierto, mirando los dígitos del despertador que tenía junto a la cama, multiplicando los minutos por las horas, más que nada por aburrimiento, pero también parecía como si mi mente me obligara a

hacer tareas repetitivas. A los seis años, multiplicaba mentalmente por cuatro dígitos a más velocidad de lo que lo hubiera hecho con una calculadora. En serio, Patricia. Aún hoy soy capaz de hacerlo. ¡Pero, por entonces, mis amigos ni siquiera habían aprendido a leer! Sin embargo, eso no me servía de consuelo. Lloraba como un bebé cuando llegaba la hora de irse a la cama. Tanto miedo me daban los ataques de pánico. Mi padre iba al dormitorio y se quedaba acostado junto a mí, tratando de tranquilizarme. Mi madre también. Pero ambos trabajaban y no podían quedarse toda la noche conmigo. De modo que me quedaba a solas con mis pensamientos. Con los años, casi todo el pánico de la hora de irse a dormir desapareció. Pero nunca se marchó del todo. Cada vez que pongo la cabeza en la almohada me acosa bajo la forma de un insomnio invencible, un insomnio realmente terrible.

»Me he pasado toda la vida tratando de llenar un agujero que me es imposible colmar, Patricia. Y, cuanto más lo intento, más grande parece. He pasado más tiempo...

Y así, las palabras se pusieron a salir de mi boca, y comencé a vomitar todo el veneno que me desgarraba las entrañas desde que tengo memoria. Quizá lo que hice ese día fue luchar por salvar mi vida o, al menos, sin duda, mi cordura. Al recordarlo, creo que fue un lugar tan bueno como cualquier otro para que un hombre, en particular un hombre como yo, desnudara su alma. A fin de cuentas, en la pequeña isla de Gran Bretaña no había lobo de Wall Street ni Stratton Oakmont. Ambos estaban a un océano de distancia. Se trataba de Jordan Belfort, un niño asustado que se había metido en honduras donde no hacía pie y cuyo éxito se estaba convirtiendo a pasos agigantados en la herramienta de su propia destrucción. La única pregunta era: ¿qué vendría antes? ¿Que me matara en mis propios términos o que el gobierno me echase el guante?

Una vez que Patricia se mostró dispuesta a escucharme, sentí que no podía detenerme. A fin de cuentas, todo ser humano siente una innegable urgencia por confesar los propios pecados. Las religiones surgieron de cosas como ésa y se conquistaron reinos con la excusa de que participar de las campañas de conquista bastaría para perdonar todos los pecados.

Así que me confesé durante dos horas. Procuré, desesperadamente, deshacerme de la amarga bilis que estaba destruyendo mi cuerpo y mi espíritu al impulsarme a hacer cosas que sabía que estaban mal y a cometer actos que, en última instancia, me llevarían a la destrucción.

Le conté la historia de mi vida, empezando por la frustración que de niño me provocaba crecer en la pobreza. Le conté la locura de mi padre, y de cómo sentía resentimiento porque mi madre no me protegía de sus explosiones de cólera. Le conté que ahora sabía que mi madre había hecho cuanto le fue posible, pero que, como seguía viendo las cosas con mis ojos de la niñez, me era imposible perdonarla del todo. Le conté cómo sir Max siempre estaba conmigo en las cosas que verdaderamente importaban, y cómo también ello me hacía sentir resentimiento hacia mi madre, que no me acompañaba en esos momentos cruciales.

Le conté cómo, a pesar de ello, amaba a mi madre, y que la respetaba mucho, a pesar de que me había inculcado que la única manera honorable de ganar mucho dinero era ejercer la medicina. Le expliqué cómo me rebelé contra eso comenzando a fumar marihuana en plena adolescencia. Le conté cómo no me presenté el examen de ingreso a la facultad de medicina por haberme quedado dormido debido a que tomé demasiadas drogas la noche anterior, y cómo ello llevó a que me matriculara en la carrera de odontología en lugar de la de medicina. Le conté el primer día de clase en la facultad, cuando el decano pronunció un discurso en el que dijo que la edad de oro de la atención dental se había terminado y que, si uno quería ser dentista para ganar mucho dinero, lo mejor que podía hacer era marcharse inmediatamente y ahorrarse el tiempo y los disgustos, y cómo, en ese mismo instante, me levanté y me fui para nunca volver.

A continuación le expliqué cómo eso me llevó a los negocios con la carne y el pescado y, en última instancia, a Denise. Fue entonces que las lágrimas acudieron a mis ojos. Con gran tristeza proseguí:

—... y nos poníamos a gatear por la casa en busca de monedas perdidas para pagar el champú. Así de pobres éramos. Cuando perdí todo mi dinero, creí que Denise me abandonaría. Ella

era joven y hermosa y yo era un fracasado. Nunca tuve mucho éxito con las mujeres, Patricia, por más que tú o cualquier otro puedan creer lo contrario. Cuando comencé a ganar dinero con lo de la carne, supuse que ello me serviría de compensación en ese aspecto. Y cuando conocí a Denise, bueno, estaba convencido de que me amaba por mi coche. Por entonces tenía un pequeño Porsche rojo, lo cual no era poca cosa para un muchacho de veintiún años, en particular si provenía de una familia pobre.

»Te diré una cosa: la primera vez que vi a Denise quedé totalmente prendado. Era como una visión. ¡Divina! Mi corazón dejó de latir, Patricia. Ese día iba al volante de mi camioneta y procuraba vender carne al propietario de la peluquería donde trabajaba Denise. La perseguí cien veces de un lado a otro del salón, pidiéndole su número de teléfono, pero no quería dármelo. De modo que me fui a casa a toda velocidad, tomé mi Porsche, regresé a la puerta de la peluquería y aparqué para tener la certeza de que me viera al salir. —Al llegar a este punto, sonreí, avergonzado—. ¿Te lo imaginas? ¿Te parece que es algo que un hombre con confianza en sí mismo haría? ¡Qué jodido papelón! No deja de tener su gracia que, desde que fundé Straton, todos los chicos de Estados Unidos se creen con derecho a tener un puto Ferrari al cumplir los veintiuno. —Meneé la cabeza y alcé la vista al cielo.

Patricia sonrió y dijo:

—Sospecho, querido, que no eres el primer hombre que, al ver una muchacha bonita, corre a casa a buscar su coche nuevo. Y también sospecho que no serás el último. De hecho, cerca de aquí hay una parte del parque que se llama Rotten Row, donde los jóvenes solían exhibir sus caballos frente a las damas con la esperanza de llevárselas a la cama algún día. —Patricia festejó su propia afirmación con una risita antes de proseguir—: Tú no inventaste ese juego, querido.

Le concedí una sonrisa y dije:

—Sí, tienes razón, pero aun así, siento que fui un tonto. En lo que respecta a cómo sigue la historia... ya lo sabes. Pero lo peor fue que cuando dejé a Denise por Nadine, salió en todos los periódicos. ¡Qué maldita pesadilla debe de haber sido para Deni-

se! ¡Que a los veinticinco años te abandonen por una modelo despampanante! Y los diarios la representaron como si fuese una vieja ricachona que había perdido su atractivo, como si yo hubiese cambiado a una anciana por una chica con algo de vida. Este tipo de cosas ocurre todo el tiempo en Wall Street, Patricia.

»Lo que quiero decir es que también Denise era joven y bella. ¿No te parece irónico? Casi todos los hombres que se enriquecen dejan a su primera esposa. Sé que eres inteligente, así que sabes exactamente a qué me refiero. Así se hacen las cosas en Wall Street y, como has dicho, yo no inventé el juego. Pero toda mi vida se aceleró. No viví lo que corresponde a la segunda ni a la tercera década de vida; es como si hubiese pasado directamente a la cuarta. Y entre los veinte y los cuarenta años hay cosas por las que todo hombre debe pasar y que forman el carácter. Ciertas luchas, Patricia, que todos afrontan y que sirven para entender de qué va ser un hombre. Yo no las viví, así que soy un adolescente atrapado en el cuerpo de un hombre. Dios me dio ciertas aptitudes, pero no tuve la madurez emocional para usarlas bien. Todo en mí era un accidente en potencia.

»Dios me dio la mitad de la ecuación: la capacidad de conducir a las personas y de resolver las cosas de maneras que a la mayoría de la gente ni se le ocurren. Pero no me dio la sobriedad ni la paciencia para emplearla como corresponde.

»Dondequiera que Denise fuese, la gente la señalaba y decía: “Mira, ésa es la que Jordan Belfort dejó por la chica de Miller Lite”. Te diré una cosa, Patricia, merecería que me azotaran por lo que hice con Denise. Wall Street o no, lo que hice fue jodidamente imperdonable. Dejé a una muchacha buena y hermosa que se mantuvo junto a mí en las buenas y en las malas, que apostó un futuro conmigo. Y cuando finalmente su billete salió ganador, lo cancelé. Arderé en el infierno por eso, Patricia. Y me lo merezco.

Respiré hondo.

—No puedes imaginar cómo procuré justificarme, atribuirle alguna responsabilidad a Denise. Pero me fue imposible hacerlo. Algunas cosas están mal en sí mismas, por más que las mires desde mil ángulos distintos. Pero al fin y al cabo llegas siempre a

la misma conclusión, que, en mi caso, es que fui un sinvergüenza sucio y podrido que dejó a una esposa leal por otra, de piernas más largas y rostro un poco más bonito.

»Escucha, Patricia, sé que tal vez te sea difícil ser imparcial en esto, pero sospecho que una mujer como tú es capaz de ver las cosas como son. La cuestión es que nunca podré confiar en Nadine como confiaba en Denise. Y nadie me podrá convencer de hacerlo. Tal vez, sólo tal vez, dentro de cuarenta años, cuando ambos hayamos envejecido juntos, quizá considere la posibilidad de confiar. Pero falta mucho para ese momento.

Patricia dijo:

—No podría estar más de acuerdo, querido. Confiar en una mujer que conociste en esas circunstancias sólo sería posible mediante un acto de fe ciega. Pero atormentarte con ello no tiene sentido. Te puedes pasar el resto de tu vida mirando a Nadine con los ojos entornados y preguntándote cuáles serán sus intenciones. Pero de hacerlo, bien puede ser que termines por convertir la cuestión en una profecía autocumplida. A fin de cuentas, lo que nos ocurre suele ser el resultado de la energía que emitimos hacia el universo. Ésa es una ley universal, querido.

»Pero hay otro asunto, que es éste. Ya sabes lo que dicen de la confianza: para confiar en alguien, antes debes confiar en ti mismo. Y tú, ¿eres fiable, querido?

¡Oh, caray! ¡Vaya pregunta! La procesé en mi ordenador mental, cuya respuesta no me agradó. Poniéndome de pie, dije:

—Tengo que levantarme, Patricia. La pierna izquierda me está matando por pasar tanto tiempo sentado. ¿Caminamos un poco? Vamos hacia el hotel. Quisiera pasar por el Rincón de los Oradores. Quizás haya alguno subido a un cajón denostando a John Major. Así se llama el primer ministro, ¿verdad?

—Sí, querido —respondió Patricia. Poniéndose de pie, enlazó su brazo al mío. Desandamos el sendero en dirección al hotel. De pasada, dijo—: Y después de que oigamos lo que tenga que decir el orador, me contestas mi última pregunta, ¿de acuerdo?

¡Esa mujer era demasiado! ¡Pero era imposible no quererla! ¡Mi confesora!

—De acuerdo, Patricia, de acuerdo. La respuesta es: ¡No! Soy un jodido mentiroso, un adúltero, y me acuesto con prostitutas con la misma facilidad con la que cualquier otro se cambia de camisa, en particular cuando estoy entonado con drogas, lo cual es más o menos casi todo el tiempo. Pero aun cuando no estoy drogado, soy adúltero. Ahí lo tienes. Ahora lo sabes. ¿Estás contenta?

Patricia rió ante mi pequeño estallido, antes de dejarme helado diciendo:

—Pero querido, todos sabemos lo de las prostitutas, incluida tu suegra, mi hermana. Es toda una leyenda. En el caso de Nadine, creo que decidió aceptar lo bueno y lo malo también. Pero lo que te preguntaba era si tenías romances con otras mujeres, mujeres por las que sientas algo.

—¡No, claro que no! —respondí con gran confianza. Y luego, con menos confianza, registré mi memoria para constatar si había dicho la verdad. Nunca había engañado a Nadine, ¿verdad? No, en realidad, no. No, al menos, del modo tradicional. ¡Qué feliz pensamiento había puesto Patricia en mi cabeza! ¡Qué mujer maravillosa!

Aun así, se trataba de un tema que prefería evitar, de modo que me puse a hablar de mi espalda, del dolor crónico que me estaba enloqueciendo. Le conté las operaciones, y cómo habían empeorado las cosas, le expliqué que había probado con narcóticos, todo, desde Vicodin hasta morfina, y que me producían náuseas y depresión, y que ello me llevó a tomar medicamentos contra las náuseas y Prozac, y que esos medicamentos me daban dolor de cabeza, así que tomé Advil, que me hizo daño al estómago, y que tomé Zantac para combatir el dolor, lo que hizo subir las enzimas hepáticas. Después le conté que el Prozac embotaba mi impulso sexual y me secaba la boca, y que entonces tomé Salagen para estimular las glándulas salivales y corteza de yohimbina para la impotencia, y que, finalmente, dejé de tomar también eso. En última instancia, expliqué, siempre regresaba a los qualuuds, que parecían ser la única droga que realmente eliminaba el dolor.

Cuando llegábamos al Rincón de los Oradores dije con tristeza:

—Me temo que ahora soy un adicto a las drogas, Patricia, y que, aun si no me doliera la espalda, sería incapaz de dejarlas. Últimamente tengo episodios de fuga, hago cosas que no recuerdo en absoluto. Es como para asustarse, Patricia. Es como si parte de tu vida se evaporara, ¡puf!, para siempre. Pero a lo que iba es a esto: tiré todos mis qualuuds por el inodoro y ahora me muero por uno. Hasta he pensado en decirle a mi secretaria que me mande a mi chófer en el Concorde, con el único propósito de que me traiga unos qualuuds. Eso me costaría veinte mil dólares, por veinte qualuuds. ¡Veinte mil dólares! Pero sigo pensando en hacerlo.

»¿Qué puedo decir, Patricia? Soy un adicto. Nunca se lo he confesado antes a nadie, pero sé que es verdad. Y todos los que me rodean, mi esposa incluida, no me dicen nada porque les da miedo. Por decirlo en otras palabras, viven de mí, así que me siguen la corriente. Me dicen que sí a todo.

»Ésta es mi historia. No tiene nada de bonita. Vivo la existencia más desequilibrada del planeta. Soy un fracasado con éxito. Tengo treinta y un años y es como si estuviese por cumplir sesenta. Sólo Dios sabe cuánto tiempo más estaré en este mundo. Pero sé que amo a mi esposa. Y siento por mi bebé cosas de las que nunca me creí capaz. En cierto modo, vivo por ella. Por Chandler. Lo es todo para mí. Cuando nació, juré que abandonaré las drogas. Pero ni yo mismo me lo creí. Soy incapaz de hacerlo, al menos por períodos prolongados.

»Me pregunto qué pensará Chandler cuando se entere de que su padre es un adicto a las drogas. Me pregunto qué pensará cuando yo acabe en la cárcel. Me pregunto qué pensará cuando sea mayor y lea todos esos artículos que hablan de las andanzas de su padre con putas. Tengo terror de que llegue ese momento, en serio, Patricia. Y no me cabe duda de que llegará. Es muy triste, Patricia. Muy, muy triste...

Con esas palabras, terminé. Me había revelado como nunca antes. ¿Me sentía mejor? ¡Ay!, en realidad, no. Me sentía exactamente igual que antes. Y, a pesar de la caminata, la pierna izquierda me estaba matando.

Esperé a que Patricia me diese algún tipo de sabio consejo,

pero ello no ocurrió. Supongo que ése no es el trabajo de los confesores. Lo único que hizo fue apretarme el brazo con más fuerza, quizá para estar un poco más cerca de mí, o quizá para mostrarme que, a pesar de todo, aún me quería y siempre lo haría.

No había nadie en el Rincón de los Oradores. Según me dijo Patricia, la acción se concentraba en los fines de semana. Pero estaba bien así. Ese miércoles se habían dicho muchas cosas en Hyde Park. Durante un momento, el lobo de Wall Street había vuelto a ser Jordan Belfort.

Pero no por mucho tiempo. A la distancia, observé los nueve pisos del hotel Dorchester, que se elevaban por encima del agitado tránsito de Londres.

Sólo podía pensar en dos cosas: ¿a qué hora partiría el Concorde de Nueva York?, y ¿cuánto tardaría en llegar a Londres?

La recaída

«Si gano un millón de dólares a la semana, y el estadounidense promedio gana mil, si gasto veinte mil dólares en algo, eso equivale a que el estadounidense promedio gasta veinte, ¿no?»

Había transcurrido una hora y estaba sentado en la suite presidencial del Dorchester cuando ese fabuloso razonamiento acudió a mi mente. Parecía tan lógico que tomé el teléfono, marqué el número de la casa de Janet y, despertándola, le dije con voz tranquila:

—Quiero que mandes a George a casa de Alan el Químico. Debe retirar veinte qualuuds y venir a traérmelos en el próximo Concorde. ¿De acuerdo? —Sólo entonces me di cuenta de que en Bayside, donde vivía Janet, había un retraso de cinco horas con respecto a Londres y, por lo tanto, eran las cuatro de la madrugada.

Pero la punzada de culpa fue fugaz. Al fin y al cabo, no era la primera vez que hacía algo así, y tenía la impresión de que no sería la última. De cualquier modo, le pagaba un salario cinco veces más alto que el que correspondía a una secretaria, así que podía decirse que había comprado el derecho a despertarla. Y, si esto no era así, ¿no me había ganado acaso el derecho a desper-

tarla al brindarle el cariño y la bondad propios del padre que no tuvo? (¡Otro razonamiento maravilloso!)

Evidentemente, sí, porque sin demorarse ni un segundo, Janet ya estaba completamente despierta y dispuesta a complacerme. Respondió en tono animado:

—No hay problema. Estoy casi segura de que el Concorde sale mañana por la mañana. Me aseguraré de que George vaya en él. Y no hace falta enviarlo adonde Alan. Tengo unos reservados para una emergencia aquí mismo, en casa. —Calló durante un instante antes de proseguir—: ¿Desde dónde me llamas, desde tu cuarto de hotel?

Antes de responderle, me pregunté qué conclusiones sacaría uno sobre el hecho de que un hombre pudiera llamar a su secretaria para pedirle que recurriera a un avión supersónico para satisfacer su adicción a las drogas y su obvio anhelo de autodestrucción sin que aquélla siquiera alzase una ceja. Era un pensamiento turbador, así que escogí no demorarme en él. Dije:

—Sí, estoy en el hotel. ¿De dónde crees que te llamaría, idiota, desde una de esas cabinas rojas que hay en Piccadilly Circus?

—Vete a la mierda —respondió—. Sólo me lo preguntaba. —Cambiando a un tono esperanzado, dijo—: ¿Te agrada más que el hotel de Suiza?

—Sí, es mucho mejor, querida. No es exactamente lo que me gusta, pero todo es nuevo y bonito. Buen trabajo.

Hice una pausa para que me respondiera, pero no dijo nada. ¡Por Dios! Pretendía que le describiera la habitación en detalle para así obtener su placer de segunda mano del día. ¡Qué pesada se ponía! Sonreí y dije:

—Sí, es muy bonito. Al decir del director del hotel, está decorado al modo tradicional británico, pero no sé qué mierda quiso decir con eso. Pero la habitación está muy bien, en particular la cama. Tiene un dosel con mucha tela azul. Supongo que a los ingleses les gusta el azul. También les deben de gustar las almohadas, porque hay como mil.

»El resto del hotel está lleno de toda clase de mierda británica. Hay una inmensa mesa de comedor con uno de esos candelabros de plata maciza. Me recuerda a Liberace. La habitación de

Danny está frente a la mía, pero en este momento está de correrías por las calles de Londres; como en la canción *Los hombres lobo de Londres*.

»Y eso es todo. No tengo más información que transmitir, aparte de mi precisa ubicación, que, estoy seguro, también quieres conocer. Así que te lo diré antes de que me lo preguntes. Estoy en el balcón de la habitación, y mientras hablamos, miro hacia Hyde Park. Pero no veo nada porque hay mucha niebla. ¿Conforme?

—Ajá —fue todo lo que dijo.

—¿Cuánto cuesta esta habitación? No me fijé cuando firmé el ingreso.

—Nueve mil libras por noche, es decir, unos trece mil dólares. Parece que los vale, ¿no?

Me tomé un momento para evaluar la pregunta. Nunca he sabido por qué me siento siempre impelido a reservar la suite presidencial, por oneroso que sea el precio. Tengo la certeza de que tiene alguna relación con haber visto a Richard Gere en *Pretty woman*, una de mis películas favoritas. Pero hay algo más profundo. Es lo que siento al aproximarme a la conserjería de un hotel de lujo y decir: «Mi nombre es Jordan Belfort. Tengo reservada la suite presidencial». Bueno, debe de ser porque soy un infeliz inseguro, pero, ¿y qué?

Con sarcasmo, dije:

—Gracias por recordarme la conversión de moneda, señora Banco Mundial. Casi la había olvidado. A trece mil la noche esta habitación es una jodida ganga. Aunque me parece que, a ese precio, debería venir con un esclavo de regalo, ¿no te parece?

—Trataré de que te den uno —dijo Janet—. Pero, de todas maneras, he conseguido que mañana te dejen quedarte hasta tarde por el precio de una sola noche. ¿Ves cómo cuido siempre tu dinero? Por cierto, ¿cómo está la tía de Nadine?

Al instante, me sumí en la paranoia y me puse a calcular qué posibilidades había de que alguien estuviese escuchando nuestra conversación. ¿Tendría el FBI la osadía de intervenir el teléfono de Janet? ¡No, era inconcebible! Intervenir teléfonos tiene un alto coste, y jamás se había dicho nada significativo en esa lí-

nea, a no ser, claro, que los federales estuvieran empeñados en arrestarme por degenerado sexual y drogadicto perdido. ¿Y los ingleses, qué? ¿Era posible que el M16 me estuviese investigando por un delito que aún no había cometido? ¡No, también eso era inconcebible! Ya tenían bastante que hacer con el IRA, ¿no? ¿Por qué mierda les iban a importar el lobo de Wall Street y sus diabólicos planes para corromper a una maestra jubilada? No, no les importaba. Convencido de que podía hablar tranquilo, dije:

—Está muy bien. Acabo de dejarla en su piso. Así llaman aquí a los apartamentos.

—Caramba, cuánto sabes, Sherlock —dijo la muy insoportable.

—Oh, disculpa. No estaba enterado de que fueras una experta viajera. Por cierto, necesito quedarme un día más en Londres. Tengo cosas que hacer, así que reserva una noche más en el hotel y asegúrate de que el avión me esté esperando en Heathrow el viernes por la mañana. Y dile al piloto que regresamos el mismo día. Patricia vuelve esa misma tarde. ¿De acuerdo?

Janet, con típico sarcasmo:

—Lo que diga, *jefe*. —¿Por qué siempre decía «jefe» en ese tono burlón?—. Pero no veo por qué sientes necesidad de mentirme acerca del motivo por el cual te quedas una noche más en Londres.

¿Cómo lo sabía? ¿Era tan evidente que mi intención era colocarme con qualuuds en privado, lejos de las miradas inquisitivas de los banqueros suizos? No, sólo era que me conocía muy bien. En ese aspecto, se parecía a la duquesa. Pero como yo no le mentía tanto a Janet como a mi esposa, ella tenía más práctica en darse cuenta de cuándo mis intenciones eran malas.

Aun así, me sentí obligado a mentir:

—No me rebajaré a responderte. Pero, dado que has sacado el tema, bien puedo aprovechar la ocasión. Al parecer, en Londres hay un club nocturno que está de moda. Se llama Annabelle's y dicen que es imposible entrar. Consígueme la mejor mesa para mañana por la noche. Diles que quiero que me esperen con tres botellas de Cristal heladas. Si tuvieras algún problema...

—Por favor, no me insultes —interrumpió Janet—. Tu mesa te estará esperando, sir Belfort. Pero no olvides que sé de dónde vienes, y Bayside no es particularmente famoso por sus aristócratas. ¿Necesitas algo más o ya tienes todo lo que necesitas para tu velada de mañana?

—Oh, Janet, eres una bruja. ¿Sabes?, tenía intención de iniciar una nueva vida en lo que hace a mujeres, pero dado que me has dado la idea, ¿por qué no encargas dos fichas azules, una para mí y otra para Danny? O, ahora que lo pienso, mejor encarga tres, no vaya a ser que alguna no nos guste. Aquí en el extranjero nunca se sabe con qué te vas a topar.

»En fin, te dejo. Voy al gimnasio a una sesión rápida y después a Bond Street a hacer unas compras. ¡Mi padre estará encantado cuando le llegue la cuenta! Ahora, deprisa, antes de que corte, ¡recuérdame qué buen jefe soy y dime cuánto me quieres y me echas de menos!

Inexpresiva:

—Eres el mejor jefe del mundo y te quiero y te echo de menos y no puedo vivir sin ti.

—Bueno, eso es lo que pensaba —repuse con tono enterado. Corté sin despedirme.

El Gran Falsificador

Treinta y seis horas más tarde, rugiendo como un avión militar, el Learjet que habíamos alquilado despegó de Heathrow y surcó el cielo de viernes por la mañana. A mi izquierda iba la tía Patricia, con el rostro paralizado en una mueca de puro terror. Se aferraba a los brazos de su asiento con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. La contemplé durante treinta segundos y vi que sólo parpadeaba una vez. Sentí una punzada de culpa ante su evidente desazón, pero ¿qué podía hacer? El hecho es que meterse en un proyectil hueco de casi cinco metros de largo y ser proyectado por el aire a ochocientos kilómetros por hora no es lo que la mayor parte de las personas consideran divertido.

Danny estaba frente a mí, de espaldas a la cabina. Haría todo el trayecto a Suiza volando al revés, lo que me parecía muy desconcertante. Pero, como la mayor parte de las cosas, no parecía incomodarlo en lo más mínimo. De hecho, a pesar del ruido y las vibraciones, ya se había dormido en su posición acostumbrada, con la cabeza echada hacia atrás y la boca muy abierta. Sus inmensos dientes relucían.

No negaré que su increíble capacidad para dormirse en un abrir y cerrar de ojos me sacaba de quicio. ¿Cómo hacía para

evitar el rugido incesante de sus propios pensamientos? ¡Parecía ilógico! Bueno, así eran las cosas. Su don, mi maldición.

Lleno de frustración, incliné la cabeza hacia la ventanilla oval y la apoyé en ella con un suave golpe. Después, apreté la nariz contra el cristal y contemplé cómo la ciudad de Londres se volvía cada vez más pequeña. Eran las siete de la mañana y una espesa capa de niebla la cubría como una manta húmeda. Lo único que se veía era el Big Ben, alzándose por entre la niebla como una enorme erección desesperadamente necesitada de un poco de diversión matutina. Tras lo ocurrido en las últimas treinta y seis horas, sólo pensar en erecciones y diversión bastaba para desquiciar por completo mi vapuleado sistema nervioso.

De pronto, me encontré con que extrañaba a mi esposa. ¡Nadine! ¡La adorable duquesa! ¿Dónde estaba ahora, cuando más la necesitaba? ¡Qué maravilloso sería reclinar mi cabeza sobre su tibio y suave pecho para recuperarme! Pero no, no podía hacerlo. En ese momento estaba al otro lado del océano. Probablemente habría tenido alguna oscura premonición de mis pecados y estaría planeando la venganza.

Seguí mirando por la ventanilla, mientras procuraba encontrar sentido a los episodios de las últimas treinta y seis horas. Mi amor por mi esposa era genuino. Entonces, ¿por qué demonios había hecho esas cosas terribles? ¿Las drogas me llevaban a hacerlas? ¿O los actos mismos me llevaban a consumir drogas para mitigar la culpa? Ésa era la eterna pregunta, del estilo de la del huevo y la gallina, y suficiente para enloquecer a cualquiera.

En ese momento, el piloto viró a la izquierda con brusquedad y la brillante luz del sol se reflejó en la punta del ala antes de entrar a raudales por la ventanilla con suficiente fuerza como para casi hacerme caer de mi asiento. Desvié la vista del deslumbrante haz y miré a la tía Patricia. ¡Ah, pobre Patricia! Seguía rígida como una estatua, aferrando los brazos de su asiento, presa de un ataque de catatonia aeronáutica. Me pareció que correspondía que la confortara, de modo que, en voz lo suficientemente fuerte como para oírse por encima del rugido de las turbinas, chillé:

—¿Qué te parece, tía Patricia? No es como un vuelo comercial, ¿verdad? ¡Aquí se siente cada viraje!

Volviéndome hacia Danny, me tomé un momento para contemplarlo. ¡Aún dormía! ¡Qué rata hija de puta!

Me concentré en la agenda del día y en mis objetivos. En lo que hacía a Patricia, las cosas serían fáciles. Sólo era cuestión de que entrara y saliera del banco tan rápido como fuera posible. Les sonreiría a las cámaras del circuito cerrado, firmaría unos pocos papeles, les daría una copia de su pasaporte y eso sería todo. Me encargaría de que estuviera de regreso en Londres para las cuatro de la tarde. En una semana, tendría mi tarjeta de crédito y podría comenzar a cosechar los beneficios de ser mi apoderada. ¡Me alegraba por ella!

Una vez que despachara a Patricia, tendría una breve reunión con Saurel para atar algunos cabos sueltos y establecer una agenda aproximada para comenzar a llevar el dinero en efectivo. Comenzaría con cinco millones, quizá seis y, a partir de ahí, iría aumentando las sumas. En Estados Unidos tenía personas que se ocuparían de llevar físicamente el dinero, pero me concentraría en ello cuando estuviese de regreso.

Con un poco de suerte, daría cuenta de todas mis obligaciones ese mismo día y podría emprender el regreso desde Suiza al siguiente a primera hora de la mañana. ¡Qué bueno! ¡Amaba a mi esposa! Y, además, vería a Chandler y la tendría en mis brazos. No estaba nada mal, ¿no? ¡Chandler era perfecta! ¡A pesar de que lo único que hacía era dormir, defecar y beber fórmula para bebés tibia, se notaba que algún día sería un genio! ¡Y era absolutamente hermosa! Cada día se parecía más a Nadine. Eso era perfecto, y colmaba mis esperanzas.

Pero de todas maneras, debía concentrarme en las obligaciones del día, en particular en mi encuentro con Roland Franks. Había pensado mucho en lo que me dijo Saurel y no me cabía duda de que dar con un hombre como Franks valía mucho. Era difícil imaginar hasta dónde podía llegar si tenía en mi equipo a un experto en generar documentos que justificaran las operaciones. El beneficio más evidente radicaría en emplear mis cuentas del exterior para hacer negocios en los términos de la regulación

S sin tener que ceñirme al período de espera de dos años que dictaba la regla 144. Si Roland podía crear compañías fachada que emitieran el olor de santidad propio de entidades extranjeras legítimas, ello me permitiría emplear la regulación S para financiar algunas de mis propias compañías, en particular Dollar Time. Aquélla necesitaba una inyección de dos millones de dólares y, si Roland tenía la capacidad de generar los documentos, yo podría usar el dinero que sacase subrepticamente de Estados Unidos para proporcionársela. Ése sería uno de los principales asuntos que se discutirían.

Era curioso: por despreciable que me resultara Kaminsky, era él quien me había llevado a Jean Jacques Saurel. Era un clásico ejemplo de cómo lo malo puede llevar a lo bueno.

Con ese pensamiento, cerré los ojos y fingí dormir. Faltaba poco para llegar una vez más a Suiza.

Las oficinas de Roland Franks ocupaban el primer piso de un angosto edificio de ladrillo rojo que se elevaba tres pisos en una silenciosa calle empedrada. A uno y otro lado de la calle había varias tiendas pequeñas abiertas y, aunque era media tarde, no parecían trabajar demasiado.

Había decidido encontrarme con Roland Franks a solas, lo cual parecía lo recomendable si se piensa que los temas que íbamos a discutir bastaban para mandarme a la cárcel durante un par de miles de años.

Pero yo no estaba dispuesto a permitir que tan morbosa idea amargara mi inminente reunión con mi candidato a Gran Falsificador. Sí, Gran Falsificador. Por alguna razón inexplicable no me podía sacar esas dos palabras de la cabeza. ¡Gran Falsificador! ¡Gran Falsificador! Las posibilidades eran... ¡Infinitas! ¡Cuántas estratagemas diabólicas a las que recurrir! ¡Tantas leyes que violar bajo el velo impenetrable de los documentos falsados!

Y las cosas con la tía Patricia habían salido a pedir de boca. Era un buen presagio. De hecho, en ese preciso instante iba camino de Londres a bordo del Learjet, era de esperar que más

tranquila que a la ida, puesto que se había tomado cinco copas de whisky irlandés en el almuerzo. Y Danny... Bueno, ésa era otra historia. La última vez que lo vi estaba en la oficina de Saurrel, quien le explicaba que la hembra de la especie suiza es un animal de naturaleza lasciva.

El pasillo que llevaba a la oficina del Gran Falsificador era sombrío y polvoriento, y no pude menos que entristecerme ante la austeridad del ambiente. Claro que el título oficial de Roland no era el de Gran Falsificador ni nada por el estilo. De hecho, me arriesgaría a afirmar que yo era el primer ser humano que recurría a esas dos palabras para definir a un administrador suizo.

En sí mismo, el título de administrador era completamente inocuo y carecía de toda connotación negativa. Desde una perspectiva legal, un administrador sólo es una manera elegante de denominar a cualquier persona que tenga la obligación legal de representar a otra en sus negocios, de ser, por así decirlo, de fiar. En Estados Unidos era cosa de WASP adinerados, quienes usaban administradores para que se ocupasen de herencias o de los fideicomisos que instauraban para sus hijos e hijas idiotas. La mayor parte de los administradores operaban bajo las estrictas reglas establecidas por los padres WASP para establecer cuánto dinero gastar y cuándo hacerlo. Si las cosas salían de acuerdo a lo planeado, los idiotas no podrían echar mano al grueso de sus herencias hasta no ser lo suficientemente mayores como para aceptar el hecho de que realmente eran idiotas. Entonces, aún les quedaría el suficiente dinero como para vivir el resto de sus vidas WASP al típico modo WASP.

Pero Roland Franks no era ese tipo de administrador. Yo sería quien fijara las normas, y lo haría en mi propio beneficio. Él tendría la responsabilidad de ocuparse de todo el papeleo, y de llenar los diversos formularios oficiales que exigieran los gobiernos extranjeros. Crearía documentos de aspecto oficial que justificarían el movimiento de dinero, así como inversiones accionariales en entidades que yo controlaría en secreto. Luego, siempre siguiendo mis instrucciones, dispersaría el dinero en los países que yo escogiera.

Abrí la puerta y ahí estaba mi maravilloso Gran Falsificador.

No había recepción, sino sólo una gran oficina bien amueblada, con paredes recubiertas de caoba y una mullida alfombra púrpura. Él estaba encajado detrás de un gran escritorio de roble cubierto de incontables papeles, y era una auténtica bola de grasa suiza. Tenía más o menos mi estatura, una tremenda barriga y una sonrisa traviesa que prácticamente decía: «Me paso la mayor parte del día imaginando maneras de engañar a distintos gobiernos del mundo».

Detrás de él, una gran biblioteca de nogal llegaba al techo. Tenía al menos tres metros y medio de altura. Estaba atestada de cientos de libros encuadernados en piel, todos del mismo tamaño, del mismo grosor y del mismo color castaño oscuro. Pero cada uno lucía un título distinto, estampado en letras doradas en el lomo. Había visto libros como éstos en Estados Unidos. Eran los libros oficiales que uno recibe cada vez que constituye una corporación. Cada uno contenía los estatutos corporativos, certificados accionariales en blanco, sello corporativo y todo lo demás. Apoyada en los anaqueles se veía una vieja escalera de biblioteca, con ruedas en la base.

Roland Franks se me acercó y me aferró la mano antes de que yo siquiera llegase a alzarla. Se puso a sacudirla con vigor. Con una gran sonrisa dijo:

—Ah, Jordan, Jordan, itú y yo tenemos que hacernos amigos! ¡Jean Jacques me ha hablado tanto de ti! Me ha contado de tus maravillosas aventuras pasadas y de tus planes para el futuro. Tenemos tanto para hablar y tan poco tiempo, ¿verdad?

Asentí con vehemencia, un poco abrumado por su calidez y su volumen. Pero me cayó bien al instante. Tenía algo muy honesto, muy directo. Era un hombre en quien se podía confiar.

Roland me guió a un sofá tapizado en cuero negro y me indicó con un gesto que me sentara, mientras él hacía lo mismo en un sillón a juego. Sacó un cigarrillo sin filtro de un estuche de plata maciza y le dio unos golpecitos contra éste para comprimir el tabaco. Sacó un encendedor de plata maciza del bolsillo del pantalón y encendió el cigarrillo, ladeando la cabeza para evitar que la llama de butano de más de veinte centímetros de alto lo chamuscase. Luego, dio una honda calada.

Lo contemplé en silencio. Finalmente, al cabo de al menos diez segundos, exhaló. Apenas salió un poco de humo. ¡Increíble! ¿Adónde había ido a parar el resto?

Estaba por preguntárselo cuando dijo:

—Tienes que contarme lo de tu vuelo desde Estados Unidos. Ya es una leyenda, como dicen. —Me guiñó un ojo. Después, volviendo las palmas hacia arriba se encogió de hombros y dijo—: Pero yo, ¡en fin!, no soy más que un hombre sencillo y para mí hay sólo una mujer en el mundo: ¡mi adorable esposa! —Alzó la vista al cielo—. He oído mucho acerca de tu compañía financiera y de las muchas empresas de las que eres dueño. ¡Cuántas cosas para alguien tan joven! Diría que no eres más que un muchacho, y sin embargo...

El Gran Falsificador seguía y seguía explayándose sobre lo joven y maravilloso que yo era, pero me costaba seguirle el hilo. Estaba demasiado ocupado tratando de seguir el movimiento de su inmensa papada, que parecía oscilar de un lado a otro, como un velero en un mar agitado. Roland tenía inteligentes ojos castaños, frente baja, nariz gorda. Su piel era muy blanca y su cabeza parecía asentarse directamente sobre su pecho, sin pasar por un cuello. Tenía el cabello castaño oscuro, casi negro y lo llevaba bien peinado hacia atrás sobre su cráneo redondeado. Y mi primera impresión había sido correcta: ese hombre exudaba cierto calor interno, la alegría de vivir propia de quien se siente completamente a sus anchas en su propia piel, por más que ésta fuese tanta como para tapizar toda Suiza.

—... y así, amigo mío, son las cosas. Al fin y al cabo, lo que hace la diferencia siempre son las apariencias. O, como decís vosotros, las barras de las tes y los puntos de las íes, ¿verdad? —dijo el Gran Falsificador con una sonrisa.

A pesar de que sólo le había prestado atención a sus últimas palabras, la esencia de lo que acababa de decir estaba clara: el rastro de papel lo es todo. En un tono más acartonado que el habitual en mí, respondí:

—No podría estar más de acuerdo, Roland. Siempre me he enorgullecido de ser un hombre cuidadoso, un hombre realista acerca del mundo en el que opera. Al fin y al cabo, hombres

como nosotros no pueden permitirse ser descuidados. Ése es un lujo para mujeres y niños. —Mi entonación irradiaba sagacidad, pero, en mi fuero interno, no podía dejar de anhelar que Roland no hubiera visto *El Padrino*. Me sentía un poco culpable por copiar a Don Corleone, pero me era imposible dejar de hacerlo. Los diálogos de esa película son tan extraordinarios que plagiarlos me parecía natural. En cierto modo, yo vivía como Don Corleone, ¿verdad? Nunca hablaba por teléfono, mi círculo de confianza se limitaba a unos pocos viejos amigos, sobornaba a políticos y policías, Biltmore y Monroe Parker me pagaban tributos mensuales. Pero Don Corleone no tenía una desenfadada adicción a las drogas ni tampoco era manejado fácilmente por ninguna rubia despampanante. Bueno, nadie es perfecto y éstos eran mis talones de Aquiles.

Al parecer, Roland no se dio cuenta del plagio, pues dijo:

—Es maravilloso cuánto discernimiento tienes para tu edad. Y no podría estar más de acuerdo. El descuido es un lujo que ningún hombre serio puede permitirse. Y eso es algo en lo que nos concentraremos hoy. Como verás, amigo mío, puedo serte útil de muchas maneras y adoptar diversos perfiles. Claro que supongo que ya estarás familiarizado con mis actividades más triviales, como ocuparme del papeleo y llenar formularios administrativos. De modo que pasémoslas por alto. La pregunta es: ¿por dónde empezamos, mi joven amigo? Dime, y te ayudaré.

Sonreí y dije:

—Me dice Jean Jacques que eres un hombre en quien se puede tener plena confianza, que eres el mejor en lo que haces. Así que no me andaré con rodeos y actuaré dando por sentado que tú y yo haremos negocios durante muchos años.

Hice una breve pausa para que Roland, como corresponde, asintiese con la cabeza y sonriera en respuesta a mi condescendiente afirmación. Si bien nunca fui muy amigo de la condescendencia, ésa era la primera vez que me encontraba cara a cara con un Gran Falsificador y, bueno, me pareció que era lo indicado.

En efecto, Roland subió las comisuras de la boca e inclinó la

cabeza con aire deferente. Luego dio otra enorme calada a su cigarrillo y se puso a lanzar anillos de humo perfectamente redondos. ¡Qué hermoso!, pensé. Eran impecables círculos de humo gris claro, de unos cinco centímetros de diámetro y flotaban grácilmente por el aire.

Sonreí y dije:

—Qué buenos anillos de humo, Roland. Quizá puedas aclararme por qué a los suizos les gusta tanto fumar. No me interpretes mal, no tengo nada contra el tabaco si te gusta. De hecho, mi padre es uno de los más grandes fumadores de todos los tiempos, así que es algo que respeto. Pero los suizos parecen llevarlo a un nivel superior. ¿Por qué?

Roland se encogió de hombros y dijo:

—Hace treinta años, lo mismo ocurría en Estados Unidos. Pero tu gobierno se siente obligado a meter las narices donde no le compete, incluso en el derecho de los individuos a disfrutar de un sencillo placer masculino. Han instituido una guerra propagandística contra el fumar, que, afortunadamente, no se ha propagado hasta este lado del Atlántico. Es curioso que un gobierno crea que debe decidir qué se puede meter la gente en el cuerpo. Me pregunto qué será lo próximo, ¿la comida? —Sonrió antes de reír y darse unas palmadas en su gordo vientre con evidente deleite—. ¡Si eso llegara a ocurrir, amigo mío, sin duda que me metería una pistola en la boca y apretaría el gatillo!

Reí con amabilidad mientras meneaba la cabeza y agitaba una mano como para decir: «¡Oh, vamos, en realidad no eres tan gordo!». Dije:

—Bueno, has contestado mi pregunta, y lo que dices tiene mucho sentido. El gobierno de Estados Unidos tiene demasiada disposición a inmiscuirse en todos los aspectos de la vida, y ése es el motivo por el que estoy aquí hoy. Pero aún tengo muchas reservas con lo de hacer negocios en Suiza, la mayor parte de las cuales surgen de mi desconocimiento sobre tu mundo, es decir, sobre el manejo financiero en el exterior, y eso me pone muy nervioso. Creo firmemente, Roland, que el conocimiento es poder y que en una situación como ésta, en la que

hay tanto en juego, la falta de conocimiento es un camino seguro a la ruina.

»De modo que debo informarme. Todos, en algún momento, necesitamos un mentor, y eso es lo que pretendo que seas. No tengo ni idea de cómo se supone que debo operar en tu jurisdicción. Por ejemplo, ¿qué cosas se consideran tabú? ¿Hasta dónde se puede confiar en el sentido común? ¿Qué se considera temerario y qué prudente? Es muy importante que sepa esas cosas, Roland, que las conozca para evitarme problemas. Necesito entender las leyes bancarias suizas hasta la última letra. De ser posible, quisiera estudiar casos de quienes hayan sido acusados de violarlas en el pasado, para ver en qué problemas se metieron esas personas y qué errores cometieron. Quisiera cerciorarme de que no voy a repetirlos. Soy un estudioso de la historia, Roland, y creo firmemente que quien no estudia los errores del pasado está condenado a repetirlos. —Antes de fundar Stratton, había estudiado viejos casos de violación de las leyes financieras, lo que fue invaluable para mí.

Roland dijo:

—Otra maravillosa idea, mi joven amigo. Estaré más que contento de reunirte alguna información al respecto. Pero quizá pueda esclarecerte algunas cosas ahora mismo. Prácticamente todos los problemas con que se topan los estadounidenses que recurren a la banca suiza tienen poco que ver con lo que ocurre a este lado del Atlántico. Una vez que tu dinero haya llegado aquí a salvo, desaparecerá en una docena de corporaciones distintas sin hacer sonar ninguna alarma y quedará fuera del alcance de la mirada inquisitiva de tu gobierno. Me dice Jean Jacques que la señora Mellor estuvo en el banco esta mañana, ¿verdad?

Asentí.

—Sí, y ya va de regreso a Inglaterra. Pero tengo aquí una copia de su pasaporte, si la necesitas. —Me di una palmadita en el bolsillo izquierdo para indicar que la tenía conmigo.

—Excelente —dijo Roland—, más que excelente. Si tuvieras la bondad de dármelo, lo pondré en el legajo de cada corporación que formemos. Por cierto, que quede claro que Jean Jacques me

suministra información sólo porque tú lo autorizaste a que lo haga. De no ser así, yo ni siquiera hubiese mencionado que la señora Mellor estuvo en el banco. Y quisiera añadir que mi comunicación con Jean Jacques es unilateral. Yo no le diré nada de los negocios que haga contigo, a no ser que me lo ordenes.

»Mira, la cuestión es que te recomendaría vivamente que no pongas todos tus huevos en una sola canasta. No me interpretes mal. Union Bancaire es una muy buena institución, y te sugiero que guardes el grueso de tu dinero ahí. Pero hay bancos en otros países, por ejemplo, Luxemburgo y Liechtenstein, que nos pueden ser útiles. Al repartir tus transacciones entre distintos países, crearás una red tan enmarañada que a un solo gobierno le sería casi imposible desentrañarla.

»Cada país tiene sus propias leyes. De modo que algo que es un delito penal en Suiza, bien puede ser legal en Liechtenstein. Según la clase de transacción de la cual se trate, formaríamos entidades corporativas independientes para cada una de las etapas, haciendo sólo lo que es estrictamente legal en cada país en particular. Pero estoy pintando con brocha gorda. Las posibilidades son muchas más.

¡Increíble!, pensé. ¡Un verdadero Gran Falsificador! Al cabo de un instante de silencio, dije:

—Quizá pudieras darme un breve curso de los pros y los contras de todo esto. No puedo ni comenzar a explicarte lo cómodo que me sentiría de esa manera. Hay beneficios evidentes en hacer negocios bajo la cobertura de una corporación, tanto en Estados Unidos como en Suiza. Pero lo que me interesa son los beneficios menos evidentes. —Con una sonrisa, me recosté en mi asiento y extendí las piernas. Era una postura que prácticamente decía: «Tómame tu tiempo. No tengo prisa».

—Por supuesto, amigo mío; ya vamos llegando al meollo de estos asuntos. Todas esas corporaciones son sociedades al portador, lo que significa que en la documentación no figura un propietario. En teoría, quien posea los certificados accionariales físicos, es decir, el llamado «portador», es considerado su propietario legítimo. Hay dos maneras de asegurar la propiedad de una corporación de éstas. La primera es que tengas en tu po-

der los certificados accionariales, que seas su portador físico. En tal caso, tú serías el responsable de encontrar un lugar seguro para guardarlos, tal vez en una caja de seguridad de un banco de Estados Unidos o algo así. La segunda sería que abras una caja de seguridad numerada en Suiza y guardes ahí los certificados. Sólo tú tendrás acceso a esa caja. Y, a diferencia de una cuenta de banco suiza, las cajas son numeradas: no se asocian a un nombre.

»Si escoges ese procedimiento, te sugiero que alquiles una caja por cincuenta años y pagues por adelantado. De ese modo, no habrá gobierno que pueda acceder a la caja. Sólo tú y, quizá, también tu esposa, si así lo deseas, sabrán que existe esa caja. Y si me permites que te dé un consejo, te sugiero que no se lo digas a tu esposa. Más bien déjame a mí instrucciones de cómo contactar con ella si, ¡Dios no lo quiera!, algo te ocurriera. Desde ya, te doy mi palabra de que me comunicaría con ella de inmediato.

»Pero, por favor, querido amigo, no vayas a tomar mi aseveración como un cuestionamiento a la fiabilidad de tu esposa. Estoy seguro de que es una excelente persona además de ser, según me dicen, muy hermosa. Sólo que más de una vez ha ocurrido que un cónyuge con afán de venganza ha llevado a un agente del fisco a un lugar que hubiera sido mejor que no conociera.

Me tomé un momento para evaluar esa afirmación. Me recordaba, horriblemente, a los fantasmas de seis millones de juicios que siguen errando por las calles de Zúrich y Ginebra en busca de sus banqueros suizos. Pero debía admitir que Roland parecía un tipo recto, que haría lo que corresponde. Pero ¿cómo podía estar seguro de eso? Como buen lobo con piel de cordero que era, no podía menos que saber que las apariencias engañan. Tal vez lo que debía hacer era informar a mi padre o, mejor aún, darle un sobre cerrado con instrucciones explícitas de que lo abriera sólo en caso de que yo muriera de forma prematura, lo cual, dada mi inclinación a pilotar helicópteros drogado y a bucear sin recordar que lo había hecho, parecía estar dentro de lo probable.

Decidí reservarme esas desordenadas reflexiones.

—Prefiero la segunda opción, por muchos motivos. Aunque jamás he recibido una citación del Departamento de Justicia, no me parece mal tener toda mi documentación fuera de su alcance. Como probablemente ya hayas notado, todos mis problemas son de naturaleza civil, no penal, que es como debe ser. Soy un hombre de negocios legítimo, Roland. Quiero que lo sepas. Pero lo cierto es que muchas de las leyes financieras de Estados Unidos son muy ambiguas y no especifican con claridad qué está bien y qué mal. Te diré una cosa, Roland. En muchos casos, de hecho en la mayor parte de los casos, qué constituye una infracción a la ley es más cuestión de opinión que otra cosa. —¡Vaya cuento chino! Pero sonaba muy bien—. De modo que, a veces, alguna cosa que yo consideraba totalmente legal termina por darme un mordisco en el culo. Es un poco injusto, pero así son las cosas. Diría que la mayor parte de mis problemas está relacionada directamente con leyes financieras mal redactadas, leyes que se originan en casos selectivos contra individuos respecto de los cuales el gobierno consideró que debían ser perseguidos.

Roland lanzó una carcajada.

—¡Oh, mi amigo, eres increíble! ¡Qué maravillosa manera de interpretar las cosas! Creo que nunca oí a nadie que sintetizara su punto de vista de modo tan atractivo. Excelente, excelente.

Con una risita, dije:

—Bueno, viniendo de ti, lo considero un gran elogio. No negaré que, como todo hombre de negocios, a veces me paso de la raya y corro algún riesgo. Pero siempre se trata de riesgos calculados, es más, cuidadosamente calculados. Y, en cada caso, siempre tengo el apoyo de un rastro de papel que respalde una coartada. Doy por sentado que estás familiarizado con ese término, ¿verdad?

Roland asintió con lentitud. Era evidente que estaba hechizado con mi capacidad para racionalizar la violación de todas las leyes financieras vigentes. Lo que él no sabía era que la SEC estaba abocada a inventar otras nuevas, especialmente para ponerme coto.

Proseguí:

—Así lo supuse. Bueno, la cuestión es que cuando abrí mi empresa de correduría de Bolsa hace cinco años, un hombre muy inteligente me dio un consejo fabuloso. Dijo: «Si quieres sobrevivir en este negocio de locos, debes funcionar bajo el supuesto de que, en algún momento, cada una de tus transacciones será escrutada por alguna de las agencias del gobierno que se identifican con tres letras. Y cuando llegue ese día, más te vale estar muy seguro de poder explicar que tus transacciones no han violado ninguna ley financiera ni, por cierto, ninguna ley de ningún tipo».

»Dicho esto, Roland, te aclaro que el noventa y nueve por ciento de lo que hago es totalmente transparente. El único problema es que lo que me puede matar es el uno por ciento restante. Quizá lo prudente sería poner tanta distancia como fuera posible entre ese uno por ciento y yo. Supongo que tú serías el apoderado de esas corporaciones que dices, ¿verdad?

—Así es, mi querido amigo. Bajo la ley suiza, tendré el poder de firmar documentos en nombre de la corporación y de hacer cualquier contrato que considere positivo para los intereses de ésta o de sus beneficiarios. Claro que las únicas transacciones que consideraré apropiadas serán las que tú me recomiendes. Por ejemplo, si me dijeras que crees que debo invertir mi dinero en ciertas acciones recién emitidas o en alguna operación inmobiliaria, o en cualquier otra cosa, me consideraré obligado a seguir tu consejo.

»Y ése es el aspecto en que mis servicios te serán más valiosos. A cada inversión que hagamos, compilaré un legajo lleno de documentación y correspondencia proveniente de diversos analistas financieros o expertos en bienes raíces, o lo que sea. Ello demostrará que hice tal inversión según mi propio criterio independiente. En ocasiones, puedo contratar los servicios de un auditor externo, cuya tarea será proveerme de un informe donde diga que se trata de una inversión recomendable. Obviamente dicho auditor siempre llegará a la conclusión deseada, pero no sin antes emitir un bonito informe con gráficos de barras e ilustraciones a color. En última instancia, lo que verdaderamente

sustenta una coartada verosímil son cosas como éstas. Si a alguien se le ocurriera cuestionar por qué hice una u otra inversión, me limitaría a señalar un legajo de cinco centímetros de grosor y encogerme de hombros.

»Una vez más, amigo mío, apenas si estamos arañando la superficie. Compartiré contigo muchas estrategias que te permitirán hacer negocios arropado con una capa de invisibilidad. Además, si en algún momento quisieras repatriar parte de ese dinero, reingresarlo en Estados Unidos sin dejar huellas, hay otra área en la que te puedo ser muy útil.

«Interesante», pensé. Eso era lo que me estaba resultando más difícil. Me desplacé hasta el borde del sofá, quedando a menos de un metro de Roland. Bajando la voz, dije:

—Eso es algo que me interesa mucho, Roland. A decir verdad, las posibilidades que planteó Jean Jacques me parecieron muy poco atractivas; esbozó dos opciones que en mi opinión eran, en el mejor de los casos, propias de aficionados, en el peor, suicidas.

—Bueno —repuso Roland, encogiéndose de hombros—, en realidad ello no me sorprende. Jean Jacques es banquero; lo que sabe es administrar bienes, no hacer malabarismos con ellos. Por cierto, debo decir que es un excelente banquero, que manejará tu cuenta con, bueno, la mayor discreción. Pero no está versado en la creación de documentos que permitan que el dinero vaya de un país a otro sin que nadie se alarme. Ésa es la función de un administrador —¡del Gran Falsificador!, pensé— como yo. El hecho es que, como verás, la Union Bancaire se opondrá lo más que pueda a que saques cualquier suma de esa cuenta. Claro que siempre podrás hacer lo que mejor te parezca, no es que vayan a tratar de detenerte. Pero no te sorprendas si Jean Jacques procura disuadirte de que saques dinero de la cuenta, alegando, tal vez, que ello puede hacer sonar las alarmas. Todos los banqueros suizos operan de esa manera que, debo añadir, los beneficia. El hecho, amigo mío, es que unos tres mil millones de dólares entran y salen de la banca suiza todos los días, de modo que, sea cual sea la cantidad de movimientos de tu cuenta, mal podría hacer sonar alarma alguna. A un hombre inteligente como tú no le costará

entender que el banco tiene motivos propios para querer que sus depósitos se mantengan tan altos como les sea posible.

»Pero, por mera curiosidad, dime, ¿qué procedimientos te sugirió Jean Jacques? Me interesa saber a qué retórica recurre el banco últimamente. —Con esas palabras, Roland se acomodó en el sillón y entrelazó los dedos sobre la barriga.

Abandonando el borde del asiento, imité su postura y dije:

—Bueno, lo primero que me recomendó fue que recurriera a una tarjeta de débito, lo cual me pareció un maldito disparate, por así decirlo. ¡Andar por la vida con una tarjeta de débito sobre una cuenta en el exterior deja un rastro de papel de una milla de ancho! —Meneé la cabeza y alcé los ojos al cielo para enfatizar mi opinión—. Y su segunda recomendación fue igualmente ridícula: que usara mi dinero depositado en el exterior para pedir un préstamo hipotecario sobre mi propia casa de Estados Unidos. Debo decir que me sentí extremadamente decepcionado con esa parte de su planteamiento. Así que, dime, Roland, ¿qué me estoy perdiendo aquí?

Roland sonrió con expresión confiada.

—Hay muchas maneras de hacerlo, ninguna de las cuales deja rastro de papel alguno. O, para ser más precisos, dejan un rastro de papel muy ancho, pero se trata justamente del tipo de rastro que deseamos, el que sustenta una posición de total inocencia y soporta hasta el más detenido de los escrutinios, de cualquiera de los dos lados del Atlántico. ¿Has oído hablar de una práctica llamada transferencia de costes?

¿Transferencia de costes? Sí, sabía lo que era, ¿pero cómo...? De pronto, mil diabólicas estrategias acudieron a mi mente. ¡Las posibilidades eran infinitas! Con una amplia sonrisa, miré a mi Gran Falsificador y dije:

—Pues sí, la conozco, Gran... digo, Roland, y es una idea brillante.

Pareció impactado por el hecho de que yo estuviese familiarizado con el poco conocido arte de la transferencia de costes, un juego de fachadas financieras en el que uno llevaba a cabo alguna transacción, pagando de más o de menos, según cómo quiera orientar el flujo de dinero. La gracia era que la misma persona

estaba a ambos lados de la transacción: uno mismo era comprador y vendedor. La transferencia de costes se usaba sobre todo como mecanismo para evadir impuestos. Se trataba de una estrategia que usaban las corporaciones multinacionales que manejan miles de millones de dólares. La usaban para tergiversar sus estrategias internas de costos haciendo que una de sus subsidiarias —de plena propiedad de la empresa en cuestión— le vendiera a otra de las mismas características, pero ubicada en otro país. Así, se transferían ingresos desde países con fuertes impuestos a las ganancias corporativas a otros que no los tenían. Yo había leído algo al respecto en alguna revista de economía poco conocida. Se trataba de un artículo sobre Honda Motors, que sobrefacturaba las piezas de coche que vendía a sus propias subsidiarias de Estados Unidos, minimizando así sus ganancias en dicho país. Por razones obvias, la IRS, la agencia fiscal estadounidense, se había indignado.

Roland dijo:

—Me sorprende que estés familiarizado con la transferencia de costes. No es una práctica muy conocida, especialmente en Estados Unidos.

Me encogí de hombros.

—Se me ocurren mil maneras de usarla para llevar dinero de un lado a otro sin que suene alarma alguna. Todo lo que tenemos que hacer es constituir una empresa al portador y hacer que tenga negocios de algún tipo con alguna de mis compañías de Estados Unidos. Pienso, por ejemplo, en una empresa de mi propiedad que se llama Dollar Time. Tienen un inventario de indumentaria valorado en dos millones de dólares, que ni siquiera se podría vender por uno solo, el de su nombre.

»Pero lo que sí se podría hacer es formar una corporación al portador y darle un nombre que tenga algo que ver con ropa, digamos, Indumentaria Mayorista, Inc. o algo por el estilo. Entonces, haría que Dollar Time se pusiera a hacer transacciones con aquélla, que le compraría su inventario, que en realidad no vale nada, transfiriendo así mi dinero de Suiza a Estados Unidos. Y los únicos rastros serían una orden de compra y un recibo.

Roland asintió con la cabeza y dijo:

—Así es, amigo mío. Y yo estoy facultado para imprimir todo tipo de recibos, facturas de compra o cualquier otra cosa que pueda hacer falta. Puedo incluso hacer imprimir comprobantes de operaciones de Bolsa y datarlos hasta un año atrás. En otras palabras, podemos tomar un periódico del año pasado, escoger alguna acción que se haya revalorizado enormemente y luego crear la documentación que demuestre que se hizo alguna operación al respecto. Pero me estoy apresurando. Enseñarte todo lo que se puede hacer me llevaría muchos meses.

»En otro orden de cosas, también estoy en condiciones de hacer que puedas disponer de importantes sumas de dinero en efectivo en muchos países. Basta con formar corporaciones al portador y crear documentos que atestigüen que hiciste compras y ventas de bienes transferibles e inexistentes. De lo que se trata es de que las ganancias vayan a dar al país que tú dispongas, y de ahí las podrás retirar en efectivo. Y lo único que quedará será un rastro de papel que demostrará que se trató de una transacción legítima. De hecho, ya he constituido dos compañías para ti. Ven, querido amigo, te las mostraré.

Con esas palabras, el Gran Falsificador se levantó de su sillón de cuero negro, me condujo hasta la biblioteca de libros corporativos y tomó dos.

—Mira —dijo—. La primera se llama United Overseas Investments, la segunda Far East Ventures. Ambas tienen sede en las Islas Vírgenes británicas, donde no se pagan impuestos ni hay verdaderas regulaciones. Para darte el resto, todo lo que necesito es una copia del pasaporte de Patricia.

—Muy bien —dije con una sonrisa y, metiendo la mano en el bolsillo de mi chaqueta, le di la copia del pasaporte de Patricia a mi maravilloso Gran Falsificador. Aprendería todo lo que pudiera de ese hombre, todos los recovecos del mundo financiero suizo, a ocultar todas mis transacciones en una maraña impenetrable de corporaciones al portador con sede en el extranjero. Y, si las cosas llegaban a complicarse, lo que me salvaría sería precisamente el rastro de papel que dejaría.

Sí, todo tenía sentido. Jean Jacques Saurel y Roland Franks

eran muy distintos, pero ambos eran hombres poderosos y se podía confiar en ellos. Y eso era Suiza, el glorioso país de los secretos, así que ninguno de ellos tendría motivo alguno para traicionarme.

Lamentablemente, me equivocaba con respecto a uno de los dos.

Fu Manchú y la mula

Era una soleada tarde de sábado en Westhampton Beach, el fin de semana largo del Día del Trabajo, y mi esposa y yo estábamos en la cama, haciendo el amor como cualquier matrimonio. Bueno, casi. La duquesa estaba tumbada de espaldas con los brazos extendidos por encima de su cabeza, que reposaba sobre una almohada de seda blanca. El perfecto óvalo de su rostro estaba enmarcado por su excitante cabellera rubia. Yo estaba tendido sobre ella, con mis brazos extendidos como los suyos. Nos estrechábamos las manos, entrelazando los dedos. Lo único que nos separaba era una delgada película de transpiración.

Yo trataba de usar todo el peso de mi escuálido cuerpo para evitar que se moviera. Teníamos más o menos la misma talla, de modo que encajábamos a la perfección. Aspiré su glorioso aroma y sentí que sus pezones se clavaban en mis tetillas. Sentía la tibieza de sus deliciosos muslos y la sedosa suavidad de sus tobillos que se restregaban contra los míos.

Pero, aunque mi esposa era suave, esbelta, y unos diez grados más caliente que la más furiosa de las hogueras, itambién era fuerte como un buey! Por mucho que lo intentara, me estaba resultando imposible hacer que se mantuviera en un lugar.

—¡Deja de moverte! —grité, con una mezcla de pasión e ira—. ¡Ya casi termino, Nadine! ¡Sólo mantén juntas las piernas!

La voz de la duquesa adoptó el tono de la de un niño que está a punto de tener una rabieta.

—¡Es-toy in-có-mo-da! ¡Dé-ja-me le-van-tar-me ya mis-mo!

Traté de besarla en los labios, pero volvió la cabeza y sólo logré acertarle a uno de sus altos pómulos. Estirando la cabeza, procuré alcanzarla desde el costado, pero inmediatamente apartó la cabeza. Quedé frente a su otro pómulo. Era tan marcado que casi me corta el labio inferior.

Yo sabía que debía haberla soltado —habría sido lo correcto—, pero no estaba de talante para mudanzas en ese preciso instante, en particular ahora, cuando me encontraba a punto de llegar a la Tierra Prometida. De modo que intenté un cambio de táctica. En tono suplicante dije:

—¡Vamos, Nadine! ¡No me hagas esto! —Hice un puchero—. Llevo dos semanas siendo un esposo perfecto, ¡así que deja de quejarte y permíteme besarte!

Mientras pronunciaba esas palabras me enorgullecía, y mucho, de que fueran ciertas. Había sido un esposo casi perfecto desde el día que regresé de Suiza. No me había acostado con prostitutas, ¡ni una sola!, por no mencionar el hecho de que ni siquiera volvía tarde a casa. Mi consumo de drogas había disminuido mucho, bajando a la mitad de lo habitual. Incluso pasé días enteros sin consumirlas. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que había llegado a la fase del babeo.

Estaba en medio de uno de esos breves interludios en los que mi desenfrenada adicción a las drogas parecía, hasta cierto punto, controlada. Ya había pasado por esos lapsos en que mi urgencia de volar más alto que el Concorde disminuía en gran parte. Y durante tales períodos hasta mi dolor de espalda parecía mermar y dormía mejor. Pero, ay, siempre era sólo por un tiempo. Una u otra cosa terminaban por lanzarme a nuevos excesos, peores que ninguno de los anteriores.

Sin poder evitar cierto tono de enfado, dije:

—¡Vamos, maldita sea! ¡Deja quieta la cabeza! ¡Estoy por acabar y quiero besarte cuando lo haga!

Al parecer, la duquesa consideró que la mía era una actitud egoísta que no podía aprobar. Antes de que me pudiera dar cuenta de lo que ocurría, me puso las manos sobre los hombros y con un rápido movimiento de sus esbeltos brazos empujó hacia arriba. Mi pene quedó libre y salí volando de la cama, rumbo al piso entarimado.

En mi descenso, vi durante un instante el agradable azul oscuro del océano Atlántico, que se extendía al otro lado de la pared de vidrio de una sola pieza que cerraba toda la parte trasera de la casa. El mar estaba a unos cien metros, pero parecía mucho más cerca. Antes de tocar tierra oí a la duquesa decir:

—¡Oh, cariño! ¡Cuidado! ¡No quise...!

¡Bum!

Respiré hondo y pestañee, rogando por que no se me hubiera roto ningún hueso.

—Arghh... ¿Por qué has hecho eso? —gemí. Estaba tumbado de espaldas en el piso y mi pene erecto relucía al sol de la tarde. Alcé un poco la cabeza y contemplé mi erección durante un instante... estaba intacta. Eso me animó un poco. ¿Me había roto la columna vertebral? No, casi con certeza, no. Pero estaba demasiado aturdido como para moverme.

La duquesa asomó su rubia cabeza por el borde de la cama y se me quedó mirando con expresión interrogativa. Luego frunció sus generosos labios y, en el tono que suelen usar las madres para dirigirse a sus hijos cuando estos han sufrido alguna caída en los juegos de la plaza dijo:

—¡Oh, mi pobre bebé! ¡Regresa a la cama conmigo y haré que te sientas mejor!

Como a caballo regalado no se le miran los dientes, pasé por alto el diminutivo, rodé, me puse a cuatro patas y me incorporé. Estaba por retomar mi posición sobre ella, pero me detuve a contemplar, hipnotizado, el increíble espectáculo que se me ofrecía: no sólo la deliciosa duquesa, sino los tres millones de dólares en efectivo sobre los que estaba tumbada.

¡Sí, eran tres millones justos! ¡Tres de los verdaderamente grandes!

Acabábamos de terminar de contarlos. Eran fajos de a diez

mil, cada uno de algo menos de tres centímetros de espesor. Trescientos fajos esparcidos por toda la gigantesca cama, uno sobre el otro, en una pila de más de medio metro de alto. En cada ángulo de la cama se elevaba un enorme colmillo de elefante, a tono con la decoración del dormitorio, que evocaba un safari africano en pleno Long Island.

Nadine se apartó un poco en la cama, haciendo que setenta u ochenta mil dólares fueran a reunirse con el cuarto de millón que arrastré en mi caída. Pero ni se notó. Había tanto verde que la cama parecía la selva del Amazonas durante la temporada de lluvias.

La duquesa me dedicó una cálida sonrisa.

—¡Lo lamento, cariño! ¡No tenía intención de tirarte de la cama! ¡Te lo juro! —Se encogió de hombros con aire inocente—. Es que tenía un terrible calambre en el hombro y, bueno, se ve que no pesas mucho. Metámonos en el guardarropa y hagamos el amor allí. ¿De acuerdo, cariño? —Me dedicó otra sonrisa lúbrica y, en un único movimiento atlético, bajó su cuerpo desnudo de la cama y se quedó de pie junto a mí. Entonces, torció la boca y comenzó a mordisquearse el interior de una mejilla. Era algo que hacía cuando le costaba entender alguna cosa.

Al cabo de unos segundos dejó de mordisquear y dijo:

—¿Estás seguro de que esto es legal? Porque... No sé. Hay algo que me parece... raro.

En ese momento no sentía muchos deseos de mentirle a mi esposa acerca de mis actividades de lavado de dinero. De hecho, mi único deseo era que se inclinase junto al costado de la cama para follármela hasta no poder más. Pero era mi esposa, lo cual significaba que se había ganado el derecho a que le mintiera. Con la mayor de las convicciones dije:

—Ya te lo dije, Nadine. Saqué todo el dinero del banco. No es la primera vez que lo hago. Ahora bien, no te voy a negar que Elliot me da algún que otro dólar cada tanto. —¿Uno que otro? ¡Más bien cinco millones!—. Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra. Este dinero es estrictamente legítimo, y si un representante del gobierno irrumpiera en la habitación, bastaría con mostrarle los comprobantes de extracción para que quedara

satisfecho. —La abracé por la cintura y, ciñendo mi cuerpo al suyo, la besé.

Lanzó una risita y me apartó.

—Ya sé que lo sacaste del banco, pero igual es ilegal. No sé... tener todo este dinero en efectivo... bueno, no sé. Es raro. —Otra vez se puso a mordisquear—. ¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

En ese momento yo ya iba perdiendo mi erección, lo que me entristecía profundamente. Había llegado la hora de un cambio de ámbito.

—Confía en mí, amor. Tengo todo bajo control. Metámonos en el guardarropa y hagamos el amor. Todd y Carolyn estarán aquí en menos de una hora y quiero hacer el amor sin prisas. Por favor.

Me miró entornando los ojos antes de emprender una súbita carrera, diciéndome por encima del hombro:

—¡Te apuesto una carrera hasta el guardarropa!

No cabe duda de que algunos judíos bastante chiflados emigraron de Lefrak City a comienzos de la década de 1970. Pero ninguno tan chiflado como Todd Garrett. Todd me llevaba tres años, y aún recuerdo la primera vez que lo vi. Yo acababa de cumplir diez años y él estaba en el garaje para un solo coche del diminuto apartamento con jardín al que se había mudado con sus chiflados padres,

Lester y Thelma. Su hermano mayor, Freddy, había muerto hacía poco debido a una sobredosis de heroína. Cuando lo encontraron sentado en el inodoro, dos días después, aún tenía una aguja oxidada clavada en el brazo.

De modo que, en términos relativos, Todd era normal.

Estaba pateando y dando puñetazos a una pesada bolsa de lona blanca, enfundado en pantalones negros y zapatillas negras de kung fu. Por entonces, a comienzos de los setenta, no había academias de artes marciales en todos los centros comerciales locales, de modo que Todd Garrett no tardó en hacerse fama de bicho raro. Pero al menos era tenaz. Lo podías encontrar doce

horas al día, siete días a la semana, aporreando su bolsa con puños, rodillas y pies.

Nadie se lo tomaba en serio hasta que cumplió diecisiete años. Fue entonces que Todd se encontró en el lugar equivocado, un bar de Jackson Heights, Brooklyn. Jackson Heights estaba a pocos kilómetros de Bayside, pero podía haber sido otro planeta. El idioma oficial era el inglés chapurreado, la profesión más común el desempleo, y hasta las abuelas llevaban navajas automáticas. Resultó que en ese bar Todd tuvo una disputa con cuatro colombianos que vendían drogas. Lo atacaron. Cuando todo terminó, dos de ellos tenían los huesos rotos, los cuatro la cara partida y uno había sido acuchillado con su propia navaja, que Todd le había quitado. Después de eso, todos tomaron en serio a Todd.

A partir de ese momento, Todd se dedicó al tráfico de drogas a gran escala, cuya cima no tardó en alcanzar mediante una combinación de amenazas e intimidación y una considerable dosis de habilidades callejeras. Tenía veintipocos años y ganaba cientos de miles de dólares al año. Pasaba los veranos en el sur de Francia y en la Riviera italiana, y los inviernos en las gloriosas playas de Río de Janeiro.

Todo iba bien para Todd hasta cinco años atrás. Un día que estaba tumbado en la playa de Ipanema lo picó un insecto tropical y, sin más trámite, cuatro meses después estaba en lista de espera para un trasplante de corazón. En menos de un año, llegó a pesar cuarenta kilos, y su cuerpo de un metro ochenta de estatura se convirtió en un esqueleto.

Tras pasar dos largos años en la lista de espera, un leñador de más de dos metros de alto, que, al parecer tenía dos pies izquierdos y una línea de la vida inusualmente corta, murió al caerse de un alerce californiano. Como se suele decir, lo que es malo para unos es bueno para otros: sus tejidos resultaron ser perfectamente compatibles con los de Todd.

Tres meses después del trasplante, Todd había regresado al gimnasio; al cabo de otros tres, ya estaba totalmente recuperado; tres más, y se convirtió en el mayor traficante de qualuuds de Estados Unidos, y cuando pasaron otros tres meses, descu-

brió que yo, Jordan Belfort, propietario de la legendaria firma de inversiones Stratton Oakmont, era adicto a los qualuuds, así que entramos en contacto.

Sucedió hacía más de dos años y, desde ese momento, Todd me había vendido cinco mil qualuuds, además de darme otros cinco mil gratis, como agradecimiento por todo el dinero que yo lo hacía ganar con las nuevas emisiones de Stratton. Pero cuando las ganancias por las nuevas acciones fueron millonarias, no tardó en darse cuenta de que no había manera de que me lo pagara con qualuuds. Así que le dio por preguntarme si no necesitaba que hiciera algo, lo que fuera, por mí.

Resistí cuanto pude mi deseo de hacer que aporreara a todos los que me habían mirado mal de segundo grado en adelante, pero a la enésima vez que me dijo «si hay algo que pueda hacer por ti, aunque sea matar a alguien, házmelo saber», decidí aceptar su oferta. Y el hecho de que su nueva esposa, Carolyn, fuese suiza, hacía que las cosas pareciesen más naturales.

En ese preciso instante, Todd y Carolyn estaban de pie en mi dormitorio, haciendo lo de siempre: discutir. A instancias mías, la duquesa se había ido de compras a la ciudad. No era cuestión de que viera la locura que estaba teniendo lugar.

Carolyn no vestía más que prendas de seda blanca y zapatillas Tretorn blancas de tenis. Estaba de pie a menos de un metro y medio de mí, con las manos enlazadas detrás de la cabeza y los codos hacia fuera, como si un policía acabara de gritar: «¡No se mueva! ¡Las manos detrás de la cabeza o disparo!». Entretanto, sus enormes pechos suizos pendían como dos globos llenos de agua adheridos a su cuerpo delgado, de huesos menudos, de un metro sesenta de alto. Una lozana cabellera rubia teñida le llegaba hasta la raya del culo. Tenía un par de ojos azules impresionantes, frente amplia, rostro bastante bonito. Era una bomba, sí. Una bomba suiza.

—¡Todd, estúpido! —dijo la bomba suiza con un acento que chorreaba como un queso suizo—. ¡Me haces daño con la cinta, idiota!

—¡Calla, zorra francesa! —Todd trazaba círculos en torno de su esposa. Tenía un rollo de cinta adhesiva en la mano. A cada

vuelta que daba, le ceñía aún más los trescientos mil dólares que llevaba adheridos al vientre y los muslos.

—¿Cómo te atreves, imbécil? Tengo derecho a darle un golpe por decirme una cosa así, ¿verdad, Jordan?

Asentí:

—Sin duda, Carolyn. Rómpele la cara. El problema es que tu esposo es un hijo de puta tan enfermo que probablemente lo disfrute. Si realmente quieres hacerlo enfadar, creo que lo mejor que puedes hacer es contarles a todos que es un hombre afable y bondadoso al que los domingos por la mañana le gusta quedarse en la cama contigo y leer el *Times*.

Todd me dirigió una sonrisa maligna y no pude menos que preguntarme cómo era posible que un judío de Lefrak hubiera terminado por parecerse a Fu Manchú. El hecho era que sus ojos se habían vuelto levemente oblicuos, que su piel tenía un leve tono amarillo y que tenía barba y bigote idénticos a los de Fu Manchú. Siempre vestía de negro, y ese día no había hecho una excepción. Iba enfundado en una camiseta Versace negra, con una enorme «V» de cuero negro en el pecho y pantalones cortos para ciclismo, de lycra negra. Camiseta y pantalón se adherían a su musculoso cuerpo como una segunda piel. En su zona lumbar, el contorno del revólver que llevaba siempre, un 38 recortado, se dibujaba bajo sus pantalones de lycra. El áspero vello negro de sus antebrazos parecía pertenecer a un hombre lobo.

—No sé para qué la envalentonas —farfulló Todd—. Límitate a ignorarla. Es lo mejor.

La Bomba rechinó sus blancos dientes.

—¡Oh, ignórate a ti mismo, imbéstil!

—Se dice «imbécil» —ladró Todd—, no «imbéstil», suiza estúpida. Y ahora cierra la puta boca que ya casi termino.

Todd tendió el brazo y tomó de la cama un detector de metales manual, como los que usan en los aeropuertos. Comenzó a pasarlo por toda la extensión del cuerpo de la Bomba. Cuando llegó a sus enormes senos, se demoró... y ambos nos tomamos un momento para contemplarlos. Bueno, nunca fui particularmente aficionado a los senos, pero ése era un par de tetas excepcional.

—Ves, ya te dije —dijo la Bomba—. ¡No suena! Esto es papel moneda, no plata. ¿Creías que el detector de metales serviría para algo, eh? Lo que pasa es que, aunque te dije que no lo hicieras, estabas empeñado en gastar dinero en ese estúpido aparato, hombre perro.

Todd meneó la cabeza con expresión de hartazgo.

—La próxima vez que me llames hombre perro, también será la última, y si crees que bromeo, haz la prueba. Pero, para responder a tu pregunta, te diré que todos los billetes de cien dólares incluyen una cinta metálica. Así que quería cerciorarme de que tantos juntos no hicieran sonar el detector. Toma, mira. —Sacó un billete de uno de los fajos y lo alzó a la luz. Y, en efecto, ahí estaba: una delgada banda de metal, de aproximadamente un milímetro de ancho, recorría el billete de arriba abajo.

Feliz, Todd dijo:

—¿Conforme, genio? No vuelvas a dudar de mí.

—Bueno, esta vez tienes razón, Todd, pero sólo ésta. Te informo que debes tratarme mejor, porque soy una chica guapa y puedo encontrarme a otro hombre. Te luces delante de tu amigo, pero quien lleva los pantalones en la casa soy yo...

Y la Bomba suiza se puso a hablar y hablar de cómo la maltrataba Todd, pero yo había dejado de escucharla. Se estaba volviendo dolorosamente evidente que ella sola no alcanzaría a transportar suficiente dinero como para que realmente sirviera de algo. A no ser que estuviese dispuesta a meterlo en su equipaje, lo que me parecía demasiado arriesgado, necesitaría hacer diez viajes de ida y vuelta para transportar los tres millones. Ello significaba pasar por la aduana veinte veces, diez de cada lado del Atlántico. El hecho de que fuese ciudadana suiza casi garantizaba que podría entrar en su país sin problemas, y las probabilidades de que la detuvieran al salir de Estados Unidos eran prácticamente nulas. De hecho, a no ser que alguien la delatara, no había probabilidad alguna de que ello ocurriera.

Aun así, meter la mano en el frasco de los caramelos una y otra vez parecía temerario, casi como invocar a la mala suerte. En algún momento, algo terminaría por salir mal. Y los tres mi-

llones sólo eran el comienzo. Si todo salía bien, mi intención era transportar cinco veces más que eso.

Les dije a Todd y a la Bomba:

—Lamento interrumpiros cuando os estáis matando el uno al otro, pero, si me disculpas, Carolyn, tendría que dar un paseo por la playa con tu marido. Ya veo que tú sola no puedes llevar suficiente dinero, así que tenemos que pensar otra cosa. Preferiría no hablar en la casa. —Tomé unas tijeras de costura que había sobre la cama y se las alcancé a Todd—. Toma. Quítale los fajos y después vamos a la playa.

—¡Que se joda! —dijo, entregándole las tijeras a su esposa—. Que se los quite ella sola. Le dará algo que hacer, además de quejarse. Es lo único que sabe hacer: quejarse y hacer compras y, quizás, abrir las piernas de vez en cuando.

—¡Ay, qué gracioso eres, Todd! ¡Como si fueses tan buen amante! ¡Ja! ¡Qué broma tan buena! Ve, Jordan, llévate a este gran hombre a la playa. Yo me quito todo.

Con escepticismo pregunté:

—¿Estás segura, Carolyn?

Todd dijo:

—Sí, está segura. —Luego, la miró a los ojos y dijo—: Cuando llevemos este dinero a la ciudad, voy a volver a contar cada dólar y si llega a faltar un solo billete, te cortaré la garganta y me quedaré mirando mientras te desangras hasta morir.

La bomba suiza se puso a chillar.

—¡Oh, ésta es la última vez que me amenazas! Tiraré tus medicinas y las cambiaré por veneno... ¡Hijo de puta! ¡Te voy a romper...! —Y siguió maldiciendo a Todd en una mezcla de inglés y francés, tal vez también un poco de alemán, aunque era difícil decirlo.

Todd y yo salimos del dormitorio por la puerta corrediza de vidrio que miraba al Atlántico. A pesar de que el cristal era lo suficientemente grueso como para resistir un huracán de categoría 5, cuando salimos a la plataforma de madera que daba a la playa seguíamos oyendo los gritos de Carolyn.

En el extremo de la plataforma, una larga senda de tablas se extendía por encima de las dunas y llevaba a la playa. Mientras

caminábamos hasta la orilla del mar me sentía tranquilo, casi sereno, a pesar de que, en el interior de mi cabeza, una voz gritaba: «¡Estás a punto de cometer uno de los errores más graves de tu corta vida!». Pero la ignoré y preferí concentrarme en la tibieza del sol.

Nos dirigimos hacia el oeste, de modo que el azul Atlántico quedaba a nuestra izquierda. Había un pesquero unos doscientos metros mar adentro, y se veían blancas gaviotas zambulléndose en su estela, tratando de robar alguna migaja de las redes. A pesar de la naturaleza obviamente benigna del navío, no pude dejar de pensar que podía haber algún agente del gobierno oculto en el puente, apuntándonos con un micrófono direccional, intentando oír nuestra conversación.

Respiré hondo y, pugnando por contener la paranoia, dije:

—Lo de Carolyn no va a funcionar. Llevaría demasiados viajes y con tanto ir y venir, Aduanas terminará por prestarle atención a su pasaporte. Y no puedo permitirme repartir los viajes a lo largo de los próximos seis meses. Tengo negocios en Estados Unidos que dependen de que haga llegar esos fondos al exterior.

Todd asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Conocía lo suficiente la calle como para saber que no debía preguntar qué clase de negocios, ni por qué tenía tanta urgencia. Pero el hecho era que yo tenía que sacar el dinero del país cuanto antes. Tal como lo había sospechado, Dollar Time estaba en peores condiciones de lo que había dicho Kaminsky. Necesitaba una inmediata inyección de tres millones de dólares en efectivo.

Reunir el dinero mediante una oferta pública llevaría al menos tres meses y requeriría una auditoría independiente de los libros de la empresa. ¡Y eso sí que sería algo digno de ver! ¡Caray! Al ritmo al que esa empresa quemaba efectivo, era inevitable que el auditor la calificase como «en riesgo inmediato», lo que significaba que su evaluación financiera incluiría una nota en la que diría que existían serias dudas sobre la posibilidad de que sobreviviese un año más. Si eso ocurría, Nasdaq la sacaría de su lista, y ése sería el tiro de gracia. Una vez fuera de Nasdaq, Dollar Time se convertiría en una empresa de a céntimo y todo se perdería.

De modo que la única opción que me quedaba era reunir dinero por oferta privada. Pero eso era más fácil de decir que de hacer. Aunque Stratton era formidable a la hora de recaudar mediante una oferta pública, era débil en lo que hacía a ofertas privadas. Se trataba de un negocio totalmente distinto, y la empresa no estaba pensada para él. Por otra parte, yo siempre estaba embarcado en diez o quince negocios simultáneos, y todos ellos requerían de aportes privados. De modo que estaba trabajando al límite. Invertir tres millones de dólares en Dollar Time amenazaría seriamente mis otros negocios de inversión financiera.

Pero había otra opción: la regulación S. La exención contemplada en ella me permitiría usar mis cuentas a nombre de Patricia Mellor para comprar acciones de Dollar Time de forma privada, para, al cabo de cuarenta días, invertir el proceso y venderlas en Estados Unidos con un gran margen de ganancia. Era muy distinto a tener que comprar las acciones de forma privada en Estados Unidos y después esperar dos años para venderlas, como dictaba la regla 144.

Yo ya le había adelantado a Roland Franks la posibilidad de recurrir a la regulación S, y me dijo que estaba en condiciones de crear la documentación necesaria para que la transacción fuese incuestionable. Todo lo que debía hacer era ocuparme de hacer llegar mi dinero a Suiza y, a partir de ese momento, las cosas funcionarían solas.

Le dije a Todd:

—Tal vez debería llevar el dinero conmigo en el Gulfstream. La última vez que crucé la aduana suiza ni siquiera me sellaron el pasaporte. No veo por qué no va a pasar lo mismo ésta.

Todd meneó la cabeza.

—Ni se te ocurra. No permitiré que te arriesgues. Has sido demasiado bueno conmigo y con mi familia. Haremos que mi madre y mi padre lleven parte del dinero. Ambos andan por los setenta años, y es imposible que en la aduana sospechen de ellos. Saldrán de un país y entrarán en el otro sin problemas. También usaré a Rich y Dina. Son cinco personas, y llevarán trescientos mil cada una. En dos viajes, estará hecho. Esperamos unas po-

cas semanas y lo volvemos a hacer. —Al cabo de unos segundos añadió—: Yo mismo lo haría, pero creo que estoy en alguna lista por lo de las drogas. Pero sé que mis padres están totalmente limpios, y Rich y Dina también.

Caminamos en silencio mientras lo consideraba. Era cierto que los padres de Todd eran mulas perfectas; a nadie se le ocurriría detener a personas de esa edad. Pero Rich y Dina eran otra cosa. Ambos tenían pinta de hippies, en particular Rich, con su cabello que le llegaba al culo y su aspecto consumido que lo hacía parecer un adicto a la heroína. Dina también tenía cara de que se picaba los brazos con lo que encontrara, pero quizás en la aduana la tomaran por una vieja bruja que necesitaba desesperadamente un tratamiento de belleza.

—Muy bien —dije, lleno de confianza—. No me cabe duda de que tus padres son la apuesta más segura, y probablemente también Dina lo sea. Pero Rich tiene demasiado aspecto de vendedor de drogas, así que dejémoslo fuera de esto.

Todd se detuvo y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Todo lo que te pido, compañero, es que si, Dios no lo quiere, algo le ocurriera a alguno de ellos, te hagas cargo de los abogados. Sé que lo harás, pero te lo digo ahora para no tener que decirlo más tarde. Aunque te aseguro que no ocurrirá nada. Te lo prometo.

Puse la mano en su hombro y dije:

—Eso dalo por descontado. Si algo ocurriese, no sólo les pagaría a los abogados sino que, si todos mantienen la boca cerrada, se encontrarán con un adicional de siete cifras cuando todo termine. Tengo plena confianza en ti, Todd. Te daré tres millones para que te los lleves a la ciudad, y no me cabe duda de que al cabo de una semana estarán en Suiza. Hay pocas personas en el mundo en las que confiaría tanto.

Todd asintió con aire solemne.

Añadí:

—Por cierto, Danny te dará un millón más, pero no lo tendrá hasta mediados de la semana próxima. Yo estaré en Nueva Inglaterra en el yate, con Nadine, así que llámalo y ponte de acuerdo con él, ¿de acuerdo?

Todd hizo una mueca.

—Haré lo que digas, pero detesto tratar con Danny. Es un peligro; toma demasiados qualuuds durante el día. Si aparece con un millón de dólares en efectivo, y drogado, te juro por Dios que le rompo la cara. Esto es serio y no quiero lidiar con un idiota que babea.

Sonreí.

—Entiendo. Hablaré con él. Bueno, debo regresar a la casa. La tía inglesa de Nadine está de visita y ella y su hermana, la madre de Nadine, vienen a cenar. Tengo que prepararme.

Todd asintió.

—No hay problema. Pero no te olvides de decirle a Danny que no esté pasado cuando nos encontremos el miércoles, ¿de acuerdo?

Sonreí y asentí.

—No me olvidaré, Todd. Te lo prometo.

Satisfecho, dirigí la mirada al mar y contemplé el horizonte. El cielo era de un profundo azul cobalto, con apenas un indicio de magenta en el punto en que se fundía con el mar. Respiré hondo...

Y simplemente lo olvidé.

La mula improbable

¡Salir a cenar! ¡En Westhampton! O Judeo-Hampton, como lo llamaban los WASP hijos de puta que vivían al otro lado de la calle, en Southampton. Todos sabían que los WASP alzaban sus largas narices delgadas ante los westhamptonianos, como si fuésemos judíos de larga levita negra y sombrero de ala ancha a los que acaban de sellarles los pasaportes en Ellis Island.

A pesar de ello, yo consideraba que Westhampton era un excelente lugar para tener una casa de playa. Era un sitio para los jóvenes amantes de la diversión y, aún más importante, estaba lleno de strattonitas. Los strattonitas macho derrochaban obscenas cantidades de dinero en las strattonitas hembra. A cambio de ello, las strattonitas hembra recompensaban con actos igualmente obscenos a los strattonitas macho. Era una versión Stratton del *quid pro quo*.

Esa velada en particular, yo estaba sentado a una mesa para cuatro del restaurante Starr Boggs, emplazado sobre las dunas de la playa de Westhampton. Dos qualuuds empapaban el centro de placer de mi cerebro. Para un tipo como yo, era una dosis muy pequeña, y estaba totalmente controlado. Disfrutaba de una maravillosa vista del océano Atlántico, a apenas un tiro de

pedra de nosotros. De hecho, estaba tan cerca que se oía el romper de las olas sobre la orilla. Eran las 20:30 de la tarde y aún había suficiente luz como para convertir el horizonte en una arremolinada paleta de púrpuras, rosas y azul medianoche. Una luna de tamaño inverosímil pendía sobre el Atlántico.

Era la clase de espectáculo que sirve de indiscutible testimonio de la maravilla de la madre naturaleza, y contrastaba marcadamente con el restaurante mismo, que era una maldita pocilga. Había mesas blancas plegables de metal esparcidas sobre un entablado gris que necesitaba con desesperación una mano de pintura y un buen pulido para quitarle las astillas. De hecho, si se te ocurría caminar descalzo por allí, sin duda irías a parar a la sala de urgencias del hospital de Southampton, la única institución sanitaria local que, aunque con renuencia, aceptaba judíos. Para agravar las cosas, unos cien farolillos rojos, anaranjados y morados pendían de unos delgados alambres grises que se cruzaban por encima del local, carente de techo. Parecía que alguien que padecía de un grave problema de alcoholismo hubiese olvidado retirar la decoración de la Navidad anterior. Y por si eso fuera poco, había antorchas de estilo polinesio estratégicamente plantadas aquí y allá. Emitían un mortecino fulgor anaranjado que le daba al lugar un aspecto aún más triste.

Pero nada de eso —fuera de las antorchas— era responsabilidad de Starr, el alto y barrigón propietario del restaurante. Starr era un cocinero de primera y sus precios eran razonables. Una vez, traje al Loco Max para que viera por sí mismo por qué la cuenta promedio por una cena en Starr Boggs ascendía a diez mil dólares. Era un concepto que le costaba entender, dado que no sabía que el vino tinto que Starr me reservaba tenía un precio de unos tres mil dólares por botella.

Esa noche, la duquesa y yo, junto a su madre, Suzanne, y la hermana de ésta, la adorable Patricia, habíamos dado cuenta de dos botellas de Chateau Margaux 1985, y ya quedaba poco de la tercera, a pesar de que aún ni siquiera habíamos pedido la entrada. Pero, dado que tanto Suzanne como la tía Patricia eran medio irlandesas, era de esperar que tuviesen inclinación por el alcohol.

Hasta ese momento, la conversación era completamente inocua, y me había cuidado de que ni siquiera rozara el tema del lavado internacional de dinero. Si bien le había contado a Nadine lo que estaba haciendo con su tía Patricia, lo hice de modo en que todo pareciera perfectamente legítimo, obviando los detalles, como que estábamos violando unas mil leyes, y enfocándome en que la tía Patricia tendría su propia tarjeta de crédito, que le permitiría pasar sus últimos años desahogadamente. Tras unos minutos de mordisquearse la mejilla y alguna que otra amenaza poco entusiasta, Nadine aceptó mi versión de las cosas.

En esos momentos, Suzanne explicaba que el virus del sida era una conspiración del gobierno de Estados Unidos, no muy diferente de lo de Roswell o del asesinato de Kennedy. Yo procuraba prestarle toda mi atención, pero me distraían los ridículos sombreros de paja que ella y la tía Patricia había decidido usar. Eran más anchos que sombreros mexicanos y tenían flores rosadas alrededor de la copa. Era evidente que esas mujeres no eran residentes de Judeo-Hampton. De hecho, parecían de otro planeta.

Mientras mi suegra continuaba vapuleando al gobierno, la duquesa me hurgó con la punta del zapato por debajo de la mesa, como si dijera: «¡Otra vez con sus rarezas!». Me volví como al descuido y le dediqué un imperceptible guiño. No terminaba de acostumbrarme a la rapidez con la que se había repuesto después de dar a luz a Chandler. Seis meses atrás parecía como si se hubiese tragado una pelota de baloncesto, y ya había recuperado su peso normal —cincuenta kilos de acero macizo— y estaba dispuesta a aporrearne ante la menor provocación.

Tomé la mano de Nadine y la puse sobre la mesa, como para mostrar que hablaba en nombre de los dos, y dije:

—En lo que hace a tus teorías sobre la prensa y que todo lo que dicen es una sarta de mentiras, no podría estar más de acuerdo contigo, Suzanne. El problema es que la mayoría de las personas no tiene tanto discernimiento como tú. —Meneé la cabeza con aire grave.

Patricia tomó su copa, le dio un prodigioso sorbo y dijo:

—Qué bien que sientas eso respecto de la prensa, en particular dado que eres uno de los que esos hijos de puta no dejan de vapulear. ¿No te parece, cariño?

Le sonreí y dije:

—Bueno, ¡eso merece un brindis! —Alzando mi copa, esperé a que los demás me imitaran antes de decir—: ¡A la salud de la adorable tía Patricia, que fue bendecida con el excepcional talento de llamar a las cosas por su nombre! —Chocamos las copas y bebimos vino por valor de quinientos dólares en menos de un segundo.

Nadine se inclinó hacia mí y, acariciándome la mejilla, dijo:

—Oh, amor, todos sabemos que todo lo que dicen sobre ti es mentira. ¡Así que no te preocupes, cariño!

—Sí —añadió Suzanne—, claro que todo es mentira. Parece que seas el único que está haciendo algo malo. Es casi como para reírse si lo piensas. Todo esto empezó con los Rothschild en el siglo XVIII y siguió con J. P. Morgan y los otros como él en el XIX. La Bolsa de Valores no es más que un títere del gobierno. Es obvio que...

Suzanne volvía a empezar. Sí, no cabía duda de que estaba un poco chiflada, pero ¿quién no lo está? Y era muy lista. Era una lectora voraz y había criado sola a Nadine y a su hermano menor, AJ, con excelentes resultados (al menos en el caso de mi esposa). Y el hecho de que su ex marido no la hubiese ayudado para nada en lo económico ni en ningún otro aspecto, hacía que su logro fuese aún más meritorio. Suzanne era una hermosa mujer con el cabello de un rubio rojizo que le llegaba a los hombros y brillantes ojos azules. En conjunto, era de las buenas.

En ese momento, Starr se acercó a la mesa. Vestía una chaqueta blanca y un alto gorro blanco de chef. Parecía el muñeco del pan Pillsbury, sólo que medía más de dos metros de alto.

—Buenas noches —dijo en tono caluroso—. ¡Feliz día del trabajo para todos!

Mi esposa, la aspirante a amiga del pueblo, se puso de pie al instante, como una vehemente porrista, y le dio un simpático besito en la mejilla. Luego se puso a presentar a su familia. Tras unos maravillosos momentos de charla intrascendente, Starr se

puso a explicar los platos del día, comenzando por sus mundialmente famosos cangrejos de concha blanda salteados. Pero al cabo de menos de un milisegundo yo ya no lo escuchaba. Pensaba en Todd y Carolyn y en mis tres millones de dólares. ¿Cómo demonios haría para sacarlos todos sin que me echaran el guante? ¿Cómo haría con el resto del dinero? ¿Debía haber recurrido al servicio de correo de Saurel? Pero eso parecía arriesgado, ¿o no? Se trataba de reunirse con un perfecto desconocido en algún sórdido punto de encuentro y entregarle todo ese dinero.

Miré a la madre de Nadine, que casualmente también estaba mirando en mi dirección. Me ofreció la más cálida de las sonrisas, una sonrisa de verdadero afecto, a la que correspondí al instante. Yo me había portado muy bien con Suzanne. De hecho, desde el día que me enamoré de Nadine, nunca le faltó nada a su madre. Nadine y yo le compramos un coche, le alquilamos una hermosa casa con vistas al mar y le dimos ocho mil dólares para gastos todos los meses. En mis libros, Suzanne tenía la máxima calificación. Siempre había respaldado nuestro matrimonio y...

De pronto, el más diabólico de los pensamientos acudió a mi mente. Realmente era una pena que Suzanne y Patricia no pudieran llevar parte de mi dinero a Suiza. ¿Quién iba a sospechar de ellas? ¡Míralas, con esos estúpidos sombreros! ¿Qué posibilidades había de que un funcionario aduanero las detuviese? ¡Cero! ¡Sin duda! ¿Dos damas ancianas contrabandeando dinero? Sería el crimen perfecto. Pero me arrepentí al instante de mi idea. ¡Por Dios! Si metía a Suzanne en problemas..., bueno. ¡Nadine me crucificaría! Era capaz de abandonarme, llevándose a Chandler. ¡Eso era inimaginable! ¡No podría vivir sin ellas! No era...

Nadine chilló:

—Tierra llamando a Jordan. ¡Hola, Jordan!

Me volví hacia ella y le dirigí una sonrisa boba.

—Quieres el pez espada, ¿verdad, cariño?

Asentí con vehemencia, sin dejar de sonreír.

Añadió, con total confianza:

—También quiere ensalada César sin *croûtons*. —Se inclinó

y me estampó un húmedo beso en la mejilla antes de volver a su asiento.

Starr nos agradeció y elogió la elección de Nadine antes de marcharse rumbo a la cocina. La tía Patricia alzó su copa de vino y dijo:

—Quisiera hacer otro brindis, por favor.

Todos levantamos nuestras copas.

—Por ti, Jordan. Sin ti, ninguno de nosotros estaría aquí hoy. Y gracias a ti, me mudo a un nuevo y mejor apartamento, cerca de mis nietos —miré por el rabillo del ojo a la duquesa, para ver cómo se lo tomaba. ¡Se mordisqueaba la mejilla! ¡Oh, mierda!—, y lo suficientemente grande como para que cada uno de ellos tenga su propio dormitorio. Eres un hombre verdaderamente generoso, querido, y eso es algo para enorgullecerse. ¡Por ti, querido!

Entrechocamos nuestras copas y Nadine, inclinándose sobre mí, me dio un tibio, maravilloso, beso en los labios, que hizo que más de dos litros de sangre afluyeran a mi entrepierna.

¡Oh! ¡Qué maravilloso era mi matrimonio! ¡Era más fuerte cada día que pasaba! Nadine, Chandler, yo... Éramos una verdadera familia. ¿Qué más se podía pedir?

Dos horas más tarde, estaba golpeando mi propia puerta, como Pedro Picapiedra cuando Dino, su mascota, lo deja afuera.

—¡Vamos, Nadine! ¡Abre la puerta y déjame entrar! ¡Lo siento!

Desde el otro lado de la puerta, la voz de mi esposa rezumaba desdén.

—¿Que lo sientes? ¿Ah, sí, mierdita? ¡Si abro esta puerta será para romperte la cara!

Respiré hondo y exhalé poco a poco. ¡Por Dios, odiaba eso de los diminutivos! ¿Por qué tenía que usarlos? ¡Si yo no era tan pequeño!

—¡Nadine, sólo estaba bromeando! ¡Por favor! ¡No permitiré que tu madre lleve dinero a Suiza! ¡Ahora, abre la puerta y déjame entrar! —Nada. Ni una palabra. Sólo el sonido de pasos.

¡Maldita sea! ¿Por qué se enfadaba tanto? ¡No había sido yo quien sugirió que su madre llevase un par de millones a Suiza! ¡Ella se ofreció! ¡Quizá yo la había incitado, pero quien se ofreció fue ella!

Con más energía:

—¡Nadine! ¡Abre la puta puerta y déjame entrar! ¡Te estás excediendo!

Volví a oír pasos, y la ranura para echar el correo, a la altura de mi cintura, se abrió. La voz de Nadine salió de allí.

—Si quieres que hablemos, podemos hablar por aquí.

¿Qué remedio me quedaba? Me incliné y...

¡Plas!

—¡Ayyyyy, mierda! —chillé, enjugándome los ojos con el faldón de mi camiseta blanca Ralph Lauren—. ¡Esa agua estaba hirviendo, Nadine! ¿Qué mierda te pasa? ¡Me podrías haber quemado!

La duquesa, desdeñosa:

—¿Que te podría haber quemado? Haré eso y algo más. ¿Cómo mierda fuiste capaz de convencer a mi madre de hacer una cosa así? ¿Crees que no me di cuenta de cómo la manipulaste? ¡Claro que se iba a ofrecer, después de todo lo que hiciste por ella! ¡Te fue tan sencillo lograr que lo hiciera, pequeño hijo de puta manipulador! ¡Tú y tus estúpidas, jodidas, tácticas de venta o trucos mentales de Jedi o como mierda que lo llares! ¡Eres un ser despreciable!

A pesar de todo lo que dijo, lo que más me hirió fue la palabra «pequeño».

—Cuidado con llamarme pequeño, o te voy a dar una paliza...

—¡Inténtalo! ¡Si me llegas a levantar la mano, te cortaré las pelotas mientras duermes y te las haré comer!

¡Caramba! ¿Cómo era posible que una cara tan bonita vomitase tanto veneno! ¡Y a mí, su propio marido! Durante la cena, la duquesa lucía como un ángel, por no mencionar el hecho de que se pasó la velada cubriéndome de besos. Pero ocurrió que, cuando Patricia concluyó su brindis, las vi a ella y a Suzanne desde cierto ángulo que hizo que me pareciesen idénticas, con sus ridículos sombreros de paja, a las hermanas Pigeon de la pe-

lícula *La extraña pareja*. Pensé que a ningún agente aduanero que estuviese en sus cabales se le ocurriría detener a las hermanas Pigeon.

Y el hecho de que ambas tuvieran pasaportes británicos hacía que todo pareciese aún más plausible. De modo que lancé un globo sonda para ver si alguna de ellas se mostraba receptiva a la idea de contrabandear dinero para mí.

La voz de mi esposa, por la abertura:

—Agáchate y dime, mirándome a los ojos, que no le permitirás hacerlo.

—¿Que me agache? ¡Sí, seguro! —dije en tono burlón—. ¿Que te mire a los ojos? ¿Para que me tires más agua hirviendo en la cara? ¿Qué crees, que soy un jodido estúpido?

La duquesa, con voz inexpresiva:

—No te voy a tirar más agua. Te lo juro por Chandler.

Me mantuve firme.

Prosiguió:

—Sabes, el problema es que mi madre y la tía Patricia creen que todo esto es un puto juego. Ambas odian al gobierno y consideran que la tuya es una causa justa. Y ahora que mi madre tiene esa idea en la cabeza, no dejará de hablar de ella hasta que le permitas llevarla a cabo. La conozco muy bien. Cree que cruzar la aduana con todo ese dinero sin que la descubran es de lo más emocionante.

—No le permitiré hacerlo, Nadine. Ni siquiera tendría que haberlo mencionado. Sólo había bebido demasiado vino. Hablaré mañana con ella.

—No es que hubieras bebido demasiado. Eres un pequeño demonio incluso cuando estás sobrio. No sé por qué te amo tanto. ¡Yo estoy loca, no tú! ¡Tendría que hacerme ver por un psiquiatra, de veras! ¡Digo, la cena de hoy costó veinte mil dólares! ¿Quién se gasta veinte mil en una cena, como no se trate de una boda o algo así? ¡Nadie que yo conozca! ¡Tienes tres jodidos millones guardados en el armario, y tampoco eso es normal!

»Al contrario de lo que crees, Jordan, no necesito todo esto. Lo único que quiero es tener una vida agradable y tranquila, lejos de Stratton y de todas estas locuras. Creo que deberíamos

cambiar antes de que ocurra algo malo. —Hizo una pausa—. Pero no cambiarás nunca. Eres adicto al poder, a que todos esos idiotas te llamen rey y lobo. ¡Por el amor de Dios! ¡El lobo! ¡Qué puta ridiculez! —Su repugnancia parecía chorrear por la cerradura—. ¡Mi marido, el lobo de Wall Street! ¡Es lo más absurdo que he oído en mi vida! Pero eres incapaz de verlo. Sólo te importas tú mismo. Eres un pequeño hijo de puta egoísta. De verdad que lo eres.

—¡Basta de decirme pequeño, carajo! ¿Qué mierda te pasa?

—¡Ay! ¡Eres tan susceptible! —dijo, burlona—. Bueno, don Susceptible, óyeme bien: esta noche duermes en la habitación de huéspedes. ¡Mañana por la noche también! ¡Quizá, con un poco de suerte, te deje acostarte conmigo el año que viene! ¡Pero no estoy segura de que eso vaya a ocurrir! —Al cabo de un momento, oí el sonido de la llave al abrir la cerradura... después, sus tacones altos, que subían por las escaleras.

Bueno, supongo que me lo merecía. Pero, aun así, ¿qué probabilidades había de que detuvieran a su madre? ¡Diría que casi cero! Lo que hizo que la idea brotase en mi cerebro fueron esos estúpidos sombreros de paja. Y el hecho de que yo fuese el sostén económico de Suzanne también contaba, ¿o no?

Al fin y al cabo, ¡ella fue quien se ofreció! La madre de la duquesa era una dama inteligente y decente y, en su fuero interno, tenía que saber que tenía una suerte de deuda tácita conmigo, y que yo podía pretender cobrarla si realmente lo necesitaba. Digo, si prescindimos de todos los cuentos chinos, nadie da cosas porque es bueno y nada más, ¿verdad? Siempre hay un motivo ulterior, aunque más no sea la sensación de satisfacción personal que da ayudar a otro ser humano, lo cual, en sí, también es un placer egoísta.

Para ver el lado bueno de las cosas, al menos la duquesa y yo habíamos tenido relaciones sexuales esa tarde. De modo que un día o dos sin sexo no serían tan difíciles de manejar.

Un resquicio en la armadura

La indignada duquesa tenía razón, pero sólo a medias. Sí, tenía razón en que su madre insistió en desempeñar un pequeño papel en mi «fabulosa aventura», como Patricia y ella se referían a mi plan internacional de lavado de dinero. De hecho, no había manera de convencerla de que no lo hiciera. Pero en defensa de Suzanne, y de mí mismo, debe decirse que era una idea de lo más emocionante, ¿o no? Meter una cantidad obscena de dinero —novecientos mil dólares, para ser precisos— en un gran bolso, echárselo al hombro y cruzar la aduana sin que te echen el guante es emocionante. ¡Sí, mucho, por cierto!

En cambio, la duquesa se había equivocado al preocuparse tanto. El hecho es que Suzanne había hecho el operativo sin que nadie se dignase siquiera a echarle una mirada, ni de éste ni del otro lado del Atlántico, y le había entregado el dinero a Jean Jacques Saurel con un guiño y una sonrisa. Ahora, estaba a salvo y de regreso en Inglaterra, donde pasaría lo que quedaba de septiembre con Patricia, ambas dedicadas a felicitarse mutuamente por haber violado exitosamente aproximadamente una docena de leyes.

Así que la duquesa me perdonó y volvimos a ser amantes. En

esos momentos, nos tomábamos unas vacaciones de fin de verano en la ciudad portuaria de Newport, Rhode Island. Con nosotros estaban mi amigo más antiguo, Alan Lipsky, y Doreen, quien no tardaría en ser su ex esposa.

En ese preciso instante, sólo estábamos Alan y yo, avanzando por una pasarela rumbo a mi yate, el *Nadine*. Íbamos hombro a hombro, aunque el suyo sobrepasaba al mío por unos buenos quince centímetros. Alan era alto y ancho, con un pecho como un barril y un cuello grueso y fuerte. Tenía un semblante apuesto, al modo del de un asesino de la mafia, con rasgos toscos y marcados y grandes cejas peludas. Incluso entonces, enfundado en unas bermudas color celeste, una camiseta castaña de cuello en V y mocasines náuticos marrones, lucía amenazador.

Por delante de nosotros, el *Nadine* se elevaba por encima de los demás yates. Su inusual color pardo lo hacía aún más notable. Mientras me embebía del glorioso espectáculo, no pude menos que preguntarme por qué mierda me había comprado esa jodida cosa. Mi contable corrupto, Dennis Gaito, me había suplicado que no lo hiciera, diciendo:

—Los dos momentos más felices para el propietario de un barco son el día que lo compra y el día que lo vende.

Dennis era muy agudo, así que dudé hasta que la duquesa me dijo que comprarse un yate era la cosa más estúpida que se me podía haber ocurrido, lo que no me dejó más remedio que firmar un cheque al instante.

Así que ahora era propietario de un yate, el *Nadine*, casi cincuenta metros de quebraderos de cabeza flotantes. El problema era que se trataba de un barco viejo, armado originalmente a comienzos de la década de 1960 para la célebre diseñadora Coco Chanel. Por lo tanto, era ruidoso como el demonio y se averiaba a cada momento. Como ocurre con la mayor parte de los yates de esa época, sus tres inmensas cubiertas tenían suficientes ornamentos de madera de teca como para mantener a un equipo de doce hombres atareado en barnizarlo de la mañana a la noche. Y por eso, el barco siempre hedía a barniz, lo que me daba náuseas.

Lo más curioso era que, originalmente, el yate había tenido una eslora de sólo treinta y seis metros. Pero su anterior propietario, Bernie Little, decidió alargarlo para hacer lugar para un helicóptero. Y Bernie... bueno, Bernie era la clase de astuto hijo de puta que sabe reconocer a un mamón en cuanto lo ve. Después de que le hubiera alquilado el yate varias veces, no tardó en convencerme de que se lo comprara, recurriendo a mi amor por el capitán Marc para sellar el trato (Marc venía con el barco). Poco después, el capitán Marc me convenció de mandar hacer una lancha fueraborda, con el argumento de que, dado que ambos éramos entusiastas del buceo, podríamos ir con ella a mares lejanos, donde nadie había pescado antes. Decía:

— ¡Los peces serán tan estúpidos que podremos acariciarlos antes de arponearlos!

Me pareció una idea sumamente atractiva, así que le di luz verde para que la hiciera armar. El presupuesto de quinientos mil dólares no tardó en convertirse en un millón.

Pero cuando intentamos embarcar la lancha mediante una grúa y emplazarla en la cubierta superior, nos encontramos con que no cabía. Claro, era difícil, sobre todo si se tiene en cuenta que en la cubierta estaban las seis motos de agua Kawasaki, las dos motos Honda, el trampolín de fibra de vidrio, el tobogán acuático y el helicóptero Bell Jet. No había lugar para que el helicóptero despegase ni aterrizase sin chocar con la lancha. Yo estaba tan metido con toda esa mierda, que no me quedó otro remedio que llevar el barco al astillero para que lo alargasen aún más, a un coste de setecientos mil dólares.

Así que la parte delantera se estiró, la trasera también y, después de eso, el yate parecía una banda elástica de cincuenta metros de largo, tensada hasta casi romperse.

Le dije a Alan:

— Realmente amo este barco. Estoy feliz de haberlo comprado.

Alan asintió:

— ¡Es una belleza!

El capitán Marc me aguardaba en la cubierta. Parecía tan cuadrado como los robots de juguete de mi infancia. Iba atavia-

do con una camiseta blanca con cuello abotonado y pantalones náuticos cortos. Ambas prendas lucían la insignia del *Nadine*: dos plumas de águila doradas curvadas en torno a una N mayúscula azul claro.

El capitán Marc dijo:

—Tienes muchas llamadas telefónicas, jefe. Una, de Danny, que parecía pasado como nunca, otras tres de una tal Carolyn, que tiene un fuerte acento francés. Dijo que la llames urgentemente, en cuanto llegues al barco.

Al instante, mi corazón se puso a dar saltos en el pecho. ¡Mierda! ¡Se suponía que Danny vería a Todd esa mañana para entregarle el millón de dólares! ¡Mierda! En un instante, mil pensamientos comenzaron a correr por mi cerebro. ¿Habría salido mal algo? ¿Les habrían echado el guante por algún motivo? ¿Estaban los dos en la cárcel? No, eso era imposible, a no ser que los estuviesen siguiendo. Pero ¿por qué habrían de seguirlos? ¿O sería que Danny se había presentado drogado, Todd lo había molido a golpes y Carolyn llamaba para pedir disculpas? ¡No, eso era ridículo! Si ése fuera el caso, quien llamaría sería Todd, ¿verdad? ¡Mierda! ¡Había olvidado decirle a Danny que no fuera drogado!

Respiré hondo, procurando serenarme. Tal vez no fuese más que una coincidencia. Le sonreí al capitán Marc y dije:

—¿Danny dijo algo?

El capitán Marc se encogió de hombros.

—Se hacía un poco difícil entenderlo, pero me dijo que te dijera que todo estaba bien.

Alan dijo:

—¿Todo en orden? ¿Necesitas que haga algo?

—No, no —dije, exhalando un suspiro de alivio. Alan también se había criado en Bayside, de modo que, por supuesto, conocía a Todd tan bien como yo. Aun así, yo no le había contado lo que estábamos haciendo. No era que no confiara en él, sino que no había por qué hacerlo. Lo único que sabía era que yo necesitaba que su firma de finanzas, Monroe Parker, comprara unos pocos millones de acciones de Dollar Time de un vendedor extranjero no identificado. Supondría, quizá, que dicho vendedor era yo.

Pero nunca me lo preguntó, lo que habría sido una seria infracción del protocolo. Dije en tono tranquilo—: Estoy seguro de que no es nada, pero tengo que hacer un par de llamadas. Estaré abajo, en mi habitación. —Con estas palabras salté del embarcadero de madera y aterricé en la cubierta del yate, que estaba amarrado paralelo a aquél. Luego, bajé las escaleras hasta mi suite y, tomando el teléfono vía satélite, llamé al móvil de Danny.

Sonó tres veces.

—¿Hooaaaa? —farfulló Danny. Sonaba como Elmer Fudd.

Miré mi reloj. Eran las once y media. ¡Increíble! ¡Estaba drogado a las once y media de la mañana de un miércoles, un día laborable!

—Danny, ¿qué mierda te pasa? ¿Cómo puedes estar en ese estado en la oficina?

—¡No, no, no! Me tceé elía —*me tomé el día*— poque e ui eotá co Tof —*porque me fui a encontrar con Todd*— ipeo no te eoupe! ¡Too efetto! ¡Ea eo! iipio, i ejá atos! —*pero no te preocupes. ¡Todo perfecto! ¡Está hecho! ¡Limpio, sin dejar rastros!*

Bueno, al menos mis peores temores no se justificaban.

—¿Quién se está ocupando de la oficina, Danny?

—Dejé a Caeza Uadada y Choza. ¡Too ien! El Loco Maz taién ahí.

—¿Todd se enfadó contigo, Danny?

—Ajá —barbotó—. ¡Ese dipo sum loco hi'o deputa! ¡E apuntó con le rvolver dice que tengo suete de sertu aigo! No iene que usá elarma. ¡E siegal!

¿Que le había apuntando con un revólver? ¿A la vista de todos? ¡No tenía sentido! Todd podía estar loco, pero no era imprudente.

—No entiendo, Danny. ¿Sacó un revólver en la calle?

—¡No, no! Le di maetín dento de limo. Encontramos en el fento omerdial —*centro comercial*— Bay Terrace, en el eftadonamiento. Too wien. Un seundo y me fui.

¡Por Dios! ¡Qué escena! ¡Todd en una limusina Lincoln negra extralarga, Danny en un convertible Rolls Royce negro, estacionados a la par frente al centro comercial Bay Terrace, donde, sin duda, el coche más elegante sería un Pontiac.

Insistí:

—¿Estás seguro de que todo ha salido bien?

—¡Sí, stoy sgurro! —dijo, indignado, ante lo cual le corté abruptamente, no tanto porque estuviera enfadado con él sino porque, como soy todo un hipócrita, me irritaba hablar con un idiota drogado estando sobrio.

Me disponía a coger el teléfono y llamar el número de Carolyn cuando comenzó a sonar. Me tomé un instante para contemplarlo. Me sentía como el Loco Max. Cada terrible timbrazo me aceleraba el pulso. Pero, en lugar de responder, no hice más que ladear la cabeza y quedarme mirándolo.

Alguien atendió al cuarto campanillazo. Esperé, rezando. Al cabo de un instante oí un ominoso pitido y la voz de Tanji, la sexy novia del capitán Marc:

—Carolyn Garret para usted en la línea dos, señor Belfort.

Esperé un instante para tomar fuerzas antes de atender.

—Eh, Carolyn, ¿cómo estás? ¿Todo en orden?

—Oh, mierda, ¡gracias a Dios que por fin te encuentro!, Jordan, Todd está detenido.

La interrumpí al instante:

—Carolyn, no digas ni una palabra más. Voy a llamarte desde un teléfono público ahora mismo. ¿Estás en tu casa?

—Sí. Espero tu llamada.

—Muy bien. No te muevas. Todo saldrá bien, Carolyn, te lo prometo.

Colgué el auricular y me senté en el borde de la cama, sin poder creer lo que estaba ocurriendo. Mi mente recorría mil caminos al mismo tiempo. Sentía una extraña sensación que nunca había experimentado antes. Todd detenido. ¡En la puta cárcel! ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Habría? ¡No, claro que no! ¡Si había alguien que viviera según el código de la *omertà*, era Todd Garret! Además, ¿cuántos años le quedaban por vivir? ¡Tenía el maldito corazón de un leñador en el pecho, por Dios! ¡Siempre decía que vivía con tiempo prestado! ¿Verdad? Tal vez para cuando llegase la fecha del juicio ya habría muerto. Inmediatamente me arrepentí de ese pensamiento, aunque debí admitir que tenía su dosis de verdad.

Respiré hondo y traté de serenarme. Luego, me levanté de la cama y me dirigí a un teléfono público.

Mientras caminaba por el embarcadero me di cuenta de que sólo tenía cinco qualuuds en mi poder, lo cual, dadas las circunstancias, era una cantidad inaceptable. No tenía planeado regresar a Long Island hasta dentro de tres días, y mi espalda me estaba matando... Bueno, no tanto. Además, ya llevaba más de un mes comportándome como un ángel y ya era suficiente.

En cuanto llegué al teléfono público llamé a Janet. Mientras ingresaba los dígitos de mi tarjeta telefónica, me pregunté si usarla no haría más fácil rastrear o intervenir la llamada. Pero, al cabo de unos segundos, descarté la idea por ridícula. Que empleara una tarjeta telefónica no hacía más fácil que el FBI escuchara mis conversaciones; era lo mismo que usar monedas.

Aun así, la mía había sido una idea propia de un hombre cuidadoso, prudente, y me felicité por haberla tenido.

—Janet —dijo el hombre prudente—. Quiero que vayas a la gaveta de abajo y a la derecha de mi escritorio y saques cuarenta qualuuds. Dáselos a Choza, que los traiga aquí en helicóptero cuanto antes. Hay un aeropuerto privado a pocos kilómetros del embarcadero. Puede aterrizar allí. No tengo tiempo para ir a buscarlo, así que ocúpate de que haya una limo...

Janet me interrumpió:

—Estará ahí en dos horas. No te preocupes. ¿Está todo bien? Suenas alterado.

—Todo está perfectamente. Sólo que calculé mal antes de partir y ahora se me terminaron. Me duele la espalda y tengo que hacer algo al respecto. —Corté sin despedirme y, enseguida, llamé a casa de Todd y Carolyn.

Comencé a hablar apenas atendió.

—Carolyn, soy...

—Oh, Dios mío, ¡tengo que contarte...!

—Carolyn, no...

—i... lo que ocurrió con Todd! Está...

—Carolyn, no...

—... preso y dijo que...

Se negaba a dejar de hablar, así que vociferé: ¡CAROOOO-LYN!

Eso la detuvo.

—Escúchame, Carolyn, y no hables. Lamento haberte gritado, pero no quiero que hables desde tu casa. ¿Me entiendes?

—*Oui*. —Incluso entonces, noté que en los momentos de tensión parecía tranquilizarla hablar en su propio idioma.

—Bueno —dije en tono tranquilo—. Ve al teléfono público más próximo y llama a este número: código de área, seguido de 401-155-1665. Ahí estoy ahora. ¿Lo tienes?

—Sí —respondió con igual tranquilidad y regresando al inglés—. Lo anoté. Te llamo en unos minutos. Debo conseguir monedas.

—No hace falta, usa mi número de tarjeta telefónica —dije, siempre sereno.

Al cabo de cinco minutos, el teléfono sonó. Descolgué y le dije a Carolyn que me leyera el número del teléfono público donde se encontraba. Corté, me fui a la cabina de al lado y desde allí llamé al número que me había dado Carolyn.

De inmediato, empezó a contarme todo en detalle:

—... así que Todd estaba aguardando a Danny en el aparcamiento, y éste por fin apareció, en un Rolls Royce de millonario, completamente pasado, conduciendo de manera errática, casi chocando contra los otros coches. Así que los guardias de seguridad llamaron a la policía, porque supusieron que Danny estaba borracho. Le dio el dinero a Todd y se marchó en seguida, porque Todd lo amenazó con matarlo por ir drogado. Todd ya tenía el maletín. Entonces, Todd vio que venían dos coches patrulla con las luces encendidas y, al darse cuenta de lo que ocurría, se metió en la tienda de vídeos y metió el revólver en la caja de uno, pero igual la policía lo detuvo y esposó. Y luego quisieron ver el vídeo de la cámara de seguridad de la tienda y vieron dónde había escondido el arma. La encontraron y lo arrestaron. Después fueron a la limusina, la registraron, encontraron el dinero y se lo llevaron.

¡Mierda!, pensé. El dinero era el menor de mis problemas.

El principal era que Danny podía darse por muerto. Tendría que abandonar la ciudad y no regresar nunca. O darle a Todd algún tipo de compensación financiera para que lo perdonase.

En ese momento se me ocurrió que Todd debía de haberle contado todo eso a Carolyn por teléfono. Y estaba detenido, lo que significaba que habría llamado desde... ¡Mierda! ¡No, Todd era demasiado inteligente como para hacer eso! ¿Por qué iba a usar un teléfono que casi seguro estaba intervenido para llamar a su propia casa, nada menos?

—¿Cuándo hablaste con él por última vez? —pregunté, rogando porque hubiera alguna explicación alternativa.

—No hablé con él. Su abogado me llamó y me contó todo esto. Todd lo llamó y le dijo que consiguiera dinero para la fianza, y también me mandó decir que debo volar a Suiza esta noche, antes de que esto se convierta en un problema. Así que reservé pasajes para los padres de Todd, Dina y yo. Rich se presentará como fiador.

¡Por el amor de Dios! Todo era demasiado para absorberlo de una vez. Al menos, Todd había tenido el suficiente sentido común como para no hablar por teléfono. Y, en lo que respecta a su conversación con su abogado, era confidencial. Pero lo más gracioso era que en medio de todo esto, desde la cárcel, Todd aún trataba de sacar mi dinero al exterior. No sabía si sentirme agradecido por la firmeza de su compromiso o furioso por su temeridad. Repasé las circunstancias, procurando ver las cosas en perspectiva. Lo cierto es que era probable que la policía creyera que se había topado con un negocio de drogas. Todd era el vendedor, y por eso tenía un maletín lleno de dinero, y quienquiera que condujese el Rolls Royce, el comprador. Me pregunté si tendrían el número de placa del coche de Danny. De ser así, ya lo habrían detenido, ¿o no? Pero ¿qué razón tenían para arrestarlo? Lo cierto era que no había nada contra él. Tenían un maletín lleno de dinero y nada más. El principal problema era lo del revólver, pero eso se podía solucionar. Seguramente, un buen abogado podía hacer que Todd saliera del paso con una leve condena y libertad condicional y una buena multa. Yo pagaría la multa o, mejor dicho, Danny lo haría, y eso sería todo.

Le dije a la Bomba:

—Bien, viaja, pues. Todd te dio todos los detalles, ¿no? ¿Sabes a quién debes ver?

—Sí. Veré a Jean Jacques Saurel. Tengo su número de teléfono y conozco bien esa calle. Es en la zona comercial.

—Muy bien, Carolyn, sé cuidadosa. Diles lo mismo a los padres de Todd y a Dina. Y llama al abogado de Todd, que le haga saber que hablaste conmigo y que te he dicho que no tiene de qué preocuparse. Que yo me ocuparé de todo. Enfatiza lo de *todo*, Carolyn. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, sí, entiendo. No te preocupes, Jordan. Todd te quiere. Nunca diría ni una palabra, pase lo que pase. Te lo prometo con todo mi corazón. Se mataría antes que hacerte daño.

Sonreí para mis adentros al oír esas palabras, por más que sabía que Todd era incapaz de amar a nadie, y menos a sí mismo. Sin embargo, la máscara misma con la que iba por la vida, la de mafioso judío, hacía altamente improbable que fuese a delatarme, a no ser que se viera ante la amenaza de pasar muchos años en la cárcel.

Con las cosas así resueltas le deseé *bon voyage* a la Bomba y corté la comunicación. Me dirigí al yate, con sólo una cuestión sin decidir. ¿Debía o no llamar a Danny para darle las malas noticias? Quizá lo más prudente sería esperar a que se le pasara un poco el efecto de los qualuuds. De hecho, pensándolo bien, y ahora que la ola inicial de pánico había amainado, las noticias no eran tan malas. Ciertamente no eran buenas, pero era más bien una complicación inesperada que otra cosa.

Aun así, era indudable que esos qualuuds terminarían por ser la ruina de Danny. Tenía un problema grave de adicción. Tal vez fuera hora de que buscara ayuda.

LIBRO III

Formas y sustancias

Enero de 1994

En las semanas que siguieron al desastre del estacionamiento, quedó claro que las cámaras de vigilancia del centro comercial no habían recogido el número coche de Danny. Pero, según Todd, la policía le ofrecía condiciones favorables si les decía quién iba al volante del Rolls Royce. Todd, por supuesto, les dijo que se fueran a la mierda. Pero debo decir que yo sospechaba que exageraba un poco, preparando el terreno para una futura extorsión financiera. Le aseguré que me encargaría de él y, a cambio, aceptó perdonarle la vida a Danny.

Y así, lo que quedaba de 1993 transcurrió sin novedad. *Vidas de los ricos desequilibrados* siguió como de costumbre y el año tuvo un jugoso cierre con la oferta pública de Zapatos Steve Madden. Las acciones se habían estabilizado a ocho dólares y, entre ratoneras, préstamos puente y comisiones por transacciones financieras, gané más de veinte millones.

Para Navidad y Año Nuevo nos tomamos unas vacaciones de dos semanas en el Caribe a bordo del *Nadine*. La duquesa y yo nos divertimos como estrellas de rock y me las compuse para quedarme dormido en prácticamente todos los restaurantes de cinco estrellas entre St. Barts y St. Martin. También me las com-

puse para arponearme el muslo mientras buceaba drogado con qualuuds, pero sólo fue una herida superficial y puede decirse que salí relativamente indemne del paseo.

Pero las vacaciones habían terminado y yo estaba en acción otra vez. Era el martes de la primera semana de enero y estaba en el despacho de Ira Lee Sorkin, de abundante cabello entrecano y principal asesor legal externo de Stratton Oakmont. Como todos los abogados destacados que asesoran corporaciones, había trabajado antes para los malos o, según como se vean las cosas, los buenos. Es decir, que había sido un regulador financiero gubernamental, en concreto, jefe de la oficina regional de la SEC en Nueva York.

En ese momento estaba reclinado en su fabuloso trono de cuero negro, con las manos alzadas, diciendo:

—¡Tendrías que estar dando saltos de alegría, Jordan! Dos años atrás, la SEC te hizo un juicio por veintidós millones de dólares y trataba de cerrar tu empresa; ahora, está dispuesta a negociar por tres millones y a darle una leve advertencia a Stratton. Es una victoria total. Nada menos.

Le sonreí, como correspondía, a mi entusiasta abogado, aunque no estaba del todo de acuerdo. Era mucho para absorberlo en mi primer día de trabajo después de las vacaciones de Navidad. ¿Por qué iba a querer negociar si la SEC no tenía prueba alguna contra mí? Había iniciado el pleito hacía más de dos años, acusándome de manipulación de acciones y empleo de tácticas de venta de alta presión. Pero tenía pocas evidencias para respaldar sus acusaciones, en particular la de manipulación de acciones, que era la más seria de las dos.

La SEC había citado a catorce strattonitas, doce de los cuales habían puesto sus manos derechas sobre sendas biblias y mentido descaradamente. Sólo dos se habían dejado llevar por el pánico y dicho la verdad, admitiendo haber recurrido a tácticas de venta de alta presión. Para recompensarlos por su honestidad, la SEC los expulsó de la industria financiera. Al fin y al cabo, habían admitido, bajo juramento, que se comportaron de manera impropia. ¿Y qué terrible destino sufrieron los que mintieron? ¡Ah, cuánta justicia poética! Todos y cada uno salieron indem-

nes y trabajaban hasta ese día en Stratton Oakmont, donde seguían sonriendo, telefoneando y arrancándoles los ojos a sus clientes.

Aun así, y a pesar de mi maravillosa serie de éxitos en el combate contra los payasos, Ira Sorkin, un ex payaso, seguía recomendándome que negociara y terminara de una vez el asunto. Pero me costaba seguir su razonamiento, en particular dado que «terminar de una vez el asunto» no sólo implicaba que pagase una multa de tres millones de dólares y me comprometiera a no violar más normas financieras en el futuro, sino también que aceptase una inhabilitación de por vida para trabajar en finanzas y abandonara Stratton Oakmont. Planteaba las cosas de manera tal que no me cabía duda de que, incluso si muriera y diese con una forma de resucitar, seguiría excluido del mundo de las finanzas.

Estaba a punto de decir eso, pero Sorkin el Grande retomó la palabra:

—La cuestión, Jordan, es que tú y yo hacemos un excelente equipo y que vencimos a la SEC en su propio juego. —Asintió, aprobando la sabiduría de sus propias palabras—. Le ganamos por cansancio. En un mes recuperarás los tres millones que, de todos modos, son deducibles de impuestos. Así que llegó el momento de que te dediques a seguir con tu vida. Hora de disfrutar de las cosas con tu esposa y tu hija.

Sonreí, reservándome mi opinión.

—¿Los abogados de Danny y de Kenny lo saben?

Me sonrió con aire conspirador.

—Esto es estrictamente entre nosotros, Jordan; ninguno de los otros abogados sabe nada. Claro que legalmente represento a Stratton, de modo que le soy leal a la empresa. Pero, en este preciso instante, la empresa eres tú, así que te soy leal a ti. Dadas las condiciones de la oferta, quizá quieras pensarlo por unos días. Pero eso es todo lo que tenemos, querido amigo, unos días. Una semana, quizás, a lo sumo.

Cuando nos iniciaron el juicio, cada uno de los directivos de Stratton contrató sus propios abogados para evitar potenciales conflictos. En ese momento, me pareció una manera de derro-

char dinero; ahora, estaba feliz de que lo hubiésemos hecho. Me encogí de hombros y dije:

—No creo que la SEC vaya a retirar su oferta en un futuro cercano, Ike. Como dijiste, les ganamos por cansancio. De hecho, creo que en la SEC no debe quedar nadie que sepa nada acerca de mi caso. —Sentí la tentación de explicarle por qué estaba tan seguro de ello (los micrófonos ocultos en mi sala de reuniones) pero decidí no hacerlo.

Ike alzó los brazos y levantó la mirada al cielo.

—Para qué vas a mirarle los dientes a un caballo regalado, ¿eh? Durante los últimos seis meses hubo un gran recambio de personal en la oficina de Nueva York de la SEC. La moral es baja. Pero eso no es más que una coincidencia y no va a durar para siempre. Te hablo como amigo, Jordan, no como tu abogado. Debes cerrar este caso de una vez por todas, antes de que un nuevo equipo investigador se ponga a escarbar otra vez. Alguno de sus integrantes podría encontrar algo, y ahí sí que se terminaría todo.

Asentí lentamente con la cabeza antes de decir:

—Hiciste bien en reservarte esta información. Si se filtrara algo antes de que arengue a las tropas, podría cundir el pánico. Pero te diré que eso de quedar inhabilitado de por vida para las finanzas no me hace demasiada gracia, Ike. Digo ino volver a pisar la sala de negocios! No sé ni qué decir de eso. Esa sala de negocios es mi vida misma. Es mi cordura, y también mi locura. Es lo bueno, lo malo y lo feo en uno.

»Y, de todas maneras, el problema no será conmigo. Será con Kenny. ¿Cómo voy a convencerlo de que acepte una inhabilitación de por vida si Danny sigue en funciones? Kenny me hace caso, pero no sé si lo hará si le digo que él se debe marchar, pero Danny se queda. Kenny está ganando diez millones al año. Tal vez no se destaque por su agudeza, pero es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que nunca volverá a ganar sumas como ésas.

Ike se encogió de hombros y dijo:

—Entonces, que Kenny quede a cargo y que Danny acepte la inhabilitación. A la SEC le tiene sin cuidado cuál se marcha y

cuál se queda. Siempre y cuando tú te marches, están conformes. Lo único que quieren para quedarse tranquilos es poder hacer circular un bonito y grueso informe para la prensa donde diga que el lobo de Wall Street dejó de ser un peligro. ¿Convenir a Danny de que se marche no sería lo mejor?

—Ésa no es una opción, Ike. Kenny es un jodido imbécil. No me interpretes mal. Lo quiero y todo eso, pero ello no cambia el hecho de que es incapaz de administrar la empresa. Dime cómo se desarrollarían los acontecimientos si aceptamos el arreglo.

Ike calló, como para organizar sus ideas. Al cabo de unos segundos, dijo:

—En el supuesto de que puedas convencer a Kenny, él y tú debéis vender vuestras acciones a Danny antes de firmar las notificaciones judiciales que establecen que quedan permanentemente excluidos de la industria financiera. El dinero para pagar las multas de ambos puede proceder directamente de la empresa, de modo que no deberías sacar ni un céntimo de tu bolsillo. Querrán que un auditor independiente vaya a la empresa, investigue y haga algunas recomendaciones. Pero eso no es gran cosa. Puedo manejarlo con tu departamento de procedimientos. Y eso es todo amigo mío. Es muy sencillo.

Añadió:

—Pero le atribuyes a Danny más de lo que es capaz de hacer. Sin duda es más inteligente que Kenny, pero está colgado casi siempre. Sé que a ti también te gusta la fiesta, pero estás en condiciones durante el horario de trabajo. Además, nos guste o no, sólo hay un Jordan Belfort en el mundo. Y los reguladores lo saben, en particular Marty Kupperberg, que ahora está al frente de la oficina de Nueva York. Por eso quiere que te vayas. Tal vez desprecie todo lo que representas, pero te respeta por tus logros. Mira, te contaré algo gracioso; hace un par de meses fui a una conferencia de la SEC en Florida y Richard Walker, quien ahora es el número dos en Washington, dijo que era imprescindible que se elaborara una nueva legislación financiera para lidiar con gente como Jordan Belfort. El público lo festejó mucho, y lo cierto es que él no lo dijo en tono despectivo, ¿me entiendes?

Levanté la vista al cielo.

—Oh, sí, Ike, ¡qué orgulloso estoy! ¡Muy orgulloso! Es más, ¿por qué no telefoneas a mi madre y le cuentas qué dijo Richard Walker? Estoy seguro de que se emocionará al enterarse de cuánto respeto le tiene a su hijo el principal polizone financiero del país. Aunque te cueste creerlo, Ike, hubo una época, no hace mucho, en la que yo era un buen chico judío de una buena familia judía. En serio. Era la clase de chico que limpia la acera frente a las casas después de una tormenta de nieve para ganarse algún dólar. Me cuesta imaginar que, cinco años atrás, podía entrar en cualquier restaurante sin que la gente me mirara. —Meneé la cabeza, asombrado—. ¿Cómo mierda llegué a permitir que todo se descontrolara de esta manera? ¡No fundé Stratton con la intención de que las cosas fuesen como son! ¡Te lo juro por Dios, Ike!

Con esas palabras, me levanté de mi asiento y fui al gran ventanal que daba al edificio Empire State. No había pasado tanto tiempo desde la primera vez que fui a Wall Street como aspirante a corredor de Bolsa, ¿verdad? Fui en autobús, ¡en autobús!, con sólo siete dólares en el bolsillo. ¡Siete putos dólares! Aún recordaba cómo miraba a los demás pasajeros, preguntándome si sentirían tanta amargura como yo por tener que ir a Manhattan en autobús para ganarse la vida. Recordaba la pena que me daban los ancianos, obligados a sentarse en esos duros asientos de plástico, a respirar los gases del tubo de escape. Recordaba que me juré a mí mismo que no terminaría como ellos, que me haría rico de algún modo y viviría la vida según mis propias reglas. Y recordaba que, cuando bajé del autobús, levanté la vista hacia todos esos rascacielos y me sentí intimidado ante el poder mismo de la ciudad, por más que me había criado a pocos kilómetros de Manhattan. Me volví para mirar a Ike y, con nostalgia en la voz, dije:

—Sabes, Ike, que nunca quise terminar así. Tenía buenas intenciones cuando fundé Stratton. Sé que eso no parece tener mucho sentido ahora, pero, aun así, hace cinco años era cierto. —Volví a menear la cabeza y dije—: Supongo que el camino del infierno, como dicen, está empedrado de buenas intenciones. Te contaré algo gracioso, ¿recuerdas a mi primera esposa, Denise?

Ike asintió.

—Era una mujer buena y hermosa, como lo es Nadine.

—Sí. Era buena y hermosa, y aún lo es. Al comienzo, cuando fundé Stratton, no dejaba de repetir una frase, decía: «Jordan, ¿por qué no puedes tener un trabajo normal y ganar un millón al año?». En ese momento, me causaba mucha gracia, pero ahora entiendo de qué hablaba. Ike, Stratton es como una secta; en eso reside su verdadero poder. Todos esos muchachos me siguen hasta en lo más mínimo. Eso era lo que Denise no soportaba. En cierto modo, me divinizaban, tomándome por algo que no soy. Ahora lo sé, pero entonces no lo tenía tan claro. El poder me parecía embriagador. Imposible de rechazar.

»De cualquier modo, siempre me juré que, si se hacía necesario, me dejaría caer sobre mi espada, sacrificándome por mis tropas. —Me encogí de hombros con una débil sonrisa—. Claro que siempre supe que se trataba de una idea romántica, pero así era como veía las cosas.

»De manera que ahora siento que, si tiro la toalla, tomo el dinero y escapo, estoy jodiendo a todos; dejaría a mis corredores en la estacada. Lo más fácil para mí sería seguir tu consejo: acepto la inhabilitación de por vida y me dedico a disfrutar de mi esposa y mi hija. Dios sabe que tengo bastante dinero como para diez vidas. Pero si lo hago, estaría jodiendo a todos esos chicos. Y le juré a cada uno de ellos que pelearía hasta el fin. Así que ahora no puedo marcharme sólo porque la SEC me da una salida. Soy el capitán de ese barco, Ike, y se supone que el capitán es el último en abandonar la nave, ¿o no?

Ike meneó la cabeza.

—Absolutamente no —dijo en tono enfático—. No puedes comparar lo que te ocurre con la SEC con una aventura en alta mar. Lo cierto es que, si aceptas la inhabilitación, garantizas la supervivencia de Stratton. Por efectivos que seamos en entorpecer la investigación de la SEC, no podemos demorar las cosas indefinidamente. El juicio tiene fecha para dentro de seis meses, y un jurado constituido por tus colegas no se mostrará muy clemente que digamos. Y hay miles de puestos de trabajo en juego, así como incontables familias que dependen de Stratton para su

sustento financiero. Si aceptas la inhabilitación, garantizas el futuro de todos, tú incluido.

Me tomé un momento para evaluar las sabias palabras de Ike, que no eran del todo ciertas. De hecho, no era que la oferta de la SEC me hubiese sorprendido demasiado. A fin de cuentas, Al Abrams la había previsto. Fue en una de nuestras incontables reuniones a la hora del desayuno en el Seville Diner. Al dijo:

«Si juegas bien tus cartas, cansarás a la SEC, hasta el punto de que tarde o temprano no quedará allí nadie que sepa nada acerca de tu caso. El ritmo al que cambian de personal es apabullante, en particular cuando se ven enmarañados en una investigación que no va bien.

»Pero nunca olvides —añadió— que el hecho de que se demoren no significa que se den por vencidos. Nada evita que te hagan nuevas acusaciones, aun si consigues negociar por las anteriores. La única manera sería si logras que emitan un documento donde diga que no tienen más nada que investigar. Y aun si ello ocurriera, deberías lidiar con la NASD... y también con los gobiernos estatales... por no hablar de, Dios no lo quiera, la oficina del fiscal de Estados Unidos y el FBI... aunque es de suponer que ya estarían metidos si quisieran hacerlo.»

Recordando las palabras de Abrams, le pregunté a Ike:

—¿Y cómo sabemos que la SEC no está preparando otra acusación?

—Me ocuparé de que quede establecido en el acuerdo —respondió Ike—. Dirá que se aplica a todas tus acciones hasta el presente. Pero recuerda, si Danny comete infracciones, nada impide que la SEC formule nuevos cargos.

Asentí lentamente. Aún no me convencía.

—¿Y qué hay de la NASD y de los gobiernos estatales o, Dios no lo quiera, del FBI?

Sorkin el Grande se acomodó en su trono y, cruzando otra vez los brazos, dijo:

—Eso no puede garantizarse. No voy a engañarte. Sería agradable que se pudiera establecer por escrito, pero no es así como funcionan las cosas. Pero, si quieres mi opinión, te diré que hay muy pocas posibilidades de que otros entes refloten el

caso. Recuerda, lo último que quiere cualquier regulador es meterse en un caso que no puede ganar. Es la manera segura de poner fin a una carrera. Ya viste lo que ocurrió con todos los abogados que la SEC le asignó al caso Stratton: cada uno de ellos debió marcharse con el rabo entre las patas, y te aseguro que no les sobran las ofertas de trabajo en el sector privado. La mayor parte de los abogados de la SEC está ahí sólo para coger experiencia y antecedentes. Una vez que consiguen algún renombre, se pasan al sector privado, que es donde pueden ganar verdadero dinero.

»Pero no podemos medir a la oficina del fiscal de Estados Unidos con ese mismo rasero. Tuvieron mucha más suerte que la SEC con la investigación de Stratton. Cuando comienzan a aparecer citaciones penales, pasan cosas inesperadas. Todos esos corredores que te defendieron tan admirablemente cuando los citó la SEC... Bueno, probablemente no lo hubieran hecho si esas mismas citaciones hubiesen sido emitidas por un tribunal federal.

»Pero, aun así, no creo que el fiscal general tenga interés alguno en tu caso. Stratton está en Long Island, que queda en el distrito Este. Y el distrito Este no se muestra particularmente activo en lo que hace a los casos vinculados a las finanzas, a diferencia del distrito Sur, que está en Manhattan y es muy activo. En fin, así veo las cosas, amigo mío. Creo que si negocias y das un paso al costado, puedes vivir tranquilo de ahora en adelante.

Respiré hondo y exhalé lentamente.

—Así lo haré —dije—. Llegó la hora de una capitulación honorable. Pero ¿qué ocurre si me acerco a la sala de negocios? ¿El FBI aparece en mi casa y me arresta por infringir la orden del tribunal?

—No, no —dijo Ike, agitando una mano—. Me parece que le estás dando a esto más importancia de la que tiene. El hecho es que, en teoría, podrías tener una oficina en el mismo edificio, en la misma planta, que Stratton. Por cierto, podrías pasarte el día en el pasillo conversando con Danny y ofreciendo tu opinión acerca de cada uno de sus movimientos. No es que yo te recomiende hacer eso ni ninguna otra cosa, pero no sería ilegal.

No es como si pudieras obligar a Danny a hacerte caso, y claro que no puedes pasar la mitad del día metido en la sala de negocios. Pero nadie puede objetar que quieras ir de visita de vez en cuando.

De pronto, sentí que me invadían las dudas. ¿Podía ser así de fácil? Si la SEC me inhabilitaba, ¿realmente podía seguir tan comprometido con Stratton? Y si la respuesta era sí, entonces yo tenía que hacérselo saber de alguna manera a los stratttonitas, para que sintieran que no los había abandonado. Al ver esa vía de escape, pregunté:

—¿Y a qué precio podría venderle mis acciones a Danny?

—Al que quieras —repuso Ike el Agudo, al parecer sin darse cuenta adónde apuntaba mi mente diabólica—. Eso es entre Danny y tú. A la SEC no podría importarle menos.

«Mmmm... ¡Muy interesante!», pensé, mientras la simpática cifra de doscientos millones de dólares acudía a mi mente.

—Bueno, creo que podría organizar algo con Danny. Siempre ha sido bastante razonable en cuestiones de dinero. Pero no creo que instale mi oficina en el mismo edificio que Stratton. Quizá deba conseguirme una por allí cerca. ¿Qué te parece, Ike?

—Creo que suena como una buena idea —respondió Ike el Agudo.

Le sonreí a mi maravilloso abogado y fui al fondo del asunto.

—Sólo tengo una pregunta más, aunque creo que ya conozco su respuesta. Si quedo inhabilitado para trabajar como financiero, en teoría paso a ser un inversor más. Nada me prohíbe invertir por mi propia cuenta ni ser titular de acciones de otras empresas que coticen en Bolsa, ¿verdad?

Ike, con una gran sonrisa:

—¡Por supuesto que no! Puedes comprar acciones, puedes venderlas, puedes ser propietario de paquetes de acciones de empresas que cotizan en Bolsa, puedes hacer lo que se te venga en gana. Lo que no puedes hacer es tener una agencia de Bolsa.

—Hasta podría adquirir las nuevas emisiones que lance Stratton, ¿verdad? Si dejo de ser un corredor de Bolsa inscrito, esa restricción ya no se me aplica, ¿no? —dije, elevándole una silenciosa plegaria al Todopoderoso.

—Créase o no —dijo Ike el Agudo—, la respuesta es «sí». Podrías comprar todas las nuevas emisiones de Stratton que Danny te ofreciese. Sin lugar a dudas.

Mmmm... ¡Esto podía llegar a terminar muy bien! En esencia, me convertiría en mi propia ratonera, no sólo en Stratton, isino también en Monroe Parker!

—Muy bien, Ike, creo que puedo convencer a Kenny de que acepte una inhabilitación de por vida. Hace tiempo que trata de convencerme de que ayude a su amigo Victor a entrar en el negocio de las finanzas. Es probable que hacerlo baste para cerrar el trato con Kenny. Pero necesito mantener esto en silencio por unos días. Si llega a filtrarse algo, no habrá acuerdo posible.

Sorkin el Grande encogió sus macizos hombros una vez más, volvió las palmas hacia arriba y guiñó un ojo. Las palabras estaban de más.

Al haberme criado en Queens, he disfrutado del relativo placer de recorrer la autopista a Long Island unas buenas veinte mil veces. Por alguna razón desconocida, esa ruta olvidada por la mano de Dios parece estar perpetuamente en construcción. De hecho, el sector que en ese momento atravesaba a bordo de mi limusina, donde el extremo oriental de Queens se une al occidental de Long Island, estaba en construcción desde que yo tenía cinco años, y no parecía haber avanzado desde entonces. Una compañía había conseguido algún contrato perenne. Eran los asfaltadores más incompetentes de la historia del universo o los hombres de negocios más astutos que nunca hayan recorrido la faz de la Tierra.

Sea como fuere, que yo estuviese a menos de tres millas náuticas de Stratton Oakmon no tenía la más mínima incidencia en cuánto tiempo me llevaba llegar allí. Así que, hundiéndome en mi asiento, hice lo que hacía siempre: concentrarme en la maravillosa calva de George para sosegarme. Me pregunté qué haría George si llegaba a perder su trabajo. De hecho, si yo jugaba mal esa partida, no sólo George, sino todo mi personal se vería afectado. Si Danny no se mostraba capaz de manejar Stratton, y a

consecuencia de ello yo me veía obligado a reducir mis gastos, los afectados serían muchos.

¿Qué sería de los stratttonitas? Por Dios, cada uno de ellos se vería forzado a reducir enormemente su nivel de vida si no querían ir de cabeza a la ruina. Tendrían que empezar a vivir como las demás personas, como si el dinero significase algo y uno no pudiera comprarse lo que le viene en gana cuando le da la gana. ¡Qué idea insoportable!

En lo que hacía a mi persona, lo más inteligente que podía hacer era marcharme cuanto antes con las manos limpias. Sí, un hombre prudente no le vendería la firma a Danny por un precio exorbitante ni pondría su oficina frente a Stratton ni manejaría las cosas entre bastidores. Hacerlo significaría que el lobo de Wall Street volvía a actuar como Winnie Pooh cuando mete la cabeza en el tarro de miel con demasiada frecuencia. No hacía falta sino fijarse en lo que me había ocurrido con Denise y Nadine: había engañado a la primera de ellas docenas de veces hasta que... a la mierda. ¿Para qué atormentarme pensando en eso?

No me cabía duda de que, si daba un paso al costado, no arriesgaría lo que ya tenía. No tendría necesidad de ofrecer mis consejos, orientación, guía, ni de acercarme a la sala de negocios para darles apoyo moral a mis tropas. No necesitaría mantener reuniones clandestinas con Danny, ni, por cierto, tampoco con los dueños de Biltmore y de Monroe Parker. Simplemente, me dedicaría a disfrutar de la vida con Nadine y Chandler, tal como me lo aconsejara Ike.

Pero ¿cómo podría andar por Long Island sabiendo que había abandonado el barco y dejado a todos en la estacada? Por no mencionar el hecho de que mi plan con respecto a Kenny se centraba en aceptar su petición de financiar a Victor Wang y ayudarlo a abrir Duke Securities. Y, si Victor se llegaba a enterar de que yo ya no estaba detrás de Stratton, no tardaría en volverse contra Danny.

Lo cierto era que la única manera de llevar adelante ese plan era haciéndoles saber a todos que yo aún tenía intereses en Stratton y que cualquier ataque contra Danny equivalía a un ataque contra mí. Entonces, todos se mantendrían leales, menos

Victor, claro, de quien me ocuparía en mis propios términos y en el momento que yo escogiese, mucho antes de que se fortaleciera lo suficiente como para declararme la guerra. El Chino Depravado era controlable siempre y cuando Biltmore y Monroe Parker se mantuvieran leales y Danny conservara la cabeza sobre los hombros y no se apresurase a desplegar sus alas.

Que Danny no se apresurase a desplegar sus alas: sí, era una variable importante y que no había que descuidar. Al fin y al cabo, era indudable que tarde o temprano querría hacer las cosas a su manera. Que yo pretendiera manejar las riendas del poder durante más tiempo que el necesario equivaldría a insultarlo. Quizá tendríamos que pactar verbalmente algo así como un período de transición, unos seis o nueve meses durante los cuales aceptaría mis instrucciones sin discutirlos. Después, permitiría gradualmente que asumiera el pleno control.

Y lo mismo podía decirse de Biltmore y Monroe Parker. También ellos trabajarían bajo mis órdenes, pero por un período más corto; luego, quedarían a cargo. El hecho era que me eran tan leales que probablemente siguieran haciéndome ganar tanto dinero como ahora sin que yo moviera un dedo. Era indudable que así eran las cosas con Alan; su lealtad, basada en una amistad de toda una vida, era incuestionable. Y Brian, su socio, sólo era dueño del cuarenta y nueve por ciento de Monroe Parker. Ésa había sido la condición previa que exigí antes de financiarlos. Así, quien decidía era Alan. Y, en el caso de Biltmore, el dueño del punto porcentual que decidía las cosas era Elliot. Y era bastante leal, aunque no tanto como Alan.

En cualquier caso, yo participaba de tantos negocios que Stratton sólo era una parte de mis finanzas. Estaba Zapatos Steve Madden, también Roland Franks y Saurel; había una docena de otras empresas en las que yo tenía un porcentaje y que estaban preparándose para cotizar en Bolsa. Claro que Dollar Time era un desastre total, pero lo peor ya había pasado.

Con las cosas así resueltas en mi mente, le dije a George:

—Sal de la carretera y toma las calles locales. Necesito regresar a la oficina.

El mudo, con evidente odio, asintió con dos cabezadas.

Ignoré su insolencia y dije:

—No te marches después de que me dejes. Hoy voy a almorzar en Tenjin, ¿de acuerdo?

Una vez más, el mudo no dijo ni una puta palabra sino que asintió con la cabeza.

¿No era increíble? El hijo de puta no me decía ni una maldita palabra y yo me preocupaba por cómo sería su vida sin Stratton. Tal vez me equivocaba. Tal vez no les debía nada a las miles de personas que dependían de Stratton para ganarse la vida. Quizá se volvieran en mi contra en un segundo y me dijeran que me jodiera, si creían que ya no podía serles útil. Quizá... quizá... quizá...

No dejaba de tener gracia que con todo ese debate interno hubiese pasado por alto un punto muy importante: si ya no tenía que preocuparme por mantenerme sobrio en horario de trabajo, nada impedía que tomase qualuuds todo el día. Sin darme cuenta de que lo hacía, estaba creando las condiciones para un escenario futuro de mucha oscuridad. A fin de cuentas, entonces, mi único límite sería el que pusiera mi propio sentido común, que tenía la curiosa costumbre de abandonarme, en particular cuando había rubias y drogas de por medio.

Almuerzo en el universo alternativo

Cada vez que la puerta de Tenjin se abría, un puñado de stratonitas entraba en el restaurante, y tres chefs de sushi y media docena de diminutas camareras dejaban lo que fuera que estuviesen haciendo para vociferar: *Gongbongwa! Gongbongwa! Gongbongwa!*, que quiere decir «buenas tardes» en japonés. Luego, les dedicaban profundas reverencias a los stratonitas, cambiando su tono de voz a un extraño chillido para decir: *Yo-say-no-sah-no-seh! Yo-sayno-sah-no-seh! Yo-say-no-sah-no-seh!*, que sólo Dios sabe qué significa.

Los chefs se precipitaban a saludar a los recién llegados, cogiéndoles las muñecas para inspeccionar sus relucientes relojes de oro. En un inglés marcadamente acentuado los interrogaban:

—¿Cuánto cuesta reloj? ¿Dónde compraste? ¿Con qué coche venir a restaurante? ¿Ferrari? ¿Mercedes? ¿Porsche? ¿Qué clase de palo de golf usar? ¿Dónde jugar? ¿Hasta dónde lanzar pelota? ¿Cuánto tener de *handicap*?

Entre tanto, las camareras, enfundadas en quimonos rosa salmón y con morrales color verde lima a las espaldas, frotaban con sus manos el fino paño italiano de todas esas chaquetas he-

chas a medida por Gilberto, dando cabezadas de apreciación y emitiendo sonidos de arrullo:

—Oooohhhh... Aaaaah... linda-a-tela... tann-suave.

Y entonces, como obedeciendo a una señal inaudible, se detenían todos al mismo tiempo y regresaban a lo que fuese que estaban haciendo. En el caso de los chefs de sushi, enrollar, plegar, rebanar y cortar. En el de las camareras, servir enormes jarras de sake Premium y cerveza Kirin a los jóvenes sedientos y servirles a los ricos hambrientos enormes bandejas de madera en forma de bote colmadas de sushi y sashimi demasiado caro.

Y, en el momento mismo en que uno creía que las cosas volvían a la normalidad, la locura se repetía, y el personal de Tenjin, locamente animado, volvía a lanzarse sobre un grupo de strattonitas recién llegados para cubrirlos de pompa y circunstancia japonesas, a la que añadían lo que en mi opinión posiblemente eran puros cuentos chinos, o japoneses.

¡Bienvenidos a la hora del almuerzo al estilo Stratton!

En ese preciso instante, el universo alternativo ejercía todo su poder sobre ese diminuto rincón del planeta Tierra. Docenas de automóviles deportivos y limusinas extralargas bloqueaban el tránsito a la puerta del restaurante, mientras, en el interior, los jóvenes strattonitas ponían en práctica sus tradiciones ancestrales: comportarse como manadas de lobos salvajes. De las cuarenta mesas del local, sólo dos estaban ocupadas por no-strattonitas, o «civiles», como los llamábamos. Tal vez hubiesen ido a dar a Tenjin por casualidad, mientras buscaban un lugar tranquilo para comer en paz. Era indudable que no esperaban el extraño destino que les había tocado en suerte. Y es que, a medida que el almuerzo progresaba, las drogas comenzaban a surtir efecto.

Sí, el reloj acababa de marcar la una de la tarde, y algunos de los strattonitas ya se estaban divirtiendo. No era difícil identificar a los que habían tomado qualuuds: eran los que estaban parados sobre las mesas, hablando confusamente y babeando mientras contaban sus proezas. Afortunadamente, las asistentes de ventas tenían órdenes de quedarse en la sala de negocios, atendiendo los teléfonos y poniendo al día el papeleo, así que

todos conservaban sus ropas y no había nadie follando en los baños o debajo de las mesas.

Yo estaba sentado en un reservado del fondo del restaurante. Contemplaba esa locura, mientras fingía escuchar la cháchara de Kenny Greene, el retardado de cabeza cuadrada, quien vomitaba sus propios cuentos chinos en estado puro. A todo eso, Victor Wang, el Chino Depravado, asentía con su cabezota de panda a todo lo que decía su retardado amigo, aunque yo tenía la certeza de que también él sabía muy bien que Kenny era retrasado y que sólo fingía asentir a sus palabras.

Cabeza Cuadrada decía:

—... y ése es el motivo por el cual esto te haría ganar mucho dinero, JB. Victor es el tipo más agudo que conozco. —Tendió la mano para palmear la enorme espalda del chino—. Después de ti, claro, pero eso lo doy por entendido.

Con una sonrisa insincera, dije:

—Bueno, vaya, Kenny, ¡gracias por el voto de confianza!

Victor soltó una risita ante la estupidez de su amigo y me dirigió una de sus atroces sonrisas, entornando los ojos hasta que casi desaparecieron.

Pero lo cierto era que Kenny nunca entendió el concepto de lo irónico. De modo que tomó mi agradecimiento al pie de la letra y ahora lucía radiante de orgullo.

—Según mis cálculos, sólo harán falta unos cuatrocientos mil para que la cosa despegue en serio. Si quieres, me los das en efectivo y se los hago llegar a Victor por medio de mi madre —«¿de su madre?», me pregunté— y ni siquiera debes preocuparte por dejar un mal rastro de papel —¿mal rastro de papel?— porque mi madre y Victor son copropietarios de algunos bienes raíces y con eso se justifica todo fácilmente. Necesitaremos algunos corredores de Bolsa clave para que las ruedas comiencen a girar y, sobre todo, una gran porción de la próxima emisión. Calculo que lo que debemos hacer...

Dejé de escuchar. Kenny estaba que reventaba de excitación y cada palabra que salía de su boca era un puro disparate.

Ni Victor ni Kenny sabían de la propuesta de la SEC. No se lo haría saber hasta pasados unos días, y para entonces se ha-

brían meado encima de emoción ante el futuro de Duke Securities, tanto que Stratton Oakmont les parecería algo sin la menor importancia. Sólo entonces se lo diría.

En ese momento miré a Victor por el rabillo del ojo y me tomé un instante para estudiarlo. ¡Mirar al Chino Depravado con el estómago vacío me hacía sentir deseos de comérmelo! Nunca había entendido por qué ese inmenso chino me parecía tan apetitoso. Probablemente tuviese algo que ver con su piel, más suave que la de un recién nacido. Y por debajo de esa aterciopelada piel había una docena de capas de rica grasa china, y debajo de ellas, otras doce de indestructible músculo chino, perfecto para comerlo; y todo el conjunto estaba pintado de un delicioso amarillo chino, del exacto matiz de la miel.

El resultado final era que, cada vez que posaba los ojos en Victor Wang, me parecía un cochinito y sentía deseos de meterle una manzana en la boca, ensartarle un espetón por el agujero del culo, ponerlo a las brasas y untarlo de salsa agridulce para invitar a un grupo de amigos a comerlo, ¡al estilo de una parrillada hawaiana!

—... y Victor siempre te será leal —proseguía Cabeza Cuadrada— y podrás sacarle más dinero a Duke Securities que a Biltmore y Monroe Parker juntas.

Me encogí de hombros y dije:

—Tal vez, Kenny, pero eso no es lo que más me preocupa de esto. No me interpretes mal, tengo intención de ganar mucho dinero. Al fin y al cabo, ¿por qué no habíamos de ganarlo los tres? Pero para mí, lo más importante de esto, lo que de verdad trato de lograr, es asegurar tu futuro y el de Victor. Si puedo hacerlo y, además, ganarme unos millones adicionales al año, consideraré que fue un gran éxito. —Hice una pausa de unos segundos para que absorbieran mis mentiras, procurando percibir cómo se tomaban mi repentino cambio de opinión.

Hasta ahora, todo va bien, pensé.

—El juicio de la SEC tendrá lugar en algún momento de los próximos seis meses, y ¿quién sabe en qué terminará? Por más que, al parecer, las cosas van bien, quizá llegue un momento en que lo lógico sea llegar a un arreglo. Y si ello ocurriera, quiero

que todos tengan su billete de salida listo y a mano. Aunque no lo creas, te diré que hace ya un tiempo que quiero echar a andar Duke, pero tengo pendiente el asunto de mi participación accionarial en Judicate. No puedo venderla hasta dentro de dos semanas, así que debemos mantener todo en secreto por ahora. No puedo enfatizar cuán importante es eso. ¿Entienden?

Victor asintió con su cabeza de panda y dijo:

—No le diré ni una palabra a nadie. Y en lo que se refiere a mis acciones de Judicate, ni me importan. Con Duke todos podemos ganar tanto dinero que me importa una mierda si no vendo ni una de las acciones de Judicate.

En ese momento, Kenny intervino:

—¡Ves, JB! ¡Te lo dije! Victor tiene las cosas claras. Está totalmente de acuerdo contigo. —Una vez más, extendió la mano y palmeó la inmensa espalda del chino.

Victor dijo:

—También quiero decirte que te juro absoluta lealtad. Tú sólo dime qué acciones quieres que compre, y lo haré. Y no venderé ni una hasta que no me digas que lo haga.

Sonreí y dije:

—Ése es el motivo por el cual acepto hacer esto, Victor. Confío en ti y sé que te comportarás como debes. Y también, claro, porque sé que eres astuto y que tendrás mucho éxito. —«Y las palabras son baratas», pensé. De hecho, habría apostado mi vida a que toda esta buena voluntad de Victor era pura mierda. El chino era incapaz de serle leal a nadie ni a nada, en especial a sí mismo. A fuerza de alimentar su retorcido ego se jodería él mismo sin darse cuenta.

Tal como lo habíamos planeado, Danny llegó al cabo de quince minutos. Era el lapso que, según mis cálculos, Kenny necesitaba para disfrutar de su momento de gloria sin que Danny le aguara la fiesta. A fin de cuentas, albergaba un hondo resentimiento por el hecho de que Danny hubiese ocupado su lugar como mi segundo. Dejar a Kenny de lado fue algo que me hizo sentir mal, pero que era imprescindible. Aun así, era una pena que tuviera que caer junto a Victor, en particular si se tenía en cuenta que Kenny creía todo lo que me decía respecto a la leal-

tad de Victor y todas esas estupideces. Pero la debilidad de Kenny se originaba en el hecho de que aún veía a Victor con ojos de adolescente. Aún lo idolatraba porque consideraba que había sido exitoso como vendedor de coca, cuando lo cierto era que Victor sólo había triunfado traficando marihuana, lo que se considera el peldaño más bajo en el escalafón de la venta de drogas.

Yo ya había tenido una reunión con Danny cuando regresé a Stratton después del encuentro con Ike. Le expliqué mi plan con gran detalle, reservándome muy poco. Cuando terminé, su respuesta fue la esperada.

—Para mí —dijo— siempre serás el dueño de Stratton, y sesenta centavos de cada dólar siempre serán tuyos. Y eso vale tanto si instalas tu oficina al otro lado de la calle como si decides dar la vuelta al mundo en tu yate.

Entonces, una hora más tarde, llegaba a Tenjin, donde lo primero que hizo fue servirse una gran taza de sake. A continuación, llenó las nuestras y alzó la suya, disponiéndose a hacer un brindis. Dijo:

—Por la amistad, la lealtad y porque hagamos un *scrum* con unas fichas azules esta noche.

—¡Eso! ¡Eso! —exclamé, y los cuatro entrechocamos nuestras tazas de porcelana blanca antes de apurar el tibio líquido ardiente.

Volviéndome a Kenny y Victor dije:

—Mirad, todavía no le he contado a Danny en qué estamos con lo de Duke —mentira—, así que permitidme que le haga una breve síntesis para ponerlo al día, ¿de acuerdo?

Victor y Kenny asintieron y, tras una breve introducción, pasé a los pormenores. Cuando llegué al tema del emplazamiento de Duke, me volví a Victor y le dije:

—Te daré un par de opciones. La primera es instalarte en Nueva Jersey, apenas cruzando el puente George Washington y abrir la firma allí. Lo mejor sería Fort Lee, o tal vez Hackensack. En cualquiera de los dos casos, no tendrás problemas para reclutar personal. Podrás atraer a chicos de toda Nueva Jersey. Incluso es posible que algunos se vengan de Manhattan, los que estén hartos de trabajar allí. La segunda opción sería ir a Man-

hattan mismo, pero ésa es una espada de doble filo. Por un lado, allí hay un millón de muchachos, de modo que reclutar no sería un problema. Pero, por otro, te será difícil construir lealtades allí.

»Una de las claves de Stratton es que somos la única opción en este lugar. Mira este restaurante, por ejemplo. —Señalé las mesas con la cabeza—. Todos los comensales son strattonitas. Así que se trata, Victor, de una sociedad autosuficiente —resistí el deseo de usar la palabra «secta», más apropiada— en la que nadie está expuesto a un punto de vista alternativo. Si abres una oficina en Manhattan, tus corredores almorzarán con otros, de mil firmas diferentes. Quizás ello no parezca demasiado importante ahora, pero créeme, en el futuro lo será, en particular si tienes mala prensa o si tus acciones se desmoronan. Entonces, te sentirás muy feliz de estar en un lugar en el que nadie pueda susurrarles cosas negativas en los oídos a tus corredores. Pero en fin, la elección es tuya.

Victor asintió lentamente con su cabezota de panda, como si ponderara los pros y los contras. Me pareció casi risible, puesto que sabía que las probabilidades de que el chino quisiera irse a Nueva Jersey eran pocas o ningunas, y que, como dicen, «pocas» se había ido de vacaciones. Su gigantesco ego jamás le permitiría irse a Nueva Jersey. Al fin y al cabo, mal podía decirse que ese estado evocara ideas de riqueza y éxito, ni que fuera, aún más importante, un lugar donde se concentraran los que influían en el juego de las finanzas. No, Victor querría abrir su firma en el corazón mismo de Wall Street, tuviera sentido hacerlo o no. Y eso era justo lo que yo quería. Así, me sería mucho más fácil destruirlo cuando llegase el momento.

Yo les había hecho ese mismo discurso a los propietarios de Biltmore y de Monroe, todos los que originalmente habían querido abrir sus oficinas en Manhattan. Y por eso era que Monroe Parker estaba metida en el remoto interior del estado de Nueva York y que Biltmore tenía sus oficinas en Boca Ratón, para ser más precisos, en el área conocida como «Milla de los Gusanos», que era el nombre que la prensa le había dado a la parte del sur de Florida donde se concentraban las agencias de Bolsa.

A fin de cuentas, todo se reducía a lavar cerebros, lo que tiene dos aspectos. El primero consiste en repetir una y otra vez la misma cosa a un público cautivo. El segundo, en cerciorarse de ser el único que habla. No puede haber otros puntos de vista. Claro que ayuda si lo que uno dice es lo único que sus súbditos quieren oír, lo cual era el caso en Stratton Oakmont. Dos veces al día, todos los días, me ponía en pie al frente de la sala de negocios y les decía a todos que si hacían exactamente lo que yo dijera, tendrían más dinero del que nunca hubieran creído posible y que las muchachas más hermosas se arrojarían a sus pies. Y eso era exactamente lo que había ocurrido.

Al cabo de unos buenos diez segundos de silencio, Victor respondió:

—Entiendo lo que dices, pero creo que yo andaré muy bien en Manhattan. Hay tantos muchachos que me parece imposible no cubrir todas mis plazas en dos segundos.

Cabeza Cuadrada añadió:

—Y apuesto a que Victor es capaz de motivarlos, y mucho. Así que todos estarán felices de trabajar para él. Como sea, puedo ayudarlo en ese aspecto. Tomé notas de todos tus discursos, así que podemos repasarlos con Victor y...

¡Oh, por Dios! Dejé de escuchar de inmediato y me puse a estudiar al panda gigante, procurando imaginar qué ocurriría en el interior de su retorcido cerebro. De hecho, no era nada tonto y tenía su utilidad. Por ejemplo, me había hecho todo un servicio hacía unos tres años...

Fue justo después de que abandoné a Denise. Nadine aún no se había mudado a vivir conmigo de forma oficial, de modo que, como no tenía una mujer en casa, decidí contratar un mayordomo a tiempo completo. Yo quería un mayordomo gay, como el que salía en *Dinastía*, ¿o era en *Dallas*? Como fuera, la cosa era que quería un mayordomo gay propio, pues, rico como era, me parecía que me correspondía.

De modo que Janet salió en busca de un mayordomo gay que, por supuesto, no tardó en encontrar. Se llamaba el Mayordomo Patrick y era tan gay que le salían plumas del culo. Patrick me pareció un buen tipo, más allá del hecho de que de vez en cuando

se le veía un poco borracho. Pero como yo no pasaba mucho tiempo en casa, realmente no sabía demasiado bien cómo era.

Cuando la duquesa se mudó, enseguida se hizo cargo de la casa y empezó a notar algunas cosas. Por ejemplo, que el Mayordomo Patrick era un alcohólico perdido que cambiaba de parejas sexuales a la velocidad con que dispara una ametralladora, o al menos eso es lo que le dijo a la duquesa, en una ocasión en que su lengua lameculos estaba lubricada con valium, alcohol y quien sabe qué más.

Los problemas no tardaron en llegar. El Mayordomo Patrick cometió el lamentable error de suponer que la duquesa cenaría conmigo en casa de mis padres para Pascua, de modo que decidió celebrar una orgía gay para veintiún amigos, que formaron un tren humano en mi sala de estar antes de ponerse a luchar desnudos en mi habitación. Sí, cuando la duquesa (que por entonces tenía veintitrés años) llegó, tuvo el placer de ver todo un espectáculo: todos esos homosexuales apretados unos contra otros, bolas contra culos, follando como animales de granja en nuestro nidito de amor de Manhattan, en el piso veintitrés de las torres Olympic.

Fue precisamente por la ventana de ese apartamento que Víctor suspendió al Mayordomo Patrick sobre el vacío cuando salió a la luz que éste y sus amiguetes me habían robado cincuenta mil dólares en efectivo del cajón de los calcetines. En defensa de Víctor debe decirse que sólo suspendió a Patrick del lado de afuera de la ventana después de haberle solicitado en repetidas ocasiones que devolviese los bienes robados. Claro que enfatizó sus pedidos con crosses de derecha y ganchos de izquierda, que tuvieron el efecto de romper la nariz de Patrick, reventarle los capilares de ambos ojos y fisurarle tres o cuatro costillas. Es de suponer que Patrick confesó y devolvió el dinero, ¿verdad?

Bueno, no. De hecho, Danny y yo estábamos allí y presenciamos el salvaje numerito de Víctor. Danny fue el que se mostró más duro a la hora de hablar; al menos, así lo hizo hasta que el chino lanzó el primer puñetazo y el rostro de Patrick explotó, convirtiéndose en una hamburguesa cruda, en cuyo momento Danny corrió al baño y se puso a vomitar.

Al cabo de un rato, me pareció que Victor se estaba entusiasmando y que tenía toda la intención de tirar a Patrick por la ventana. De modo que le pedí amablemente que lo volviese a meter, cosa que pareció lamentar profundamente, pero que hizo. Cuando Danny emergió del baño, con semblante preocupado y verdooso, le expliqué que había llamado a la policía y que venían a arrestar al Mayordomo Patrick. Danny se azoró porque yo tuviese la osadía de llamar a la policía después de haber instigado el ataque contra Patrick. Pero le expliqué que, cuando la policía llegase, les contaría exactamente qué había pasado, y eso fue lo que hice. Y para asegurarme de que los dos jóvenes policías me entendieran bien, les di mil dólares en efectivo a cada uno, ante lo cual asintieron, sacaron las porras de sus cinturones de uniforme del departamento de policía de Nueva York y se lanzaron a darle otra concienzuda paliza a Patrick.

Mientras divagaba entre esos recuerdos, llegó Massa, mi camarero favorito, para apuntar nuestros pedidos. Sonreí y le dije:

—Dime, Massa, qué recomendas...

Pero Massa me cortó en seco, preguntando:

—¿Por qué tomar limo hoy? ¿Dónde Ferrari? ¡Como Don Johnson!, ¿no? ¡Tú como Don Johnson! —Ante lo cual las dos camareras exclamaron:

—¡Ohh... él ser Don Johnson... él ser Don Johnson!

Les sonreí a mis admiradoras japonesas, que se referían a mi Ferrari Testarossa blanco, exactamente el modelo que conducía Don Johnson en su papel de Sonny Crockett en *Corrupción en Miami*. Era sólo un ejemplo entre muchos de la manera en que yo hacía realidad mis fantasías de adolescente. Como *Corrupción en Miami* fue una de mis series de televisión favoritas de esos años, me compré un Testarossa blanco apenas gané mi primer millón. La referencia a Don Johnson me abochornó un poco, así que, agitando una mano y meneando la cabeza dije:

—Bien, pues, ¿qué hay en el menú...?

Pero Massa volvió a interrumpirme.

—¡Tú también ser James Bond! Tener Aston Martin como Bond. Tener juguetes en coche... ¡Aceite... clavos!

Ante lo cual las camareras exclamaron:

—¡Ohh, él ser James Bond! ¡Besa-besa, mata-mata! ¡Besa-besa, mata-mata!

Todos nos desternillamos. Massa se refería a una de las imbecilidades más grandes que yo nunca hubiese cometido. Había ocurrido hacía casi un año. Una nueva emisión había producido ganancias por valor de veinte millones de dólares. Yo estaba sentado en la oficina con Danny y los qualuuds comenzaban a surtir efecto. Comencé a sentir una irrefrenable necesidad de gastar dinero. Llamé a mi vendedor de coches exóticos y le compré a Danny un convertible Rolls Royce Corniche negro por doscientos mil dólares. Después, compré un Aston Martin Virage verde para mí, por doscientos cincuenta mil dólares. Pero con eso no me alcanzó. Aún sentía necesidad de gastar. Así que el vendedor me propuso convertir mi Aston Martin en un auténtico auto de James Bond. Podría tirar una mancha de aceite e interferir radares. Su matrícula se escondería, revelando una luz estroboscópica destinada a cegar a los perseguidores. También tendría una caja, que pulsando un interruptor, esparciría sobre la carretera clavos, pinchos o diminutas minas terrestres, en el supuesto de que yo encontrara un traficante de armas que me las vendiera. El precio: cien mil dólares. Incorporé todas las modificaciones propuestas, que tuvieron el efecto de quitarle tanta energía a la batería que el coche nunca funcionó bien. De hecho, cada vez que salía a dar una vuelta, se averiaba, así que se quedó en mi garaje, donde lucía muy bonito.

Le dije a Massa:

—Gracias por el elogio, pero estamos hablando de negocios, amigo mío.

Massa hizo una obediente reverencia, recitó los especiales del día y apuntó nuestros pedidos. Volvió a inclinarse y se marchó.

Le dije a Victor:

—Bueno, volvamos al tema del financiamiento. No me convence eso de que la madre de Kenny emita el cheque. No importa si estáis haciendo negocios entre vosotros o no. Es una señal de alarma, así que no lo hagáis. Te daré los cuatrocientos mil en efectivo, pero no quiero que recibas dinero de Gladys. ¿Y tus

propios padres? ¿No puedes darles el dinero y que ellos emitan el cheque?

—Mis padres no son así —dijo Victor, en un raro momento de humildad—. Son personas sencillas y no lo entenderían. Pero puedo organizar algo con cuentas del exterior, en Oriente, a las que tengo acceso.

Con disimulo, Danny y yo intercambiamos una mirada. El jodido chino hablaba de cuentas en el exterior antes de siquiera haber abierto su firma de Bolsa. ¡Qué maniaco depravado! Existe una progresión lógica para cometer delitos, y la clase de delito a la que Victor se refería viene al final, cuando ya has ganado dinero, no al comienzo. Le dije:

—Eso hace sonar otras alarmas, distintas, pero igualmente estridentes. Déjame que lo piense durante un día o dos y daré con la mejor manera de hacerte llegar el dinero. Quizás haga que una de mis ratoneras te lo preste, no en forma directa sino a través de un tercero. Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes.

Victor asintió con la cabeza.

—Lo que digas, pero si necesitaras recurrir a mis cuentas en el exterior, sólo dímelo, ¿de acuerdo?

Le dirigí una sonrisa inexpresiva y tendí mi lazo:

—Sí, te haré saber si las necesito, pero lo cierto es que no me meto en esa clase de cosa. Pero hay un último tema del que debo hablarte, que es cómo debes manejar la cuenta de negocios de Duke. Hay dos maneras de hacerlo, a la larga y a la corta. Ambas tienen sus pros y sus contras. No me voy a meter en todos los pormenores ahora, pero te haré una síntesis. Si haces negocios a la larga, puedes ganar mucho más dinero que de la otra manera. Cuando digo a la larga me refiero a conservar grandes bloques de acciones en la caja de negocios de Duke; entonces, puedes hacer que su precio suba y ganar dinero sobre lo que tienes guardado. Del mismo modo, si haces negocios a la corta, es decir, si conservas un número de acciones reducido en caja, cuando esos títulos suban, estarás perdiendo dinero. Y durante tu primer año de actividad es de suponer que todas las acciones que manejes subirán, así que, si lo que quieres es ganar mucho dinero, te conviene trabajar favoreciendo marcadamente los negocios a la lar-

ga. Es lo que debes hacer si realmente quieres oír la campanilla de la caja registradora. Ahora bien, no negaré que ello requiere pelotas; es algo que puede llegar a ponerte bastante nervioso, porque tus corredores no siempre estarán en condiciones de comprar todos los títulos que tengas en depósito. De modo que hay una tendencia a que el efectivo quedé paralizado bajo la forma de títulos en inventario.

»Pero siempre y cuando tengas suficiente confianza, y agallas para esperar, cuando pase la fase descendente y los títulos comiencen a subir, ganarás una jodida fortuna. ¿Me sigues, Victor? No es una estrategia para débiles. Es una estrategia para los que son fuertes y saben trabajar a futuro. —Con esas palabras alcé mucho las cejas y volví las palmas hacia arriba, como si dijera: «¿Eres de lo míos en este aspecto?». Después, esperé para ver si Cabeza Cuadrada hacía alguna observación sobre el hecho de que yo acababa de darle a Victor el peor consejo de la historia de Wall Street. Lo cierto es que hacer negocios a la larga es la receta segura para el desastre. Retener acciones en la cuenta de tu empresa conlleva el riesgo de perderlo todo. El efectivo es lo que manda en Wall Street, y si tu cuenta de negocios está comprometida en acciones, eres vulnerable a los ataques. En cierto modo, eso mismo ocurre en cualquier otro negocio. Hasta un fontanero que haya invertido demasiado en herramientas y repuestos puede encontrarse con que está corto de efectivo. Y a la hora de pagar las cuentas, es decir, alquiler, teléfono, salarios, mal puede ofrecerles a sus acreedores pagarlas con elementos de fontanería. No, el efectivo manda en todos los negocios, y especialmente en el de las finanzas, donde tu inventario puede perder todo su valor de un día a otro.

La manera correcta de hacer las cosas es a la corta, lo que te mantiene provisto de efectivo. Si bien es cierto que pierdes si las acciones suben, puede considerarse que ese coste equivale a pagar una prima de seguros. Así había administrado yo la cuenta de negocios de Stratton, permitiendo que la firma sufriese pérdidas en la compraventa diaria, pero asegurando que mantuviese sus reservas de efectivo, un modo de garantizar que, el día que hacíamos una nueva emisión, la campanilla de la caja registra-

dora no dejara de sonar. En síntesis, puede decirse que perdía un millón al mes por negociar acciones a la corta, pero al mismo tiempo me aseguraba diez millones al mes en emisiones públicas iniciales al no desprenderme de mi efectivo. Me parecía algo tan evidente que no podía concebir que se hiciesen negocios de otra manera.

El asunto era ver si Cabeza Cuadrada y el chino entendían o no cuál es la buena forma de hacer negocios. Yo esperaba que la locura misma de la idea de negociar a la larga fuese atractiva para el ego de Victor. Lo cierto es que ni siquiera Danny, que era muy listo, entendía del todo ese concepto, o quizá lo que ocurriera fuese que tenía tal inclinación innata a los riesgos que estuviese dispuesto a poner en juego la salud de la empresa con tal de tener la posibilidad de ganar unos pocos millones más al año. Era imposible saberlo.

En el momento justo, Danny intervino.

—Te diré la verdad. Al comienzo, me ponía nervioso cuando veía que hacías negocios a gran escala a la larga, pero, con el tiempo, bueno... cuando vi todo el dinero adicional que ello traía —se puso a menear la cabeza, como aprobando sus propios dislates—, bueno... es increíble. Pero sin duda requiere pelotas.

Kenny, el idiota:

—Sí, ganamos fortunas haciendo negocios de esa manera. Sin duda que ése es el modo, Vic.

Tenía su gracia, pensé. Al cabo de tantos años, Kenny aún no tenía ni la más remota idea de cómo hacía yo para mantener Stratton en el pináculo de la salud financiera, a pesar de todos los problemas. Yo nunca hice negocios a la larga, ini una sola vez! A no ser, claro, en los días de emisión de nuevas acciones, en que permitía que durante unos pocos minutos cuidadosamente escogidos, la firma trabajara muy a la larga, mientras el precio de las unidades subía y subía. Pero lo hacía porque sabía que una gigantesca inundación de billetes de compra llegaría de un momento a otro.

Victor dijo:

—Vivir en el riesgo no es un problema para mí. Eso es lo que diferencia a los hombres de los niños. Siempre y cuando sepa

que las acciones van a subir, estoy dispuesto a invertir en ellas hasta mi último centavo. El que no arriesga no gana, ¿no? —El panda sonrió hasta que sus ojos desaparecieron.

Asentí.

—Así es, Vic. Además, si te llegaras a encontrar en una posición difícil, siempre estaré ahí para apoyarte hasta que te recuperes. Considérame tu póliza de seguro.

Alzamos las tazas en un nuevo brindis.

Al cabo de una hora, yo recorría la sala de negocios con sentimientos contradictorios. Hasta ahora, todo iba según lo planeado, pero ¿qué pasaría con mi propio futuro? ¿Qué se haría del lobo de Wall Street? Al fin, toda esa experiencia, toda mi salvaje cabalgata se convertiría en un lejano recuerdo, algo para contarle a Chandler. Le contaría cómo, alguna vez, su papá fue uno de los jugadores clave de Wall Street, cómo fue dueño de una de las mayores firmas de Bolsa de la historia y cómo todos estos muchachos, que se hacían llamar strattonitas, andaban por Long Island gastando obscenas cantidades de dinero en toda clase de cosas inútiles.

Sí, Channy, los strattonitas seguían a tu padre y lo consideraban su rey. Y durante un breve período, más o menos para la época en que tú naciste, papá realmente era como un rey y a él y a mamá los trataban como a monarcas dondequiera que fuesen. Y ahora tu padre es... ¿Quién demonios es? Bueno, tal vez papá podría mostrarte algunos recortes de periódicos, quizás eso ayudaría a explicar las cosas... o... bueno, tal vez no. Todo lo que dicen sobre tu padre es mentira, Channy, ¡puras mentiras! La prensa siempre miente; ya lo sabes, Chandler, ¿no? Sólo pregúntale a tu abuelita, Suzanne; ella te lo dirá. Oh, claro que hace un tiempo que no la ves; está en la cárcel con la tía Patricia, por lavado de dinero. ¡Caramba!

¡Ésa sí que era una premonición oscura! ¡Por Dios! Respiré hondo y la aparté de mi conciencia. A los treinta y un años ya iba camino de ser olvidado. ¡Toda una fábula con moraleja! ¿Era posible ser un olvidado a esa edad? Tal vez mi caso fuese como

el de los niños actores que en cuanto crecen un poco se ponen feos y desgarrados. ¿Cómo se llamaba el pelirrojo ése de *La familia Partridge*? ¿Danny Bona-ducha o algo así? Pero ¿no era mejor ser un olvidado que alguien que nunca llegó a nada? Era difícil decirlo, porque lo cierto era que esa moneda tenía otra cara, a saber, que me había habituado a algo sin lo cual me costaría vivir. Yo había vivido sin gozar de ese poderoso rugido durante veintiséis años, ¿no? Pero ahora... bueno, ¿cómo haría para vivir sin él, si ya era una parte tan importante de mí?

Respiré hondo, tomando fuerzas. Me tenía que concentrar en los muchachos, los stratonitas. ¡Se trataba de ellos! Tenía un plan, y a él me ceñiría: retirada gradual; mantener mi influencia tras bambalinas; tranquilizar a la tropa; mantener la paz entre las firmas de Bolsa; y tener a raya al Chino Depravado.

Cuando me aproximé al escritorio de Janet, vi que su semblante tenía una expresión sombría que anunciaba problemas. Tenía los ojos un poco más abiertos que de costumbre, los labios ligeramente separados. Estaba sentada en el borde de su asiento y, en el instante mismo en que sus ojos se encontraron con los míos se puso de pie y se me acercó. Me pregunté si le habría llegado algún indicio de lo que estaba ocurriendo con la SEC. Los únicos que lo sabíamos éramos Danny, Ike y yo, pero, en cosas como ésa, Wall Street era un lugar curioso y las noticias solían viajar a una notable velocidad. De hecho, un viejo dicho de Wall Street afirma que «las buenas noticias viajan deprisa, las malas, a la velocidad de la luz».

Apretó los labios:

—Han llamaron de Visual Image para decir que tienen que hablar contigo cuanto antes. Dicen que es absolutamente urgente que te comuniqués con ellos hoy mismo.

—¿Quién mierda es Visual Image? ¡Es la primera vez que oigo ese nombre!

—Sí que los conoces. Son los que hicieron el vídeo de tu boda, ¿recuerdas? Tú les fletaste el avión para que fuesen a Anguilla. Eran dos, un hombre y una mujer. Ella era rubia, él, de cabello castaño. Ella vestía...

La interrumpí:

—Sí, sí, ya los recuerdo. No necesito una descripción pormenorizada. —Meneé la cabeza, asombrado ante la memoria de Janet para los detalles. De no haberla interrumpido, hasta me habría dicho el color de la falda de la mujer—. ¿Quién llamó, él o ella?

—Él. Y parecía nervioso. Dijo que tenía que hablar contigo cuanto antes, que había un problema.

¿Un problema? ¿De qué mierda hablaba? ¡No tenía sentido! ¿Qué tema tan urgente podía tener para tratar conmigo el cámara de mi boda? ¿Podía tratarse de algo que ocurrió en esa fiesta? Me tomé un momento para registrar mi memoria... No, era muy difícil que fuera algo así, a pesar del hecho de que en su momento recibí una advertencia oficial del gobierno de la diminuta isla caribeña de Anguilla. Yo había pagado pasajes de avión a trescientos de mis amigos (¿amigos?) más íntimos para que fueran a pasar una semana de vacaciones, también pagadas por mí, en uno de los mejores hoteles del mundo, el Malliouhana. Me costó más de un millón de dólares y, el fin de la semana, el presidente de la isla me informó de que el único motivo por el cual no habían sido detenidos todos por posesión de drogas era que mi aporte a la economía local había sido tan importante que decidió hacer la vista gorda. Pero añadió que todos los asistentes habían sido puestos en una lista de vigilancia y que, si llegaban a regresar a Anguilla, harían bien en no traer sus drogas consigo. Pero todo había ocurrido tres años atrás, de modo que la llamada no podía tener nada que ver con ello, ¿o sí?

Le dije a Janet:

—Llámalo. Lo atenderé en mi oficina. —Me volví y me dirigí hacia ella. Por encima del hombro, pregunté—: Por cierto, ¿cómo se llama?

—Steve. Steve Burstein.

Al cabo de pocos segundos, el teléfono de mi escritorio sonó. Intercambié breves saludos con Steve Burstein, presidente de Visual Image, una pequeña empresa familiar ubicada en algún lugar de la costa sur de Long Island.

En tono preocupado, Steve dijo:

—Eh... bueno... no sé como decirte esto... digo... te portaste

tan bien con mi esposa y conmigo. Nos trataste como si fuésemos invitados a tu boda. Nadine y tú fuisteis muy amables. Y nunca asistí a una boda tan agradable y...

Lo interrumpí.

—Oye, Steve, aprecio el hecho de que hayas disfrutado de mi boda, pero estoy más bien ocupado en este momento. ¿Por qué no me dices de qué se trata?

—Bueno —respondió—, hoy han venido a verme dos agentes del FBI y me pidieron una copia del vídeo de tu boda.

Y en ese momento supe que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Cruzando una delgada línea

Nueve días después de recibir la envenenada llamada de Visual Image, estaba sentado en el mundialmente célebre restaurante Rao's de East Harlem, enzarzado en un fogoso debate con el legendario investigador privado Bo Dietl, a quien sus amigos simplemente llaman Bo.

Aunque estábamos sentados a una mesa para ocho, sólo un comensal más se nos reuniría para la velada, a saber, el agente especial Joe Barsini* del FBI, quien era un amigo circunstancial de Bo y que, esperábamos, también lo sería mío. Bo había organizado el encuentro. Barsini debía llegar en quince minutos.

En este momento, Bo hablaba y yo escuchaba o, para ser más precisos, Bo me sermoneaba y yo lo oía con una mueca de disgusto. El tema de su discurso era una genial idea que se me había ocurrido: espiar al FBI con micrófonos ocultos. Al decir de Bo, era la cosa más descabellada que hubiese oído en toda su vida.

—... la cuestión es que las cosas no se hacen de esa manera, Bo. —Bo tenía la curiosa costumbre de llamar «Bo» a sus ami-

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

gos, lo cual a veces, en particular cuando estaba bajo el influjo de los qualuuds, me confundía. Afortunadamente, esa noche no tenía problemas para entenderlo, porque estaba totalmente sobrio, lo que me parecía el estado adecuado para un primer encuentro con un agente del FBI; en particular, con uno con el que esperaba entablar amistad para que, eventualmente, me diera información.

Aun así, tenía cuatro qualuuds, que me moría por tomar, en el bolsillo de mi pantalón gris. En el bolsillo interno de mi chaqueta deportiva azul llevaba una bola de cocaína de tres gramos y medio que me llamaba con la más seductora de las voces. Pero no le haría caso. Estaba decidido a mantenerme fuerte, al menos hasta después de que el agente Barsini se marchara adonde fuese que se van los agentes del FBI después de la cena, probablemente, a sus casas. Mi intención original había sido tomar una cena liviana para que la comida no interfiriese con mi inminente banquete químico, pero en ese momento, un olor a ajo salteado y salsa de tomate casera estimulaba mi nervio olfativo de manera deliciosa.

—Mira, Bo —prosiguió Bo—, obtener información del FBI no es muy difícil en un caso como éste. De hecho, ya tengo alguna. Pero antes de que te diga nada, escucha bien. Hay ciertas normas que debes seguir si no quieres encontrarte en verdaderos problemas. La primera es que no se ponen micrófonos en sus jodidas oficinas. —Meneó la cabeza con aire de incredulidad. Era algo que había hecho muchas veces desde el momento en que nos sentamos, quince minutos antes—. La segunda es que no se intenta sobornar a sus secretarias ni, por cierto, a nadie más. —Al decirlo, meneó la cabeza un poco más—. Y, en fin, no haces seguir a sus agentes para ver si te enteras de cosas de sus vidas privadas. —Esta vez meneó la cabeza con especial vigor y alzó la mirada al cielo, como lo haría una persona que acaba de oír algo que desafía toda lógica.

Miré por la ventana del restaurante, tratando de evitar su mirada acusadora y me encontré con que mi vista se perdía en la lóbrega penumbra de Harlem Este. Me pregunté por qué demonios el mejor restaurante italiano de Nueva York se habría insta-

lado en esa puta cloaca de vecindario. Pero recordé que Rao's existía desde hacía cien años, y que, a fines del siglo XIX, Harlem era distinto.

El hecho de que Bo y yo estuviésemos sentados a una mesa para ocho era un asunto mucho más importante de lo que parece, dado que las reservas para Rao's debían hacerse con cinco años de antelación. La realidad era que conseguir una reserva para comer en ese pequeño y pintoresco anacronismo era prácticamente imposible. Las doce mesas del restaurante eran casi de propiedad, al estilo de un consorcio, de un selecto puñado de neoyorquinos, más bien relacionados que ricos.

El aspecto de Rao's no era gran cosa. Esa noche estaba decorado para las Navidades, lo que no tenía nada que ver con el hecho de que fuese 14 de enero. Cuando llegara agosto, la decoración no habría cambiado. Ésa era la manera en que se hacían las cosas en Rao's, donde todo remitía a una época más simple. La comida se servía como se hace en las casas de familia y, desde un rincón, una rocola del estilo de las de la década de 1950 emitía música italiana. Tarde por la noche, el propietario del restaurante, Frankie Pellegrino, cantaba para los comensales, hombres de respeto que, congregados en la barra, fumaban cigarros y se saludaban unos a otros al estilo mafioso mientras sus mujeres los miraban con adoración, como en los viejos buenos tiempos, al margen de lo que éstos hubieran sido. Y cuando las mujeres iban al lavabo, los hombres se ponían de pie y las saludaban con una inclinación, como en los viejos buenos tiempos, al margen de lo que éstos hubieran sido.

Todas las noches, medio restaurante estaba lleno de atletas de categoría mundial, estrellas de cine de fama mundial y capitanes de la industria. La otra mitad estaba ocupada por auténticos mafiosos.

El bien conectado «propietario» de la mesa donde nos sentábamos no era yo, sino Bo. Como correspondía a un integrante de la estelar lista de parroquianos del restaurante, Bo era un hombre cuya estrella estaba ascendiendo. Bo había comenzado a forjar su leyenda cuarenta años atrás. En la década de 1980 ya era uno de los polizontes más condecorados de la historia del

departamento de policía de la ciudad de Nueva York. Había hecho setecientos arrestos en algunos de los vecindarios más rudos de la ciudad, Harlem incluido. Se había hecho de un gran nombre al esclarecer casos que se consideraban irresolubles y, al fin, su fama llegó a ser nacional. Ocurrió cuando resolvió uno de los crímenes más atroces que se hubieran cometido en Harlem: la violación de una monja blanca por dos adictos al crack desesperados por dinero.

Sin embargo, a primera vista, Bo no parecía tan duro; tenía un apuesto rostro amuchachado, barba perfectamente recortada y cabello castaño claro que comenzaba a ralearse, peinado hacia atrás sobre su cráneo redondeado. No era muy grande. Debía de medir un metro ochenta y pesar unos noventa kilos. Pero su pecho era amplio, y su grueso cuello parecía el de un gorila. Bo era uno de los hombres mejor vestidos de la ciudad. Solía ataviarse con trajes de seda de dos mil dólares y camisas de seda blanca, muy almidonadas, con gemelos en los puños y cuellos de estilo mafioso. Llevaba un reloj de oro tan pesado como para hacer ejercicios de antebrazo con él y, en el meñique, un anillo con un diamante rosa del tamaño de un cubo de hielo.

Todos sabían que el éxito de Bo a la hora de resolver casos tenía que ver con sus orígenes. Nació y creció en Ozone Park, Queens, rodeado de mafiosos por un lado y polizontes por el otro. Por lo tanto, desarrolló una capacidad única para recorrer una delgada línea entre ambos, recurriendo al respeto que le tenían los caciques mafiosos locales para resolver casos que nunca hubiesen podido ser investigados por medios tradicionales. Con el tiempo, fue haciéndose fama de hombre que sabe mantener la confidencialidad de sus contactos y que emplea la información que le dan para aplastar el delito callejero, que parecía ser el que más lo incomodaba. Sus amigos lo querían y respetaban, sus enemigos lo detestaban y temían.

Bo, que nunca soportó la burocracia, se retiró del departamento de policía de Nueva York a los treinta y cinco años. Recurriendo a su legendaria fama y aún más sus legendarios contactos, no tardó en establecer una de las agencias de seguridad más respetadas y de crecimiento más rápido de Estados Unidos. Ha-

bía sido por ello que, dos años atrás, cuando decidí mejorar la seguridad interna de Stratton al más alto nivel, lo busqué y contraté.

Más de una vez lo había convocado para que asustara a algún delincuente que cometía el error de tratar de inmiscuirse por las malas en las operaciones de Stratton. Nunca supe bien qué hacía Bo con esas personas. Lo que sé es que, una vez que yo lo telefoneaba, Bo se «sentaba a conversar» con quienquiera que fuese, que nunca volvía a molestar después del encuentro. Aunque ahora que lo pienso, uno de ellos, después de su reunión con Bo, me envió un ramo de flores bastante bonito.

Los niveles más altos de la mafia entendían de forma tácita, y esto no tenía nada que ver con Bo, que enviar a sus jóvenes financieros a trabajar en Stratton a modo de entrenamiento era mejor que meterse por la fuerza en nuestras operaciones. Luego, al cabo de más o menos un año, esos infiltrados de la mafia se marchaban tranquilamente, incluso se despedían como caballeros para no perturbar las actividades de la firma. Y entonces abrían sus propias firmas de Bolsa, respaldadas por la mafia y que trabajaban para ésta.

A lo largo de los últimos dos años, Bo se había comprometido con todos los aspectos de la seguridad de Stratton. Investigaba incluso a las empresas cuyas acciones lanzábamos al mercado para cerciorarse de que no fuésemos víctima de fraudes. Y, a diferencia de la mayor parte de sus competidores, Bo Dietl y Asociados no aportaba la clase de información que cualquier experto en computadoras puede sacar de LexisNexis. No, la gente de Bo se ensuciaba las manos y sacaba a la luz cosas que uno hubiese creído eran imposibles de descubrir. Aunque era innegable que sus servicios no eran baratos, también lo era que valían lo que costaban.

El hecho era que Bo Dietl era el mejor en lo suyo.

Yo seguía mirando por la ventana cuando me dijo:

—¿Qué piensas, Bo? Miras por esa jodida ventana como si fueses a encontrar alguna respuesta en la calle.

Callé durante un momento, pensando si decirle o no que el único motivo por el cual le sugerí espiar con micrófonos ocultos

al FBI era que ya lo había hecho, con tremendo éxito, con la SEC. Y que había sido él quien me indujo involuntariamente a ello cuando me presentó a los ex agentes de la CIA que me vendieron los micrófonos sin decírselo. Uno de los micrófonos tenía forma de enchufe y estaba conectado desde hacía un año en mi sala de reuniones. Obviamente, no necesitaba baterías. ¡Era un aparatito maravilloso!

Aun así decidí que no era el momento de compartir ese pequeño secreto con Bo. Dije:

—Sabes que te propuse lo de espiar al FBI porque estoy muy dispuesto a dar pelea. No tengo ninguna intención de hacerme el muerto sólo porque un agente del FBI anda por ahí preguntando sobre mí. Lo que hay en juego es demasiado, y demasiadas personas se verían afectadas si abandono todo. Ahora que sabes cómo son las cosas, dime de qué te has enterado, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza pero, antes de responder, tomó su gran vaso de escocés de pura malta y bebió lo que debían ser tres o cuatro medidas como si no fuesen más fuertes que agua. Frunció los labios:

—¡Sí, amigo! ¡Esto es cosa fina! —Finalmente, me respondió—: En primer lugar, la investigación está en su primera etapa y la encabeza un tal Coleman, agente especial Gregory Coleman. A ningún otro integrante del buró le interesa el tema; consideran que es un caso perdido. Y en la fiscalía federal tampoco hay interés. El funcionario a cargo del caso es un tipo llamado Sean O'Shea y, por lo que me dicen, es un tipo bastante decente. No es de los que buscan fama con sus acusaciones.

»Hay un abogado de nombre Greg O'Connell, buen amigo mío, que solía trabajar con Sean O'Shea. Le pedí que hablara con él y, según me dice, a Sean tu caso no le podría importar menos. Tienes razón en eso de que no se ocupan de muchos casos financieros. Se centran más bien en la mafia, porque Brooklyn está en su jurisdicción. Así que, a ese respecto, eres afortunado. Pero dicen que este Coleman es muy obstinado. Habla de ti como si fueses una estrella. Te tiene en gran estima, pero no del modo que te agradecería. Diría que está un poco obsesionado con todo el asunto.

Meneé la cabeza con aire grave.

—Bueno, ¡qué gran noticia! ¡Un agente del FBI obsesionado! ¿Y de dónde ha salido, así de pronto? ¿Por qué ahora? Debe de tener algo que ver con el arreglo que me propone la SEC. Esos hijos de puta me están traicionando.

—Tranquilo, Bo. No es tan malo como parece. Esto no tiene nada que ver con la SEC. Sólo que Coleman se siente intrigado por ti. Lo más probable es que tenga que ver, más que nada, con lo mucho que sales en los periódicos, todo eso del lobo de Wall Street. —Meneó la cabeza—. Todas esas historias de drogas, putas y despilfarro. Es tentador para un joven agente del FBI que gana cuarenta mil al año. Y este Coleman es joven, tiene, creo, treinta y pocos años. No muchos más que tú. Así que piensa en la dura realidad de este tipo, cuando mira tus declaraciones y se da cuenta de que ganas más en una hora que él en un año. Y además, ve a tu mujer bailando en la pantalla de su televisor.

Bo se encogió de hombros.

—A lo que voy es que quizá deberías mantener el perfil bajo por un tiempo. Podrías tomarte unas largas vacaciones, lo que sería perfectamente lógico dado lo del arreglo con la SEC. ¿Cuándo se hará público?

—No estoy del todo seguro —respondí—. Probablemente en una o dos semanas.

Bo asintió.

—Bueno, la buena noticia es que Coleman tiene fama de tipo recto. No es como el agente que conocerás hoy, que es todo lo contrario. Si quien estuviese a tus espaldas fuese Jim Barsini... bueno, sería una mala noticia. Ya ha matado a dos o tres, a uno de ellos con un fusil de gran calibre, cuando ya tenía las manos arriba. O sea, fue algo así: «¡FBI! ¡Bam! ¡Quieto! ¡Arriba las manos». ¿Te haces una idea, Bo?

¡Por Dios!, pensé. ¿La única tabla de salvación es un agente del FBI chiflado y con sed de sangre?

Bo prosiguió:

—Así que no todo está mal, Bo. Este Coleman no parece la clase de persona que vaya a fabricar pruebas contra ti o amenazar a tus strattonitas con que irán a la cárcel de por vida. Tam-

poco parece la clase de tipo que recurriría a aterrorizar a tu esposa.

Lo interrumpí, muy preocupado:

—¿Qué quieres decir con lo de aterrorizar a mi esposa? ¿Cómo podría meter a Nadine en esto? Ella no ha hecho nada, aparte de gastar mucho dinero. —La mera idea de que Nadine se pudiera ver involucrada me llevó a un abatimiento más intenso. Bo adoptó el tono de voz propio de un psiquiatra que le habla a un paciente que está de pie en la cornisa de un edificio de diez pisos.

—Tranquilo, Bo. Coleman no acosa a nadie. Lo que trataba de decir es que ha ocurrido que algún agente ha presionado a un marido a través de su esposa. Pero ello no tiene por qué pasar en tu caso, porque Nadine no tiene nada que ver con tus negocios, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —respondí con seguridad. Me puse a repasar mis negocios para ver si lo que acababa de decir era verdad. Llegué a la triste conclusión de que no lo era—. Lo cierto es que hice un par de operaciones en su nombre, pero nada malo. Diría que su responsabilidad anda cerca de cero. Pero nunca dejaría que las cosas lleguen tan lejos, Bo. Preferiría declararme culpable y que me encerraran veinte años antes de permitir que procesaran a mi mujer.

Bo asintió lentamente.

—Así lo haría cualquier hombre de verdad. Pero a lo que voy es que quizás ellos lo sepan y lo consideren tu punto débil. Como sea, nos estamos adelantando. La investigación está en su primera etapa y, por ahora, es tentativa. Si tienes suerte, alguna otra cosa se cruzará en el camino de Coleman. Algún caso que no tenga vinculación con el tuyo y perderá su interés por ti. Sólo muévete con cuidado, Bo, y todo saldrá bien.

Asentí.

—Así lo haré.

—Bien. Bueno, Barsini llegará de un momento a otro, así que fijemos algunas normas básicas. Primero, no hables de tu caso. No es ese tipo de reunión. Sólo somos un grupo de amigos que se reúnen a charlar. Nada de investigaciones ni nada por el

estilo. Comienza por desarrollar una amistad circunstancial con él. Recuerda, no estamos procurando que nos suministre información que no debería darnos. —Meneó la cabeza para enfatizar sus palabras—. Lo cierto es que si Coleman está empeinado en investigarte, no hay nada que Barsini pueda hacer. Pero si Coleman no tiene nada sólido contra ti y sólo está encaprichado, Barsini le podría decir: «Eh, conozco al tipo, y no es tan malo, así que ¿por qué no lo dejas en paz?». Recuerda, Bo, si de algo no te deben acusar es de tratar de sobornar a un agente del FBI. Eso se paga con una larga estancia en la cárcel.

Bo alzó las cejas y añadió:

—Pero, por otro lado, Barsini sí te puede dar cierta información. Mira, se trata de que hay cosas que quizá Coleman quiera saber y que le podemos transmitir por medio de Barsini. ¿Quién sabe? Tal vez llegues a entablar una verdadera amistad con Barsini. En realidad, es un buen tipo. Es un loco hijo de puta, sí, pero, ¿quién no lo es?

Asentí.

—Bueno, no me gusta juzgar a la gente, Bo. Detesto a quienes lo hacen. Creo que son los peores, ¿no?

Bo sonrió.

—Sí, supuse que así lo verías. Y te aseguro que Barsini no es el típico agente del FBI. Es un ex integrante de la fuerza de élite de la armada, los SEAL, o quizá de la unidad de reconocimiento de la infantería de marina, no sé bien cuál. Lo que debes saber es que es un entusiasta del buceo, así que tú y él tenéis algo en común. Quizá podrías invitarlo a tu yate, en particular si todo este asunto de Coleman resulta no tener importancia. Nunca está de más tener un amigo en el FBI.

Le sonreí, resistiéndome al impulso de saltar sobre la mesa y plantarle un beso en los labios. Bo era un verdadero guerrero, un colaborador impagable. ¿Cuánto le pagaba, entre sus honorarios de Stratton y lo que yo mismo le daba? Más de medio millón al año, tal vez más. Y valía cada centavo.

Pregunté:

—¿Qué sabe de mí? ¿Sabe que me están investigando?

Bob meneó la cabeza.

—Para nada. Le dije muy poco sobre ti. Sólo que eres buen cliente y buen amigo. Ambas cosas son ciertas, Bo, y por eso estoy haciendo esto, por amistad.

Al instante, respondí:

—Y no creas que no lo aprecio, Bo. No olvidaré...

Bo me interrumpió.

—Ahí viene. —Me indicó con un gesto a un hombre de unos cuarenta años que entraba en el restaurante. Medía aproximadamente un metro noventa y debía de pesar unos cien kilos. Llevaba el cabello cortado al rape. Tenía facciones toscas y apuestas, penetrantes ojos castaños y una mandíbula increíblemente cuadrada. De hecho, parecía salido de un cartel de reclutamiento de un grupo paramilitar de extrema derecha.

—¡Gran Bo! —exclamó el hombre con tan poco aspecto de agente del FBI—. ¡Amigo! ¿En qué andas y de dónde mierda sacaste este restaurante? ¡Es un lugar como para hacer un poco de práctica de tiro! —Ladeó la cabeza y alzó las cejas, como para enfatizar lo perfectamente razonable de su observación. Añadió—: Pero, bueno, no es asunto que deba preocuparme. Al fin y al cabo, lo que yo mato son asaltantes de bancos, ¿no? —me dedicó este último comentario acompañándolo de una cálida sonrisa. El agente especial Barsini prosiguió—: Y tú debes de ser Jordan. ¡Bueno, me alegro de conocerte, compañero! Bo me dice que tienes un barco de primera, mejor dicho, todo un buque, y también que te gusta bucear. Deja que te estreche la mano. —Me tendió la suya. Me apresuré a estrechársela, sorprendido de notar que tenía el doble del tamaño de la mía. Tras casi descoyuntarme el hombro, al fin soltó su presa y los tres nos sentamos.

Estaba por continuar con el tema del buceo, pero no pude hacerlo. El Agente Especial Demente cambió de inmediato de tema.

—Te digo —dijo en tono ácido—, este vecindario realmente es una puta jodida cloaca. —Meneó la cabeza con expresión de repugnancia, acomodándose en su silla y cruzando las piernas, lo que tuvo el efecto de dejar al descubierto el enorme revólver que llevaba a la cintura.

—Sí, Bo —le dijo Bo a Barsini—. No seré yo quien te contradiga. ¿Sabes a cuántos encerré cuando trabajaba en este vecindario? No me creerías si te lo digo. ¡Y la mitad de ellos eran siempre los mismos, una y otra vez! Recuerdo a uno, del tamaño de un puto gorila. Me cogió por sorpresa y me golpeó desde atrás con una tapa de cubo de basura. Casi me noquea. Luego, le dio a mi compañero y lo dejó sin sentido.

Alzando las cejas, pregunté:

—¿Y qué ocurrió con el tipo? ¿Lo atraparon?

—Sí, claro —repuso Bo, con tono casi ofendido—. Sólo me aturdió. Cuando me recuperé, aún estaba aporreando a mi compañero. Le quité la tapa y le machaqué un rato la cabeza con ella. Pero tenía uno de esos cráneos extragrosos, como un puto coco. —Bo se encogió de hombros antes de finalizar su relato diciendo—: Sobrevivió.

—Bueno, mierda, eso sí que es una puta lástima —respondió el agente federal—. Eres demasiado blando, Bo. Yo le hubiese arrancado la tráquea y después se la habría hecho comer. Sabes, hay una forma de hacerlo sin que ni una gota de sangre te ensucie las manos. Se trata de cómo sacudes la muñeca. Se oye una especie de chasquido, algo así —el agente federal presionó la lengua contra el paladar y comprimió las mejillas antes de soltarla—: ¡Pop!

En ese preciso instante, Frank Pellegrino, también conocido como Frankie No, porque siempre les decía que no a los que entraban a pedir una mesa, se acercó para presentarse al agente Barsini. Frank vestía una ropa tan elegante, bien combinada y recién planchada que hubieras jurado que salía de la tintorería. Traje azul oscuro con gruesas rayas gris tiza. Del bolsillo superior emergía un pañuelo blanco, perfecto, impecable, perfectamente plegado, como sólo puede lucir en un hombre como Frankie. A sus sesenta y tantos años se lo veía rico, esbelto y apuesto. Tenía el don único de hacer que cada uno de los comensales de Rao's sintiera que era su invitado especial.

—Tú debes de ser Jim Barsini —dijo Frank Pellegrino con calidez—. Bo me habló mucho de ti. Bienvenido a Rao's, Jim.

Barsini se levantó y se puso a descoyuntar el brazo de Frank.

Contemplé, fascinado, cómo el cabello entrecano perfectamente peinado de Frank se mantenía inmóvil mientras su cuerpo se sacudía como un muñeco de trapo.

—Por Dios, Bo —le dijo Frank al verdadero Bo—. ¡Este tipo da la mano como un oso gris! Me recuerda a... —y, con esas palabras, Frank se embarcó en una de sus muchas historias referidas a hombres sin cuello.

Dejé de prestar atención al instante. Sonreía mientras me concentraba en el asunto más importante del momento: ¿qué podía hacer con el agente especial Barsini o qué le podía dar para lograr que le dijera al agente especial Coleman que dejara de joderme? Por supuesto que lo más sencillo sería sobornarlo. No parecía un tipo particularmente moralista, ¿verdad? Aunque quizá toda esa actitud de soldado de fortuna significaba que era incorruptible, que le parecía deshonesto aceptar dinero por codicia y nada más. Me pregunté cuánto pagaría el FBI a sus agentes. ¿Cincuenta mil al año? ¿Cuánto buceo podías hacer con esa suma? No mucho. Además, había formas y formas de bucear. Tener un ángel guardián en el FBI era algo por lo que valdría la pena pagar bien, ¿no?

Y, por cierto, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar al agente Coleman para que perdiese interés en mí para siempre? ¿Un millón? ¡Sin duda! ¿Dos? ¡Por supuesto! ¡Dos millones son calderilla si se los compara con la posibilidad de afrontar una investigación federal y la ruina económica!

Pero ¿a quién engañaba? Eran puros sueños. De hecho, un lugar como Rao's era el perfecto recordatorio de que no se puede confiar a largo plazo en el gobierno. Hacía sólo tres o cuatro décadas, los mafiosos hacían lo que les venía en gana. Sobornaban a la policía, a los políticos, a los jueces, ¡por Dios, si hasta sobornaban a los maestros de escuela! Pero entonces llegaron los Kennedy, que, como eran mafiosos, veían a la mafia italiana como competidora. De modo que renegaron de todos los acuerdos, de esos maravillosos *toma y daca* y... bueno, el resto es historia.

—... y así fue como lo arregló todo —dijo Frankie No, completando por fin su relato—. Pero lo cierto es que no secuestró de verdad al cocinero; sólo lo tuvo de rehén por un rato.

Ante eso, todos, yo incluido, prorrumpimos en histéricas carcajadas. El hecho era que yo me había perdido el noventa por ciento de la anécdota. Pero en Rao's, perderse un relato no era demasiado grave. Lo cierto es que allí repetían una y otra vez las mismas historias.

Pasando la antorcha

George Campbell, mi chófer sin lengua, estacionó con hábil suavidad ante la puerta lateral de Stratton Oakmont. Estuve a punto de caerme, literalmente, de mi asiento cuando, rompiendo su voto de silencio, me dijo:

—¿Y ahora qué ocurrirá, señor Belfort?

¡Vaya, vaya, vaya!, pensé. ¡Ya era hora de que este pícaro se aflojara y me dijese unas pocas palabras! Y, aunque podría pensarse que su pregunta era más bien vaga, lo cierto es que había dado en el clavo. Al fin y al cabo, en poco más de siete horas, a las cuatro de la tarde, yo estaría al frente de la sala de negocios, pronunciando un discurso de despedida ante una hueste de strattonitas extremadamente preocupados, todos los cuales, como George, se estarían preguntando qué les reservaba el futuro, en lo financiero y en todo lo demás.

No me cabía duda de que en los días venideros las mentes de mis strattonitas albergarían muchas preguntas acuciantes. Por ejemplo: ¿Qué ocurriría ahora que Danny estaba al frente de la empresa? ¿Conservarían sus empleos de allí a seis meses? Y, de ser así, ¿serían tratados con justicia?

¿O Danny favorecería a sus viejos amigos y al puñado de

operadores clave que compartían su afición a los qualuuds? ¿Qué destino tendrían los corredores que eran más amigos de Kenny que de Danny? ¿Serían castigados por esa amistad? Aun si no los castigaban, ¿serían tratados como ciudadanos de segunda? ¿Era posible que esa Disneylandia de los corredores de Bolsa subsistiera? ¿O Stratton se convertiría en una firma más, ni mejor ni peor que las otras?

Decidí no compartir ninguno de estos pensamientos con George. Sólo dije:

—No tienes nada de qué preocuparte, George. Ocurra lo que ocurra, siempre nos haremos cargo de ti. Janet y yo ocuparemos una oficina por aquí, y hay mil cosas para las que Nadine y yo te necesitamos. —Con una gran sonrisa y tono optimista dije—: Piensa que algún día nos llevarás a Nadine y a mí a la boda de Chandler. ¿Puedes imaginártelo?

George asintió con la cabeza y descubrió sus fenomenales dientes nuevos en una amplia sonrisa.

—Me agrada mucho mi trabajo, señor Belfort. Es usted el mejor jefe que he tenido. La señora Belfort también. Todos los quieren a los dos. Es una pena que deba abandonar este trabajo. Danny no es como usted. No trata bien a la gente. Van a comenzar a marcharse.

Estaba demasiado azorado con la primera parte del discurso de George para concentrarme en la segunda. ¿Había dicho que le gustaba su trabajo? ¿Y que me quería? Bueno, lo de «querer» sin duda era un decir, pero era indudable que George había dicho que le gustaba su trabajo y que me respetaba como jefe. Tenía su gracia, después de todas las que le hice pasar: las putas, las drogas, los paseos de medianoche por Central Park con *strippers*, el bolso lleno de dinero que le hice recoger en la casa de Elliot Lavigne.

Pero también era cierto que yo jamás le falté el respeto, ¿verdad? Aun en mis momentos más oscuros y decadentes me esforcé por mostrarme respetuoso con él. Si bien era cierto que había pensado cosas de lo más raras con respecto a él, jamás las compartí con nadie, fuera, claro, de la duquesa, pero ella era mi esposa, así que no contaba. E, incluso entonces, lo hice con el mejor

de los ánimos. No soy prejuicioso. Digo, ¿qué judío en su sano juicio podría serlo? Somos el pueblo más perseguido del mundo.

De pronto, me arrepentí de haber puesto en duda la lealtad de George. Era un buen hombre. Un hombre decente. ¿Quién era yo para ponerme a interpretar lo que decía o, mejor dicho, lo que no decía?

Con una cálida sonrisa dije:

—Lo cierto, George, es que nadie puede predecir el futuro, yo, al menos, no. ¿Quién sabe qué será de Stratton Oakmont? Supongo que el tiempo lo dirá.

»Recuerdo que cuando comenzaste a trabajar para mí solías intentar abrirme la puerta de la limo. Salías corriendo, procurando llegar antes de que yo la abriera. —Lancé una risita al recordarlo—. Te volvías loco. La cuestión es que nunca te permití hacerlo porque te respeto demasiado como para quedarme sentado como si tuviese el brazo roto o algo así. Me parecía insultante.

Añadí:

—Pero como hoy es mi último día, ¿por qué no me abres la puerta y finges por una puta vez que eres un verdadero chófer de limusina? Haz que parezca que soy algún gordo WASP. Escóltame hasta la sala de negocios. De hecho, tal vez te interese oír el discurso matinal de Danny. Lo debería estar pronunciando en este preciso instante.

—... y el estudio se centró en un grupo de más de diez mil hombres —dijo Danny por el sistema de altavoces— cuyos hábitos sexuales investigó durante más de cinco años. Creo que os quedaréis todos atónitos cuando os cuente algunas de sus conclusiones. —Con esas palabras, frunció los labios, meneó la cabeza y se puso a dar zancadas de un lado a otro, como diciendo: «¡Preparaos para conocer la verdadera depravación de la naturaleza del macho de la especie!».

¡Por el amor de Dios!, pensé. Aún no he renunciado y ya ha enloquecido. Me volví hacia George y me tomé un momento para evaluar su reacción. No parecía escandalizado. Tenía la cabeza ladeada y su expresión parecía decir: «¡No veo la hora de que explique cómo se relaciona eso con lo de las acciones!».

—¿Sabéis? —continuó Danny, que lucía un traje gris a rayas y anteojos de WASP sin aumento—, lo que el estudio descubrió es que el diez por ciento de los hombres son maricas. —Hizo una pausa para que la audiencia absorbiese todas las implicaciones de sus palabras.

¡Otro pleito en puertas! Paseé la mirada por la sala... vi muchos rostros desconcertados. Todos parecían preguntarse de qué demonios estaba hablando.

Al parecer, a Danny no le agradó la respuesta, o la falta de ella, de su público, de modo que insistió con fruición:

—Lo repito —continuó el hombre a quien la SEC consideraba el mal menor—: ¡El estudio llegó a la conclusión de que el diez por ciento de la población masculina quiere que el den por el culo! ¡Sí, el diez por ciento son maricas! ¡Es una cifra enorme! ¡Inmensa! ¡Todos esos hombres se hacen atender por el camino de tierra! ¡Maman pollas! Y...

Danny se vio obligado a interrumpir su arenga. La sala de negocios degeneraba rápidamente en un pandemonio. Los strattonitas comenzaron a ulular, aullar, aplaudir y vitorear. La mitad se puso de pie. Muchos chocaban las palmas de las manos unos con otros. Pero hacia la parte delantera, en la sección donde se concentraban las asistentes de ventas, no había nadie de pie. Lo único que se veía era una hilera de cabelleras rubias ladeadas en pronunciados ángulos. Eran las asistentes, que inclinándose en sus asientos, se susurraban en los oídos unas a otras, meneando las cabezas con aire de incredulidad.

En ese momento, George dijo, con tono de desconcierto:

—No entiendo. ¿Esto qué tiene que ver con el mercado financiero? ¿Por qué habla de los gay?

Me encogí de hombros y dije:

—Es complicado, George, pero creo que lo que intenta es inventar un enemigo común, como hizo Hitler en los treinta. —Y, pensé, que no esté denostando a los negros en este preciso instante es pura casualidad. Ese pensamiento me inspiró a añadir—: No veo por qué tienes que oír esta mierda. Mejor vete y regresa al final de la jornada, a eso de las cuatro y media, ¿de acuerdo?

George asintió con la cabeza y se marchó, indudablemente más inquieto que antes.

Mientras observaba el tumulto, no pude menos que preguntarme por qué Danny siempre terminaba por hablar de sexo en las reuniones. Era evidente que, en ese caso, lo que buscaba era una forma fácil de provocar risas, pero había otras maneras de hacerlo, maneras que no interferían con el mensaje que se buscaba transmitir. El mensaje en cuestión era que, a pesar de todo, Stratton Oakmont era una firma de Bolsa respetable, cuyo único objetivo era ganar dinero para sus clientes. Y que el único motivo por el cual ello no estaba ocurriendo era que una maligna plaga de vendedores de corto plazo se había abatido como langostas sobre los mercados, difundiendo maliciosos rumores sobre Stratton Oakmont y cualquier otra firma que se interpusiese en su camino. Y claro, el mensaje también debía dar a entender que un día, en un futuro no muy lejano, el valor intrínseco de las compañías cuyos títulos estaban siendo malvendidos sería reconocido y que sus acciones se levantarían como el fénix de entre sus propias cenizas. Y que, en ese momento, los clientes de Stratton Oakmont ganarían fortunas.

Yo le había explicado a Danny en repetidas ocasiones que, en su fuero interno, los seres humanos (a excepción de un puñado de sociópatas) tienen el deseo inconsciente de actuar de forma correcta. Por eso, en cada reunión yo buscaba transmitir ese mensaje subliminal: cuando los strattonitas sonreían, llamaban por teléfono y les arrancaban los ojos a sus clientes, no sólo buscaban satisfacer sus anhelos hedonistas de riqueza y reconocimiento, sino también sus deseos inconscientes de actuar de forma correcta. Era la manera, la única, de motivarlos para alcanzar objetivos de los que nunca se hubiesen creído capaces.

En ese instante, Danny extendió los brazos y, lentamente, la calma regresó al recinto. Dijo:

—Muy bien, pero lo interesante, o mejor dicho, lo preocupante, es esto. Si el diez por ciento de los hombres son homosexuales encubiertos, entonces, de los mil hombres que hay en esta habitación, ¡cien son bujarrones dispuestos a darnos por el culo en cuanto les demos la espalda!

Al momento, las cabezas comenzaron a volverse con aire suspicaz. Hasta las jóvenes asistentes de ventas lo hicieron. Lanzaban miradas de sospecha por debajo de sus muy maquilladas órbitas oculares. Un sordo murmullo invadió el recinto. No pude distinguir las palabras, pero el sentido general era claro:

— ¡Sáquenlos de la cueva y línchenlos!

Contemplé con gran expectación mientras mil cuellos se estiraban hacia uno y otro lado. Cientos de miradas acusadoras surcaron la sala, jóvenes y robustos brazos, cada uno rematado por un índice que señalaba, se extendieron. Entonces, algunas voces aisladas comenzaron a decir nombres.

— ¡Teskowitz* es marica!

— ¡O'Reilly** es un maldito puto! ¡De pie, O'Reilly!

— ¿Y qué hay de Irv y Scott?*** —vociferaron a coro dos strattonitas.

— ¡Sí, Scott e Irv! ¡Scott se la chupó a Irv!

Pero al cabo de un minuto de dedos que señalaban y de acusaciones no tan infundadas contra Sott e Irv, nadie confesaba. Danny volvió a alzar los brazos, pidiendo silencio.

— Mirad —dijo en tono acusador—, sé qué sois algunos de vosotros, y podemos hacer las cosas de dos maneras: por las buenas o por las malas. Ahora bien, todos sabéis que Scott se la chupó a Irv. Y os habréis dado cuenta de que no por eso perdió su trabajo, ¿verdad?

Desde algún lugar de la sala de negocios se oyó la voz de Scott. En tono defensivo, dijo:

— ¡No se la chupé a Irv! Lo que ocurrió...

Danny lo interrumpió, bramando por los altavoces:

— ¡Basta, Scott, basta! Cuanto más lo niegues, más culpable parecerás. ¡Así que déjalo ahí! Pero lamento que tu mujer y tus hijos deban pasar vergüenza por tu culpa. —Danny meneó la cabeza con aire de repugnancia y dejó de ocuparse de Scott—. Como sea —dijo el futuro presidente de Stratton—, ese abomi-

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

** El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

*** El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

nable acto tuvo más que ver con el poder que con el sexo. Irv ya demostró que es un verdadero hombre de poder, al hacer que uno de sus corredores junior se la chupara. De modo que podemos indultar ese acto y dar por perdonado a Scott.

»Ahora que ya he demostrado qué tolerante estoy dispuesto a ser con conductas como ésta, ¿aquí no hay ni un solo hombre de verdad que tenga las pelotas o la puta decencia de mostrarse tal cual es?

De pronto, un joven strattonita de mentón débil y criterio aún más débil se levantó y dijo, en voz alta y tono firme:

— ¡Soy gay, y a mucha honra! — La sala de negocios enloqueció. Al momento, objetos de toda clase volaban hacia él como letales proyectiles. Después, siseos, abucheos y gritos:

— ¡Marica de mierda! ¡Fuera de aquí!

— ¡Plumas y alquitrán para el chupapollas!

— ¡Cuidado si salís a beber con él! ¡Tratará de poner algo en el trago para aprovecharse!

Bueno, pensé, la reunión de la mañana podía darse por concluida. Suspendida por locura. ¿De qué había servido ese encuentro, si es que había servido de algo? No sabía decirlo. Pero sí estaba seguro de que era un sombrío anticipo de lo que el futuro, a partir del día siguiente, tenía reservado para Stratton Oakmont.

¿Qué tiene de sorprendente?

Una hora más tarde, sentado tras mi escritorio, procuraba consolarme repitiéndome esas cuatro palabras, mientras escuchaba al Loco Max vapulearnos a Danny y a mí por nuestro flamante acuerdo de compraventa. Se trataba de un invento de mi contable, Dennis Gaito, apodado el Chef por su afición a cocinar los libros. En síntesis, el acuerdo consistía en pagarme un millón al mes durante quince años. La mayor parte de esa suma se pagaría bajo los términos de un contrato de no competencia, lo cual significaba que yo aceptaba no competir con Stratton en el negocio bursátil. Pero a pesar de que el acuerdo haría que muchos levantarán las cejas, no era ilegal, al menos en lo formal.

Había logrado obligar a los abogados de la firma a que lo aceptasen, por más que su opinión era que, si bien era técnicamente legal, no podía decirse que oliera del todo bien.

Había una cuarta persona presente en mi despacho: Choza, que hasta el momento no había dicho mucho. Claro que eso no tenía nada de raro. A fin de cuentas, había pasado la mayor parte de su juventud cenando en mi casa, de modo que tenía clara conciencia de las capacidades del Loco Max.

El Loco Max decía:

—... y vosotros dos, idiotas, os vais a agarrar las pelotas entre las rodillas por esto. ¿Una venta por ciento ochenta y cuatro millones? Es como mearle en la cara a la SEC. ¡Por el amor de Dios! ¿Cuándo aprenderéis?

—Tranquilo, papá. No es tan malo como parece. Me tengo que tragar una píldora muy amarga. Digamos que los ciento ochenta y cuatro millones la endulzarán un poco.

Con una animación un poco excesiva, Danny añadió:

—Max, tú y yo trabajaremos juntos durante mucho tiempo, así que, ¿por qué no dejamos esto de lado? Tomémoslo como una experiencia. ¡Al fin y al cabo, quien se lleva el dinero es tu hijo! ¿Qué puede tener eso de tan malo?

El Loco Max se volvió y lo fulminó con la mirada. Dio una calada de campeonato a su cigarrillo y frunció los labios hasta convertirlos en un círculo diminuto. Con una poderosa exhalación, concentró el humo en un compacto haz de un centímetro de diámetro y denso como un láser, que sopló sobre el rostro sonriente de Danny con la potencia de un cañón de la guerra civil. Luego, mientras Danny aún estaba envuelto en la nube de humo, le dijo:

—Te diré una cosa, Porush. Que mi hijo se marche mañana no significa que yo vaya a comenzar a respetarte. El respeto es algo que se gana y, a juzgar por lo ocurrido en la reunión de la mañana, quizá lo mejor que pueda hacer sea ir a la oficina de desempleo ahora mismo. ¿Sabes cuántas leyes te cargaste con tu estúpido discurso? Estoy seguro de que de un momento a otro recibiremos una llamada de Dominic Barbera, ese gordo hijo de puta, abogado de los famosos. Porque es de suponer que el mariconcito ése acudirá a él.

Volviéndose hacia mí dijo:

—¿Y tú por qué cerraste el acuerdo de venta bajo los términos de un acuerdo de no competencia? ¿Cómo vas a competir, si estás inhabilitado de por vida para trabajar en finanzas? —Dio otra calada—. Tú y ese hijo de puta de Gaito sois los que disteis forma a este disparate mal concebido. Es una puta aberración, y me niego a ser parte de ella.

Con estas palabras, el Loco Max se dirigió a la puerta.

—Papá, dos cosas antes de que te marches —dije, alzando una mano.

Un siseo:

—¿Qué?

—Primero, todos los abogados de la firma aprobaron la transacción. El único motivo por el cual el monto asciende a ciento ochenta y cuatro millones es que el acuerdo de no competencia debe extenderse a quince años para aprovechar todos los beneficios fiscales. Stratton me pagará un millón al mes, y quince años a un millón al mes, da ciento ochenta y cuatro millones.

—Ahórrate la velocidad de cálculo —ladró—. No me impresiona. En lo que se refiere a las leyes impositivas, las conozco muy bien, tanto como el flagrante desprecio que les demostráis Gaito y tú. Así que no trates de enredarme, muchacho. ¿Algo más?

Como de pasada, añadió:

—Tenemos que adelantar la cena de esta noche a las seis. Nadine quiere llevar a Chandler para que mamá y tú la veáis. —Cruce los dedos y esperé a que el nombre Chandler surtiera su mágico efecto en el Loco Max. Su rostro comenzó a suavizarse de inmediato ante la mención de su única nieta.

Con una gran sonrisa y un leve acento británico, sir Max dijo:

—¡Oh! ¡Pero qué maravillosa sorpresa! ¡Tu madre estará encantada de ver a Chandler! Bien, pues voy a llamarla para darle la buena noticia. —Sir Max salió de mi despacho con una sonrisa en el rostro y paso elástico.

Miré a Danny y a Choza, y me encogí de hombros.

—Ciertas palabras clave lo tranquilizan. La más segura es

«Chandler». En todo caso debo decirles que no quiero que tenga un ataque cardíaco aquí en la oficina.

—Tu padre es un buen hombre —dijo Danny— y aquí nada cambiará en lo que a él respecta. Es como mi propio padre para mí y hasta que se jubile puede hacer y decir lo que le venga en gana.

Sonreí, apreciando la lealtad de Danny.

—Tengo preocupaciones más serias que tu padre —prosiguió—. Duke Securities ya nos está dando problemas. Aunque Victor comenzó sus actividades hace sólo tres días, ya está difundiendo rumores. Dice que Stratton se termina y que Duke es lo que se avecina. Aún no ha tratado de robarnos ningún corredor, pero estoy seguro de que no tardará en hacerlo. Ese gordo hijo de puta es demasiado holgazán para formar a su propia gente.

Miré a Choza:

—¿Qué opinas de todo esto?

—No creo que Victor sea una gran amenaza —respondió—. Duke es pequeña, no tienen nada para ofrecer a nadie. No tienen negocios propios, tampoco capital, menos aún antecedentes. Creo que lo que ocurre es simplemente que Victor tiene la lengua muy suelta y no sabe controlarla.

Le sonreí. Choza acababa de confirmar lo que yo ya sabía: que no era un buen consejero para tiempos de guerra y que le serviría de poco a Danny en asuntos como ése. En tono afectuoso, dije:

—Te equivocas, amigo. Lo has estudiado todo al revés. Mira, si Victor no es tonto, se dará cuenta de que tiene mucho para ofrecer a sus nuevos reclutas. Su mayor poder es su tamaño, o mejor dicho, su pequeñez. Lo cierto es que en Stratton es difícil progresar; hay demasiada gente que compite por ascender. De modo que, si no eres amigo de los directivos, por más que seas el tipo más listo del mundo, ascender o al menos hacerlo de prisa te será casi imposible.

»Pero en Duke las cosas no son así. Cualquier tipo inteligente que entre allí no tardará en progresar. Ésa es la realidad. Es una de las ventajas que las compañías pequeñas tienen respecto

de las grandes, no sólo en esta industria sino en todas. Pero también es cierto que nosotros tenemos estabilidad y antecedentes comprobables. La gente sabe que cobra puntualmente todos los meses, y que siempre hay nuevas emisiones que nos traen ganancias. Victor quiere sembrar la incertidumbre sobre esas cosas, y por eso difunde rumores. —Me encogí de hombros—. En cualquier caso, de eso hablaré en la reunión de esta tarde. Y tú, Danny, harás bien en enfatizarlo en tus futuros discursos, si es que estás dispuesto, claro, a dejar de lado la mierda ésa de la prédica antihomosexual. Buena parte de este conflicto será una guerra de propaganda y, de todos modos, de aquí a tres meses, no habrá más que hablar. Victor estará demasiado ocupado en lamerse las heridas. —Sonreí, confiado—. Bueno, ¿algo más?

—Algunas firmas pequeñas tratan de sabotearnos —dijo Choza en su habitual tono lóbrego—. Tratan de robarnos algún que otro negocio, un corredor aquí, otro allá. Estoy seguro de que pasará.

—Sólo pasará si tú haces que pase —ladré—. Ocúpate de que se sepa que le pondremos una demanda a cualquier ex empleado que pretenda formar su propia agencia robándonos gente. Nuestra nueva política será: *Me sacas un ojo, te saco el corazón*. —Miré a Danny y le pregunté—: ¿Alguien más ha recibido una citación del tribunal federal?

Danny meneó la cabeza.

—No que yo sepa, no al menos en la sala de negocios. Hasta ahora, sólo somos tú, Kenny y yo. No creo que nadie más sepa que hay una investigación.

—Bien —dije, sintiendo que mi confianza disminuía a cada instante—, es posible que estén dando palos de ciego. Debería tener información pronto. Estoy a la espera de lo que me traiga Bo.

Tras unos momentos de silencio, Choza dijo:

—Por cierto, Madden firmó el acuerdo por el cual se compromete a depositar sus títulos en la cuenta de un tercero, yo, y me devolvió el certificado accionarial. Así que no debes preocuparte más por eso.

Danny dijo:

—Te lo dije. Steve es leal.

Resistí mis deseos de contarle que, últimamente, Steve lo criticaba como nunca. Decía que Danny no estaba en condiciones de administrar Stratton y que lo que yo tenía que hacer era concentrarme en ayudarlo a él, Steve, a desarrollar Zapatos Steve Madden, que mostraba más potencial que nunca. Las ventas crecían un cincuenta por ciento al mes, ¡al mes!, y seguían aumentando. Pero lo cierto era que, desde el punto de vista operativo, Steve estaba totalmente sobrepasado. La fabricación y la distribución iban muy por detrás del ritmo de ventas. Y la empresa estaba ganando mala fama en las grandes tiendas, que se quejaban de que se demoraba a la hora de entregar pedidos. A instancias de Steve, yo estaba considerando seriamente la posibilidad de instalar mi oficina en Woodside, Queens, donde estaba la sede corporativa de Zapatos Steve Madden. Allí compartiría la oficina con Steve, que se concentraría en el aspecto creativo, mientras yo me enfocaba en lo comercial.

Pero sólo dije:

—No digo que sea desleal. Pero ahora que tenemos las acciones, comportarse bien le será más fácil. El dinero lleva a las personas a hacer cosas inesperadas, Danny. Sólo sé paciente, no tardarás en verlo.

A la una del mediodía llamé a Janet para darle un poco de aliento. Durante los últimos días parecía muy alterada. Hoy parecía al borde de las lágrimas.

—Mira —le dije en el tono en que un padre le habla a una hija—, tenemos mucho que agradecer, cariño. No digo que no tengas motivos para estar preocupada, pero considera que esto es un nuevo comienzo, no un final. Aún somos jóvenes. Quizá debamos parar un poco el ritmo durante unos meses, pero después volveremos a arrancar a todo gas. —Le dirigí una cálida sonrisa.

—Por ahora trabajaremos desde casa, lo cual es perfecto porque te considero parte de mi familia.

Janet se puso a moquear.

—Ya lo sé. Pero... estoy aquí desde el primer día y te vi construir esto desde la nada. Fue como presenciar un milagro. Fue la

primera vez que me sentí... —«¿querida?», pensé— no sé. Cuando el día de mi boda me llevaste del brazo... como lo hubiese hecho un padre... yo —y, con esas palabras, Janet se derrumbó y prorrumpió en un llanto histérico.

¡Por Dios! pensé. ¿Qué había hecho mal? Mi intención fue consolarla y se echó a llorar. ¿Debía llamar a la duquesa? Ella era experta en ese tipo de cosas. Quizá, si se daba prisa, pudiera venir ahora y llevar a Janet a su casa. Pero eso llevaría demasiado tiempo.

No me quedó más remedio que acercarme a ella y darle un suave abrazo. Con gran ternura, dije:

—Llorar no tiene nada de malo, pero no olvides que el futuro tiene mucho que ofrecernos. En última instancia, ya sabemos que Stratton cerrará algún día, la única pregunta es cuándo. Y, dado que nos marchamos ahora, siempre seremos recordados como un éxito. —Sonreí y adopté un tono optimista—. En cualquier caso, Nadine y yo cenamos con mis padres esta noche. Llevaremos a Channy. Quiero que también vengas tú. ¿De acuerdo?

Janet sonrió ante la idea de ver a Chandler. Y yo no pude menos que preguntarme qué se podía decir sobre el estado de nuestras vidas si lo único que nos daba paz era la pureza y la inocencia de un bebé.

Ya llevaba quince minutos embarcado en mi discurso de despedida cuando me di cuenta de que estaba pronunciando mi propia elegía. Pero, mirando el lado positivo, podía decirse que tenía la infrecuente oportunidad de ver las reacciones de los asistentes a mi propio funeral.

¡Y míralos ahí sentados, pendientes de cada una de mis palabras! Todas esas expresiones arrobadas, todos esos ojos llenos de interés, todos esos torsos bien formados inclinándose hacia delante desde sus asientos. ¡Esas miradas de loca adoración de las asistentes de ventas, con sus lozanas cabelleras rubias, sus atrevidos escotes y, claro, sus increíbles caderas voluptuosas! Quizá debería intentar implantar sugerencias subliminales en lo

profundo de sus mentes: que cada una de ellas ardiera en un insaciable deseo de mamármela y después tragarse hasta la última gota de la esencia misma de mi virilidad durante el resto de sus días.

¡Caray, era un maldito degenerado! Incluso ahora, en medio de mi discurso de despedida, mi mente recorría dos carriles de forma simultánea. Mis labios se abrían y cerraban mientras les agradecía a los strattonitas sus cinco años de lealtad impercedera y admiración, pero al mismo tiempo no paraba de preguntarme si no debería haberme follado a más asistentes de ventas. ¿Qué decía eso de mí? ¿Que era débil? ¿O querer follármelas a todas era natural? Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene el poder si uno no lo usa para follar? Lo cierto era que yo no había explotado ese aspecto del poder tanto como habría podido, ¡al menos no hasta el punto en que Danny lo hizo! ¿Me lamentaría de ello algún día? ¿O había hecho lo correcto? ¡Lo propio de alguien maduro! ¡De alguien responsable!

Todos esos extraños pensamientos rugían en mi cabeza con la fuerza de un tornado de grado cinco, mientras palabras de autoencanto, llenas de sabiduría, brotaban de mi boca a raudales sin que necesitara hacer ni el más mínimo esfuerzo consciente. Me di cuenta de que mi mente no funcionaba en doble pista (lo que ocurría siempre), sino por triplicado, lo cual era una verdadera rareza.

La pista número tres consistía en un monólogo interno que cuestionaba la naturaleza decadente de la pista dos, que se enfocaba en los pros y los contras de hacérmela chupar por las asistentes de ventas. En tanto, la pista uno seguía zumbando ininterrumpidamente. Mis palabras para los strattonitas seguían fluyendo de mis labios como diminutas perlas de sabiduría y elogio a mí mismo. Las palabras surgían de... ¿dónde? Tal vez de la parte del cerebro que funciona sin necesidad de dirección consciente, o quizá lo que las hiciese brotar fuera la pura fuerza del hábito. ¿Cuántas reuniones había encabezado durante los últimos cinco años? Dos al día en cinco años, a trescientos días hábiles al año, eran mil quinientos días hábiles, dos reuniones al día equivalían a un total de tres mil, menos las que hubiese en-

cabezado Danny, que debían de ser un diez por ciento del total, así que si le restábamos ésas a las tres mil, quedaban dos mil seiscientos; la cifra acudió a mi cerebro con facilidad, pero, mientras hacía los cálculos, las perlas de sabiduría y autoelogio seguían surgiendo de mis labios, cuando, con una sacudida, regresé al presente, me encontré explicando cómo la firma de inversiones y finanzas Oakmont Stratton sin duda sobreviviría, ¡sin duda alguna!, porque era mayor que cualquier individuo y que cualquier circunstancia.

Y entonces me sentí impelido a robarle una frase a Franklin Delano Roosevelt que, a pesar de ser demócrata, parecía un tipo razonable, más allá del hecho de que recientemente me habían informado de que su esposa era tortillera. Me puse a explicar a los strattonitas que sólo debíamos temerle al temor mismo.

En ese momento me sentí obligado a explicar una vez más que Danny era más que capaz de encabezar la empresa, en particular si se pensaba que lo secundaba alguien tan agudo como Choza. Pero, ay, me encontré frente a mil pares de ojos que se alzaban al cielo y al mismo número de cabezas que se meneaban con aire preocupado.

Así que sentí la necesidad de cruzar la línea de la sensatez:

—Escuchad: el hecho de que esté inhabilitado de por vida para trabajar en finanzas no impide que aconseje a Danny. ¡Hablo en serio! No sólo es legal que aconseje a Danny, sino que también puedo hacerlo con Andy Greene, Steve Sanders, los propietarios de Biltmore y Monroe Parker y cualquiera de los aquí presentes que esté interesado en oírme. Para que lo sepáis, Danny y yo tenemos la tradición de desayunar y almorzar juntos, tradición que no pensamos interrumpir sólo porque me haya visto obligado a llegar a un ridículo acuerdo con la SEC, ¡arreglo que hice sólo porque era la manera de asegurar la supervivencia de Stratton durante los próximos cien años!

Un aplauso atronador recibió estas palabras. Paseé la mirada por el recinto. ¡Ah, cuánta adoración! ¡Cuánto amor por el Lobo de Wall Street! Hasta que mis ojos se encontraron con los del Loco Max, que parecía estar echando vapor por las malditas orejas. ¿Y qué mierda lo preocupaba tanto? ¡Si todos los demás

escuchaban mis disparates con avidez! ¿Tanto le costaba unirse a los vótores? Aparté de mi mente la idea de que la reacción de mi padre no era como la de los demás porque era el único de los presentes a quien yo le importaba, y que ver a su hijo saltando de un precipicio regulatorio lo preocupaba un poco.

Para tranquilizarlo, dije:

—Por supuesto que los consejos sólo son eso. ¡La palabra misma indica que son meras sugerencias que no hay por qué seguir!

Desde un lado del recinto se oyó la voz de Danny:

—Sí, es verdad, pero, ¿qué persona cuerda no seguiría los consejos de JB?

¡Otro aplauso atronador! Se propagó por la sala de negocios a la velocidad de la epidemia del Ébola. Al cabo de un instante, todos los presentes se pusieron de pie para darle al lobo herido su tercera ovación de la tarde. Alcé la mano, pidiendo silencio, y atisé el agradable rostro de Carrie Chodosh, una de las pocas mujeres corredoras de Stratton, quien, por cierto, también era una de mis empleadas favoritas.

Carrie tenía treinta y tantos años, lo cual, en el contexto de Stratton, prácticamente la convertía en una antigualla. Aun así, seguía siendo muy bella. Había sido una de las primeras strattornitas. Por entonces debía tres meses de alquiler y estaba en la ruina, caída sobre su perfecto culo. Carrie era una más de las muchas mujeres bellas que, lamentablemente, se casan con el hombre equivocado. Después de un matrimonio de diez años, su ex marido se negaba a pagarle ni un centavo de manutención para los hijos de ambos. Me pareció que era la ocasión perfecta para sacar el tema de Duke Securities y de la posibilidad de una investigación del FBI. Sí, lo mejor sería aludir al FBI ahora, predecir que habría una investigación, como si el lobo siempre lo hubiese sabido y estuviera preparado para rechazar ese ataque.

Volví a alzar la mano:

—No voy a mentiros. Llegar a un acuerdo con la SEC ha sido una de las decisiones más difíciles de mi vida. Pero lo he hecho porque sé que Stratton perdurará, pase lo que pase. ¿Sabéis?, lo que hace que Stratton sea tan especial, lo que lo vuelve invenci-

ble, es que no es sólo un lugar donde la gente viene a trabajar. No es sólo una empresa hecha para obtener ganancias. ¡Stratton es una idea! Y, por su naturaleza misma, las ideas no pueden ser detenidas ni aplastadas por una investigación de dos años llevada adelante por una banda de payasos reguladores, que estuvieron a punto de morir de frío en nuestra sala de reuniones y a los que no les importó gastar millones del dinero del contribuyente para embarcarse en una de las mayores cazas de brujas ocurridas desde los días de los juicios de Salem.

»La idea que Stratton encarna es que no importa en qué familia hayas nacido ni a qué escuela hayas ido, ni si tus compañeros votaban por ti como el más popular o exitoso. La idea que encarna Stratton es que, cuando entras por primera vez en esta sala de negocios, tu vida vuelve a comenzar. En el momento mismo en que entrasteis por esa puerta y jurasteis lealtad a la firma, os convertisteis en parte de la familia, en strattonitas.

Respiré hondo y señalé a Carrie.

—Todos conocéis a Carrie Chodosh, ¿verdad?

La sala de negocios respondió con aullidos y silbidos.

Alcé la mano y sonreí.

—Muy bien, muy bonito. Por si no lo sabéis, os diré que Carrie es una de los ocho corredores originales de Stratton. Cuando pensamos en Carrie, la imaginamos como es hoy: una bella mujer que conduce un flamante Mercedes, vive en el mejor barrio de Long Island, viste trajes de Chanel de tres mil dólares y vestidos de Dolce & Gabbana de seis mil, que pasa las vacaciones de invierno en las Bahamas y las de verano en los Hamptons, que tiene en su cuenta corriente quién sabe qué cifra —probablemente no tendría nada, pensé, porque así se hacían las cosas en Stratton— y todos sabéis que Carrie es una de las ejecutivas mejor pagadas de Long Island, ¡y que va camino de ganar más de un millón y medio este año!

Pasé a describir la situación de Carrie cuando llegó a Stratton y, con perfecta sincronización, Carrie dijo en voz bien alta:

—¡Siempre te querré, Jordan! —ante lo cual la sala de negocios volvió a enloquecer, y recibí mi cuarta ovación de la tarde.

Incliné la cabeza en señal de agradecimiento y, al cabo de

unos buenos treinta segundos, pedí silencio. Cuando, por fin, los strattonitas regresaron a sus asientos, dije:

—Entended que Carrie estaba con la espalda contra la pared, tenía que ocuparse de un niño pequeño y de una montaña de deudas que se cernía sobre ella. ¡No podía permitirse fracasar! Su hijo Scott, quien, por cierto, es un chico increíble, pronto asistirá a una de las mejores universidades del país. Y gracias a su madre cuando se gradúe no deberá un par de cientos de miles en concepto de préstamos para estudiantes y no se verá obligado a... —¡Oh, mierda! ¡Carrie lloraba! ¡Lo había hecho otra vez! ¡Por segunda vez en el día hacía llorar a una mujer! ¿Dónde estaba la duquesa?

Carrie lloraba con tanta intensidad que tres asistentes de ventas se acercaron a consolarla. Se hacía necesario que tratase los temas que me quedaban pendientes y terminara mi discurso antes de que alguien más se echara a llorar.

—Bueno —dije—. Todos apreciamos a Carrie y no queremos verla llorar.

Carrie alzó la mano y dijo, entre resoplidos que sonaban como los que emiten los gansos:

—Estoy... estoy bien. Lo lamento.

—Bueno —respondí, preguntándome cuál sería la manera apropiada de lidiar con una strattonita hembra que llora durante un discurso de despedida—. Lo que quería decir es, si alguno cree que ya no hay oportunidades para ascender rápidamente, que Stratton es tan grande y está tan bien organizado que el acceso a sus primeros niveles está bloqueado, ¡que sepa que, en toda la historia de la empresa, no hubo mejor momento para ascender a la cima!, y eso, amigos míos, es un hecho.

»Ahora que marchó, se produce un gran vacío que Danny debe llenar de alguna manera. ¿Y cómo lo hará para llenarlo? ¿Recurriendo a gente de fuera? ¿De Wall Street? ¡No, por supuesto que no! Así que, tanto si eres un recién llegado como si llevas aquí unos meses y ya has pasado las primeras etapas, o si estás desde hace un año y ya has ganado tu primer millón, ¡hoy es tu día de suerte! A medida que Stratton crezca, deberá enfrentarse a nuevos obstáculos regulatorios. Y, tal como lo hicimos

con la SEC, también los superaremos. ¿Quién sabe? Quizá la próxima vez debamos lidiar con la NASD o con los gobiernos estatales o quizá con la fiscalía federal. Lo cierto es que prácticamente todas las grandes firmas de Wall Street deben pasar por eso. Pero sabed que, a fin de cuentas, Stratton perdurará. Y las oportunidades nacen en la adversidad. Quizás, el próximo que esté aquí, pasando la antorcha, sea Danny. Y se la pasará a uno de vosotros.

Hice una pausa para que asimilaran mis palabras antes de entrar en el cierre de mi discurso.

—Así que buena suerte para todos y que continúen los éxitos. Sólo os pido una cosa: que sigáis a Danny como me habéis seguido a mí. Juradle lealtad como me la jurasteis a mí. Y, a partir de este preciso instante, quien está al mando es Danny. ¡Buena suerte, Danny, y que Dios te acompañe! Sé que llevarás las cosas a un nuevo nivel. —Con esas palabras alcé el micrófono en un gesto de salutación dedicado a Danny y recibí la ovación de mi vida.

Cuando el grupo, al fin, se serenó, se me hizo entrega de una tarjeta de despedida. Medía un metro por dos y de un lado decía, en grandes letras de molde rojas: «¡Para el mejor jefe del mundo!». Del otro lado había notas manuscritas, breves felicitaciones de cada uno de mis strattonitas, que me agradecían el haber cambiado sus vidas de forma tan espectacular. Más tarde, cuando entré en mi oficina y cerré la puerta a mis espaldas por última vez, no pude menos que preguntarme si, después de cinco años, seguirían estando tan agradecidos.

Auténticos verdaderos

¿Cuántas repeticiones de *La isla de Gilligan* puede ver uno antes de decidir meterse una pistola en la boca y apretar el gatillo?

Era una gélida mañana de miércoles y, a pesar de que ya eran las once, estaba acostado en la cama, viendo la televisión. La jubilación forzosa, pensé, no es cosa de broma.

Había pasado una considerable parte de las últimas semanas viendo televisión, demasiado tiempo, según la abatida duquesa. Últimamente me había obsesionado con *La isla de Gilligan*.

Había una razón para ello: al ver las repeticiones de *La isla de Gilligan* descubrí con horror que yo no era el único lobo de Wall Street. Para mi gran aflicción, compartía ese no tan honroso apodo con alguien, un viejo idiota WASP que había tenido la desdicha de naufragar en la isla de Gilligan. Se llamaba Thurston Howell III, y ¡ay!, realmente era un WASP estúpido. Al típico modo WASP, se había casado con una hembra de su especie, una atroz rubia de nombre Lovey, casi tan imbécil como él. Lovey sentía la necesidad de ataviarse con conjuntos sastre de paño o vestidos de fiesta cubiertos de lentejuelas, además de maquillarse, a pesar del hecho de que la isla de Gilligan estaba en algún lugar del Pacífico Sur, por lo menos a mil kilómetros del

puerto más cercano. Pero los WASP son conocidos por su exceso en el vestir.

Empecé a preguntarme si el hecho de que el lobo de Wall Street original fuese un torpe era casual o si me habrían puesto ese apodo con la intención de insultarme, comparando a Jordan Belfort con un viejo WASP hijo de puta con un coeficiente intelectual de sesenta y cinco y un problema de incontinencia. Quizá sí, pensaba, sombrío, quizá sí.

Era todo muy triste, deprimente, también. Lo bueno era que pasaba mucho tiempo con Chandler, que empezaba a hablar. Mis sospechas quedaban confirmadas: ahora estaba más claro que el agua que mi hija era un auténtico genio. Me resistía a mi urgencia de valorarla desde un punto de vista puramente físico. Sabía muy bien que luciera como luciese, yo querría igual hasta la última molécula de su cuerpo. Pero el hecho era que su belleza era impresionante y que se parecía cada vez más a su madre. A medida que veía cómo se desarrollaba su personalidad, me enamoraba más y más de ella. Era la nena de papá, y rara vez dejaba de pasar al menos tres o cuatro horas al día con ella, enseñándole palabras nuevas.

Poderosos sentimientos florecían en mi interior, sentimientos con los que no estaba familiarizado. Para bien o para mal, me di cuenta de que nunca había querido incondicionalmente a otro ser humano, mis esposas y padres incluidos. Sólo ahora, con Chandler, entendía por fin el significado de la palabra «amor». Por primera vez entendí que mis padres habían sufrido, literalmente, mis propios dolores, en particular durante mi adolescencia, cuando parecía empeñado en desperdiciar mis talentos. Entendí al fin de dónde venían las lágrimas de mi madre y supe que también yo derramaría lágrimas como ésas si mi hija llegaba a comportarse como lo había hecho yo. Sentía culpa por todo el dolor que les había causado a mis padres al darme cuenta de que debía de haberlos lastimado en sus fibras más íntimas. De modo que la cosa era el amor incondicional, ¿verdad? Era el más puro de los amores y, hasta ahora, yo no había hecho más que recibirlo.

Nada de eso disminuía mis sentimientos respecto de la du-

quesa. Más bien me preguntaba si alguna vez llegaría a ese estado con ella, a un nivel de comodidad y confianza que me permitiera bajar la guardia y quererla incondicionalmente. Quizá sí, siuviésemos un hijo más. O si envejecíamos de verdad, juntos, hasta sobrepasar el punto en que el cuerpo físico manda como lo hace. Quizás entonces confiaría en ella.

Con el correr de los días me di cuenta de que recurría a Chandler para que me diera paz, estabilidad, la sensación de que mi vida tenía sentido. La idea de que podía llegar a ir a la cárcel y verme separado de ella era algo que abrumaba mi mente como un peso muerto, que no se marcharía hasta que el agente Coleman, al no encontrar nada, dejara de investigar. Sólo entonces me quedaría tranquilo. Aún aguardaba noticias de Bo respecto a las informaciones que pretendía obtener del agente especial Barsini. Pero le estaba resultando difícil hacerlo.

Y también estaba la duquesa. Las cosas iban notablemente bien en ese aspecto. De hecho, ahora que tenía más tiempo libre, me resultaba mucho más fácil ocultarle mi adicción a las drogas, que crecía a pasos agigantados. Me había embarcado en una maravillosa rutina consistente en levantarme a las cinco de la madrugada, dos horas antes que ella, para poder tomar en paz mis qualuuds de la mañana. Así podía pasar por las cuatro fases del *trip* —cosquilleo, lengua trabada, babeo, pérdida de conciencia— antes de que ella siquiera hubiese despertado. Cuando recuperaba la conciencia veía unos pocos episodios de *La isla de Gilligan* o de *Mi bella genio* antes de pasar más o menos una hora jugando con Channy.

A mediodía almorzaba en Tenjin con Danny, para que los strattonitas nos vieran juntos. Cuando los mercados cerraban, Danny y yo volvíamos a encontrarnos para tomar qualuuds juntos. Era mi segundo viaje del día. Por lo general, regresaba a casa en torno de las siete, cuando la fase de babeo ya había terminado hacía un buen rato, y cenaba con la duquesa y Chandler. Aunque tenía la certeza de que la duquesa se daba cuenta de todo, al parecer había decidido hacer la vista gorda, agradecida tal vez por el hecho de que yo hiciese un esfuerzo por no babear en su presencia, cosa que la enfurecía más que ninguna otra.

En ese momento oí el «bip» del teléfono. La impertinente voz de Janet sonó por el intercomunicador.

—¿Ya estás despierto?

—Son las once de la mañana, Janet. Claro que estoy despierto.

—Bueno, aún no has aparecido, así que ¿cómo quieres que lo sepa?

¡Increíble! Seguía sin demostrarme respeto, incluso ahora que trabajaba en mi casa. Era como si la duquesa y ella se aliaran contra mí, me tomaran de hazmerreír. Oh, sí, fingían que era todo en broma, por amor, pero no tenía nada de gracioso.

¿Y qué motivos tenían las dos para burlarse de mí? ¡Ninguno! Aunque estaba inhabilitado para participar en el negocio de las finanzas, me las había compuesto para ganar cuatro millones de dólares en febrero, y en este mes, marzo, aunque sólo era el día tres, había ganado un millón. Así que no podía decirse que fuese una inútil babosa marina que se pasaba el día acostada en la cama sin hacer nada.

Y qué mierda hacían ellas todo el día, ¿eh? Janet se pasaba la mayor parte de su jornada mimando a Chandler y chismorreando con Gwynne. Nadine pasaba sus días montando sus estúpidos caballos antes de pasearse por la casa enfundada en un conjunto de equitación inglés, consistente en pantalones de montar verdes elásticos, polo de cuello alto a tono y relucientes botas negras que le llegaban a las rodillas, tosiendo, estornuando y rascándose a causa de su incurable alergia a los equinos. La única persona de la casa que realmente me comprendía era Chandler, y quizá también Gwynne, que cada mañana me traía el desayuno a la cama y me ofrecía qualuuds para el dolor de espalda.

Le dije a Janet:

—Estoy despierto, así que tranquilízate. Estoy viendo las noticias financieras por televisión.

Janet, la escéptica:

—¿Ah, sí? Yo también. ¿Qué está diciendo el tipo?

—Vete a la mierda, Janet. ¿Qué quieres?

—Alan Chemtob está al teléfono. Dice que es importante.

Alan Chemtob, alias Alan el Químico, mi fiable proveedor de qualuuds, era un verdadero incordio. No bastaba con pagar cincuenta dólares por qualuud para que ese parásito social hiciera su vida. ¡Oh, no! Ese traficante de drogas quería ser amado o querido o quién sabe qué mierda. Digo, ese gordo hijo de puta le daba un renovado sentido a la expresión «tu traficante amigo». Aun así, tenía los mejores qualuuds que se podían conseguir, lo cual era, lamentablemente, un término relativo. Para el entendido, los buenos qualuuds son los que provienen de los países donde empresas farmacéuticas aún pueden producirlos.

Sí, era una historia triste. Como ocurre con la mayor parte de las drogas recreativas, los qualuuds alguna vez fueron legales en Estados Unidos. Pero cuando la DEA se dio cuenta de que por cada receta legítima que se despachaba había otras cien falsas, decidió ilegalizarlos. Ahora, sólo dos países manufacturaban qualuuds legales: España y Alemania. Y en ambos lugares los controles eran tan estrictos que era casi imposible obtener cantidades significativas de la droga.

Por eso, mi corazón se puso a batir como el de un conejo cuando Alan el Químico dijo:

—No vas a creerlo, Jordan, pero he encontrado un farmacéutico jubilado que tiene veinte Lemmons auténticos guardados en su caja fuerte desde hace casi quince años. Hace cinco años que procuro que me los venda pero se resistía a soltarlos. Ahora tiene que pagar la inscripción de su hijo en la universidad y quiere venderlos a quinientos dólares por píldora. Me pregunto si te podría inte...

—¡Claro que me interesan! —contuve mis deseos de decirle que el hecho de que dudara de mi interés demostraba que era un jodido imbécil. Hay qualuuds y qualuuds. Cada marca tiene una formulación ligeramente distinta y también su potencia varía. Y ninguna logró un resultado tan perfecto como los genios de Farmacoquímica Lemmon, que comercializaban sus qualuuds bajo la marca Lemmon 714. Los Lemmon, como se los conocía, eran legendarios, no sólo por su potencia sino por su capacidad de transformar vírgenes de escuela católica en reinas de la felación. De allí se originaba su mote de «abrepiernas»—. ¡Los quiero to-

dos! —ladré—. Es más, dile al tipo que si me vende cuarenta le daré mil dólares por píldora y si me vende cien, mil quinientos. Ciento cincuenta mil dólares, Alan. —¡Por Dios!, pensé, ¡si el lobo de Wall Street es un hombre rico! ¡Verdaderos Lemmon! Se consideraba que los Palladin eran verdaderos qualuuds pues eran manufacturados por una empresa farmacéutica legal en España. Y si los Palladin eran verdaderos, entonces los Lemmon eran... ¡Auténticos verdaderos!

El Químico respondió:

—Sólo tiene veinte.

—¡Mierda! ¿Estás seguro? ¿No te estarás reservando algunos, no?

—Por supuesto que no —repuso el Químico—. Te considero un amigo y nunca le haría eso a un amigo, ¿no te parece?

¡Qué jodido infeliz!, pensé. Pero mi respuesta fue ligeramente distinta:

—No podría estar más de acuerdo, amigo mío. ¿Cuándo puedes estar aquí?

—El tipo estará fuera hasta las cuatro. Yo puedo estar en Old Brookville alrededor de las cinco. —Añadió—: Pero asegúrate de tener el estómago vacío.

—¡Oh, vamos, Químico! ¡Me ofende que puedas pensar que no lo haré! —Con esas palabras nos despedimos. Colgué el auricular y me revolqué sobre mi colcha de seda blanca de doce mil dólares como un niño que acaba de ganarse un cupón de compras ilimitadas para la juguetería FAO Schwarz.

Fui al baño, abrí el botiquín y cogí una caja cuyo rótulo decía: «Enema Fleet». La abrí desgarrándola, me bajé los calzoncillos hasta las rodillas e inserté el pico puntiagudo del frasco en mi culo con tal ferocidad que sentí que me raspaba el colon sigmoide. Al cabo de tres minutos, todo el contenido de mi aparato digestivo salió en un torrente. En mi fuero interno estaba bastante seguro de que esta medida no intensificaría mi experiencia, pero quería estar seguro. Luego, me metí el dedo en la garganta y vomité lo que quedaba de mi desayuno de esa mañana.

Sí, pensé. Había hecho lo que cualquier hombre sensato ha-

ría bajo tan extraordinarias circunstancias, con la posible excepción de lo de haberme administrado el enema antes de provocarme el vómito. Pero entre las dos operaciones me había lavado las manos con agua muy caliente, lo cual subsanaba ese mínimo error.

Luego, telefoneé a Danny para decirle que hiciera como yo. Por supuesto, me hizo caso.

A las cinco de la tarde, Danny y yo estábamos jugando al billar en mi sótano, aguardando, impacientes, la llegada de Alan el Químico. Hacía media hora que Danny me venía ganando ampliamente. Mientras las bolas entrechocaban y sonaban, Danny vapuleaba al chino:

—Tengo la total certeza de que esas acciones vienen del chino. Nadie más tiene tantas.

Los títulos de los que hablaba Danny eran de M. H. Meyerson, la última emisión de Stratton. El problema era que parte de mi acuerdo con Kenny incluía darle a Victor grandes bloques de esa emisión. Claro que ello se hacía con instrucciones explícitas de que no debía venderlos. Y, claro, Victor, ignorando dichas órdenes, estaba abocado a vender hasta la última acción. Lo verdaderamente frustrante del asunto era que, por la naturaleza misma del Nasdaq, era imposible demostrar esa transgresión. Eran puras suposiciones.

Aun así, mediante un proceso de eliminación no era difícil llegar a la verdad: el chino nos estaba jodiendo.

—¿Qué te sorprende tanto? —pregunté, cínico—. El chino es un maníaco depravado. Vendería esos títulos aunque no necesitara hacerlo, por puro despecho. Ahora ves por qué te dije que te quedaras unas cien mil acciones. Él ya vendió todo lo que podía vender, y tú sigues bien plantado.

Danny asintió con expresión sombría.

Sonreí y le dije:

—No te preocupes, compañero. ¿Cuánto le has vendido hasta ahora de esos otros títulos?

—Más o menos un millón de acciones.

—Bien. Cuando llegues al millón y medio, le voy a apagar la luz a ese chino y...

La campanilla de la puerta de entrada me interrumpió. Danny y yo nos miramos y quedamos inmóviles, con las bocas entreabiertas. Al cabo de un momento se oyeron los pasos de Alan el Químico en las escaleras del sótano. Apenas entró, comenzó con la mierda personal, preguntando:

—¿Cómo está Chandler?

¡Dios mío!, pensé. ¿Por qué no sería como los demás traficantes y se limitaba a merodear por las esquinas y venderles drogas a los escolares? ¿Por qué necesitaba que lo quisieran?

—Oh, muy bien —dije, pensando «¿me das de una vez los putos Lemmon?»—. ¿Y como están Marsha y los niños?

—Oh, Marsha es Marsha —dijo, rechinando los dientes como corresponde a un auténtico adicto a la cocaína como él—, pero los niños están muy bien. ¿Sabes?, realmente me vendría bien si me pagaras en una cuenta especial que abriré para los niños. Una cuenta para pagar la universidad cuando llegue el momento.

—Sí, claro. —«¡Y entrega los qualuuds de una vez, gordo de mierda!», pensé.

—Llama a la asistente de Danny y ella se ocupará. ¿Verdad, Dan?

—¡Por supuesto! —dijo Danny, apretando las mandíbulas. La expresión de su rostro decía: «Entrega los jodidos Lemmon o sufrirás las consecuencias».

Al cabo de quince minutos, Alan entregó al fin los qualuuds. Tomé uno y lo estudié. Era perfectamente redondo, apenas más grande que una moneda de diez centavos y del espesor de un Cheerio de nuez a la miel. Era blanco como la nieve, se veía muy limpio y tenía un magnífico lustre que servía de recordatorio visual de que, aunque se parecía a una aspirina Bayer, distaba mucho de serlo. De un lado de la píldora se veía su marca, Lemmon 714, grabada en gruesas letras de molde. Una delgada línea cruzaba el otro lado. Toda la circunferencia de la píldora tenía los bordes biselados propios de esa marca.

El Químico dijo:

—Son de las buenas, Jordan. Hagas lo que hagas, no se te ocurra tomar más de una. No son como las Palladin; son mucho más fuertes.

Le aseguré que no lo haría. Diez minutos después, Danny y yo emprendíamos nuestro camino al paraíso. Cada uno se había tragado una y ahora estábamos en el gimnasio de mi sótano, rodeados de espejos que cubrían todas las paredes. El gimnasio estaba atestado de aparatos Cybex de última generación, y de suficientes pesas de todas las formas y tamaños como para impresionar a Arnold Schwarzenegger. Danny corría por una cinta sinfín a considerable velocidad; yo subía por un StairMaster, tan deprisa como si tuviese al agente especial Coleman a mis talones.

Le dije a Danny:

—Nada hace detonar los qualuuds como un poco de ejercicio, ¿eh?

—¡Totalmente de acuerdo! —exclamó Danny—. Es todo cuestión de metabolismo; cuanto más rápido, mejor. —Tendí la mano para tomar una taza de porcelana blanca llena de sake—. Y, por cierto, esto es un toque de genio. Lo de tomar sake caliente después de consumir un verdadero Lemmon es toda una inspiración. Como rociar gasolina sobre un furioso incendio.

Tomando mi propia taza, tendí el brazo para brindar con Danny. También él lo intentó, pero nuestras máquinas no estaban lo suficientemente cerca y las tazas no llegaban a entrec chocar.

—¡Buen intento! —dijo Danny con una risita.

—¡Al menos hicimos el esfuerzo! —respondí, riendo también.

Y los dos idiotas, entre risitas, alzaron sus copas el uno hacia el otro y se tragaron su sake.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció ella, la duquesa de Bay Ridge, con su conjunto de equitación color verde lima. Dio un agresivo paso adelante y se plantó en una pose: la cabeza ladeada, los brazos cruzados bajo los pechos, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la espalda un poco arqueada.

Entornando los ojos con aire suspicaz dijo:

—¿Qué estáis haciendo, idiotas?

¡Caramba! ¡Una complicación inesperada!

—Creí que saldrías con Hope esta noche —dije en tono acusador.

—A... a... ¡chú! —estornudó mi aspirante a amazona, abandonando su pose—. Tenía tanta alergia que tuve que... que... ¡achís!... —la duquesa volvió a estornudar— decirle a Hope que no podría ir.

—¡Salud, duquesa! —dijo Danny, llamando a mi mujer por su apodo.

La respuesta de la duquesa:

—Me vuelves a llamar «duquesa» otra vez y te vuelco ese puto sake por la cabeza. —Y a mí—: Ven conmigo, tengo que hablarte de algo. —Con esas palabras nos volvió la espalda y se dirigió al sofacama que había del otro lado del sótano. Estaba justo frente a la pista de squash, convertida ahora en sala de exposición de ropa, debido a la última aspiración de mi esposa: diseñadora de moda para embarazadas y bebés.

Danny y yo la seguimos, obedientes. Le susurré al oído a mi amigo:

—¿Sientes algo?

—Nada —susurró en respuesta.

La duquesa dijo:

—Hoy estuve hablando con Heather Gold y me dijo que es el momento justo para que Channy comience a cabalgar. Así que quiero comprarle un poni. —Dio una única cabezada, como para enfatizar sus palabras—. Bueno, la cuestión es que tienen uno muy bonito y que no es muy caro.

—¿Cuánto? —dije, sentándome junto a la duquesa y preguntándome cómo iba a hacer Chandler para montar un poni si ni siquiera había empezado a caminar.

—¡Sólo setenta mil dólares! —respondió la duquesa con una sonrisa—. No está mal, ¿no?

Bueno, pensé, si aceptas que tengamos relaciones sexuales mientras esto comienza a explotar, te compraré de buena gana ese poni de precio descabellado. Pero sólo dije:

—Parece una jodida ganga. Ni siquiera sabía que fabricaran ponis de ese precio. —Alcé los ojos al cielo.

La duquesa me aseguró que sí, que los había y, para reforzar su solicitud, se me acercó tanto como para que oliese su perfume.

—¡Por favor! —susurró en un tono irresistible—. Seré tu mejor amiga.

En ese preciso instante, Janet apareció en lo alto de las escaleras luciendo una amplia sonrisa.

—¡Hola a todos! ¿Cómo van las cosas por aquí abajo?

Alcé la mirada y le dije:

—¡Ven y únete a la puta fiesta! —Evidentemente, no registró el sarcasmo y, al cabo de un momento, la duquesa la había reclutado para su causa y ambas hablaban de lo hermosa que luciría Chandler a caballo, vestida con un lindo conjuntito de equitación inglés que la duquesa le podía mandar hacer por Dios sabe qué suma.

Intuyendo que me encontraba frente a una oportunidad, le susurré a la duquesa que, si venía conmigo al cuarto de baño, y me permitía penetrarla mientras se inclinaba sobre el lavamanos, estaría más que feliz de ir a Establos Costa Dorada a comprarle el poni al día siguiente, en cuanto terminara *La isla de Gilligan*, ante lo cual, susurrando también ella, me preguntó:

—¿Ahora?

Asentí con la cabeza, repitiendo tres veces:

—¡Por favor!

La duquesa sonrió y asintió. Pedimos a los demás que nos excusaran durante un momento.

Una vez en el baño y sin más trámites, la hice inclinarse sobre el lavamanos y me zambullí en ella sin recurrir a lubricación alguna. Dijo «¡ay!» antes de lanzar una tos y un estornudo. Dije «¡gracias, mi amor!» y bombeé una docena de veces a toda velocidad antes de acabar dentro de ella con la potencia de un cohe-te. Todo el asunto duró unos nueve segundos.

La duquesa volvió su linda cabecita y dijo:

—¿Eso es todo? ¿Has terminado?

—Ajá —respondí, mientras me frotaba las yemas de los de-

dos unas con otras sin sentir, todavía, ni asomos de cosquilleo—. ¿Por qué no vas al dormitorio y usas tu vibrador?

Aún inclinada, la duquesa dijo:

—¿Por qué estás tan ansioso por librarte de mí? Sé que Danny y tú estáis en algo. ¿Qué es?

—Nada. Sólo tenemos que hablar de negocios, cariño. Eso es todo.

—¡Vete a la mierda! —dijo la duquesa, furiosa—. ¡Sé que mientes! —Y en un único, veloz movimiento, se apartó del lavamanos a fuerza de brazos, lo que me hizo salir proyectado hacia atrás y estamparme contra la puerta del baño con tremenda potencia. Luego, se subió los pantalones de equitación, estornudó, se miró al espejo durante un segundo, se acomodó el cabello, me apartó de un empujón y se marchó.

Diez minutos después, Danny y yo estábamos solos en el sótano. Seguíamos totalmente sobrios. Meneé la cabeza con aire solemne y dije:

—Son tan viejos que deben de haber perdido potencia. Creo que deberíamos tomar otro.

Así lo hicimos y, al cabo de treinta minutos, inada! ¡Ni un jodido cosquilleo!

—¿Te das cuenta? —dijo Danny—. ¡Quinientos dólares por píldora y no funcionan! ¡Es un crimen! Dame el frasco. Quiero ver la fecha de caducidad.

Le tiré el frasco.

Miró la etiqueta.

—¡Diciembre de 1981! ¡Están caducados! —Le quitó la tapa y sacó otros dos Lemmon—. Deben haber perdido el efecto. Tomemos una más.

Treinta minutos más tarde, estábamos desolados. Cada uno había tomado tres Lemmon añejos sin sentir ni el más leve cosquilleo.

—¡Bueno, hasta aquí hemos llegado! —dije—. No cabe duda de que no funcionan.

—Sí —dijo Danny—. Así es la vida, amigo mío.

En ese momento, la voz de Gwynne sonó en el intercomunicador:

—Señor Belfort, Bo Dietl al teléfono.

Tomé el auricular.

—Eh, Bo. ¿Cómo va todo?

Su respuesta me sobresaltó.

—Tengo que hablar contigo ahora mismo —ladró—, pero no por este teléfono. Ve a un teléfono público y llama a este número. ¿Tienes algo para escribir?

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Hablaste con Bar...?

Bo me interrumpió:

—Por este teléfono no, Bo. Pero la respuesta corta es sí, y tengo información para ti. Ahora ve a buscar un bolígrafo.

Un minuto más tarde estaba al volante de mi pequeño Mercedes blanco, congelándome hasta el culo. Con las prisas, había olvidado ponerme la chaqueta. La temperatura del exterior era absolutamente glacial —no menos de quince grados bajo cero— y, a las siete de esa tarde de invierno, ya había oscurecido. Puse el coche en marcha y me dirigí al portón de entrada. Al salir, giré a la izquierda y salí a Pin Oak Court. Quedé sorprendido al ver que había largas hileras de coches estacionados a uno y otro lado de la calle. Al parecer, algún vecino de mi manzana estaba de fiesta. ¡Maravilloso!, pensé. ¡Me acababa de gastar diez mil dólares en los peores qualuuds de la historia y alguien lo estaba celebrando!

Iba rumbo al teléfono público del Brookville Country Club. Estaba a apenas unos cientos de metros calle arriba y, treinta segundos después, me encontré frente a la entrada principal. Estacioné frente a la sede del club y ascendí media docena de peldaños de ladrillo rojo antes de entrar por la puerta flanqueada por columnas corintias.

Dentro de la sede había una fila de teléfonos públicos contra una pared. Dirigiéndome a uno, llamé al número que me había dado Bo antes de ingresar el de mi tarjeta de crédito. Atendió tras unos pocos timbrazos y enseguida me dio las terribles noticias:

—Escucha, Bo —dijo Bo desde otro teléfono público—. Bar-sini me acaba de decir que eres objeto de una investigación a fondo sobre lavado de dinero. Al parecer, el tal Coleman piensa

que tienes veinte millones en Suiza. Tiene una fuente allí que le da información. Barsini no ha querido entrar en detalles, pero me ha dado a entender que caíste como parte de otra investigación, que originalmente no se centraba en ti. Pero ahora sí que eres el objetivo principal. Él se ocupó de que así fuera. Es probable que el teléfono de tu casa esté intervenido, y también el de la casa de la playa. Dime, Bo, ¿qué está pasando?

Respiré hondo, procurando serenarme y tratando de encontrar algo que decirle a Bo... pero ¿qué le podía decir? ¿Que tenía millones de dólares en la supuesta cuenta de Patricia Mellor y que quien llevó ese dinero allí fue mi suegra? ¿Que Todd Garret había sido arrestado porque Danny cometió la estupidez de conducir bajo el efecto de los qualuuds? ¿De qué servía contarle eso? En mi opinión, de nada. De modo que sólo dije:

—No tengo ningún dinero en Suiza. Debe tratarse de un error.

—¿Qué? No te he entendido. ¿Me repites lo que has dicho?

Frustrado, repetí:

—¡Ije e o teggo iún diero e Suduiza!

En tono de incredulidad, Bo dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Estás drogado? ¡No entiendo una jodida palabra de lo que dices! —Enseguida, adoptando un tono urgente, añadió—: ¡Escúchame, Jordan! ¡No te pongas al volante! ¡Dime dónde estás y mandaré a Rocco a buscarte! ¿Dónde estás, compañero? ¡Di algo!

De pronto, una sensación de tibieza trepó por mi cerebro mientras un agradable cosquilleo se difundía por cada molécula de mi cuerpo. Aún tenía el auricular contra la oreja, y quería decirle a Bo que enviase a Rocco a buscarme al Brookville Country Club, pero no podía mover los labios. Era como si mi cerebro enviase señales, pero algo las interfiriera o distorsionara. Me sentía paralizado.

Y me sentía maravillosamente. Contemplé el frente de metal pulido del teléfono público. Ladeé la cabeza para ver si me reflejaba... ¡Qué bonito era ese teléfono!... ¡Qué brillante!... Repentinamente, el teléfono pareció alejarse... ¿Qué ocurría? ¿Dónde se iba el teléfono?... ¡A la mierda!... Ahora me caía hacia atrás, desplomándome como un árbol al que acaban de talar... ¡ÁRBOL

VA!... y... de pronto... ¡bum!, estaba acostado de espaldas, en estado de semiinconsciencia, estudiando el techo del club. Era uno de esos techos falsos, de espuma plástica, de los que se usan en las oficinas. *¡Qué ordinarietà para un club como éste!*, pensé. ¡Estos jodidos WASP ahorran en su propio techo!

Respiré hondo y comprobé si no se me había roto algún hueso. Todo parecía funcionar. Los comprimidos me habían protegido. Los pequeños hijos de puta se habían tomado noventa minutos para detonar, pero una vez que lo hicieron... ¡Vaya! Había pasado de inmediato de la fase del cosquilleo a la del babeo. De hecho, acababa de descubrir una nueva fase, ubicada en algún lugar entre la de babeo y la de inconsciencia. Era la... ¿Cuál era? Necesitaba un nombre para esta fase. ¡Era la fase de la parálisis cerebral! ¡Sí! Mi cerebro era incapaz de enviar señales claras a mi sistema musculoesquelético. ¡Qué maravillosa nueva fase! Mi cerebro seguía afilado como un bisturí, pero no controlaba mi cuerpo. ¡Demasiado bueno! ¡Demasiado bueno!

Haciendo un gran esfuerzo, estiré el cuello y vi el auricular, que seguía oscilando, colgado del extremo de su brillante cable metálico. Me parecía oír la voz de Bo gritando: *¡Dime dónde estás y te mando a Rocco!*, aunque lo más probable era que fuese cosa de mi imaginación. ¡Mierda!, pensé. De todos modos, ¿qué sentido tenía tratar de regresar al teléfono? Había perdido oficialmente el habla.

Tras pasar cinco minutos en el suelo, de pronto me di cuenta de que Danny debía de estar en mi mismo estado. ¡Oh, por Dios! ¡La duquesa debía de estar enloquecida, preguntándose dónde me habría metido! Necesitaba regresar a casa. Estaba a apenas doscientos metros de allí, apenas un tirón. Podía conducir ese trecho, ¿verdad? O quizá debía regresar a pie. Pero no, hacía demasiado frío para eso. Era probable que si lo intentaba muriese congelado.

Rodé hasta quedar boca abajo y me puse en cuatro patas. Procuré levantarme, pero en vano. Cada vez que sacaba las manos de la alfombra, me caía hacia un costado. Tendría que llegar al coche gateando. ¿Qué tenía eso de malo? Chandler gateaba y se manejaba muy bien así.

Cuando llegué a la puerta principal, me puse de rodillas. La abrí y salí a gatas. Allí estaba mi coche, diez escalones más abajo. Por más que lo intentara, mi cerebro, temiendo las consecuencias, se negaba a permitirme gatear escaleras abajo. De modo que me tendí de bruces, crucé los brazos sobre el pecho y, convirtiéndome en un cilindro humano, me puse a rodar escaleras abajo. Al principio, con lentitud... con perfecto control, y entonces... ¡oh, mierda! ¡Ahí voy!... ¡más rápido!... ¡aún más rápido!... b-bum... b-bum... b-bum... Finalmente, aterricé en el asfalto del estacionamiento con un golpe sordo.

Pero una vez más las pastillas me protegieron. Treinta segundos más tarde estaba sentado en el asiento del conductor, con el motor encendido, el coche en marcha y el mentón apoyado sobre el volante. Así encorvado, con los ojos que apenas si asomaban sobre el tablero, parecía una de esas viejas de cabello teñido de azul que van por el carril izquierdo de la autopista a treinta kilómetros por hora.

Salí del estacionamiento a una velocidad de unos dos kilómetros por hora, elevándole una silenciosa plegaria a Dios. Al parecer, tal como dicen en los libros, se trataba de un Dios bueno y misericordioso, porque, al cabo de un minuto, estaba estacionado frente a casa y entero. ¡Victoria! Le agradecí al Señor porque fuera el Señor y, tras considerables esfuerzos, entré gateando en la cocina, en cuyo momento me encontré mirando el hermoso rostro de la duquesa que se cernía sobre mí. ¡Caray! ¡Ahora sí que tenía problemas! ¿Cuán enfadada estaba? Imposible saberlo.

Y entonces me di cuenta de que no estaba enfadada. De hecho, lloraba histéricamente. Al cabo de un rato me encontré con que estaba acuclillada junto a mí, cubriéndome la cabeza y el rostro de besos, tratando de hablar por entre las lágrimas:

—¡Oh, gracias a Dios que llegaste a casa a salvo, cariño! ¡Creí que te había perdido! Yo... yo... —no le salían las palabras— te amo tanto. Creí que habías tenido un accidente. Bo llamó y dijo que te habías desmayado mientras hablabas con él. Entonces bajé al sótano y me encontré a Danny gateando y dándose contra las paredes. Deja que te ayude a levantarte, amor. —Me in-

corporó, me condujo a la mesa de la cocina y me sentó en una silla. Un segundo después, mi cabeza golpeó la mesa.

—Tienes que acabar con esto —suplicó—. Vas a matarte, mi amor. Yo... no podría perderte. Por favor, mira a tu hija; te ama. Vas a morir si sigues así.

Miré a Chandler. Mis ojos se encontraron con los suyos. Sonrió:

—¡Papi! —dijo—. ¡Hola, papi!

Le sonreí a mi hija y estaba a punto de responder, con mi lengua trabada, «yo también te amo» cuando dos pares de robustos brazos me levantaron de mi asiento y se pusieron a arrastrarme escaleras arriba.

Rocco Noche dijo:

—Señor Belfort, a la cama y a dormir, ahora mismo. Todo saldrá bien.

Rocco Día añadió:

—No se preocupe, señor B. Nos ocuparemos de todo.

¿De qué mierda hablaban? Quise preguntárselo pero no me salían las palabras. Un minuto después estaba solo en cama, aún totalmente vestido pero con la cabeza tapada con la ropa de cama y las luces apagadas. Respiré hondo, procurando entender qué había ocurrido. Tenía su gracia que, aunque la duquesa se hubiese mostrado tan amable, hubiese llamado a los guardaespaldas para que me llevasen a la cama, como si fuese un niño que se ha portado mal. «¡Bueno, a la mierda!», pensé. El dormitorio real era muy confortable y disfrutaría lo que quedaba de parálisis cerebral así, flotando entre la seda china.

En ese momento, las luces del dormitorio se encendieron. Un instante después, alguien me quitó la colcha de seda de la cabeza y me encontré mirando, con los ojos entrecerrados, el deslumbrante haz de una linterna.

—Señor Belfort —dijo una voz desconocida—, ¿está despierto, señor?

¿Señor? ¿Quién mierda me dice señor? En pocos segundos mis ojos se habían adaptado a la luz, así que lo vi. Era un agente, dos, para ser preciso, del departamento de policía de Old Brookville. Vestían equipo completo: pistolas, esposas, insignias relu-

cientes, todo el asunto. Uno era alto y gordo y tenía un gran bigote. El otro era bajo y nervudo, con la piel enrojecida de un adolescente.

Al momento sentí que una terrible nube oscura descendía sobre mí. Algo había salido muy mal. ¡Se veía que el agente Coleman había trabajado deprisa! ¡Apenas si comenzaba la investigación y ya me estaban arrestando! ¿Qué pasó con eso de que las ruedas de la justicia son lentas? ¿Por qué enviaba el agente Coleman a la policía de Brookville a arrestarme? ¡Por Dios, si eran como policías de juguete! Su destacamento parecía una casa de muñecas. ¿Así era como arrestaban a los sospechosos de lavado de dinero?

—Señor Belfort —dijo el policía—, ¿ha estado usted conduciendo?

¡Oh, oh! Drogado y todo, mi cerebro comenzó a enviar señales de emergencia a mi laringe, ordenándole negar todo.

—O e de é tá balando. —*No sé de que está hablando*, farfullé.

Al parecer, mi respuesta no les agradó mucho, porque al instante me encontré bajando por la escalera de caracol, con un policía a cada lado y las manos esposadas a la espalda. Cuando llegamos a la puerta de la casa, el policía gordo dijo:

—Ha tenido usted siete accidentes de tráfico distintos, señor Belfort. Seis fueron aquí mismo, en Pin Oak Court, el otro fue una colisión frontal en Chicken Valley Road. La conductora del otro coche va camino al hospital. Tiene un brazo roto. Está arrestado, señor Belfort, por conducir bajo la influencia de tóxicos, imprudencia, poner en peligro a terceros y abandonar la escena del accidente. —Y pasó a leerme mis derechos. Cuando llegó a la parte de qué hacer si no podía pagar un abogado, él y su compañero rieron, burlones.

Pero ¿de qué hablaban? Yo no había tenido ningún accidente, menos aún siete. ¡Dios había respondido a mi plegaria, protegiéndome del mal! ¡No me buscaban a mí! Se trataba de un caso de identidad equivocada, pensé hasta que vi mi pequeño Mercedes, y mi boca se abrió de par en par. El coche estaba totalmente destrozado. El lado del pasajero, que tenía frente a mí, estaba completamente hundido. La rueda trasera estaba dobla-

da hacia dentro en un marcado ángulo. La parte delantera del coche parecía un acordeón. El paragolpes trasero colgaba hasta el suelo. De pronto, me sentí mareado, me cedieron las rodillas, y sin que pudiera hacer nada... ¡bam!... otra vez estaba en el suelo, mirando el cielo nocturno.

Los dos policías se inclinaron sobre mí. El gordo dijo, en tono preocupado:

—Señor Belfort, ¿qué ha tomado, señor? Díganoslo, así podemos ayudarlo.

Bueno, pensé, si tuviese usted la amabilidad de ir al cuarto de baño del piso de arriba, encontrará en el botiquín una bolsita de dos gramos de cocaína. Por favor, tráigamela así aspiro un poco para compensarme porque, de no ser así, me tendrá que llevar a la comisaría en brazos, como un bebé. Pero la sensatez prevaleció y sólo dije:

—¡Se eivooan e tio! —*¡Se equivocan de tipo!*

Los policías se miraron uno al otro y se encogieron de hombros. Me levantaron tomándome de los sobacos y me llevaron hacia el coche patrulla.

En ese momento, la duquesa salió a la carrera, chillando con su acento de Brooklyn:

—¿Dónde coño se creen que llevan a mi marido? ¡Estuvo conmigo en casa toda la tarde! ¡Si no lo sueltan ya mismo, la semana que viene estarán trabajando en una juguetería!

Me volví a mirarla. La duquesa tenía un Rocco a cada lado. Los dos policías se detuvieron. El gordo dijo:

—Señora Belfort, sabemos quién es su marido y tenemos muchos testigos que afirman que él iba al volante de su coche. Le sugiero que llame a alguno de sus abogados. Estoy seguro de que tiene muchos. —Y con estas palabras, los policías volvieron a emprender la marcha hacia el coche patrulla.

—No te preocupes —gritó la duquesa, mientras me sentaban en el asiento trasero—. ¡Bo dijo que se encargaría de todo, cariño! ¡Te amo!

Cuando el coche de la policía emprendió la marcha, sólo podía pensar en cuánto amaba a la duquesa y también, por cierto, en cuánto me amaba ella a mí. Pensé en cómo lloró al creer que

me había perdido y cómo me defendió cuando los policías me llevaban, esposado. Quizás ése había sido el momento en que finalmente demostró su lealtad. Quizás ahora me pudiera quedar tranquilo de una vez por todas, sabiendo que me acompañaría en las buenas y en las malas. Sí, pensé, la duquesa realmente me amaba.

El viaje a la comisaría de policía de Old Brookville fue breve. Parecía, más que nada, una acogedora casa particular. Era blanca y tenía postigos verdes. Lucía muy tranquilizadora. De hecho, pensé, parecía un lugar muy apropiado para dormir después de un banquete de qualuuds. Dentro había dos calabozos, y no tardé en encontrarme sentado en uno de ellos. En realidad, no estaba sentado sino tirado en el suelo, con la mejilla contra el cemento. Tenía un vago recuerdo de los trámites de ingreso: me tomaron las huellas digitales, fotografías y hasta grabaron una cinta de vídeo para dejar pruebas de mi extremo estado de intoxicación.

—Señor Belfort —dijo el policía gordo, cuya barriga le colgaba por sobre el cinturón formando un rollo que parecía un salchichón—, nos tiene que dar una muestra de orina.

Me senté. De pronto, me di cuenta de que ya no estaba drogado. Una vez más, los auténticos qualuuds demostraban su calidad; ya estaba totalmente sobrio. Respiré hondo y dije:

—No sé qué creerán que están haciendo, pero si no me permiten llamar por teléfono ahora mismo, estarán en graves problemas.

El gordo hijo de puta pareció azorado. Dijo:

—Vaya, veo que fuera lo que fuese lo que tomó, ya se le pasó el efecto. Sí, puede salir de su celda y le quitaré las esposas, pero sólo si me promete no salir corriendo.

Asentí con la cabeza. Abrió la puerta de la celda y me indicó con un gesto un teléfono que había sobre un pequeño escritorio de madera. Llamé a mi abogado, tratando de no pensar en qué conclusiones podían sacarse del hecho de que supiese el teléfono de memoria.

Cinco minutos después estaba meando en un vaso de plástico y preguntándome por qué mi abogado, Joe Fahmeghetti, me había dicho que no me preocupara porque el análisis de drogas diese positivo.

Estaba otra vez en el calabozo, sentado en el suelo, cuando el policía dijo:

—Bien, señor Belfort, por si se lo pregunta, el análisis reveló la presencia de cocaína, metacualona, benzodiazepinas, anfetaminas, MDMA, opiáceos y marihuana. De hecho, lo único que no encontramos fueron alucinógenos. ¿Qué pasa, no le gustan?

Le dirigí una fría sonrisa.

—Le diré una cosa, señor oficial de policía. En lo que hace a eso de los accidentes, se equivocan de persona. Y, en lo que respecta a las drogas, me importa una mierda lo que diga el análisis. Tengo problemas de columna y el médico me receta todo lo que tomo. ¡Así que púdrase!

Se quedó mirándome con expresión de incredulidad. Después, miró su reloj de pulsera y se encogió de hombros.

—Bueno, sea como sea, es demasiado tarde para que el tribunal nocturno esté en funcionamiento, así que tendremos que llevarlo al centro de detención en el condado de Nassau. No creo que haya estado nunca allí, ¿verdad?

Resistí mis deseos de decirle otra vez al gordo hijo de puta que se pudriera. La cárcel del condado de Nassau era un verdadero infierno, pero ¿qué podía hacer? Miré el reloj de pared; aún no eran las once. ¡Caray! ¡Tendría que pasar la noche detenido! ¡Qué puta desgracia!

Una vez más cerré los ojos y procuré dormir. Entonces oí que alguien me llamaba. Me levanté y miré por entre los barrotes, viendo un espectáculo de lo más extraño. Había un viejo calvo enfundado en un pijama a rayas contemplándome.

—¿Es usted Jordan Belfort? —me preguntó en tono irritado.

—Sí, ¿por qué?

—Soy el juez Stevens. Soy un amigo de un amigo. Considere que ésta es su comparecencia. Supongo que está dispuesto a renunciar a su derecho a un abogado, ¿verdad? —Me guiñó un ojo.

—Sí —respondí con vehemencia.

—Muy bien, tomaré eso como una declaración de que no se considera culpable de lo que lo acusan. Lo declaro libre bajo apercibimiento. Llame a Joe y le dirá cuándo es el juicio. —Con esas palabras sonrió, me dio la espalda y se marchó.

Pocos minutos después salía. Joe Fahmeghetti me esperaba en la puerta. Incluso a esa hora de la noche iba vestido como un perfecto dandi, con un immaculado traje azul marino y corbata rayada. Su cabello entrecano estaba perfectamente peinado. Le sonreí antes de alzar el índice, como diciendo: «¡Espera un segundo!». Me asomé a la comisaría y le dije al policía gordo:

—Le tengo que decir una cosa.

Alzó la vista:

—¿Sí?

Extendí la mano cerrada, con el dedo mayor levantado y le dije:

—Puede coger el centro de detención y metérselo en el culo.

De camino a casa le dije a mi abogado:

—Estoy en problemas con lo del análisis de orina, Joe. Me dio positivo en todo.

Mi abogado se encogió de hombros.

—¿Qué te preocupa tanto? No te atraparon en el coche mismo, ¿verdad? Así que, ¿cómo van a probar que tenías esas drogas en la sangre cuando ibas al volante? Bien podría ser que, apenas entraste en tu casa, te tomaste unos pocos qualuuds y aspiraste un poco de coca. No es ilegal tener drogas en el cuerpo, lo ilegal es poseerlas. De hecho, estoy dispuesto a apostar que puedo hacer que el arresto mismo carezca de validez, alegando que, para empezar, Nadine no autorizó a los policías a entrar en la casa. Sí tendrás que pagar por los daños de uno de los coches. El hecho es que sólo se te acusa de un accidente, porque no hay testigos de los otros. Y tendrás que pagarle a la mujer cuyo brazo rompiste para que cierre la boca. Todo el cuento no te costará más de cien mil.

Se encogió de hombros, como si dijera: «¡Sinvergüenza!»

Asentí:

—¿De dónde sacaste a ese juez viejo loco? ¡Me salvó la vida!

—Mejor que no lo sepas —dijo mi abogado, alzando la vista al cielo—. Digamos que es un amigo de un amigo.

Lo que quedaba de camino transcurrió en silencio. Cuando entrábamos en la finca, Joe dijo:

—Tu mujer está en cama, bastante alterada. Así que tranquilo con ella. Se pasó horas llorando, pero diría que ya se ha calmado bastante. Bo estuvo aquí con ella la mayor parte de la noche, y fue una gran ayuda. Se marchó hace unos quince minutos.

Asentí con la cabeza. Joe añadió:

—Recuerda esto, Jordan: un brazo roto se arregla. Un cadáver no. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Sí, Joe. Pero no hay de qué preocuparse. Terminé con toda esa mierda. Para siempre. —Nos estrechamos las manos y se marchó.

La duquesa estaba acostada en nuestro dormitorio. Me incliné y le besé la mejilla antes de desvestirme y meterme en la cama junto a ella. Nos quedamos mirando el dosel de seda blanca. Nuestros cuerpos desnudos se tocaban en hombros y caderas. Le tomé la mano.

En voz baja dije:

—No recuerdo nada, Nadine. Perdí la conciencia. Creo que... Me interrumpió.

—Shhh, no digas nada, amor. Sólo quédate aquí acostado y relájate. —Me oprimió la mano y nos quedamos en silencio durante lo que pareció un tiempo muy largo.

Le apreté la mano.

—Nunca más, Nadine. Te lo juro. Y esta vez hablo muy en serio. Digo, si esto no es una señal de Dios, no sé qué lo es. —Le di un suave beso en la mejilla—. Pero tengo que hacer algo con lo del dolor de espalda. No puedo seguir viviendo así. Es insostenible. Y comienza a influir en todo lo que hago. —Respiré hondo, tratando de serenarme—. Quiero ir a Florida a ver al doctor Green. Tiene una clínica especializada en problemas de columna, y su tasa de curaciones es muy elevada. Pero, ocurra lo que ocurra, ya terminé para siempre con las drogas. Sé que los qualuuds no son la respuesta, sé que me llevarán al desastre.

La duquesa se tumbó de costado, quedando de cara a mí y, pasándome el brazo por sobre el pecho, me abrazó con ternura. Me dijo que me amaba. Le besé la rubia cabeza y respiré hondo para oler su aroma. Le dije que yo también la amaba y que lamentaba lo ocurrido. Le prometí que nada como eso volvería a ocurrir.

Tenía razón.

Lo que pasó fue peor.

Los muertos no hablan

Dos mañanas después desperté para atender la llamada de Kathy Green, agente de bienes raíces de Florida y esposa del doctor Barth Green, neurocirujano de fama mundial. Yo le había pedido a Kathy que encontrara un lugar para que la duquesa y yo viviéramos mientras me sometía a un tratamiento de cuatro semanas sin ingresar en el Jackson Memorial Hospital.

—A Nadine le encantará Indian Creek Island —dijo una bondadosa Kathy—. Es uno de los lugares más tranquilos de Miami. ¡Es tan sereno, tan apacible! Hasta tienen su propio cuerpo de policía, lo cual, considerando cuánto os importa la seguridad, es otro punto a favor.

¿Serenos y apacibles? Bueno, se suponía que yo quería alejarme de todo, ¿verdad? ¿En cuántos problemas podía meterme en cuatro breves semanas, en particular en un lugar tan aburrido y pacífico como Indian Creek Island? Allí me aislaría de las presiones de un mundo frío y cruel, a saber: qualuuds, cocaína, crack, hierba, Xanax, Valium, Ambien, anfetamina, morfina y, claro, el agente especial Gregory Coleman.

Dije:

—Bueno, Kathy. Parece justo lo que necesito, en particular eso de que es apacible. ¿Cómo es la casa?

—Absolutamente arrebatadora. Es una mansión mediterránea blanca con techo de tejas rojas, y hay un embarcadero para un yate de veinticinco metros —Kathy titubeó durante un momento— que, supongo, no alcanzará para el *Nadine*, pero quizá te puedas comprar otro barco aquí, ¿no? Estoy segura de que Barth te podría ayudar con eso. —Su tono parecía decir que esa absurda sugerencia le parecía perfectamente lógica—. En cualquier caso, el jardín es fabuloso. Tiene una piscina olímpica, cabaña, bar, barbacoa a gas y un jacuzzi para seis con vista a la bahía. Es perfecto para recibir. Y lo mejor de todo es que el propietario está dispuesto a vender la casa, totalmente amueblada, por sólo cinco millones y medio. Es toda una ganga.

¡Espera un minuto! ¿Quién ha dicho que yo quería comprar una casa? ¡Sólo iba a Florida cuatro semanas! ¿Y por qué iba a querer otro barco, si detestaba el que ya tenía? Dije:

—A decir verdad, Kathy, no tengo intención de comprar una casa, al menos no en Florida. ¿Crees que el propietario estará dispuesto a alquilarla por un mes?

—No —dijo una abatida Kathy, cuyos anhelos y esperanzas de una comisión de seis puntos sobre esa venta de cinco millones y medio de dólares se acababan de evaporar ante sus grandes ojos azules—. La tiene en venta y nada más.

—Mmmm... —repuse, no muy convencido de que así fuera—. ¿Por qué no le ofreces cien mil al mes, a ver qué dice?

El Día de los Inocentes* me mudé a la casa por un mes. El propietario se trasladó, seguramente dando saltitos y cantando de alegría, a un hotel de cinco estrellas en South Beach. Al margen de eso, que fuese el Día de los Inocentes era la fecha perfecta para mi mudanza, dado que no tardé en descubrir que Indian Creek Island era un área protegida donde medraba una especie en extinción poco conocida: la de los ancianos WASP de canas mati-

* Primero de abril en los países anglosajones. (*N. del t.*)

zadas de azul que, tal como Kathy predijera, mostraban menos vivacidad que las babosas marinas.

Lo positivo fue que, en el lapso transcurrido entre el accidente de coche y el tratamiento de espalda me las compuse para hacer una rápida visita a Suiza, donde me reuní con Saurel y con mi Gran Falsificador. Mi objetivo era enterarme de cómo había sabido el FBI que yo tenía cuentas en Suiza. Sin embargo, y para mi sorpresa, todo parecía estar en orden. El gobierno estadounidense, me aseguraron tanto Saurel como el Gran Falsificador, no había hecho indagación alguna. De ser así, ellos habrían sido los primeros en enterarse.

Indian Creek Island estaba a apenas quince minutos en coche de la clínica. Y no faltaban coches. La duquesa se había encargado de que así fuera. Hizo enviar por barco un flamante Mercedes para mí y un Range Rover para ella.

Gwynne también vino a Miami para ocuparse de mis necesidades, y también ella necesitaba un coche. De modo que le compré un Lexus nuevo en una agencia de Miami.

Por supuesto que Rocco también vino con nosotros. Era parte de la familia, ¿verdad? Y también él necesitaba un coche, así que Richard Bronson, uno de los propietarios de Biltmore, me ahorró el dolor de cabeza de comprar uno más, prestándome su Ferrari convertible rojo por un mes. Así, todos quedaron cubiertos.

Con tantos coches entre los que escoger, mi decisión de alquilar un yate a motor de veinte metros de eslora para ir y venir a la clínica resultó absurda. Costaba veinte mil dólares a la semana y tenía cuatro hediondos motores diésel, una confortable cabina en la que jamás entré y un puente sin toldo, lo que hizo que el sol me produjera quemaduras de tercer grado en cuello y hombros. El barco incluía un anciano capitán de blancos cabellos que iba y venía de la clínica a una velocidad promedio de cinco nudos por hora.

En ese momento surcábamos las aguas de la hidrovía intercostera con rumbo norte, regresando a Indian Creek Island desde la clínica. Era sábado, un poco antes de mediodía, y ya hacía casi una hora que navegábamos. Yo estaba sentado en el puente

junto a Gary Deluca, director de operaciones de Dollar Time, que tenía un notable parecido con el presidente Grover Cleveland. Gary era calvo, ancho, de expresión adusta, mandíbula cuadrada y muy velludo, sobre todo en el torso. Ambos nos habíamos quitado las camisas y disfrutábamos del sol. Yo llevaba casi un mes de sobriedad, todo un milagro.

Esa mañana, Deluca me había acompañado en mi navegación matinal a la clínica. Era una manera de que nos reuniésemos sin interrupciones, y nuestro encuentro no tardó en convertirse en un intercambio de amargas quejas sobre Dollar Time. Ambos coincidíamos en que no había esperanzas para la empresa.

Pero ninguno de los problemas de Dollar Time era obra de Deluca. Se había incorporado a la empresa como parte de un equipo destinado a ponerla en condiciones, demostrando ser un operador de primera. Yo ya lo había convencido de mudarse a Nueva York para encargarse de la dirección operativa de Zapatos Steve Madden, que necesitaba desesperadamente de alguien como él. Habíamos discutido todo eso por la mañana, en nuestro viaje hacia el sur. Ahora que nos dirigíamos al norte, hablamos de algo que me parecía infinitamente más preocupante: sus observaciones sobre Gary Kaminsky, director financiero de Dollar Time, el mismo que me había presentado a Jean Jacques Saurel —quien, a su vez, me hizo conocer al Gran Falsificador— un año antes.

—Sea como sea —dijo Deluca desde detrás de sus gafas de sol—, en él hay algo raro que no puedo definir con exactitud. Es como si tuviese sus propias prioridades, que nada tienen que ver con Dollar Time. Como si la empresa fuese una fachada para él. Un tipo de su edad debería estar muy preocupado al ver que la empresa se va por la cloaca, pero no parece importarle en lo más mínimo. Se pasa la mitad del día explicándome cómo podríamos derivar nuestros beneficios a Suiza, lo que me hace desear arrancarle el puto peluquín, ya que no hay beneficios que derivar. —Gary se encogió de hombros—. En fin. Tarde o temprano nos enteraremos en qué anda ese hijo de puta.

Asentí lentamente, dándome cuenta de que mi corazonada

inicial sobre Kaminsky había sido correcta. El lobo había sido muy astuto al no permitir que ese hijo de puta de peluquín se entrometiera en mis negocios suizos. Aun así, no tenía la certeza de que no hubiese intuido que pasaba algo raro, de modo que lancé un globo sonda en dirección a Deluca.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Está totalmente obsesionado con el asunto de la banca suiza. De hecho, en su momento me sacó el tema. —Me detuve, como si tratara de hacer memoria—. Creo que fue hace cosa de un año. Bueno, la cuestión es que me fui a Suiza con él para ver cómo eran las cosas, pero me pareció algo que podía traer más problemas que beneficios, así que preferí pasar. ¿Te contó algo de eso?

—No, pero sé que tiene muchos clientes allí. Es muy reservado a ese respecto, pero se pasa el día hablando por teléfono con Suiza. Siempre me ocupo de revisar las cuentas de teléfono y, te digo, debe hacer media docena de llamadas internacionales al día. —Deluca meneó la cabeza con aire grave—. Sea lo que fuere lo que está haciendo, más le vale que sea algo completamente transparente, porque si tiene el teléfono intervenido, se verá en serios problemas.

Bajé las comisuras de la boca y me encogí de hombros, como diciendo: «¡Eso es problema suyo, no mío!». Pero lo cierto era que si Kaminsky estaba en contacto constante con Saurel y tal vez incluso con el Gran Falsificador, era como para preocuparse. Dije, como de pasada:

—Sólo por curiosidad, ¿por qué no consigues los registros de llamadas y verificas si telefonea siempre a los mismos números? De ser así, llama a uno y vé quién te atiende. Me gustaría saberlo, ¿de acuerdo?

—No hay problema. En cuanto regresemos a la casa, me subo al coche y hago una rápida pasada por la oficina.

—No, eso es ridículo. Los registros de llamadas seguirán allí el lunes. —Sonreí para enfatizar mi despreocupación—. En cualquier caso, Elliot Lavigne ya debe de haber llegado a casa. Me interesa mucho que lo conozcas. Te será muy útil a la hora de reestructurar las operaciones de Zapatos Steve Madden.

—¿Es verdad que está un poco loco?

—¿Un poco loco? ¡Está totalmente chiflado, Gary! Pero también es uno de los tipos más inteligentes de la industria de la indumentaria. Tal vez, el más inteligente de todos. La cosa es que hay que tratar con él en el momento justo, cuando no está babeando o metiéndose algo por la nariz o viajando con ácido o pagando diez mil dólares a una puta para que cague sobre una mesa de vidrio mientras él mira desde abajo, haciéndose una paja.

Había visto por primera vez a Elliot Lavigne cuatro años atrás, cuando estaba de vacaciones en las Bahamas con Kenny Greene. Yo estaba recostado junto a la piscina del Hotel y Casino Crystal Palace cuando Kenny llegó, corriendo. Recuerdo que gritaba algo así como: «¡Date prisa! ¡Hay un tipo en el casino que tienes que ver! ¡Ya lleva apostado más de un millón y es apenas mayor que tú!»

A pesar de que sentí algún escepticismo ante la versión de Kenny, me levanté de mi hamaca y me dirigí al casino. Le pregunté a Kenny:

—¿De qué trabaja ese tipo?

—Le pregunté a uno de los del casino —respondió Cabeza Cuadrada, cuyo manejo del idioma no abarcaba palabras como «croupier» o «tallador»— y me dijo que es presidente de una importante empresa de indumentaria.

Dos minutos después estaba contemplando, atónito e incrédulo, al joven señor Indumentaria. Al recordarlo, no sé quién me impactó más: Elliot, que no sólo estaba jugando diez mil dólares por apuesta, sino que tenía toda la mesa de *blackjack*, que es para siete personas, para él solo, lo que significaba que jugaba setenta mil dólares por vez, o su esposa, Ellen, quien, a pesar de que no podía tener más de treinta y cinco años, ya había adquirido un aspecto que yo veía por primera vez: el de los supremamente ricos y verdaderamente demacrados.

Quedé azorado. Estuve mirando esos fenómenos durante unos buenos quince minutos. Como pareja no parecían combinar bien. Él era más bien bajo, muy bien parecido, con espeso

cabello que le llegaba al hombro y una elegancia natural tan fabulosa que, si llegabas a verlo andando por ahí en pañales y corbata de moño, hubieras creído que ésa era la última moda.

Ella era baja y tenía el rostro delgado, nariz delgada, mejillas hundidas, cabello rubio teñido, una piel coriácea y opaca, ojos demasiado juntos, cuerpo consumido. Supuse que debía tener la mejor personalidad del mundo, que sería una esposa cariñosa, siempre dispuesta a apoyar a su marido. De no ser así, ¿qué motivo podía haber para que ese apuesto joven que apostaba con la negligencia y la elegancia de 007 se sintiera atraído por ella?

Me equivocaba un poco.

Al día siguiente, Elliot y yo nos encontramos casualmente en la piscina. Después de la conversación intrascendente de rigor, no tardamos en pasar a hablar de nuestros respectivos trabajos, de cuánto ganábamos, y de cómo habíamos llegado adonde estábamos.

Resultó que Elliot era presidente de Perry Ellis, uno de los principales fabricantes de ropa masculina con base en el distrito de la indumentaria. No era propietario de la compañía, que era una división de Salant, una empresa que cotizaba en la Bolsa de Valores de Nueva York. De modo que, en esencia, era un asalariado. Cuando me dijo cuánto ganaba, estuve a punto de caerme de mi hamaca: sólo un millón al año, más un adicional de unos pocos cientos de miles, que variaba según las ganancias anuales. A mi entender era poca cosa, en particular si se tenía en cuenta su afición a las apuestas fuertes.

¡El hecho era que, cada vez que se sentaba a la mesa de *blackjack*, se jugaba el salario de un año! No sabía si admirarlo o despreciarlo. Decidí admirarlo. Sin embargo, me dio a entender que tenía una fuente de ingresos adicional en Perry Ellis, un plus, por así decirlo, vinculado a la fabricación de camisas de vestir que se hacía en el extranjero, en Oriente. Y aunque no entró en detalles, no me costó leer entre líneas: tenía un ingreso por sobrefacturación de esas fábricas. Aun así, si eso le daba unos tres o cuatro millones de dólares al año, era poco en comparación a lo que ganaba yo.

Antes de separarnos intercambiamos números de teléfono y

prometimos contactar en Estados Unidos. El tema de las drogas nunca surgió. Una semana más tarde nos juntamos a almorzar en un restaurante de moda ubicado en el distrito de la indumentaria. A los cinco minutos de sentarnos, Elliot metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una bolsita de plástico llena de cocaína. Hundió en ella una ballenita marca Perry Ellis que, con un fluido movimiento, se llevó a la nariz antes de aspirar su contenido. Repitió el proceso una vez, luego otra, y otra más. Pero lo hacía con tal fluidez, y tan casualmente, que ni uno de los parroquianos lo notó.

A continuación, me ofreció la bolsita. La rechacé, diciendo:

—¿Estás loco? ¡En pleno día!

Respondió:

—Sólo cállate y hazlo.

A lo que dije:

—¡Claro! ¿Por qué no?

Un minuto después me sentía maravillosamente. Pasados otros cuatro, me embargaba la ansiedad, no podía dejar de rechinar los dientes y necesitaba desesperadamente un Valium. Elliot se apiadó de mí. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó dos qualuuds moteados de marrón.

—Tómate esto. Son de fabricación clandestina y vienen mezclados con Valium.

—¿Tomar qualuuds ahora? —le dije, azorado—. ¿En mitad del día?

—Sí —ladró—. ¿Por qué no? Eres el jefe. ¿Quién te va a decir algo? —Y sacando otros dos, se los tragó con una sonrisa. Después, se levantó y se puso a hacer saltos de rana en medio del restaurante para acelerar el proceso de detonación. Como me pareció que sabía muy bien qué estaba haciendo, me tomé los míos.

Pocos minutos después, un hombre robusto entró en el restaurante. Todos lo miraban. Parecía tener unos sesenta y tantos años y se notaba que era muy rico. Elliot me dijo:

—Ese tipo tiene quinientos millones. Pero mira qué corbata tan fea lleva. —Con esas palabras, cogió un cuchillo, se acercó al millonario y, tras abrazarlo, le cortó la corbata a la vista de to-

dos. Luego, se sacó la suya, que era muy hermosa, le levantó el cuello al tipo y se la puso, haciendo un perfecto nudo Windsor en menos de cinco segundos. El otro le devolvió el abrazo y se lo agradeció.

Una hora después recurriamos a los servicios de unas prostitutas. Era mi primera ficha azul, y Elliot me la presentó. A pesar de que yo sufría de un grave ataque de pene flácido, la ficha azul ejerció su magia oral, que terminó por surtir efecto. Tras acabar torrencialmente, le di una propina de cinco mil dólares por sus esfuerzos, momento en el que me dijo que yo era muy apuesto y que, a pesar de que era una puta, se consideraba candidata al matrimonio, si estaba interesado.

Al cabo de un rato, Elliot entró en la habitación y dijo:

—¡Vamos! ¡Vístete! ¡Nos vamos a Atlantic City! El casino nos manda un helicóptero y nos regalan dos relojes de oro. —Respondí que sólo tenía cinco mil dólares encima, a lo que dijo—: Ya hablé con el casino, te abrirán un crédito por medio millón.

Me pregunté por qué estarían tan dispuestos a prestarme tanto dinero, dado que yo no había apostado más de diez mil dólares a lo largo de toda mi vida. Pero, una hora más tarde, me encontré jugando *blackjack* en el Trump Castle a razón de diez mil dólares por apuesta como si nunca hubiese hecho otra cosa. Cuando la noche terminó, había ganado un cuarto de millón. Estaba enganchado.

Elliot y yo hicimos varios viajes juntos por el mundo, a veces con nuestras esposas, otras no. Se convirtió en mi principal ratonera, pagándome millones en efectivo, que sacaba del dinero que le esquilmba a Perry Ellis y del que ganaba en los casinos. Era un jugador de primera, y en ellos ganaba nada menos que dos millones adicionales al año.

Después me divorcié de Denise y, en su momento, cuando estaba a punto de casarme con Nadine, llegó mi despedida de soltero. Marcaría un punto de inflexión en la vida de Elliot Lavigne. La fiesta tendría lugar en el Mirage Hotel de Las Vegas, que acababa de abrir y era considerado el sitio de moda por excelencia. Asistieron cien strattonitas, acompañados de cincuen-

ta putas y de suficientes drogas como para sedar a toda la población de Nevada. Reclutamos treinta putas más en las calles de Las Vegas e hicimos traer algunas otras por avión desde California. Llevamos media docena de policías neoyorquinos, precisamente aquellos a quienes tenía sobornados con las nuevas emisiones de Stratton. Una vez que llegaron, los policías de Nueva York no tardaron en entablar relación con algunos de sus pares de Las Vegas, que también contratamos.

La despedida de soltero tuvo lugar una noche de sábado. Elliot y yo estábamos en la planta baja, compartiendo una mesa de *blackjack*. Nos rodeaba una turba de curiosos, así como un puñado de guardaespaldas. Elliot jugaba por cinco, yo, por los restantes dos. Apostábamos diez mil dólares por vez, nos estaba yendo bien, y estábamos muy drogados. Yo me había tomado cinco qualuuds, además de aspirar no menos que unos tres o cuatro gramos de coca; Elliot había tomado tantos qualuuds como yo, además de suficiente coca como para construir una rampa de esquí. Yo iba ganando setecientos mil dólares; él iba por los dos millones. Por entre mis dientes apretados y sin dejar de remover las quijadas, le dije:

—Deemos po aoa y amos arriba a er coo ssiguen los festeos.

Claro que Elliot entendía tan bien como yo la jerga qualuudiana y supo que le había dicho: *dejemos por ahora y vamos arriba a ver cómo siguen los festejos*. En ese momento, yo estaba tan drogado que sabía que ya no podría jugar más esa velada. Me detuve en la caja y canjeé fichas por valor de un millón. Puse el dinero en una mochila Mirage azul que me eché al hombro. Elliot quería seguir jugando, así que dejó sus fichas en la mesa, custodiadas por un guardia armado.

Una vez arriba, recorrimos un largo pasillo, al final del cual había una formidable doble puerta cerrada, junto a la que dos policías de uniforme montaban guardia. Abrieron la puerta, tras la cual se desarrollaba la fiesta de despedida de mi soltería. Elliot y yo entramos y quedamos paralizados: era como ver Sodoma y Gomorra resucitadas. Toda la pared del fondo estaba ocupada por un único ventanal que daba al Strip, la principal avenida de la ciudad. El recinto estaba lleno de personas que, entre otras

cosas, bailaban. El techo parecía bajar, el suelo subir; olía a sexo, a sudor y a marihuana de primera, sin semilla. La música era tan fuerte que resonaba en mis tripas. Media docena de policías neoyorquinos vigilaban para que nadie se comportase mal.

Al fondo del salón, una horrorosa puta de las páginas de periódico, de cabello naranja, cara de bulldog y cubierta de tatuajes, estaba sentada en un taburete de bar. Estaba completamente desnuda y tenía las piernas abiertas. Veinte stratonitas desnudos hacían cola para follársela.

En ese mismo instante sentí asco de todo lo que formaba parte de mi vida. Stratton había caído a profundidades inéditas. La única solución que se me ocurrió consistió en bajar a mi suite, tomar cinco miligramos de Xanax, veinte de Ambien y treinta de morfina. Después me fumé un porro y me sumí en un profundo sueño.

Desperté. Elliot Lavigne me sacudía de los hombros. Era temprano por la mañana siguiente, y me explicaba en tono calmo que teníamos que irnos ya mismo de Las Vegas, que era un lugar demasiado decadente. Feliz de marcharme, me apresuré a hacer las maletas. Pero cuando abrí la caja fuerte la encontré vacía.

Desde la sala de estar, Elliot gritó:

—Tuve que tomar prestado algo de tu dinero anoche. Perdí un poco.

Resultó que había perdido dos millones. Una semana después, él, Danny y yo fuimos a Atlantic City con la intención de que recuperara lo perdido. Perdió otro millón. En los años que siguieron continuó perdiendo, y perdiendo, y perdiendo, hasta que, al fin, lo perdió todo. Exactamente cuánto perdió sigue siendo materia de especulación, aunque los cálculos coinciden en que la suma estuvo entre los veinte y los cuarenta millones. Elliot se arruinó. Quedó en la bancarrota más absoluta. Debía impuestos y me debía a mí, y su físico estaba destruido. No pesaba más de cincuenta kilos y su piel adquirió el color amarronado de sus qualuuds clandestinos, lo que me hizo alegrarme de tomar sólo los de marca. Es que siempre busco el lado bueno de las cosas.

Y ahora estábamos allí, sentados en mi jardín de Indian Creek Island, contemplando la bahía de Biscayne y Miami, que

se recortaba en el horizonte. En torno de la mesa estaban Elliot Lavigne, Gary Deluca y Arthur Wiener. Este último era un amigo de Elliot, de unos cincuenta años, calvo, rico y adicto a la cocaína.

Junto a la piscina estaban la duquesa, la esquelética Ellen y Sonny Wiener, la mujer de Arthur. Era la una de la tarde, hacía casi cuarenta grados y no había ni una nube en el cielo. En esos momentos, Elliot procuraba contestar una pregunta que yo le acababa de formular; concretamente cómo debía responderle Steve Madden a la cadena Macy's, que se había mostrado receptiva a la idea de tener puntos de venta fijos de sus zapatos en sus tiendas.

—A ave pa ca Maen aa as coas en gan esacala e esigile má a Macy's —dijo Elliot con una sonrisa. Se había tomado cinco qualuuds y sorbía una Heineken bien helada.

Le dije a Gary:

—Creo que lo que Elliot quiere decir es que debemos responderle a Macy's desde una posición de fuerza, decirles que no podemos aceptar una política de instalar zapaterías sucursal por sucursal. Tiene que ser a nivel regional, con el objetivo de eventualmente estar en todo el país.

Arthur asintió.

—Bien dicho, Jordan. Excelente traducción. —Metió una diminuta cuchara en el frasquito de coca que tenía en la mano y aspiró su contenido por la fosa izquierda.

Elliot miró a Deluca y, asintiendo con la cabeza, alzó las cejas, como si dijese: «¿Ves? Entenderme no es tan difícil».

En ese momento, la esquelética judía se acercó a su marido.

—Elliot, dame un qualuud. Se me terminaron.

Elliot meneó la cabeza en un gesto de negación y, cerrando el puño, alzó el dedo mayor en dirección a su esposa.

—¡Eres un verdadero hijo de puta! —dijo la mujer, furiosa—. Espera y verás qué te ocurre la próxima que se te acaben a ti. ¡Yo también te mandaré a la mierda!

Miré a Elliot, cuya cabeza subía y bajaba. Era indicio seguro de que estaba a punto de salir de la fase de la lengua trabada para pasar a la del babeo. Dije:

—Eh, El, ¿quieres que te haga algo de comer así bajas un poco?

Con una gran sonrisa, Elliot me respondió:

—¡Hame ua abuesa co eso e aeonato!

—¡Ya mismo! —dije, levantándome para ir a la cocina a prepararle una hamburguesa de campeonato con queso. En la sala de estar me salió al paso la duquesa, ataviada con una tanga celeste apenas perceptible.

Por entre sus dientes apretados siseó:

—¡No aguanto a Ellen ni un segundo más! ¡Está mal de la puta cabeza y no la quiero en mi casa! Babea, aspira coca y todo esto es repugnante. Llevas sobrio casi un mes y no quiero que estés rodeado de esto. No te hace bien.

No le presté mucha atención a lo dicho por la duquesa. Entendí sus palabras, pero me concentraba en sus pechos, que acababa de hacerse aumentar una medida. Se veían gloriosos. Dije:

—Tranquila, cariño. Ellen no es tan mala. Además, Elliot es uno de mis mejores amigos, así que echarlos está fuera de lugar —en el momento mismo en que dije esas palabras me di cuenta de que había cometido un error. Menos de un segundo después la duquesa me tiraba un golpe, concretamente una derecha cruzada, con la mano abierta.

Pero como llevaba sobrio un mes, mis reflejos eran como los de un gato y eludir el golpe me fue fácil. Dije:

—Tranquila, Nadine. No resulta tan fácil pegarme cuando estoy sobrio, ¿verdad? —Le sonreí con picardía, y ella me devolvió la sonrisa.

Abrazándome, dijo:

—Estoy muy orgullosa de ti. Ya eres otro. Hasta la espalda va mejor, ¿no?

—Un poco —respondí—. Ahora es soportable, pero aún no está del todo bien. Creo que ya ni siquiera siento deseos de tomar qualuuds. Y te amo más que nunca.

—Yo también te amo —dijo, haciendo un puchero—. Sólo es que estoy enfadada porque Elliot y Ellen son malignos. Él tiene la peor de las influencias sobre ti, y si se queda más tiempo... bueno, ya sabes a qué me refiero. —Me dio un húmedo beso en los labios y apretó su vientre contra el mío.

Unos dos litros de sangre acudieron a mi entrepierna y, de pronto, me sentí mucho más dispuesto a comprender el punto de vista de la duquesa.

—Te propongo algo: si aceptas ser mi esclava sexual durante todo el fin de semana, mando a Elliot y a Ellen a un hotel, ¿de acuerdo?

La duquesa sonrió y se restregó contra el lugar justo.

—Muy bien, querido. Ordena y obedezco. Sólo sácalos de aquí y soy toda tuya.

Quince minutos más tarde, Elliot babeaba sobre su hamburguesa y yo hablaba por teléfono con Janet, diciéndole que reservara una habitación para él y Ellen en un lujoso hotel a unos treinta minutos de allí.

De pronto, y con la boca todavía llena de hamburguesa con queso, Elliot se levantó y se zambulló en la piscina. Al cabo de unos segundos emergió y me hizo señales de que me desafiaba a una carrera por debajo del agua. Era algo que siempre hacíamos: competir para ver quién nadaba más largos bajo el agua. Como Elliot se había criado junto al mar, era buen nadador y me llevaba alguna ventaja. Pero, dado su actual estado, me pareció que podía ganarle. Además, de adolescente fui socorrista, y también era un nadador bastante bueno. Nadamos cuatro largos cada uno. Empate. La duquesa se acercó al borde de la piscina y dijo:

—¿No os parece que ya va siendo hora de que crezcáis, grandullones? No me gusta ese juego. Es una estupidez. Alguna vez va a terminar mal. —Añadió—: ¿Y dónde está Elliot?

Miré al fondo de la piscina. Entorné los ojos. ¿Qué mierda estaba haciendo? ¿Estaba tumbado de costado? ¡Mierda! De pronto entendí la gravedad de lo que ocurría y, sin detenerme a pensar, me zambullí hasta el fondo de la piscina.

No se movía. Lo cogí del cabello y, con un poderoso tirón del brazo derecho y la patada en tijera más fuerte que pude, lo levanté del fondo y me dirigí a la superficie. El agua hacía que su cuerpo casi no pesara. En el momento en que salimos a la superficie, tracé un arco con el brazo hacia la derecha y Elliot salió volando del agua y aterrizó sobre el cemento del borde. Estaba muerto. ¡Muerto!

—¡Oh, Dios mío! —gritó Nadine. Las lágrimas corrían por su rostro—. ¡Elliot está muerto! ¡Salvadlo!

—¡Ve a llamar una ambulancia! —grité—. ¡De prisa!

Le puse dos dedos en la carótida. No tenía pulso. Probé con la muñeca. Nada. Mi amigo murió, pensé.

En ese momento, oí una especie de chirrido. Era Ellen Lavigne:

—¡Oh, Dios, no! ¡Por favor, no te lleves a mi marido! ¡Por favor! ¡Sálvalo, Jordan! ¡Sálvalo! ¡No dejes que muera! ¡No puedo perder a mi marido! ¡Tengo dos hijos! ¡Oh, no! ¡No ahora! ¡Por favor! —prorrumpió en incontenibles sollozos.

Me di cuenta de que mucha gente me rodeaba: Gary Deluca, Arthur y Sonny, Gwynne y Rocco, incluso la niñera, que tras sacar a Chandler de la piscina para niños se había acercado para ver el motivo de tanto alboroto. Nadine, que acababa de llamar pidiendo una ambulancia, se acercaba a la carrera. Las palabras «¡Sálvalo! ¡Sálvalo!» resonaban en mis oídos. Quería hacerle el boca a boca, como había aprendido hacía tantos años.

Realmente quería hacerlo, pero ¿sería conveniente?, pensé. ¿No sería mejor que Elliot muriera? Sabía mucho sobre mis actividades, y de un momento a otro el agente Coleman mandaría pedir el resumen de sus transacciones bancarias, ¿o no? En ese momento, con Elliot allí tendido, muerto frente a mí, no pude menos que maravillarme de lo oportuna que sería su muerte. Los muertos no hablan... Esas cuatro palabras se iban apoderando de mi mente, suplicándome que no lo resucitara, que dejara que el secreto de nuestros nefandos negocios pereciera con él.

Y ese hombre había sido el azote de mi vida. Me había hecho regresar a los qualuuds después de años de no consumirlos, me había convertido en adicto a la cocaína y, finalmente, me había fallado en el juego de la ratonera, lo que era lo mismo que robar mi dinero. Y todo para alimentar su adicción al juego y a las drogas, por no hablar de sus problemas con la agencia impositiva. El agente Coleman no era tonto y les sacaría provecho a esas debilidades, en particular lo de la impositiva. Podía amenazar con

la cárcel a Elliot. Y entonces, Elliot colaboraría y le contaría todo. ¡Caray! Lo mejor era dejar que muriera porque... los muertos no hablan.

Pero oí que alguien gritaba:

—¡No te detengas! ¡No te detengas! —De pronto, ¡me di cuenta de que ya estaba tratando de resucitarlo! Mientras mi mente consciente debatía qué hacer, algo infinitamente más poderoso se había puesto en acción en mi interior, avasallando mis pensamientos.

De hecho, me encontré con que mi boca estaba apretada contra la de Elliot, que mis pulmones exhalaban en los suyos. Alcé la cabeza y me puse a bombear el pecho de Elliot con mis manos, en un ritmo que simulaba el del corazón.

¡Nada! ¡Mierda! ¡Seguía muerto! ¿Cómo podía ser? ¡Si yo lo estaba haciendo todo bien! ¿Por qué no volvía en sí?

De pronto recordé haber leído un artículo sobre la maniobra Heimlich, sobre cómo habían salvado por ese procedimiento a un niño ahogado. De modo que volteeé a Elliot, poniéndolo de bruces y lo rodeé con mis brazos. Apreté tanto como me fue posible. ¡Craac! ¡Cric! ¡Croc!... Me di cuenta de que le había roto casi todas las costillas. De modo que lo volteeé una vez más para ver si ya respiraba. No lo hacía.

Todo había terminado. Estaba muerto. Miré a Nadine y, con lágrimas en los ojos, dije:

—¡No sé qué hacer! ¡No vuelve!

Entonces, oí nuevos chillidos de Ellen:

—¡Oh, Dios mío! ¡Mis hijos! ¡Oh, Dios! ¡Por favor, no te detengas, Jordan! ¡Debes salvar a mi marido!

Elliot estaba totalmente azul y la última chispa de luz abandonaba sus ojos. Así que, con una silenciosa plegaria, inhalé tanto como me fue posible. Puse mi boca contra la suya y con toda la fuerza que mis pulmones pudieron reunir soplé una poderosa bocanada de aire. Su abdomen se infló como un globo. De repente, la hamburguesa con queso salió por donde había entrado y Elliot vomitó en mi boca. Comencé a tener arcadas.

Vi que su pecho se movía en una respiración superficial y, metiendo la cara en la piscina, me lavé el vómito de la boca. Miré

a Elliot, notando que su rostro estaba un poco menos azul. Entonces, dejó de respirar otra vez. Miré a Gary y le dije:

—Sigue tú.

Pero Gary extendió los brazos con las palmas de las manos mirando hacia mí y meneó la cabeza como si dijera: «¡Ni lo sueñes!». Dio dos pasos hacia atrás para enfatizar su negativa. De modo que me volví hacia el mejor amigo de Elliot, Arthur, y le hice la misma solicitud, a la que respondió del mismo modo que Gary. Así que no me quedó más opción que hacer la cosa más asquerosa que imaginarse pueda. Le eché un poco de agua en la cara a Elliot, mientras la duquesa se ponía en acción y le enjugaba el vómito de las comisuras. Luego, le metí la mano en la boca y saqué carne de hamburguesa a medio digerir, apartándole la lengua para despejar las vías respiratorias. Volví a poner mi boca sobre la suya y a respirar por él, mientras los demás miraban, paralizados de espanto.

Finalmente oí el sonido de las sirenas y, al cabo de un instante, los paramédicos estaban con nosotros. Menos de tres segundos después le habían metido un tubo por la garganta y bombeaban oxígeno a sus pulmones. Lo pusieron con cuidado en una camilla y, depositándola a la sombra de un árbol, a un costado de la mansión, le conectaron al brazo un frasco de suero.

Salté a la piscina y me enjuagué el vómito de la boca, mientras me sacudían incontrolables arcadas. La duquesa llegó corriendo, llevándome cepillo y pasta de dientes, y me puse a lavarme los dientes sin salir de la piscina. Luego, salí de un salto y me acerqué a la camilla. En ese momento, había media docena de policías junto a los enfermeros. Éstos procuraban, con desesperación, pero sin éxito, hacer que el corazón de Elliot regresara a su ritmo normal. Uno de los paramédicos me tendió la mano y dijo:

—Usted es un héroe, señor. Ha salvado la vida de su amigo.

Así fue que me di cuenta: ¡yo era un héroe! ¡Yo! ¡El lobo de Wall Street! ¡Un héroe! ¡Qué delicioso sonido el de esa palabra! Sentía una desesperada necesidad de volver a oírlo, de modo que dije:

—Disculpe, no le he entendido. ¿Cómo ha dicho?

El enfermero sonrió y dijo:

—Es usted un héroe, en el verdadero sentido de la palabra. Poca gente habría actuado como usted. Aun sin entrenamiento, hizo exactamente lo que debía. Bien hecho, señor. Es usted un verdadero héroe.

¡Oh, caray!, pensé. Esto era absolutamente maravilloso. Pero necesitaba oírlo en boca de la duquesa que, con sus voluptuosas caderas y flamantes pechos, estaría a mi entera disposición, al menos por unos días. Porque yo, su marido, era un héroe y ninguna hembra puede rechazar los requerimientos sexuales de un héroe.

Encontré a la duquesa sola, sentada en el borde de una tumbona, conmocionada. Procuré dar con las palabras justas para inducirla a que dijera que yo era un héroe. Decidí que lo mejor sería recurrir a la psicología invertida: la encomiaría por la serenidad con que reaccionó y por la prontitud con que pidió la ambulancia. De ese modo, se sentiría obligada a devolverme el elogio.

Me senté a su lado y le pasé un brazo por los hombros.

—Gracias a Dios llamaste a la ambulancia, Nadine. Todos se quedaron paralizados, menos tú. Eres una mujer fuerte. —Esperé, paciente.

Se recostó contra mí y dijo, con una sonrisa triste:

—No sé. Fue instinto, más que nada. Sabes, esta clase de cosas pasan en las películas, pero uno nunca cree que le pasará. ¿Entiendes qué quiero decir?

¡In-cre-í-ble! ¡No me decía que era un héroe! No me quedaba más remedio que ponerme específico.

—Sí que te entiendo. Uno nunca cree que algo así puede ocurrir, pero cuando pasa, bueno, el instinto toma la iniciativa. Supongo que eso es lo que me llevó a actuar como lo hice. —«¡Eh! ¡Duquesa! —pensé—, ¿entiendes a qué voy, o no, por el amor de Dios?»

Al parecer sí entendía, porque, abrazándome, dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Estuviste increíble! Nunca vi una cosa así. ¡Las palabras no alcanzan para decir qué brillante estuviste! Todos se quedaron paralizados y tú...

¡Caramba!, pensé. Hablaba y hablaba, pero no decía la palabra mágica.

—... y tú... digo... ¡Eres un héroe, querido! —¡Ya era hora!—. Creo que nunca estuve tan orgullosa de ti. ¡Mi marido, el héroe! —Y me dio el beso más húmedo que pueda imaginarse.

En ese preciso instante entendí por qué todo niño quiere ser bombero. Vi que subían la camilla de Elliot a la ambulancia.

—Vamos —dije—. Vayamos al hospital, no vaya a ser que hagan las cosas mal, después de lo duro que he trabajado para salvar a Elliot.

Veinte minutos más tarde estábamos en la sala de emergencias del hospital Mount Sinai. El diagnóstico inicial era atroz: Elliot había sufrido daño cerebral. Quizá se quedase en estado vegetativo.

De camino al hospital, la duquesa telefoneó a Barth. Entonces yo lo seguí a la sala de urgencias, donde reinaba el inconfundible olor de la muerte. Allí, cuatro médicos y dos enfermeras rodeaban a Elliot, tendido sobre una mesa de examen.

Aunque el Mount Sinai no era el hospital de Barth, era evidente que su reputación lo precedía. Todos los médicos presentes sabían exactamente quién era. Uno de ellos, alto y enfundado en una bata blanca, dijo:

—Está en coma, doctor Green. No puede respirar sin asistencia. Su función cerebral está disminuida y tiene siete costillas rotas. Le administramos epinefrina, pero no responde. —El doctor miró a Barth a los ojos y meneó lentamente la cabeza, como si dijese: «No saldrá de ésta».

Entonces, Barth Green hizo algo de lo más extraño. Con total y absoluta confianza se dirigió a Elliot y, tomándolo de los hombros, acercó la boca a su oído, y en tono severo, gritó:

—¡Elliot! ¡Despiértate ahora mismo! —Se puso a sacudirlo vigorosamente—. ¡Soy el doctor Barth Green, Elliot, y te digo que te dejes de estupideces y abras los ojos ya mismo! ¡Tu esposa quiere verte!

Y allí mismo, a pesar de eso de que Ellen lo quería ver, haría que la mayor parte de las personas escogieran la muerte, Elliot acató las órdenes de Barth y abrió los ojos. Al cabo de un mo-

mento, su función cerebral regresó a la normalidad. Paseé la mirada por la habitación. Todos los médicos y enfermeras presentes estaban boquiabiertos.

Yo también. Era un milagro, obra de un taumaturgo. Me puse a menear la cabeza, asombrado, lo que hizo que, por el rabillo del ojo, viera una gran jeringa llena de un líquido transparente. Entorné los ojos para leer el rótulo. Decía «morfina». Qué curioso, pensé, que a alguien se le ocurriese inyectarle morfina a un moribundo.

De pronto me inundó una terrible urgencia de robar esa jeringa llena de morfina y clavármela en el culo. No sabía bien por qué. Llevaba sobrio casi un mes, pero eso ya no parecía importar. Di un vistazo al recinto. Todos se abalanzaban en torno de Elliot, aún azorados por la notable manera en que iban saliendo las cosas. Me acerqué a la bandeja metálica y tomando con disimulo la jeringa me la deslicé en el bolsillo de mis pantalones cortos.

Al cabo de un segundo sentí como si un creciente calor irradiara del bolsillo. ¡Coño! ¡Era como si la morfina me agujereara el bolsillo! ¡Tenía que inyectármela cuanto antes! Le dije a Barth:

—Esto es lo más increíble que he visto en mi vida, Barth. Salgo a dar la buena noticia a todos.

Cuando informé al grupo que aguardaba en la sala de espera de la milagrosa recuperación de Elliot, Ellen se puso a llorar de alegría y me abrazó. La aparté, diciendo que tenía una urgente necesidad de ir al baño. Cuando comencé a alejarme, la duquesa me tomó del brazo y me dijo:

—¿Estás bien, cariño? Parece que te pasa algo.

Le sonreí y dije:

—Sí, estoy bien. Sólo necesito ir al baño.

En el momento en que di la vuelta a la primera esquina, emprendí una carrera digna de un atleta olímpico. Entré precipitadamente en el baño, me metí en uno de los lavabos, cerré la puerta, saqué la jeringa del bolsillo, me bajé los pantalones y arqueé la espalda de modo en que mi culo quedase bien expuesto. Estaba a punto clavarme la aguja cuando me di cuenta de algo espantoso.

¡La jeringa no tenía émbolo!

Era una de esas nuevas jeringas de seguridad que deben insertarse en un émbolo independiente para funcionar. Lo único que yo tenía era un inútil tubo de morfina rematado por una aguja. Desolado, me tomé un momento para contemplar la jeringa. ¡Y tuve una genial inspiración! Subiéndome los pantalones, corrí a la tienda de regalos y compré un pirulí antes de correr de regreso al baño. Me clavé la aguja en el culo. Luego, con el palito del pirulí, presioné el cilindro hasta que la última gota de morfina entró en mi cuerpo. Al instante, sentí que un barril de pólvora explotaba dentro de mí, sacudiéndome hasta lo más íntimo.

¡Coño!, pensé. Debía de haberle acertado a una vena, porque la droga me estaba pegando a una velocidad increíble. De pronto, caí de rodillas. Tenía la boca reseca, sentía como si mis entrañas hubiesen sido sumergidas en un baño de espuma caliente, mis ojos eran como brasas, los oídos me resonaban como la campana de una catedral, mi esfínter anal estaba tenso como el parche de un tambor, y yo era feliz.

Así que el héroe se quedó sentado en el suelo del baño, con los pantalones por debajo de las rodillas y una jeringa clavada en el culo. Entonces se me ocurrió que la duquesa quizás estuviese preocupada por mí.

Un minuto después, iba por el pasillo, rumbo a la duquesa cuando una anciana judía me dijo:

—Disculpe, señor.

Me volví hacia ella. Con una nerviosa sonrisa, señaló mis pantalones cortos. Dijo:

—¡Su culo! ¡Mire su culo!

La jeringa aún estaba clavada y emergía de debajo de mi pantalón corto como la banderilla del lomo de un toro. Sonreí y le agradecí a la amable señora antes de quitarme la jeringa, tirarla a un cubo de basura y seguir mi camino.

Cuando la duquesa me vio, me sonrió. Y en ese momento la habitación empezó a oscurecerse y... ¡Oh, mierda!

Desperté en la sala de espera, sentado en una silla de plástico. Un doctor de mediana edad, enfundado en un verde uniforme de cirugía, estaba de pie frente a mí, haciéndome oler un

frasco de sales. Junto a él estaba la duquesa. Ya no sonreía. El médico dijo:

—Su respiración está muy deprimida, señor Belfort. ¿Ha consumido algún narcótico?

—No —dije, forzando una débil sonrisa dedicada a la duquesa—. Supongo que esto de ser un héroe es agotador, ¿no, cariño?

—Volví a desmayarme.

Recobré la conciencia en el asiento trasero de una limusina Lincoln extralarga. Estábamos llegando a Indian Creek Island, donde nunca ocurre nada emocionante. Lo primero que pensé fue que tenía que inhalar un poco de cocaína para compensar. Ése fue el problema desde el primer momento. Inyectarse morfina sin un agente compensador es una estupidez. No volvería a hacerlo. Le agradecí a Dios que Elliot hubiese traído cocaína. La cogería de su habitación y la descontaría de los dos millones que me debía.

Cinco minutos después, la habitación de huéspedes parecía como si una docena de agentes de la CIA hubiesen pasado tres horas buscando un microfilm robado. Había ropa esparcida por todas partes y hasta la última pieza de mobiliario estaba volcada de costado. ¡Y la cocaína no aparecía! ¡Mierda! ¿Dónde estaba? Seguí buscando y buscando. De hecho, lo hice durante más de una hora, hasta que al fin me di cuenta: ¡fue la rata hija de puta de Arthur Wiener! ¡Él le robó la cocaína a su mejor amigo!

Sintiéndome vacío y solo, subí al inmenso dormitorio principal y, dejándome caer en mi cama, maldije a Arthur Wiener antes de caer en un profundo sueño.

Sólo los buenos mueren jóvenes

Junio de 1994

Que las oficinas de Zapatos Steve Madden fuesen como una caja de zapatos parecía lo adecuado. En realidad, las cajas eran dos. La del fondo, de diez por veinte metros, alojaba una diminuta fábrica con un puñado de anticuadas máquinas operadas por aproximadamente una docena de obreros hispanohablantes que compartían una única tarjeta de residencia en Estados Unidos y que no pagaban ni un solo dólar de impuestos; la del frente, de parecido tamaño, alojaba al personal administrativo de la firma, la mayor parte del cual consistía en muchachas de entre dieciocho y veintipocos años, todas ellas con el cabello multicolor y los *piercings* visibles que dicen a gritos: «¡Sí, también tengo uno en el clítoris y otros en ambos pezones!».

Y esas jóvenes hembras encaramadas sobre las plataformas de quince centímetros de alto de sus zapatos —todos de marca Steve Madden— iban de un lado a otro entre el humo de varas de incienso aromatizadas al cannabis, al ritmo de música hip-hop a todo volumen y de las campanillas de una docena de teléfonos que sonaban al mismo tiempo, mientras en las mesas de diseño se planificaban incontables nuevos modelos y líderes religiosos de diversa confesión, con sus atuendos tradicionales, lle-

vaban adelante rituales de purificación. Y, todo, de alguna manera, parecía funcionar. Lo único que faltaba era un médico brujo que hiciese una ceremonia vudú, aunque sin duda no tardaría en aparecer.

Frente a la antedicha caja de zapatos había otra, más pequeña, de unos tres por seis metros, y allí era donde Steve, alias el Zapatero, tenía su oficina. Desde mediados de mayo, hacía cuatro semanas, también mi oficina estaba allí. El Zapatero y yo ocupábamos uno y otro lado de un escritorio de fórmica negra que, como todo lo demás, estaba cubierto de zapatos.

En ese momento yo me estaba preguntando por qué todas las adolescentes de Estados Unidos enloquecían por esos zapatos que me parecían horribles. En cualquier caso, no cabía duda de que lo más importante de esa empresa eran sus productos. Había zapatos por todas partes, en particular en la oficina de Steve, donde estaban esparcidos por el suelo, colgaban del techo y se apilaban sobre mesas plegables baratas y anaqueles de fórmica blanca, lo que los hacía aún más feos.

Había aún más zapatos en el alféizar, detrás de Steve, en pilas tan altas que apenas si permitían ver por la lóbrega ventana el lóbrego estacionamiento que, bueno, combinaba a la perfección con esa lóbrega parte de Queens, a saber, el lóbrego recoveco conocido como Woodside. Estábamos a unos tres kilómetros al este de Manhattan, lugar que hubiese sido mucho más apropiado para un hombre relativamente refinado como yo.

Pero el dinero es el dinero y, por algún motivo incomprensible, esa diminuta empresa parecía estar a punto de producirlo, y a montones. De modo que aquí habíamos sentado nuestros reales traseros Janet y yo. Ella ocupaba una oficina propia al otro lado del pasillo. Y sí, también ella estaba rodeada de zapatos.

Era lunes por la mañana y el Zapatero y yo tomábamos café en nuestra oficina infestada de zapatos. Nos acompañaba Gary Deluca, en su primer día como gerente de operaciones. No es que reemplazara a nadie, porque, hasta el momento, la compañía había estado operando en piloto automático. También estaba John Basile, gerente de producción y jefe de ventas de la empresa desde hacía tiempo.

Tenía su gracia, pensé, que personas con nuestro aspecto estuviesen en disposición de constituir la empresa de zapatos femeninos más grande del mundo. Éramos una banda abigarrada: yo vestía como un golfista profesional; Steve, como un pordiosero. Gary parecía un hombre de negocios conservador y John Basile, un treintañero regordete de nariz bulbosa, cráneo pelado y facciones carnosas, parecía, con sus jeans descoloridos y su camiseta, uno de esos chicos que te traen la pizza a domicilio. Yo adoraba a John. Era muy brillante y, aunque católico, estaba bendecido con la auténtica ética protestante del trabajo, además de entender el concepto de los negocios a gran escala.

Pero, ay, era un escupidor de campeonato, lo cual significaba que, cuando se entusiasmaba o, simplemente, quería enfatizar algo, había que hablarle con impermeable o ubicarse en un ángulo de al menos treinta grados de uno u otro lado de su boca. Por lo general, sus salivazos iban acompañados de exagerados gestos, casi todos dedicados a expresar su opinión de que el Zapatero era un jodido gallina por negarse a aceptar pedidos más grandes de las tiendas.

En esos momentos estaba diciendo:

—¿Cómo mierda va a crecer esta compañía, Steve, si no permites que me comprometa a entregar más zapatos? ¡Vamos, Jordan, tú sabes a qué me refiero! ¿Cómo mierda voy a entablar buenas... — ¡mierda!, ilas «b» del Escupidor eran sus consonantes más letales, y una me acababa de acertar en plena frente! — relaciones con las grandes tiendas si no tengo producción para ofrecerles? — El Escupidor hizo una pausa y me miró con aire interrogativo, preguntándose tal vez por qué yo me tomaba la cabeza entre las manos, oliéndome, al parecer, las palmas.

Me levanté y me puse detrás de Steve para protegerme de los salivazos. Dije:

—Lo cierto es que entiendo el punto de vista de ambos. Esto no es distinto de los negocios financieros. Steve quiere actuar de manera conservadora y no tener muchos zapatos en inventario, tú quieres aumentar la producción al máximo para que no

te falten productos para vender. Entiendo. Y mi respuesta es: ambos tenéis razón, y ambos no la tienen, y que sea de uno u otro modo depende de si los zapatos se venden o no. Si se venden, eres un genio y ganaremos toneladas de dinero. Pero si te equivocas y no se venden, estamos jodidos. Estremos sentados sobre una montaña de mierda sin valor que no podremos vender a nadie.

—Eso no es así —argumentó el Escupidor—. Siempre podemos vender los zapatos a Marshall's o TJ Maxx o alguna de esas cadenas de productos de oferta.

Steve hizo girar su silla de cara a mí.

—John no te está mostrando el cuadro completo. Sí, podemos vender cuantos zapatos queramos a gente como Marshall's o TJ Maxx. Pero, de hacerlo, destruiríamos nuestra reputación con las grandes tiendas y las zapaterías especializadas. —Ahora, Steve miró a John a los ojos y dijo—: Tenemos que proteger la marca, John. Pero tú no terminas de metértelo en la cabeza.

El Escupidor dijo:

—Sí que lo entiendo. Pero la marca también debe crecer y no crecerá si nuestros clientes van a las tiendas y no encuentran nuestros zapatos. —Con expresión desdeñosa, el Escupidor entornó los ojos y le hizo bajar la mirada al Zapatero—. Y, si te dejara hacer las cosas a tu modo, esto seguirá siendo una empresa artesanal para siempre. Jodidos peces chicos, nada más. —Se volvió hacia mí, y me dispuse a protegerme—. Mira, Jordan —el salivazo me pasó a diez grados—, gracias a Dios que estás aquí porque este tipo es un jodido gallina y estoy harto de andarme con rodeos. Tenemos los zapatos más deseados del país y no puedo satisfacer los putos pedidos porque este tipo no me permite manufacturar el producto. Te digo, ésta es una jodida tragedia griega, nada menos.

Steve dijo:

—John, ¿sabes cuántas empresas se han ido al garete por hacer las cosas como dices tú? Si erramos, será mejor que sea por exceso de cautela, al menos hasta que tengamos más zapaterías propias. Entonces, podremos vender bajo nuestra propia marca. Y no hay forma de que me convenzas de que no es así.

De mala gana, el Escupidor tomó asiento. Tenía que admitir que estaba más que impresionado con el trabajo de Steve, no sólo ese día, sino a lo largo de las pasadas cuatro semanas. Sí, también Steve era un lobo con piel de cordero. A pesar de su apariencia, era un líder nato, bendecido con todos los talentos, en particular, el de inspirarles lealtad a sus empleados.

De hecho, como en Stratton, toda la gente de Zapatos Steve Madden se enorgullecía de formar parte de una secta. Pero el mayor problema del Zapatero era que se negaba a delegar responsabilidades, lo cual era el origen de su apodo. En cierto modo, Steve aún era un zapatero a la antigua, lo cual, a decir verdad, era tanto su mayor fuerza como su mayor debilidad. En ese momento su empresa ganaba apenas cinco millones de dólares al año, de modo que aún podía permitirse actuar así. Pero eso estaba por cambiar. Un año atrás, la compañía ganaba un millón. Y para el año próximo andaríamos por los veinte millones de dólares.

En eso me había concentrado durante las últimas cuatro semanas. Contratar a Deluca sólo fue el primer paso. Mi objetivo era que la compañía pudiese funcionar sola, independientemente de Steve y de mí. Así que lo que ambos debíamos hacer era reunir equipos de diseño y de operaciones de primer nivel. Pero ir demasiado deprisa era la receta para la ruina. Además, antes que nada debíamos controlar las operaciones, que eran un desastre.

Volviéndome hacia Gary, le dije:

—Sé que es tu primer día, pero me interesa conocer tu opinión. Dame tu opinión con franqueza, estés de acuerdo con Steve o no.

El Escupidor y el Zapatero se volvieron hacia el flamante jefe de operaciones de la empresa. Dijo:

—Bueno, entiendo el punto de vista de ambos —*muy bien, muy diplomático*, pensé—, pero mi interpretación se aplica más al aspecto operativo que a ninguna otra cosa. De hecho, diría que buena parte de esto tiene que ver con la cuestión de las ganancias brutas, después de las reducciones de precios por liquidación, claro, y con cuántas veces al año pretendamos renovar inventario. —Gary asintió con la cabeza, impresionado por su

propia sagacidad—. Aquí hay temas complejos vinculados a las modalidades de distribución, cuántos productos queremos llevar y adónde; es, por así decirlo, cuestión de cuántos centros y cuántos canales de distribución queremos. Claro que antes que nada tendría que hacer un análisis del verdadero coste de los bienes que vendamos, incluyendo tasas y fletes, cosa que no deberíamos descuidar. Mi intención es hacerlo como se debe y, una vez que haya compilado un estudio que contemple estas variables, podemos revisarlo en la próxima reunión de la junta directiva, que debería tener lugar aproximadamente...

¡Oh, Dios mío! Nos estaba sepultando con tantos detalles. Yo no tenía tolerancia alguna respecto de la gente de operaciones y las estupideces sin sentido que tan caras les son. ¡Detalles! ¡Detalles! Miré a Steve. Tenía aún menos tolerancia que yo para esos asuntos, y parecía a punto de dormirse. Tenía la barbilla apoyada en el esternón y la boca muy abierta.

—... lo cual es, más que nada —proseguía el Detallista—, una función de nuestra eficiencia operativa a la hora de embalar y distribuir. La clave de esto...

En ese momento, el Escupidor se levantó e interrumpió al Detallista.

—¿De qué mierda hablas? —escupió el Escupidor—. ¡Lo único que quiero es vender unos jodidos zapatos! ¡Me importa una mierda cómo los haces llegar a las tiendas! ¡Y no necesito ningún puto estudio para entender que si los hago a un coste de doce dólares y los vendo a treinta estoy ganando dinero! ¡Por el amor de Dios! —Ahora, el Escupidor dio dos gigantescos pasos y se quedó frente a mí. Por el rabillo del ojo vi que Steve sonreía, satisfecho.

El Escupidor dijo:

—Jordan, tú eres quien debe decidir. Eres el único al que Steve le hace caso. —Se detuvo para enjugarse un cúmulo de baba de su redondeado mentón—. Yo quiero hacer que esta compañía crezca, pero si me atan las manos...

—¡Muy bien! —dije, interrumpiendo al Escupidor. Me volví al Detallista y le dije—: Ve y pídele a Janet que telefonee a Elliot Lavigne. Está en los Hamptons.

Dirigiéndome a Steve, dije:

—Quiero la opinión de Elliot antes de tomar una decisión sobre esto. Sé que hay una respuesta y si alguien la tiene, es Elliot.

Y, además, pensé, mientras Janet lo busca tendré ocasión de volver a contar la historia de mi acto de heroísmo.

Lamentablemente, la oportunidad no se presentó. Veinte segundos más tarde, el Detallista había regresado y, al cabo de un instante, el teléfono sonó:

—Eh, amigo, ¿cómo vas? —dijo Elliot Lavigne.

—Bien —respondió su héroe—. Pero, lo que es más importante: ¿Cómo te sientes tú y cómo van tus costillas?

—Me estoy recuperando —repuso Elliot, quien llevaba seis semanas de sobriedad, lo que, para él, era un récord mundial—. Espero poder volver al trabajo en unas pocas semanas. ¿Qué ocurre?

Hice un rápido esbozo del meollo del asunto, cuidándome de no decirle quién opinaba qué para no influir en su veredicto. Lo gracioso fue que daba igual. Cuando terminé, ya lo sabía.

—Lo cierto —dijo el sobrio Elliot— es que toda la idea de que no debes vender tu marca en las liquidaciones es más mito que realidad. Todas las grandes marcas se deshacen de sus inventarios muertos a través de las cadenas de descuento. Entra en cualquier TJ Maxx o Marshall's y verás etiquetas de todas las grandes marcas: Ralph Lauren, Calvin Klein, Donna Karan, también Perry Ellis. Es imposible existir sin las cadenas de tiendas de ofertas, a no ser que tengas tus propios puntos de venta, y eso sería prematuro en tu caso. Pero tienes que ser cuidadoso al hacer negocios con ellos. Hay que venderles sólo partidas mínimas, porque si las grandes tiendas se enteran de que tu marca se suele ver en las de liquidaciones, tendrás en problemas.

»En términos generales —dijo el recuperado rey de la indumentaria—, John tiene razón. No puedes crecer si no tienes producción para vender. ¿Sabes?, las grandes tiendas no te tomarán en serio si no tienen la certeza de que puedes mantenerlas provistas. Y por más que en este momento exista mucha demanda para tus productos, los compradores mayoristas no

entrarán en el juego hasta no estar convencidos de que puedes cumplir con las entregas de zapatos. Y, en este momento, vosotros tenéis fama de no hacerlo. Tenéis que mejorar ese aspecto cuanto antes. Sé que ése es uno de los motivos por los que contratasteis a Gary, y sin duda que se trata de un paso en la dirección correcta.

Miré a Gary para ver si se alegraba, pero no fue así. Su semblante era pétreo, impassible. Todos esos tipos de operaciones eran raros, gente tranquila que jugaba sobre seguro siempre, sin arriesgarse jamás. La sola idea de tener que hacer ese trabajo me daba ganas de suicidarme.

Elliot prosiguió:

—Pero aun si ordenáis el aspecto operativo, lo cierto es que John sólo tiene razón a medias. Steve tiene que tener en cuenta la cuestión estratégica de proteger su marca. No os engañéis, amigos, a fin de cuentas, la marca es todo. Si la desprestigiáis, daros por muertos. Os puedo dar una docena de ejemplos de marcas que estuvieron de moda y terminaron por arruinarse por vender en las cadenas de ofertas. Ahora, ves sus etiquetas en los mercadillos de barrio. —Elliot hizo una pausa para que sus palabras surtieran efecto.

Miré a Steve y vi que estaba recostado en su silla, casi cayéndose. Al parecer, la sola idea de que el nombre Steve Madden, isu propio nombre!, pudiera asociarse a las palabras «mercadillo de barrio» lo había dejado literalmente sin aliento. Miré al Escupidor; estaba sentado en el borde de su asiento, como si se dispusiera a saltar al interior del cable del teléfono para estrangular a Elliot. Miré a Gary. Se mantenía impassible.

Elliot prosiguió:

—Tu objetivo final debería ser dar franquicias de la marca Steve Madden. Si lo logras, lo único que tendrás que hacer será quedarte sentado y cobrar regalías. Lo primero tendría que ser cinturones y bolsos; después, indumentaria deportiva, jeans, gafas de sol y cualquier otra cosa; lo último es el perfume, y con eso sí que puedes pasar todos los límites. Y nunca llegarás ahí si John hace las cosas a su modo en todas las etapas. No te ofendas, John, pero la naturaleza del negocio es ésa. Estás pensando

en términos de hoy mismo, que la demanda está al rojo. Pero en algún momento se enfriará y, cuando menos te lo esperes, algún producto no se venderá y te encontrarás metido hasta las rodillas en un mar de zapatos de aspecto estúpido que nadie que no viva en un estacionamiento para tráilers se pondría. Entonces, te verás forzado a hacer las cosas mal y a ofrecer los zapatos donde no corresponde.

En ese momento, Steve intervino:

—Eso es exactamente lo que digo, Elliot. Si hacemos las cosas como lo dice John, terminaremos con un almacén atestado de zapatos y una cuenta bancaria vacía. No quiero ser el próximo Sam and Libby.

Elliot rió.

—Es sencillo. Aunque no sé nada acerca de tu negocio, apostaría a que el grueso de tu volumen de ventas proviene de un puñado de modelos, a lo sumo tres o cuatro. Y no deben ser los de aspecto ridículo, los que tienen tacones de veinte centímetros y tachas y cremalleras metálicas. Con esos creas la mística, eso de que sois unos jóvenes irreverentes y toda esa mierda. Pero lo cierto es que esos zapatos apenas si deben tener compradores, fuera de las locas de Greenwich Village y de tu propia oficina. Lo que da dinero son tus zapatos clásicos, los básicos, como el Mary Lou y el Marilyn, ¿verdad?

Miré a Steve y al Escupidor. Los dos tenían la cabeza ladeada, los labios fruncidos, los ojos muy abiertos. Tras unos segundos de silencio, Elliot dijo:

—¿Debo considerar que ese silencio significa «sí»?

Steve dijo:

—Tienes razón, Elliot. Los zapatos locos no se venden mucho, pero son los que nos dan fama.

—Y así es exactamente como debe ser —dijo Elliot, que dos semanas atrás no podía decir dos palabras sin babear—. Es lo mismo que los vestidos absurdos que se ven en las pasarelas de Milán. En realidad, nadie compra esa mierda, pero es la que crea la imagen. De modo que la respuesta es que debéis aumentar la producción, pero sólo con los artículos clásicos, y sólo en los colores que se vendan más. Me refiero a los zapatos que sa-

bes que agotarás, los que vendes una temporada tras otra. Pero nunca, jamás, arriesguéis sumas importantes en un zapato raro, incluso si estáis enamorados de él, incluso si obtenéis resultados positivos en las primeras pruebas de aceptación en el mercado. Siempre es mejor equivocarse por exceso de cautela con cualquier producto que no haya demostrado ser un ganador. Si algo realmente funciona bien, pero no hay suficiente producción, tanto mejor, hará que sea más codiciado. Dado que facturaréis en México, recuperaréis la ventaja sobre la competencia a la hora de reponer.

»Y si, en una de esas ocasiones en que apostáis a lo excepcional, os equivocáis, mandad inmediatamente todo a liquidación y ponedlo enseguida en la columna de pérdidas. En este negocio, perder de entrada es la mejor manera de perder. Lo peor que te puede pasar es tener un almacén abarrotado de productos sin demanda. Además, debes comenzar a asociarte con las grandes tiendas. Tienes que hacerles saber que estás dispuesto a hacerte cargo de tus zapatos, que los puedes compensar con dinero si ellos rebajan sus precios. De esa manera, ellos pueden poner tus zapatos en oferta, pero sin perder el margen de ganancias con que contaban. Y tú te deshaces de toda tu basura a través de las mismas grandes tiendas.

»Por otra parte, tendríais que comenzar a abrir tiendas Steve Madden cuanto antes. Sois fabricantes, así que podéis fijar precios mayoristas y minoristas. Además, la mejor manera de deshacerse de un inventario muerto es a través de liquidaciones en tus propias tiendas. De ese modo, no os arriesgáis a desprestigiar la marca. Y ésta es mi respuesta —dijo Elliot Lavigne—. Vais camino del triunfo. Si os ceñís al programa, es imposible que os vaya mal.

Paseé la mirada por la habitación. Todos asintieron.

¿Y por qué no iban a hacerlo? ¿Quién podía oponerse a tanta lógica? Era triste, pensé, que un tipo tan inteligente como Elliot desperdiciara su vida con las drogas. En serio. No había nada más triste que el talento desperdiciado, ¿no? Oh, sí, Elliot estaba sobrio ahora, pero no me cabía duda de que, en cuanto sus costillas se curaran y se pusiera otra vez en acción, su hábito regresa-

ría en toda su furia. Ése era el problema con las personas que, como Elliot, se negaban a aceptar que las drogas eran más fuertes que ellos.

Como fuere, yo tenía bastante de qué ocuparme; tanto como para mantener atareadas a cinco personas. Aún estaba en el proceso de aplastar a Victor Wang; aún debía lidiar con Danny, que estaba haciendo locuras en Stratton; aún tenía cosas que resolver respecto de Kaminsky, de quien había confirmado que se pasaba la mitad del día haciéndole llamadas telefónicas a Saurel en Suiza, y el agente Coleman aún andaba tras mis pasos, citaciones en mano. De modo que centrarme en la sobriedad de Elliot era una pérdida de tiempo. Tenía asuntos urgentes que discutir con Steve en el almuerzo, después de lo cual iría en helicóptero a los Hamptons, a visitar a la duquesa y a Chandler.

Dadas las circunstancias, la dosis adecuada de metacualona a consumir debía ser pequeña, digamos que unos doscientos cincuenta miligramos, es decir, un qualuud, tomado en ese momento, treinta minutos antes del almuerzo. Ello me daría el toque justo para disfrutar de mi pastilla sin que el aguafiestas del Zapatero, que llevaba cinco años sobrio, se percatase de mi estado. Luego, justo antes de sentarme ante los mandos de mi helicóptero, inhalaría unas pocas líneas de coca. Al fin y al cabo, siempre piloteaba mejor cuando estaba bajando de los qualuuds, pero subiéndome por las paredes en un ataque de paranoia inducida por la cocaína.

¡Almorzar bajo el efecto de un solo qualuud! Un viaje inocuo para tratarse de una comida en lo peor de Corona, Queens. Como en todos los vecindarios originalmente italianos, allí aún subsistía un bastión de la mafia. Y en cada uno había un restaurante italiano, propiedad del hombre más respetado del bastión. E invariablemente, éstos eran los lugares donde se servía la mejor comida italiana en muchos kilómetros a la redonda. En Harlem tal lugar era Rao's. En Corona era el restaurante Park Side. A diferencia de Rao's, Park Side era un establecimiento grande y

lujoso. Tenía una maravillosa decoración, a base de toneladas de nogal, espejos ahumados, cristal biselado, tientos con flores y helechos perfectamente mantenidos. La barra parecía sacada de una película de gánsters, lo cual no era de extrañar, y la comida era (literalmente) para morir.

El propietario de Park Side era Tony Federici, un verdadero hombre de respeto. Como era de esperar, tenía fama de esto y de lo otro, pero para mí no era más que el mejor anfitrión de los cinco distritos de Nueva York. Por lo general, se lo veía por su restaurante ataviado con un delantal de chef, con una jarra de Chianti casero en una mano y una bandeja de pimientos asados en la otra.

El Zapatero y yo estábamos sentados ante una mesa en el fabuloso jardín del restaurante. En ese momento hablábamos de la posibilidad de que reemplazara a Elliot como mi principal ratonera.

—En principio no tengo ningún problema con que lo hagamos —le decía yo al codicioso Zapatero, que estaba obsesionado con el juego de las ratoneras—, pero me preocupan dos cosas. Primero, ¿cómo mierda vas a hacer para devolverme todo el dinero que me corresponda sin dejar un rastro de papel? Es mucho dinero, Zapatero. Y mi segunda preocupación es que ya eres ratonera de Monroe Parker y no quisiera interferir con sus asuntos. —Meneé la cabeza para enfatizar mis palabras—. Una ratonera es una cuestión muy personal, así que antes tendría que pedirles permiso a Alan y a Brian.

El Zapatero asintió.

—Entiendo a qué te refieres. En cuanto a devolverte el dinero, no será un problema. Lo puedo hacer con nuestras acciones de Zapatos Steve Madden. Cada vez que venda acciones de las que tengo a mi nombre, pero que son tuyas, te pagaré de más. En los papeles, te debo más de cuatro millones de dólares, de modo que tengo un motivo legítimo para emitir cheques para ti. A fin de cuentas, las cifras serán tan grandes que nadie podrá seguirles la pista, ¿no?

Pensé que no era mala idea, en particular si establecíamos alguna clase de acuerdo anual por consultoría por ayudarlo a

administrar Zapatos Steve Madden. Pero el hecho de que Steve fuese mi ratonera por un millón y medio de acciones de Zapatos Steve Madden planteaba un problema más inquietante, a saber, que Steve apenas si tenía acciones en su propia compañía. Era algo que había que rectificar antes de que surgieran problemas, lo que no dejaría de ocurrir cuando, más adelante, Steve viera que yo ganaba decenas de millones y él sólo millones. De modo que sonreí y dije:

—Ya organizaremos algo con lo de la ratonera. Creo que usar títulos de Zapatos Steve Madden es una muy buena idea, pero nos lleva a otro tema más importante, que es que tu participación accionarial en la compañía es mínima. Tenemos que hacer que te hagas con más acciones antes de que las cosas se pongan en marcha. Sólo tienes trescientas mil acciones, ¿verdad?

Steve asintió.

—Y unos pocos miles de opciones sobre títulos. Eso es todo.

—Muy bien. Ya que somos socios en todos estos embrollos, te aconsejo vivamente que te reserves un millón de opciones accionariales a un cincuenta por ciento de descuento sobre los valores actuales de mercado. Es lo justo, en particular dado que tú y yo nos las repartiremos a partes iguales, que es lo más justo de todo. Las mantendremos a tu nombre para que Nasdaq no tenga motivo alguno de alarma, y a la hora de vender me das mi parte junto a todo lo demás.

El Gran Zapatero sonrió y me tendió la mano.

—No puedo agradecerte lo suficiente, JB. No te dije nada, pero te aseguro que es un tema que me tenía un poco inquieto. Pero siempre supe que, llegado el momento, lo resolveríamos. —Se levantó de su asiento, lo imité, y nos abrazamos al estilo mafioso, lo cual, dado el lugar donde nos encontrábamos, no produjo miradas de curiosidad.

Cuando volvimos a sentarnos, Steve dijo:

—Pero ¿por qué no hacemos que sean un millón y medio? Setecientos cincuenta para cada uno.

—No —dije, mientras un placentero cosquilleo se difundía por las diez yemas de mis dedos—. No me gusta trabajar con números impares. Trae mala suerte. Redondeemos en dos mi-

llones. Así será más fácil hacer las cuentas: un millón de opciones para cada uno.

—¡Hecho! —aprobó el Zapatero—. Y, dado que eres el principal accionista de la empresa, creo que podemos ahorrarnos la formalidad de una reunión del consejo, ¿no? Es todo estrictamente legítimo, ¿verdad?

—Bueno —dije, rascándome la barbilla, pensativo—, como tu socio general de embrollos, te sugiero que evites recurrir a la palabra «legítimo» si no es en los casos más excepcionales. Pero ya que has sacado el tema, te diré que, como principal accionista, estoy dispuesto a apostar a que todo esto saldrá bien y a darle mi más decidida aprobación a toda la transacción. Se trata de algo que debemos hacer, queramos o no. Es cuestión de juego limpio.

—Entiendo —dijo el Zapatero, feliz—. Está más allá de nuestro control. Hay extrañas fuerzas en juego, mucho más poderosas que un humilde Zapatero y un no tan humilde lobo de Wall Street.

—Me gusta tu modo de pensar, Zapatero. Cuando regreses a la oficina llama a los abogados y diles que le pongan una fecha atrasada a las actas de la última reunión del consejo. Si se ponen difíciles, diles que hablen conmigo.

—No hay problema —dijo el Zapatero, quien acababa de aumentar su participación en su empresa en un cuatrocientos por ciento. Entonces, bajó la voz, adoptando un tono conspirativo—. Mira, te diré una cosa, si no quieres no tienes por qué contarle a Danny nada de esto. —Sonrió con expresión diabólica—. Si me pregunta, le diré que todas son mías.

¡Caray! ¡El tipo era un jodido traidor! ¿Creería que de ese modo yo lo respetaría más? Pero me reservé mis reflexiones.

—Te diré la verdad —dije—, no estoy muy contento con la forma en que Danny está llevando las cosas. En cuestión de inventarios es como el Escupidor. Cuando dejé Stratton, la firma trabajaba con un déficit de inventario de dos millones. Ahora, básicamente funciona en estado de suma cero. Es una jodida lástima. —Meneé la cabeza con aire preocupado—. No obstante, en este momento Stratton gana más dinero que nunca, que es lo que ocurre cuando operas a la larga. Pero ahora Danny es

vulnerable. —Me encogí de hombros—. En fin. Pero ya dejé de preocuparme por eso. Haga lo que haga, ya no puedo sacarlo.

Steve se encogió de hombros.

—No te tomes a mal lo que te he dicho —«¿oh, en serio?», pensé, «¿y cómo querías que lo tomara, maldito traidor?»— pero ¿sabes?, tú y yo pasaremos los próximos cinco años construyendo esta empresa entre los dos. Brian y Alan tampoco están muy entusiasmados con Danny. Tampoco lo están Loewenstern y Bronson. Al menos, eso es lo que se rumorea. Llegado el momento, tendrás que dejar que esos tipos sigan su propio camino. Siempre te serán leales, pero quieren hacer sus propios negocios, independientemente de Danny.

En ese momento vi que Tony Federici, enfundado en su conjunto de chef y con una jarra de Chianti en la mano, se nos acercaba. Me levanté a saludarlo.

—Eh, Tony, ¿cómo vas? —pregunté, pensando, «¿mataste a alguien últimamente?»

Steve se paró al instante y con una amplia sonrisa dijo:

—¡Eh, Tony el Duro! ¡Tony Corona! He oído hablar de ti. Me crié en Long Island, pero incluso ahí todos sabían de Tony el Duro. ¡Es un placer conocerte!

Con esas palabras, Steve le tendió la mano a su nuevo amigo, el Duro Tony Corona, quien despreciaba inmensamente tales apodos.

Bueno, hay muchas maneras de morir, pensé, así que ésta es una de tantas. Quizá Tony se mostrase clemente y le concediera a Steve el honor de no arrancarle las pelotas, de modo que, cuando lo sepultaran, aún las tuviera en su lugar.

Contemplé la pálida mano huesuda del Gran Zapatero suspendida en el aire, esperando a ser estrechada por otra, que no aparecía. Miré el rostro de Tony. Parecía sonreír, aunque su sonrisa hacía pensar en la que un carcelero sádico le dirigiera a un condenado a muerte al preguntarle: «¿Qué te gustaría comer en tu última cena?».

Al fin, Tony extendió una flácida mano.

—Sí, gusto en conocerte —dijo con voz inexpresiva. Sus ojos castaños oscuros eran como rayos de la muerte.

— ¡Encantado de conocerte, Tony el Duro! —dijo el cada vez más muerto Zapatero—. ¡He oído tantas cosas buenas sobre este restaurante! Tengo intención de venir muy a menudo. Si llamo para reservar mesa, diré que soy amigo del Duro Tony Corona, ¿de acuerdo?

— Bien —dije con una sonrisa nerviosa—. Creo que será mejor que volvamos a lo nuestro, Steve. —Luego, volviéndome hacia Tony, le dije—: Gracias por venir a saludar. Fue agradable verte, como siempre. —Alcé la vista al cielo y meneé la cabeza, como diciendo: «No le hagas caso a mi amigo; sufre de síndrome de Tourette».

Tony frunció la nariz dos veces y siguió su camino. Probablemente iba rumbo al club social del otro lado de la calle, donde, mientras sorbía un café, ordenaría que asesinaran a Steve. Me senté y meneé la cabeza, muy serio.

— ¿Qué mierda te pasa, Zapatero? ¡Nadie le dice Tony el Duro! ¡Nadie! Puedes darte por muerto.

— ¿De qué hablas? —dijo el Zapatero, atónito—. Le caí muy bien, ¿o no? —Ladeando la cabeza, añadió, nervioso—: ¿O estoy totalmente equivocado?

En ese momento, Alfredo, el gigantesco *maitre*, se acercó a la mesa.

— Tiene una llamada —me dijo Alfredo el Gigante—. Puede atenderla en el bar. Allí estará tranquilo. No hay nadie. —Sonrió.

¡Oh, oh! ¡Me estaban haciendo responsable de los actos de mi amigo! Ésos eran asuntos mafiosos serios, cuyas sutilezas eran incomprensibles para un judío como yo. Pero, en esencia, parecía tratarse de que, al traer al Zapatero a este restaurante, me había hecho responsable de él y ahora estaba por sufrir las consecuencias de su insolencia. Le sonreí a Alfredo el Gigante y se lo agradecí. Luego, levantándome me dirigí al bar... o quizás al congelador donde guardaban la carne.

Cuando llegué al teléfono me detuve durante un instante y miré en torno de mí.

— Hola —dije, escéptico, esperando oír sólo el tono de llamada antes de que una cuerda de piano se me ciñera al cuello.

— Hola, soy yo —dijo Janet—. Suenas raro, ¿qué te ocurre?

—Nada, Janet. ¿Qué quieres? —Mi tono fue algo más seco que de costumbre. Quizás el efecto del qualuud estaba pasando.

—¡Perdón por haber nacido! —dijo mi susceptible asistente.

Con un suspiro:

—¿Qué quieres, Janet? Estoy ocupado.

—Tengo a Victor Wang en línea. Dice que es urgente. Le dije que habías salido a almorzar y dijo que se quedará a la espera hasta que regreses. Si te interesa mi opinión, te diré que es un imbécil.

«¡¿A-quién-mierda-le-interesa-tu-opinión-Janet?!», pensé.

—Bueno, sí, pásamelo —dije, sonriéndole a mi reflejo en el espejo ahumado de detrás de la barra. Ni siquiera parecía drogado. Quizá no lo estuviera. Metí la mano en el bolsillo y saqué un qualuud español. Lo estudié durante un instante antes de zampármelo en seco.

Aguardé el sonido de la voz aterrorizada del Chino Depravado. Yo llevaba ya casi una semana operando a la corta para aniquilarlo y, en ese momento, Duke Securities estaba hasta las orejas de acciones. Sí, los títulos llovían sobre Victor, y él acudía a mí en busca de ayuda, que yo le daría... a mi modo.

En ese momento, oí la voz del Chino Depravado. Tras un amistoso saludo pasó a explicarme que tenía más títulos de los que existían físicamente para cierta compañía. El hecho era que toda la emisión de marras consistía en un millón y medio de acciones, y él se encontraba en posesión de un millón seiscientas mil.

—... y las acciones siguen llegando —dijo el panda parlante— y no entiendo cómo puede ser posible. Sé que Danny me jodió, ¡pero ni él puede tener más acciones de esas! —El chino parecía totalmente confundido. Claro que no sabía que yo tenía una cuenta especial en Bear Sterns, destinada a vender tantas acciones como me viniera en gana, fueran mías o no e independientemente de si podía tomarlas en préstamo o no. Era un tipo de cuenta especial, de las que se conocen como «cuenta privilegiada de correduría de Bolsa», que permite operar a través de cualquier firma bursátil del mundo. No había modo de que el chino se enterase de quién estaba vendiendo.

—Tranquilo —dije—. Si tienes problemas de liquidez, Vic, estoy aquí para ayudarte en lo que haga falta. Si necesitas venderme tres o cuatrocientas mil acciones, sólo dilo. —Ése era el monto por el cual yo estaba en corto en ese preciso momento, pero estaba corto a precios mucho más altos que los que él había pagado, de modo que, si Victor era tan estúpido como para venderme las acciones entonces, yo conseguiría una gran ganancia. Y después invertiría el proceso y volvería a jugar esos títulos a la corta. Cuando todo terminara, las acciones valdrían centésimos y el chino estaría trabajando en algún restaurante de la calle Mott, amasando wan tan.

—Sí —respondió el panda parlante—, eso me vendría muy bien. Estoy con problemas de liquidez y las acciones ya están por debajo de los cinco dólares. No puedo permitir que sigan cayendo.

—No hay problema, Vic. Sólo llama a Kenny Kock, de Meyerson; te comprará bloques de a cincuenta mil acciones a intervalos regulares durante las próximas horas.

Victor me dio las gracias. Corté e inmediatamente telefoneé a Kenny Kock, cuya esposa, Phyllis, fue testigo en mi boda. Le dije a Kenny:

—El Chino Depravado te llamará para venderte bloques de a cincuenta mil de ya sabes qué —yo ya le había contado de mi plan a Kenny, de modo que era consciente de mi guerra secreta contra el chino—, así que sal a vender otras cincuenta mil ahora mismo, antes de que compremos las tuyas. Y luego ponte a vender bloques de a cincuenta mil cada hora y media, más o menos. Haz las ventas mediante cuentas no identificadas, para que Victor no sepa de dónde provienen.

—No hay problema —dijo Kenny Kock, jefe de corredores de M. H. Meyerson. Yo acababa de hacerle ganar a su empresa diez millones de dólares en ofertas públicas iniciales, de modo que mi autoridad sobre él en temas de Bolsa era absoluta—. ¿Algo más?

—No, eso es todo —respondí—. Sólo asegúrate de que sean ventas pequeñas, en bloques de a cinco o diez mil. Quiero que crea que provienen de diversos inversores pequeños que venden

de forma aleatoria. —¡Ah, una inspiración!—. Por cierto, trabaja tan a la corta como te parezca para tu propia cuenta, ¡porque esas acciones se van al jodido cero!

Corté la comunicación y bajé las escaleras rumbo al baño, donde tenía intención de tomar unas rayas de coca. No cabía duda de que, tras mi actuación ante Victor, merecedora de un Oscar, me los había ganado. No sentía ni pizca de remordimiento por el ascenso y caída de Duke Securities. Durante los pasados meses, el Chino Depravado se había comportado como era de esperar. Me había robado corredores de Stratton, alegando que ya no querían trabajar en Long Island; había vendido todos los títulos de las nuevas emisiones de Stratton que tenía en su poder, aunque, por supuesto, lo negaba, y denostaba abiertamente a Danny, a quien calificaba de «torpe bufón» incapaz de administrar Stratton. Así que ése era su merecido.

Al cabo de menos de un minuto ya salía del baño, donde consumí un cuarto de gramo de coca en cuatro enormes dosis. Mientras subía por las escaleras, mi corazón latía más rápido que el de un conejo y mi presión sanguínea era más alta que la de una víctima de accidente cerebrovascular, lo cual me encantaba. Mi mente funcionaba a todo tren y tenía todo bajo control.

Al llegar al final de las escaleras, me encontré frente al pecho, del tamaño de un dirigible, del Gigante Alfredo.

—Tiene otra llamada —dijo.

—¿De veras? —respondí, intentando que mi mandíbula dejara de moverse de un lado a otro.

—Creo que es su esposa.

¡Caray! ¡La duquesa! ¿Cómo lo hace? ¡Siempre parece saber cuándo estoy haciendo algo malo! Aunque lo cierto era que, como siempre estaba haciendo algo malo, la ley de las probabilidades dictaba que siempre me llamaría en mal momento.

Con la cabeza gacha fui a la barra y tomé el teléfono. No me quedaba más remedio que capear el temporal.

—¿Hola? —dije en tono tentativo.

—Hola, querido. ¿Estás bien?

¿Si estaba bien? ¡Qué pregunta malintencionada! Esta duquesa era muy astuta.

—Sí, muy bien, querida. Estoy almorzando con Steve. ¿Qué ocurre?

La duquesa lanzó un hondo suspiro y dijo:

—Malas noticias. La tía Patricia acaba de morir.

Inmortalizando a los muertos

Cinco días después de la muerte de la tía Patricia, estaba de nuevo en Suiza, sentado en la sala de estar enmaderada de la casa del Gran Falsificador. Era un lugar acogedor, emplazado en la campiña suiza, a unos veinte minutos de Ginebra. Era domingo y terminábamos de almorzar. La mujer del Gran Falsificador, a quien yo en mi fuero interno llamaba señora Gran Falsificadora, acababa de depositar sobre una mesa de vidrio biselado una bandeja rebosante de hediondos quesos, además de todo tipo de postres antidieta: un fabuloso despliegue de chocolates suizos, pastas francesas y pasteles cremosos.

Yo había llegado dos horas atrás, con la intención de sentarme a hablar de negocios al momento, pero el Gran Falsificador y su esposa habían insistido en atiborrarme con suficientes exquisiteces suizas como para hacer reventar a una jauría de San Bernandos. En ese momento estaban sentados frente a mí, acomodados en sendas sillas reclinables tapizadas en cuero. Ambos vestían chándales color gris, lo que los hacía parecer dos dirigibles publicitarios de Good Year. Pero eran unos maravillosos anfitriones, cuyos corazones correspondían al tamaño de sus cuerpos.

Desde el infarto cerebral y subsiguiente muerte de Patricia, Roland y yo sólo habíamos mantenido una breve conversación telefónica desde un teléfono público del Club Ecuestre Costa Dorada. Preferí no recurrir a los del Brookville Country Club, que parecía maldito. Me había dicho que no me preocupara, que él se ocuparía de todo. Pero se negó a dar detalles, lo cual, dada la naturaleza de nuestros tratos, era comprensible.

De modo que yo había volado a Suiza la noche anterior con intención de reunirme con él para llegar al fondo del asunto.

Pero esa vez fui astuto. En lugar de coger un vuelo comercial y correr el riesgo de ser arrestado por manoseo de azafata, viajé en un jet privado, un lujoso Gulfstream III. Danny me acompañó y me aguardaba en el hotel, lo cual significaba que había un noventa por ciento de posibilidades de que estuviera haciendo un *scrum* con cuatro putas suizas.

Así que allí estaba yo, con una sonrisa en el rostro y frustración en el corazón, contemplando cómo Roland y su esposa arrasaban con la mesa de postres.

Al fin, perdí la paciencia y dije en tono de gran amabilidad:

—Sois unos anfitriones verdaderamente maravillosos. No podría agradecerse lo suficiente. Pero, desgraciadamente, tengo que tomar el vuelo de regreso a Estados Unidos, así que, si te parece, Roland, ¿podemos pasar a los negocios ahora? —Alcé las cejas y sonreí con timidez.

El Gran Falsificador sonrió ampliamente.

—Por supuesto, amigo mío. —Se volvió a su esposa—. ¿Por qué no comienzas a preparar la cena, querida?

¿La cena?, pensé, ¡por el amor de Dios!

Ella asintió con entusiasmo y se excusó, en cuyo momento Roland tendió la mano hacia la mesa de los postres y cogió otras dos fresas cubiertas de chocolate, la vigésimo primera y la vigésimo segunda, si la memoria no me falla.

Respiré hondo y dije:

—Dado que Patricia murió, Roland, mi principal preocupación es cómo sacar el dinero de las cuentas de la UPB. Y luego, después de eso, ¿qué nombre debo utilizar? Debo decirte que una de las cosas que me hacían sentir cómodo era poder usar el

nombre de Patricia. Confiaba en ella. Y la quería. ¿Quién hubiese creído que fallecería tan pronto? —Meneé la cabeza y lancé un hondo suspiro.

El Gran Falsificador se encogió de hombros y dijo:

—Por supuesto que la muerte de Patricia es triste, pero no tienes por qué preocuparte. El dinero fue transferido a otros dos bancos, en ninguno de los cuales fue vista Patricia Mellor. La documentación necesaria fue creada, y en cada papel figura la firma de Patricia o lo que, sin duda, pasaría por ésta. Todos los documentos tienen la fecha atrasada apropiada, anterior, por supuesto, a su defunción. Tu dinero está a salvo, amigo mío. Nada ha cambiado.

—¿Pero a nombre de quién está?

—De Patricia Mellor, por supuesto. ¿Qué mejor titular que un muerto? Nadie vio nunca a Patricia en ninguno de estos bancos, y el dinero está en las cuentas de tus corporaciones al portador, cuyos certificados obran en tu poder. —El Gran Falsificador se encogió de hombros, como diciendo «nada de esto es gran cosa en el mundo de las Grandes Falsificaciones». Añadió—: El único motivo por el que saqué el dinero del Union Banc es porque Saurel cayó en desgracia allí. Más vale prevenir que curar.

¡Gran Falsificador! ¡Gran Falsificador! Había colmado todas mis expectativas. Sí, el Gran Falsificador valía su considerable peso en oro, o casi. Aún más, se las había ingeniado para transformar la muerte en... ¡Vida! Y eso era lo que tía Patricia hubiese querido. Su nombre viviría para siempre en el sórdido submundo del sistema bancario suizo. En esencia, el Gran Falsificador la había inmortalizado. Al morir así, de manera tan repentina, no había podido despedirse. Pero yo estaba dispuesto a apostar que uno de sus últimos pensamientos fue una leve preocupación por el hecho de que su inesperado fin pudiera traerle problemas a su sobrino político preferido.

El Gran Falsificador cogió las fresas número veintitrés y veinticuatro y se puso a masticar. Dije:

—¿Sabes?, Roland, cuando conocí a Saurel me cayó bien, pero ahora tengo dudas. Está en permanente comunicación con

Kaminsky, y eso me hace sentir incómodo. Preferiría no hacer más negocios con el Union Banc, si te parece bien.

—Siempre actuaré según tus instrucciones —dijo el Gran Falsificador— y debo decirte que creo que, en este caso, tu decisión es la correcta. Pero, en cualquier caso, no tienes por qué preocuparte por Jean Jacques Saurel. A pesar de que es francés, vive en Suiza, y el gobierno de Estados Unidos no tiene poder sobre él. No te traicionaría.

—No me cabe duda de que no lo hará —respondí—. Pero no es un problema de confianza. No me gusta que la gente, en particular un tipo como Kaminsky, sepa de mis negocios. —Sonreí, procurando dar la impresión de que el tema no me preocupaba—. Por cierto, desde hace una semana que trato de hablar con Saurel, pero en su oficina me dicen que está en viaje de negocios.

El Gran Falsificador asintió.

—Sí, creo que está en Estados Unidos viendo unos clientes.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea. —Por algún motivo, la noticia me pareció perturbadora, aunque no hubiese podido decir por qué.

Roland dijo, sin particular énfasis:

—Sí, tiene muchos clientes allí. Conozco a uno que otro, pero no a la mayoría.

Asentí, haciendo a un lado mi aprensión, que, decidí, era pura paranoia sin causa. Quince minutos después me encontraba en la puerta de entrada, con una bolsa de exquisiteces suizas en la mano. El Gran Falsificador y yo intercambiamos un afectuoso abrazo.

Dije *Au revoir!* que, en francés, significa «hasta la vista».

Pero resultó que lo adecuado habría sido decir «adiós».

Finalmente, crucé la puerta de nuestra casa de playa de Westhampton la mañana del viernes, apenas pasadas las diez. Lo único que quería era ir a la planta alta, tener en brazos a Chandler un rato, hacerle el amor a la duquesa e irme a dormir. Pero nunca llegué a hacerlo. A menos de treinta segundos de mi llegada sonó el teléfono.

Era Gary Deluca.

—Lamento molestarte, de veras —dijo el Detallista—, pero estoy tratando de hablar contigo desde ayer. Creo que debes saber que Kaminsky fue arrestado ayer por la mañana. Está en una cárcel de Miami, detenido sin posibilidad de fianza.

—¿De veras? —respondí en tono negligente. Estaba en ese estado de extrema fatiga en el que uno no entiende de inmediato las implicaciones de lo que oye—. ¿Y de qué lo acusan?

—De lavado de dinero —dijo Deluca, inexpresivo—. ¿Te sueña el nombre de Jean Jacques Saurel?

Eso sí lo entendí. ¡Me despertó con una sacudida!

—Tal vez... creo que me lo presentaron cuando estuve en Suiza. ¿Por qué?

—Porque también él fue arrestado —dijo el Portador de Malas Noticias—. Está en la cárcel con Kaminsky. También él está detenido sin posibilidad de fianza.

Medidas desesperadas

Sentado en la cocina, leyendo la noticia, todo el asunto me parecía increíble. ¿Cuántos banqueros suizos existían? Debía haber al menos diez mil sólo en Ginebra, y yo había elegido justo al que era tan idiota como para hacerse arrestar en territorio estadounidense. ¿Cuántas posibilidades estadísticas había de que eso ocurriera? Lo más irónico era que lo habían arrestado por algo que no tenía absolutamente nada que ver conmigo. Se trataba de algo vinculado a lavado de dinero del narcotráfico a través de carreras *off shore*.

A todo esto, la duquesa no había tardado en darse cuenta de que algo andaba terriblemente mal, simplemente porque yo no había saltado sobre ella en el momento mismo en que entré en la casa. Es que, incluso sin haberlo intentado, yo sabía que no se me pondría dura. Me resistía a permitir que la palabra «impotente» entrara en mis pensamientos, porque tenía muchas connotaciones negativas si se la aplicaba a un verdadero hombre de poder, como yo me seguía considerando, por más que hubiese caído víctima de la temeridad de mi banquero suizo. Así que prefería considerarme un picha floja, término que me parecía mucho más aceptable que la terrible palabra que comienza con «I».

De cualquier modo, mi pene había decidido refugiarse en mi bajo vientre, encogiéndose hasta alcanzar el tamaño de la goma de borrar de un lápiz número dos. De modo que le dije a la duquesa que estaba enfermo y cansado por el vuelo.

Más tarde, fui al ropero de mi dormitorio y escogí mi atuendo carcelario. Cogí un par de jeans descoloridos, una sencilla camiseta gris de manga larga (por si hacía frío en el calabozo) y unas zapatillas Reebok viejas y gastadas, lo que reduciría el riesgo de que un negro de más de dos metros de alto llamado Bubba o Jamal me las quitara. En las películas siempre te quitaban las zapatillas antes de violarte.

El lunes por la mañana decidí no ir a la oficina. Me pareció más digno ser arrestado en el confort de mi propio hogar que en las lóbregas profundidades de Woodside, Queens. No, no les daría ocasión de que me arrestasen en Zapatos Steve Madden, lo que el Zapatero consideraría la oportunidad perfecta para joderme con las opciones sobre las acciones. Los maddenitas tendrían que enterarse, como el resto del mundo, a través de los titulares del *New York Times*. No les daría el gusto de ver cómo me llevaban esposado; le reservaba ese placer a la duquesa.

Entonces, ocurrió algo sumamente extraño; es decir, nada. No llegaron citaciones, no se produjo una visita sorpresa del agente Coleman, y no hubo un allanamiento de Stratton Oakmont. El miércoles por la tarde me encontré preguntándome qué mierda ocurría. Estaba escondido en Westhampton desde el viernes, con la excusa de que estaba enfermo, con un terrible ataque de diarrea, lo cual no dejaba de ser cierto. Pero comenzaba a parecer que me ocultaba sin motivo. ¡Tal vez no estuviese a punto de ser arrestado!

Llegado el jueves, el silencio se volvió tan abrumador que decidí arriesgarme a telefonear a Gregory O'Connell, el abogado que Bo me había recomendado. Parecía la persona ideal a quien recurrir en busca de información, dado que había sido él quien contactó con el distrito Este de la SEC y habló con Sean O'Sheah, seis meses atrás. Por supuesto, no podía contarle la verdad a Greg O'Connell. Al fin y al cabo era un abogado, y nunca se pue-

de confiar plenamente en abogados, en particular si son penalistas, pues la ley no permite que te representen si saben que realmente eres culpable.

Por supuesto que es un concepto absurdo, porque todo el mundo sabe que los abogados defensores se ganan la vida defendiendo a los culpables. Pero parte del juego consiste en un acuerdo tácito entre el delincuente y su abogado. Aquél le jura a éste que es inocente, y éste lo ayuda a dar forma a sus mentiras, convirtiéndolas en un alegato de defensa que procura minimizar los cabos sueltos del cuento chino.

De modo que cuando hablé con Greg O'Connell mentí descaradamente. Le expliqué que me veía implicado en un problema que nada tenía que ver conmigo. Le dije que la familia de mi esposa, en Inglaterra, compartía, por pura coincidencia, un banquero con unos corruptos organizadores de carreras *off shore*. Mientras le presentaba esta primera versión de mi relato —en la que la adorable tía Patricia seguía vivita y coleando, pues me parecía que ello reforzaba mi caso— a mi futuro abogado, comencé a vislumbrar un débil rayo de esperanza.

Mi historia es totalmente creíble, pensé. Hasta que Gregory O'Connell preguntó con cierto escepticismo:

—¿De dónde sacó una maestra jubilada de sesenta y cinco años los tres millones en efectivo para abrir la cuenta?

Mmm... un ligero fallo en mi cuento; probablemente, una mala señal, pensé. No me quedaba otro remedio que hacerme el tonto:

—¿Y cómo voy a saberlo? —pregunté en tono directo. Sí, había empleado la entonación justa. Cuando hacía falta, incluso entonces, bajo las circunstancias más difíciles, el lobo sabía mantener la calma—. Mira Greg, Patricia, que en paz descanse, siempre hablaba de que su ex esposo fue el primer piloto de pruebas del avión Harrier de despegue vertical. Apuesto a que la KGB habrá estado dispuesta a pagar una jodida fortuna a cambio de información técnica sobre ese proyecto. Quizá lo que ocurrió fue que los rusos le pagaron todo ese dinero. Según recuerdo, se trataba de una tecnología muy avanzada para la época. Ultrasecreta. —¡Por Dios! ¿En qué mierda me estaba metiendo?

—Bueno, haré algunas llamadas a ver de qué me entero —dijo mi amable abogado—. Sólo hay una cosa que me confunde, Jordan. ¿Podrías aclararme si la tía Patricia está viva o no? Porque acabas de decir «que en paz descanse», pero hace dos minutos me contaste que vive en Londres. Necesitaría saber cuál de las dos versiones es la verdadera.

Evidentemente, había metido la pata. En el futuro, tendría que ser más cuidadoso al referirme al estado vital de Patricia. Ahora no me quedaba más remedio que capear el temporal:

—Depende de cuál sea más útil en mi actual situación. ¿Qué me conviene más: viva o muerta?

—Sería bueno que pudiera presentarse y declarar que el dinero le pertenece o, de no ser así, que firme una declaración jurada en ese sentido. De modo que debo decir que lo mejor sería que estuviese viva.

—¡Entonces está de lo más viva! —repliqué, lleno de confianza. Pensaba en el Gran Falsificador y en su capacidad de crear todo tipo de bonitos documentos—. Pero le gusta la privacidad, de modo que tendrás que conformarte con una declaración jurada. Hace tiempo que vive recluida.

Se produjo un largo silencio. Al cabo de unos buenos diez segundos, mi abogado dijo:

—¡Bien, pues! Creo que ya tengo una idea bastante clara de cómo son las cosas. Te llamaré en unas horas.

Una hora después, Greg O'Connell llamó. Dijo:

—No ocurre nada nuevo con tu caso. De hecho, Sean O'Shea se va de la SEC en dos semanas para ingresar en las humildes filas de los abogados privados como yo, de modo que se mostró inusualmente comunicativo. Dijo que todo tu caso está impulsado por este tal Coleman. En la fiscalía federal no le interesa a nadie. Y en lo que respecta a ese banquero suizo, nada de lo que ocurre con él tiene relación con tu caso, al menos no por el momento. —Pasó un par de minutos explicándome que, por lo que parecía, estaba relativamente a salvo.

Tras colgar procuré olvidar lo de «relativamente» aferrándome a las palabras «a salvo» como un perro a un hueso. Sin embargo, para evaluar el alcance del problema aún debía ha-

blar con el Gran Falsificador. Si estaba, como Saurel, en una cárcel estadounidense, o si se encontraba en una cárcel suiza a la espera de ser extraditado a Estados Unidos, yo también estaba en graves problemas. Pero si no era así, si también él estaba a salvo y en condiciones de practicar el poco conocido arte de la gran falsificación, quizá las cosas terminaran por salir bien.

Llamé al Gran Falsificador desde un teléfono público de un restaurante Starr Boggs. Oí, conteniendo el aliento, la perturbadora historia de cómo la policía suiza había registrado su oficina, llevándose cajas llenas de documentación. Sí, Estados Unidos lo requería para interrogarlo, pero no, no había acusación oficial, no, al menos, que él supiera. Me aseguró que bajo ninguna circunstancia el gobierno suizo lo entregaría al estadounidense, aunque no podía salir de su país, porque, de hacerlo, correría el riesgo de ser detenido por la Interpol, pues era posible que se hubiese ejecutado un orden de búsqueda y captura internacional en su contra.

Finalmente, hablamos de las cuentas de Patricia Mellor. El Gran Falsificador dijo:

—Se llevaron algunos de esos documentos; pero no porque los buscaran especialmente, sino porque los cogieron junto con lo demás. Pero no temas, amigo, no tengo ningún documento que diga que ese dinero no le pertenece a Patricia Mellor. De todos modos, dado que ella ya no está con vida, te sugeriría que no uses esas cuentas hasta que todo esto pase.

—Por supuesto —respondí, aferrándome a las palabras «todo esto pase»—, pero lo que más me inquieta no es lo del acceso al dinero. Lo que me preocupa es que Saurel colabore con el gobierno de Estados Unidos y diga que las cuentas son mías. Eso me produciría graves problemas. Si existiese alguna documentación que demostrara de forma fidedigna que el dinero pertenecía a Patricia, la cosa sería muy distinta.

El Gran Falsificador respondió:

—Pero esa documentación ya existe, querido amigo. Si me das una lista de los documentos que te resultarían útiles y las fechas en que Patricia los firmó, los buscaré en mis archivos.

¡Gran Falsificador! ¡Gran Falsificador! Seguía de mi lado.

—Entiendo, Roland. Si necesito algo, te lo haré saber. Pero por el momento creo que lo más razonable es quedarse quieto y esperar que todo salga bien.

El Gran Falsificador dijo:

—Como de costumbre, estamos de acuerdo. Pero mientras dure esta investigación, deberías mantenerte lejos de Suiza. Recuerda siempre, amigo mío, que estoy contigo y que haré cuanto pueda por protegerte a ti y a tu familia.

Cuando corté la comunicación supe que ahora mi destino dependía de Saurel. Pero también sabía que debía seguir con mi vida. Tenía que respirar hondo y aguantar. Tenía que volver a trabajar, y a hacer el amor con la duquesa. Tenía que dejar de subirme por las paredes cada vez que el teléfono sonaba o que alguien llamaba a la puerta.

Y eso fue lo que hice. Me volví a sumir en la locura. Me recliné en la sede de Zapatos Steve Madden y desde allí seguí asesorando tras bambalinas a mis empresas. Hice cuanto pude por ser un marido fiel y un buen padre, a pesar de mi adicción a las drogas que, con el correr de los meses, continuaba creciendo.

Como de costumbre, racionalicé las cosas, recordándome que era joven y rico, que tenía una esposa hermosa y una hija perfecta. Todos querían una vida como la mía, ¿verdad? ¿Qué mejor que *Vidas de los ricos desequilibrados*?

En cualquier caso, cuando llegó la segunda mitad de octubre y aún no se producían repercusiones por el arresto de Saurel, exhalé un suspiro de alivio. Evidentemente, había decidido no colaborar. El lobo de Wall Street había esquivado una bala más. Chandler dio sus primeros pasos y ahora andaba al estilo Frankenstein, con los brazos tendidos hacia delante, las rodillas juntas y rígidas pisadas. Y claro, la bebé genio hablaba sin parar. De hecho, para su primer cumpleaños ya pronunciaba frases enteras, lo cual, para su edad, era un logro asombroso. No me cabía duda de que iba camino al premio Nobel o, como mínimo, a una medalla Fields en matemáticas avanzadas.

A todo esto, Zapatos Steve Madden y Stratton Oakmont recorrían caminos cada vez más distintos. Zapatos Steve Madden crecía a pasos agigantados, mientras Stratton Oakmont se de-

rrumbaba, víctima de estrategias operativas equivocadas y de una nueva oleada de presiones normativas. Danny era responsable de ambas cosas. La última había ocurrido en respuesta a su negativa a cumplir con los términos de uno de los puntos de mi arreglo con la SEC. Se trataba del que exigía que Stratton contratara un auditor independiente, elegido por la SEC, para que revisase las prácticas operativas de la empresa y, sobre esa base, formulara recomendaciones. Una fue que Stratton Oakmont instalase un sistema de grabaciones telefónicas para registrar las conversaciones de los corredores con sus clientes. Danny se negó a hacerlo y la SEC recurrió a un tribunal federal, que le ordenó a Stratton que instalara el sistema.

Danny terminó por capitular, pues, de no hacerlo, hubiese sido detenido por desacato. Pero ahora había una inhabilitación pendiente contra Stratton, lo que significaba que los cincuenta estados del país podían revocar la licencia a la empresa, lo cual, fueron haciendo gradualmente. Era duro admitir que, después de todo lo que Stratton había hecho, su fin se debiera a negarse a instalar un sistema de grabación que, a fin de cuentas, no cambió las cosas en lo más mínimo. En pocos días los strattonitas dieron con la forma de sortearlo, diciendo sólo cosas que se ceñían a las normas por los teléfonos de la empresa y recurriendo a sus móviles para todo lo dudoso. Pero la advertencia era clara: los días de Stratton estaban contados.

Los propietarios de Biltmore y de Monroe Parker expresaron sus deseos de trabajar de forma independiente y de no hacer ningún tipo de negocios con Stratton. Claro que lo hicieron con el mayor de los respetos, y cada uno de ellos se ofreció a pagarme un tributo de un millón por cada nueva emisión pública que lanzaran. Ello equivalía a unos doce millones al año, de modo que acepté de buena gana. También, como parte de mi acuerdo de no competencia, recibía un millón al mes de Stratton, además de los cuatro o cinco que me producían los grandes bloques de acciones internas (según la norma 144) de las empresas que Stratton ofrecía en Bolsa cada tantos meses.

Aun así, todo eso me parecía una gota en el océano en comparación con lo que podía ganar con Zapatos Steve Madden, que

parecía ir rumbo a las estrellas en cohete. Me recordaba los primeros tiempos de Stratton, esos días embriagadores, gloriosos, al final de la década de 1980 y el comienzo de la de 1990, cuando la primera oleada de strattonitas se sentó ante sus teléfonos y la locura aún no se había apoderado de mi vida. Así que Stratton Oakmont era mi pasado y Zapatos Steve Madden mi futuro.

En ese momento estaba sentado frente a Steve, quien se reclinaba en su silla, procurando quedar fuera del alcance de los salivazos del Escupidor. Cada tanto, Steve me echaba una mirada que decía: «¡Este Escupidor es implacable con lo de querer hacer más botas justo cuando la temporada está por terminar!».

El Detallista también estaba allí, y aprovechaba cada ocasión para sepultarnos en detalles. Pero, en ese momento, quien ocupaba el centro de la escena era el Escupidor.

—¿Qué tiene de tan jodidamente difícil que mandemos fabricar más botas? —dijo el Escupidor. Como el debate de esa mañana se centraba en torno a una palabra que comienza con «b», escupía como nunca. De hecho, vi que cada vez que el Escupidor decía «botas», el Zapatero se encogía. Ahora, aquél dirigió su furia contra mí—. Mira, JB, estas botas... ¡Oh, por Dios!, tienes tanta demanda que no hay forma de que nos vaya mal. Tienes que creerme. Te lo estoy diciendo: ni un solo par irá a liquidación.

Meneé la cabeza para expresar mi desacuerdo.

—Basta de botas, John. Terminamos con las putas botas. Y eso no tiene nada que ver con que las pongan en oferta o no. Se trata de que administremos nuestros negocios con algo de disciplina. Estamos tomando dieciocho rumbos al mismo tiempo, y lo que debemos hacer es ceñirnos a nuestro plan de negocio. Vamos a abrir tres tiendas nuevas, además de las docenas que se instalarán en las grandes cadenas, y estamos por embarcarnos en el negocio de los productos sin marca. El efectivo del que disponemos es limitado. En este momento debemos mantenernos pequeños y flexibles. No podemos correr riesgos cuando la temporada está tan avanzada, en particular cuando se trata de una jodida bota manufacturada con imitación de piel de leopardo.

El Detallista consideró que esto le daba la ocasión de abrumarnos con unos detalles más.

—Estoy de acuerdo contigo, y exactamente ése es el motivo por el cual tendría mucho sentido trasladar nuestro departamento de expedición a Flor...

El Escupidor lo interrumpió recurriendo a una palabra que tenía dos «p», su segunda consonante más letal.

—¡Vaya propuesta! —escupió el Escupidor—. ¡Toda la idea es un jodido disparate! No tengo tiempo para esa mierda. ¡Tengo que ir a fabricar unos putos zapatos o nos tendremos que retirar de este puto negocio! —Con estas palabras, el Escupidor se marchó dando un portazo.

En ese momento, el teléfono sonó:

—Todd Garret en línea uno.

Con expresión de hastío, miré a Steve antes de decir:

—Dile que estoy en una reunión, Janet. Yo lo llamo.

Janet, la insolente:

—Ya se lo he dicho, pero dice que es urgente. Necesita hablar contigo ahora mismo.

Meneé la cabeza, hartado, y lancé un gran suspiro. ¿Qué podía tener Todd Garret de tan importante para decirme? ¡A no ser, claro, que hubiese echado mano a unos auténticos quaaluds! Cogí el auricular y dije en tono amistoso, aunque ligeramente impaciente:

—Eh, Todd, ¿cómo vas, compañero?

—Bueno —dijo Todd—. Detesto ser portador de malas noticias, pero se acaba de ir de casa un tal agente Coleman, que me dice que Carolyn está a punto de ser detenida.

Sintiendo que el corazón me daba un vuelco:

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Sentí que el mundo se derrumbaba sobre mí cuando Todd dijo:

—¿Sabías que tu banquero suizo está preso y que está declarando contra ti?

Apretando las nalgas con todas mis fuerzas, le dije:

—Estaré ahí en una hora.

Como su propietario, el apartamento de dos habitaciones de Todd tenía un aspecto amenazador. Todo el lugar era negro, de arriba abajo. No había ni una gota de color en ninguna parte. Estábamos en la sala de estar, totalmente desprovista de vida vegetal. Lo único que se veía era cuero negro y cromo.

Todd estaba sentado frente a mí, mientras Carolyn daba zancadas sobre la negra alfombra, en equilibrio sobre unos tacos muy altos. Todd me dijo:

—No hace falta decir que ni Carolyn ni yo declararemos nunca contra ti, de modo que no te preocupes por eso. —Miró a la Bomba Suiza, que no paraba de dar vueltas. Al parecer, Todd lo encontró irritante—. ¿Puedes quedarte quieta de una puta vez? —ladró—. Me estás volviendo loco. Te voy a dar un golpe si no te sientas.

—Oh, vete a la mierda, Todd —graznó la Bomba—. Esto no ser cosa de risa. Tengo dos niños, por si olvidaste. Todo es por tu estúpida costumbre de ir armado.

Incluso entonces, en el día de mi ruina, estos dos dementes estaban empeñados en matarse el uno al otro.

—¿Podrías parar, por favor? —dije con una sonrisa forzada—. No veo qué tiene que ver la causa por el revólver de Todd con el proceso a Saurel.

—No le hagas caso —murmuró Todd—. Es una jodida idiota. Lo que quiere decir es que Coleman se enteró de lo que ocurrió en el centro comercial y le dijo al fiscal del distrito de Queens que no negocie nada conmigo. Hace unos meses habíamos quedado en que me darían la libertad condicional, pero ahora me dicen que me caerán tres años si no colaboro con el FBI. En lo personal, me importa un carajo. Si tengo que ir a la cárcel, lo haré. El problema es que la idiota de mi mujer decidió entablar amistad con el banquero suizo en lugar de entregarle el dinero sin decir palabra, como debía. Pero no, no pudo resistirse a la tentación de almorzar con esa basura e intercambiar números de teléfono. Por cuanto sé, probablemente también se lo folló.

—¿Sabes? —dijo la Bomba desde lo alto de sus zapatos de charol blanco de tacón alto y con expresión más bien culpable—,

tienes la cara muy dura. ¿Quién eres para arrojarme la primera piedra? ¿Crees que no sé lo que ocurrió con esa bailarina de Río? —Con esas palabras, la Bomba Suiza me miro a los ojos y dijo—: ¿Puedes creer que está celoso? ¿Le dices, por favor, que Jean Jacques no es como él cree? Es un banquero viejo, no un donjuán. ¿Verdad, Jordan? —Me clavó sus ardientes ojos azules, apretando las mandíbulas.

¿Banquero viejo? ¿Jean Jacques? ¿La Bomba Suiza se había trincado a mi banquero suizo? ¡Increíble! ¡Si hubiese entregado el dinero y nada más, como debía, Saurel ni sabría quién era! Pero no pudo mantener la boca cerrada y, en consecuencia, Coleman estaba conectando todos los puntos, deduciendo que el arresto de Todd en el centro comercial Bay Terrace no había tenido nada que ver con un negocio de drogas, sino con el contrabando de millones a Suiza.

—Bueno —dije en tono inocente—, no diría que Saurel es un viejo, pero tampoco me parece la clase de hombre que podría tener algo que ver con la mujer de otro. Es un hombre casado y no me dio la impresión de que tenga esas inclinaciones.

Al parecer, ambos tomaron mi afirmación como una victoria propia. Carolyn barbotó.

—Ves, desgraciado, él no es así...

Pero Todd la cortó en seco.

—¿Entonces por qué dices que es un viejo, mentirosa de mierda? ¿Por qué ibas a mentir si no tienes nada que ocultar, eh? Mira, voy a...

Mientras Todd y Carolyn se ponían a sacarse los ojos, dejé de prestar atención y me pregunté si habría modo de salir de ese embrollo. Era hora de tomar medidas desesperadas; era hora de llamar a mi contable, Dennis Gaito, alias el Chef. Le ofrecería la más humilde de las disculpas por haber hecho todo eso a sus espaldas. No, nunca le había dicho al Chef que tuviese cuentas en Suiza. Ahora, no me quedaba otra opción que sincerarme y pedirle consejo.

—¿... y de dónde sacaremos dinero ahora? —preguntó la Bomba Suiza—. Ese Coleman no te quitará los ojos de encima de ahora en adelante, así que no puedes vender más drogas. ¡Se-

guro que ahora pasaremos hambre! —Con esas palabras, la Bomba Suiza, con su reloj Patek Philippe de cuarenta mil dólares, su collar de rubíes y diamantes de veinticinco mil, su atuendo de cinco mil, y al borde de la muerte por inanición, se dejó caer en un sillón tapizado en cuero negro. A continuación sepultó el rostro entre las manos y comenzó a menear la cabeza.

Tenía su gracia que, a fin de cuentas, la Bomba Suiza, con su mal inglés y sus enormes tetas, fuese quien destilara la situación a su esencia misma: todo se reducía a que yo comprara su silencio y el de su marido. Yo no tenía ningún problema con ello; de hecho, tenía la leve sospecha de que ellos tampoco. Al fin y al cabo, era como si tuviesen un par de billetes de primera para la gran vida, que les duraría unos cuantos años. Si en algún momento las cosas se les ponían difíciles, siempre podían pedir visados de salida en la oficina de Nueva York del FBI, donde el agente Coleman los estaría esperando con los brazos abiertos y una gran sonrisa.

Esa misma noche estaba en mi sótano de Brookville, Long Island, sentado en el sofacama junto al Chef. Jugábamos a un juego poco conocido que se llama «¡A que no puedes con esta mentira!». Las reglas son simples: el participante que cuenta la mentira procura que su historia sea lo más hermética posible, mientras el contrincante busca encontrar sus puntos débiles. La manera de ganar es inventando un cuento que cuadre tan bien que al contendiente le sea imposible encontrar puntos débiles. Y como tanto el Chef como yo éramos verdaderos maestros de la mentira en estado puro, era evidente que si conseguíamos engañarnos el uno al otro también podríamos hacerlo con el agente Coleman.

El Chef era apuesto, de rasgos marcados. Apenas pasaba de los cincuenta años y se dedicaba a tergiversar las cuentas desde la escuela secundaria. Yo lo consideraba una suerte de estadista maduro, la lúcida voz de la razón. Con su sonrisa contagiosa y su millón de vatios de carisma social, el Chef era todo un hombre. Era un hombre que vivía para los campos de golf de primera ca-

tegoría, los puros habanos, los buenos vinos y la conversación inteligente, en particular la que versaba sobre cómo joder a las autoridades impositivas y financieras, lo cual, al parecer, era la principal misión de su vida.

Esa tarde me había sincerado por completo, desnudándole mi alma y ofreciendo profusas disculpas por todo lo hecho a sus espaldas. Incluso entonces seguí mintiendo, explicándole que no lo había informado de mis negocios en Suiza porque no quería hacerlo correr riesgos. Afortunadamente, no hizo ningún esfuerzo por exponer los puntos débiles de mi relato, sino que se limitó a encogerse de hombros con una amistosa sonrisa.

A medida que le iba contando mis infortunios me sentía cada vez más abatido. Pero el Chef se mantenía impassible. Cuando finalicé, se encogió de hombros con aire indiferente y dijo:

—Bueno, he oído cosas peores.

—¿De veras? —repuse—. ¿Y cómo mierda es posible tal cosa?

El Chef agitó una mano como al desgairé y dijo:

—He estado en situaciones más apuradas que ésta.

Sentí un gran alivio ante sus palabras, por más que estaba seguro de que sólo las había dicho para tranquilizarme. Estábamos jugando, y ya íbamos por la tercera ronda de puras mentiras. Por el momento no había un ganador claro. A cada ronda nuestras historias se volvían mejores, más herméticas, más difíciles de desmentir. Nos quedaban por resolver dos puntos fundamentales: primero, ¿cómo se hizo Patricia con los tres millones iniciales con que abrió la cuenta? Segundo, si el dinero era de Patricia, ¿por qué nadie había contactado con sus herederos? Había dejado dos hijas, ambas de treinta y tantos años. De no aparecer un testamento que indicara lo contrario, eran las herederas legítimas.

El Chef dijo:

—Creo que el verdadero problema es la infracción a la ley que pena el sacar divisas no declaradas del país. Partamos de la suposición de que ese Saurel haya contado todo. De ser así, los federales supondrán que el dinero fue llegando a Suiza en distintas fechas. Lo que necesitas es algún documento que demues-

tre que ello no ocurrió, que le diste todo el dinero a Patricia en Estados Unidos. Necesitamos una declaración jurada de alguien que haya sido testigo presencial de que le entregaste el dinero a Patricia aquí. Si el gobierno lo pone en cuestión, bastará con mostrarles el papel y decir: «¡Aquí tienes, compañerito! ¡Nosotros también tenemos nuestros testigos presenciales!».

Añadió:

—Pero no me gusta esto del testamento. Huele mal. Es una pena que Patricia no esté viva. Lo mejor sería que la pudiésemos llevar a Nueva York para que dijera unas pocas cosas a los federales, ya sabes, bla, bla, bla. Así se resolvería todo.

Me encogí de hombros.

—Bueno, no puedo resucitar a Patricia, pero apuesto a que sí puedo hacer que la madre de Nadine firme una declaración jurada donde diga que fue testigo de que le di el dinero a su hermana en Estados Unidos. Suzanne odia al gobierno y me comporté muy bien con ella durante los pasados cuatro años. En realidad no tiene nada que perder, ¿verdad?

El Chef asintió:

—Bueno, si acepta hacerlo, sería fantástico.

—Lo hará —dije con confianza, preguntándome qué temperatura tendría el agua que la duquesa me arrojaría por la cabeza esa noche—. Hablaré con Suzanne. Pero antes, la duquesa debe aprobarlo. Pero aun en el supuesto de que obtenga la declaración jurada, queda por resolver lo del testamento. Eso de que no les haya dejado nada a sus hijas suena un poco raro... —De pronto, una idea fabulosa brotó en mi cerebro—. ¿Y si contactamos con las hijas y las hacemos participar? ¿Si van a Suiza a reclamar el dinero? ¡Para ellas sería como ganar la lotería! Podría hacer que Roland haga un testamento nuevo, donde diga que todo el dinero que le di a Patricia revierte a mí, pero que los intereses son para sus hijas. Si ellas declaran el dinero ante las autoridades británicas, ¿cómo hará el gobierno estadounidense para alegar que el dinero era mío?

—Ajá —dijo el Chef, con una sonrisa—, ¡eso sí me gusta! De hecho, acabas de ganar la partida. Creo que si conseguimos darle forma a esto, estás salvado. Tengo una firma asociada en Lon-

dres que puede ocuparse de la presentación ante la autoridad impositiva inglesa. De ese modo controlaremos todas las etapas del asunto. Tú recuperas tu inversión original, las hijas de Patricia se hacen con cinco millones de un día para otro y todos seguimos con nuestras vidas.

Sonreí y dije:

—Este Coleman enloquecerá cuando se entere de que las hijas de Patricia fueron a reclamar el dinero. Apuesto a que ya se estaba relamiendo.

—Ya lo creo —dijo el Chef.

Quince minutos después me reuní con la inminentemente furiosa duquesa en el dormitorio principal. Estaba sentada a su escritorio, hojeando un folleto y, a juzgar por su expresión, no se trataba de un catálogo de prendas de vestir. Lucía absolutamente arrebatadora. Tenía el cabello perfectamente cepillado y estaba enfundada en un diminuto camisón de seda blanca, tan fino que parecía como hecho de niebla. Calzaba un par de zapatos blancos abiertos, de tacón en punta y sensual tobillera. Era todo su atuendo. Había bajado las luces y una docena de velas encendidas difundían un cálido fulgor anaranjado.

En cuanto me vio se precipitó a cubrirme de besos.

—¡Qué hermosa estás! —dije tras unos buenos treinta segundos de besos y arrumacos—. Siempre estás preciosa, pero hoy más que nunca. Las palabras no alcanzan.

—Bueno, ¡gracias! —dijo la deliciosa duquesa en tono juguetón—. Me alegro de que ésa sea tu opinión, porque acabo de tomarme la temperatura y estoy ovulando. ¡Espero que estés preparado, porque esta noche te voy a dar mucho que hacer, amigo!

Mmm... La situación tenía dos aspectos. Por un lado, ¿cuánto puede enfadarse con su marido una mujer que está ovulando? Quiero decir que la duquesa quería otro niño, así que tal vez estuviese dispuesta a no dar importancia a las malas noticias en aras de la procreación. Pero, por otro, existía la posibilidad de que se encolerizara tanto que se pusiera la bata y comenzara a

tortazos. Y lo cierto era que todos los besos que me acababa de dar habían hecho que un tsunami de sangre afluyera a mi entrepierna.

Caí de rodillas y me puse a olisquearle los muslos como un pomerano en celo. Dije:

—Tengo que hablarte de algo.

Rió.

—Vamos a la cama y hablemos allí.

Me tomé un instante para procesar sus palabras. La cama parecía ofrecer ciertas garantías de seguridad. Lo cierto era que la duquesa no era más fuerte que yo; sí era experta en el uso del desequilibrio, y la cama minimizaría sus posibilidades de recurrir a él.

Una vez en el lecho maniobré para quedar sobre ella y, enlazando las manos tras su cuello, la besé profundamente, inhalando hasta su última molécula. En ese momento, la amaba hasta lo imposible.

Me pasó las manos por el cabello, alisándomelo con suaves caricias. Dijo:

—¿Qué ocurre, amor? ¿Por qué ha venido Dennis?

¿Se lo digo o no?, me pregunté, contemplando sus piernas. Entonces se me ocurrió: ¿por qué decirle nada? ¡Sí! ¡Sobornaría a su madre! ¡Qué idea genial! ¡El lobo ataca de nuevo! Suzanne necesitaba un coche nuevo, así que la llevaría a comprarlo al día siguiente, momento en que le propondría lo de la declaración jurada mientras hablásemos de temas intrascendentes: Eh, Suzanne, qué bien luces en tu nuevo descapotable y, por cierto, ¿podrías firmar aquí, al pie, donde dice *firma*?... Oh, ¿qué significa *bajo pena de perjurio*? Bueno, nada, no es más que jerga legal, así que ni pierdas tiempo en leerlo. Sólo firma, y, si te procesan, lo discutiremos cuando llegue el momento. Luego, la haría prometer que guardaría el secreto y rezaría por que no le contara nada a la duquesa.

Sonreí a la deleitosa duquesa y dije:

—Nada importante. Dennis se va encargar de la auditoría de Zapatos Steve Madden, así que estuvimos repasando algunos números. Pero bueno, lo que te quiero decir es que quiero este

bebé tanto como tú. Eres la mejor madre del mundo, Nadine, además de la mejor esposa. Soy afortunado por tenerte.

—Oh, qué dulce eres —dijo la duquesa con voz almibarada—. Yo también te amo. Hazme el amor ahora mismo, cariño.

Y así lo hice.

LIBRO IV

Nuevas llegadas

15 de agosto de 1995
(Nueve meses después)

— ¡Pequeño hijo de puta! —gritó la duquesa, despatarrada sobre una mesa de partos del Hospital Judío de Long Island—. ¡Tú me hiciste esto, y ahora estás drogado durante el nacimiento de nuestro hijo! ¡En cuanto me levante de esta mesa te arrancaré los pulmones!

Eran las diez de la mañana, ¿o serían las once? Ya no había manera de saberlo.

Acababa de desmayarme en medio de una contracción de la duquesa, y mi cara estaba apoyada sobre la mesa de partos. Aún estaba en pie, aunque doblado en un ángulo de noventa grados y con la cabeza frente a las hinchadas piernas de mi mujer, apoyadas en estribos.

Sentí que alguien me sacudía.

—¿Está usted bien? —dijo la voz del doctor Bruno, a una distancia de un millón de kilómetros.

¡Caramba! Realmente me hubiese gustado responderle, pero estaba tan, tan cansado... Los qualuuds me habían ganado la partida esa mañana, aunque debe decirse que no me faltaban motivos para estar drogado. Al fin y al cabo, lo de dar a luz es un asunto de mucha tensión, tanto para la mujer como para su ma-

rido, y además, supongo que hay cosas que las mujeres manejan mejor que los hombres.

Habían transcurrido tres trimestres desde la sesión iluminada por las velas. *Vidas de los ricos desequilibrados* siguió con su ritmo habitual. Suzanne no traicionó mi confianza y las hijas de tía Patricia fueron a Suiza a reclamar su herencia. Al agente Coleman, supuse, eso no le debía de haber causado mucha gracia. Lo último que se supo de él fue que hizo una inesperada visita matinal a casa de Carrie Chodosh, a quien amenazó con la cárcel y con la pérdida de la custodia de su hijo si no colaboraba. Pero yo sabía que no eran más que las palabras de un hombre desesperado. Carrie, por supuesto, se mantuvo leal, y le dijo al agente Coleman que se fuera a la mierda.

Al comenzar el segundo trimestre, la caída de Stratton se aceleró. Ya no podía pagarme un millón al mes. Pero lo esperaba, de modo que me lo tomé con calma. Por otra parte, aún tenía a Biltmore y a Monroe Parker, y ellos me pagaban un millón por negocio. Y Zapatos Steve Madden también amortiguaba el impacto. Steve y yo apenas si lográbamos cumplir con los pedidos de las grandes tiendas, y el programa esbozado por Elliot funcionaba de maravilla. En ese momento teníamos cinco tiendas propias e intención de abrir otras tantas a lo largo de los próximos doce meses. También comenzábamos a dar franquicias, inicialmente para cinturones y bolsos, aunque ahora también con la indumentaria deportiva. Y, aún más importante, Steve iba aprendiendo a delegar e íbamos bien encaminados en la constitución de un equipo administrativo de primera. Unos seis meses atrás, Gary Deluca, el Detallista, nos había convencido de trasladar nuestro almacén al sur de Florida, lo que resultó ser una excelente idea. John Basile, alias el Escupidor, estaba tan atareado procurando cumplir con los crecientes pedidos de las grandes tiendas que sus diluvios de saliva eran cada vez menos frecuentes.

Entretanto, el Zapatero estaba ganando dinero contante y sonante a cuatro manos, pero no con la empresa. Lo obtenía del juego de las ratoneras, mientras reservaba para el futuro lo producido por Zapatos Steve Madden. Pero eso no me representaba

un problema. Al fin y al cabo, Steve y yo habíamos entablado la más estrecha de las amistades y pasábamos juntos casi todo nuestro tiempo libre. Elliot, por su parte, había recaído en su adicción a las drogas y se hundía cada vez más en las deudas y la depresión.

Al comienzo del último trimestre me operaré de la espalda, pero la intervención no sólo no tuvo éxito, sino que empeoró mi estado. Aunque quizá me lo mereciera porque, contra el consejo del doctor Green, decidí recurrir a un médico local de reputación dudosa para que llevara a cabo una operación mínimamente invasiva llamada extracción percutánea de disco. El dolor que me bajaba por la pierna izquierda era devastador e incesante. Mi único solaz, por supuesto, eran los qualuuds, como no me cansaba de señalarle a la duquesa, quien se mostraba cada vez más irritada ante mi constante babeo y mis frecuentes episodios de fuga.

Aun así, la duquesa había asumido el papel de esposa cómplice con tanta convicción que tampoco ella diferenciaba ya el bien del mal. Todo el dinero, sirvientes, mansiones, el yate, la amabilidad de todos en cada centro comercial, restaurante o cualquier otro lugar al que fuésemos hacían fácil fingir que todo estaba en orden.

En ese momento, una terrible sensación de ardor llegó a mis narices.

Mi cabeza se levantó como impulsada por un resorte y me encontré ante la gigantesca vagina parturienta de la duquesa, que parecía mirarme con desdén.

—¿Está usted bien? —me preguntó el doctor Bruno.

Respiré hondo y dije:

—Sí, uy ien, otor Runo. Sólo que me maeé u poco po la sagre. Me oy a echar un oco de aua a la cara. —Me excusé y corrí al baño, donde aspiré dos rayas de coca antes de regresar a la sala de partos, sintiéndome un hombre nuevo—. Muy bien —dije, sin que se me trabara la lengua—. ¡Fuerza, Nadine! ¡No te des por vencida!

—Me ocuparé de ti más tarde —ladró.

Entonces se puso a empujar y después gritó, y empujó un

poco más, y rechinó los dientes y de pronto, como por arte de magia, su vagina se abrió, alcanzando el tamaño de un Volkswagen y, ¡pop!, asomó la cabeza de mi hijo, cubierta de una delgada capa de cabello negro. Entonces salió un torrente de agua y, a continuación, un hombre diminuto. El doctor Bruno tomó el torso de mi hijo, le dio un suave movimiento giratorio y, con toda facilidad, lo sacó.

Oí:

—¡Uaaaaaaaaa...!

—Diez dedos en las manos, diez en los pies —dijo un feliz doctor Bruno depositando el bebé sobre el gordo vientre de la duquesa—. ¿Han elegido el nombre?

—Sí —dijo la gorda y radiante duquesa—. Carter. Carter James Belfort.

—Bonito nombre —opinó el doctor Bruno.

A pesar del pequeño inconveniente que sufrí, el doctor Bruno tuvo la bondad de permitirme cortar el cordón umbilical y lo hice bien. Como ahora me había ganado su confianza, dijo:

—Muy bien, es hora de que papá tenga a su hijo mientras yo termino con mamá. —Y con esas palabras me entregó a mi hijo.

Sentí que las lágrimas acudían a mis ojos. Tenía un hijo. ¡Un niño! ¡Un lobito de Wall Street! Chandler había sido un bebé precioso, y ahora yo contemplaría por primera vez el precioso rostro de mi hijo. Bajé la mirada y ¿qué demonios era eso? ¡Era horrible! Era diminuto y arrugado y tenía los párpados adheridos. Parecía un pollo desnutrido.

La duquesa debió de notar mi expresión, pues dijo:

—No te preocupes, cariño. La mayoría de los recién nacidos no lucen como Chandler. Sólo es un poco prematuro. Será tan apuesto como su padre.

—Bueno, esperemos que salga a la madre —repliqué, y lo decía muy en serio—. Pero no me importa su aspecto. Ya lo quiero tanto que me daría igual si su nariz fuese del tamaño de una banana. —Y mirando el rostro perfecto y arrugado de mi hijo me di cuenta de que Dios debía existir, porque era imposible que eso fuera un accidente. Que esa criaturilla perfecta fuese el fruto de un acto de amor era un milagro.

Me quedé mirándolo durante lo que me pareció un tiempo muy largo. Entonces, el doctor Bruno dijo:

—¡Oh, Dios! ¡La paciente está sufriendo una hemorragia! ¡Preparen el quirófano, ya! ¡Y traigan un anestésista! —La enfermera salió a escape.

El doctor Bruno recuperó la compostura y dijo en tono calmo:

—Bien, Nadine. Hay una leve complicación. Tienes una acreción de placenta. Lo que eso significa, querida, es que tu placenta se implantó a demasiada profundidad en la pared uterina. Si no la podemos extraer manualmente, podrías perder mucha sangre. Haré cuanto pueda por sacarla limpiamente —se detuvo, como si buscara las palabras—, pero si no lo logro, no me quedará otra opción que realizar una histerectomía.

Y sin darme tiempo ni de decirle a mi esposa que la amaba, dos enfermeros entraron a la carrera, tomaron la camilla y la sacaron del recinto. El doctor Bruno los siguió. Cuando llegó a la puerta, se volvió y me dijo:

—Haré cuanto pueda por salvar su útero. —Se marchó, dejándome a solas con Carter.

Miré a mi hijo y me eché a llorar. ¿Qué ocurriría si perdía a la duquesa? ¿Cómo iba a criar dos hijos sin ella? Lo era todo para mí. La locura que era mi vida dependía de que ella hiciera lo correcto. Respiré hondo y procuré calmarme. Tenía que ser fuerte por mi hijo, por Carter James Belfort. Sin siquiera darme cuenta de lo que hacía, me encontré meciéndolo, elevando una silenciosa plegaria al Todopoderoso, pidiéndole que se apiadase de la duquesa, y que ella volviese a mí, y entera.

Diez minutos después el doctor Bruno entró en la habitación. Con una gran sonrisa me dijo:

—Sacamos la placenta. No va a creer cómo lo logramos.

—¿Cómo? —dije, sonriendo de oreja a oreja.

—Llamamos a uno de nuestros residentes, una muchacha india diminuta, que tiene las manos más esbeltas que pueda imaginarse. Logró llegar al interior de la matriz de su esposa y sacó la placenta de forma manual. Fue un milagro, Jordan. La acreción de placenta es muy rara, y muy peligrosa. Pero ahora

está todo bien. Tiene usted una mujer perfectamente saludable y un hijo perfectamente saludable.

Tales fueron las famosas últimas palabras del doctor Bruno, Rey de la Brujería.

Las alegrías de la paternidad

A la mañana siguiente, Chandler y yo nos encontrábamos solos en el dormitorio principal, enzarzados en un acalorado debate. Yo era quien más hablaba. Ella estaba sentada en el suelo, jugando con unos cubos de madera multicolores. Procuraba convencerla de que el recién llegado a la familia sería bueno para ella, que las cosas serían aun mejores que antes.

Le sonreí a la niña genio y dije:

—Escucha, muñeca, es tan bonito y tan pequeño que te enamorarás de él en cuanto lo veas. Y piensa qué divertido será cuando crezca un poco. ¡Le podrás dar órdenes todo el día! ¡Será maravilloso!

Channy alzó la vista de su proyecto de construcción y, clavándome esos grandes ojos azules heredados de su madre, me obligó a bajar los míos.

—No, mejor déjalo en el hospital. —Y regresó a sus cubos.

Me senté junto a mi hija genio y le di un suave beso en la mejilla. Olía a limpio y a fresco, como deben oler las niñas. Ahora tenía poco más de dos años y su cabello, fino como barba de maíz, era de un glorioso color castaño. Le llegaba hasta debajo

de los omóplatos y terminaba en unos diminutos bucles. Sólo verla me conmovía de una manera increíble.

—Mira, muñeca, no podemos dejarlo en el hospital; es parte de la familia ahora. Carter es tu hermanito menor y tú y él seréis los mejores amigos.

Encogiéndose de hombros:

—No, creo que no.

—Bueno, ahora debo ir al hospital a buscar a él y a mamá. Así que vendrá de todas maneras, muñeca. Sólo recuerda que mamá y yo te seguimos queriendo como siempre. Hay suficiente amor para todos.

—Ya lo sé —respondió sin énfasis, siempre concentrada en su proyecto de construcción—. Puedes traerlo. Está bien.

Impresionante, pensé. Había aprobado con toda sencillez al nuevo integrante de la familia.

No fui directamente al hospital, pues debía hacer un breve alto en el camino. Se trataba de una improvisada reunión de negocios en un restaurante llamado Millie's Place, en el exclusivo suburbio de Great Neck, a unos cinco minutos en coche del Hospital Judío de Long Island. Tenía intención de despachar el encuentro a la mayor brevedad posible para luego recoger a Carter y a la duquesa y llevarlos a Westhampton. Llegaba unos minutos tarde y, cuando la limo estacionó, pude ver la resplandeciente dentadura de Danny por el escaparate del restaurante. Estaba sentado frente a una mesa circular, acompañado del Chef, Chozza y un abogado corrupto llamado Hartley Bernstein, que me caía muy bien. A Hartley le decían la Rata, pues era idéntico al roedor. De hecho, podría haber sido el escogido para representar en la pantalla el papel del personaje BB Eyes de la tira cómica *Dick Tracy*.

Aunque Millie's Place no trabajaba a la hora del desayuno, su propietaria, Millie, había aceptado abrirlo para nosotros. Era lo apropiado, dado que Millie's Place era el lugar donde los strattonitas iban a festejar el lanzamiento de nuevas emisiones bebiendo, comiendo, follando, mamando, tomando, aspirando; en fin, llevando a cabo todas las actividades que los caracterizaban. Y todo a cargo de la empresa, que eventualmente recibía

una cuenta que oscilaba entre los veinticinco mil y los cien mil dólares, según los daños causados.

Al aproximarme a la mesa vi a un quinto comensal: Jordan Shamah, el recién designado vicepresidente de Stratton. Era un amigo de la infancia de Danny, apodado el Enterrador, pues su ascenso al poder tuvo poco que ver con su trabajo, y mucho con su costumbre de enterrar a todo el que se interpusiera en su camino. El Enterrador era bajo y rechoncho, y su principal arma era la vieja puñalada por la espalda, aunque tampoco le hacía ascos a la difusión de rumores ni a la difamación.

Intercambié una rápida ronda de abrazos de estilo mafioso con mis ex cómplices antes de acomodarme en un sillón y servirme una taza de café. El objetivo de la reunión era triste: se trataba de convencer a Danny de que cerrara Stratton Oakmont, recurriendo a la teoría de las cucarachas. Ello significaba que, antes del cierre efectivo de Stratton, debía abrir una pequeña cantidad de firmas de correduría de Bolsa, cada una de ellas propiedad de un testaferro. El paso siguiente era dividir a los strattonitas en pequeños grupos, que adjudicaría a cada una de esas empresas. Una vez completado el proceso, cerraría Stratton y él mismo se pasaría a una de las nuevas firmas, desde donde, bajo la apariencia de asesor, las manejaría a todas entre bambalinas.

Ése era el procedimiento habitual para las empresas de finanzas que sufrían la presión de las agencias regulatorias. En esencia, se trataba de ganarles de mano, cerrando y volviendo a abrir bajo otro nombre. De esa manera retomaban desde cero el proceso de ganar dinero y combatir a los reguladores. Era como cuando uno pisa una cucaracha y la aplasta, sólo para descubrir que hay otras diez correteando por todas partes.

En cualquier caso, y dados los problemas de Stratton, era lo adecuado. Pero Danny no se adhería a la teoría de las cucarachas. En cambio, había desarrollado una teoría propia que llamó «veinte años de cielos azules». Según dicha teoría, lo único que Stratton debía hacer era capear la actual oleada de impedimentos regulatorios, tras lo cual seguiría haciendo negocios durante veinte años. ¡Absurdo! Lo cierto era que a Stratton le

quedaba, a lo sumo, un año de vida. Ahora, los cincuenta estados del país trazaban círculos en torno de Stratton como buitres sobre un animal agonizante. Y la NASD se les había unido.

Pero Danny estaba sumido en un estado de negación absoluta. De hecho, se había transformado en una suerte de versión Wall Street de Elvis en sus últimos tiempos, cuando sus patrones embutían su fofo cuerpo en un overol de cuero blanco y lo sacaban a escena para que cantara unas pocas canciones. Luego, lo retiraban a rastras, antes de que el seconal y el calor lo hicieran desvanecerse.

Según Choza, últimamente Danny, durante sus discursos a los strattonitas, se subía a los escritorios, estrellaba los monitores de los ordenadores contra el suelo y maldecía a los reguladores. Como era de esperar, los strattonitas adoraban esa mierda, lo que hizo que Danny subiera la apuesta; ahora se bajaba los pantalones y se meaba sobre pilas de citaciones de la NASD entre atronadores aplausos.

Mi mirada se cruzó con la de Choza, y le hice un gesto con la barbilla, como diciéndole: «Haz tu aporte». Choza asintió con aire confiado y dijo:

—Mira, Danny, la verdad es que no sé cuánto tiempo más podremos seguir haciendo negocios. La SEC está empeñada en complicarnos la vida y se toma seis meses para aprobar cada iniciativa. Si ponemos manos a la obra con una nueva empresa ahora mismo, de aquí a fin de año podemos estar en acción otra vez, haciendo negocios que nos beneficien a todos.

La respuesta de Danny no fue exactamente la que Choza esperaba.

—Te diré una cosa, Choza. Tus motivos son tan obvios que me dan ganas de vomitar. Tenemos mucho tiempo antes de siquiera considerar la posibilidad de hacer lo de las cucarachas, entonces, ¿por qué no te quitas el puto peluquín y te callas un poco?

—¿Sabes qué, Danny? ¡Púdrete! —ladró Choza, pasándose los dedos por el peluquín, en un intento de hacerlo parecer más natural—. Estás tan drogado todo el tiempo que ya no tienes ni idea de cómo son las cosas. No quiero desperdiciar mi vida viéndote babear en la oficina como un maldito imbécil.

El Enterrador vio la ocasión de asestarle un hachazo en la espalda a Choza.

—Eso no es verdad —arguyó el Enterrador—. Danny no babea en la oficina. Quizá a veces se le traba un poco la lengua, pero incluso entonces tiene las cosas controladas. —El Enterrador hizo una pausa, buscando el punto donde inyectar una dosis de fluido embalsamador—. Y por cierto, no eres el más apropiado para hablar. Te pasas el día detrás de esa puta maloliente de Donna, con sus sobacos hediondos.

El Enterrador me caía bien; era un auténtico ejemplar corporativo, demasiado estúpido para pensar por sí mismo, que consagraba la mayor parte de su energía mental a recolectar rumores sobre aquellos a quienes quería enterrar. Claro que, en ese caso en particular, lo que lo impulsaba era obvio. Había cientos de quejas de clientes contra él, y si Stratton se iba a pique, le sería imposible volver a registrarse como financiero certificado.

Dije:

—Muy bien, ¡terminemos de una vez con esta mierda! —Me neé la cabeza, incrédulo. Stratton se había tornado totalmente incontrolable—. Debo irme al hospital. Sólo estoy aquí porque quiero lo mejor para todos. En lo personal, no me puede importar menos si cobro o no un céntimo más de Stratton. Pero sí tengo otros intereses, debo admitir que egoístas, y tienen que ver con todos los procesos de arbitraje que están teniendo lugar. Casi todos se refieren a mí, por más que ya no estoy en la firma. —Miré a Danny a los ojos—. Estás en la misma situación que yo, Dan, e intuyo que, incluso siuviésemos por delante veinte años de cielos azules, los pedidos de arbitraje no se detendrían.

La Rata intervino.

—Podríamos afrontar lo de los arbitrajes mediante una venta de activos. Podríamos estructurarla de modo de que Stratton les vendiera sus corredores a las nuevas firmas. Éstas, a cambio, se comprometerían a pagar por cualquier multa arbitral que surgiera a lo largo de los próximos tres años. Pasados éstos, el estatuto de responsabilidad limitada comenzaría a regir, y todos quedarían a salvo.

Miré al Chef, que asintió con la cabeza, aprobando. Interesante, pensé. Yo nunca le había hecho demasiado caso a la sabiduría de la Rata. En esencia, era el equivalente del Chef para los asuntos legales. Pero éste era todo un hombre y rebosaba carisma, mientras que la Rata carecía por completo de tales atributos. Nunca me pareció estúpido, pero cada vez que lo miraba no podía menos que imaginarlo mordisqueando un trozo de queso. En cualquier caso, su última idea era brillante. Los pleitos de clientes, cuyas reclamaciones ya ascendían a los setenta millones de dólares, me preocupaban. Por ahora, Stratton les iba pagando, pero si Stratton se iba a pique, se transformarían en una jodida pesadilla.

En ese momento Danny dijo:

—JB, hablemos en la barra durante un momento.

Asentí y ambos nos dirigimos a la barra, donde Danny procedió de inmediato a colmar dos vasos con Dewar's. Alzando uno dijo:

—¡Por veinte años de cielos azules, amigo mío! —El vaso quedó suspendido en lo alto, a la espera de que me uniera al brindis.

Miré mi reloj. Eran las diez y media.

—¡Vamos, Danny! No puedo beber en este momento. Debo ir al hospital a buscar a Nadine y a Carter.

Danny meneó la cabeza con aire grave.

—Rechazar un brindis a esta hora de la mañana trae mala suerte. ¿De veras estás dispuesto a arriesgarte?

—Sí —ladré—, estoy dispuesto a arriesgarme.

Danny se encogió de hombros.

—Como quieras. —Y de un trago se zampó lo que debían de ser cinco medidas de escocés—. ¡Cosa buena! —murmuró. Meneó la cabeza unas veces más y, metiéndose la mano en el bolsillo, sacó cuatro qualuuds—. ¿No te tomas, al menos, unos qualuuds conmigo antes de pedirme que cierre la empresa?

—¡A eso no se le dice que no! —dije con una sonrisa.

Con una amplia sonrisa, Danny me entregó los qualuuds. Me dirigí al fregadero, abrí el grifo y apliqué la boca al chorro. Con disimulo, metí la mano en el bolsillo del pantalón y puse allí los qualuuds a buen recaudo.

—Muy bien —dije, frotándome las yemas de los dedos unas con otras—. En este momento soy una bomba de tiempo, así que démonos prisa.

Dirigiéndole una sonrisa de tristeza a Danny me pregunté cuántos de mis actuales problemas le podía atribuir. No era que estuviese tan engañado como para endilgarle a él todas las culpas, pero no cabía duda de que Stratton no habría llegado a tal estado de descontrol sin Danny. Sí, era cierto que yo había sido, por así decirlo, el cerebro del equipo. Pero Danny era el músculo, la fuerza bruta, y hacía a diario cosas que a mí me hubiesen resultado imposibles, o que al menos no hubiera podido hacer si pretendía seguirme mirando al espejo cada mañana. Danny era un verdadero guerrero y yo ya no sabía si debía respetarlo o detestarlo por ello. Pero más que nada me entristecía.

—Mira, Danny, yo no puedo decirte qué debes hacer con Stratton. Ahora es tu empresa y te respeto demasiado como para darte órdenes. Pero, si quieres mi opinión, te diré que, de ser yo, cerraría ya mismo y me marcharía mientras aún estoy ganando. Se hace tal como lo dijo Hartley: que las nuevas firmas se hagan cargo de todas las multas por arbitraje y que te paguen como consultor. Es la jugada correcta y es la jugada inteligente. La que haría yo si siguiera al frente de las cosas.

Danny asintió.

—Entonces, es lo que haré. Sólo quiero tomarme unas semanas más para ver cómo evolucionan las cosas con los gobiernos estatales.

Volví a sonreír con tristeza. Sabía muy bien que no tenía ni la menor intención de cerrar la empresa. Sólo dije:

—Claro, Dan, eso parece razonable.

Cinco minutos después ya me había despedido de todos y estaba a punto de subir a la limusina. Vi que el Chef salía del restaurante. Acercándose a la limo, dijo:

—Diga lo que diga Danny, no tiene intención de cerrar. Sólo se marchará cuando se lo lleven, esposado.

Asentí lentamente y dije:

—Dime algo que no sepa, Dennis. —A continuación le di un abrazo, subí a la limusina y me dirigí al hospital.

Por pura casualidad, el Hospital Judío de Long Island estaba en la ciudad de Lake Success, a menos de dos kilómetros de Stratton Oakmont. Quizá por eso nadie pareció sorprenderse cuando paseé por la unidad de maternidad repartiendo relojes de oro. Había hecho lo mismo cuando nació Chandler, creando una considerable conmoción. Por algún motivo inexplicable, sentía una alegría irracional al derrochar cincuenta mil dólares en personas que nunca volvería a ver.

Faltaba un poco para las once cuando terminé al fin mi feliz ritual. Cuando entré en la habitación que ocupaba la duquesa, no pude verla. Las flores la ocultaban. ¡Caray! ¡Eran miles! El cuarto explotaba de color, fantásticos matices de rojo, amarillo, rosa, morado, naranja y verde.

Finalmente avisté a la duquesa, sentada en un sillón. Tenía a Carter en brazos y trataba de darle el biberón. La duquesa volvía a tener un aspecto impresionante. De algún modo se las había compuesto para deshacerse del exceso de peso en las treinta y seis horas transcurridas desde el parto, y volvía a ser mi deliciosa duquesa. ¡Qué alegría para mí! Llevaba un par de jeans descoloridos, una simple camiseta blanca y un par de chinelas de danza blanco tiza. Carter estaba arropado en una manta celeste, de la que sólo asomaba su diminuto rostro.

Le sonreí a mi esposa y dije:

—Luces bellísima, cariño. No puedo creer que tu rostro haya regresado a la normalidad. Ayer seguía hinchado.

—No quiere el biberón —dijo la maternal duquesa, ignorando mi elogio—. Channy lo quiso enseguida. Carter, no.

Una enfermera entró en el cuarto. Tomó a Carter para hacerle el examen previo al alta. Mientras hacía las maletas, la oí decir:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué pestañas tan hermosas tiene! Creo que nunca he visto unas pestañas tan bonitas en un bebé. Espera a que crezca un poco. Apuesto a que será de lo más guapo.

La orgullosa duquesa respondió:

—Lo sé. Tiene algo muy especial.

Entonces, la enfermera dijo:

—¡Qué raro!

Giré sobre mis talones y la miré. Estaba sentada en una silla. Tenía a Carter en brazos y lo auscultaba con un estetoscopio.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No estoy segura —dijo la enfermera—, pero el latido de su corazón no parece normal. —Se la veía muy nerviosa. Apretaba los labios y escuchaba con atención.

Miré a la duquesa. Parecía que le acababan de pegar un tiro en el vientre. Estaba de pie y se apoyaba en la cabecera de la cama.

Al fin, la enfermera dijo en tono de gran enfado:

—No puedo creer que nadie haya detectado esto. ¡Su hijo tiene un soplo en el corazón! Estoy segura. Ahora mismo oigo el murmullo. Se trata de un soplo o de un defecto de las válvulas. Lo lamento, pero no pueden llevárselo a casa. Tenemos que traer un cardiólogo pediátrico ahora mismo.

Respiré hondo y asentí con lentitud, como ausente. Miré a la duquesa. Lloraba en silencio. En ese instante supimos que nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas.

Quince minutos más tarde nos encontrábamos en las entrañas del hospital, de pie en una pequeña sala atestada de sofisticados equipos médicos: bancos de ordenadores, monitores de diversas formas y tamaños, soportes para frascos de goteo venoso y una diminuta mesa de examen sobre la que estaba tendido Carter, desnudo. La intensidad de las luces había sido disminuida para aumentar la visibilidad de un monitor en particular. Quien estaba a cargo ahora era un médico alto y flaco.

—Ahí, ¿lo ven? —preguntó. Señalaba con el índice izquierdo la negra pantalla, en la que se veían cuatro circunferencias irregulares semejantes a amebas, dos rojas y dos azules. Cada una tenía el tamaño aproximado de una moneda de un dólar. Estaban interconectadas y parecían vaciar sus contenidos una en la otra en un lento ritmo. El médico tenía en la mano derecha un pequeño dispositivo en forma de micrófono que apretaba contra

el pecho de Carter mientras lo movía en lentos círculos concéntricos. Las circunferencias rojas y azules eran imágenes sónicas de la sangre de Carter, que se desplazaba por las cuatro cámaras de su corazón.

—Y ahí está —añadió— el segundo agujero. Es un poco más pequeño, pero sin duda está ahí, entre los ventrículos.

Luego, apagando el ecocardiógrafo dijo:

—Me sorprende que su hijo no haya sufrido un ataque cardíaco congestivo. El agujero entre los ventrículos es grande. Existe una considerable probabilidad de que requiera cirugía a corazón abierto en los próximos días. ¿Cómo va con el biberón? ¿Lo toma?

—Poco —dijo la duquesa con tristeza—. No como lo hacía nuestra hija.

—¿Transpira mientras lo toma?

La duquesa meneó la cabeza.

—No que yo haya notado. Pero no parece muy interesado en tomarlo.

El médico asintió con la cabeza.

—El problema es que la sangre oxigenada se mezcla con la que no lo está. Así que mamar resulta muy cansado para él. La transpiración al mamar es uno de los primeros indicios de fallo cardíaco congestivo en los bebés. Aun así, todavía hay posibilidades de que se recupere. Los agujeros son grandes, pero parecen estar compensándose entre sí. Crean una presión mutua que minimiza la reversión del flujo sanguíneo. De no ser por ello, ya veríamos síntomas. Pero sólo el tiempo nos dirá cómo evoluciona. Si el corazón no le falla en el transcurso de los próximos diez días, probablemente se recupere sin problemas.

—¿Qué probabilidades hay de que el corazón le falle? —pregunté.

El médico se encogió de hombros.

—Digamos que cincuenta y cincuenta.

La duquesa:

—¿Y qué ocurre si le falla el corazón?

—Comenzaremos por administrarle diuréticos para evitar que el fluido se le acumule en los pulmones. Hay otros medica-

mentos, pero no pongamos el carro por delante del caballo. Si ninguno de ellos funciona, tendremos que hacer una cirugía a corazón abierto para coser el agujero. —El doctor sonrió con expresión compasiva—. Lamento darles tan malas noticias. Debemos esperar y observar. Pueden llevarse a su hijo a casa, pero mírenlo con atención. Ante el más mínimo indicio de transpiración o de respiración fatigosa, o incluso si rechaza el biberón, llámenme de inmediato. De no ser así, nos vemos en una semana —*Sí, claro, amiguito, pensé, ¡ahora mismo me voy al Hospital Presbiteriano Columbia para consultar a un médico que se haya graduado en Harvard!*— para un nuevo ecocardiograma. Para entonces, es posible que el agujero se haya comenzado a cerrar por sí mismo.

El ánimo de la duquesa y el mío cambiaron al instante. Al percibir un rayo de esperanza dije:

—¿Quiere decir que es posible que el agujero se cierre solo?

—Sí, por supuesto. Debo haber olvidado mencionarlo —*¡pequeño detalle para olvidar, pedazo de mierda!*, pensé—. Si no muestra síntoma alguno durante los próximos diez días, lo más probable es que eso sea lo que ocurra. Es que, a medida que su hijo crezca, su corazón también lo hará e irá envolviendo gradualmente el agujero. Para su quinto cumpleaños debería estar totalmente cerrado. Y aun si no cierra del todo, será tan pequeño que no le causará problemas. Pero, una vez más, todo se sabrá a lo largo de los próximos diez días. Insisto, ¡obsérvenlo con atención! De hecho, yo no le quitaría los ojos de encima por más de unos pocos minutos.

—No se preocupe por eso —dijo la duquesa, confiada—. Habrá al menos tres personas, una de ellas enfermera titulada, observándolo a toda hora.

En lugar de ir a Westhampton, que estaba a unos buenos cien kilómetros al este, nos dirigimos directamente a Old Brookville, a sólo quince minutos del hospital. Una vez allí, nuestras familias no tardaron en reunirse con nosotros. Hasta el padre de la duquesa, el perdedor más adorable del mundo, apareció. Como

siempre, estaba idéntico a Warren Beatty y, supuse, estaría a la espera de que pasara el alboroto para, como de costumbre, pedir dinero prestado.

El Loco Max, transformado para la ocasión en sir Max, encabezaba la vigilia. Nos aseguró a la duquesa y a mí que todo saldría bien, antes de abocarse a hacer llamadas telefónicas a diversos doctores y hospitales sin perder la paciencia ni una vez. De hecho, no habría ni indicios del Loco Max hasta que la crisis pasó, en cuyo momento reapareció como por arte de magia, recuperando el tiempo perdido con furibundos ataques verbales y agresivas técnicas de fumador. Mi madre era la de siempre: una santa mujer que elevaba plegarias judías al cielo y nos ofrecía apoyo moral a la duquesa y a mí. Suzanne, la anarquista secreta, le atribuyó los agujeros del corazón de Carter a alguna conspiración gubernamental en la que, inexplicablemente, también participaban los médicos.

Le explicamos a Chandler que su hermano estaba enfermo, y nos dijo que lo quería y que se alegraba de que lo hubiésemos traído del hospital. A continuación, regresó a sus cubos de colores. Gwynne y Janet también participaron de la vigilia, aunque sólo después de que se recuperaron de seis horas de histéricos llantos. Incluso *Sally*, mi adorable labradora marrón chocolate, participó, sentándose al pie de la cuna de Carter, lugar que sólo abandonaba para hacer sus necesidades y comer una que otra vez. Pero al perro de la duquesa, *Rocky*, el maligno enano hijo de puta, Carter no podía importarle menos. Hacía ver que no pasaba nada malo y seguía molestando a todo el mundo; ladraba sin cesar, meaba en la alfombra, cagaba dentro de la casa y le robaba la comida a *Sally* mientras ésta, como buena perra que era, se encontraba atareada acompañándonos y rezando con nosotros.

Pero la mayor decepción fue Ruby, muy recomendada por una de esas agencias de empleo que usan los WASP y que se especializan en proveer niñeras jamaicanas a los ricos. El problema comenzó cuando Rocco Noche la recogió en la estación de tren. Le pareció notar que tenía aliento a alcohol. Una vez que terminó de deshacer sus maletas, Rocco decidió registrar su ha-

bitación. Quince minutos después estaba otra vez en el asiento trasero del coche, rumbo a la estación. No se volvió a saber de ella. La única ganancia marginal del operativo fueron las cinco botellas de Jack Daniel's que Rocco le confiscó y que ahora estaban en mi armario de licores de la planta baja.

La niñera sustituta llegó pocas horas después. Era otra jamaicana, llamada Érica. Resultó ser una verdadera joya, que no tardó en hacer buenas migas con Gwynne y con el resto del elenco. Así que también ella se unió a la vigilia.

Al cuarto día, Carter aún no mostraba indicios de fallo cardíaco. A todo esto, mi padre y yo averiguamos por todos los medios posibles quién era el mejor cardiólogo pediátrico del mundo. Todos coincidían en que se trataba del doctor Eward Golenko, jefe de cardiología del hospital Mount Sinai de Manhattan.

Pero lamentablemente había una espera de tres meses para verlo, que no tardó en abreviarse a sólo un día debido a una sorpresiva cancelación que tuvo lugar cuando el doctor Golenko se enteró de mi intención de hacer una donación de cincuenta mil dólares a la unidad de cardiología pediátrica del hospital Mount Sinai. De modo que al quinto día Carter estaba tendido en otra mesa de examen, sólo que esta vez lo rodeaba un equipo de élite de médicos y enfermeras que, tras pasarse diez minutos maravillándose ante sus pestañas, pusieron manos a la obra.

La duquesa y yo nos quedamos a un lado en silencio, mientras el equipo recurría a un aparato que llegaba a más profundidad y producía imágenes mucho más nítidas que un ecocardiograma normal. El doctor Golenko era alto, flaco, un poco calvo y tenía una expresión muy bondadosa. Paseé la mirada por el recinto y conté nueve adultos de aspecto inteligente, enfundados en batas blancas, y que escrutaban a mi hijo como si fuese la cosa más preciosa de la Tierra, lo cual era cierto. Luego, miré a la duquesa que, como de costumbre, se mordisqueaba el interior de un carrillo. Tenía la cabeza ladeada en actitud de intensa concentración. Me pregunté si estaría pensando lo mismo que yo, a saber, que nunca me había alegrado tanto como ahora de ser rico. A fin de cuentas, si alguien podía ayudar a nuestro hijo eran esas personas.

Al cabo de unos minutos de conversación de médico a médico en jerga especializada, el doctor Golenko nos sonrió y dijo:

—Tengo muy buenas noticias para ustedes: su hijo estará bien. Los agujeros han comenzado a cerrarse y la presión compensatoria ha eliminado la reversión de...

El doctor Golenko no finalizó porque la duquesa lo embistió como un toro. Todos los presentes rieron cuando enlazó sus brazos al cuello y envolvió las piernas en torno de la cintura del doctor de sesenta y cinco años y se puso a cubrirlo de besos.

El doctor Golenko me miró con expresión escandalizada y el rostro ligeramente más rojo que una remolacha y dijo:

—¡Ojalá todas las madres de mis pacientes fuesen como ella!
—Y todos rieron un poco más. ¡Qué momento de maravillosa felicidad! ¡Carter James Belfort saldría de ésta! Dios había puesto un segundo agujero en su corazón para compensar el primero y, para cuando llegara a los cinco años, nos aseguró el doctor Golenko, ambos estarían cerrados.

En el trayecto de regreso, a bordo de la limusina, la duquesa y yo sonreíamos sin cesar. Carter estaba entre ambos, en el asiento trasero. George y Rocco iban adelante. La duquesa dijo:

—El único problema es que ahora estoy tan paranoica que no sé si podré tratarlo como lo hacía con Chandler. Ella era tan robusta y saludable que nunca me cuidé mucho.

—No te preocupes, cariño. En un par de días todo habrá regresado a la normalidad. Ya lo verás.

—No sé —dijo la duquesa—. Sólo pensar qué más puede pasar me da miedo.

—No ocurrirá nada. Lo peor ya pasó.

Y, durante el resto del trayecto, mantuve cruzados los dedos. También los de los pies, así como los brazos y las piernas.

Nuevas alegrías

Septiembre de 1995
(Cinco semanas después)

Era apropiado, pensé, que el Zapatero, sentado en el borde de su escritorio, luciese la orgullosa expresión de un hombre que tiene al mundo agarrado de las pelotas. Todo parecía indicar que tendríamos unos ingresos de alrededor de cincuenta millones de dólares para el año fiscal 1996 y cada una de nuestras divisiones avanzaba a paso firme. Nuestros negocios con las grandes tiendas llegaban a cotas inéditas, nuestras ventas en tiendas minoristas eran un fenómeno, las franquicias de la marca Steve Madden iban mucho más deprisa de lo previsto, y nuestras tiendas minoristas propias, que ya eran nueve, ganaban dinero a manos llenas. De hecho, los sábados y domingos había colas frente a ellas. El hecho era que Steve se había transformado en una suerte de celebridad, el diseñador de zapatos elegido por toda una generación de adolescentes.

Lo que no fue nada apropiado fue lo que me dijo:

—Creo que es hora de que nos deshagamos del Detallista. Si lo echamos ahora, estamos a tiempo de quitarle su opción sobre las acciones. —Se encogió de hombros con aire negligente—. La cosa es que si sigue trabajando para nosotros, las opciones pasarán automáticamente a su nombre, y estaremos jodidos.

Meneé la cabeza, azorado. Lo verdaderamente irónico era que la cantidad de opciones sobre acciones que le correspondían al Detallista era tan baja que no le podía importar a nadie. A nadie, claro, que no fuera el Detallista mismo, que quedaría atónito si lo hiciésemos víctima de la letra pequeña de su contrato, haciendo que sus opciones sobre acciones simplemente desaparecieran.

Dije:

—No lo puedes hacer eso a Gary. Desde un año atrás se pela el culo trabajando para nosotros. Soy el primero en admitir que a veces es un insoportable, pero no se le hace eso a un empleado, en particular a uno que, como Gary, ha demostrado ser totalmente leal. Está mal, Steve. Es la clase de cosa que destruye la moral de una empresa. Todos se enorgullecen de sus opciones sobre acciones. Los hacen sentir propietarios. Les da seguridad respecto de sus futuros.

Di un fatigado suspiro y añadí:

—Si lo quieres reemplazar, no tengo problema. Pero hay que darle lo que le corresponde, en todo caso, algo más. Ésa es la forma en que se hace, Steve. Cualquier otra cosa es una manera equivocada de hacer negocios.

El Zapatero se encogió de hombros.

—No entiendo. Tú eres el primero en reírte del Detallista, entonces, ¿qué mierda te importan sus opciones sobre acciones?

Meneé la cabeza, frustrado.

—En primer lugar, sólo me río de él para aligerar un poco la jornada de trabajo. Me río de todos, incluido yo e incluido tú. Pero lo cierto es que quiero al Detallista; es un buen hombre, leal como pocos. —Lancé un gran suspiro—. Mira, no niego que Gary quizá ya no sea tan útil como al comienzo; tal vez sea el momento de reemplazarlo por alguien que tenga experiencia en la industria y antecedentes que le permitan lidiar con el mercado bursátil. Pero no podemos quitarle las opciones sobre acciones. Comenzó a trabajar con nosotros cuando aún embalábamos los zapatos en la parte trasera del taller. Y por más que sea lento para actuar, hizo muchas cosas buenas para la empresa. Joderlo es un mal karma.

El Zapatero suspiró.

—Creo que pones tu lealtad en el lugar equivocado. Gary nos jodería en dos segundos si pudiera. Él...

Lo interrumpí.

—No, Steve, no nos jodería. Gary tiene integridad. No es como nosotros. Para él, la palabra vale, y siempre cumple con la suya. Si quieres despedirlo, bien. Pero tendrías que dejarle sus opciones sobre acciones. —Me di cuenta de que al decir «tendrías» le estaba dando al Zapatero más poder del que le correspondía. Pero lo cierto era que, en los papeles, él era el dueño mayoritario de la empresa; yo sólo conservaba el control debido a nuestro acuerdo secreto.

—Deja que hable con él —dijo el Zapatero, con un brillo diabólico en los ojos—. Si lo convengo de que se vaya en paz, ¿por qué habrías de preocuparte? —Se encogió de hombros—. Si recupero sus opciones sobre acciones, nos las podemos repartir, cincuenta y cincuenta, ¿eh?

Dejé caer el mentón, derrotado. Eran las once y media de la mañana y estaba muy cansado. Y la vida en casa... bueno, últimamente no había sido lo que se dice un paseo campestre. La duquesa seguía muy afligida con lo de Carter, y yo básicamente había renunciado a toda esperanza respecto a mi dolor de espalda, que ahora me atormentaba veinticuatro horas al día. Había fijado el 15 de octubre como fecha posible para un intento de soldarme la columna vertebral. Faltaban tres semanas y la sola idea me aterraba. Estaría bajo anestesia general cuando me sometiese al bisturí durante siete horas. ¿Y si no volvía a despertar? ¿Y si despertaba, pero quedaba paralizado? Siempre era un riesgo en una cirugía de columna, aunque lo cierto era que, con el doctor Green, estaría en las mejores manos. Como fuese, estaría fuera de combate durante seis meses. Pero después de eso, mi dolor se iría para siempre y yo recuperaría mi vida. ¡Sí, el verano de 1996 sería bueno!

Claro que empleé eso como pretexto para aumentar mi consumo de drogas. Les había prometido a Madden y a la duquesa que, una vez que mi espalda estuviera arreglada, dejaría de lado las drogas y volvería a ser «el Jordan de antes». De hecho, el

único motivo por el cual no estaba drogado en ese momento era porque estaba a punto de salir de la oficina para pasar a buscar a la duquesa por Old Brookville. Iríamos juntos a Manhattan para pasar una noche romántica en el hotel Plaza. Fue idea de su madre. Dijo que sería buena idea alejarnos de las preocupaciones que parecían irnos ganando la partida desde lo ocurrido con Carter. Sería una excelente oportunidad para reconstruir nuestra relación.

—Mira, Steve —dije con una sonrisa forzada—. Ya tengo suficientes opciones sobre acciones y tú también. Y si queremos más, nos basta con hacer imprimir otras. —Bostecé—. En fin, haz lo que te dé la gana. Estoy demasiado cansado como para discutir ahora.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Steve—. Y te lo digo con cariño. Estoy preocupado por ti y tu mujer también lo está. Tienes que parar con los qualuuds y la coca o te matarás. Te lo dice alguien que sabe de qué habla. Yo estuve casi tan mal como tú —se interrumpió, como si buscara las palabras adecuadas—, pero como no era así de rico, no podía hundirme tanto. —Volvió a detenerse—. O quizá me hundí tanto como tú, pero mi vi obligado a regresar a la superficie mucho antes. Pero como tú tienes tanto dinero, puedes seguir y seguir. Te lo suplico: ponle fin a eso, o terminarás mal. Siempre ocurre así.

—Tienes razón —dije con sinceridad—. Te prometo que en cuanto me arregle la espalda dejaré todo para siempre.

Steve asintió con aire de aprobación, pero la expresión de sus ojos decía: «Lo creeré cuando lo vea».

El flamante Ferrari Testarossa blanco perla de doce cilindros y cuatrocientos cincuenta caballos de fuerza rugió como un F15 cuando pisé el embrague y pasé la palanca a cuarta. Como si nada, dejamos atrás el noroeste de Queens, sorteando el tránsito de la autopista de Cross Island a ciento noventa kilómetros por hora. Un porro de *sin semilla* de primera calidad colgaba de mi boca.

Nuestro destino era el hotel Plaza. Con un dedo sobre el volante me volví a la aterrada duquesa y le dije:

—¿No es maravilloso este coche?

—Es un pedazo de mierda —barbotó—, y si no apagas ese jodido porro y disminuyes la velocidad te voy a matar. De hecho, si no lo haces, no tendremos relaciones sexuales esta noche.

En menos de cinco segundos, el Ferrari iba a noventa y yo apagaba el porro. Al fin y al cabo, la última vez que había tenido relaciones con la duquesa había sido dos semanas antes del nacimiento de Carter, de modo que ya habían transcurrido dos meses. Debe decirse que verla en la sala de partos, con la vagina de un tamaño tal que era como para suponer que Jimmy Hoffa estaba escondido allí, no había contribuido precisamente a despertar mis deseos. Y el hecho de que yo consumiese unos doce qualuuds al día, además de suficiente coca como para hacer que una banda marchara de Queens a China, tampoco era muy bueno que digamos en lo que a mi libido se refería.

También la duquesa tenía sus problemas. Se había mantenido fiel a su palabra: a pesar de que Carter estaba en perfecto estado de salud, no bajaba la guardia ni un momento y vivía en constante tensión. Quizá dos noches en el Plaza nos hicieran bien. Sacando un ojo de la ruta le dije:

—De buena gana mantendré el velocímetro por debajo de los cien si te comprometes a que esta noche follemos hasta que me estalle el cerebro. ¿Trato hecho?

La duquesa sonrió:

—Trato hecho, pero antes me tienes que llevar a comprar ropa en Barney y en Bergdorf. Después, soy toda tuya.

Sí, pensé, ésa sería una muy buena noche. Para empezar a disfrutar sólo debía soportar el paso por esas dos cámaras de tortura de precios descabellados. Y, por supuesto, mantuve la velocidad por debajo de los cien.

En Barney tuvieron la amabilidad de cerrar el primer piso para nuestro uso exclusivo. Me acomodé en un sillón de cuero, sorbiendo Dom Perignon, mientras la duquesa se probaba un vestido tras otro. Desfilaba y giraba deliciosamente, jugando a que

volvía a ser modelo. En su sexta vuelta tuve un delicioso atisbo de sus generosas nalgas, y al cabo de treinta segundos la seguía al vestidor. Una vez allí, ataqué; diez segundos más tarde la tenía de espaldas contra la pared, con el vestido levantado hasta la cintura y la penetraba profundamente.

La estrellaba contra la pared mientras ambos gemíamos y suspirábamos, haciéndonos el amor apasionadamente el uno al otro. Dos horas después, apenas pasadas las siete, entrábamos por la puerta giratoria del hotel Plaza. Era mi hotel favorito de Nueva York, a pesar del hecho de que era de Donald Trump. De hecho, tenía un gran respeto por Donald. El que un hombre, por multimillonario que sea, pueda andar por la vida con ese peinado grotesco y, aun así, se rodee de las mujeres más bellas del mundo, le da un nuevo sentido al término «hombre de poder». Nos seguían dos botones, cada uno de los cuales llevaba más o menos una docena de bolsas de compras que contenían ropa de mujer por valor de ciento cincuenta mil dólares. La duquesa llevaba en la muñeca izquierda un flamante Cartier de cuarenta mil dólares constelado de diamantes. Hasta el momento habíamos follado en los vestidores de tres tiendas, y la noche aún estaba en pañales.

Pero lamentablemente, las cosas comenzaron a deteriorarse a toda marcha en cuanto entramos en el Plaza. En la conserjería, una agradable rubia de treinta y pocos años nos dio la bienvenida. Sonrió y dijo:

—¡Otra vez por aquí, señor Belfort! ¡Qué pronto! ¡Bienvenido! Es agradable volver a verlo. —¡Qué alegre se mostraba!

La duquesa estaba a un par de metros a mi derecha, contemplando su nuevo reloj. Afortunadamente, seguía un poco mareada por el qualuud que yo la había convencido de tomar. Miré aterrado a la rubia recepcionista y me puse a menear rápidamente la cabeza, como diciéndole: «¡Por Dios, ¿no ves que estoy con mi esposa? ¡Calla tu puta boca!».

Con una gran sonrisa, la rubia dijo:

—Le reservamos su suite de siempre, en...

Interrumpiéndola, dije:

—¡Muy bien! Perfecto. Firmo aquí, ¿no? ¡Gracias! —tomé la

llave y arrastré a la duquesa al ascensor—. Vamos, mi amor. ¡Te necesito!

—¿Ya estás listo para volver a hacerlo? —dijo con una risita.

¡Gracias a Dios por los qualuuds! Pensé. La duquesa sobria no se habría perdido detalle. Es más, ya me habría estado golpeando.

—¿Bromeas? —respondí—. ¡Siempre estoy listo para ti!

En ese momento, el enano residente se acercó al trote, enfundado en su uniforme verde lima con botones dorados y gorra a tono.

—¡Bienvenido una vez más! —graznó el hombrecillo.

Sonreí y le dirigí una cabezada, sin dejar de arrastrar a la duquesa hacia el ascensor. Los dos botones nos seguían, llevando las bolsas de compras. Yo había insistido en que las llevásemos a la habitación para que la duquesa volviera a lucir toda las prendas para mí.

Una vez en la habitación, le di cien dólares a cada botones, haciéndolos jurar que mantendrían la boca cerrada. En cuanto se fueron, la duquesa y yo saltamos al enorme lecho, donde nos pusimos a revolcarnos entre carcajadas.

Sonó el teléfono.

Ambos lo miramos, sintiendo que el corazón nos daba un vuelco. Las únicas personas que sabían donde estábamos eran Janet y la madre de Nadine, que se había quedado con Carter. ¡Caray! Sólo podían ser malas noticias. Mi corazón lo sabía. Mi alma lo sabía. Al tercer timbrado dije:

—Quizá sea de la recepción.

Atendí.

—Jordan, soy Suzanne. Nadine y tú tenéis que regresar a casa ya mismo. Carter tiene más de cuarenta grados de fiebre. No se mueve.

Miré a la duquesa. Me escrutaba, a la espera de las noticias. No supe qué decirle. Nunca la había visto tan abatida como durante las últimas seis semanas. La muerte de nuestro hijo recién nacido sería un golpe devastador.

—Debemos marcharnos ya mismo, cariño. Carter arde de fiebre. Tu madre dice que no se mueve.

Mi mujer no lloró. Sólo cerró los ojos, apretó los labios y meneó la cabeza. Todo había terminado. Ambos lo sabíamos. Estaba claro que Dios no quería a ese niño inocente en el mundo. Yo no podía entender qué motivo tendría, pero así era. Pero, en ese momento, no había tiempo para lágrimas. Debíamos ir a casa a despedirnos de nuestro hijo.

Ya vendrían las lágrimas. Ríos de lágrimas.

El Ferrari cruzó el límite entre Queens y Long Island a doscientos kilómetros por hora. Pero esa vez la actitud de la duquesa era ligeramente distinta de la que tuvo durante el camino de ida.

—¡Más rápido! ¡Por favor! ¡Debemos llevarlo al hospital antes de que sea demasiado tarde!

Asentí con la cabeza y pisé el acelerador. El Testarossa despegó como un cohete. En tres segundos, la aguja marcó doscientos veinte antes de seguir subiendo. Adelantábamos coches que iban a cien como si estuviesen detenidos. No estaba muy seguro de por qué le había dicho a Suzanne que no llevara a Carter al hospital, pero tenía algo que ver con que queríamos ver a nuestro hijo en casa una última vez.

En un instante estacionábamos en la senda de entrada; la duquesa ya corría a la puerta antes de que el Ferrari hubiese terminado de detenerse. Miré mi reloj: eran las siete y cuarenta y cinco de la tarde. Lo habitual era que el trayecto entre el Plaza y Pin Oak Court supusiera tres cuartos de hora. Habíamos llegado en diecisiete minutos.

Durante el camino, la duquesa habló con el pediatra de Carter por su móvil. El pronóstico era atroz. A la edad de Carter, la fiebre alta acompañada de falta de movimiento solía ser indicio de meningitis espinal. Había dos tipos: bacteriana y viral. Ambos podían ser letales pero la diferencia era que, si Carter lograba sortear las primeras etapas de una meningitis viral, se recuperaría por completo. Pero si era bacteriana, lo más probable era que pasaría el resto de su vida sordo y ciego, además de sufrir de retraso mental. Era una idea insoportable.

Siempre me había preguntado cómo hacían los padres para

amar a hijos que sufriesen de cosas como ésas. A veces me quedaba mirando a algún niño retrasado que jugaba en el parque. Era desgarrador ver cómo los padres hacían cuanto podían para crear un mínimo de normalidad y felicidad para la criatura. Y siempre me impresionó ver el tremendo amor que le demostraban, a pesar de todo: de la vergüenza y de la culpa que pudieran sentir, y de la tremenda carga que tenía que ser para sus propias vidas.

¿Podría hacer algo así? ¿Estaría yo a la altura de las circunstancias? Claro que decir que lo haría era fácil. Pero las palabras son baratas. Amar a un niño que uno nunca podría conocer de verdad, con el que uno no podría desarrollar un vínculo... Sólo podía rezar a Dios para que me diera la fuerza de ser un hombre así, un hombre bueno; de hecho, un verdadero hombre de poder. No me cabía duda de que mi esposa era capaz de hacerlo. Parecía tener una conexión sobrenaturalmente íntima con Carter, que era mutua. Así habían sido las cosas entre Chandler y yo desde que ella tuvo suficiente edad como para ser consciente de sí. De hecho, incluso ahora, cuando Chandler tenía algún motivo de aflicción, quien acudía al rescate era papá.

Y Carter, aunque tenía menos de dos meses, ya respondía a Nadine de esa manera milagrosa. Era como si su presencia misma lo serenara, lo tranquilizara y lo hiciera sentir que todo era como debía ser. Algún día, yo también tendría esa intimidad con mi hijo; sí, si Dios lo permitía, sería así.

Cuando llegué a la puerta de entrada la duquesa ya salía con Carter en brazos, envuelto en una manta azul. Rocco Noche había estacionado el Range Rover frente a la puerta, preparándose para llevarnos al hospital a toda velocidad. Mientras abordábamos el vehículo toqué la frente de Carter con el dorso de la mano y quedé horrorizado. Literalmente ardía de fiebre. Respiraba, sí, pero apenas. No se movía. Estaba rígido como una tabla.

Camino al hospital, la duquesa, con Carter en brazos, y yo íbamos en el asiento trasero, Suzanne en el del acompañante. Como Rocco era un ex detective del departamento de policía de Nueva York, para él no existían semáforos en rojo ni límites de velocidad, lo cual, dadas las circunstancias, era lo ideal. Llamé al

doctor Green a Florida, pero no estaba. Después, llamé a mis padres para decirles que se nos reunieran en el hospital North Shore, que quedaba cinco minutos más cerca que el Judío de Long Island. Callamos durante el resto del trayecto; seguíamos sin llorar.

Entramos a la carrera en la sala de urgencias. La duquesa, con Carter en brazos, encabezó la arremetida. El pediatra de Carter había telefonado al hospital, así que nos esperaban. Cruzamos una sala de espera colmada de gente sin expresión y, en menos de un minuto, Carter estaba sobre una mesa de examen, mientras lo limpiaban con un líquido que olía a alcohol alcanforado.

Un doctor de aspecto juvenil y pobladas cejas nos dijo:

—Parece tratarse de meningitis espinal. Necesitamos que nos autoricen a hacerle una punción espinal. Es un procedimiento de muy bajo riesgo, pero siempre existe la posibilidad de infección o...

—¡Sólo hazle la puta punción! —ordenó la duquesa.

El doctor asintió, sin parecer ofendido en lo más mínimo por el lenguaje empleado por mi esposa. Tenía motivos para usarlo.

Esperamos, no sé si diez minutos o dos horas. En algún momento la fiebre cedió un poco, bajando a algo más de treinta y nueve grados. Entonces, Carter prorrumpió en un llanto inconsolable. Era una aguda estridencia indescriptible, atroz. Me pregunté si sería el sonido que hace un bebé al verse despojado de sus sentidos mismos, si instintivamente lloraba de angustia, consciente del terrible destino que le había tocado.

La duquesa y yo, con el alma en un hilo, estábamos sentados en las sillas de plástico celeste, apoyados el uno en el otro. Nos acompañaban mis padres y Suzanne. Sir Max daba vueltas como una fiera enjaulada, fumando a pesar del cartel de prohibición que había en la pared; sentí piedad por cualquiera que fuese a cometer la imprudencia de hacérselo notar. Mi madre estaba sentada a mi lado. Lloraba. Nunca la había visto con tal mal aspecto. Suzanne estaba sentada junto a su hija. Ya no hablaba de conspiraciones. Una cosa es que un bebé tenga un agujero en el corazón: es posible remendarlo. Pero que un niño quede sordo, ciego y mudo, es otra, muy distinta.

En ese momento un médico emergió de las dobles puertas automáticas. Vestía un uniforme verde y lucía una expresión neutral. La duquesa y yo nos levantamos de un salto y corrimos hacia él. Dijo:

—Señor y señora Belfort, lo lamento, pero el análisis de fluido espinal dio positivo. Su hijo tiene meningitis. Es...

Lo interrumpí:

—¿Es viral o bacteriana? —Tomé la mano de mi esposa y la oprimí, rogando por que el médico dijese que era viral.

El médico respiró hondo y exhaló con lentitud.

—Es bacteriana —dijo con tristeza—. Lo siento mucho. Todos rogábamos porque fuese viral, pero el examen es concluyente. Verificamos los resultados tres veces, y no hay error. —El médico volvió a respirar hondo antes de proseguir:

—Logramos bajarle la fiebre a menos de treinta y ocho, así que saldrá del paso. Pero la meningitis bacteriana produce considerables daños en el sistema nervioso central. Es demasiado pronto para saber cuánto y qué, pero por lo general se trata de pérdida de vista y oído... —se interrumpió, como si eligiera las palabras— además de cierta pérdida de facultades mentales. Lo lamento mucho. Una vez que salga de la fase aguda tendremos que llamar a algunos especialistas para que evalúen el alcance del daño. Pero por ahora lo único que podemos hacer es administrar por goteo antibióticos de espectro amplio para matar la bacteria. En este momento ni siquiera sabemos de qué bacteria se trata. Parece que es un organismo inusual, que no suele ser causa de meningitis. Ya hemos avisado a nuestro jefe de infectología. Está de camino al hospital en este momento.

En estado de total aturdimiento, pregunté:

—¿Pero cómo la contrajo?

—No hay forma de saberlo —respondió el joven médico—. Lo estamos trasladando al sector de aislamiento, en el quinto piso. Lo pondremos en cuarentena hasta que lleguemos al fondo del asunto. Sólo usted y su esposa lo pueden ver.

Miré a la duquesa. Tenía la boca muy abierta. Parecía paralizada, y tenía la mirada perdida. Se desmayó.

En la unidad de aislamiento del quinto piso reinaba el caos. Carter agitaba locamente los brazos, pateaba y chillaba, mientras la duquesa iba de un lado a otro, presa de un llanto histérico. Las lágrimas le corrían por el rostro, que tenía un color ceniciento.

Uno de los médicos le dijo:

—Estamos tratando de inyectar a su hijo, pero no se queda quieto. Con bebés de esta edad, dar con una vena es difícil, así que creo que deberemos insertarle la aguja a través del cráneo. No hay otro modo. —Su tono era totalmente negligente y carente de compasión.

La duquesa se precipitó sobre él.

—¡Hijo de puta! ¿Sabes quién es mi esposo, basura? Vé ahora mismo y métele la aguja en el brazo o te mataré yo misma antes de que mi marido tenga tiempo de contratar a alguien para que lo haga.

El doctor quedó paralizado de espanto, con la boca abierta. No era un rival digno de la pura ferocidad de la duquesa de Bay Ridge.

—Bueno, ¿qué mierda esperas? ¡Hazlo!

El doctor asintió con la cabeza y corrió hacia la cuna. Tomando el diminuto brazo de Carter se puso a buscar otra vena.

En ese momento sonó mi celular.

—¿Hola? —dije con voz inexpresiva.

—¡Jordan! Soy Barth Green. Acabo de recibir tus mensajes. Lo lamento tanto por ti y por Nadine. ¿Estáis seguros de que es una meningitis bacteriana?

—Sí —respondí—. Están seguros. Están tratando de inyectarlo para meterle antibióticos, pero está como loco. Patea, grita y agita los brazos...

—Eh, eh, eh —me interrumpió el doctor Barth Green—. ¿Has dicho que agita los brazos?

—Sí, es como si se estuviese volviendo totalmente loco en este mismo momento. Está inconsolable desde que la fiebre cedió. Suena como si estuviese poseído por un espíritu...

—Bueno, puedes quedarte tranquilo, Jordan, porque tu hijo no tiene meningitis, ni viral ni bacteriana. Si así fuera, la fiebre no hubiese bajado y estaría rígido como una tabla. Lo más probable

es que tenga un resfriado muy fuerte. Los bebés tienden a desarrollar picos de fiebre anormalmente altos. Mañana estará bien.

Me quedé atónito. ¿Cómo podía ser que Barth Green tuviese la irresponsabilidad de crear falsas esperanzas de esa manera? No había visto a Carter, y el análisis de líquido espinal era definitivo. Habían verificado los resultados tres veces. Respiré hondo y dije:

—Mira, Barth, te agradezco que quieras hacer que me sienta mejor, pero el análisis mostró que tiene algún tipo de bacteria poco...

Me volvió a interrumpir:

—En realidad, me importa una mierda lo que diga el análisis. De hecho, estoy dispuesto a apostar a que lo que detectó fue un contaminante en la muestra. Ése es el problema con las salas de urgencias. Están bien para huesos rotos o para una herida de bala, pero nada más. Y esto... bueno, que los hayan preocupado de esta manera es imperdonable.

Lo oí suspirar.

—Mira, Jordan, ya sabes que trato a diario con lesiones espinales, de modo que me he visto obligado a convertirme en experto en dar malas noticias. ¡Pero lo que te dicen ahí es pura mierda! Tu hijo tiene un resfriado.

Quedé cortado. Nunca había oído a Barth Green decir ni una palabrota. ¿Era posible que tuviese razón? ¿Era concebible que pudiera dar un diagnóstico más preciso desde su casa, en Florida, que el que hacía un equipo de médicos, con equipos de última generación, y a la cabecera de mi hijo? Entonces, Barth dijo en tono severo:

—¡Pásame a Nadine!

Me acerqué a la duquesa y le di el teléfono.

—Toma, es Barth. Quiere hablar contigo. Dice que Carter está bien y que todos los doctores están locos.

Mientras Nadine hablaba, me acerqué a la cuna y me quedé mirando a Carter. Habían logrado, finalmente, inyectarle un gotito en el brazo derecho, y estaba un poco más tranquilo. Sólo gimoteaba y se removía en la cuna. Realmente es muy guapo, pensé, y esas pestañas... incluso ahora eran impresionantes.

Al cabo de un minuto, la duquesa se acercó e, inclinándose sobre la cuna, puso el dorso de la mano en la frente de Carter. En tono confundido dijo:

—Parece más fresco. Pero ¿cómo puede ser que todos esos médicos estén equivocados? ¿Y cómo pueden estar equivocados los análisis?

Enlazándola con un brazo la estreché contra mí.

—¿Por qué no nos turnamos para dormir aquí? Así uno de nosotros podrá estar siempre con Channy.

—No —respondió—. No me marcho de aquí sin mi hijo. No me importa si tengo que quedarme un mes. No me iré sin él, jamás.

Durante tres días seguidos mi esposa durmió junto a la cuna de Carter sin abandonar nunca la habitación. A la tercera tarde íbamos rumbo a Old Brookville en limusina. Carter James Belfort iba sentado entre los dos, y las palabras «era un contaminante en la muestra» resonaban agradablemente en nuestros oídos.

Me sentía lleno de respetuosa admiración por el doctor Barth Green. Primero lo había visto sacar a Elliot Lavigne de un coma sacudiéndolo. Ahora había dado en el clavo con Carter. Me hacía sentir aún más cómodo ante el hecho de que, la semana siguiente, sería él quien se inclinara sobre mí, escalpelo en mano, para intervenir mi columna vertebral. Después, recuperaría mi vida.

Y entonces podría, finalmente, dejar las drogas.

Prórrogas

(Tres semanas después)

Aún no sé exactamente a qué hora desperté después de mi cirugía de columna. Era el 15 de octubre de 1995, en algún momento de las primeras horas de la tarde. Recuerdo haber abierto los ojos y farfullado algo así:

—¡Oh, carajo! ¡Me siento como la mierda! —De pronto, me puse a vomitar profusamente. Con cada arcada un dolor terrible surcaba todas las fibras nerviosas de mi cuerpo. Estaba en la sala de recuperación del hospital de Cirugía Especial de Manhattan, conectado a un goteo que liberaba dosis de morfina pura en mi sangre pulsando un botón. Recuerdo haber sentido una profunda tristeza por el hecho de que hubiese sido necesario someterme a una operación de siete horas para poder obtener un colocón tan fácil sin violar la ley.

La duquesa estaba a mi lado y decía:

—¡Salió todo bien, cariño! ¡Barth dice que te curarás!

Yo asentía antes de sumirme en una sublime narcosis inducida por la morfina.

Me llevaron a casa. Quizá fue una semana más tarde, pero los días parecían fundirse unos con otros. Alan el Químico se mostró muy útil: me llevó quinientos qualuuds a casa el día que

regresé del hospital. Cuando llegó el Día de Acción de Gracias, el 23 de noviembre, ya no quedaba ni uno. Tomar un promedio de dieciocho qualuuds diarios fue toda una demostración de hombría, de la que me sentía terriblemente orgulloso, dado que uno solo alcanza para dejar fuera de combate a un soldado de las fuerzas especiales de cien kilos de peso durante ocho horas.

El Zapatero vino a visitarme y me dijo que había arreglado las cosas con el Detallista, que había aceptado marcharse sin patallar, con sólo una fracción de sus opciones sobre acciones. Luego vino el Detallista y me dijo que algún día se cruzaría con el Zapatero en un callejón oscuro y lo estrangularía con su propia cola de caballo. Danny también me visitó, y me dijo que estaba a punto de cerrar un acuerdo con los gobiernos estatales, de modo que era indudable que tenía por delante veinte años de cielos azules. Luego vino Chozza, y me dijo que Danny había perdido contacto con la realidad, que no existía ninguna posibilidad de un acuerdo con los estados, y que él estaba a la busca de una nueva firma de finanzas donde trasladarse no bien Stratton se desintegrara.

Mientras la caída de Stratton continuaba, Biltmore y Monroe Parker seguían prosperando. Para Navidad habían cortado todos sus vínculos con Stratton, aunque seguían pagándome un millón de dólares por cada nueva emisión que lanzaban. Entretanto, el Chef acudía regularmente para darme las últimas novedades sobre la catástrofe Patricia Mellor, que se seguía desarrollando. Ahora, las herederas de Patricia, Tiffany y Julie, lidiaban con las autoridades impositivas británicas. Circulaban vagos rumores de que el FBI estaba investigando la situación, pero no llegaron citaciones. El Chef me aseguró que todo terminaría bien. Se contactó con el Gran Falsificador, que, interrogado por los gobiernos suizo y estadounidense, no se apartó ni un ápice de la historia falsa que habíamos elaborado juntos. Así que el agente Coleman se encontró en un callejón sin salida.

Y también estaba mi familia. Tras sus difíciles comienzos, Carter crecía sano y feliz. Era absolutamente hermoso, con su cabeza recubierta de un suave vello dorado, rasgos perfectamente simétricos, grandes ojos azules y las pestañas más largas del

mundo. Chandler, la niña genio, ya tenía dos años y medio y se había enamorado profundamente de su hermanito menor. Le gustaba jugar a que era su mamá. Le daba el biberón y supervisaba a Gwynne y Érica cuando le cambiaban los pañales. Chandler era mi mejor compañía, mientras me trasladaba del dormitorio real al sofacama del sótano, sin hacer más que mirar televisión y consumir inmensas cantidades de qualuuds. En consecuencia llegué a ser una consumada maestra en el arte de interpretar el habla confusa, lo que le sería útil, supuse, si en el futuro se dedicaba a trabajar con víctimas de accidentes cerebrovasculares. En cualquier caso, pasaba buena parte del día preguntándome cuándo mejoraría lo suficiente como para volver a llevarla en brazos. Yo le respondía que pronto, aunque dudaba de si algún día me recuperaría del todo.

La duquesa también se comportó de maravilla... Al comienzo. Pero cuando el Día de Acción de Gracias dio paso a Navidad, y Navidad al Año Nuevo, comenzó a perder la paciencia. Yo tenía todo el cuerpo enyesado, lo que me estaba enloqueciendo. Ello me hizo pensar que, como esposo, tenía la obligación de hacer que mi mujer también enloqueciese. Pero el yeso era el menor de mis problemas. La verdadera pesadilla era el dolor, que había empeorado.

De hecho, no sólo sufría del dolor de costumbre, sino de uno nuevo y más profundo, que parecía cebarse en mi médula espinal. Cualquier movimiento repentino lanzaba llamaradas de dolor por mi canal espinal. El doctor Green me dijo que el dolor se iría yendo, pero cada vez era peor.

A comienzos de enero me había sumido en nuevas simas de desesperación. La duquesa intervino. Me dijo que tenía que parar con las drogas y procurar recuperar al menos una apariencia de comportamiento humano normal. Le respondí que el invierno neoyorquino era demasiado para mi cuerpo de treinta y tres años. Era de esperar que, a tan avanzada edad, mis huesos se hubiesen vuelto frágiles. Me recomendó que pasara el invierno en Florida, pero le expliqué que Florida era para ancianos y que, a pesar de que me sentía viejo, aún era un joven de corazón.

De modo que la duquesa tomó las cosas en sus manos y de un día para otro me encontré viviendo en Beverly Hills, en la cima de una gran montaña que dominaba la ciudad de Los Ángeles. Por supuesto que todo el personal se trasladó conmigo, para continuar con *Vidas de los ricos desequilibrados* en la mansión que le alquilé a Peter Morton —famoso por haber creado el Hard Rock Café— por la bicoca de veinticinco mil dólares al mes. Nos dispusimos a pasar el invierno allí. La aspirante a todo repasó su lista de viejas aspiraciones y no tardó en dar con una llamada «aspirante a decoradora de interiores». De modo que cuando nos mudamos ya había nuevos muebles por valor un millón de dólares en la casa, todos dispuestos tal como corresponde.

El único problema era que la casa era tan inmensa, con sus aproximadamente diez mil metros cuadrados, que tuve que considerar la posibilidad de comprarme una silla de ruedas a motor para trasladarme por ella.

Entretanto, no tardé en darme cuenta de que Los Ángeles no es, en realidad, más que un seudónimo de Hollywood, así que tomé unos pocos millones de dólares y me puse a hacer películas. Me tomó unas tres semanas darme cuenta de que todos en Hollywood, yo incluido, estaban un poco chiflados, y que una de las actividades principales eran los almuerzos de trabajo. Mis socios en el negocio cinematográfico eran los integrantes de una pequeña familia de prejuiciosos judíos sudafricanos, ex clientes de Stratton. Eran ejemplares interesantes, con cuerpos de pingüino y narices como agujas.

Me quitaron el yeso en la tercera semana de mayo. ¡Fabuloso! El dolor aún era insoportable, pero ahora podría iniciar la terapia de recuperación. Quizá sirviera de algo. Pero durante la segunda semana sentí que algo cedía en mi espalda y, una semana después, estaba de regreso en Nueva York, caminando con bastón. Pasé una semana en distintos hospitales haciéndome exámenes, todos los cuales dieron resultados negativos. Según Barth, sufría de un desequilibrio del sistema corporal que maneja el dolor. Desde el punto de vista mecánico no había nada malo en mi espalda, nada que se pudiera operar.

Está bien, pensé. No me queda más remedio que refugiarme en el dormitorio real y morir. La mejor manera de hacerlo, pensé, sería con una sobredosis de qualuuds, dado que éstos siempre fueron mi droga favorita. Pero tenía otras opciones. Mi régimen diario de drogas incluía noventa miligramos de morfina, para el dolor; cuarenta miligramos de oxicodona, por si acaso; una docena de Soma, para relajar mis músculos; ocho miligramos de Xanax, para la ansiedad; veinte miligramos de Klonopin, porque era un nombre que daba la idea de que se trataba de algo fuerte; treinta miligramos de Ambien, para el insomnio; veinte qualuuds, porque me gustaban los qualuuds; un gramo o dos de coca, para compensar; veinte miligramos de Prozac, para la depresión; diez miligramos de Paxil, para los ataques de pánico; ocho miligramos de Zofran, para las náuseas; doscientos miligramos de Fiorinal, para las migrañas; ochenta miligramos de Valium, para relajar mis nervios; dos cucharadas colmadas de Senokot, contra la constipación; veinte miligramos de Salagen, para la sequedad de boca, y medio litro de escocés Macallan de pura malta, para pasar todo lo demás.

Un mes más tarde, la mañana del 20 de junio, estaba acostado en el dormitorio real, en estado semivegetativo, cuando la voz de Janet sonó en el intercomunicador.

—Barth Green en línea uno —dijo la voz.

—Que deje un mensaje —farfullé—. Estoy en una reunión.

—Muy gracioso —dijo la impertinente voz—. Dice que tiene que hablarte ahora. O atiendes o voy allí y atiengo por ti. Y deja ese frasco de coca.

Quedé azorado. ¿Cómo sabía? Paseé la mirada por la habitación, buscando una cámara oculta, pero no vi ninguna. ¿La duquesa y Janet me estaban vigilando? ¡Qué entrometidas! Con un suspiro de fatiga dejé mi frasco de coca y atendí.

—Hoa —barboté. Sonaba como Elmer Fudd después de una noche de diversión en el pueblo.

Una voz compasiva:

—Hola, Jordan, soy Barth Green. ¿Cómo sigues?

—Nunca he estado mejor —grazné—. ¿Y tú?

—Oh, muy bien —dijo el buen doctor—. Oye, hace ya unas

semanas que no hablamos, pero me comunico a diario con Nadine, que está muy preocupada por ti. Dice que hace una semana que no sales de la habitación.

—No es nada, Barth —dije—, me encuentro bien. Sólo estoy recuperando fuerzas.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Barth dijo:

—¿Cómo estás, Jordan? ¿Cómo estás, en realidad?

Lancé otro gran suspiro:

—Lo cierto, Barth, es que me rindo. Estoy jodido. Ya no soporto el dolor. No se puede vivir así. Sé que no es tu culpa, así que no creas que te responsabilizo de nada. Sé que hiciste cuanto pudiste. Supongo que simplemente es lo que me tocó, o quizá se trate de un castigo. No importa.

Al instante, Barth repuso:

—Aunque tú estés dispuesto a rendirte, yo no. Seguiré luchando hasta que te vea curado. Y te curarás. Ahora quiero que levantes el culo de la cama y vayas donde tus niños. Míralos bien. Quizá ya no quieras pelear por ti, pero ¿qué tal si lo haces por ellos? Por si no lo has notado, tus hijos están creciendo sin padre. ¿Cuándo fue la última vez que jugaste con ellos?

Traté de contener las lágrimas, en vano.

—No aguanto más —dije, moqueando—. El dolor es abrumador. Se me mete en los huesos. Es imposible vivir así. Extraño mucho a Chandler y Carter apenas si me conoce. Pero estoy dolorido todo el tiempo. El único momento en que no siento dolor es durante los primeros dos minutos después de despertar. Entonces, el dolor regresa en toda su furia y me consume. Ya lo he probado todo, y nada lo detiene.

—Ése es el motivo de mi llamada —dijo Barth—. Quiero que pruebes un nuevo medicamento. No es un narcótico y no tiene efectos colaterales dignos de tener en cuenta. A algunas personas les da un resultado asombroso; personas como tú, con nervios dañados. —Se interrumpió, y oí que respiraba hondo—. Mira, Jordan: tu columna no tiene ningún problema. Soldó a la perfección. El problema es que tienes un nervio dañado, que se dispara cuando no debe hacerlo. ¿Sabes?, en una persona saludable, el dolor es una señal de advertencia para indicarle al cuer-

po que algo anda mal. Pero a veces el sistema hace cortocircuito, en particular después de un trauma grave. E incluso cuando la herida ya se ha curado, los nervios siguen emitiendo señales. Sospecho que eso es lo que te ocurre a ti.

—¿Qué tipo de medicamento es? —pregunté, escéptico.

—Es una droga para la epilepsia, para evitar las convulsiones, pero también funciona en el dolor crónico. Te hablaré con franqueza, Jordan. No es más que una apuesta. Las autoridades aún no han aprobado su uso como droga contra el dolor, y la evidencia que hay es anecdótica. Serás una de las primeras personas de Nueva York que la tome para el dolor. Ya he hablado con tu farmacéutico. En una hora la tendrás.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Lamictal —respondió—. Y, como te he dicho, no tiene efectos secundarios, así que ni te darás cuenta de que la estás tomando. Quiero que te tomes dos píldoras esta noche antes de irte a dormir. Veremos qué ocurre.

A la mañana siguiente me desperté algo después de las ocho y media. Estaba solo en la cama. La duquesa ya estaba en los establos, presa de incontenibles estornudos. A mediodía estaría de regreso en casa, siempre estornudando. Iría al sótano, a su sala de exhibición de ropa para embarazada, y diseñaría un poco más. Yo suponía que algún día incluso consideraría la posibilidad de ponerse a vender.

Así que allí estaba yo, contemplando el fabulosamente caro dosel de seda, a la espera de que el dolor comenzase. Ya iban seis años de insoportable dolor gracias a ese bicho asqueroso, *Rocky*. Pero no sentí el habitual rayo que bajaba por mi pierna izquierda, ni la sensación ardiente en la mitad inferior del cuerpo. Me senté en el borde de la cama antes de ponerme en pie y extender los brazos hacia arriba. Aún no sentía nada. Me doblé ligeramente hacia uno y otro costado. Nada. No era que sintiera menos dolor. No experimentaba dolor alguno. Era como si alguien hubiese accionado un interruptor que lo apagaba. Se había marchado.

De modo que me quedé de pie, en calzoncillos, durante lo que me pareció un tiempo muy largo. Después cerré los ojos, me mordí el labio inferior y me eché a llorar. Apoyé la frente en el borde del colchón y seguí llorando. Ese dolor había dominado seis años de mi vida. Durante los tres últimos había sido tan intenso que literalmente me había arrebatado la vida. Me convirtió en un adicto a las drogas. Me deprimió. Y estar drogado me había llevado a hacer cosas irracionales. De haber estado sobrio nunca hubiese permitido que Stratton llegase a la situación en la que estaba.

¿Cuánto habían influido las drogas en los aspectos más oscuros de mi vida? De haber estado sobrio, ¿habría tenido relaciones con todas esas prostitutas? ¿Habría lavado mi dinero en Suiza? ¿Habría permitido que las prácticas comerciales de Stratton se descontrolaran como lo hicieron? Claro que adjudicar toda la culpa a las drogas era tentador, pero lo cierto era que, aun así, el responsable de mis actos era yo. Mi único consuelo era que ahora, con el desarrollo de Zapatos Steve Madden, estaba viviendo de una manera más honesta.

En ese momento se abrió la puerta. Era Chandler. Dijo:

— ¡Buenos días, papi! Vine a besarte la pupa para que te cures.
— Me besó la parte inferior de la espalda, a uno y otro lado, antes de darme un tercer beso sobre la cicatriz misma de mi espinazo.

Me volví, con los ojos llenos de lágrimas, y me quedé contemplando a mi hija. Ya no era un bebé. Había dejado los pañales mientras yo estaba perdido en mi dolor. Sus facciones se habían vuelto más definidas y, aunque aún no había cumplido los tres años, ya no hablaba como bebé. Le sonreí y dije:

— ¿Sabes una cosa, muñeca? ¡Me curaste la pupa con tu beso! ¡A papi ya no le duele nada!

Prestó atención al momento.

— ¿De veras? —preguntó en tono maravillado.

— ¡Sí, nena! —la tomé por debajo de los brazos e irguiéndome, la alcé por encima de mi cabeza—. ¿Ves, cariño? A papá no le duele nada. ¡Qué bien! ¿No?

Entusiasmada:

— ¿Entonces jugarás afuera conmigo hoy?

—¡Claro que sí! —Y la balanceé en un gran círculo por encima de mi cabeza—. ¡De ahora en adelante jugaré contigo todos los días! Pero antes tengo que darle la buena noticia a mamá.

En tono enterado:

—Está montando a *Leapyear* en los establos, papi.

—Pues entonces, ahí vamos. Pero antes vamos a ver a Carter, quiero darle un gran beso, ¿de acuerdo? —Asintió con vehemencia y emprendimos el camino.

Cuando la duquesa me vio se cayó del caballo.

Literalmente. El caballo fue para un lado ella para el otro. Ahora estaba tirada en el suelo, estornudando y resollando. Le conté mi milagrosa recuperación, y compartimos un maravilloso momento sin preocupaciones. Luego, dije algo que resultó ser terriblemente irónico:

—Deberíamos tomarnos unas vacaciones en el yate. ¡Serían tan tranquilas!

Mal viaje

¡Ahhh, el *Nadine*! Aunque lo detestaba y deseaba que se hundiera, surcar las azules aguas del Mediterráneo a bordo de un yate a motor de cincuenta metros de eslora tiene su gracia. De hecho, los ocho —la duquesa y yo, más seis de nuestros amigos más cercanos— esperábamos pasarlo muy bien a bordo de mi palacio flotante.

Claro que era impensable que nos embarcáramos en tan emocionante travesía sin estar adecuadamente avituallados, así que la noche anterior a nuestra partida recluté a uno de mis amigos más íntimos, Rob Lorusso, para que me acompañara a hacer una recolección de drogas de último momento. Era el hombre ideal para el trabajo; no sólo participaría del viaje, sino que él y yo compartíamos una trayectoria en ese terreno. En una ocasión ambos perseguimos un camión de Federal Express durante tres horas en medio de una furiosa nevada, en una desesperada busca de un envío de qualuuds.

Conocía a Rob desde hacía quince años y lo adoraba. Tenía mi edad, y era propietario de una pequeña empresa de préstamos hipotecarios que se ocupaba de las hipotecas de los strattontitas. Como a mí, le gustaban las drogas, y tenía un maravilloso

sentido del humor. No era particularmente apuesto. Medía aproximadamente un metro setenta y cinco, estaba un poco excedido de peso y tenía una gorda nariz italiana y mentón débil. Pero así y todo, las mujeres lo amaban. Pertenecía a esa rara clase de hombre que puede sentarse a la mesa con una banda de bellezas a las que no conoce, y pedorrearse, eructar y sacarse los mocos y ellas sólo dirían:

—¡Oh, Rob! ¡Eres tan divertido! ¡Te queremos tanto, Rob! ¡Por favor, tírate unos pedos más!

Pero su talón de Aquiles era que se trataba del hombre más avaro del mundo. Tan miserable era que ello le costó su primer matrimonio con una muchacha llamada Lisa, una belleza de cabello oscuro y muchos dientes. Tras dos años de casados ella se hartó de que él resaltara las llamadas que le correspondían en la cuenta de teléfono, y decidió tener un romance con un donjuán local. Rob la sorprendió en pleno acto y, poco después, se separaron.

A partir de entonces Rob comenzó a salir con distintas chicas, pero todas resultaron tener algún problema. Una tenía los brazos más peludos que un gorila; a otra le gustaba envolverse en plástico de cocina y fingir que era un cadáver cuando mantenían relaciones sexuales; otra se negaba a todo sexo que no fuese anal, mientras que otra (mi preferida) le ponía cerveza a los cereales del desayuno. Su última novia, Shelly, haría parte de la travesía. Era muy bonita, por más que tuviese cierto aspecto perruno. Además, tenía el extraño hábito de deambular con una Biblia en la mano, citando incomprensibles pasajes. En mi opinión ella y Rob durarían un mes.

Mientras Rob y yo nos surtíamos de provisiones de último momento, la duquesa gateaba por la senda de entrada recogiendo guijarros. Era la primera vez que se separaba de los niños y, quién sabe por qué, ello la inspiró a hacer manualidades. De modo que hizo a los niños una obra que representaba nuestro viaje para que lo siguieran desde casa. Se trataba de una caja de zapatos muy caros, que originalmente había contenido unos Manolo Blahnik de mil dólares, llena de pequeños guijarros que después cubrió con una capa de papel de aluminio. Sobre el alu-

minio, la hábil duquesa pegó dos mapas, uno de la Riviera italiana, otro de la francesa, además de una docena de fotos satinadas de esos lugares que recortó de revistas de viaje.

Antes de partir rumbo al aeropuerto fuimos al cuarto de juegos de los niños para despedirnos. Carter ya tenía casi un año e idolatraba a su hermana mayor, aunque no tanto como a su madre. Lloraba desconsoladamente si ésta salía del baño sin secarse el cabello. Sí, Carter prefería que su madre tuviese el pelo rubio. Y, cuando estaba húmedo, se veía demasiado oscuro para su gusto. Hasta el menor atisbo de la duquesa con la cabeza mojada hacía que, señalando sus cabellos, chillase con toda la fuerza de sus diminutos pulmones:

—¡Noooooooooooooooooooo! ¡Noooooooooooooooooooo!

Yo solía preguntarme cuál sería su reacción cuando se enterara de que el cabello de su madre era rubio porque se lo teñía. Supuse que, cuando creciera, la psicoterapia lo ayudaría a resolver el tema. De cualquier modo, en ese momento se lo veía de muy buen talante, radiante, de hecho. Miraba arrobado a Chandler, que presidía una corte de cien muñecas Barbie dispuestas en un círculo perfecto.

La artística duquesa y yo nos sentamos con ellos en la alfombra y les presentamos la perfecta caja a nuestros perfectos hijos.

—Cada vez que extrañéis a mamá y a papá —explicó la duquesa—, todo lo que tenéis que hacer es sacudir esta caja de los deseos y sabremos que estáis pensando en nosotros. —Entonces, para mi sorpresa, la habilidosa duquesa sacó una segunda caja de los deseos, idéntica a la primera, y añadió—: ¡Y mamá y papá tendrán su propia caja de los deseos! Así que, cada vez que os extrañemos, la agitaremos para que sepáis que estamos pensando en vosotros.

Chandler entornó los ojos y se tomó un momento para pensarlo.

—¿Pero cómo tendré la certeza de que funciona? —preguntó en tono escéptico. No compraba el programa de las cajas de los deseos con tanta facilidad como hubiese querido la duquesa.

Le dirigí una cálida sonrisa a mi hija.

—Fácil, muñeca. Pensaremos en vosotros todo el tiempo, ¡así que cada vez que pienses que estamos pensando en vosotros, así será!

Se produjo un silencio. Miré a la duquesa, que me contemplaba con la cabeza ladeada y una expresión que decía: «¿Qué mierda acabas de decir?». Luego miré a Chandler, que tenía la cabeza ladeada en el mismo ángulo que su madre. ¡Las chicas se unían contra mí! Pero a Carter la caja de los deseos lo tenía sin cuidado. Con una sonrisa complacida emitía un arrullo. Al parecer estaba de mi lado.

Besamos a nuestros hijos, volvimos a decirles que los queríamos más que a la vida misma y emprendimos rumbo al aeropuerto. En diez días volveríamos a ver sus rostros sonrientes.

Los problemas comenzaron en cuanto aterrizamos en Roma.

Los ocho —Nadine, yo, Rob y Shelley, Bonnie y Ross Portnoy (mis amigos desde la infancia) y Ophelia y Dave Ceradini (amigos de la duquesa desde la infancia)— nos encontrábamos retirando nuestros equipajes en el aeropuerto Leonardo Da Vinci cuando la duquesa dijo en tono de incredulidad:

—¡No puedo creerlo! ¡George se olvidó de despachar mis maletas! ¡Ahora no tengo ropa! —dijo estas últimas palabras con un puchero.

Sonreí y dije:

—Tranquila, amor. Haremos como esa pareja que perdió el equipaje en el vuelo de American Express, sólo que gastaremos diez veces más que ellos, ¡y estaremos diez veces más drogados cuando lo hagamos!

Ophelia y Dave se acercaron a consolar a la afligida duquesa. Ophelia era una belleza española de ojos oscuros que, de patito feo, se había convertido en deslumbrante cisne. Lo mejor que tenía era que, como durante su infancia había sido espantosamente fea, no le había quedado otro remedio que desarrollar una gran personalidad.

Dave tenía un aspecto de lo más corriente. Fumaba un cigarrillo tras otro y se bebía ocho mil tazas de café al día. Era más

bien callado, aunque se podía contar con que festejara los chistes de mal gusto que Rob y yo hacíamos.

A Dave y Ophelia les gustaba lo aburrido; no eran adictos a la acción, como Rob y yo. Bonnie y Ross se aproximaron para participar de la diversión. El rostro de Bonnie era una máscara de Valium y BuSpar, tranquilizantes que había tomado antes de abordar el vuelo. Durante mi adolescencia, Bonnie era la rubia que todos los chicos del vecindario, yo incluido, se querían follar. Pero yo no le interesaba a Bonnie. Le gustaban los muchachos mayores que ella. También que fueran malos. A los dieciséis años se acostaba con un vendedor de marihuana de treinta y dos que ya había pasado una temporada en la cárcel. Diez años más tarde, a los veintiséis, se casó con Ross, quien acababa de cumplir una condena por venta de cocaína. Lo cierto era que Ross no era un traficante de cocaína, sino un tonto con mala suerte que procuró ayudar a un amigo. Pero de todos modos sus credenciales eran suficientes como para tirarse a la voluptuosa Bonnie, quien para ese momento, ¡ay!, ya no era tan deseable como antes.

Ross era un buen invitado para el yate. Consumía drogas si las había, era razonablemente bueno para el buceo, pescaba más o menos bien y tenía buena disposición para hacer recados, si hacía falta. Era bajo y moreno, con cabello negro rizado y un espeso bigote. Ross tenía una lengua afilada, aunque sólo en lo que hacía a Bonnie, a quien no dejaba de recordarle que era una idiota. Pero, más que nada, Ross se enorgullecía de ser todo un hombre o, al menos, un hombre acostumbrado a la naturaleza y dado a desafiar los elementos.

La duquesa aún parecía abatida, así que le dije:

—¡Vamos, Nadine! ¡Nos tomaremos unos qualuuds e iremos de compras, como en los viejos tiempos! ¡Tomar y comprar! ¡Tomar y comprar! —me puse a repetir esas últimas palabras como si fuesen el estribillo de una canción.

—Quiero hablarte a solas —dijo la duquesa, apartándome de nuestros invitados.

—¿De qué? —pregunté en tono inocente, por más que no me sentía del todo inocente. Rob y yo nos habíamos descontrolado

un poco en el avión y la paciencia de la duquesa comenzaba a agotarse.

—No me gusta que tomes tantas drogas. Tu espalda está mejor, así que no entiendo por qué lo haces. —Meneó la cabeza, con expresión de decepción—. Siempre lo dejé pasar por lo de tu espalda, pero ahora... bueno, no sé. No parece algo bueno, querido.

Se estaba mostrando terriblemente razonable, muy tranquila, de hecho serena. Así que me pareció que era mi deber contestarle con una mentira bien gorda:

—En cuanto termine el viaje las dejaré, Nadine, te lo prometo. Te lo juro por Dios. Esto es lo último —alcé la mano, como los *boy scouts* cuando prestan juramento.

Se produjeron unos segundos de incómodo silencio.

—Bien —dijo en tono escéptico—. Pero te tomo la palabra.

—Muy bien, porque eso es lo que quiero. ¡Ahora vamos de compras!

Metí la mano en el bolsillo y saqué tres qualuuds. Partí uno y le di la mitad a la duquesa.

—Toma —dije—. Medio para ti, dos y medio para mí.

La duquesa tomó su magra dosis y se dirigió a la fuente de agua. La seguí. Pero por el camino volví a meter la mano en el bolsillo y saqué otros dos qualuuds. A fin de cuentas, si vale la pena hacer algo mejor hacerlo cuanto antes.

Tres horas después íbamos en limusina, bajando por el empinado camino que lleva al puerto de Civitavecchia. La duquesa tenía un guardarropa nuevo. Yo estaba en tal estado de posqualuud que apenas si podía mantener los ojos abiertos. Necesitaba con desesperación dos cosas: movimiento y una siesta. Estaba en esa extraña etapa del efecto de los qualuuds llamada «fase del movimiento», en la que no soportas quedarte en un mismo lugar durante más de un segundo seguido. Es como tener hormigas en el culo, pero por efecto de la droga.

El primero en notar algo raro fue Dave Ceradini.

—¿Por qué hay ese oleaje en el puerto? —Señaló por la ventana, y los ocho miramos.

En efecto, las grises aguas se veían terriblemente agitadas. Diminutos remolinos se formaban en todas partes.

Ophelia me dijo:

—Ni a Dave ni a mí nos gusta el mar agitado. Nos mareamos.

—Yo también —dijo Bonnie—. ¿No podemos esperar a que el agua se calme?

Ross respondió por mí:

—Eres una imbécil, Bonnie. El barco tiene cincuenta metros de eslora; soporta a la perfección un poco de oleaje. Además, lo del mareo está todo en la mente.

Decidí calmar los temores de todos.

—Hay parches contra el mareo a bordo —dije en tono confiado—. Así que si eres propensa al mareo, tómate uno en cuanto embarquemos.

Cuando llegamos al pie de la colina noté que todos nos habíamos equivocado.

No se trataba de olas pequeñas, sino de olas... ¡caray! ¡Nunca había visto algo así! Dentro del puerto las olas tenían más de un metro y parecían cruzarse unas con otras sin una dirección especial. Era como si el viento soprase simultáneamente desde todos los cuadrantes.

La limusina dobló a la derecha y vimos al *Nadine*, que se elevaba, majestuoso, por encima todos los demás yates. ¡Dios mío! ¡Cuánto lo odiaba! ¿Por qué mierda lo habría comprado? Volviéndome a nuestros invitados, dije:

—¿No es hermosísimo?

Todos asintieron. Entonces, Ophelia dijo:

—¿Por qué hay olas dentro del puerto?

La duquesa dijo:

—No te preocupes, Ophelia. Si está demasiado agitado, esperaremos.

¡Ni lo sueñes!, pensé. Movimiento... movimiento... necesitaba movimiento.

La limusina nos llevó hasta el extremo del embarcadero, donde nos aguardaba el capitán Marc. Junto a él estaba John, el primer oficial. Ambos llevaban los uniformes del *Nadine*, a saber, camisetas de polo con cuello abotonado, pantalones cortos

de navegación azules y mocasines náuticos de lona gris. Cada prenda lucía la insignia del *Nadine*, diseñada por Dave Ceradini a cambio de la insignificante suma de ocho mil dólares.

La duquesa le dio un gran abrazo al capitán Marc.

—¿Por qué está tan agitado el mar? —preguntó.

—Es una tormenta que ha aparecido de repente —dijo el capitán—. Hay olas de entre dos y medio y tres metros de alto. —Deberíamos —tomé nota del condicional— esperar a que se calme un poco antes de poner rumbo a Cerdeña.

—¡A la mierda con eso! —farfullé—. ¡Necesito moverme ahora mismo!

La duquesa se apresuró a aguarme la fiesta.

—No vamos a ningún lado si el capitán no dice que no hay peligro.

Sonreí a la duquesa, tan consciente de la seguridad, y dije:

—¿Por qué no embarcas y les quitas los precios a tu nueva ropa? ¡Estamos en el mar querida, y aquí soy un dios!

La duquesa alzó la vista al cielo.

—Eres un jodido idiota y no sabes nada de navegación. —Se volvió hacia el grupo—: Vamos, chicas, lo dice el dios del mar. —Ante eso, las mujeres se rieron de mí. Luego ascendieron por la pasarela en fila india, siguiendo a su bienamada jefa, la Duquesa de Bay Ridge.

—No puedo quedarme quieto en el puerto, Marc. Estoy saliendo de un buen viaje de qualuuds. ¿A qué distancia está Cerdeña?

—A unos ciento cincuenta kilómetros, pero quién sabe cuánto tardaremos si zarpamos ahora. Tendremos que ir con lentitud. Hay olas de dos metros y medio y las tormentas son impredecibles en esta parte del Mediterráneo. Tendríamos que cerrar y trabar las escotillas y atar todo el mobiliario del salón. —Encogió sus cuadrados hombros—. Incluso así, podríamos sufrir algunos daños en el interior; platos y jarrones rotos, quizás algunos vasos. Podríamos llegar a hacerlo, pero te sugiero enfáticamente no intentarlo.

Miré a Rob, quien apretó los labios y me dedicó una cabezada, como diciendo: «¡Hagámoslo!». Dije:

—¡Ahí vamos, Marc! —agité un puño en el aire—. ¡Será una aventura fabulosa, digna de un libro de récords!

El capitán Marc sonrió y meneó su cabeza cuadrangular. Embarcamos y nos dispusimos a zarpar.

Quince minutos más tarde estaba recostado en una muy confortable colchoneta en el puente, mientras una camarera de cabello oscuro llamada Michelle me servía un Bloody Mary. Como los demás tripulantes, vestía el uniforme del *Nadine*.

—Aquí tiene, señor Belfort —dijo Michelle con una sonrisa—. ¿Quiere algo más?

—Sí, Michelle. Sufro de una rara enfermedad que requiere que beba uno de éstos cada quince minutos. Y es por orden del médico, Michelle, así que, por favor, pon tu cronómetro de cocina, porque si no iré a parar al hospital.

Rió.

—Lo que usted diga, señor Belfort. —Comenzó a alejarse.

—¡Michelle! —llamé en voz lo bastante alta como para que me oyera por sobre el viento y el rugido de los motores.

Cuando se volvió hacia mí, le dije:

—Si me duermo, no me despiertes. Sólo sigue trayendo los Bloody Mary cada quince minutos y déjalos junto a mí. Los beberé cuando despierte, ¿de acuerdo?

Me respondió alzando el pulgar antes de bajar por las muy empinadas escaleras que llevaban al puente inferior, donde se guardaba el helicóptero.

Miré mi reloj. Era la una del mediodía, hora de Roma. En ese preciso instante, cuatro qualuuds se disolvían en mi estómago. En quince minutos más estaría disfrutando de su cosquilleo y, al cabo de otros quince, dormiría profundamente. Cuánta tranquilidad, pensé, despachando mi Bloody Mary. Respiré hondo y cerré los ojos. ¡Qué buen descanso!

Me despertó algo que me parecieron gotas de lluvia. Pero el cielo estaba azul, lo que me confundió. Miré a mi derecha y vi ocho vasos llenos a rebosar de Bloody Mary. Cerré los ojos y respiré hondo. Aullaba un viento feroz. Volví a sentir gotas de lluvia. ¿Qué demonios era? ¿La duquesa volvía a tirarme agua?

Pero no se la veía en ningún lado. Me encontraba solo en el puente.

El yate se inclinó de una manera muy inquietante, hasta adoptar un ángulo de cuarenta y cinco grados. De pronto, oí un gran estrépito. Al cabo de un instante, un denso muro de agua gris se asomó por sobre la borda y se recurvó sobre el puente antes de estrellarse sobre mí, empapándome de pies a cabeza.

¿Qué diablos estaba pasando? El puente estaba a unos buenos nueve metros por encima del nivel del mar y... ¡oh, mierda!, ¡oh, mierda! ¡El yate volvía a zambullirse. Ahora, caí de costado y los Bloody Mary cayeron sobre mí.

Me senté, miré hacia el costado y, ¡mierda!, las olas debían tener unos seis metros de alto y eran más anchas que edificios. Perdí el equilibrio. Caí de la colchoneta a la cubierta de teca. Los vasos de Bloody Mary me siguieron, haciéndose trizas.

Gateé hasta la borda y, aferrándome a una barandilla cromada, me paré. Miré hacia atrás y ¡mierda! ¡El *Chandler*! El *Chandler* era una nave auxiliar para bucear, de doce metros de eslora, que llevábamos a remolque amarrada con dos gruesos cabos. Aparecía y desaparecía por entre las crestas y senos de las gigantes olas.

Volví a ponerme a cuatro patas y gateé hasta las escaleras. Parecía como si el yate se estuviese haciendo pedazos. Para el momento en que bajé, a gatas, hasta la cubierta principal, estaba totalmente empapado y vapuleado. Entré en el salón principal a los tropezones. Todos los demás estaban sentados sobre la alfombra con estampado de leopardo, acurrucados y formando un estrecho círculo. Se cogían de las manos y tenían puestos los chalecos salvavidas. Cuando la duquesa me vio, se separó del círculo y gateó hacia mí. Pero, de pronto, el barco comenzó a escorarse marcadamente hacia babor.

—¡Cuidado! —grité al ver que la duquesa salía rodando antes de estamparse contra una pared. Un instante después, un antiguo jarrón chino salió volando y se estrelló contra una ventana por sobre la cabeza de la duquesa, rompiéndose en mil pedazos.

Entonces, el barco se enderezó. Caí sobre manos y rodillas y gateé rápidamente hacia mi mujer.

—¿Estás bien, cariño?

Me miró, rechinando los dientes.

—¡Tú, jodido dios del mar! ¡Si salimos con vida de este puto barco, te mataré! ¡Estamos a punto de morir! ¿Qué ocurre? ¿Por qué son tan grandes las olas? —me clavó sus enormes ojos azules.

—No sé —dije, a la defensiva—. Estaba durmiendo.

La duquesa me miró, incrédula.

—¿Que estabas durmiendo? ¿Cómo mierda vas a dormir en medio de esto? ¡Nos vamos a hundir! Ophelia y Ron están muy mareados. Ross y Bonnie también... ¡Y también Shelly!

En ese momento, Rob se me acercó a gatas, con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Vaya aventura!, ¿eh? ¡Siempre he querido morir en alta mar!

La afligida duquesa:

—¡Cierra la puta boca, Rob! ¡Tú eres tan culpable como mi marido! Ambos sois completamente idiotas.

—¿Dónde están los qualuuds? —farfulló Rob—. Me niego a morir sobrio.

Asentí.

—Tengo unos en el bolsillo... toma —y, metiendo la mano en el bolsillo, saqué un puñado, del que le entregué cuatro.

—¡Dame uno de éstos! —ladró la duquesa—. Necesito relajarme.

Le sonreí. ¡Eso era una buena esposa!

—Toma, cariño —dije, entregándole un qualuud.

Miré a Ross, el bravo aficionado al aire libre, que se nos acercaba, arrastrándose.

—Dios mío —susurraba—. Tengo que salir de este barco. Tengo una hija. No... no... no... puedo dejar de vomitar. ¡Por favor, sacadme de aquí!

Rob me dijo:

—Vamos a la cabina de mando y veamos qué está ocurriendo.

Miré a la duquesa:

—Espérame aquí, cariño. Enseguida regreso.

—¡Ni lo sueñes! Voy con vosotros.

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, vamos.

—Yo me quedo aquí —dijo el valiente hombre de los bosques, y emprendió el regreso al grupo, gateando y con el rabo entre las patas. Miré a Rob y ambos nos echamos a reír. Al seguir camino pasamos frente a un bar bien surtido.

Rob detuvo su gateo y dijo:

—Creo que deberíamos beber unos tragos de tequila.

Miré a la duquesa. Asintió. Le dije a Rob:

—Ve a buscar la botella.

Treinta segundos después, siempre gateando, regresaba, botella en mano. Desenroscó la tapa y le pasó la botella a la duquesa, que bebió un enorme trago. ¡Qué mujer!, pensé. A continuación, Rob y yo bebimos. Rob volvió a enroscar la tapa y estrelló la botella contra una pared. Se hizo mil pedazos. Sonrió.

—Siempre quise hacer algo por el estilo.

La duquesa y yo intercambiamos una mirada.

Una corta escalera comunicaba la cubierta con la cabina de mando. Mientras la ascendíamos, dos marineros, ambos llamados Bill, comenzaron a bajarla a toda velocidad. Saltaron, literalmente, por encima de nosotros y siguieron corriendo.

—¿Qué ocurre? —grité.

—Acabamos de perder la plataforma de zambullido —gritó uno de los Bill—. El salón principal se anegará si no aseguramos las puertas traseras. —Ambos continuaron su carrera.

Una actividad como la de una colmena bullía en la cabina de mando. Era un espacio pequeño, de unos dos metros y medio por tres y medio, de techo muy bajo. El capitán Bob aferraba el antiguo timón de madera con las dos manos. Cada pocos segundos soltaba la diestra para accionar los dos aceleradores, procurando mantener la proa enfilada hacia las olas. John, el primer oficial, estaba de pie junto a él. Se asía de un tubo de metal con la mano izquierda para mantener el equilibrio. Con la derecha sostenía unos binoculares frente a los ojos. Tres camareras estaban sentadas en un banco de madera, con los brazos enlazados y lágrimas en los ojos. Por entre el incesante crujido de la estática, la radio berreaba: *¡Alerta de tormenta! ¡Alerta de tormenta!*

—¿Qué mierda pasa? —le pregunté al capitán Marc.

Meneó la cabeza con aire grave.

—¡Estamos jodidos! La tormenta acaba de empezar. Las olas tienen seis metros y siguen creciendo.

—Pero el cielo sigue azul —dije con tono inocente—. No entiendo.

La duquesa, furiosa, dijo:

—¿Qué mierda importa el color del cielo? ¿Podemos regresar al puerto, Marc?

—De ningún modo —dijo—. Si viramos, volcamos.

—¿Puedes mantenernos a flote? —pregunté—. ¿O pedimos que nos rescaten?

—Saldremos de ésta —dijo—, pero se va a poner feo. Los cielos azules están por desaparecer. Estamos entrando directamente en una borrasca de grado ocho.

Veinte minutos después sentí que los qualuuds comenzaban a detonar.

—Dame un poco de coca —le susurré a Rob. Miré en dirección a la duquesa para ver si me había oído.

Al parecer, sí. Meneó la cabeza:

—Juro que os falta un tornillo.

Pero unas dos horas después, cuando las olas ya llegaban a los nueve metros, o más, de altura, las cosas se empezaron a poner feas de verdad. En el tono de un hombre condenado, el capitán Marc dijo:

—¡Mierda! No me digas que... —Un instante después chilló—: ¡Ola monstruo! ¡Sujétense!

¿Ola monstruo? ¿Qué carajo era eso? Me enteré un segundo más tarde, al mirar por la ventana. Todos los ocupantes de la cabina de mando gritaron al unísono:

—¡Putá mierda! ¡Ola monstruo!

Debía de tener al menos dieciocho metros de alto, y se acercaba a toda velocidad.

—¡Sujétense! —gritó el capitán Marc. Enlacé mi brazo derecho a la delgada cintura de la duquesa y la estreché contra mí. Incluso ahora olía bien.

De pronto, el barco comenzó a alzarse en un ángulo increí-

ble, hasta casi quedar vertical. El capitán Marc aceleró al máximo, el barco dio un salto hacia adelante y comenzamos a ascender por la pendiente de la ola monstruo. Repentinamente, el barco pareció quedar inmóvil. Entonces, la cresta de la ola asomó por sobre la cabina de mando, antes de romper con la potencia de mil toneladas de dinamita, ibuuuum!

Todo se puso negro. Sentí como si el barco nunca fuese a salir de debajo del agua, pero finalmente emergimos. Ahora estábamos escorados hacia babor en un ángulo de sesenta grados.

—¿Están todos bien? —preguntó el capitán Marc.

Miré a la duquesa. Asintió.

—Estamos bien —dije—. ¿Y tú, Rob?

—Nunca estuve mejor —murmuró—, pero me muero de ganas de mear. Voy abajo a ver cómo siguen los demás.

Cuando Rob bajaba por las escaleras, uno de los Bills subió a escape, vociferando:

—¡La escotilla de proa se ha abierto! ¡Nos estamos hundiendo por la proa!

—Bueno —dijo la duquesa meneando la cabeza con aire resignado—, ése sí es un problema. ¡Qué vacaciones de mierda!

El capitán Marc tomó el micrófono del radiotransmisor y pulsó el botón.

—¡Mayday! —dijo en tono apremiante—. Habla el capitán Marc Elliot, a bordo del yate *Nadine*. Estamos en emergencia. Nos encontramos a cincuenta millas de la costa de Roma, hundiéndonos por la proa. Solicitamos socorro urgente. Hay diecinueve personas a bordo. —Luego se inclinó y se puso a leer unos números trazados por diodos anaranjados en el monitor de la computadora. Le estaba transmitiendo nuestras coordenadas a la guardia costera italiana.

—¡Trae la caja de los deseos! —ordenó la duquesa—. Está abajo, en nuestro camarote.

La miré como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué estás...?

La duquesa me interrumpió:

—¡Busca la caja de los deseos! —chilló—. ¡Ahora mismo!

Respiré hondo.

—Muy bien, ya va, ya va. Pero estoy muerto de hambre.

—Miré al capitán Marc.

—¿Puedes decirle al cocinero que me haga un bocadillo?

El capitán Marc se echó a reír.

—¿Sabes?, eres un loco hijo de puta. —Meneó su cabeza cuadrada. —Le diré al cocinero que nos haga bocadillos a todos. Será una larga noche.

—Eres el mejor —dije, dirigiéndome a las escaleras—. Y que también mande algo de fruta fresca. —Luego, me apresuré a bajar.

Encontré a mis invitados en el salón principal, aterrados y atados entre sí con una amarra. Pero yo no estaba nada preocupado. Sabía que pronto la guardia costera italiana llegaría a salvarnos. En pocas horas estaríamos sanos y salvos y me sacaría de encima ese elefante blanco flotante. Les pregunté a mis invitados:

—¿Estáis pasando unas buenas vacaciones?

Nadie rió.

—¿Vendrán a rescatarnos? —preguntó Ophelia.

Asentí.

—El capitán Marc acaba de mandar un Mayday. Todo saldrá bien, amigos. Debo ir abajo. Enseguida regreso. —Me dirigí a las escaleras, pero antes de llegar, otra inmensa ola nos golpeó, haciendo que me estrellara contra una pared. Rodé hasta quedar a gatas otra vez y comencé a gatear hacia las escaleras.

En ese momento, uno de los Bill pasó junto a mí, gritando:

—¡Perdimos el *Chandler*! ¡Se ha soltado!

Cuando llegué al pie de las escaleras me paré agarrándome a una barandilla. Fui a tropezones hasta nuestro camarote, y allí estaba la puta caja de los deseos, sobre la cama. La tomé, regresé a la cabina de mando y se la di a la duquesa. Cerró los ojos y se puso a agitarla, de modo que las piedrecitas que contenía sonaran.

Le dije al capitán Marc:

—Quizá pueda salir del barco en el helicóptero. Puedo llevar a cuatro personas por viaje.

—Olvídalo —dijo—. Con el mar así sería un milagro que des-

pegaras sin estrellarte. Y aun si lo lograras te sería imposible regresar y aterrizar.

Tres horas más tarde, los motores seguían funcionando, pero no avanzábamos. Estábamos rodeados de cuatro inmensos buques cargueros. Habían oído nuestra petición de rescate y procuraban protegernos de las olas. Ya era casi de noche y aún no venían a rescatarnos. La proa apuntaba hacia abajo en un marcado ángulo. Torrentes de lluvia golpeaban los ventanales, las olas rondaban los diez metros de altura y los vientos soplaban a cincuenta nudos o más. Pero ya no tropezábamos. Nos habíamos habituado al movimiento del barco.

El capitán Marc habló por radio con la guardia costera italiana durante lo que pareció una eternidad. Finalmente me dijo:

—Hay un helicóptero encima de nosotros. Va a bajar una cesta, así que todos deben subir al puente. Primero cargaremos a las pasajeras, después a las mujeres de la tripulación, después los invitados. A continuación irán los hombres de la tripulación, y después de ellos, yo. Y diles a todos que los bolsos no están permitidos. Sólo pueden llevar lo que les quepa en los bolsillos.

Miré a la duquesa y sonreí.

—Bueno, ¡despídete de tu ropa nueva!

Encogiéndose de hombros dijo alegremente:

—¡Bueno, siempre podemos comprar más! —Me tomó del brazo y bajamos las escaleras.

Tras explicarles a todos el programa, me llevé a Rob aparte y le dije:

—¿Tienes los qualuuds?

—No —dijo, sombrío—. Están en tu camarote. Hay como un metro de agua ahí, ahora, seguramente más.

Respiré hondo y exhalé poco a poco.

—Te diré algo, Rob; tengo un cuarto de millón en efectivo ahí abajo y no me puede importar menos. Pero tenemos que rescatar esos putos qualuuds. Hay doscientos. Perderlos sería una aberración.

—Ya lo creo —dijo Rob—. Yo los busco. —En veinte segundos, estaba de regreso—. He sufrido una descarga —murmuró—. Debe de haber un cortocircuito ahí abajo, ¿qué hago?

No dije nada. Me limité a mirarlo a los ojos y agitar el puño en el aire una única vez, como si dijese: «¡Tú puedes hacerlo, soldado!».

Rob asintió con la cabeza y dijo:

—Si me electrocuto, quiero que le des siete mil dólares a Shelly para que se agrande los senos. ¡Me está volviendo loco con eso desde el día que la conocí!

—Dalo por hecho —dije, magnánimo.

Tres minutos después, Rob regresaba con los qualuuds.

—¡Por Dios! ¡Eso dolió! ¡Creo que tengo quemaduras de tercer grado en los pies! —Sonrió y añadió:

—Pero ¿quién es mejor que yo?, ¿eh?

Sonreí con aire enterado.

—Nadie, Lorusso. Eres el jefe.

Cinco minutos después todos habíamos salido a la cubierta y contemplábamos, espantados, cómo la canasta de rescate oscilaba como treinta metros hacia uno y otro lado por encima de nosotros. Estuvimos allí durante unos buenos treinta minutos, mirando y esperando mientras nuestros ánimos caían cada vez más. Entonces, el sol desapareció bajo el horizonte.

En ese momento John salió a cubierta. Parecía aterrado.

—Todos deben bajar —ordenó—. El helicóptero se ha quedado sin combustible y ha tenido que regresar. Tendremos que abandonar el barco. Va a hundirse.

Lo miré atónito.

—Son órdenes del capitán —añadió—. El bote salvavidas está en popa, en el lugar que ocupaba la plataforma de zambullido. ¡Vamos! —hizo gesto de que lo siguiéramos.

¿Un bote inflable?, pensé. ¿Con olas de quince metros de alto? ¿Estaba hablando en serio? Parecía una locura. Pero eran órdenes del capitán, así que todos lo seguimos obedientemente. Llegamos a popa, donde cada Bill tenía un extremo de un bote inflable de un vivo color anaranjado. En el momento en que lo posaron sobre el agua el océano se lo llevó.

—¡Bien, pues! —dije con una sonrisa irónica—. Creo que lo del bote inflable no va a funcionar. —Volviéndome a la duquesa, le tendí la mano—. Ven, vamos a hablar con el capitán Marc.

Le expliqué al capitán Marc lo ocurrido con el bote.

—¡Maldita sea! —farfulló—. Les dije a esos muchachos que no pusieran el bote en el agua sin amarrarlo antes... ¡Mierda! —Respiró hondo y recuperó la compostura. —Muy bien —dijo—. Les explico cómo van las cosas: sólo nos queda un motor. Si deja de funcionar ya no podré maniobrar el barco y volcaremos. Quiero que se queden aquí arriba. Si el barco vuelca, salten por la borda y naden tan lejos como les sea posible. Cuando el barco se hunda producirá una fuerte corriente que los arrastrará hacia abajo. Así que pataleen y busquen mantenerse en la superficie. El agua está lo suficientemente caliente como para sobrevivir en ella todo el tiempo que sea necesario. Hay un destructor de la armada italiana a unos ochenta kilómetros y viene hacia aquí. Harán otro intento de rescate con sus hombres de las fuerzas especiales. La tormenta es demasiado fuerte para la guardia costera.

Asentí y le dije:

—Bajaré a decírselo a los demás.

—No —ordenó—. Ustedes dos se quedan aquí. Nos podemos ir a pique en cualquier momento y quiero que estén juntos. —Se volvió a John—. Ve abajo y explícales todo a los pasajeros.

Dos horas después el barco apenas si conseguía mantenerse a flote. Por entre la estática llegó un mensaje a la radio. Había un nuevo helicóptero volando sobre nosotros, de las fuerzas especiales italianas.

—Muy bien —dijo el capitán Marc con una desquiciada sonrisa en el rostro—. Van a bajar a uno de sus comandos con un cable. Pero antes debemos tirar nuestro helicóptero por la borda para hacerle sitio.

—Estás bromeando —le dije con una sonrisa.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la duquesa, poniéndose la mano sobre la boca.

—No —respondió el capitán Marc—. No bromeo. Voy a buscar mi cámara de vídeo. Esto hay que registrarlo para la posteridad.

John se quedó a cargo de los controles mientras el capitán Marc y yo nos dirigíamos a la cubierta del helicóptero, acompa-

ñados de ambos Bill y de Rob. Una vez allí, el capitán le dio la cámara de vídeo a un Bill y soltó rápidamente los soportes que mantenían al helicóptero sujeto. Luego, me puso frente al aparato y me pasó un brazo por el hombro.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Quiero que digas unas pocas palabras para nuestro público.

Miré a la cámara y dije:

—¡Hola! ¡Estamos por tirar un helicóptero al Mediterráneo! ¿No es genial?

El capitán Marc añadió:

—¡Sí! ¡Es la primera vez que se hace en la historia de la navegación! ¡Y quien lo hará será el propietario del yate *Nadine*!

—Sí —dije—, y si morimos, quiero que todos sepan que la idea de embarcarnos en esta absurda travesía fue mía. Obligué al capitán Marc a hacerlo, así que merece un entierro decente.

Así terminó nuestra transmisión. El capitán Marc dijo:

—Muy bien. Espera a que nos golpee una ola y el barco se incline hacia la derecha; entonces, empujamos todos al mismo tiempo. —Cuando el yate se inclinó hacia la derecha, todos hicimos fuerza hacia arriba y el helicóptero cayó. Corrimos a la borda y lo vimos desaparecer bajo la superficie en menos de diez segundos.

Dos minutos después, diecisiete personas estábamos en cubierta a la espera de que nos rescatasen. El capitán Marc y John seguían en la cabina de mando, procurando mantener el yate a flote. Un helicóptero Chinook de dos hélices volaba treinta metros por encima de nosotros. Estaba pintado de color verde oliva y era sencillamente gigantesco. Incluso desde esa distancia el rugido de su doble hélice era ensordecedor.

De pronto, un comando saltó del helicóptero y comenzó a descender por un grueso cable metálico. Estaba vestido con equipo completo de las fuerzas especiales, enfundado de pies a cabeza en un traje de neopreno negro con una ceñida capucha. Llevaba una mochila al hombro y algo que parecía una pistola lanzaarpones colgando junto a una de sus piernas. Se columpiaba en un inmenso arco que lo hacía recorrer unos treinta metros hacia uno y otro lado. Cuando estaba a menos de diez metros

por encima del yate, tomó su pistola, apuntó y disparó, clavando el arpón en el yate. Diez segundos después el comando estaba sobre cubierta. Lucía una amplia sonrisa y alzaba el pulgar. Al parecer se estaba divirtiendo como nunca.

Nos fueron alzando a todos los dieciocho a la seguridad del helicóptero. Se produjo un momento de caos cuando Ross, el bravo aventurero, víctima del pánico, atropelló y derribó a Ophelia y a los dos Bill en una desesperada carrera hacia el comando. Saltó sobre él, aprovechando el impulso de su loca carrera, y lo rodeó con brazos y piernas, negándose a soltarlo hasta que no estuvo a salvo a bordo del helicóptero. Rob y yo no se lo impedimos, porque al hacerlo nos dio sobrado motivo para burlarnos de él durante el resto de sus días.

El capitán Marc se fue a pique con el barco. Lo último que vi mientras el helicóptero se alejaba fue la popa del barco, que se hundía en el mar, y en ella, la cuadrada coronilla de la cabeza del capitán Marc, subiendo y bajando con el oleaje.

Lo bueno de que te rescaten italianos es que lo primero que hacen es darte comida y vino tinto; después te hacen bailar. Sí, nos divertimos como estrellas de rock a bordo del destructor de la armada italiana. Esos marinos eran todos amantes de la diversión, lo que Rob y yo consideramos una buena excusa para tomar qualuuds hasta quedar imbéciles. Gracias a Dios, el capitán Marc estaba a salvo. La guardia costera lo recogió del mar.

Lo último que recuerdo es que la duquesa y el capitán del destructor me llevaban a la enfermería. Antes de taparme con las mantas, el capitán me explicó que el gobierno italiano estaba sacándole provecho al rescate, convirtiéndolo en una gran ocasión propagandística, por así decirlo. De modo que lo habían autorizado a llevarnos a cualquier punto del Mediterráneo. Dependía de nosotros. Recomendó el hotel Cala di Volpe, en Cerdeña, que, dijo, era uno de los mejores del mundo. Asentí con vehemencia y, alzando el pulgar, dije:

—¡Sí, éveme a Saeña!

Desperté en Cerdeña. El destructor entraba en Porto Cervo. Los dieciocho salimos a cubierta y vimos, atónitos, que cientos de sardos nos daban la bienvenida. Una docena de equipos de noticias, cada uno con su cámara, pujaba por filmar al estadounidense idiota que había salido a navegar en una borrasca de grado ocho.

Al desembarcar del destructor, la duquesa y yo les agradecimos a nuestros rescatadores italianos e intercambiamos números de teléfono con ellos. Les dijimos que no dejaran de llamarnos si alguna vez iban a Estados Unidos. Les ofrecí dinero por su valentía y heroísmo y todos lo rechazaron. Eran un grupo increíble, verdaderos héroes en todo el sentido de la palabra.

Mientras nos abríamos paso por entre la muchedumbre de sardos, me vino a la mente que habíamos perdido toda nuestra ropa. Para la duquesa ya era la segunda vez. Pero no había problema. Yo pronto recibiría un cheque por una suma muy elevada de Lloyd's, de Londres, aseguradores del yate y del helicóptero.

Una vez que nos registramos en el hotel llevé a todos, pasajeros y tripulantes, de compras. Pero lo único que encontramos fue ropa de playa, en explosivos tonos rosa, morado, amarillo, rojo, dorado y plateado. Parecíamos pavos reales humanos durante los diez días que pasamos en Cerdeña.

Diez días después se habían acabado los qualuuds y llegaba la hora de regresar. Fue entonces cuando se me ocurrió la genial idea de embalar nuestra ropa y despacharla a Estados Unidos, eludiendo así la aduana. La duquesa estuvo de acuerdo.

A la mañana siguiente, poco antes de las seis, fui a la recepción a pagar la cuenta. Ascendía a setecientos mil dólares, lo cual no era tan caro como parece, dado que la suma incluía un brazalete de oro incrustado de rubíes y esmeraldas que costó trescientos mil. Se lo compré a la duquesa al quinto día, después de dormirme sobre un suflé de chocolate. Era mi forma de compensar los tantos con mi principal cómplice.

En el aeropuerto esperamos mi jet privado durante dos horas. Entonces, se nos acercó un hombrecillo, quien nos dijo, en inglés fuertemente acentuado:

—Señor Belforte, su avión estrelló. Gaviota metió en turbina y caer en Francia. No vendrá a buscarlo.

Quedé sin habla. ¿Le pasaban esas cosas a todo el mundo? Hubiese dicho que no. Cuando se lo informé a la duquesa, no dijo nada. Sólo meneó la cabeza y se alejó.

Traté de comunicarme con Janet para organizar otro vuelo, pero los teléfonos no funcionaban. Decidí que lo mejor que podíamos hacer era volar a Inglaterra, donde al menos entenderíamos qué coño decían las personas.

Una vez que llegamos a Londres tuve la certeza de que todo saldría bien; hasta que, cuando íbamos en el asiento trasero de un negro taxi londinense, noté algo raro: las calles estaban atestadas de gente. De hecho, cuanto más nos acercábamos a Hyde Park más crecía la multitud.

Le dije al taxista británico de rostro macilento:

—¿Por qué tanta gente? He estado en Londres docenas de veces pero nunca vi algo así.

—Bueno, jefe —respondió—. Es que el fin de semana se celebra nuestra conmemoración de Woodstock. Hay más de medio millón de personas en Hyde Park. Tocan Eric Clapton, Who, Alanis Morissette y algunos otros. Será todo un espectáculo, jefe. Espero que haya reservado hotel, porque no hay lugar donde alojarse en todo Londres.

Mmmmm... ahora, lo que me extrañaba eran tres cosas: la primera, que el jodido taxista me dijera «jefe»; la segunda, que se hubiese dado el caso de que yo llegara a Londres el fin de semana en que, por primera vez desde la segunda guerra mundial, no había hoteles disponibles; la tercera era que todos teníamos que salir a comprar ropa otra vez. Para la duquesa sería la tercera en menos de dos semanas.

Rob me dijo:

—No puedo creer que nos vayamos a comprar ropa de nuevo. ¿Sigues pagando tú?

Sonreí y le dije:

—Púdrete, Rob.

En el vestíbulo del hotel Dorchester el conserje dijo:

—Lo lamento terriblemente, señor Belfort, pero estamos

completos todo el fin de semana. De hecho, tengo entendido que no hay una habitación libre en todo Londres. Pero por favor, si usted y sus acompañantes quieren, pueden ir a nuestro bar. Es la hora de la merienda y tendremos mucho gusto en ofrecerles té y emparedados a cargo del establecimiento.

Hice una mueca, procurando conservar la compostura.

—¿Podría usted comunicarse con otros hoteles y ver si hay alguna habitación disponible?

—Por supuesto —respondió—. Con mucho gusto.

Al cabo de tres horas seguíamos en el bar, sorbiendo té y mordisqueando bollos. El conserje entró con una amplia sonrisa y dijo:

—Ha habido una cancelación en el Four Seasons. Se trata de la suite presidencial, que parece lo adecuado para un hombre de sus gustos. El precio es de ocho...

Lo interrumpí.

—¡La cojo!

—Muy bien —dijo—. Tenemos un Rolls Royce aguardándolo fuera. Por lo que me dicen, el hotel tiene muy buen spa. Después de todo lo que ha pasado, quizá le vendría bien un masaje.

Asentí. Dos horas después estaba acostado boca arriba sobre una mesa de masaje en la suite presidencial del hotel Four Seasons. El balcón daba a Hyde Park, donde el concierto ya había comenzado.

Mis invitados correteaban por las calles de Londres comprando ropa; Janet estaba atareada reservando pasajes en el Concorde, y la duquesa estaba en la ducha, compitiendo con Eric Clapton.

Amaba a mi deleitosa duquesa. Una vez más me había demostrado su valía, en esta ocasión bajo una intensa presión. Fue toda una guerrera, afrontado la muerte hombro con hombro conmigo, siempre con una sonrisa en su bello rostro.

De hecho, ése era el motivo por el cual me costaba tanto mantener mi erección mientras la masajista etíope de un metro ochenta y cinco de alto me masturbaba. Claro que yo sabía que eso de que una masajista me pajeara mientras mi esposa cantaba en la ducha, a seis metros de nosotros, estaba mal. Pero lo

cierto es que recibir un tratamiento manual no era muy distinto a pajearme yo mismo.

Mmm... me aferré a esa consoladora idea durante el resto del tratamiento. Al día siguiente me encontré en Old Brookville, listo para seguir con *Vidas de los ricos desequilibrados*.

La tormenta antes de la tormenta

Por imposible que parezca, nueve meses después del hundimiento del yate mi vida alcanzó nuevas cotas de locura. Había encontrado una manera inteligente, una manera, de hecho, completamente lógica, de llevar mi conducta autodestructiva a nuevos extremos cambiando de droga favorita.

Ahora no eran los qualuuds, sino la cocaína. Sí, me pareció que era el momento de cambiar. El principal factor que me motivaba era que estaba harto de babear en público y dormirme en lugares poco apropiados. Así que en lugar de comenzar el día con cuatro qualuuds y un vaso grande de café helado, lo hacía con un gramo de polvo mágico boliviano. Siempre tenía cuidado de dividir la dosis con exactitud, medio gramo para cada fosa, de modo que no privara a ninguno de mis hemisferios cerebrales del *trip* instantáneo. Era un verdadero desayuno de campeones. Luego, lo completaba con tres miligramos de Xanax para aplacar la inevitable paranoia. Después, y a pesar de que la espalda ya no me dolía en absoluto, tomaba cuarenta y cinco miligramos de morfina, simplemente porque la cocaína y los opiáceos están hechos la una para los otros. Y además, dado que no sé cuántos doctores me recetaban morfina, ¿cuán mala podía ser?

Sea como fuere, una hora antes del almuerzo tomaba mi primera dosis de qualuuds, cuatro para ser preciso, seguidos de otro gramo de coca, para combatir el extremado sopor que inevitablemente me producían aquellos. Por supuesto que aún me las componía para consumir mi dosis diaria de veinte qualuuds. Pero ahora los empleaba de una manera más saludable y productiva, para compensar la coca. Era una estrategia genial, y funcionó a la perfección durante un tiempo.

Pero, como todas las cosas de la vida, tenía sus aspectos negativos. Lo malo era que sólo dormía tres horas a la semana, y a mediados de abril estaba sumido en un ataque de paranoia inducido por la cocaína tan intenso que en una ocasión llegué a disparar en dirección al lechero con una escopeta calibre doce.

Supuse que, con un poco de suerte, el lechero difundiría la noticia de que con el lobo de Wall Street no se jugaba, que estaba armado y dispuesto a alejar a cualquiera que fuese tan estúpido como para pretender acercarse a su propiedad, incluso cuando sus guardaespaldas no se mantenían alerta.

Cuatro meses antes, a mediados de diciembre, Stratton cerró finalmente las puertas. Lo gracioso fue que quienes le dieron el golpe de gracia no fueron los gobiernos estatales, sino los torpes payasos de la NASD. Revocaron la pertenencia de Stratton, alegando manipulación de acciones y violación del código de ventas. En esencia, Stratton fue proscrito y, desde el punto de vista legal, se trató de un golpe mortal. Ser integrante de la NASD era un requisito insoslayable para vender acciones entre distintos estados, y no poder hacerlo equivalía a quedar fuera del negocio. De modo que, aunque de mala gana, Danny cerró Stratton. La empresa había tenido una vida de ocho años. No estaba muy seguro de cómo sería recordada, pero suponía que la prensa no se mostraría demasiado clemente.

Biltmore y Monroe Parker seguían en activo y aún me pagaban un millón de dólares por cada nueva emisión. Pero yo consideraba que era muy probable que los dueños, a excepción de Alan Lipsky, estuviesen intrigando contra mí. No estaba muy seguro de cómo lo hacían ni por qué, pero precisamente ésa es la

naturaleza de las conjuras, en particular cuando los conspiradores son tus amigos más cercanos

Por otra parte, Steve Madden sí que intrigaba contra mí. Nuestra relación se había deteriorado por completo. Según Steve, era porque yo iba drogado a la oficina, a lo que respondí:

— ¡Púdrete, santurrón hijo de puta! ¡Si no fuese por mí seguirías vendiendo zapatos desde el baúl de tu coche!

Fuera ése el caso o no, lo cierto era que las acciones se cotizaban a trece dólares e iban camino a los veinte.

Por entonces teníamos dieciocho comercios propios, además de pedidos anticipados para dos temporadas hechos por las grandes tiendas. Podía imaginar qué pensaría Steve de mí, el hombre que se había quedado con el ochenta y cinco por ciento de su empresa y que controlaba el precio de sus acciones desde hacía casi cuatro años. Lo cierto era que, ahora que Stratton ya no existía, yo ya no controlaba sus acciones. Ahora la cotización de los títulos de Zapatos Steve Madden no dependía de las recomendaciones de una empresa de corredores de Bolsa en particular, sino de la oferta y la demanda, que subía o bajaba según el comportamiento de la compañía misma. Era imposible que el Zapatero no estuviese conspirando contra mí. Sí, era cierto, yo había aparecido en la oficina un poco drogado, y eso no estaba bien, pero así y todo, para Madden no era más que una excusa para obligarme a marcharme de la compañía y robarme mis opciones sobre las acciones. ¿Cómo podía responder yo si lo hacía?

Bueno, tenía nuestro acuerdo secreto, pero sólo cubría mis acciones originales, un total de un millón doscientos mil. Mis opciones sobre acciones estaban todas a nombre de Steve y no había ningún documento que demostrara que me pertenecían. ¿Trataría de robármelas? ¿O trataría de robar todo, acciones y opciones? Quizás ese calvo hijo de puta se engañara, suponiendo que yo no tendría las pelotas necesarias para hacer público nuestro acuerdo secreto, que, por su naturaleza misma, nos traería muchos problemas a ambos si llegaba a conocerse. Se encontraría con una desagradable sorpresa. Sus posibilidades de robar mis acciones sin sufrir consecuencias eran menores que cero, incluso si responderle significaba que ambos fuésemos a dar a la cárcel.

Incluso estando sobrio y lúcido habría pensado todas esas cosas. Pero en mi actual estado mental ardían en mi mente de una manera terriblemente venenosa. Si Steve estaba planeando joderme o no, era lo de menos; no le daría ocasión de intentarlo. No era distinto de Víctor Wang, el jodido Chino Depravado. Sí, también Víctor había tratado de joderme y yo lo había mandado de regreso al barrio chino.

Era la segunda semana de abril y yo no iba a Zapatos Steve Madden desde hacía más de un mes. Era un viernes por la tarde y estaba en casa, en mi estudio, sentado detrás de mi escritorio de caoba. La duquesa ya se encontraba en los Hamptons y los niños estaban pasando el fin de semana con Suzanne. Yo estaba a solas con mis pensamientos, preparándome para la guerra.

Telefoneé a casa de Choza, a quien le dije:

—Quiero que llames a Madden y le digas que, como custodio de sus títulos, le das notificación de tu plan de liquidar cien mil acciones de inmediato. Valen más o menos un millón trescientos mil dólares. Dile que, según los términos del acuerdo, tiene derecho a vender una cantidad proporcional de sus propias acciones, lo que significa que puede desprenderse de diecisiete mil. Si quiere hacerlo o no, es asunto suyo.

Choza el Débil respondió:

—Para hacerlo de prisa necesito su firma. ¿Y si se resiste?

Respiré hondo, procurando controlar mi furia.

—Si se pone difícil, dile que lo das por notificado según los términos del acuerdo, y que venderás las acciones de forma privada. Dile que yo ya acepté comprártelas. Y le dices a ese calvo hijo de puta que ello me dará una participación del quince por ciento en la compañía, lo que significa que deberé registrar un 13D ante la SEC, lo que hará que todo Wall Street se entere de qué puto chupapollas fue al tratar de joderme. Le dices a ese hijo de puta que voy a hacer público todo el asunto y que cada puta semana voy a comprar más acciones en el mercado abierto, lo cual significa que cada vez registraré 13D actualizados. Y le dices a ese chupapollas que no voy a parar de comprar hasta tener el cincuenta y uno por ciento de la compañía y que cuando lo haga voy a poner su huesudo culo en la puta calle. —Volví a

respirar hondo. Sentía como si el corazón estuviese a punto de saltarme del pecho—. Y le dices a ese hijo de puta que si se cree que no hablo en serio, que vaya y se meta en un puto búnker, porque le va a caer encima una bomba atómica. —Abrí un cajón de mi escritorio y saqué una bolsa Ziploc que contenía casi medio kilo de cocaína.

—Haré lo que me digas —dijo Choza el Débil—. Pero quisiera que lo pienses un minuto. Eres la persona más inteligente que conozco, pero me da la impresión de que lo que me dices no es del todo racional. Como tu abogado, te sugiero enfáticamente que no hagas público tu acuer...

Interrumpí a mi jodido abogado.

—Te diré una cosa Andy, no tienes ni la más puta idea de qué poco me importa la puta SEC ni la puta NASD. —Abrí la bolsa y, tomando un naipe del escritorio, lo hundí en el polvo, sacándolo después cubierto de suficiente cocaína como para darle un ataque cardíaco a una ballena azul. La volqué sobre el escritorio. Luego me incliné, y metiendo la cara en la pila, inhalé—. Además —añadí, con el rostro empolvado de cocaína—, tampoco me importa una mierda ese chupapollas de Coleman. Ya lleva cuatro años persiguiéndome y aún no tiene nada en mi contra. —Meneé la cabeza varias veces, tratando de dominar el *trip* que me iba avasallando a toda velocidad—. Y no hay modo de que me castiguen por ese puto acuerdo. No sería lo suficientemente espectacular para Coleman. Es un hombre de honor y quiere echarme el guante por algo real. Hacerlo por el acuerdo sería como detener a Al Capone por evasión impositiva. ¡De modo que Coleman puede irse a la puta mierda!

—Entendido —dijo Choza—. Pero tengo que pedirte un favor.

—¿Qué?

—Me estoy quedando corto de dinero —dijo mi timorato abogado, haciendo una pausa para dar peso a sus palabras—. Sabes, Danny realmente me jodió al negarse a hacer lo de las cucarachas. Aún estoy esperando que aprueben mi licencia de corredor. ¿No me podrías ayudar hasta entonces?

¡Increíble!, pensé. ¡Mi propio agente de retención me extor-

sionaba! ¡Ese hijo de puta de peluquín! ¡Iba tener que matarlo a él también!

—¿Cuánto necesitas?

—No sé —contestó con voz débil—. ¿Digamos que unos doscientos mil?

—¡Muy bien! —ladré—. Te daré un cuarto de millón. Telefo-
nea al puto Madden ahora mismo y llámame enseguida a con-
tarme qué te ha dicho. —Colgué abruptamente, sin despedirme.
A continuación volví a sepultar el rostro en la cocaína.

Diez minutos después sonó el teléfono.

—¿Qué dijo ese hijo de puta? —pregunté.

—No te agradaará —me advirtió Choza—. Niega la existencia
del acuerdo de retención por un tercero. Dice que se trata de un
acuerdo ilegal y que sabe que no lo harás público.

Respiré hondo, procurando mantener el control.

—De modo que cree que no hablo en serio, ¿no?

—Así es —dijo Choza—. Pero dice que quiere resolver las co-
sas de forma amigable. Te ofrece dos dólares por acción.

Estiré el cuello, trazando un gran círculo, mientras hacía los
cálculos. A dos dólares por acción, me estaría robando más de
trece millones de dólares, y eso sólo sobre los títulos; también
retenía un millón de mis opciones, que tenían un valor libro de
siete dólares. La cotización de mercado del día, trece dólares, las
mejoraba en siete dólares. Así que ahí había otros cuatro millo-
nes y medio de dólares. En total, estaba intentando robarme
diecisiete millones y medio de dólares. Lo gracioso era que ni si-
quiera me enfadaba demasiado. A fin de cuentas, siempre lo ha-
bía sabido, desde aquel día en la oficina, años atrás, cuando le
expliqué a Danny que su amigo no era fiable. De hecho, ése ha-
bía sido el motivo por el cual hice que Steve firmase el acuerdo
de retención en la cuenta de un tercero y me entregara los co-
rrespondientes certificados de acciones.

Entonces, ¿por qué habría de enfadarme? Los idiotas de la
Nasdaq me habían forzado a escoger una manera estúpida de
hacer las cosas. No me habían dejado más remedio que poner
mis acciones a nombre de Steve. Pero había tomado todas las
precauciones del caso, preparándome para esa eventualidad.

Repasé mentalmente toda la historia de nuestra relación y no encontré ni un error de mi parte. Y aunque no cabía duda de que aparecer drogado en la oficina no había sido una buena práctica comercial, no tenía absolutamente nada que ver con lo que estaba ocurriendo. Él me quería joder de todas maneras; lo de las drogas no hizo más que acelerar el proceso.

—Muy bien —dije con tranquilidad—. Ahora me tengo que ir a los Hamptons, así que nos ocuparemos de esto el lunes a primera hora. No te molestes en volver a llamar a Steve. Sólo prepara toda la documentación para la compra de las acciones. Llegó la hora de ir a la guerra.

¡Southampton! ¡WASP-Hampton! Sí, ahí quedaba mi nueva casa de playa. Había llegado el momento de crecer, y Westhampton resultaba demasiado vulgar para el refinado gusto de la duquesa. Además, Westhampton estaba lleno de judíos y yo estaba harto de judíos, por más que lo fuera. Donna Karan (judía, pero de una categoría superior a los de Westhampton) tenía una casa al oeste de la mía; Henry Kravis (también un judío de categoría) tenía una casa al este de la mía. Y yo, por la bicoca de cinco millones y medio de dólares, había pasado a ser propietario de una mansión posmoderna blanca y gris de tres mil metros cuadrados en la fabulosa Meadow Lane, la calle más exclusiva del planeta. El frente daba a la bahía de Shinnecock; el fondo, al océano Atlántico. Amaneceres y ocasos explotaban en una casi indescriptible paleta de naranjas, rojos, amarillos y azules. Era verdaderamente glorioso, un panorama digno del Lobo Salvaje.

Mientras cruzaba el portón de hierro forjado que daba acceso a la propiedad, no pude menos que sentirme orgulloso. Ahí estaba, al volante de mi flamante Bentley Turbo azul de trescientos mil dólares. Y, claro, tenía suficiente cocaína en la guantera como para hacer bailar a toda la población de Southampton durante casi todo un año.

Sólo había estado una vez en esa casa, hacía poco más de un mes, cuando aún no estaba amueblada. Fui con un hombre con quien tenía una relación de negocios, de nombre David David-

son. Llamarlo así fue una broma cruel de sus padres, pero lo cierto era que yo pasaba más tiempo observando cómo guiñaba el ojo derecho que pensando en su nombre. Sí, guiñaba sin cesar, pero sólo un ojo, lo que lo hacía aún más desconcertante. La cuestión es que el Guiñador era dueño de una empresa de corredores de Bolsa llamada DL Cromwell, donde trabajaban muchos ex stratonitas; hacíamos negocios juntos y ganábamos mucho dinero. Pero lo mejor que tenía, lo que más me gustaba en él, era su condición de cocainómano. Esa noche que fuimos juntos a la nueva casa nos detuvimos en un supermercado y compramos cincuenta aerosoles de nata montada instantánea Reddi Wip. A continuación, nos sentamos en el suelo de madera pulida y, llevándonos los aerosoles a las narices y poniéndolos de costado antes de pulsarlos, aspiramos todo el óxido nitroso que usaban como propelente. Fue todo un viaje, en particular porque alternábamos cada toque de óxido nitroso con dos de cocaína, uno por cada fosa nasal.

Había sido una velada memorable, aunque palidecería si se la comparaba con la que preparaba para esa noche. La duquesa había amueblado la casa a un coste de dos millones de dólares no ganados precisamente con el sudor de su frente. Estaba tan entusiasmada con eso que no paraba de vomitar su mierda de aspirante a decoradora de interiores, sin perder ocasión, mientras tanto, de agobiarme con sus recriminaciones, acusándome de cocainómano.

¡Que se fuera a la mierda! ¿Quién coño era para decirme qué hacer, en particular si se tenía en cuenta que me había vuelto cocainómano para hacerle un favor? A fin de cuentas, ella era quien me amenazaba con abandonarme si me seguía quedando dormido en los restaurantes. Y ése era el principal motivo por el cual me pasé a la coca. Y ahora me decía cosas como: «Estás enfermo. Hace un mes que no duermes. ¡Ni siquiera me haces el amor! Y pesas menos de sesenta kilos. No comes más que Froot Loops. ¡Y tienes la piel verde!». ¡Haberla hecho entrar en la Vida para que se volviese contra mí de esa manera! ¡Bueno, que se fuera a la mierda! Claro, cuando estaba enfermo le resultaba fácil amarme. Todas esas noches que pasé preso de mi dolor cró-

nico venía a confortarme y a decirme que me amaría ocurriera lo que ocurriese. Y ahora resultaba que todo era una astuta conjura. Ya no podía confiar en ella. Muy bien. Mejor. Que siguiese su camino. No la necesitaba. De hecho, no necesitaba a nadie.

Todos esos pensamientos bullían en mi cabeza cuando, tras ascender las escaleras de caoba, abrí la puerta de entrada de mi nueva mansión.

—Hola —dije en voz muy alta, entrando en la casa. Toda la pared del fondo estaba ocupada por un ventanal, y me encontré ante una vista panorámica del océano Atlántico. A las siete de esa tarde de primavera el sol se estaba poniendo a mis espaldas, del lado de la bahía, y el agua se teñía de un increíble púrpura Prince. Y la casa tenía un aspecto excelente. Sí, era innegable que aunque la duquesa era un incordio de primera, una amargada aguafiestas de proporciones bíblicas, tenía condiciones para la decoración. El vestíbulo de entrada llevaba a una vasta sala de estar. Era un amplio espacio abierto de techo altísimo. Había tantos muebles que la mente se confundía. Sofás, canapés, sillas, sillones y otomanas estaban esparcidos por todas partes, en distintos grupos, de modo que formaban varias áreas de reunión. Todo ese maravilloso jodido mobiliario era blanco y gris, perfectamente adecuado a una casa de playa, sobriamente elegante.

En ese instante apareció el comité de bienvenida. Consistía en María, la gorda cocinera, y su marido, Ignacio, el mezquino mayordomo en miniatura, quien, con su metro cuarenta de estatura, era apenas más alto que su mujer. Eran portugueses y se enorgullecían de proveer un servicio formal, de estilo tradicional. Yo los detestaba porque Gwynne los detestaba, y Gwynne era una de las pocas personas que realmente me comprendían. Las otras eran mis hijos. Quién sabe si esos portugueses eran de fiar. Tendría que mantenerlos vigilados... y, si se hacía necesario, neutralizarlos.

—Buenas tardes, señor Belfort —dijeron María e Ignacio a coro.

Ignacio hizo una inclinación formal, María, una reverencia. Él me preguntó:

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Mejor que nunca —barboté—. ¿Dónde está mi amante esposa?

—En la ciudad, de compras —respondió la cocinera.

—¡Quién lo hubiera dicho! —ladré, pasando frente a ellos. Llevaba un bolso de viaje Louis Vuitton atiborrado de drogas peligrosas.

—La cena se servirá a las ocho —dijo Ignacio—. La señora Belfort me pidió que le informara que los invitados llegan a las siete y media, que por favor esté preparado para atenderlos.

«¡Que se pudra!», pensé.

—Muy bien —farfullé—. Estaré en la sala de televisión; por favor, que nadie me moleste. Tengo que ocuparme de asuntos importantes. —Con esas palabras entré en la sala, puse a los Rolling Stones y saqué las drogas. La duquesa me había mandado decir que estuviera listo para las siete y media. ¿Qué mierda quería decir? ¿Que me tenía que poner un puto esmoquin? ¿O preferiría frac y sombrero de copa? ¿Qué era yo, un puto mono? ¡Vestía pantalones de chándal grises y camiseta blanca, y eso estaba muy bien! ¿Quién carajo pagaba toda esa mierda? ¡Yo! ¿Quién si no? ¡Y tenía el descaro de darme órdenes!

Las ocho. ¡La cena está servida! ¿Y quién la necesita? ¡Dame Froot Loops y leche descremada y no toda esa mierda *finolis* que María y la duquesa tanto apreciaban! La mesa del comedor tenía el tamaño de un picadero. Pero los comensales no eran tan malos, a excepción de la duquesa. La tenía frente a mí, del otro lado del picadero. Estaba tan lejos que hubiese necesitado un intercomunicador para hablar con ella, lo que probablemente fuese lo mejor. Aun así, había que admitir que era hermosa. Pero las esposas-trofeo como la duquesa se consiguen a céntimo la docena. Y las buenas no se volverían en mi contra sin motivo, como ella.

A mi derecha tenía a Dave y Laurie Beall, quienes habían viajado desde Florida para visitarnos. Laurie era una rubia buena gente. Conocía su lugar en el esquema general de las cosas, lo cual significaba que me comprendía. El problema era que estaba

bajo la influencia de la duquesa, quien se le había metido insidiosamente en la cabeza, implantándole pensamientos subversivos contra mí. Así que no podía confiar plenamente en Laurie.

Su esposo, Dave, era otra cosa. En él sí podía confiar, más o menos. Era un robusto paleta de un metro noventa de alto y ciento veinte kilos de puro músculo. En sus tiempos de universitario trabajaba de gorila. Un día, alguien le faltó al respeto y Dave le dio un puñetazo en la sien que le hizo saltar el ojo. Los rumores afirmaban que el ojo del tipo quedó colgando de unos ligamentos. Dave era un ex strattonita que ahora trabajaba para DL Cromwell. Esa noche, contaba con él para repeler eventuales intrusos, tarea que se complacería en llevar a cabo.

Mis otros dos invitados eran los Schneidermann, Scott y Andrea. Scott era de Bayside, aunque no éramos amigos durante nuestra adolescencia. Era un homosexual confeso que, por algún motivo, se había casado. Quizá fuese para tener descendencia. Y la tuvo: una hija. También él era un ex strattonita, aunque siempre careció del instinto asesino. Estaba allí por un único motivo: era mi proveedor de coca. Tenía un contacto en el aeropuerto y me conseguía cocaína colombiana pura. Su esposa era inocua; una morena regordeta de pocas palabras, ninguna de las cuales tenía interés.

Tras cuatro platos y dos horas y media de conversación forzada se hicieron las once. Les dije a Dave y Scott:

—Eh, muchachos, vamos a la sala de televisión a ver una película. —Y allí nos dirigimos los tres. Estaba seguro de que la duquesa tenía tan pocos deseos de hablar conmigo como yo de hablar con ella. Mejor. Nuestro matrimonio estaba prácticamente terminado. Ahora sólo era cuestión de tiempo que llegara el fin.

Lo que ocurrió después comenzó con mi genial idea de dividir mis provisiones de cocaína en dos lotes destinados a dos sesiones independientes. La primera estaba a punto de comenzar, y se basaba en ocho gramos de cocaína en polvo. Luego nos trasladaríamos a la sala de juegos, a jugar al billar y a los dardos mien-

tras nos emborrachábamos con Dewar's. A continuación, en torno a las dos de la madrugada, regresaríamos a la sala de televisión para comenzar una segunda sesión, dedicándonos a una piedra de veinte gramos de cocaína de una pureza del noventa y ocho por ciento. Aspirarla en una sola sentada sería una proeza a la medida del lobo.

Y en efecto, pusimos en práctica el plan, de hecho, al pie de la jodida letra. Pasamos las siguientes dos horas inhalando gruesas líneas de cocaína con una pajilla de oro de dieciocho quilates, mientras mirábamos MTV sin sonido y escuchábamos *Sympathy for the Devil* en modo de repetición. Después, fuimos arriba, a la sala de juegos. Y cuando se hicieron las dos de la mañana dije, con una gran sonrisa:

— ¡Llegó la hora de tomarnos la piedra, amigos! ¡Seguidme!

Bajamos a la sala de televisión y nos sentamos en nuestros anteriores sitios. Cuando me dispuse a coger la piedra no la encontré. ¿No estaba? ¿Cómo mierda era posible? Miré a Dave y a Scott y dije:

— Bueno, chicos, terminó la broma. ¿Quién de los dos ha cogido la piedra?

Ambos se quedaron mirándome, atónitos. Dave dijo:

— Qué, ¿estás bromeando? ¡Yo no he tocado tu piedra! ¡Te lo juro por la salud de mis hijos!

En tono defensivo, Scott añadió:

— ¡A mí no me mires! ¡Jamás haría algo así! — Meneó la cabeza con aire grave.

— Meterse con la cocaína de otro es un pecado contra Dios. Nada menos.

Los tres caímos sobre manos y rodillas y nos pusimos a gatear por la alfombra. Dos minutos después nos mirábamos unos a otros, aturdidos y con las manos vacías. Con cierto escepticismo dije:

— Tal vez se ha caído detrás de los almohadones del sofá.

Dave y Scott asintieron, y procedimos a sacar todos los almohanes. No encontramos nada.

— No puedo creer la mierda ésta — dije—. Es un puto misterio. — Entonces, una loca inspiración brotó en mi cerebro. ¡Qui-

zá la roca había caído dentro de un almohadón! Parecía poco probable, pero pasan cosas más raras que ésa, ¿o no?

Claro que sí.

—Enseguida regreso —dije antes de salir a toda velocidad en dirección a la cocina, donde saqué un cuchillo de acero inoxidable de su soporte de madera. Regresé a toda prisa a la sala de televisión, armado y listo. ¡La roca era mía!

—¿Qué haces? —preguntó Dave en tono de incredulidad.

—¿Qué mierda te parece que hago? —farfullé, arrodillándome antes de clavar el cuchillo en uno de los almohadones. Me puse a tirar espuma plástica y plumas en la alfombra. El sofá tenía tres almohadones para sentarse y otros tantos para apoyar la espalda. En menos de un minuto los había hecho trizas. —¡Hijo de puta! —grité. Ahora trasladé mi atención al sillón para dos, que destripé con entusiasmo—. ¡No puedo creerlo! ¿Dónde mierda está la puta roca? —Miré a Dave—. ¿Estuvimos en la sala de estar?

Meneó la cabeza, nervioso.

—No, no recuerdo que hayamos estado allí —dijo—. ¿Por qué no nos olvidamos de la roca?

—¿Estás loco o qué? ¡Voy a encontrar esa puta roca, aun si es lo último que hago! —Volviéndome hacia Scott lo miré, entornando los ojos con expresión acusadora—. No me mientas, Scott. Estuvimos en la sala de estar, ¿verdad?

Scott meneó la cabeza.

—Creo que no. Lo siento, pero no recuerdo que hayamos estado allí.

—¿Sabéis qué? —grité—. ¡Sois dos mierdas! Sabéis tan bien como yo que esa puta roca cayó dentro de un almohadón. Tiene que estar en algún lugar y os lo voy a demostrar. —Me puse de pie y, apartando a puntapiés los restos de los almohadones, me dirigí a la sala de estar por entre la espuma y las plumas. Tenía el cuchillo en la mano derecha. Mis ojos estaban muy abiertos.

Apretaba los dientes, furioso. ¡Mira todos esos jodidos sofás! ¡Que mi mujer se fuese a la mierda si se creía que podía comprar todos los muebles que quisiera! Respiré hondo. Estaba al borde del abismo. Debía controlarme. Pero lo de reservar la piedra

hasta las dos de la mañana había sido un plan perfecto. Habría sido perfecto de no ser por todos esos muebles. ¡Que se fueran todos a la mierda! Arrodillándome, puse manos a la obra. Recorrí toda la sala de estar, dando cuchilladas hasta que todos los sillones y sofás quedaron destruidos. Por el rabillo del ojo veía que Dave y Scott me miraban. Entonces me di cuenta. ¡Estaba bajo la alfombra! ¡Qué obvio! ¿Y cuánto costaba la mierda ésa? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? A ella le era fácil gastar mi dinero. Me puse a rajar la alfombra como un poseso. Un minuto después no había encontrado nada. Me acuclillé y paseé la mirada por la sala de estar. Estaba completamente destruida. Mis ojos se detuvieron en una lámpara de pie, de bronce. Parecía una silueta humana. Con el corazón batiendo de modo que parecía a punto de salirse de mi pecho, dejé caer el cuchillo. Cogí la lámpara y me puse a hacer molinetes con ella, como el dios nórdico Tor con su martillo. Luego, la solté en dirección del hogar, donde se estrelló contra la piedra con tremendo estrépito. Corrí hacia donde estaba el cuchillo y lo recogí.

En ese momento la duquesa salió corriendo del cuarto de baño principal, enfundada en una diminuta bata. Tenía el cabello peinado a la perfección y sus piernas lucían gloriosas. Era su manera de manipularme, de controlarme. Había funcionado en el pasado, pero esta vez, no. Ahora yo estaba en guardia. Sabía cuál era su juego.

—¡Oh, Dios mío! —gritó, llevándose la mano a la boca—. ¡Detente por favor! ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Por qué? —chillé—. ¿Quieres saber por qué? Muy bien, te lo diré. ¡Porque soy el jodido James Bond y estoy buscando un puto microfilm! ¡Ése es el jodido porqué!

Se quedó mirándome con la boca abierta y los ojos como platos.

—Necesitas ayuda —dijo en tono inexpresivo—. Estás enfermo.

Sus palabras me enfurecieron.

—¡Oh, púdrete, Nadine! ¿Quién mierda eres para decirme que estoy enfermo? ¿Qué, vas a golpearme? ¡Bueno, ven, haz la prueba y verás qué pasa!

¡De pronto, un terrible dolor en mi espalda! ¡Alguien me tiraba al suelo! ¡Ahora me retorcían la muñeca!

—¡Ay! ¡Mierda! —grité. Alcé la mirada. Dave Beall estaba sobre mí. Me oprimió la muñeca hasta que el cuchillo cayó al suelo.

Miró a Nadine.

—Vuelve adentro —dijo con tranquilidad—. Yo me ocupo de él. Todo saldrá bien.

Nadine corrió al dormitorio principal y cerró de un portazo. Oí el chasquido de la cerradura.

Dave seguía sobre mí. Me volví hacia él y me eché a reír.

—Muy bien —dije—. Ya puedes soltarme. Sólo bromeaba. No iba a lastimarla. Sólo le estaba mostrando quién manda.

Apresando mi brazo derecho con su inmensa mano, Dave me condujo a uno de los pocos sillones que no había destruido. Me hizo sentar y le dijo a Scott:

—Ve a buscar el frasco de Xanax.

Lo último que recuerdo es a Dave alcanzándome un vaso de agua y unos Xanax.

Cuando desperté ya era la noche del día siguiente. Estaba en mi despacho de Old Brookville, sentado tras mi escritorio de caoba. No recordaba exactamente cómo había llegado allí, pero sí haberle dicho «¡gracias Rocco!» a Rocco Día, que me había ayudado a salir del coche, después de que lo estrellara contra uno de los pilares de piedra que marcaban la entrada de la finca, al llegar desde Southampton. ¿O le había agradecido a Rocco Noche? Bueno, en realidad... ¿Qué mierda importaba? Ambos le eran leales a Bo, y Bo me era leal a mí, y la duquesa no hablaba mucho con ninguno de ellos; es decir que no los tenía sugestionados. Pero, de todos modos, me mantendría alerta.

¿Dónde estaría la duquesa?, me pregunté. No la había visto desde el episodio del cuchillo. Estaba en casa, escondida en algún lugar de la mansión. ¡Se escondía de mí! ¿Estaría en el dormitorio principal? No importaba. Lo que importaba eran los niños; al menos yo era buen padre. Así sería recordado: fue un buen padre, un verdadero hombre de familia, ¡y qué maravilloso proveedor!

Abrí la gaveta de mi escritorio y saqué mi bolsa Ziploc con casi medio kilo de cocaína. La vacié sobre el escritorio y, dejando caer la cara en la pila, inhalé por ambas fosas nasales. Dos segundos después alcé la cabeza, barbotando:

—¡A la puta mierda! ¡Oh, carajo! —luego me recliné en la silla, resollando.

En ese momento, el volumen del televisor pareció aumentar de forma espectacular, y oí una voz áspera y acusatoria que decía:

—¿Sabes qué hora es? ¿Dónde está tu familia? ¿Ésta es tu idea de la diversión? ¿Estar sentado frente al televisor a esta hora de la madrugada? ¿Borracho, drogado, perdido? Mira tu reloj un segundo, si es que aún tienes uno.

¿De qué mierda hablaba? Miré mi reloj: un Bulgari de oro de veintidós mil dólares. ¡Por supuesto que aún tenía uno! Volví a mirar al televisor. ¡Qué cara! ¡Por Dios! Era un hombre de unos cincuenta años, con cabeza enorme, cuello grueso, facciones de amenazadora apostura, cabello gris perfectamente peinado. En ese instante, el nombre de Pedro Picapiedra acudió a mi mente.

Pedro Picapiedra insistió:

—¿Te quieres librar de mí ahora mismo? ¿Qué tal si te libras de tu enfermedad ahora mismo? El alcoholismo y la adicción te están matando. Seafield tiene las respuestas. Llámanos hoy. Podemos ayudarte.

¡Increíble!, pensé. ¡Qué puto entrometido! Me puse a farfullar:

—¡Putá cabeza de Pedro Picapiedra! ¡Patearé tu jodido culo cavernícola de aquí a Timbuctú!

Picapiedra seguía hablando:

—Recuerda: ser alcohólico o adicto no es una vergüenza. Vergüenza es no hacer nada al respecto. De modo que llama hoy y...

Paseé la mirada por la habitación... ¡Eso! Una escultura de Remington sobre un pedestal de mármol verde. Tenía sesenta centímetros de alto, era de bronce macizo y representaba a un vaquero cabalgando un potro encabritado. La cogí y corrí hacia el televisor. Reuní todas mis fuerzas y se la arrojé a Pedro Picapiedra. ¡Crash!

Se terminó Pedro Picapiedra.

Le hablé a la destrozada pantalla:

—¡Hijo de puta! ¡Te lo advertí! Te metiste en mi jodida casa a decirme que tengo un jodido problema. Y ahora, mira lo que te ha pasado, hijo de puta.

Regresé a mi escritorio y me senté antes de sepultar mi sangrante nariz en la pila de coca. Pero no aspiré, sino que me limité a dejar apoyado el rostro, como si se tratase de una almohada.

Sentí una leve punzada de culpa al pensar que mis niños estaban arriba, pero, dado que yo era un proveedor tan maravilloso, todas las puertas eran de caoba maciza. No había manera de que nadie hubiese oído nada. O al menos eso creí hasta que oí unos pasos que bajaban las escaleras. Un segundo después sonó la voz de la duquesa:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué estás haciendo?

Alcé la cabeza, plenamente consciente de que tenía el rostro cubierto de coca. Me importaba una mierda. Miré a la duquesa: estaba totalmente desnuda. Trataba de engatusarme con la posibilidad de sexo.

Le dije:

—Pedro Picapiedra trató de entrar por el televisor. Pero no te preocupes. Lo aticé. No hay peligro.

Se quedó mirándome con la boca abierta. Tenía los brazos cruzados por debajo de los pechos y no pude evitar concentrarme en sus pezones. Qué pena que esa mujer se hubiese vuelto en mi contra. Sería difícil reemplazarla; no imposible, pero sí difícil.

—Te sale sangre de la nariz —dijo con suavidad.

Meneé la cabeza, hartó.

—Deja de exagerar, Nadine. Apenas si me sangra, y eso sólo porque es la temporada de las alergias.

Se echó a llorar.

—No puedo quedarme aquí contigo si no vas a rehabilitación. Te amo demasiado para ver cómo te matas. Siempre te he amado; no lo olvides. —Y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, pero sin golpearla.

—¡Púdrete! —le grité a la puerta—. ¡No tengo ningún puto

problema! ¡Puedo parar cuando quiera! —Respiré hondo y me enjuagué la sangre de la nariz y el mentón con mi camiseta. ¿Qué se creía, que me iba a hacer ir engañado a rehabilitación? ¡Por favor! Sentí otro chorro tibio bajo la nariz. Volví a enjugarme con el faldón de la camiseta. ¡Caray! Si al menos tuviese éter, podría convertir mi cocaína en crack. Entonces la fumaría y me libraría de esos problemas nasales. ¡Pero espera! Había otras maneras de hacer crack, ¿verdad? Sí, había recetas caseras... algo que ver con polvo de hornear. ¡Debía haber una receta para hacer crack en internet!

Cinco minutos después tenía la respuesta. Fui a la cocina a tropezones, cogí los ingredientes y los puse sobre la mesa de granito. Llené de agua una olla de cobre y agregué la cocaína y el polvo de hornear. Encendí la cocina, subí el fogón al máximo y puse sobre él la olla con la tapa puesta. Depositó un frasco de cerámica para bizcochos sobre la tapa, para asegurarla.

Me senté en un taburete junto a la cocina y apoyé la frente en la mesa. Me sentía mareado, así que cerré los ojos y procuré relajarme. Sentí que me iba... me iba... ¡buuum! Di un salto cuando mi receta casera explotó por toda la cocina. Había crack por todas partes: en el techo, el suelo y las paredes.

Un instante después la duquesa llegaba a la carrera.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido esa explosión? —Estaba sin aliento, aterrada.

—Nada —farfullé—. Estaba haciendo una tarta y me quedé dormido.

Las últimas palabras de la duquesa que recuerdo fueron:

—Me voy a casa de mi madre mañana por la mañana.

Y lo último que recuerdo haber pensado fue: cuanto antes mejor.

Cárceles, instituciones, cementerios

A la mañana siguiente, es decir, unas horas después, desperté en mi oficina. Sentía una agradable tibieza bajo la nariz y en las mejillas. Ahh... qué calmante, la duquesa aún estaba conmigo... me limpiaba... me atendía...

Abrí los ojos y... ay, era Gwynne. Tenía una toalla de baño muy cara que había humedecido con agua tibia y me enjugaba la cocaína y la sangre de la cara.

Le sonreí a Gwynne, una de las pocas personas que no me había traicionado. Pero ¿podía realmente fiarme de ella? Cerré los ojos y lo pensé... Sí, podía. No cabía duda. Me acompañaría hasta el amargo fin. De hecho, mucho después de que la duquesa me abandonara, Gwynne seguiría junto a mí, cuidándome y ayudándome a criar a mis hijos.

—¿Está usted bien? —preguntó mi beldad sureña favorita.

—Sí —musité—. ¿Qué haces aquí el domingo? ¿No tienes que ir a la iglesia?

Gwynne sonrió con tristeza.

—La señora Belfort me llamó y me pidió que viniera a echar una mano con los niños. Levante los brazos, le he traído una camiseta limpia.

—Gracias, Gwynne, tengo un poco de hambre. ¿Podrías traerme un cuenco de Fruit Loops, por favor?

—Ahí los tiene —dijo señalando al pedestal de mármol verde donde solía residir el vaquero—. Están bien empapados —añadió—. ¡Como le gustan a usted!

¡Eso era servicio! ¿Por qué la duquesa no era así?

—¿Dónde está Nadine? —pregunté.

Gwynne frunció sus gruesos labios.

—Está arriba, preparando una maleta. Se va a casa de su madre.

Una terrible sensación de vacío me embargó. Partiendo de la boca del estómago, se difundió por todas las células de mi cuerpo. Era como si me hubiesen arrancado el corazón y las tripas. Sentí náuseas, como si fuese a vomitar de un momento a otro.

—Regreso en un instante —barboté, incorporándome de un salto de mi sillón y poniendo rumbo a la escalera de caracol. Subí las escaleras a saltos, sintiendo que un infierno ardía en mi interior.

El dormitorio principal estaba al lado del remate de las escaleras. La puerta estaba cerrada con llave. Me puse a golpear.

—¡Abre, Nadine! —No hubo respuesta—. ¡También es mi dormitorio! ¡Déjame entrar!

Al cabo de treinta segundos el pestillo se corrió con un chasquido; pero la puerta no se abrió. Abrí y entré en el dormitorio. Sobre la cama había un bolso lleno de ropa cuidadosamente plegada. La duquesa no estaba a la vista. Era un bolso marrón chocolate, con el logo de Louis Vuitton por todas partes. Costaba una jodida fortuna... ¡De mi dinero!

En ese momento la duquesa salió de su ropero para zapatos del tamaño de Delaware con dos cajas, una bajo cada brazo. No dijo ni una palabra, ni me miró. Se limitó a acercarse a la cama y depositar las dos cajas junto al bolso antes de volverse al armario de los zapatos.

—¿Dónde mierda crees que vas? —ladré.

Me miró a los ojos con desdén.

—Ya te lo dije. Me voy a casa de mi madre. No puedo seguir mirando cómo te matas. Ya tengo suficiente.

Sentí que un chorro de vapor subía por mi cerebelo.

—Espero que no te creas que te llevas a los niños. ¡No te llevarás mis putos niños! ¡Jamás!

—Los niños se quedan —respondió con tranquilidad—. Voy sola.

No estaba preparado para eso. ¿Por qué dejaba a los niños?... a no ser que se tratara de algún tipo de conjura. Por supuesto. La duquesa era astuta.

—¿Crees que soy estúpido o qué? En el segundo en que me duerma regresarás a robarlos.

Me miró con desprecio y dijo:

—Ni siquiera tengo respuesta para eso. —Volvió a emprender la marcha hacia el armario de los zapatos.

Al parecer no estaba consiguiendo herirla lo suficiente, de modo que dije:

—No sé dónde mierda te crees que vas con toda esa ropa. Si te largas, hazlo con lo que llevas puesto, cazafortunas.

¡Eso sí que la afectó! Giró sobre sus talones, enfrentándose:

—¡Púdrete! —gritó—. ¡He sido la mejor de las esposas para ti! ¡Cómo te atreves a decirme eso después de todos estos años! Te he dado dos niños hermosos. ¡Me he pasado seis jodidos años a tu puta disposición! ¡Siempre he sido una esposa fiel! ¡Siempre! ¡Jamás te he engañado! ¡Y mira cómo me pagas! ¿Cuántas mujeres te has follado desde que nos casamos! ¡Tú, adúltero de mierda! ¡Púdrete!

Respiré hondo.

—Di lo que quieras, Nadine. Pero si te vas de aquí, te vas sin nada. —Mi tono era calmado pero amenazador.

—¿Ah, sí? ¿Y qué mierda vas a hacer? ¿Prenderle fuego a mi ropa?

¡Qué excelente idea! Cogí el bolso de la cama y, pisando fuerte, me dirigí al hogar de piedra caliza. Lo vacié sobre la pila de leña fina dispuesta para encenderse al toque de un botón. Le clavé los ojos a la duquesa; estaba inmóvil, paralizada de horror.

Su reacción no me satisfizo, así que fui a su ropero y arranqué docenas de pulóveres, blusas, vestidos y faldas de sus per-

chas, que parecían muy caras. Regresé al hogar a la carrera y los agregué a la pila.

La volví a mirar. Tenía lágrimas en los ojos. Aún no me bastaba. Quería que me pidiera perdón, que me suplicase que me detuviera. Así que apreté los dientes, decidido, y salté al escritorio donde guardaba su cofre de joyas. Lo tomé, regresé al hogar, abrí la tapa del cofre y lo sacudí hasta que todas las joyas quedaron sobre la pila. Me dirigí a la pared y, apoyando el índice derecho sobre un pequeño botón de acero inoxidable, la fulminé con la mirada. Ahora, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Púdrete! —grité, y pulsé el botón.

En un instante, ropas y alhajas quedaron envueltas en llamas. Sin decir palabra, la duquesa salió tranquilamente de la habitación. Cerró la puerta tras de sí con toda suavidad. Me volví y me quedé mirando las llamas. ¡Que se pudriera!, pensé. Se lo había buscado. ¡Venir a amenazarme! ¿Creía que se iba a salir con la suya? Me quedé contemplando las llamas hasta que oí el sonido de ruedas sobre la grava de la senda de entrada. Corrí a la ventana y vi la parte trasera de su Range Rover negro, que iba camino al portón.

¡Mejor!, pensé. En cuanto se supiera que la duquesa y yo éramos historia, las mujeres harían cola ante mi puerta. ¡Cola! ¡Entonces vería quién mandaba!

Ahora que la duquesa se había marchado era hora de adoptar una expresión alegre y mostrarles a los niños qué maravillosa sería la vida sin mamá. Basta de obligaciones para Chandler; Carter podría comer postre de chocolate cuando le viniese en gana. Los llevé a los columpios del jardín y jugamos, mientras Gwynne, Rocco Día, Érica, María, Ignacio y algunos otros integrantes del elenco nos contemplaban.

Jugamos, felices, lo que pareció un tiempo muy largo, una eternidad, de hecho. Durante todo ese lapso reímos, bromeamos, miramos la azul bóveda del cielo y oímos las frescas flores de la primavera. ¡Nada como ser padre!

Pero, lamentablemente, la eternidad resultó durar sólo tres minutos y medio, al cabo de los cuales perdí interés en mis perfectos niños y le dije a Gwynne:

—Relévame, Gwynne. Tengo que ponerme al día con unos papeles.

Un minuto después estaba de regreso en mi despacho, frente a una nueva pirámide de cocaína. Y, a modo de homenaje a la manera en que Chandler reunía a sus muñecas en círculo, presidiendo esa corte, dispuse todas mis drogas sobre el escritorio. Yo presidía esa corte. Había veintidós distintas, casi todas en frascos, pero algunas en bolsitas. ¿Cuántos hombres podían tomar todas esas drogas sin morir de sobredosis? ¡Ninguno! ¡Sólo el Lobo era capaz de hacerlo! ¡El lobo, que había cultivado su resistencia a lo largo de años de mezclar y compensar con cuidado, pasando por un penoso proceso de prueba y error hasta llegar al resultado perfecto!

La guerra estalló a la mañana siguiente.

A las ocho de la mañana Choza estaba en mi sala de estar, haciéndome perder la paciencia. El hecho era que sabía muy bien que no me agradecería que apareciese en mi casa para procurar darme un sermón sobre las leyes financieras de Estados Unidos, esbozándolas en breves trazos carentes de sentido. Por Dios, quizá yo fuese deficiente en distintos aspectos de mi vida, pero no en mi conocimiento de las leyes financieras. De hecho, después de pasarme casi tres meses sin dormir, incluso entonces, tras las últimas setenta y dos horas de total locura, período en el que consumí cuarenta y dos gramos de cocaína, sesenta qualuuds, treinta Xanax, quince Valium, diez Klonopin, doscientos setenta miligramos de morfina, noventa miligramos de Ambien, además de Paxil, Prozac, Percocet, Pamelor, GHB y Dios sabe cuánto alcohol, sabía más sobre las leyes financieras estadounidenses que casi ningún otro habitante del planeta.

Choza dijo:

—El problema principal es que Steve nunca firmó un poder que te permita disponer de las acciones, de modo que es imposi-

ble que le enviemos los certificados accionariales al agente de transferencia para que los ponga a tu nombre.

En ese instante, por más que tenía la mente nublada, no pude menos que espantarme ante el grado de impericia de mi amigo. Era un problema tan simple que me daban ganas de escupirle en la cara. Respiré hondo y dije:

—Te diré una cosa, imbécil. Te quiero como a un jodido hermano, pero te voy a arrancar los putos ojos si vuelves a decirme qué no puedo hacer con el acuerdo de depósito en custodia en la cuenta de un tercero. ¿Vienes a mi puta casa a pedirme un jodido cuarto de millón de dólares y te preocupa un puto poder? ¡Por el amor de Dios, Andy! ¡Sólo necesitaríamos un poder si quisiéramos vender las acciones, no para comprarlas! ¿No entiendes? Ésta no es una guerra de retribución, sino una guerra de posesión, y una vez que tengamos las acciones en nuestro poder habremos ganado.

Adopté un tono más amable.

—Mira, lo único que debes hacer es ejecutar el acuerdo de depósito en custodia; al hacerlo te verás en la obligación legal de vender las acciones para darle cumplimiento. Entonces te diriges a mí y me vendes los títulos a cuatro dólares por acción, y yo te hago un cheque por cuatro millones ochocientos mil dólares, que cubre el precio de compra de las acciones. A continuación, tú me haces un cheque a mí por esos mismos cuatro millones ochocientos mil dólares para cancelar el pago en los términos del acuerdo.

Asintió débilmente.

—Escúchame —dije con tranquilidad—, con la posesión estaremos cumpliendo con nueve décimos de la ley. Te hago un cheque ahora mismo y con eso tomamos el control oficial de los títulos. Luego, esta tarde, presentamos una 13D y anunciamos públicamente que tengo intención de comprar más acciones y que voy a combatir por medio de representantes. Se producirá tal alboroto que Steve no tendrá más remedio que dar el brazo a torcer. Y compraré más acciones y presentaré 13D actualizadas cada semana. Saldrá todas las semanas en el *Wall Street Journal*. ¡Steve se volverá loco!

Quince minutos después Choza se marchaba. Era más rico en doscientos cincuenta mil dólares y llevaba un cheque por cuatro millones ochocientos mil dólares. Esa misma tarde el servicio de noticias de Dow Jones informaría de que yo estaba tratando de apoderarme de Zapatos Steve Madden. Y aunque en realidad ésa no era mi intención, no me cabía duda de que Steve se volvería loco. No tendría otro remedio que pagarme el precio de mercado justo por mis acciones. No me preocupaba la eventualidad de que ello me trajese complicaciones legales. Había reflexionado sobre ese aspecto, y sabía que, dado que Steve y yo no habíamos firmado nuestro acuerdo secreto hasta un año después de la emisión original, no se podía acusar a Stratton de haberlas lanzado al mercado bajo términos engañosos. En todo caso, la responsabilidad era de Steve más que mía, pues, como presidente de la empresa, era quien había firmado las presentaciones ante la SEC. Yo podía alegar ignorancia, diciendo que siempre supuse que las presentaciones se habían hecho de forma correcta. No podía decirse que fuese una coartada perfecta, pero sí que era una coartada verosímil.

En cualquier caso ya me había sacado de encima a Choza.

Fui al cuarto de baño principal, en el piso de arriba, y me puse a inhalar otra vez. Había una pila de coca sobre el tocador, y mil luces encendidas. Se reflejaban en todos los espejos y en el piso de mármol gris de un millón de dólares. Mientras tanto, me sentía muy mal. Vacío. Hueco. Extrañaba tanto, tan terriblemente, a la duquesa... y ya no tenía forma de recuperarla. Ceder ante ella equivaldría a admitir mi derrota, a reconocer que tenía un problema y necesitaba ayuda.

De modo que metí la nariz en la pila y aspiré por ambas fosas. Luego me tragué unos pocos Xanax y un puñado de qualuuds. La clave, sin embargo, no eran los qualuuds ni el Xanax. Era mantener el golpe de coca en sus etapas tempranas, ese primer sacudón, cuando uno entiende todo a la perfección y los problemas están a un millón de kilómetros. Tendría que inhalar de forma constante —dos líneas gruesas cada cuatro o cinco minutos, según mis cálculos—, pero si lograba mantenerme en ese punto durante más o menos una semana, podría ganar a la du-

quesa por cansancio y la vería regresar a mí de rodillas. Requeriría un consumado manejo de compensación mutua de drogas, pero el lobo estaba a la altura del desafío...

Claro que si me dormía me podía robar a los niños. Quizá lo que debía hacer era marcharme con ellos para mantenerlos lejos de sus malignas garras, por más que Carter aún era un poco pequeño para viajar. Todavía usaba pañales y dependía mucho de la duquesa. Claro que eso no tardaría en cambiar, en particular cuando Carter tuviese edad de conducir y yo le ofreciese un Ferrari a cambio de que olvidase a su madre.

Así que sería más lógico marcharme sólo con Chandler y Gwynne. Chandler era una excelente compañera y, a fin de cuentas, no había motivos que impidieran que un padre y su hija pasearan por el mundo. Nos vestiríamos con las mejores ropas y llevaríamos una existencia despreocupada, admirados por todos. Luego, en unos años, regresaría en busca de Carter.

Treinta minutos después estaba de regreso en la sala de estar, hablando de negocios con Dave Davidson, el Guiñador. Se quejaba de las operaciones a la corta, que le hacían perder dinero cuando las acciones subían de precio, pero a mí no me podía importar menos. Lo único que quería era ver a la duquesa para hacerle saber mi plan para viajar por el mundo con Chandler.

En ese preciso instante oí que se abría la puerta de entrada. A los pocos segundos vi que la duquesa cruzaba la sala de estar rumbo al cuarto de juegos de los niños. Yo discutía estrategias operativas con el Guiñador cuando la vi salir, con Chandler de la mano. Mis palabras salían de forma automática, como si estuviesen grabadas. Oí las suaves pisadas de la duquesa, que se dirigía al sótano, a la sala de exhibición de sus ropas de maternidad. ¡Ni siquiera había reconocido mi presencia, por el amor de Dios! ¡Me estaba provocando, faltándome el respeto! ¡Enfureciéndome! Sentía como si el corazón me fuese a saltar del pecho.

—... así que asegúrate de estar presente en la próxima emisión... —proseguí, con la mente corriendo furiosamente en doble

pista—. La clave, David, es... Perdóname un segundo. —Alcé el índice—. Tengo que bajar a hablar con mi esposa.

Bajé por la escalera de caracol pisando fuerte. La duquesa estaba sentada ante su escritorio, revisando la correspondencia. ¿Abriendo mis cartas? ¡Cuánto descaro! Chandler estaba sentada en el suelo. Pintaba un libro de colorear con un lápiz de cera. En tono que rezumaba veneno le dije a mi esposa:

—Me voy a Florida.

Alzó la vista:

—¿Y qué? ¿Por qué había de importarme?

Respiré hondo.

—Me da igual si te importa o no, pero me llevo a Chandler.

Sonrió, burlona.

—No creo.

Mi presión sanguínea alcanzó niveles inéditos.

—¿No lo crees? Pues bien, ¡púdrete! —me incliné, tomé a Chandler en brazos y eché a correr hacia las escaleras. La duquesa se levantó de un salto y se puso a perseguirme, gritando:

—¡Te voy a matar, hijo de puta! ¡Suéltala, suéltala!

Chandler se puso a gemir y a llorar histéricamente, y yo le grité a la duquesa:

—¡Púdrete, Nadine! —Comencé a subir las escaleras a la carrera. La duquesa saltó y me abrazó los muslos, en un desesperado intento de impedir que continuara mi ascenso.

—¡Párate! —gritó—. ¡Por favor, párate! ¡Es tu hija! ¡Suéltala! —Subía por mi pierna, procurando aprisionarme el torso. Miré a la duquesa. Quise verla muerta. En todos nuestros años de matrimonio jamás le había puesto una mano encima. Hasta entonces. Apoyé firmemente la suela de mi zapatilla sobre su vientre y estiré la pierna en un poderoso empujón; mi esposa voló escaleras abajo antes de aterrizar sobre el flanco derecho con gran fuerza.

Me detuve atónito, desconcertado, como si acabase de presenciar un acto de espantosa atrocidad cometido por dos personas desequilibradas y desconocidas para mí. Unos segundos después la duquesa rodó y se acuclilló, teniéndose el costado con

ambas manos y dando un respingo de dolor, como si se hubiese quebrado una costilla. Pero al momento su rostro se volvió a endurecer, y poniéndose de cuatro patas procuró gatear escaleras arriba, aún empeñada en detenerme y quitarme a su hija.

Le volví la espalda y corrí escaleras arriba, estrechando a Chandler contra mi pecho, diciéndole:

— ¡Está todo bien, cariño! ¡Papá te quiere y te llevará a hacer un pequeño viaje! ¡Todo saldrá bien!

Cuando llegué al remate de las escaleras eché a correr a toda velocidad, mientras Chandler continuaba gimiendo irrefrenablemente. La ignoré. Pronto, los dos estaríamos juntos y solos y todo iría bien. Corrí al garaje. Sabía que algún día Chandler lo comprendería todo, entendería por qué tuve que neutralizar a su madre. Quizá, cuando Chandler fuese mucho mayor, una vez que su madre hubiera aprendido la lección, podrían reencontrarse y tener algún tipo de relación. Quizás.

Había cuatro coches en el garaje. El que estaba más a mano era el Mercedes convertible blanco de dos puertas, así que abrí la del lado del acompañante y deposité a Chandler en el asiento antes de cerrar de golpe. Al dar la vuelta al coche a la carrera vi a Marissa, una de las sirvientas, que me miraba, horrorizada. Entré en el coche de un salto y lo puse en marcha.

Entonces, la duquesa se arrojó contra la puerta del lado del acompañante golpeando la ventanilla y chillando. Pulsé el botón del bloqueo de puertas. En ese momento vi que la puerta del garaje comenzaba a cerrarse. Miré hacia la derecha y vi a Marissa con el dedo sobre el botón. ¡Mierda!, pensé, y poniendo el coche en marcha pisé el acelerador y atravesé la puerta del garaje, haciéndola astillas. Seguí adelante a toda velocidad, hasta estrellarme de lleno contra un pilar de piedra caliza de dos metros de alto que se alzaba en el extremo de la senda de entrada. Miré a Chandler. No tenía puesto el cinturón de seguridad, pero, gracias a Dios, estaba indemne. Gritaba y lloraba histéricamente.

De pronto, unos pensamientos terriblemente turbadores comenzaron a acudir a mi cerebro, para empezar: ¿Qué carajo estaba haciendo? ¿Dónde mierda iba? ¿Qué hacía mi hija en el

asiento delantero de mi coche y sin cinturón de seguridad? Nada tenía sentido. Abrí la puerta, bajé y me quedé allí de pie. Un segundo después, uno de los guardaespaldas llegó corriendo, sacó a Chandler del coche y corrió a la casa con ella en brazos. Parecía una buena idea. Entonces, la duquesa se me acercó y me dijo que todo saldría bien, que tenía que calmarme. Me dijo que aún me amaba. Me rodeó con los brazos y me estrechó contra sí.

Y allí nos quedamos. No sé por cuánto tiempo, pero sí sé que muy poco después oí el aullido de una sirena y vi unas luces que destellaban. Y a continuación estaba esposado, sentado en el asiento trasero de un coche patrulla, mirando hacia atrás con el cuello muy estirado, tratando de ver por última vez a la duquesa antes de ir a la cárcel.

Pasé el resto del día en distintos calabozos, comenzando por la comisaría de policía de Old Brookville. Dos horas después me volvieron a esposar y me llevaron a otra comisaría de policía, donde me escoltaron hasta otra celda, ésta mayor y con más gente dentro. No le hablé a nadie y nadie me habló. Había muchos gritos y escándalos, y hacía mucho frío. Tomé nota mental de llevar prendas de abrigo si el agente Coleman aparecía algún día en mi puerta con una orden de detención. Oí que me llamaban y pocos minutos después me encontraba en el asiento trasero de otro coche de policía rumbo a la ciudad de Mineola, donde estaba la sede del tribunal del estado.

Me encontré en el tribunal, frente a una jueza. ¡Mierda! ¡Una mujer! ¡Ahora sí estaba listo! Me giré hacia mi atildado abogado, Joe Fahmeghetti, y dije:

—¡Estamos jodidos, Joe! ¡Ésta me va a condenar a muerte!

Joe sonrió y me posó una mano en el hombro.

—Tranquilo —dijo—. Te saco de aquí en diez minutos. No hables hasta que yo no te diga que lo hagas.

Tras unos pocos minutos de bla bla, Joe se inclinó y me susurró al oído:

—Di «inocente».

Sonreí y dije:

—Inocente.

Diez minutos después quedaba libre. Salía del tribunal, acompañado de Joe Fahmeghetti. Mi limusina me aguardaba en la acera. George iba al volante y Rocco Noche en el asiento del acompañante. Ambos bajaron. Noté que Rocco llevaba mi bolso LV. George abrió la puerta de la limo sin decir palabra, mientras Rocco caminaba hacia mí. Me entregó mi bolso diciendo:

—Todas sus cosas están aquí, señor B., además de cincuenta mil dólares en efectivo.

Mi abogado se apresuró a añadir:

—Te espera un Learjet en el aeropuerto Republic. George y Rocco te acompañarán allí.

Quedé confundido. ¡Eran artimañas de la duquesa! ¡No había duda!

—¿De qué mierda habláis? —farfullé—. ¿Adónde me lleváis?

—A Florida —dijo mi elegante abogado—. En estos momentos David Davidson te espera en el Republic. Te acompañará en el vuelo. Dave Beall te aguarda en Boca. —Mi abogado suspiró—. Mira, amigo, tienes que alejarte unos días hasta que resolvamos esto de tu esposa. Si no, terminarás detenido otra vez.

Rocco añadió:

—Hablé con Bo y me dijo que me quede aquí para mantener vigilada a la señora B. No puede regresar a casa, señor B. Ella tiene una orden de protección contra usted. Lo arrestarán si va a la propiedad.

Respiré hondo, procurando dilucidar en quién podía confiar. Mi abogado, sí... Rocco, sí... Dave Beall, sí... la detestable duquesa, ¡no! De modo que, ¿qué sentido tenía regresar a casa? Ella me odiaba y yo la odiaba y era posible que, si la veía, terminara por matarla, y eso sería un serio obstáculo para mis planes de viajar con Chandler y Carter. De modo que, sí, quizás unos pocos días de sol me sentaran bien.

Miré a Rocco, entornando los ojos:

—¿Está todo en el bolso? —pregunté en tono acusador—. ¿Todas mis medicinas?

—Puse todo —dijo Rocco, con aire fatigado—. Todo lo que tenía en sus cajones y en las gavetas del escritorio, más el dinero que nos dio la señora Belfort. Está todo ahí.

Muy bien, pensé. Cincuenta mil dólares me durarían un par de días. Y las drogas... Bueno había bastante como para mantener a la población de Cuba drogada por lo que quedaba de abril.

Cada vez más enfermo

¡Cuánta locura! Surcábamos el cielo a doce mil metros de altura y flotaban tantas moléculas de cocaína en el aire presurizado que, cuando me levanté para ir al baño, noté que los dos pilotos llevaban máscara de oxígeno. Mejor. Parecían buenos tipos y no me hubiera gustado que diesen positivo en una prueba de detección de drogas por mi culpa.

Ahora huía. ¡Era un fugitivo! Necesitaba mantenerme en movimiento; también mantenerme drogado. Quedarme quieto equivalía a morir. Permitir que mi cabeza aterrizara, bajar a la realidad, dejar que mis pensamientos se centraran en lo que acababa de ocurrir, ¡hubiera sido una muerte segura!

Pero ¿por qué había ocurrido? ¿Por qué había tirado a la duquesa por las escaleras de una patada? Era mi esposa. La amaba más que a ninguna otra cosa. ¿Y por qué había arrojado a mi hija al asiento de mi Mercedes antes de usarlo para embestir la puerta del garaje sin siquiera ponerle el cinturón de seguridad? Ella era la más preciada de mis posesiones. ¿Recordaría la escena de la escalera durante el resto de su vida? ¿Le quedaría grabada para siempre la imagen de su madre gateando, tratando de salvarla de... de... de qué? ¿De un maniático enloquecido por la coca?

En algún lugar, sobrevolando Carolina del Norte, había reconocido por fin que sí me había comportado como un maniático enloquecido por la coca. Durante un breve instante había cruzado la línea. Pero ahora ya había regresado, y volvía a mi sano juicio. ¿O no?

Necesitaba seguir inhalando. También necesitaba seguir tomando qualuuds, Xanax y mucho Valium. Debía mantener a raya la paranoia; detenerme era morir... detenerme era morir.

Veinte minutos después se encendió la señal de abrocharse los cinturones de seguridad, un claro recordatorio de que era hora de dejar de aspirar y de que había llegado el momento de tomar qualuuds y Xanax; debía tener la certeza de que mi equilibrio tóxico fuera perfecto cuando tocásemos tierra.

Tal como prometió mi abogado, Dave Beall me aguardaba en la pista junto a una limusina Lincoln negra. Supuse que Janet se habría ocupado de organizar mi transporte.

De pie con los brazos cruzados, Dave parecía más alto que una montaña.

—¿Listo para la fiesta? —pregunté, con animación—. Tengo que buscar a mi próxima ex esposa.

—Vamos a casa a descansar —respondió Montaña—. Laurie voló a Nueva York para estar con Nadine. Tenemos la casa para nosotros. Necesitas dormir un poco.

—¿Dormir? —¡No, no, no!, pensé—. Dormiré todo lo que haga falta cuando esté muerto, grandullón de mierda. Y, de todos modos, ¿de qué lado estás? ¿Del mío o del de ella? —Le tiré un puñetazo, un cross de derecha que le dio de lleno en el bíceps.

Se encogió de hombros. Al parecer, no había sentido mi golpe.

—Estoy de tu lado —dijo en tono afectuoso—. Siempre estoy de tu lado, pero no creo que haya una guerra. Os vais a reconciliar. Dale unos días para que se tranquilice; no necesita nada más.

Apreté los dientes y meneé la cabeza con aire amenazador, como diciendo: «¡Jamás! ¡Ni en un millón de jodidos años!».

Lamentablemente, eso no era cierto. Quería recuperar a mi

duquesa; de hecho lo deseaba con desesperación. Pero no podía permitir que Dave lo supiera; tal vez no fuera discreto, se le escapara algo con Laurie, quien, a su vez, se lo diría a la duquesa. Entonces, ella sabría que me sentía desdichado sin ella y llevaría las de ganar.

—Sólo espero que se caiga muerta —farfullé—. ¡Mira todas las que me ha hecho pasar! ¡Ni que fuera la única vagina que queda en el mundo aceptaría reconciliarme con ella! Mira, vamos a Solid Gold a hacérnosla mamar por unas *strippers*.

—Tú eres el jefe —dijo Dave—. Sólo tengo órdenes de asegurarme de que no te mates.

—¿Ah, sí? —ladré—. ¿Órdenes de quién mierda?

—De todos —respondió mi robusto amigo, meneando la cabeza con aire grave.

—Bueno, ¡entonces que se pudran todos! —barboté, dirigiéndome a la limusina—. ¡Que se pudra hasta el último de todos!

Solid Gold... ¡qué lugar! Todo un muestrario de jóvenes nudistas, al menos dos docenas. Pero cuando nos acercamos al escenario y vi más de cerca a estas jóvenes beldades, llegué a la triste conclusión de que la mayor parte de ellas había sido tocada con la varita de la fealdad.

Volviéndome a Montaña y al Guiñador, dije:

—Demasiadas feas, pero si buscamos bien apuesto a que damos con algún diamante en bruto. —Giré la cabeza en una y otra dirección—. Demos un paseo.

El sector VIP estaba en el fondo del club. Un enorme gorila negro estaba de pie ante una corta escalera cerrada con un cordón de terciopelo rojo.

—¿Cómo va? —dije en tono amistoso. El gorila me miró como si yo fuese un insecto molesto al que debía aplastar. Me dije que necesitaba un cambio de actitud, así que, metiéndome la mano en el calcetín derecho, saqué un fajo de diez mil dólares en billetes de a cien, separé la mitad y se los entregué.

Ahora que su actitud había recibido el necesario ajuste, dije:

—Despeja la sección VIP para mis amigos y yo, y haz que nos manden las cinco mejores chicas del lugar.

Sonrió.

Cinco minutos después todo el sector VIP era para nosotros. Teníamos en frente a cuatro *strippers* como vinieron al mundo, a excepción de sus zapatos de tacón alto. Lucían razonablemente bien, pero no tanto como para casarse con ninguna de ellas. Necesitaba una auténtica beldad para poder pasearla por Long Island y mostrarle a la duquesa quién era el jefe.

En ese momento el gorila abrió el cordón para dar paso a una adolescente desnuda encaramada sobre un par de zapatos de tacón alto de charol blanco. Se sentó a mi lado sobre el brazo del sillón y cruzó sus piernas desnudas con total naturalidad antes de inclinarse para darme un beso en la mejilla. Oía a una mezcla de perfume Angel con un diminuto matiz del aroma almizclado que el sudor del baile había dejado en su cuerpo. Era bellísima. No podía tener ni un día más de dieciocho años. Tenía una gran cabellera color castaño claro, ojos verde esmeralda, una diminuta nariz de botón y una hermosa quijada. Su cuerpo era increíble: un metro setenta, un par de senos medianos a la silicona, un vientre levemente combado y piernas que eran dignas rivales de las de la duquesa. Su piel olivácea era inmaculada.

Intercambiamos sonrisas. Tenía dientes blancos y regulares. En voz lo suficientemente alta como para que se oyera por encima de la música, pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Se inclinó hasta que sus labios casi se apoyaron en mi oreja, y dijo:

—Blaze.

Retrocedí, ladeando la cabeza.

—¿Blaze? ¿Y qué puto nombre es ése? ¿Tu madre sabía que serías *stripper* cuando naciste?

Me sacó la lengua, y yo también le saqué la lengua.

—Mi verdadero nombre es Jennifer. Blaze es mi nombre artístico.

—Bueno —dije—. Es un gusto conocerte, Blaze.

— ¡Ohhh! —dijo frotando su mejilla contra la mía—. Eres un pequeño encanto.

¿Pequeño?, pensé.

—¿Por qué...? — ¡Putita disfrazada de *stripper*! ¡Debería golpearte! Respiré hondo y dije—: ¿Qué quieres decir con eso?

Eso pareció confundirla.

—Digo que... eres un encanto, y tienes ojos hermosos, ¡y eres tan joven! —me dirigió su sonrisa de *stripper*.

Blaze tenía una voz muy hermosa. Pero ¿Gwynne la aprobaría? Era un poco pronto para decidir que ésta sería una buena madre para mis hijos.

—¿Te gustan los qualuuds? —pregunté.

Encogió sus hombros desnudos.

—Nunca los probé. ¿Qué te hacen?

Mmm... una novata, pensé. No tenía paciencia para iniciarla.

—¿Y la coca? ¿Has probado eso?

Alzó las cejas:

— ¡Sí! ¡Me encanta la coca! ¿Tienes?

Asentí con vehemencia:

— ¡Sí, una montaña!

—Bueno, entonces ven conmigo —dijo, tomándome de la mano—. Y no me llames más Blaze, ¿de acuerdo? Me llamo Jennie.

Le sonreí a mi futura esposa.

—De acuerdo, Jennie. Por cierto, ¿te gustan los niños?
—Crucé los dedos.

Sonrió de oreja a oreja.

—Sí, me encantan los niños. Algún día quisiera tener un montón de hijos. ¿Por qué?

—Por ninguna razón en particular —le dije a mi futura esposa—. Sólo me lo preguntaba.

¡Ahhh, Jennie! ¡El antídoto justo para mi duquesa traidora! ¿Y ahora quién necesitaba regresar a Old Brookville? Podía llevarme a Chandler y a Carter a Florida. Gwynne y Janet también

irían. La duquesa tendría derecho a visitar a los niños una vez al año, bajo supervisión del tribunal. Eso sería lo justo.

Jennie y yo pasamos las siguientes cuatro horas en la oficina del gerente aspirando cocaína mientras ella bailaba para mí y me hacía unas mamadas de campeonato, a pesar del hecho de que en todo ese tiempo nunca se me llegó a poner dura. De todos modos, ya estaba convencido de que sería una buena madre para mis hijos, de modo que, dirigiéndome a su coronilla, le dije:

—Espera, Jennie. Deja de chupar un segundo.

Alzando la cabeza, me dirigió su sonrisa de *stripper*:

—¿Algo anda mal, cariño?

Meneé la cabeza.

—Nada anda mal. De hecho, todo anda bien. Quiero presentarte a mi madre. Espera un segundo. —Saqué el móvil y marqué el número de mis padres en Bayside. Era el mismo desde hacía treinta y cinco años.

Al cabo de un momento oí la voz preocupada de mi madre, a quien le respondí:

—No, no le hagas caso. Todo está bien. ¿Que tiene una orden del juez que me prohíbe acercarme a ella? ¿Y eso qué mierda importa? Tengo dos casas; que se quede una, yo me quedo otra... ¿Los niños? Vivirán conmigo, por supuesto. ¿Quién puede criarlos mejor que yo? En fin, pero no es por eso por lo que te llamaba, mamá. Te llamaba para decirte que me voy a divorciar de Nadiné... ¿Por qué? ¡Porque es una perra traicionera, por eso! Además, ya he conocido a alguien, y es muy agradable. —Miré a Jennie, que lucía radiante, y le guiñé un ojo. Luego le dije al teléfono—: Escucha, mamá, quiero que conozcas a mi futura esposa y... ¿Dónde estoy? En un club de *striptease* en Miami. ¿Por qué? No, ella no es una de las que se desnudan, al menos ya no. Va a dejar todo eso. La voy a consentir en todo. —Volví a guiñarle el ojo a Jennie—. Se llama Jennie, pero puedes decirle Blaze, si te gusta. No se ofenderá, es una muchacha muy sencilla. Espera, te la paso.

Le pasé el móvil a Jennie.

—Mi madre se llama Leah y es muy buena. Todos la quieren. Jennie se encogió de hombros y cogió el teléfono.

—Hola, Leah. Soy Jennie. ¿Cómo te va?... oh, yo muy bien, gracias por preguntar... Sí, él está bien... ajá, sí, espera un segundo. —Cubriendo el micrófono del móvil con la mano dijo—: Dice que quiere hablar contigo otra vez.

¡Increíble! ¡Qué grosera había estado mi madre al sacarse de encima con tanta premura a mi futura esposa! Cogí el teléfono y corté la comunicación. Luego, con una amplia sonrisa, me tendí en el sofá y señalé mi entrepierna.

Jennie asintió con vehemencia, se inclinó sobre mí y se puso a chupar... a tocar... a tironear... a amasar... a chupar un poco más. Incluso así, y por más que lo quisiera, no había modo de que la sangre acudiera. Pero la pequeña Jennie era obstinada, una adolescente muy terca y no se iba a dar por vencida sin probar todos sus recursos. Quince minutos después había dado con el punto justo y, al cabo de un instante, yo estaba duro como una piedra y me la follé sin piedad sobre el sofá tapizado de barata tela blanca, diciéndole que la amaba. Ella me dijo que también me amaba y ambos nos echamos a reír. Compartimos un momento de felicidad, maravillándonos de cómo dos almas perdidas podían encontrar el amor así de rápido, incluso bajo esas circunstancias.

Fue asombroso. Sí, en ese instante mismo, justo antes de acabar, Jennie lo era todo para mí. Y, un instante después, me encontré deseando que se desvaneciera en el aire. Un terrible abatimiento, como una ola de maremoto de treinta metros de alto, me inundó. El corazón se me cayó hasta la boca del estómago. Me desinflé. Pensaba en la duquesa.

La echaba de menos. Sentía una desesperada necesidad de hablar con ella. Necesitaba que me dijera que aún me amaba y que seguía siendo mía. Le dirigí una triste sonrisa a Jennie y le dije que tenía que hablar un minuto con Dave, que enseguida volvía. Salí al club, encontré a Dave y le dije que si no nos íbamos en ese mismo instante era posible que me suicidara, lo que le produciría graves problemas, pues la responsabilidad de mantenerme con vida hasta que las cosas se aplacaran era suya.

Dave y yo íbamos sentados en la limusina, de camino a su casa en Broken Sound, una comunidad cerrada de Boca Ratón. El Guiñador se había enamorado de una *stripper* y quedado en el club; yo evaluaba la posibilidad de cortarme las venas. Sentía que me estrellaba. El efecto de la cocaína estaba pasando y yo caía por un precipicio emocional. Necesitaba hablar con la duquesa. Sólo ella podía ayudarme.

Eran las dos de la madrugada. Tomé el teléfono móvil de Dave y llamé el número de mi casa. Respondió la voz de una mujer que no era la duquesa.

—¿Quién habla? —ladré.

—Soy Donna.

¡Mierda! Donna Schlesinger era justamente el tipo de perra envidiosa que se regocijaría con una situación como ésta. Era una amiga de la infancia de Nadine y le tenía celos desde el momento en que tuvo edad suficiente para saber lo que son. Respiré hondo y dije:

—Quiero hablar con mi mujer, Donna.

—No quiere hablar contigo en este momento.

Eso me enfureció.

—Sólo pásale el puto teléfono, Donna.

—Ya te he dicho —gritó Donna— que no quiere hablar contigo.

—Donna —dije en tono tranquilo—. No bromeo. Te advierto de que si no le pasas la llamada, cogeré un vuelo a Nueva York y te clavaré un cuchillo en el puto corazón. Y cuando terminé contigo me ocuparé de tu esposo, sólo por una cuestión de principios. —Entonces grité—: ¡Pásale la llamada ahora mismo!

—Espera —dijo Donna, muy nerviosa.

Estiré el cuello, procurando tranquilizarme. Luego miré a Dave y le dije:

—No lo he dicho en serio. Era sólo para hacerme entender.

Asintió con la cabeza y dijo:

—Detesto a Donna tanto como tú, pero creo que deberías dejar en paz a Nadine durante un par de días. Sólo mantén un poco de distancia. Hablé con Laurie y dice que Nadine está muy alterada.

—¿Qué más te dijo Laurie?

—Dice que Nadine no volverá contigo si no vas a rehabilitación.

Por el móvil se oyó:

—Hola, Jordan. Soy Ophelia. ¿Estás bien?

Respiré hondo. Ophelia era buena chica, pero no podía confiar en ella. Era la más antigua de las amigas de la duquesa y debía querer lo mejor para nosotros, pero aun así... la duquesa se habría metido en su mente manipulándola, volviéndola en mi contra. Ophelia podía ser una enemiga. Pero, a diferencia de Donna, no era mala, de modo que oír su voz me tranquilizó un poco.

—Estoy bien, Ophelia. ¿Me pasas a Nadine, por favor?

La oí suspirar.

—No quiere atenderte, Jordan. No hablará contigo si no vas a rehabilitación.

—No necesito rehabilitación —dije con sinceridad—. Sólo parar un poco. Dile que lo haré.

—Así lo haré —dijo Ophelia—, pero no creo que sirva de nada. Oye, lo lamento, pero tengo que colgar. —Y sin más trámite, cortó la comunicación.

Mi ánimo cayó aún más. Respiré hondo y agaché la cabeza, derrotado.

—Increíble —murmuré.

Dave me pasó un brazo por los hombros:

—¿Estás bien, compañero?

—Sí —mentí—. Muy bien. No quiero hablar ahora. Necesito pensar.

Dave asintió y pasamos el resto del trayecto en silencio.

Quince minutos después estaba sentado en la sala de estar de Dave, sintiéndome vacío y desesperado. La locura parecía haber empeorado; mis ánimos se habían sumergido en profundidades inconcebibles. Dave estaba sentado junto a mí en el sofá, sin hablar. Sólo observaba y esperaba. Frente a mí había una pila de cocaína. Mis píldoras estaban sobre la mesa de la cocina. Había procurado llamar a casa una docena de veces, pero Rocco comenzó a atender el teléfono. Al parecer, también él estaba en mi contra. Lo despediría en cuanto resolviese ese asunto.

Le dije a Dave:

—Llama a Laurie a su móvil. Es la única manera de que me pueda comunicar con Nadine.

Dave asintió con aire fatigado y llamó a Laurie por un teléfono inalámbrico. Treinta segundos después ella contestaba, llorando.

—Oye —dijo, tragándose las lágrimas—, sabes cuánto te queremos Dave y yo, Jordan, pero por favor, te lo suplico, debes ir a rehabilitación. Tienes que ayudar. Vas a matarte. ¿No lo ves? Eres un hombre brillante y te estás destruyendo. Si no lo haces por ti mismo, hazlo por Channy y Carter. ¡Por favor!

Respiré hondo y, levantándome del sofá, me dirigí a la cocina. Dave me siguió, manteniéndose a unos pasos de distancia.

—¿Nadine aún me ama? —pregunté.

—Sí —dijo Laurie—, aún te ama, pero no volverá contigo si no vas a rehabilitación.

Volví a respirar hondo.

—Si me ama, se pondrá al teléfono.

—No —dijo Laurie—, si te ama no se pondrá al teléfono. Esto es algo que os afecta a los dos. Ambos estáis enfermos, ella tal vez más que tú, por permitir que las cosas hayan llegado tan lejos. Debes ir a rehabilitación, Jordan, y ella también necesita ayuda.

No lo podía creer. ¡Hasta Laurie se había vuelto en mi contra! Nunca lo hubiese imaginado, ni en un millón de años. Bueno, ¡que se fuera a la mierda! ¡Y que la duquesa también se fuese a la mierda! ¡Y que todo el mundo se fuera a la mierda! ¿A quién mierda le importaba nada? Yo ya había alcanzado el pináculo de mis posibilidades, ¿verdad? Tenía treinta y cuatro años y ya había vivido diez vidas. ¿Qué sentido tenía seguir adelante? ¿Dónde iba a ir, si no más abajo? ¿Qué era mejor, una muerte lenta y dolorosa o desaparecer en una llamarada de gloria?

En ese momento vi el frasco de morfina. Contenía al menos cien píldoras de quince miligramos. Eran pequeñas, de la mitad del tamaño de un guisante, y de un precioso color morado. Ese día había tomado diez, suficientes para dejar a cualquiera en un coma irreversible. Pero para mí no era nada.

Con gran tristeza en la voz le dije a Laurie:

—Dile a Nadine que lo siento y despídete por mí de los niños.

Lo último que oí antes de cortar la comunicación fue a Laurie, que gritaba—: ¡Jordan, no! ¡No cortes...!

Con un veloz movimiento me apoderé del frasco de morfina, desenrosqué la tapa y vertí todo su contenido en la palma de mi mano. Había tantas píldoras que la mitad se cayeron al suelo. Aun así, me quedaban al menos cincuenta, que formaban una pirámide en mi mano. Era una hermosa pirámide morada. Me las eché a la boca y me puse a mascar. Entonces, se desató el caos.

Vi que Dave se me acercaba, de modo que corrí al otro extremo de la cocina, apoderándome de pasada de una botella de Jack Daniel's. Pero antes de que pudiera llevármela a los labios, Dave estaba encima de mí. Golpeó la botella haciendo que la soltara, antes de estrecharme en un abrazo de oso. El teléfono comenzó a sonar. Lo ignoró y me derribó. A continuación me metió los dedos en la boca, procurando sacar las píldoras. Se los mordí, pero era muy fuerte y me dominó. Gritaba:

—¡Escúpelas! ¡Escúpelas!

—¡Púdrete! —grité—. ¡Suéltame o te mataré, grandullón de mierda!

Mientras, el teléfono sonaba y Dave seguía gritando:

—¡Escupe las píldoras! ¡Escúpelas!

Yo mascaba y tragaba, hasta que, al fin, me tomó ambas mejillas en la mano derecha y apretó con tremenda fuerza.

—¡Ay, mierda! —Escupí las píldoras. Sabían a veneno, increíblemente amargas, y ya me había tragado tantas que, en realidad, no importaba. Ahora sólo era cuestión de tiempo.

Sujetándome con una mano, Dave tomó el teléfono inalámbrico con la otra, marcó el 911 y le dio la dirección a la policía. Luego, tiró el teléfono y volvió a procurar sacarme las píldoras de la boca. Otra vez lo mordí.

—¡Saca tus putas garras de mi boca, puto grandullón! Nunca te perdonaré. Estás con ellos.

—Tranquilo —dijo alzándose como si fuese un haz de leña y llevándose al sofá.

Y me quedé tendido allí, maldiciéndolo durante dos minutos seguidos hasta que comencé a perder interés. Me sentía muy cansado, muy tibio, muy amodorrado. Sonó el teléfono. Dave contestó. Era Laurie. Traté de oír lo que decían, pero me dormía. Dave me puso el teléfono contra la oreja.

—Eh, amigo, es tu esposa. Quiere hablar contigo. Quiere decirte que aún te ama.

—¿Nadine? —dije con voz soñolienta.

La duquesa, llena de amor:

—Eh, cariño, aguanta un poco. Aún te amo. Todo saldrá bien. Los niños te aman y yo también. Todo saldrá bien. No te duermas. Me eché a llorar.

—Lo siento, Nadine. No quise hacer eso hoy. No sabía lo que hacía. No puedo vivir conmigo mismo, lo... lamento. —Prorrumpí en incontenibles sollozos.

—Todo está bien —dijo mi esposa—. Aún te amo. Sólo aguanta. Todo saldrá bien.

—Siempre te amé, Nadine, desde el momento en que te vi por primera vez.

Y entonces me desmayé, víctima de una sobredosis.

Desperté presa de la sensación más horrenda que pueda imaginarse. Recuerdo haber gritado:

—¡No! ¡Saca esa cosa de mi boca, hijo de puta! —Aunque no sabía exactamente por qué.

Un segundo después me enteré. Estaba atado a una mesa de examen y rodeado de un equipo de cinco médicos y enfermeras. La mesa estaba en posición vertical, perpendicular al piso. No sólo tenía atados brazos y piernas, sino que dos anchas fajas de vinilo me cruzaban el torso y los muslos y me mantenían asegurado a la mesa. Frente a mí, un médico, enfundado en un equipo hospitalario verde, tenía en la mano un largo tubo negro, como el del radiador de un coche.

—Jordan —dijo en tono firme—, tienes que colaborar y dejar de intentar morderme la mano. Tenemos que vaciarte el estómago.

—Estoy bien —farfullé—. No llegué a tragar nada. Las escupí. Sólo bromeaba.

—Entiendo —dijo, paciente—, pero no puedo correr riesgos. Te administramos Narcan para neutralizar los narcóticos, así que ahora estás fuera de peligro. Pero escúchame, amigo mío: tu presión sanguínea está fuera de todo límite normal y el corazón te late desordenadamente. ¿Qué drogas tomaste además de la morfina?

Me tomé un momento para estudiar al médico. Parecía iraní, persa o algo por el estilo. ¿Podía fiarme de él? Al fin y al cabo, yo era judío, lo que me convertía en su enemigo mortal. ¿O el juramento hipocrático trascendía ese tipo de barrera? Paseé la mirada por la habitación y vi algo terriblemente perturbador: dos policías uniformados y armados. Estaban apoyados contra la pared, observando. Hay que mantener la boca cerrada, pensé.

—Nada —dije—, sólo morfina y tal vez un poco de Xanax. Tengo problemas de columna. Todo lo que tomo es recetado por el médico.

El doctor sonrió con tristeza.

—Estoy aquí para ayudarte, Jordan, no para arrestarte.

Cerré los ojos y me preparé para la tortura. Sí, sabía qué ocurriría. Ese hijo de puta persoiraní trataría de meterme ese tubo por el esófago hasta el estómago, cuyos contenidos aspiraría. Luego, me metería en el estómago un kilo de carbón activado para que arrastrara las drogas por el tracto digestivo sin que éste las absorbiera. Fue uno de los raros momentos de mi vida en que lamenté haber leído tanto. Y lo último que pensé antes de que los cinco doctores y enfermeras me atacaran, metiéndome el tubo a la fuerza por la garganta fue: «¡Mierda! ¡Detesto tener siempre razón!».

Una hora después mi estómago estaba completamente vacío, a excepción de la camionada de carbón activado que me habían metido por la garganta. Aún estaba atado a la mesa cuando por fin me quitaron el tubo negro. Cuando la última pulgada de caucho salió de mi esófago, me encontré pensando cómo harían las

estrellas del porno para meterse todos esos enormes penes por la garganta sin tener arcadas. Sé que era una idea extraña para tener en ese momento, pero fue lo que pensé.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el buen doctor.

—Necesito ir al baño cuanto antes —dije—. De hecho, si no me desatan, me voy a cagar encima.

El doctor asintió, y él y las enfermeras se pusieron a soltar las amarras.

—El baño está ahí —dijo—. Iré en un rato a ver cómo sigues.

No estaba muy seguro de qué habría querido decir con eso, hasta que la primera explosión brotó de mi recto con la fuerza de un cañón de agua. Me resistí a mi impulso de mirar la taza del inodoro para ver qué salía de mí, pero tras diez minutos de explosiones cedí y espí. Parecía el resultado de una erupción del Vesubio, como si el agujero de mi culo hubiese vomitado kilos de negra ceniza volcánica. Si había pesado sesenta kilos esa mañana, ahora debía de andar por los cincuenta. Mis entrañas mismas estaban en la barata taza de loza de un inodoro de Boca Ratón, Florida.

Al cabo de una hora emergí, al fin, del baño. Lo peor había pasado y me sentía mucho mejor. Quizá me hubiesen extraído del estómago parte de mi locura, pensé. Iba siendo hora de retomar *Vidas de los ricos desequilibrados*; era hora de arreglar las cosas con la duquesa, de disminuir mi consumo de drogas, de vivir una existencia más tranquila. Al fin y al cabo tenía treinta y cuatro años y dos hijos.

—Gracias —le dije al buen doctor—. Realmente siento haberme mordido. Es que estaba un poco nervioso. ¿Entiendes, verdad?

Asintió.

—No hay problema —dijo—. Me alegro de que hayamos podido ayudarte.

—¿Podrían pedirme un taxi, por favor? Tengo que ir a casa a dormir un poco.

Fue entonces cuando noté que los dos policías seguían en la habitación y que venían hacia mí. Tuve la impresión de que no tenían intención de llevarme a casa.

El doctor dio dos pasos hacia atrás en el momento mismo en que uno de los policías sacaba unas esposas. ¡Oh, mierda!, pensé. ¿Esposas otra vez? ¡El lobo encadenado por cuarta vez en menos de veinticuatro horas! ¿Y por hacer qué? Decidí no seguir esa línea de razonamiento. Al fin y al cabo, en el lugar adonde me llevaran no tendría otra cosa que hacer que pensar.

Mientras me ponía las esposas el policía dijo:

—Según los términos del acta Baker, será usted alojado en una unidad psiquiátrica de seguridad durante setenta y dos horas, tras lo cual comparecerá ante un juez que dictaminará si sigue representando un peligro para usted mismo o para terceros. Lo lamento, señor.

Mmm... ese polizonte de Florida parecía un tipo razonablemente bueno, y lo cierto era que sólo estaba haciendo su trabajo. Además, me llevaban a una unidad psiquiátrica, no a una cárcel, y eso era algo bueno, ¿o no?

—¡Soy una mariposa! ¡Soy una mariposa! —gritaba una mujer obesa de cabello oscuro enfundada en un camión azul, agitando los brazos y caminando en lentos círculos por la Unidad Psiquiátrica Segura ubicada en el cuarto piso del centro médico Delray.

Yo estaba sentado en un sofá muy incómodo en medio de la sala común cuando pasó junto a mí, flotando. Le dirigí una sonrisa y una cabezada. Había unos cuarenta pacientes, casi todos ataviados con bata y pantuflas, y dedicados a distintas formas de comportamiento socialmente inaceptable. En la parte delantera de la unidad estaba la sala de enfermeras, donde los loquitos formaban cola para recibir su Thorazine o Haldol o algún otro antipsicótico para tranquilizar sus desquiciados nervios.

—Lo necesito. Seis punto cero por diez a la vigesimotercera potencia —farfullaba un adolescente alto y flaco con un acné feroz.

Muy interesante, pensé. Ya llevaba más de dos horas observando a ese pobre chico, que caminaba trazando círculos notablemente perfectos mientras repetía el número de Avogadro, una constante matemática que se emplea para medir la densi-

dad molecular. Su obsesión con esa fórmula me desconcertó un poco, hasta que un ordenanza me explicó que el joven era un aficionado irremediable al ácido que tenía un coeficiente intelectual muy elevado. Cada vez que una dosis de ácido le sentaba mal, se obsesionaba con el número de Avogadro. Era su tercera estancia en doce meses en el centro médico Delray.

Tenía su gracia que me pusieran en un sitio como ése, si se tenía en cuenta que estaba de lo más cuerdo. Pero ése era el problema con leyes como el acta Baker: estaban pensadas para las necesidades de las masas. Como fuere, hasta entonces las cosas venían saliendo razonablemente bien. Había convencido al médico de guardia de que me prescribiera Lamictal; y él, por propia iniciativa, me administró algún opiáceo de efecto corto para ayudarme con la abstinencia.

Pero lo que sí me preocupaba fue lo que ocurrió cuando intenté llamar a al menos una docena de personas desde el teléfono público de la unidad: amigos, familiares, abogados, relaciones laborales. Hasta procuré contactar con Alan el Químico para pedirle que me tuviese preparada una partida de qualuuds cuando saliera de ese manicomio. Pero no me pude comunicar con nadie. Ni un alma. Ni la duquesa ni mis padres ni Lipsky, Laurie, Gwynne, Janet, Choza, Joe Fahmeghetti, Greg O'Connell, el Chef, ni siquiera Bo, a quien normalmente siempre solía encontrar. Era como si me hubiesen dejado en hibernación, abandonado por todos.

De hecho, cuando mi primer día en esa gloriosa institución fue llegando a su fin, me encontré odiando a la duquesa más que nunca. Me había olvidado por completo, vuelto a todos en mi contra, recurriendo a ese único acto despreciable que cometí en las escaleras para ganarse la compasión de mis amigos y conocidos. Yo tenía la certeza de que ya no me amaba y que lo que me había dicho antes de que me desmayara por la sobredosis había sido sólo por lástima. Quizás había pensado que realmente me iba a morir e ir al infierno, y que nada le costaba despedirse con un falso «te amo».

Llegada la medianoche, la cocaína y los qualuuds prácticamente habían abandonado mi organismo, pero aun así no podía

dormir. Y fue entonces, en la madrugada del 17 de abril de 1997, cuando una enfermera de muy buen corazón me dio una inyección de Dalmane en la nalga derecha. Y al fin, quince minutos después, me dormí sin cocaína en el organismo por primera vez en tres meses.

Desperté dieciocho horas más tarde al oír que alguien me llamaba. Abrí los ojos y vi a un robusto celador negro parado junto a mí.

—Señor Belfort, tiene un visitante.

¡La duquesa!, pensé. Había venido a sacarme de allí.

—¿Ah, sí? —dije—, ¿cómo se llama?

Se encogió de hombros.

—El tipo no dio su nombre.

Mi ánimo se derrumbó. El celador me condujo a una habitación de paredes acolchadas, amueblada con un escritorio metálico gris y tres sillas. Me recordó a la habitación donde los de la aduana suiza me interrogaron después del episodio del manoseo de la azafata, aunque aquella no tenía muros acolchados. Sentado a un lado del escritorio había un hombre de unos cuarenta años con gafas de montura de carey. Nuestros ojos se encontraron y se levantó para saludarme.

—Tú debes de ser Jordan —dijo, tendiéndome la mano—. Soy Dennys Maynard.*

Le estreché la mano por costumbre, aunque había algo en él que me desagradó al instante. Iba vestido como yo, con jeans, zapatillas y suéter. Era bastante apuesto, de un modo desvaído, de más o menos un metro ochenta de estatura, complexión media, cabello castaño corto peinado con raya a la derecha.

Me indicó con un gesto la silla que tenía frente a sí. Asentí y me senté. Al cabo de un instante otro celador entró en la habitación. Era, a juzgar por su aspecto, un irlandés borracho. Ambos se quedaron de pie a mis espaldas, dispuestos a saltar sobre mí si se me ocurría jugar a Hannibal Lecter y le arrancaba la nariz de un mordisco a mi interlocutor sin que se me acelerara el pulso.

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

Dennis Maynard dijo:

—Su esposa me ha contratado.

Meneé la cabeza, azorado.

—¿Qué mierda eres, un jodido abogado de divorcios o algo así? ¡Vaya, esa hija de puta trabaja deprisa! Esperaba que al menos tuviese la decencia de dejar transcurrir los tres días del acta Baker antes de iniciar los trámites de divorcio.

Sonrió.

—No soy un abogado especializado en divorcios, Jordan. Estoy especializado en adicciones y me contrató tu esposa, que aún te ama. Así que no deberías llamarla «hija de puta».

Miré a ese desgraciado entornando los ojos, tratando de encontrarle sentido a sus palabras. Ya no me sentía paranoico, pero sí muy tenso.

—¿Así que te contrató mi esposa, que aún me ama? Bueno, si me ama tanto, ¿por qué no me visita?

—Está muy atemorizada en este momento. Y muy confundida. Pasé las últimas veinticuatro horas con ella y está en un estado muy frágil. No está lista para verte.

Sentí que me subía la presión. Este hijo de puta quería ligarse a la duquesa. Me levanté de un salto y me precipité hacia el escritorio gritando:

—¡Chupapollas! —Retrocedió, y los dos celadores me sujetaron—. ¡Te haré apuñalar, pedazo de mierda! ¡Mira que querer seducir a mi esposa mientras estoy aquí encerrado! ¡Date por muerto, hijo de puta! ¡Y a tu familia también! ¡No sabes de qué soy capaz!

Respiré hondo, mientras los celadores me obligaban a sentarme en mi silla.

—Tranquilo —dijo el futuro marido de la duquesa—. No quiero seducir a tu esposa. Ella está enamorada de ti, y yo estoy enamorado de otra mujer. Lo que trataba de decirte es que me pasé las últimas veinticuatro horas con tu esposa hablando de ti, de ella y de todo lo que ocurrió entre los dos.

Me sentía totalmente irracional. Estaba habituado a tener todo bajo control, de modo que mi estado me producía un hondo desconcierto.

—¿Te dijo que, con mi hija en brazos, la hice caer por las escaleras de una patada? ¿Te dijo que destripé muebles de sobria elegancia por valor de dos millones de dólares? ¿Te contó mi pequeño desastre culinario? Sólo puedo imaginar qué te habrá dicho. —Meneé la cabeza con aire de repugnancia, no sólo ante mis propias acciones, sino por el hecho de que la duquesa hubiese decidido ventilar nuestra ropa sucia ante un perfecto desconocido.

Asintió con una risita, procurando desactivar mi ira.

—Sí, me contó todas esas cosas. Algunas me parecieron bastante divertidas, en particular lo de los muebles. Es la primera vez que oigo algo así. Pero la mayor parte eran bastante inquietantes, por ejemplo lo ocurrido en las escaleras y en el garaje. Aun así, debes entender que nada de eso es por tu culpa, o mejor dicho, que esas cosas no significan que seas una mala persona. Pero sí eres una persona enferma, Jordan. Estás aquejado de un mal, de algo que realmente es una dolencia, como el cáncer o la diabetes.

Se detuvo durante un instante y se encogió de hombros.

—Pero también me dijo qué maravilloso eras antes de que las drogas se apoderasen de ti. Me dijo que eras brillante, que tus logros eran increíbles y que se volvió loca por ti en el momento mismo en que te vio por primera vez. Me dijo que nunca amó a nadie como te ama a ti. Me dijo qué generoso eres con todos, y cómo todos se aprovechan de tu generosidad. Y también me contó lo de tu espalda, y de cómo eso exacerbó...

Mi terapeuta intervencionista siguió hablando, pero yo me había quedado pensando en la palabra «amó». Él dijo que ella me «amó», y eso era en tiempo pasado. ¿Significaba que ya no me amaba? Probablemente, pensé, porque, si me amara, hubiese ido a visitarme. Todo ese cuento de que estaba atemorizada no tenía sentido. Yo estaba en una unidad psiquiátrica segura. ¿Cómo iba a hacerle daño? Sufría de un terrible dolor emocional. Si me visitaba, ¡aunque sólo fuera por un segundo, por el amor de Dios!, aliviaría mi dolor. Yo lo haría por ella, ¿verdad? Parecía especialmente cruel que no me visitara después de un intento de suicidio. Fueran cuales fuesen las circunstancias,

no parecía comportarse como una esposa amante, distanciada o no.

Era evidente que Dennis Maynard estaba allí para convencerme de que fuese a rehabilitación. Y quizá lo hiciera, si la duquesa venía y me lo pedía ella misma. Pero no de ese modo, amenazando con abandonarme si no hacía lo que ella quería. Pero ¿la rehabilitación no era lo que yo mismo quería, o al menos necesitaba? ¿Realmente quería vivir en la adicción a las drogas? Pero ¿cómo iba a hacer para vivir sin drogas? Toda mi vida se centraba en las drogas. La sola idea de pasar los próximos cincuenta años sin qualuuds ni coca era impensable. Pero lo cierto es que alguna vez, mucho antes de que ocurriera todo eso, yo vivía una existencia sobria. ¿Era posible regresar a ese punto, hacer volver atrás el reloj, por así decirlo? ¿O mi química cerebral estaba alterada de manera irreversible y ahora estaba condenado a la adicción hasta el día que muriera?

—... y del carácter de tu padre —continuaba el terapeuta— y de cómo tu madre trataba de protegerte de él, pero no siempre lo lograba. Me contó todo.

Procuré resistirme al deseo de ser sarcástico, pero en vano.

—Me imagino que mi pequeña Martha Stewart te habrá contado qué perfecta es ella. Dado que yo soy una mercancía en mal estado y todo eso, supongo que no habrá tenido tiempo para contarte nada de ella misma. Porque, a fin de cuentas, es perfecta. Te lo dirá, claro que no con esas palabras, pero te lo dirá. Al fin y al cabo por algo es la duquesa de Bay Ridge.

Estas últimas palabras lo hicieron reír.

—Mira —dijo—, tu esposa dista de ser perfecta. De hecho, está más enferma que tú. Piénsalo por un segundo: ¿quién está más enfermo? ¿El cónyuge que se droga o el que se queda mirando cómo la persona que ama se destruye a sí misma? Yo diría que el segundo. Lo cierto es que tu esposa también sufre de una enfermedad, a saber, la coadicción. Al pasar todo su tiempo cuidando de ti ignora sus propios problemas. Ella sufre de un grave caso de coadicción.

—Bla, bla, bla —dije—. ¿Crees que no sé toda esa mierda? Por si nadie te lo ha dicho, leo mucho. Y a pesar de los cincuenta

mil qualuuds que he consumido, aún recuerdo todo lo que leí desde el jardín de infancia.

Asintió.

—No sólo me reuní con tu esposa, Jordan; también lo hice con todos tus amigos y familiares. Y todos coinciden en que eres uno de los hombres más inteligentes del planeta. Así que no voy a tratar de engañarte. La propuesta es ésta: hay un centro de rehabilitación en Georgia llamado Talbot Marsh. Se especializa en tratar médicos. El lugar está lleno de personas muy inteligentes, así que es apropiado para ti. Tengo autorización para sacarte de este agujero ya mismo. Puedes estar en Talbot Marsh en dos horas. Afuera te aguarda una limusina y tu jet está en el aeropuerto, listo para partir. Talbot Marsh es un lugar muy agradable y muy elegante. Creo que te gustará.

—¿Y qué mierda te da tanta autoridad? ¿Eres médico?

—No —dijo—. Sólo soy un adicto como tú. La única diferencia es que estoy en recuperación y tú no.

—¿Cuánto tiempo llevas sobrio?

—Diez años.

—¿Diez putos años? —barboté—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo mierda es posible tal cosa? ¡Yo no puedo pasar ni un día, o mejor dicho, ni una hora, sin pensar en drogas! No soy como tú, compañero. Mi mente funciona de otra manera. Y, de todos modos, no necesito ir a rehabilitación. Quizá pruebe con Alcohólicos Anónimos o algo así.

—Ya estás más allá de ese punto. De hecho, estás vivo de milagro. Deberías haber dejado de respirar hace mucho, amigo mío. —Se encogió de hombros—. Pero algún día se te acabará la suerte. La próxima vez, quizá tu amigo Dave no esté para llamar al 911 y terminarás en un ataúd, no en una unidad psiquiátrica.

En tono de total seriedad dijo:

—En AA decimos que el alcohólico o el adicto terminan en tres lugares: cárceles, instituciones, cementerios. En los últimos días has estado en la cárcel y en una institución. ¿Cuándo te darás cuenta? ¿Cuándo estés en una funeraria? ¿Cuando tu esposa tenga que explicarles a tus hijos que nunca volverán a ver a su padre?

Me encogí de hombros. Sabía que tenía razón, pero me era imposible dar el brazo a torcer. Por alguna razón inexplicable sentía la necesidad de resistirme a él, de resistirme a la duquesa, de resistirme, de hecho, a todos. Si recuperaba la sobriedad lo haría en mis propios términos, no en los de los demás, y nunca si me ponían una pistola en la cabeza.

—Si Nadine misma viene aquí, consideraré la posibilidad de hacerlo. Si no viene, que se vaya a la mierda.

—No va a venir —dijo—. Si no entras en rehabilitación no hablará contigo.

—Está bien —dije—. Entonces podéis iros a la mierda los dos. Saldré de aquí en dos días; entonces lidiaré con mi adicción en mis propios términos. Y si ello significa que perderé a mi esposa, que así sea. —Levantándome de la silla, les indiqué con un ademán a los celadores que la reunión había terminado.

Cuando salía de la habitación, Dennis dijo:

—Quizá puedas encontrar otra bella esposa, pero nunca una que te ame como ésta. ¿Quién crees que ha organizado todo esto? Tu mujer se ha pasado las últimas veinticuatro horas aterrada, procurando salvarte la vida. Serías un estúpido si la pierdes.

Respiré hondo y dije:

—Hace mucho tiempo hubo otra mujer que me amó tanto como Nadine. Se llamaba Denise y la traicioné groseramente. Quizá sólo estoy recibiendo mi merecido. ¿Quién sabe? Pero no entraré en rehabilitación bajo amenazas, así que no pierdas más tiempo. No vuelvas por aquí.

Y salí de la habitación.

El tormento siguió durante todo el día. Todos mis amigos y familiares, empezando por mis padres, visitaron la unidad psiquiátrica para tratar de convencerme de que fuera a rehabilitación. Todos menos la duquesa. ¿Cómo era posible que esa mujer se mostrase tan fría después de que yo intentara...?

Me resistía a usar la palabra «suicidarme», incluso en mi fuero interno. Quizás era demasiado dolorosa, o tal vez simple-

mente me daba vergüenza que el amor o, por cierto, tal vez sólo la obsesión por una mujer, por más que fuera mi esposa, me hubiese llevado a cometer tal acto. No había sido una acción propia de un hombre de poder, ni tampoco de un hombre que se respetaba a sí mismo.

Lo cierto era que, en realidad, no había tratado de matarme. En el fondo sabía que me llevarían de urgencia al hospital, donde me lavarían el estómago. Dave había estado a mi lado, listo para intervenir. Sin embargo, la duquesa no estaba enterada de eso; por cuanto ella sabía, yo había estado tan afligido ante la posibilidad de perderla y tan sumido en la desesperación de la paranoia producida por la cocaína, que había procurado quitarme la vida. ¿Cómo podía no conmoverla eso?

Era cierto que mi conducta con respecto a ella había sido monstruosa, no sólo en las escaleras, sino durante los meses que precedieron ese detestable acto. O quizá debía decir «los años». Yo le había sacado provecho a nuestro tácito acuerdo de *toma y daca* desde el comienzo de nuestro matrimonio; yo la proveía de la Vida y, a cambio, tenía derecho a ciertas libertades. Pero, por más que ese concepto contuviese un germen de verdad, no cabía duda de que me había pasado de la raya, y mucho.

Aun así, me parecía que tenía derecho a esperar compasión.

¿A la duquesa le faltaba compasión? ¿No había cierta frialdad en ella, un rincón de su corazón al que nadie podía llegar? La verdad era que siempre lo había sospechado. Como yo, como todos, la duquesa era una mercancía averiada.

Era buena esposa, pero también una esposa que había aportado sus propios problemas al matrimonio. De niña su padre prácticamente la había abandonado. Me había contado acerca de cómo tantas veces se había preparado sábados y domingos —ya entonces era bellísima, con una larga cabellera rubia y rostro de ángel— para que, cumpliendo sus promesas, su padre la llevara a comer a un restaurante elegante, a la montaña rusa de Coney Island o a Riis Park, la playa de Brooklyn. Allí, él proclamaría para que todos lo oyesen: «¡Ésta es mi hija! ¡Miren qué guapa es! ¡Cuánto me enorgullezco de que sea mía!». Pero aguardaba en vano en la puerta de su casa, hasta que al fin se

convencía de que él no aparecería, y ni siquiera llamaría con una mala excusa.

Claro que Suzanne lo cubría, diciéndole a Nadine que su padre la amaba, pero que era un hombre poseído por demonios personales que lo obligaban a llevar una vida errabunda, desarraigada. ¿Sería que estaba siendo castigado por eso? ¿La frialdad de la duquesa sería el resultado de las barreras que erigió durante su infancia, que evitaban que fuese una mujer verdaderamente compasiva? ¿O yo buscaba justificarme? Quizá no se tratase más que de una devolución de atenciones por todas mis infidelidades, las fichas azules y las Nasdaq, las llegadas en helicóptero a las tres de la madrugada, el hablar dormido sobre Venicela puta, y por lo de la masajista y por el manoseo a la azafata...

¿O el castigo tenía razones más sutiles? ¿Sería por haber violado tantas leyes? ¿O por manipular todas esas acciones? ¿O por todo el dinero que me llevé a Suiza? ¿Por joder a Cabeza Cuadrada, Kenny Greene, que había sido un socio fiel? A esas alturas, era difícil saberlo. La última década de mi vida había sido complicada hasta lo increíble. Había vivido la clase de existencia que, por lo general, sólo tiene lugar en las novelas.

Sin embargo, había sido mi vida. Mía. Para mejor o para peor, yo, Jordan Belfort, el lobo de Wall Street, había sido un verdadero salvaje. Siempre me consideré invulnerable. Eludía la muerte y las leyes, vivía como una estrella de rock, consumiendo más drogas que mil hombres y, aun así, viviendo para contarlo.

Todos esos pensamientos rugían en mi cabeza al fin de mi segunda jornada en la Unidad Psiquiátrica Segura del centro médico Delray. A medida que las drogas abandonaban mi cerebelo, mi mente se iba agudizando. Estaba repuesto, en plena posesión de mis facultades y listo para encarar el mundo; haría picadillo a ese hijo de puta de Steve Madden, retomaría mi lucha contra mi némesis, el agente especial Gregory Coleman, y recuperaría a la duquesa a cualquier coste.

A la mañana siguiente, justo después de la distribución de píldoras, me llevaron otra vez al cuarto acolchado, donde me espera-

ban dos médicos. Uno era gordo, el otro habría tenido un aspecto normal de no haber sido por sus saltones ojos azules y nuez de Adán del tamaño de un pomelo. Supuse que sufriría de algún trastorno glandular.

Se presentaron como el doctor Brad y el doctor Mike* y, enseguida, indicaron a los celadores que se marcharan. Interesante, pensé, aunque no tanto como los dos primeros minutos de conversación, que me hicieron llegar a la conclusión de que ambos tenían más condiciones de comediantes que de intervencionistas especializados en adicciones. ¿O se trataría de un método? Sí, parecían buenos tipos. De hecho me caían bien. La duquesa los había hecho viajar desde California en jet privado después de que Dennis Maynard le informara de que no nos habíamos llevado demasiado bien.

Así que éstos eran los refuerzos.

—Mira —dijo el gordo doctor Brad—. Tengo autorización para sacarte de esta mierda de lugar ahora mismo. En dos horas puedes estar en Talbot Marsh, bebiéndote una piña colada sin alcohol y admirando a una bella enfermera convertida en paciente tras ser sorprendida inyectándose Demerol a través de su falda reglamentaria. —Se encogió de hombros—. O puedes quedarte un día más aquí para conocer mejor a la mujer mariposa y al matemático ácido. Pero debo decir que para quedarte en este lugar un segundo más de lo imprescindible hay que estar loco. Huele a...

—... mierda —concluyó Glándulas—. ¿Por qué no nos autorizas a sacarte de aquí? No me cabe duda de que estás loco y todo eso, y es probable que pasarte encerrado un par de años te vendría bien, pero no aquí, ¡en esta letrina! Tienes que ir a un manicomio más elegante.

—Tiene razón —añadió el Gordo—. Bromas aparte, te espera una limusina y tu jet está en Boca Aviation. Así que autorízanos a sacarte de este manicomio y vamos al avión a divertirnos un poco.

—Estoy de acuerdo —dijo Glándulas—. El jet es fabuloso. ¿Cuánto le ha costado a tu esposa traernos desde California?

* Los nombres han sido cambiados. (*N. del a.*)

—No estoy seguro —dije—, pero estoy dispuesto a apostar que pagó el máximo precio posible. Si hay algo que la duquesa odia son las gangas.

Ambos rieron, en especial el Gordo, a quien todo le parecía gracioso.

—¡La duquesa! ¡Muy bueno! Tu esposa es muy guapa y te ama de verdad.

—¿Por qué le dices la duquesa? —preguntó Glándulas.

—Bueno, es una larga historia —dije—, pero lo cierto es que no puedo adjudicarme el mérito de haberle puesto ese nombre, aunque me encantaría. Se lo puso un tipo llamado Brian, el propietario de una de las firmas de Bolsa con las que más trabajo. La cuestión es que íbamos en jet privado, regresando de St. Bart hace un montón de navidades, y estábamos todos con una gran resaca. Brian, que estaba sentado frente a Nadine, soltó un pedo monstruoso y dijo: «¡Mierda, Nadine! ¡Me parece que ése salió con un adicional!». Nadine se enfadó con él y comenzó a decirle qué vulgar y asqueroso era, y Brian le respondió: «¡Oh, perdona! ¡Supongo que la duquesa de Bay Ridge nunca se ha tirado un pedo y ha dejado un rastro en sus bragas de seda!».».

—Eso es gracioso —dijo el Gordo—. La duquesa de Bay Ridge. Me gusta.

—No, ésa no es la parte graciosa. Lo bueno fue lo que ocurrió después. Brian pensó que su chiste era tan ocurrente que se dobló en dos de la risa. Así que no vio que la duquesa enrollaba su edición navideña de la revista *Town and Country*. En el momento en que se enderezó, la duquesa se levantó de un salto y lo golpeó con la revista en la cabeza. Lo dejó inconsciente. Me refiero a que lo noqueó allí mismo. Luego, volvió a sentarse y siguió leyendo la revista. Brian despertó unos dos minutos después, cuando su mujer le echó agua en la cara. Y desde entonces la llamamos «la duquesa».

—¡Increíble! —dijo Glándulas—. Tu esposa parece un ángel. No la hubiese creído capaz de hacer algo así. —El Gordo asintió. Alcé la vista al cielo.

—Oh, no tenéis idea de lo que es capaz de hacer. Quizá no

parezca muy dura, pero es fuerte como un buey. No sabes cuántas veces me aporreó. Es especialmente buena tirando agua. —Sonreí y lancé una risita—. No me interpretéis mal. Me merecía la mayor parte de las palizas. Por mucho que la ame no se puede decir que sea un marido modelo. Pero aun así, creo que me tendría que haber visitado. Si lo hubiera hecho ya estaría en rehabilitación. Pero no me gusta que me extorsione, teniéndome de rehén aquí.

—Creo que quería venir —dijo el Gordo—, pero Dennis Maynard le aconsejó que no lo hiciera.

—Me imagino —farfullé—. Ese tipo es una mierda. En cuanto esto quede resuelto le pagaré a alguien para que le haga una pequeña visita.

Los comediantes se negaron a festejar mi gracia.

—¿Te puedo sugerir algo? —preguntó Glándulas.

Asentí.

—Claro, ¿por qué no? me caéis bien. Al que detesto es al imbécil ése.

Sonrió y miró en torno de sí con aire de conspirador. Bajando la voz dijo:

—¿Por qué no nos permites que te saquemos de aquí y te llevemos a Atlanta? En cuanto estés registrado en el centro de rehabilitación lo abandonas. Allí no hay muros, barrotes, alambre de púas ni nada por el estilo. Estarás en una urbanización de lujo con una banda de doctores chiflados.

—Sí —dijo el Gordo—. Una vez que lleguemos a Atlanta el acta Baker caduca y quedas en libertad para hacer lo que te plazca. Te basta con decirle al piloto que no se vaya. Si no te gusta el centro de rehabilitación te marchas.

Me eché a reír.

—¡Sois increíbles! Estáis tratando de recurrir a mi mentalidad criminal, ¿verdad?

—Haría cualquier cosa con tal de que vayas a rehabilitación —dijo el Gordo—. Eres un tipo agradable y mereces vivir, no morir con una pipa de crack en la boca, que es lo que ocurrirá si no te desintoxicas. Créeme. Hablo por experiencia.

—¿Tú también eres un adicto en recuperación? —pregunté.

—Ambos lo somos —respondió Glándulas—. Yo llevo sobrio once años. Brad, trece.

—¿Cómo es posible tal cosa? La verdad es que me gustaría parar, pero no puedo. No podría hacerlo más que por unos días, ni hablemos de trece años.

—Puedes hacerlo —dijo el Gordo—. No trece años, pero apuesto a que sí por hoy.

—Sí —dije—, puedo pasar el día de hoy, pero diría que nada más.

—Con eso alcanza —dijo Glándulas—. Lo que importa es el hoy. ¿Quién sabe qué ocurrirá mañana? Sólo hazlo de día a día, y estarás bien. Así hago yo. No es que me haya despertado esta mañana y dicho: «Eh, Mike, es importante que contengas tus deseos de beber durante toda tu vida». Lo que me digo es: «Eh, Mike, pasa las próximas veinticuatro horas sin beber; ya veremos qué ocurre con el resto de tu vida».

El Gordo asintió.

—Tiene razón, Jordan. Y sé que estás pensando que es un estúpido truco mental, que es engañarse uno mismo. —Se encogió de hombros—. Probablemente lo sea, pero, en lo personal, me importa una mierda. Funciona, y eso es lo único que me interesa. Me hizo recuperar mi vida y hará que tú recuperes la tuya.

Respiré hondo y exhalé poco a poco. Esos tipos me caían bien, de verdad. Y realmente quería estar sobrio. Tanto, que ya sentía que hacerlo estaba a mi alcance. Pero mi compulsión era demasiado fuerte. Todos mis amigos consumían drogas. Y mi esposa... bueno, la duquesa no había ido a verme. Por más que yo le había hecho muchas cosas terribles, en el fondo de mi corazón sabía que nunca olvidaría que no me hubiese ido a visitar después de que traté de suicidarme. Pero claro que también debía tener en cuenta el punto de vista de la duquesa. Tal vez hubiese decidido no perdonarme. No podía culparla por eso. Había sido una buena esposa y yo le había devuelto el favor convirtiéndome en adicto a las drogas. Seguramente tendría mis razones, pero ello no cambiaba nada. Si quería divorciarse no le faltaban motivos. Siempre cuidaría de ella, siempre la amaría, y

siempre me aseguraría de que tuviera una buena vida. Al fin y al cabo, me había dados dos hermosos hijos, además de ser la que había organizado todo eso.

Miré al Gordo a los ojos y asentí lentamente.

—Vámonos de este infierno.

—Claro —dijo—. Claro.

Marcianos del Tercer Reich

A primera vista el lugar parecía más o menos normal.

El Campus de Recuperación Talbot Marsh se alza en unas dos hectáreas de parque minuciosamente mantenido en Atlanta, Georgia. Sólo quedaba a diez minutos de limusina del aeropuerto privado. Me pasé esos seiscientos segundos planeando mi fuga. De hecho, antes de bajar del avión di a los pilotos instrucciones estrictas de no despegar bajo ninguna circunstancia. Quien pagaba las cuentas, les expliqué, era yo, no la duquesa. Además, si me esperaban les tocaría un premio adicional. Me aseguraron que lo harían.

Así que cuando la limusina entró en el parque del campus lo estudié con ojos de preso. A todo esto, el Gordo y Glándulas estaban sentados frente a mí. Tal como me habían dicho, no había muros de cemento, barrotes, torres artilladas ni alambres de púas por ningún lado.

La propiedad relucía bajo el sol de Georgia, llena de flores moradas y amarillas, rosales bien podados e inmensos robles y olmos. Era todo lo contrario del centro médico Delray y sus pasillos hediondos a orina. ¿Demasiado bonito, tal vez? ¿Tanto dinero se gana con la rehabilitación de drogadictos?

Había una rotonda frente al edificio. Cuando la limusina estaba a punto de detenerse allí, el Gordo metió la mano en el bolsillo y sacó tres billetes de veinte.

—Toma —dijo—. Sé que no tienes dinero encima, así que acepta este regalo. Es lo que vale un taxi de regreso al aeropuerto. No quiero que hagas autostop. Nunca se sabe con qué clase de maniático drogadicto te puedes topar.

—¿De qué estás hablando? —pregunté en tono inocente.

—Te vi susurrándole al oído al piloto —dijo el Gordo—. Hace mucho que me dedico a esto, y si algo he aprendido es que si una persona no está lista para la sobriedad no hay nada que pueda hacer para obligarla. Ya sabes, eso de que se puede llevar un caballo al agua, pero no hacerlo beber. Te has ganado los sesenta dólares por lo mucho que me hiciste reír durante el viaje. —Me neó la cabeza—. Eres un hijo de puta retorcido.

Se detuvo, como si buscara las palabras.

—Debo decirte que ésta ha sido la intervención más extraña en la que haya participado. Ayer estaba en California sentado en una aburrida convención cuando recibí una llamada del futuro apuñalado Dennis Maynard. Me contó de una bella modelo que tenía un marido multimillonario que estaba a punto de matarse. Aunque no lo creas, al principio me resistí, por la distancia, pero después la duquesa de Bay Ridge se puso al teléfono y no aceptaba negativas. Así que antes de que tuviese tiempo de pensarlo me encontré a bordo de un jet privado. Y después te conocimos a ti, que fue lo más raro de todo. —Se encogió de hombros—. Lo único que puedo decir es que os deseo a ti y a tu esposa la mejor de las suertes. Espero que sigáis juntos. Sería el mejor de los finales para esta historia.

Glándulas asintió, aprobando.

—Eres un buen hombre, Jordan. Nunca lo olvides. Incluso si dentro de diez minutos sales de aquí huyendo y te vas directo a un antro de crack, ello no te convierte en otro. Ésta es una enfermedad jodida; es astuta y engañosa. Yo me fui de tres rehabilitaciones antes de empezar a hacer bien las cosas. Al fin, mis familiares me encontraron debajo de un puente; vivía como un mendigo. Pero lo verdaderamente jodido es que, cuando final-

mente me metieron en rehabilitación, me escapé y regresé a ese puente. Así es esta enfermedad.

Lancé un gran suspiro.

—No voy a mentirte. Incluso cuando veníamos hacia aquí hoy y yo os contaba todas esas historias surrealistas y todos nos desternillábamos de risa, no dejaba de pensar en las drogas. La mente me ardía como una jodida fragua. Ya estoy pensando en telefonar a mi proveedor de qualuuds en cuanto salga de aquí. Tal vez pueda vivir sin cocaína, pero no sin qualuuds. Ya son una parte demasiado importante de mi vida.

—Sé exactamente cómo te sientes —dijo el Gordo, asintiendo con la cabeza—. De hecho, así me siento yo con respecto a la coca. No transcurre un día sin que sienta la urgencia de consumirla. Pero me las compuse para mantenerme sobrio durante más de trece años. ¿Sabes cómo lo hago?

Sonreí.

—Sí, gordo desgraciado. Un día por vez, ¿no?

—Ah —dijo el Gordo—. ¡Ya vas aprendiendo! Hay esperanzas para ti.

—Sí —barboté—. ¡Que comience la curación!

Descendimos del coche y caminamos hacia una corta senda pavimentada que llevaba a la entrada principal. El interior del sitio no se parecía a nada que yo hubiese imaginado. Era bellissimo. Parecía un exclusivo club masculino, con una suntuosa alfombra, muy gruesa y roja, mucha caoba y nogal pulidos y lleno de confortables sillones, sofás y otomanas. Había una gran biblioteca repleta de libros de aspecto antiguo. Justo frente a ella había un gran sillón de respaldo muy alto, tapizado en cuero granate. Parecía extremadamente cómodo, así que me dejé caer en él.

Aaahh... ¿Hacía cuánto que no me sentaba en un asiento cómodo sin tener cocaína ni qualuuds burbujeando en mi cerebro? Ya no me dolía la espalda ni la cadera ni ninguna otra cosa. Nada me incomodaba, no había pequeñas molestias. Respiré hondo y exhalé... un agradable aliento de sobriedad, parte de un agradable momento de sobriedad. ¿Cuánto tiempo llevaba sin estar sobrio? Unos nueve años. ¡Nueve putos años de locura total! ¡Mierda! ¡Vaya modo de vivir!

¡Y estaba muerto de hambre! Necesitaba con desesperación comer algo. Cualquier cosa menos Fruit Loops.

El Gordo se me acercó y preguntó:

—¿Estás bien?

—Me estoy muriendo de hambre —dije—. En este momento pagaría cien mil por un Big Mac.

—Veré qué se puede hacer —dijo—. Mike y yo debemos completar unos formularios. Luego nos ocuparemos de tu admisión y te daremos algo de comer. —Sonrió y se marchó.

Volví a respirar hondo, pero esta vez contuve el aire durante unos buenos diez segundos. Cuando al fin exhalé, fijé mi vista en la biblioteca... y sin más trámite, en ese preciso instante, la compulsión me abandonó. Ya no sentía urgencia de consumir nada. Se había ido. Por qué, nunca lo sabré. Sólo sabía que nunca volvería a tocar las drogas. Algo había cambiado en mi cerebro. Algún tipo de interruptor se había activado, y yo lo sabía.

Me levanté del sillón y me dirigí al otro extremo de la sala de espera, donde el Gordo Brad y Mike Glándulas rellenaban unos papeles. Metí la mano en el bolsillo y saqué los sesenta dólares.

—Toma —le dije al Gordo—. Te devuelvo tu dinero. Me quedo. Sonrió y asintió con aire enterado.

—Bien hecho, amigo.

Justo antes de que se fueran le dije:

—No olvides llamar a la duquesa de Bay Ridge para decirle que llame a los pilotos. De no ser así pasarán semanas aquí.

—¡Bueno, a la salud de la duquesa de Bay Ridge! —dijo el Gordo, alzando la mano en un brindis fingido.

—¡A la duquesa de Bay Ridge! —dijimos los tres a coro.

Luego intercambiamos abrazos y promesas de mantenernos en contacto. Pero sabía que no lo haríamos. Ellos ya habían hecho su trabajo y debían pasar a su próximo paciente. Y yo tenía que recuperar la sobriedad.

A la mañana siguiente comenzó un nuevo tipo de locura: la locura sobria. Me desperté en torno a las nueve, sintiéndome decididamente eufórico. No tenía síntomas de abstinencia, resaca ni compulsión por consumir drogas. Aún no estaba en la unidad de rehabilitación. Eso comenzaría al día siguiente. Me encontra-

ba en la unidad de desintoxicación. Mientras me dirigía a desayunar a la cafetería, lo único que aún me pesaba era no haber podido hablar con la duquesa, quien, al parecer, se había ido de casa. Llamé a Old Brookville y hablé con Gwynne, quien me dijo que Nadine había desaparecido del mapa. Llamó una vez para hablar con los niños y ni siquiera mencionó mi nombre. Así que di por sentado que mi matrimonio había finalizado.

Regresaba a mi habitación después de desayunar cuando un tipo fornido, que lucía un agresivo peinado y la expresión de los intensamente paranoicos, me llamó con un ademán. Nos encontramos junto a los teléfonos públicos.

—Hola —dije, tendiéndole la mano—. Soy Jordan. ¿Cómo vas?

Me la estrechó con cautela.

—¡Cállate! —dijo, paseando la mirada en torno de sí—. Sígueme.

Asentí y lo seguí de regreso a la cafetería, donde nos sentamos a una mesa apartada, lejos de oídos indiscretos. En ese momento sólo había allí un puñado de personas, casi todos empleados ataviados con batas blancas. Decidí que mi nuevo amigo era un chiflado total. Estaba vestido como yo, con jeans y camiseta.

—Soy Anthony —dijo, tendiendo la mano para un nuevo apretón—. ¿Tú eres el tipo que llegó en jet privado ayer?

¡Oh, por Dios! Por una vez en la vida me hubiese gustado preservar el anonimato, no destacar entre todos.

—Sí, era yo. Pero te agradecería que no lo difundas. Sólo quiero pasar inadvertido, ¿de acuerdo?

—Tu secreto está seguro conmigo —susurró—. Pero si crees que aquí se pueden guardar secretos, te equivocas.

Eso me sonó bastante extraño, ligeramente orwelliano, de hecho.

—¿Ah, sí? —respondí—. ¿Por qué?

Volvió a mirar en torno de sí.

—Porque este lugar es como el jodido Auschwitz —murmuró. Me guiñó un ojo.

En ese momento decidí que el tipo no estaba completamente loco; sólo era un poco raro.

—¿Por qué es como Auschwitz? —pregunté con una sonrisa. Encogió sus robustos hombros.

—Porque es un jodido lugar de tortura, como un campo de exterminio nazi. ¿Ves al personal? —Los indicó con un gesto de la cabeza—. Son las SS. Una vez que el tren te deja aquí no vuelves a salir. Y también hay trabajos forzados.

—¿De qué mierda estás hablando? Creí que era sólo un programa de cuatro semanas.

Apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea y meneó la cabeza.

—Quizá lo sea para ti, pero no para el resto de nosotros. Diría que no eres médico, ¿verdad?

—No, trabajo en bolsa, y estoy prácticamente retirado ahora.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Cómo que retirado? Pareces un chaval.

Sonreí.

—No lo soy. Pero ¿por qué has dicho que no soy médico? ¿Debería serlo?

—Casi todos los que están aquí son médicos o enfermeras. Yo soy quiropráctico. Sólo hay un puñado de personas como tú. Todos los demás estamos aquí porque perdimos nuestras licencias para ejercer. Así que los directivos nos tienen de las pelotas. Si no dices que estás curado no te devuelven tu licencia. Es una jodida pesadilla. Hay gente que está aquí desde hace más de un año y aún no les devuelven la licencia. —Meneó la cabeza con expresión grave—. Es una locura total. Todos se denuncian unos a otros para congraciarse con las autoridades. Es jodidamente enfermo. No tienes idea. Los pacientes andan por ahí como robots, escupiendo su mierda de AA para parecer rehabilitados.

Asentí. Entendía bien de qué hablaba. Una organización en la que el personal tenía tanto poder era una receta segura para los abusos. Gracias a Dios yo estaba por encima de eso.

—¿Qué tal las pacientes? ¿Alguna está buena?

—Una sola —respondió—. Una bomba atómica. Doce puntos en una escala de uno a diez. ¡Eso me alegró!

—¿Ah sí? ¿Qué aspecto tiene?

—Una rubia menuda, de más o menos uno setenta y cinco, cuerpo increíble, rostro perfecto, cabello rizado. Realmente hermosa. Toda una hembra.

Asentí con la cabeza, haciendo una nota mental acerca de mantenerme lejos de ella. Sonaba como alguien que traía problemas.

—¿Y qué hay de este Doug Talbot? El personal habla de él como si fuese un jodido dios. ¿Cómo es?

—¿Cómo es? —barbotó mi paranoico amigo—. Es como el jodido Adolf Hitler. O mejor dicho, como el doctor Josef Mengele. Es un maldito grandísimo cabrón y nos tiene a todos cogidos de las pelotas, a excepción de ti y, quizás, una o dos personas más. Pero aun así debes tener cuidado, porque tratarán de usar a tu familia contra ti. Convencerán a tu esposa de que si no te quedas aquí durante seis meses recaerás y prenderás fuego a tus hijos.

Esa noche, a eso de las siete, llamé a Old Brookville, buscando a la desaparecida duquesa, que seguía sin manifestarse. Pero sí hablé con Gwynne. Le expliqué que me había reunido con mi terapeuta durante el día y que me habían subdiagnosticado (fuera eso lo que fuere) como adicto al gasto compulsivo y adicto al sexo. Ambas cosas eran básicamente ciertas y también, en mi opinión, no eran asunto que le incumbiera a nadie más que a mí. Aun así, el terapeuta me informó de que me restringirían el dinero, del que sólo podía tener lo suficiente para operar las máquinas expendedoras, y la masturbación. Supuse que esa última restricción se implementaba mediante un sistema de confianza.

Le pedí a Gwynne que, si podía, metiera un par de miles de dólares en un par de calcetines y me los hiciese llegar por UPS. Con un poco de suerte la Gestapo no los interceptaría. Era lo menos que podía hacer, tras ser una de mis principales cómplices durante los pasados nueve años. Preferí no contarle lo de la masturbación restringida, por más que sospechaba que sería un problema mayor que el de la restricción monetaria. A fin de cuentas, para entonces llevaba sobrio cuatro días y ya tenía erecciones espontáneas cada vez que soplabla una brisa.

Mucho más triste fue mi conversación con Channy, que se puso al teléfono antes de que Gwynne cortara. Dijo:

—¿Estás en «Atlántica» porque tiraste a mami por las escaleras?

Respondí:

—Ése es uno de los motivos, muñeca. Papá estaba muy enfermo y no sabía qué hacía.

—Si estás enfermo, ¿no te puedo curar la pupa con un beso?

—Espero que sí —respondí con tristeza—. Quizá puedas curar las pupas de mamá y de papá con tus besos. —Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Lo intentaré —dijo con la mayor de las seriedades.

Me mordí el labio para no echarme a llorar.

—Sé que lo harás, nena. Sé que lo harás. —Le dije que la quería antes de colgar. Esa noche, antes de irme a dormir, me arrodillé y recé porque Channy pudiese curar nuestras pupas con sus besos. Cuando lo hiciese todo volvería a estar bien.

A la mañana siguiente desperté dispuesto a conocer a la reencarnación de Adolf Hitler. ¿O era Josef Mengele? Sea como fuese, todos los habitantes del centro de rehabilitación, pacientes y personal, se reunirían en el auditorio para un encuentro de los que se hacían en forma regular. Era un vasto recinto sin divisiones. Había ciento veinte sillas dispuestas en un gran círculo. En el extremo del salón se alzaba un pequeño podio con un atril desde donde el orador del día compartiría su historia de adicción y desdichas. Yo estaba sentado entre un vasto público de doctores y enfermeras adictos a las drogas o, como había comenzado a llamarlos en mi fuero interno, marcianos del planeta Talbot. En ese momento todos los ojos se fijaban en la oradora invitada del día, una mujer de cuarenta y pocos años de aspecto afligido y un trasero del tamaño de Alaska. Tenía un feroz acné, del tipo que por lo general sólo se ve en trastornados mentales que pasan la mayor parte de su vida bajo el efecto de psicotrópicos.

—Hola —dijo con voz tímida—, me llamo Susan y soy... eh... alcohólica y drogadicta.

Todos los marcianos de la habitación, yo incluido, respondimos obedientemente:

—¡Hola, Susan! —Ante lo cual se ruborizó y agachó la cabeza con aire derrotado, ¿o sería victorioso? Me resultó evidente que era una detallista de campeonato.

Ahora reinaba el silencio. Al parecer, Susan no valía gran cosa como oradora, o quizás el cerebro se le había cortocircuitado por todas las drogas que había consumido. Mientras Susan reunía fuerzas aproveché para estudiar a Doug Talbot. Estaba sentado en la parte delantera de la sala con cinco miembros del personal a cada lado. Su cabello era blanco como la nieve y debía tener entre cincuenta y tantos y sesenta años. Su piel era blanca y macilenta, y su mandíbula cuadrada le daba una expresión adusta, propia de un malévolo carcelero que mira a los ojos a un condenado a la silla eléctrica antes de accionar el interruptor, diciendo: «Lo hago por tu bien».

Finalmente, Susan prosiguió:

—He estado... eh... sobria durante dieciocho meses y nunca podría haberlo hecho sin la ayuda y la inspiración de... eh... Doug Talbot. —Con esas palabras se volvió hacia Talbot y le dedicó una inclinación, en cuyo momento todos los asistentes se pusieron de pie y aplaudieron. Todos, menos yo. Estaba demasiado admirado ante el espectáculo de esos cien marcianos besaculos desesperados por recuperar sus licencias.

El doctor Talbot saludó a los marcianos con la mano antes de menear la cabeza en un gesto de modestia, como diciendo: «¡Por favor, no me hagan pasar vergüenza! ¡Sólo hago esto por amor a la humanidad!». Pero no me cabía duda de que el escuadrón de sicarios que lo rodeaba tomaba cuidadosa nota de quienes no aplaudían con suficiente entusiasmo.

Mientras Susan se embarcaba en interminables detalles me puse a recorrer el recinto con la mirada en busca de la rubia de cabello rizado, bello rostro y cuerpo perfecto. La vi sentada justo del otro lado del círculo, frente a mí. Sí, era muy hermosa. Tenía suaves facciones angelicales, no los afilados rasgos de modelo de la duquesa, pero así y todo, era bella.

De pronto, los marcianos volvieron a ponerse en pie de un

salto y Susan saludó con una abochornada reverencia. Luego, se acercó contoneándose a Doug Talbot antes de inclinarse y abrazarlo. No fue un abrazo afectuoso: mantuvo su cuerpo lejos del de él. Era como el abrazo que le hubiese dado a Mengele un superviviente de sus experimentos durante una reunión para conmemorar atrocidades pasadas, algo así como una versión extrema del síndrome de Estocolmo.

Luego, uno de los integrantes del personal se embarcó en su propia andanada de detalles. Esta vez, cuando los marcianos se pusieron de pie, yo también lo hice. Todos tomaron las manos de los que tenían a uno y otro lado, así que los imité. Al unísono, agachamos las cabezas y nos pusimos a salmodiar el mantra de AA: «Dios, dame la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el coraje para cambiar las que puedo y la sabiduría para distinguir entre ambas». Todos se pusieron a aplaudir y yo también. Pero esta vez aplaudía con sinceridad.

A pesar de ser un cínico hijo de puta no podía negar que AA era una cosa asombrosa que había salvado la vida a millones de personas. Al fondo del salón había una larga mesa sobre la que se veían unas jarras de café y bandejas de galletas y bizcochos. Cuando me dirigía hacia allí, una voz desconocida me llamó:

—¡Jordan! ¡Jordan Belfort!

Me volví y, ¡coño!, era Doug Talbot. Venía hacia mí con una inmensa sonrisa en su rostro macilento. Era alto, de cerca de un metro noventa, pero no parecía en un estado físico particularmente bueno. Llevaba una chaqueta deportiva azul de aspecto caro y pantalones de mezclilla gris. Me hizo señas de que me acercara.

En ese instante sentí que ciento cinco pares de ojos fingían no mirarme, no, mejor dicho, eran ciento quince pares, porque el personal también fingía.

Me tendió la mano.

—Por fin nos conocemos —dijo, moviendo la cabeza con expresión enterada—. Un placer. Bienvenido a Talbot Marsh. Pre-siento que nos entenderemos de maravilla. Brad me habló de ti. No sabes las ganas que tengo de oír tus historias. Yo tengo algunas de mi propia cosecha, pero sé que no son tan buenas como las tuyas.

Sonreí y le estreché la mano a mi nuevo amigo.

—Yo también he oído mucho sobre ti. —Me resistí al deseo de emplear un tono irónico.

Me pasó el brazo por los hombros.

—Ven —dijo, amistoso—. Vayamos un rato a mi oficina. Por la tarde te llevaré a tu alojamiento. Te mudas a la colina, a una de las urbanizaciones. Yo te llevo en coche.

En ese preciso instante supe que ese centro de rehabilitación estaba en graves problemas. El propietario, el inalcanzable, el único, Doug Talbot era mi nuevo amigo, y todos los pacientes e integrantes del personal lo sabían. Incluso en rehabilitación el lobo volvía a mostrar los colmillos.

Doug Talbot resultó ser un tipo razonablemente simpático, y pasamos una buena hora intercambiando relatos de nuestras proezas. De hecho, como no tardé en descubrir, prácticamente todos los adictos en recuperación comparten un mórbido deseo de jugar al juego llamado «¿A que mi adicción es más loca que la tuya?». Por supuesto que Doug se dio cuenta enseguida de que yo le llevaba una clara ventaja, y cuando llegué a la parte en que destripé los muebles con un cuchillo, decidió que ya había oído bastante.

De modo que cambió de tema y se puso a explicarme cómo estaba en trance de lanzar su empresa a la Bolsa. Me mostró unos documentos para ilustrar qué buen negocio estaba haciendo. Aunque los estudié obedientemente, lo cierto era que me costaba concentrarme. Al parecer, en mi cerebro también se había accionado un interruptor para las cuestiones bursátiles, y no sentí la habitual excitación al mirar sus papeles.

A continuación subimos a su Mercedes negro y me llevó al lugar donde me alojaría, que estaba justo frente al centro de rehabilitación. En realidad no formaba parte de Talbot Marsh, pero Doug tenía un acuerdo con los administradores del complejo. Aproximadamente un tercio de las cincuenta unidades semiindependientes que lo componían estaban ocupadas por pacientes de Talbot.

Otra fuente de ingresos, supuse. Cuando me bajaba del Mercedes, Doug dijo:

—Si puedo hacer cualquier cosa por ti o si tienes algún problema con el personal o los pacientes házmelo saber y me ocuparé de ello.

Se lo agradecí, suponiendo que había un noventa por ciento de probabilidades de que tuviera que plantearle precisamente esos asuntos antes de que las cuatro semanas terminaran. Después me despedí y puse rumbo a la guarida del león.

Cada una de las casas que componían el complejo constaba de seis apartamentos. Mi unidad, que compartiría con otros dos pacientes, estaba en el primer piso. Subí un corto tramo de escaleras y vi que la puerta de entrada al apartamento estaba abierta. Mis dos compañeros de casa estaban sentados frente a una mesa circular, hecha de alguna madera clara de aspecto muy barato. Escribían furiosamente en cuadernos de lomo anillado.

—Hola, soy Jordan —dije—. ¿Cómo os va?

Sin responder a mi saludo ni presentarse, uno de ellos, un rubio alto de cuarenta y pocos años, preguntó:

—¿Qué quería Doug Talbot?

El otro, que era muy apuesto, añadió:

—Sí, ¿de qué conoces a Doug Talbot?

Sonreí y dije:

—Sí, yo también estoy encantado de conoceros. —Pasé frente a ellos sin decir ni una palabra más y, metiéndome en el dormitorio, cerré la puerta. Había tres camas, una de ellas sin hacer. Tiré mi maleta junto a ella y me senté en el colchón. Al otro lado de la habitación había un televisor barato sobre una mesa de madera barata. Lo encendí y me puse a ver las noticias.

Un minuto después mis compañeros se lanzaban sobre mí. El rubio dijo:

—Mirar la tele durante el día está mal visto.

—Alimenta tu enfermedad —dijo el guapo—. No es la forma correcta de pensar.

¿Forma correcta de pensar? ¡Por el amor de Dios! ¡Si supieran lo demenciales que eran mis pensamientos!

—Bueno, os agradezco vuestra preocupación por mi enfermedad —ladré—, pero hace casi una semana que no veo la tele, así que, si no os molesta, ¿por qué no dejáis de tocarme los cojones y os ocupáis de vuestra enfermedad? Si quiero pensar de manera incorrecta es asunto mío.

—Pero ¿qué clase de médico eres? —dijo el rubio en tono acusador.

—No soy médico. ¿Cómo funciona ese teléfono? —Señalé un teléfono Trimline color marrón que estaba sobre un escritorio de madera. Encima de él se abría un ventanuco rectangular que necesitaba con desesperación una limpieza—. ¿Se nos permite usarlo o también eso se considera pensamiento incorrecto?

—No, puedes usarlo —dijo el guapo—, pero sólo para llamadas a cobro revertido.

Asentí.

—¿Y qué clase de médico eres tú?

—Era oftalmólogo, pero me quitaron la licencia.

—¿Y tú? —le pregunté al rubio que, sin duda, era un integrante de la juventud hitleriana—. ¿También tú perdiste tu licencia?

Asintió.

—Soy dentista y merecí perder mi licencia. —Su entonación era totalmente robótica—. Sufro de una terrible enfermedad y debo curarme. Gracias a la gente de Talbot Marsh he dado grandes pasos en mi recuperación. Cuando me digan que estoy curado procuraré recuperar mi licencia.

Meneé la cabeza como si acabase de oír algo que desafiaba toda lógica y, cogiendo el teléfono, marqué el número de Old Brookville.

El dentista dijo:

—Hablar durante más de cinco minutos está mal visto. No es bueno para tu recuperación.

El oftalmólogo añadió:

—Te sancionarán si lo haces.

—¿Ah, sí? —dije—. ¿Y cómo mierda se van a enterar?

Ambos alzaron las cejas y se encogieron de hombros con expresión de inocencia.

Les dediqué una sonrisa inexpresiva.

—Bueno, disculpadme, pero tengo que hacer un par de llamadas. Necesitaré más o menos una hora.

El rubio asintió y miró su reloj. Luego, ambos regresaron al comedor y volvieron a dedicarse a sus recuperaciones.

Al cabo de un momento Gwynne contestó. Intercambiamos afectuosos saludos antes de que susurrara:

—Le envié mil dólares en los calcetines. ¿Los recibió?

—Aún no —dije—. Tal vez lleguen mañana. Pero lo más importante, Gwynne, es que no quiero volver a ponerte en una posición que te pueda traer problemas con Nadine. Sé que está en casa y que no quiere ponerse al teléfono, y eso está bien. Ni le digas que he llamado. Sólo contesta el teléfono por las mañanas y pásame a los niños para que hable con ellos. Llamaré como a las ocho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Gwynne—. Espero que usted y la señora Belfort arreglen las cosas. Todo está muy tranquilo por aquí. Y muy triste.

—Espero que sí, Gwynne. Realmente, así lo espero. —Hablamos unos minutos más y nos despedimos.

Esa noche, como a las nueve, recibí mi primera dosis de locura al estilo Talbot Marsh. Había una reunión para todos los habitantes de la casa en la sala de estar. La idea era que ventilásemos todo motivo de resentimiento que hubiera surgido durante el día. Se llamaba «reunión de décimo paso» porque tenía que ver con el paso diez del programa de Alcohólicos Anónimos. Pero cuando cogí el manual de AA y leí la descripción de esa etapa, consistente en hacer un inventario personal y, a continuación, detectar los errores y reconocerlos, no pude entender qué relación tenía con el encuentro de esa noche.

De cualquier modo, estábamos los ocho sentados en círculo. El primer médico, un calvo de aspecto insignificante de unos cuarenta años, dijo:

—Me llamo Steve y soy alcohólico, drogadicto y adicto al sexo. Hace cuarenta y dos días que estoy sobrio.

Los otros seis médicos dijeron:

—¡Hola, Steve! —Lo hicieron con tal vehemencia que, de no

haber sabido que no era así, hubiese jurado que lo acababan de conocer.

Steve dijo:

—Hoy sólo tengo un motivo de resentimiento, y es con Jordan.

¡Eso me despertó!

—¿Conmigo? —exclamé—. Si no hemos hablado ni dos palabras, amigo. ¿Cómo es posible que tengas un problema conmigo?

Mi dentista preferido dijo:

—No está permitido defenderse, Jordan. Ése no es el propósito de la reunión.

—Bueno, disculpad —farfullé—. ¿Y cuál sería el propósito de esta absurda reunión? Porque, por mucho que lo intento, no lo veo.

Todos menearon las cabezas al unísono, como si yo fuera un insoportable o algo por el estilo.

—Hacemos estas reuniones —dijo el dentista nazi— porque el resentimiento interfiere con el proceso de curación. Así que cada noche nos juntamos para ventilar los motivos de resentimiento que puedan haber surgido durante el día.

Miré a los demás. Todos habían vuelto hacia abajo las comisuras de la boca y asentían con aire de sabiduría.

Meneé la cabeza, asqueado:

—Bueno, pero ¿al menos tengo derecho a enterarme del motivo del resentimiento del buen Steve?

Todos asintieron, y Steve dijo:

—Siento resentimiento por tu relación con Doug Talbot. Todos llevamos meses aquí, algunos casi un año, y ninguno ha hablado con él nunca. Pero a ti te trajo en su Mercedes.

Me eché a reír en la cara de Steve.

—¿Y por eso estás resentido conmigo? ¿Porque me trajo en su puto Mercedes?

Asintió y agachó la cabeza, como derrotado. Unos segundos después el siguiente participante se presentó de la misma estúpida manera, y dijo:

—También yo me siento resentido contra ti, Jordan, porque

viniste en jet privado. Yo no tengo dinero ni para comer y tú andas por ahí volando en aviones privados.

Paseé la mirada por el recinto. Todos asentían en silencio. Dije:

—¿Tienes algún otro motivo de resentimiento contra mí?

—Sí —dijo—. También a mí me afecta tu relación con Doug Talbot. —Nuevos asentimientos silenciosos.

Luego, el siguiente médico se presentó como alcohólico, drogadicto y adicto a la comida. Dijo:

—Sólo tengo un motivo de resentimiento, y es con Jordan.

—¡Vaya, caramba! —farfullé—. ¿Quién lo hubiera dicho? ¿Tendrías la amabilidad de explicarme por qué?

Apretó los labios.

—Por los mismos motivos que los demás, y además porque gracias a tu relación con Doug Talbot no tienes que comportarte según las reglas.

Recorrí la habitación con la mirada. Todos asentían para mostrar su acuerdo.

Uno por uno, mis siete compañeros de rehabilitación expusieron sus motivos de resentimiento contra mí. Cuando llegó mi turno de hablar, dije:

—Hola, me llamo Jordan. Soy alcohólico, adicto a los quaaluds y a la cocaína. También soy adicto al Xanax, al Valium, a la morfina, al Klonopin, al GHB, a la marihuana, al Percocet, a la mescalina y a prácticamente todo lo demás, incluidas las putas caras, las de precio medio y, de vez en cuando, las callejeras, aunque eso sólo cuando me quiero castigar. A veces voy a que me den un masaje a uno de esos antros coreanos y hago que una coreanita me haga una paja con aceite para bebé. Siempre les ofrezco un par de cientos adicionales si me meten la lengua en el culo, pero no siempre funciona, por lo de la barrera del idioma. De cualquier modo, nunca uso condón. Es por una cuestión de principios. Llevo cinco días de total sobriedad y tengo una erección constante. Echo mucho de menos a mi esposa y si quieren un buen motivo de resentimiento, os mostraré su foto. —Me encogí de hombros—. Quiero decir que estoy resentido con todos vosotros porque sois unos jodidos cobardes y porque queréis

responsabilizarme a mí de lo frustrantes que son vuestras vidas. Si realmente os interesa recuperaros, dejad de mirar afuera y comenzad a mirar vuestro propio interior, porque todos sois una puta vergüenza para el género humano. Y, por cierto, en algo tenéis razón: en efecto, soy amigo de Doug Talbot, así que les deseo la mejor de las suertes para cuando tratéis de denunciarme ante el personal mañana. —Me levanté para marcharme, diciendo—: Disculpadme. Tengo que hacer unas llamadas.

 Mi dentista preferido dijo:

 —Aún tenemos que discutir qué tareas te tocan. En todas las unidades los ocupantes mantienen limpios cada uno un sector. Esta semana te adjudicamos los baños.

 —Me temo que no —barboté—. A partir de mañana, aquí habrá una criada. Hablad con ella del tema. —Metiéndome en el dormitorio cerré de un portazo antes de telefonar a Alan Lipsky para contarle la locura de los marcianos de Talbot. Nos reímos durante unos buenos quince minutos antes de ponernos a hablar de los viejos tiempos.

 Antes de colgar le pregunté si había tenido alguna noticia de la duquesa. Me dijo que no, lo que me entristeció. Nos despedimos. Ya había pasado casi una semana y el panorama en lo que hacía a la duquesa no parecía mejorar. Encendí el televisor y cerré los ojos pero, como de costumbre, conciliar el sueño no me fue fácil. Por fin, como a la medianoche, me dormí. Tenía un día más de sobriedad en mi haber y una furiosa erección en los calzoncillos.

A las ocho en punto de la mañana siguiente telefoneé a Old Brookville. Descolgaron al primer timbrazo.

 —¿Hola? —dijo la duquesa con voz queda.

 —¿Nadine? ¿Eres tú?

 Compasiva:

 —Sí, soy yo.

 —¿Cómo te va?

 —Bien. Resistiendo.

 Respiré hondo y exhalé con lentitud.

—Yo... llamaba para saludar a los niños. ¿Están ahí?

—¿Qué ocurre? —dijo con tristeza—. ¿No quieres hablar conmigo?

—¡Por supuesto que quiero hablar contigo! Es lo que más deseo en el mundo. Pero creí que no querías hablarme.

Bondadosa, dijo:

—No, no es verdad. Sí que quiero hablar contigo. En las buenas o en las malas, sigues siendo mi marido. Supongo que éstas son las malas, ¿no?

Sentí que las lágrimas acudían a mis ojos, pero las contuve.

—No sé qué decir, Nadine. Siento... tanto lo que ha ocurrido... yo...

—No —dijo—, no pidas perdón. Entiendo qué ocurrió y te perdono. Perdonar es la parte fácil. Lo difícil es olvidar. —Hizo una pausa—. Pero claro que te perdono. Y quiero que sigamos adelante. Quiero que este matrimonio funcione. Aún te amo, a pesar de todo.

—Yo también te amo —dije, lagrimeando—. Más de lo que te imaginas, Nadine. No... no sé qué decir. No sé qué pasó. Yo... llevaba meses sin dormir y... —respiré hondo— no sabía qué estaba haciendo. Es todo muy confuso.

—Tengo tanta culpa como tú —dijo con suavidad—. Vi cómo te matabas bajo mis ojos sin hacer nada por impedirlo. Creí que te estaba ayudando, pero hacía todo lo contrario. No lo sabía.

—La culpa no es tuya, sino mía, Nadine. Sólo que todo ocurrió de forma tan gradual, a lo largo de tantos años, que no lo vi venir. Perdí el control sin darme cuenta. Siempre me consideré una persona fuerte, pero las drogas fueron más fuertes que yo.

—Los niños te echan de menos. Yo también te echo de menos. Hace días que quiero hablar contigo, pero Dennis Maynard me dijo que debía aguardar hasta que estuvieses totalmente desintoxicado.

¡Esa maldita rata! ¡Ya me ocuparía de ese hijo de puta! Respiré hondo, procurando serenarme. Lo último que quería era perder la paciencia con la duquesa. Debía demostrarle que aún era un hombre racional, que las drogas no me habían alterado de forma permanente.

—¿Sabes? —dije en tono calmado—, fue muy buena idea que hicieras ir a esos otros dos intervencionistas al hospital —preferí no usar las palabras «unidad psiquiátrica»— porque no te puedes imaginar qué mal me cayó Dennis Maynard. Tanto, que estuve a punto de no ir a rehabilitación para no darle el gusto. No sé qué tiene que me resulta tan desagradable. Me parece que se siente atraído por ti. —Esperé oír que me dijera que estaba loco.

Rió.

—Es gracioso que lo digas, porque Laurie opinaba exactamente eso.

—¿De veras? —dije, mientras en mi fuero interno planeaba un asesinato por encargo—. ¡Creí que era paranoia mía!

—No sé —dijo la duquesa—. Al principio yo estaba demasiado conmocionada como para detectar nada, pero cuando me invitó a ir al cine me pareció que se pasaba de la raya.

—¿Aceptaste? —pregunté. El mejor método para matarlo, pensé, sería que se desangrase por castración.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Fue inapropiado que me lo pidiera. De cualquier modo se marchó al día siguiente y no he vuelto a saber nada de él.

—¿Por qué no fuiste al hospital a verme, Nadine? Te eché mucho de menos. Pensaba en ti todo el tiempo.

Se produjo un largo silencio. Esperé. Necesitaba una respuesta. Aún me atormentaba la duda de por qué esa mujer, mi esposa, que evidentemente aún me amaba, se había negado a visitarme después de mi intento de suicidio. No tenía sentido.

Tras unos buenos diez segundos, dijo:

—Al principio tenía miedo por lo ocurrido en las escaleras. Es difícil explicarlo, pero ese día parecías otra persona, como si estuvieses poseído o algo así. No sé. Y después Dennis Maynard me dijo que no debía visitarte hasta que no fueses a rehabilitación. Yo no sabía si tenía razón o no. No era como si tuviese unas instrucciones para seguir paso a paso, y él supuestamente era el experto. Lo importante es que entraste en rehabilitación, ¿no?

Quería decirle que no, pero ése no era momento para comenzar una discusión. Tenía el resto de mi vida para discutir con ella.

—Vaya, sí, estoy aquí. Eso es lo más importante.

—¿La abstinencia se hace difícil?

—Lo cierto es que, por cuanto siento, no tengo ningún síntoma de abstinencia. Créase o no, dejé de sentir la necesidad de consumir drogas desde el instante mismo en que entré aquí. Es difícil de explicar, pero sólo estaba sentado en la sala de espera y, de pronto, la compulsión me abandonó. Pero te diré que éste es un lugar loco, por decirlo de una manera amable. Lo que me va a mantener sobrio no es Talbot Marsh; soy yo mismo.

Muy nerviosa:

—¿Pero te quedarás ahí durante los veintiocho días, no?

Lancé una suave risa:

—Sí, tranquila, cariño; me quedo. Necesito un descanso de tanta locura. Y, en cualquier caso, lo de AA es muy bueno. Leí el libro y es impresionante. Cuando regrese a casa iré a las reuniones, sólo para no recaer.

Pasamos la siguiente media hora charlando y, hacia el fin de la conversación, sabía que había recuperado a mi duquesa. Lo sentía en los huesos. Le conté mis erecciones y prometió ayudarme en ese aspecto en cuanto regresara a casa. Le pregunté si no estaba dispuesta a que tuviésemos un poco de sexo telefónico, pero no quiso. Pero, pensé, valía la pena insistir. En algún momento, supuse, terminaría por ceder.

Intercambiamos declaraciones de amor y promesas de escribirnos a diario. Antes de colgar le dije que la llamaría tres veces al día.

El día siguiente transcurrió sin novedades y, sin darme cuenta, cumplí una semana entera sin consumir drogas.

Cada día nos daban algún tiempo libre para ir al gimnasio y cosas por el estilo, y no tardé en integrarme en una banda de marcianos besaculos. Uno de los médicos —un anestesiólogo que tenía el hábito de administrarse su propia medicina durante las operaciones a su cargo— llevaba más de un año en Talbot Marsh, y se había hecho llevar su coche. Era una mierda de Toyota gris, pero cumplía con su cometido.

El trayecto hasta el gimnasio duraba unos diez minutos. Yo iba sentado en el asiento trasero derecho, enfundado en unos

pantalones cortos Adidas grises y una camiseta sin mangas, cuando tuve una tremenda erección. Puede haber sido por las vibraciones del motor de cuatro cilindros, o tal vez porque el asfalto tenía baches. La cuestión es que algo hizo afluir un litro de sangre a mi entrepierna. Era una inmensa erección, dura como la piedra, de las que se aprietan contra la ropa interior y te obligan a enloquecedores ajustes y reacomodamientos.

—Mirad esto —dije bajando la delantera de mis pantalones grises para mostrarles mi pene a los marcianos.

Todos se volvieron y se quedaron mirando. Sí, pensé, tenía buen aspecto. A pesar de mi estatura, Dios se había mostrado generoso al respecto.

—¡No está nada mal! —les dije a mis amigos médicos, cogiéndome el pene y dándole unos tirones. Luego lo hice rebotar contra mi vientre, lo que produjo un placentero sonido.

Finalmente, tras el cuarto golpe, todos se echaron a reír. Fue un raro instante de ligereza en Talbot Marsh, un momento de camaradería masculina marciana, en que pudimos despojarnos de las formalidades sociales, ignorar por completo la homofobia y actuar como lo que éramos: ¡hombres! Hice una buena sesión de ejercicios de pesas esa tarde y el resto del día transcurrió sin novedades.

Al día siguiente, después del almuerzo, me encontraba participando en una sesión de terapia de grupo extraordinariamente aburrida. Mi consejera entró y pidió verme a solas.

La seguí, feliz porque me hubiera salvado, hasta que, cuando estuvimos sentados en su pequeña oficina,ladeó la cabeza, adoptando un aire de gran sagacidad y, en tono propio de un gran inquisidor, dijo:

—¿Cómo vas, Jordan?

Volví hacia abajo las comisuras de la boca y me encogí de hombros.

—Bien, creo.

Sonrió con recelo y dijo:

—¿Has sentido alguna compulsión últimamente?

—No, para nada —dije—. En una escala de uno a diez, diría que mi deseo de usar drogas es cero. Tal vez menos.

—Oh, eso está muy bien, Jordan. Muy, muy bien. —¿Qué mierda pasaba? Era evidente que todo apuntaba a algo más.

—Eh, estoy un poco confundido. ¿Alguien te dijo que estoy pensando en usar drogas?

—No, no —dijo, meneando la cabeza—. No tiene nada que ver con eso. Sólo me preguntaba si últimamente has sentido otras compulsiones, que no se vinculen a las drogas.

Registré mi memoria de corto plazo en busca de compulsiones, pero no encontré nada, más allá de mi obvia urgencia por marcharme de ese lugar, ir a casa a buscar a la duquesa y pasar un mes seguido follándomela hasta hacerle volar el cerebro.

—No, no he tenido ninguna compulsión. Por supuesto que echo de menos a mi esposa y quisiera regresar a casa y estar con ella, pero eso es todo.

Frunció los labios y asintió lentamente con la cabeza antes de decir:

—¿Has sentido la compulsión de exhibirte en público?

—¿Qué? —contesté bruscamemente—. ¿De qué hablas? ¿Qué crees, que soy un exhibicionista o algo así? —meneé la cabeza con desdén.

—Bueno —dijo, muy seria—. Hoy recibí tres quejas por escrito, de tres pacientes distintos, y todas dicen que te exhibiste, que te bajaste los pantalones y te masturbaste frente a ellos.

—Eso es pura mierda —farfullé—. ¡No me pajeé, por el amor de Dios! Sólo le di unos tirones y me la golpeé contra el vientre para hacer ruido. Eso fue todo. ¿A qué tanto escándalo? En mi barrio, un poco de desnudez entre varones no es algo que llame la atención. —Meneé la cabeza—. Estaba bromeando. Desde que llegué aquí tengo una erección. Supongo que, después de todas las drogas, mi pene comienza a recuperar la conciencia. Pero ya que a todos les molesta tanto, de ahora en adelante mantendré a la serpiente en la jaula. No hay problema.

Asintió.

—Vaya, debes entender que traumatizaste a algunos de los pacientes. En este momento sus recuperaciones aún son muy frágiles, y cualquier experiencia fuerte puede hacerlos regresar a las drogas.

—¿Dijiste *traumatizados*? ¡Por favor, hablemos en serio! ¡Coño! ¡Estamos hablando de hombres mayores de edad! ¿Cómo es posible que ver mi polla los traumatice? A no ser, claro, que alguno haya sentido deseos de ponerse a chuparla. ¿Crees que pueda tratarse de eso?

Se encogió de hombros.

—No sabría decirlo.

—Bueno, yo te digo que ninguno de los que iba en ese coche se traumatizó. Fue un momento entre tíos, eso fue todo. Sólo me delataron porque quieren demostrarle al personal que están curados, rehabilitados o lo que mierda sea. Hacen cualquier cosa para recuperar sus putas licencias, ¿o no?

Asintió:

—Obviamente.

—Ah, entonces lo sabes.

—Sí, claro que lo sé. Y el hecho de que hayan informado de este episodio hace que me cuestione seriamente su grado de recuperación. —Sonrió, con aire condescendiente—. Pero aun así, eso no cambia el hecho de que tu conducta fue inapropiada.

—Como digas —murmuré—. No volverá a ocurrir.

—De acuerdo, pues —dijo alcanzándome una hoja de papel con unas pocas palabras mecanografiadas—. Sólo necesito que me firmes este contrato de conducta. Dice que te comprometes a no volver a exhibirte en público. —Me tendió un bolígrafo.

—¡Estás bromeando!

Meneó la cabeza, negando. Me eché a reír cuando leí el contrato. Sólo tenía unas líneas, y su texto era el que ella me había adelantado. Me encogí de hombros, firmé y, levantándome de mi asiento, me dirigí a la puerta.

—¿Eso es todo? ¿Caso cerrado?

—Sí, caso cerrado.

Mientras regresaba a la sesión de terapia tuve el presentimiento de que el caso no había quedado cerrado. Esos marcianos eran gente rara.

Al día siguiente tocaba otra reunión general. Una vez más, los ciento cinco marcianos y unos doce integrantes del personal se sentaron en el auditorio formando un círculo. Doug Talbot, noté, estaba conspicuamente ausente.

Así que cerré los ojos, preparándome para la lluvia de detalles intrascendentes. Al cabo de unos quince minutos estaba metafóricamente calado hasta los huesos y medio dormido, cuando oí:

—Jordan Belfort, a quien la mayoría de vosotros conoce.

Alcé la vista. En algún momento mi terapeuta había pasado a encabezar la reunión y ahora hablaba de mí. Me pregunté por qué lo haría.

—Así que en vez de traer un orador invitado —continuó mi terapeuta—, creo que lo más productivo será que Jordan comparta con el grupo lo ocurrido. —Hizo una pausa y me miró—. ¿Serías tan amable de compartirlo con nosotros, Jordan?

Recorrí el recinto con los ojos y vi que todos los marcianos me miraban fijamente, incluida Shirley Temple, con sus hermosos rizos rubios. Aún no sabía de qué quería hacerme hablar mi terapeuta, aunque sospechaba que era algo vinculado al hecho de que yo fuese un degenerado sexual.

Inclinándome hacia delante en mi asiento, le devolví la mirada a mi terapeuta y me encogí de hombros.

—No tengo problema en dirigirme al grupo —dije—. Pero ¿de qué quieres que hable? Tengo muchas historias. ¿Por qué no escoges tú?

Ante eso, los ciento cinco marcianos volvieron sus marcianas cabezas hacia mi terapeuta. Parecía que ella y yo estábamos jugando un partido de tenis.

—Bueno —dijo en tono terapéutico—, en esta habitación puedes hablar de lo que quieras. Es un lugar muy seguro. Pero ¿por qué no comienzas con lo que ocurrió el otro día en el coche, camino al gimnasio?

Los marcianos volvieron las cabezas hacia mí. Riendo, dije:

—Bromeas, ¿no?

Ahora los marcianos miraron otra vez a mi terapeuta... que frunció los labios y meneó la cabeza como si dijera: «No, hablo muy en serio».

Tenía su gracia, pensé. Mi terapeuta me ponía en el centro de la escena. ¡Qué glorioso! ¡El lobo regresaba a la acción! Me encantaba. Y el hecho de que la mitad de los presentes fuesen mujeres mejoraba aún más las cosas. La SEC me había quitado el derecho a ponerme en pie frente a una audiencia y decir mis verdades, y ahora mi terapeuta tenía la bondad de devolverme ese placer. ¡Daría un espectáculo que los marcianos nunca olvidarían!

Asentí y le sonreí a mi terapeuta:

—¿Puedo ponerme en pie en medio de la habitación para hablar? Pienso mejor cuando estoy en movimiento. —Ciento cinco cabezas marcianas se volvieron hacia mi terapeuta.

—Por favor, haz como gustes.

Fui hasta el centro de la sala y, mirando a Shirley Temple a los ojos, dije:

—¡Hola a todos! Me llamo Jordan. Soy alcohólico, drogadicto y degenerado sexual.

—¡Hola, Jordan! —respondieron todos con entusiasmo, entre algunas risitas. Pero Shirley Temple se había puesto del color de una remolacha. Es que yo miraba directamente a sus inmensos ojos azules cuando me describí como un degenerado sexual.

Dije:

—Bueno, no estoy acostumbrado a hablar en público, pero haré lo mejor que pueda. Muy bien, ¿por dónde empiezo? Ah, sí, mis erecciones; sí, diría que es el mejor comienzo. El origen del problema es éste. Pasé los últimos diez años de mi vida con la polla en estado de seminarcosis como resultado de todas las drogas que consumía. No me interpretéis mal. No es que fuese impotente ni nada así, pero debo admitir que hubo unas mil ocasiones en las que no la pude enderezar por toda la coca y los qualuuds.

Risas esporádicas. ¡Ah, el lobo de Wall Street ha regresado! ¡Que comience la diversión! Alcé la mano pidiendo silencio.

—No, en serio, no es cosa de broma. La mayor parte de las veces en que no se me ponía dura estaba con putas, lo que tenía lugar unas tres veces a la semana. Así que, básicamente, estaba desperdiciando mi dinero; pagaba más de mil dólares por se-

sión y no podía hacer nada. Era todo muy triste, además de muy caro.

»De todos modos, debo decir que, por lo general, finalmente lograban hacerme funcionar, si bien les llevaba algunos esfuerzos y tenían que recurrir a juguetes y cosas así. —Volví las comisuras de la boca hacia abajo y me encogí de hombros, como diciendo: “Los juguetes sexuales no tienen nada de vergonzoso”.

Ahora las risas cundían. Sin alzar la vista, me daba cuenta de que se trataba de risas marcianas femeninas. Mis sospechas quedaron confirmadas cuando, al pasear la mirada por el recinto, vi a todas las marcianas mirándome con bondadosas sonrisas marcianas en sus simpáticos rostros marcianos. La risa hacía subir y bajar sus hombros marcianos. A todo esto, los marcianos machos me fulminaban con sus ojos marcianos.

Agité la mano, como quitando importancia a mis palabras, y proseguí:

—Pero no tiene importancia. Lo gracioso es que con mi mujer no tenía ese problema. Con ella se me ponía dura siempre, o casi, y si la vierais entenderíais por qué. Pero cuando comencé a consumir seis gramos de coca al día, bueno, también tuve problemas con ella.

»Pero ahora que no he consumido durante más de una semana creo que mi pene está experimentando una especie de metamorfosis o despertar. Ando veintitrés horas al día, tal vez más, con una erección. —Un gran estallido de risas de las marcianas hembra. Miré en torno a mí. ¡Oh, sí! ¡Las tenía! ¡Eran mías! ¡El lobo, en medio del escenario, hechizaba a las damas con su relato!—. En fin, la cuestión es que supuse que algunos de los hombres de aquí entenderían mi suplicio. Era de suponer que otros sufrirían de este terrible mal, ¿verdad?

Paseé la mirada por el recinto. Todas las marcianas asentían con la cabeza mientras los marcianos meneaban las suyas y me clavaban la vista con expresión desdeñosa. Me encogí de hombros.

—El problema comenzó así. Yo iba sentado en el coche, camino al gimnasio, con otros tres pacientes; pacientes que, ahora que lo pienso, deben de carecer de pene. No sé si habrá sido por

las vibraciones del motor o por las irregularidades del asfalto, pero la cuestión es que, de pronto, ¡me encontré con una tremenda erección!

Volví a estudiar a mi público, evitando las miradas fulminantes de los marcianos y disfrutando de la expresión arrobada de las marcianas. Shirley Temple se relamía los labios, llena de expectativa. Guiñándole un ojo dije:

—Bueno, se trató de un inofensivo momento de camaradería masculina, nada más. No voy a negar que le di unos pocos tiros a la serpiente —risas marcianas femeninas— y tampoco que me la golpeé contra el vientre un par de veces —más risas—. Pero fue todo en broma. No es como si me la hubiese meneado ferozmente, con intención de eyacular sobre el asiento trasero, aunque no juzgaría a quien lo hiciera. Cada cual es como es. ¿Verdad?

Una marciana no identificada exclamó:

—¡Sí, cada cual es como es! —todas las demás marcianas aplaudieron.

Alcé la mano pidiendo silencio. Me preguntaba hasta cuándo me permitirían seguir hablando. Sospechaba que para siempre. Al fin y al cabo, a cada segundo que pasaba una empresa de seguros recibía una cuenta por cada uno de esos ciento cinco marcianos.

—Así que, en síntesis, os diré que lo que de verdad me molesta de todo este asunto es que los tres tipos que me delataron (cuyos nombres me reservo, aunque, si queréis, después os los puedo suministrar de buena gana, para que los evitéis) rieron y bromearon durante el episodio. Nadie me reprochó nada o siquiera sugirió que lo que yo hacía era de mal gusto. —Meneé la cabeza con expresión hastiada—. ¿Sabéis?, lo cierto es que vengo de un mundo desequilibrado que yo mismo me construí. Allí, cosas como la desnudez, la prostitución, la perversión y los actos depravados de toda índole eran lo normal.

»Ahora me doy cuenta de que me equivocaba. Y de que estaba loco. Pero ahora, hoy... en este preciso momento, soy un hombre sobrio. Sí, hoy sé que jugar al lanzamiento del enano está mal, y que hacer un *scrum* con cuatro putas está mal, y que ma-

nipular acciones está mal, y que engañar a mi esposa está mal, y que dormirse sobre la mesa de la cena o al borde del camino está mal. También que está mal dormirse al volante, y chocar contra los coches de la gente.

»Soy el primero en admitir que disto mucho de ser una persona perfecta. Lo cierto es que soy inseguro y tímido y que me avergüenzo con facilidad. —Hice una pausa antes de adoptar un tono de total seriedad—. Pero me resisto a mostrarlo. Si tuviese que escoger entre pasar vergüenza y morir, preferiría morir. Así que sí, soy una persona débil e imperfecta. Pero nunca me veréis juzgar a nadie.

Me encogí de hombros y lancé un teatral suspiro.

—Sí, quizá lo que hice en el coche estuvo mal. Tal vez fue ofensivo y de mal gusto. Pero desafío a cualquiera de los presentes a que alegue que lo hice con mala intención o con intención de joderle la recuperación a alguien. Lo hice por tomarme con humor la terrible situación en que me encuentro. Ya llevo una década de adicción a las drogas y, por más que parezca relativamente normal, sé que no lo soy. Me marché de aquí dentro de un par de semanas y estoy cagado de miedo ante la perspectiva de regresar a la cueva del león, de retornar a las personas, lugares y cosas que alimentaron mi hábito. Tengo una esposa a la que amo, y dos niños a quienes adoro. Y si al regresar recaigo, sé que los destruiré para siempre, en particular a los niños.

»Y sin embargo aquí en Talbot Marsh, donde se supone que estoy rodeado de gente que entiende por lo que estoy pasando, me topo con tres imbéciles que buscan sabotear mi recuperación y hacerme expulsar. Y eso es verdaderamente triste. No soy diferente de ninguno de vosotros, hombre o mujer. Sí, quizá tenga unos dólares más que los demás, pero siento miedo, preocupación e inseguridad ante el futuro, y me paso la mayor parte del día rezando por que todo salga bien. Para que un día pueda sentarme con mis hijos y decirles: “Sí, es verdad que una vez, bajo el efecto de la cocaína, tiré a mamá por las escaleras, pero eso fue hace veinte años, y he pasado sobrio todo ese tiempo”.

Volví a menear la cabeza.

—Así que la próxima vez que tengáis intención de denun-

ciarme, os sugiero que os lo penséis dos veces. Sólo os estáis hi-riendo vosotros mismos. No va a ser tan fácil echarme, y la di-rección es mucho más inteligente de lo que vosotros creéis. Ahora, si me disculpáis, se me está poniendo dura, así que me debo ir a sentar o haré un papelón. Gracias. —Saludé con una mano, como un candidato en campaña, y estalló un aplauso atronador. Todas las marcianas, todos los integrantes del perso-nal y aproximadamente la mitad de los marcianos se pusieron de pie para ovacionarme.

Al ir a sentarme miré a mi terapeuta a los ojos. Me sonrió, asintió y agitó el puño en el aire una sola vez, como si dijese: «¡Bien hecho, Jordan!».

Los siguientes treinta minutos consistieron en un debate abierto durante el cual las marcianas defendieron mis acciones y dijeron que era adorable, mientras que algunos de los machos de la especie continuaron atacándome, afirmando que era una amenaza para la sociedad marciana.

Esa noche me senté con mis compañeros de casa y les dije:

—Mirad, estoy harto de toda la mierda que ocurre aquí. No quiero oír nada más sobre si no bajo la tapa del inodoro, hablo demasiado por teléfono o respiro haciendo ruido. Ya basta. Así que os haré una oferta. Los dos necesitáis dinero con desespera-ción, ¿verdad?

Asintieron.

—Muy bien —dije—. Esto es lo que haré. Mañana por la ma-ñana llamen a mi amigo Alan Lipsky. Os abrirá cuentas en su agencia bursátil. Por la tarde tendrán cinco mil cada uno. Os po-déis hacer transferir el dinero cuando queráis. Pero no quiero que ninguno de los dos vuelva a decir ni mu desde ahora hasta que me marche. Faltan pocas semanas, así que no debería seros demasiado difícil.

Por supuesto que ambos hicieron la llamada a la mañana si-guiente, y por supuesto que ello mejoró mucho nuestra relación. Aun así, mis problemas con Talbot Marsh distaban de haber fi-nalizado. Pero quien complicaría las cosas no sería la deliciosa

Shirley Temple. No, el problema surgió de mi deseo de ver a la duquesa. La maquinaria de rumores marciana aseveraba que, en raros casos, la dirección concedía permisos. Telefoneé a la duquesa y le pregunté si estaba dispuesta a venir a pasar un fin de semana largo conmigo si lo permitían.

—Sólo dime dónde y cuándo —repuso— y te haré pasar un fin de semana que nunca olvidarás.

Ése era el motivo por el que más tarde estaba en la oficina de mi terapeuta tratando de convencerla de que me concediese un permiso. Era mi tercera semana en el planeta Talbot Marsh y no me había vuelto a meter en problemas, aunque todos sabían que yo asistía a aproximadamente un veinticinco por ciento de las sesiones de terapia de grupo. Pero ya no parecía importarle a nadie. Se habían dado cuenta de que Doug Talbot no me iba a expulsar y que, a mi excéntrico modo, yo era una influencia positiva.

Sonreí a mi terapeuta y dije:

—Mira, no me parece que salir el viernes y regresar el domingo sea algo tan grave. Estaré todo el tiempo con mi esposa. Hablaste con ella, así que ya sabes que apoya el programa. Será bueno para mi recuperación.

—No puedo permitirlo —dijo mi terapeuta meneando la cabeza—. Perturbaría a los otros pacientes. Están todos muy alborotados con el supuesto tratamiento especial que se te dispensa aquí. —Me dirigió una sonrisa amistosa—. Sabes, Jordan, nuestra política es que para solicitar un permiso tienes que haber estado aquí al menos noventa días, y haberte comportado a la perfección. Sin exhibicionismo ni nada de eso.

Le sonreí. Esa dama era buena gente y yo me había aficionado a ella durante las últimas semanas. El haberme permitido defenderme ante todos fue una muestra de astucia de su parte. Sólo me enteré mucho después de que había hablado con la duquesa, quien la informó de mi capacidad de manipular a las masas, para bien o para mal.

—Entiendo que hay reglas que debes seguir —dije—, pero no fueron pensadas para alguien en mi situación. ¿Cómo se me va a aplicar una norma que requiere de un período de espera de noventa días si toda mi estancia sólo dura veintiocho? —Me encogí

de hombros, no demasiado impresionado por mi propia lógica. Pero de repente una sublime inspiración brotó en mi cerebro.

—¡Tengo una idea! —exclamé—. ¿Por qué no me permites dar otro discurso a todos? Trataré de venderles la idea de que me merezco un permiso, aunque vaya contra la política de la institución.

Se llevó la mano a la nariz y se la frotó un poco. Rió quedadamente.

—Estoy tentada de decirte que sí, sólo para ver qué cuento chino les encajas a los demás pacientes. De hecho, no me cabe duda de que los convencerías. —Rió un poco más—. El que diste hace dos semanas fue todo un discurso, de lejos el mejor en la historia de Talbot Marsh. Tienes un don asombroso, Jordan. Nunca he visto algo así. Sólo por curiosidad, ¿qué dirías a los pacientes si te permitiera hablarles?

Me encogí de hombros.

—En realidad no lo sé. Nunca planeo lo que voy a decir. Yo solía pronunciar dos discursos al día ante mil personas. Lo hice durante cinco años y no recuerdo haber pensado qué diría antes de hablar ni una sola vez. Por lo general había uno o dos temas que debía tocar, pero eso era todo. Lo demás era inspiración del momento.

»Sabes, me ocurre algo cada vez que me encuentro frente a una multitud. Es difícil describirlo, pero es como si, de pronto, todo se aclarase. Mis pensamientos se ponen a brotar de mi lengua sin intención consciente de mi parte. Una idea lleva a la otra y así hilvano mi discurso.

»Pero, para responder tu pregunta, diría que recurriría a la psicología inversa, explicándoles que el hecho de que se me conceda un permiso es bueno para sus recuperaciones. Que la vida en sí misma no es justa, y que lo mejor que pueden hacer es acostumbrarse a ello en un ambiente controlado como éste. Luego, haría que me compadeciesen, contándoles lo que le hice a mi esposa en las escaleras y cómo mi adicción a las drogas estuvo a punto de destruir mi familia, y cómo depende de esa visita la posibilidad de que mi mujer y yo sigamos juntos.

Mi terapeuta sonrió.

—Creo que deberías encontrar un modo de darle un buen uso a tu talento de orador. Tienes que emplearlo para beneficiar a la gente, no para corromperla.

—Ajá —dije sonriendo—, de modo que todas estas semanas me estuviste escuchando. No estaba seguro. En fin, quizás haga lo que dices algún día, pero ahora lo único que quiero es regresar con mi familia. Tengo intención de alejarme para siempre de las finanzas. Debo ocuparme de regularizar algunas inversiones, pero será lo último que haga al respecto. Ya terminé con las drogas, con las putas, con engañar a mi esposa, con toda la mierda con las acciones, todo. Voy a pasar lo que me queda de vida tranquilo, lejos del ojo del público.

Se echó a reír.

—Bueno, por algún motivo no creo que ello vaya a ocurrir. No creo que vayas a vivir en la oscuridad nunca. Al menos no por mucho tiempo. No lo digo de un modo negativo. Lo que trato de decir es que tienes un talento maravilloso y que es importante para tu recuperación que aprendas a usarlo de manera positiva. Sólo concéntrate en tu recuperación, mantente sobrio y los demás aspectos de tu vida se irán solucionando solos.

Agaché la cabeza y me quedé mirando el suelo antes de asentir. Sabía que ella tenía razón, pero sus palabras me aterraban. Sentía una desesperada necesidad de mantenerme sobrio, pero tenía muy pocas posibilidades de lograrlo. Era cierto que ahora que sabía de AA ya no me parecía imposible, pero sí muy difícil. Al parecer la diferencia entre el éxito y el fracaso radicaba en entablar una buena relación con AA después de salir de rehabilitación; que te tocara un tutor con el que pudieras identificarte, que te brindara esperanza y aliento cuando las cosas no te salían.

—¿Y qué hay de mi permiso? —pregunté, alzando las cejas.

—Plantearé el tema en la reunión de personal de mañana. En última instancia no depende de mí, sino del doctor Talbot. —Se encogió de hombros—. Como tu principal terapeuta puedo vetarla, pero no lo haré. Me abstendré.

Asentí. Hablaría con Talbot antes de esa reunión.

—Gracias por todo —dije—. Sólo me queda una semana más. Procuraré no complicarte las cosas durante ese lapso.

—No me complicas —respondió—. De hecho, eres mi favorito, aunque no se lo reconocería a nadie.

—Y yo no se lo diré a nadie. —Me incliné hacia ella y la abracé suavemente.

Cinco días después, un viernes, poco antes de las seis de la tarde, aguardaba en la pista de la sección para aviones privados del aeropuerto internacional de Atlanta. Estaba apoyado contra la parte trasera de una limusina Lincoln negra contemplando el cielo boreal con ojos sobrios. Tenía los brazos cruzados y una gigantesca erección en los pantalones. Estaba esperando a la duquesa.

Pesaba cinco kilos más que cuando llegué a Talbot, y mi piel volvía a resplandecer de juventud y salud. Tenía treinta y cuatro años y había sobrevivido a lo indecible, a una adicción a las drogas de proporciones bíblicas, una adicción que me llevó a locuras que debieron haberme costado la vida hacía mucho; debí haberme muerto de sobredosis, en un accidente de coche, o de helicóptero, o de buceo, o de otras mil maneras.

Sin embargo, ahí estaba, y en plena posesión de mis facultades. Era una hermosa tarde despejada y soplaba una agradable brisa tibia. Faltaba poco para el verano, de modo que aún a esa hora el sol estaba lo suficientemente alto como para permitirme ver al Gulfstream mucho antes de que sus ruedas tocaran la pista. Parecía imposible que en su interior estuviese mi hermosa esposa, a quien yo había hecho pasar por el infierno de mis siete años de adicción. Me pregunté cómo iría vestida y qué pensaría. ¿Estaría tan nerviosa como yo? ¿Era tan hermosa como la recordaba? ¿Aún olería tan bien? ¿Me seguiría amando de verdad? ¿Las cosas podrían volver a ser como antes?

Tuve la respuesta a mi segunda pregunta cuando la puerta del avión se abrió y emergió la duquesa con su fabulosa cabellera rubia centelleante. Estaba guapísima. Dio un solo paso y después, en el típico estilo duquesa, adoptó una pose desafiante, con la cabeza ladeada, los brazos cruzados por debajo de los pechos, una larga pierna desnuda plantada a un costado. Después

se quedó mirándome. Llevaba un corto vestido veraniego rosado sin mangas y que le llegaba unos buenos quince centímetros por encima de la rodilla. Manteniendo su pose frunció sus voluptuosos labios y se puso a menear la cabeza como si dijese: «¡No puedo creer que éste sea el hombre que amo!». Di un paso adelante y, volviendo las manos de modo en que las palmas quedasen mirando hacia arriba, me encogí de hombros.

Y nos quedamos así, contemplándonos el uno al otro unos buenos diez segundos, hasta que, de pronto, abandonó su pose y me lanzó un doble beso de campeonato. Después abrió los brazos, giró sobre sus talones para anunciar su llegada a la ciudad de Atlanta y bajó las escaleras a la carrera con una amplia sonrisa en el rostro. Corrí hacia ella y nos encontramos en mitad de la pista. Me echó los brazos al cuello y, dando un saltito, me enlazó las piernas a la cintura. Después me besó.

Mientras manteníamos ese beso por lo que pareció una eternidad, aspirábamos el uno el aroma del otro. Giré en un círculo completo, sin dejar de besarla, y ambos nos echamos a reír. Apartando los labios sepulté la nariz en su escote y me puse a olfatear como un perro. Prorrumpió en incontenibles risitas. Era increíble lo bien que olía.

Aparté la cabeza unos centímetros y miré sus luminosos ojos azules. Dije en tono de total seriedad:

—Si no te hago el amor en este mismo instante, me correré ahora sobre el asfalto.

La respuesta de la duquesa consistió en adoptar su voz de bebé:

—¡Oh, mi pobre pequeño! —*¿Pequeño? ¡Esto era increíble!*—
Estás tan caliente que vas a estallar, ¿verdad?

Asentí con vehemencia.

La duquesa prosiguió:

—Y mira qué joven y guapo estás ahora que has ganado unos kilos y ya no tienes la piel verde. Es una pena que este fin de semana tenga que darte una lección. —Se encogió de hombros—. Nada de hacer el amor hasta el 4 de julio.

¿Qué decía?

—¿De qué estás hablando?

En tono muy enterado:

—Ya me has oído, querido. Te has portado muy mal, así que ahora debes pagar. Antes de que te permita meterla debes demostrarme que ahora eres bueno. Por el momento sólo puedes besarme.

Reí.

—¡Estás loca! —Cogiéndole de la mano me puse a arrastrarla hacia la limusina.

—¡No puedo esperar hasta el 4 de julio! ¡Te necesito ahora mismo! ¡Quiero que hagamos el amor en la limusina!

—No, no, no —dijo meneando exageradamente la cabeza—. Este fin de semana besos y nada más. Veamos cómo te comportas hoy y mañana y tal vez el domingo vuelva a considerarlo.

El chófer de la limusina era un blanco bajo, de unos sesenta años, llamado Bob. Llevaba una gorra de uniforme y estaba de pie junto a la puerta trasera, esperándonos. Dije:

—Ésta es mi esposa, Bob. Es duquesa, así que trátala como corresponde. Apuesto a que aquí no vienen muchos integrantes de la realeza, ¿verdad?

—Oh, no —dijo Bob, muy serio—. Para nada.

Apreté los labios y asentí con expresión solemne.

—Lo suponía. Pero no te sientas intimidado. En realidad es muy sencilla.

—Sí, de lo más sencilla. Ahora cierra la puta boca y sube a la maldita limo —escupió la duquesa.

Bob quedó paralizado de espanto, aturdido, evidentemente, ante el hecho de que un personaje de sangre tan azul como la duquesa de Bay Ridge empleara semejante lenguaje.

Le dije a Bob:

—No le hagas caso; lo hace para no parecer sofisticada. Se pone formal cuando está en Inglaterra con sus parientes de la familia real. —Le guiñé un ojo—. Bromas aparte, Bob, estar casado con ella me convierte en duque, así que, ya que vas a ser nuestro chofer durante todo el fin de semana, bien puedes dirigirte a nosotros llamándonos «duque» y «duquesa»; sólo para evitar confusiones.

Bob hizo una reverencia formal.

—Por supuesto, duque.

—Muy bien —respondí, empujando el real trasero de la duquesa para ayudarla a entrar en el coche. Entré después de ella. Bob cerró la puerta y fue al avión a buscar el real equipaje de la duquesa.

Enseguida le subí el vestido y vi que no llevaba ropa interior. Me precipité sobre ella:

—¡Te amo tanto, Nadine! ¡Tanto, tanto! —La hice recostarse en el asiento y apoyé mi erección contra ella. Emitió un delicioso gemido, apretando su pelvis contra la mía, produciendo una bienvenida fricción. La besé una y otra vez, hasta que, al cabo de un momento, extendió los brazos para apartarme.

Entre risitas:

—¡Basta, muchacho tonto! Bob regresa. Tendrás que esperar hasta que lleguemos al hotel. —Bajó la vista y vio la erección que abultaba mis jeans.

—¡Oh, mi pobre pequeño... —*¿Pequeño? ¿Por qué siempre decía «pequeño»?*— está a punto de estallar! —Frunció los labios—. Vamos, deja que te dé un masaje. —Bajó la mano y se puso a masajear el contorno de mi erección.

Respondí pulsando el botón que hace bajar el panel que separa al conductor de los pasajeros. Cuando se cerró murmuré:

—¡No puedo esperar al hotel! Tengo que hacerte el amor ahora mismo, esté Bob o no.

—Muy bien —dijo la lujuriosa duquesa—. Pero sólo es un polvo por lástima, así que no cuenta. Lo de no hacer el amor hasta que no me demuestres que ahora eres bueno sigue en pie. ¿Entendido?

Asentí con una humilde expresión canina y ambos nos pusimos a arrancarnos mutuamente la ropa. Cuando Bob regresó a la limusina yo ya penetraba profundamente a la duquesa y ambos gemíamos como salvajes. Me llevé el índice a los labios y dije:

—¡Chist!

Asintió. Pulsé el botón del intercomunicador.

—Bob, buen hombre, ¿sigues ahí?

—Sí, duque.

—Espléndido. La duquesa y yo debemos tratar algunos asuntos urgentes, así que por favor no nos interrumpas hasta que lleguemos al Hyatt.

Le guiñé un ojo a la duquesa y le indiqué el intercomunicador con un movimiento de cejas.

—¿Encendido o apagado? —susurré.

La duquesa alzó la vista y se mordisqueó el interior de la boca. Se encogió de hombros.

—Oh, déjalo encendido.

¡Ésa es mi mujer! En voz alta, dije:

—¡Disfruta del real espectáculo, Bob! —Y con esas palabras el sobrio Duque de Bayside, Queens, se puso a hacerle el amor a su mujer, la deliciosa duquesa de Bay Ridge, como si fuera a acabarse el mundo.

Seis maneras de matar a un intervencionista

Mi perro necesita una operación... Se me averió el coche... Mi jefe es un imbécil... Mi esposa es aún más imbécil... Los embotellamientos de tránsito me vuelven loco... La vida no es justa... etcétera, etcétera, etcétera...

Sí, en la sede de Alcohólicos Anónimos de Southampton, Long Island, caía un verdadero diluvio de detalles intrascendentes. Ya llevaba una semana en casa y me había prometido a mí mismo hacer un noventa-de-noventa, lo cual significa que me puse la meta de asistir a noventa reuniones de AA en otros tantos días. Y dado que una muy nerviosa duquesa no me sacaba los ojos de encima, no tenía más remedio que hacerlo.

No tardé en darme cuenta de que los noventa días se harían muy largos.

Apenas entré en mi primera reunión alguien me preguntó si me gustaría ser orador invitado, a lo que respondí:

—¿Hablar para el grupo? Sí, ¿por qué no? —En mi fuero interno, me dije que era lo mejor que podía hacer.

Los problemas no tardaron en comenzar. Me ofrecieron una silla ubicada detrás de una mesa rectangular que presidía el recinto. El orientador de la reunión, un hombre de aspecto bondadoso,

de unos cincuenta años, se sentó junto a mí e hizo unos pocos y breves anuncios. Luego me hizo la señal para que comenzara.

Asentí con la cabeza antes de decir en voz fuerte y clara:

—Hola, me llamo Jordan y soy alcohólico y adicto a las drogas.

El público, unos treinta borrachos recuperados, dijo al unísono:

—Hola, Jordan; bienvenido.

Sonreí y respondí al saludo moviendo la cabeza. Con gran confianza dije:

—Llevo sobrio treinta y siete días y...

Alguien me interrumpió.

—Perdón —dijo un ex borracho de cabello gris y una telaraña de venitas en la nariz—. Tienes que haber estado sobrio durante noventa días para hablar en esta reunión.

¡Vaya, qué viejo hijo de puta insolente! Quedé absolutamente desolado. Sentí como si, al bajar del autobús escolar, descubriera que había olvidado vestirme. Me quedé sentado en esa silla de madera terriblemente incómoda, contemplando al viejo borracho y esperando que alguien me sacara a rastras de mi lugar.

—No, no. No seamos demasiado duros —dijo el orientador—. Dado que ya está aquí, ¿por qué no le permitimos hablar? Escuchar a un recién llegado será un soplo de aire fresco.

Impertinentes murmullos se alzaron entre el grupo, acompañados de insolentes encogimientos de hombros y desdeñosos meneos de cabeza. Se los veía enfadados. También peligrosos. El orientador me pasó un brazo por los hombros y me miró a los ojos, como si dijese: «Está bien. Prosigue».

Asentí, nervioso.

—Bueno —dije a los airados ex borrachos—. Llevo sobrio treinta y siete días y...

Otra vez fui interrumpido, pero ésta, por un aplauso atronador. ¡Aahh! ¡Maravilloso! ¡El lobo recibía su primera ovación antes de siquiera comenzar! ¡No hacía falta sino esperar a que oyeran mi historia! ¡El local se derrumbaría por los vítores!

Los aplausos se extinguieron poco a poco. Con renovada confianza continué:

—Gracias a todos. Realmente aprecio este voto de confianza. Mi droga favorita eran los qualuuds, pero también tomé mucha cocaína. De hecho...

Nueva interrupción.

—Perdón —dijo mi némesis de nariz venosa—, ésta es una reunión de AA, no de Narcóticos Anónimos, NA. Aquí se habla de alcohol, no de drogas.

Observé a mi público. Todos asentían. ¡Oh, mierda! Esa política parecía desactualizada. Estábamos en la década de los noventa. ¿Había personas que se dedicaban al alcohol pero evitaban las drogas? No tenía sentido. Estaba a punto de incorporarme de un salto y huir de allí, cuando una poderosa voz femenina bramó:

—¿No te da vergüenza, Bill? ¿Cómo pretendes expulsar a un muchacho que está peleando por su vida? ¡Eres despreciable! Todos los presentes somos adictos. ¿Por qué no te callas y te ocupas de tus asuntos? ¡Deja hablar al muchacho!

¿Muchacho? ¿Acababan de llamarme «muchacho»? ¡Si ya tenía casi treinta y cinco, por el amor de Dios! Miré en dirección a la voz y vi que provenía de una señora muy anciana con anteojos de abuelita. Me guiñó un ojo. Le devolví el guiño.

El viejo borracho farfulló:

—¡Las reglas son las reglas, vieja bruja!

Meneé la cabeza, incrédulo. ¿Por qué me perseguía la locura dondequiera que fuese? Yo no había hecho nada malo allí, ¿verdad? Lo único que quería era estar sobrio. Pero, una vez más, me encontraba en medio de un alboroto.

—Lo que les parezca —le dije al orientador—. Haré lo que digan.

Al fin me permitieron hablar, aunque salí de la reunión ardiendo en deseos de retorcerle el pescuezo al viejo hijo de puta. Las cosas se pusieron aún peores cuando fui a una reunión de NA. Sólo había otras cuatro personas allí. Tres estaban visiblemente drogadas, la cuarta llevaba aún menos días de sobriedad que yo.

Yo quería decirle a la duquesa que eso de AA no era para mí, pero sabía que ello la hubiese desanimado. Nuestra relación se

volvía más sólida cada día que pasaba. Ya no peleábamos ni nos insultábamos, golpeábamos, apuñalábamos, abofeteábamos o tirábamos agua. Nada. Sólo éramos dos personas normales, viviendo una vida normal con Chandler y Carter y nuestros veintidós sirvientes. Decidimos no quedarnos en Southampton ese verano. Supusimos que lo mejor sería mantenerme aislado de la locura hasta que mi sobriedad arraigara. La duquesa había advertido a todos mis antiguos amigos. Ya no eran bienvenidos, a no ser que estuviesen sobrios. Alan el Químico recibió un aviso personal de Bo y nunca volvimos a saber de él.

¿Y mis negocios? Bueno, sin qualuuds ni cocaína no tenía estómago para ellos, al menos por esos días. Sobrio, problemas como el de Zapatos Steve Madden parecían fáciles de afrontar. Cuando aún estaba en rehabilitación ordené a mis abogados que iniciaran un pleito. Ahora, el acuerdo de depósito en custodia por un tercero había salido a la luz. De momento nadie había ido a arrestarme por ese motivo, y sospechaba que ello nunca ocurriría. A fin de cuentas el acuerdo no era ilegal. El problema, en todo caso, era que Steve no lo había hecho público, lo cual hacía que la responsabilidad fuese suya, no mía. Por otra parte, hacía meses que no se sabía nada del agente Coleman, y yo tenía la esperanza de que esa situación se convirtiera en permanente. Eventualmente tendría que pactar con el Zapatero. Ya me había resignado a ello y, para entonces, me importaba una mierda. Incluso en mi estado emocional más depravado, justo antes de ingresar en rehabilitación, lo que me volvía loco no era el dinero, sino el hecho de que el Zapatero pretendiera robarme mis acciones para quedárselas. Y eso ya no era una posibilidad. Como parte del arreglo se vería obligado a vender mis acciones para pagarme, y ahí terminaría todo. Dejaría que mis abogados se ocupasen.

Hacía poco más de una semana que estaba en casa cuando, al regresar de una reunión de AA, me encontré a la duquesa sentada en la sala de televisión. Era el mismo lugar donde, seis semanas atrás, mi piedra de veinte gramos había desaparecido. Tras mi retorno, la duquesa admitió que había sido ella quien la tiró por el inodoro.

Con una gran sonrisa en el rostro, dije:

—¡Hola, cariño! ¿Cómo te...?

La duquesa alzó la vista y quedé paralizado de espanto. Estaba visiblemente conmovida. Las lágrimas le surcaban el rostro y moqueaba. Sintiendo que el corazón me daba un vuelco, dije:

—¡Por Dios, nena! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —la abracé.

Su cuerpo temblaba entre mis brazos. Señaló la pantalla del televisor y dijo entre lágrimas:

—Es Scott Schneidermann. Mató a un policía hace unas horas. Estaba tratando de robarle a su padre para comprar coca y le pegó un tiro a un policía que lo quiso detener. —Prorrumpió en un histérico llanto.

Sentí que las lágrimas corrían por mis propias mejillas cuando dije:

—Por Dios, Nadine, estaba aquí hace apenas un mes... no sé... no sé... —Buscaba algo para decir, pero no tardé en darme cuenta de que no había palabras que alcanzaran para describir la magnitud de la tragedia.

Así que no dije nada.

Una semana después, el viernes por la tarde, a las siete y media, comenzaba la reunión de AA en la iglesia de Nuestra Señora de Polonia. Era un fin de semana largo, pues era el día en que se conmemora a los caídos en guerra. Yo esperaba los habituales sesenta minutos de tortura. Pero me quedé atónito cuando el orientador comenzó la reunión dando a conocer una directiva que establecía que, mientras él estuviese de turno, no permitiría los detalles irrelevantes. Explicó que estaba creando una zona libre de detalles porque el propósito de AA era crear esperanza y fe, no quejarse de lo largas que son las colas del supermercado. Luego, alzó un cronómetro de cocina para que todos lo vieran y dijo:

—No me interesa oír nada que requiera de más de dos minutos y medio para ser explicado. Así que háganla corta. —Movié la cabeza para dar énfasis a su anuncio.

Yo estaba sentado cerca del fondo, junto a una mujer de mediana edad que parecía encontrarse en un estado de conservación razonable para tratarse de una ex borracha. Tenía el cabello rojizo y rostro rubicundo. Me incliné hacia ella y susurré:

—¿Quién es ese tipo?

—Es George. Es algo así como el líder extraoficial aquí.

—¿De veras? —dijo—. ¿De esta reunión?

—No, no —susurró en un tono que expresaba que yo estaba muy mal informado—. No sólo aquí, en todos los Hamptons.

—Miró a su alrededor con aire conspirativo, como si estuviese a punto de pasarme una información ultrasecreta. Luego, en voz baja, dijo—: Es el propietario de Seafield, el centro de rehabilitación. ¿No lo has visto en la tele?

Meneé la cabeza.

—No miro mucha tele. Pero sí me resulta familiar. Él... ¡Oh, coño! —quedé sin habla. ¡Era Pedro Picapiedra, el hombre de la cabeza inmensa que apareció en la pantalla de mi televisor a las tres de la madrugada inspirándome a tirarle mi escultura de Remington!

Cuando la reunión finalizó esperé a que la multitud se dispersara antes de acercarme a George y decirle:

—Hola, me llamo Jordan. Sólo quería decirte que disfruté mucho de la reunión. Estuvo muy interesante.

Me tendió la mano, del tamaño de un guante de béisbol. La estreché obedientemente, rogando por que no me descoyuntara el hombro.

—Gracias —dijo—. ¿Recién llegado?

Asentí.

—Sí. Llevo sobrio cuarenta y tres días.

—Felicitaciones. No es poca cosa. Deberías estar orgulloso. —Se interrumpió y, ladeando la cabeza, se puso a escrutarme atentamente—. ¿Sabes?, me resultas familiar. ¿Cómo has dicho que te llamas?

¡Otra vez lo de siempre! ¡No había forma de escapar de esos hijos de puta de la prensa! Pedro Picapiedra había visto mi foto en los periódicos y ahora se disponía a juzgarme. Había llegado el momento de un cambio estratégico de tema.

—Me llamo Jordan, George, y tengo que contarte algo gracioso. Estaba en la isla, en Old Brookville, y eran las tres de la madrugada... —Le conté la historia de cómo le tiré la estatua de Remington en la cara, ante lo que sonrió y dijo:

—Hay otros mil que lo hicieron. Sony debería pagarme un dólar por cada televisor nuevo que haya tenido que comprar un drogadicto después de romper el anterior al ver uno de mis anuncios. —Rió antes de agregar en tono escéptico—: ¿Así que vives en Old Brookville? Bonito barrio. ¿Vives con tus padres?

—No —dije con una sonrisa—. Estoy casado y tengo hijos. Es que tu anuncio era...

Me interrumpió:

—¿Has venido a pasar el día de fiesta aquí?

¡Caramba! Las cosas no salían según lo planeado. Me había puesto a la defensiva.

—No. Tengo una casa aquí.

En tono de sorpresa:

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

Respiré hondo y dije:

—Meadow Lane.

Eché la cabeza hacia atrás unos centímetros y entornó los ojos.

—¿Vives en Meadow Lane? ¿De verdad?

Asentí lentamente.

Pedro Picapiedra adoptó una expresión sarcástica. Al parecer iba entendiendo mejor. Sonrió y dijo:

—¿Y cuál me dijiste que era tu apellido?

—No te lo dije, pero es Belfort. ¿Te suena?

—Sí —dijo con una risita—. Me suena y mucho. Tú eres el muchacho que fundó... Eh... Cómo se llama... Strathan no se qué.

—Stratton Oakmont —dije inexpresivo.

—¡Sí! Eso. ¡Stratton Oakmont! ¡Vaya! ¡Si pareces un maldito adolescente! ¿Cómo puedes haber causado tanto alboroto?

Me encogí de hombros.

—El poder de las drogas, ¿eh?

Asintió.

—Bueno, vosotros me hicisteis perder cien mil dólares con no sé qué putas acciones que no servían para nada. Ni me acuerdo cómo se llamaban.

¡Mierda! ¡Esto se estaba poniendo feo! ¡Quizá George me golpeará con una de sus manos como guantes de béisbol! Lo

mejor sería ofrecerle devolverle su dinero ahora mismo. Iría corriendo a casa y cogería el dinero de la caja fuerte.

—Hace ya bastante que no tengo relación alguna con Stratton Oakmont, pero así y todo tendré mucho gusto en...

Volvió a interrumpirme:

—Mira, realmente estoy disfrutando de esta conversación, pero me tengo que ir a casa. Espero una llamada.

—Oh, lo lamento. No quise molestarte. Regresaré la semana que viene. Quizá podamos hablar entonces.

—¿Por qué? ¿Tienes que ir a algún lado ahora?

—No, ¿por qué?

Sonrió:

—Estaba por invitarte a tomar un café. Vivo a una manzana de tu casa.

Alzando las cejas dije:

—¿No estás enfadado por lo de los cien mil?

—Claro que no, qué son cien mil entre borrachos, ¿eh? Por otro lado me vino bien la deducción de impuestos. —Sonrió y me pasó el brazo por los hombros mientras nos dirigíamos a la puerta. Dijo—: Esperaba que aparecieras en las reuniones uno de estos días. Se cuentan historias muy locas sobre ti. Me alegro de que hayas logrado llegar aquí antes de que fuera demasiado tarde.

Asentí. George añadió:

—De todos modos te invito a casa con una condición.

—¿Cuál? —pregunté.

—Quiero que me digas la verdad sobre lo ocurrido con tu yate. ¿Lo hundiste por el dinero del seguro? —Entornó los ojos con expresión suspicaz.

Sonreí y le dije:

—Vamos. ¡Te lo contaré por el camino!

Y así fue como esa noche de viernes salí de la reunión de Alcohólicos Anónimos con mi nuevo tutor: George B.

George vivía en South Main Street, una de las mejores calles de Southampton. En cuestión de precios estaba un peldaño por de-

bajo de Meadow Lane. Pero aun así la casa más barata costaba unos tres millones de dólares.

Estábamos sentados uno frente al otro ante una mesa de roble pulido muy cara en su cocina de estilo campesino francés.

Yo le explicaba a George mis planes para asesinar al intervencionista Dennis Maynard tan pronto como terminara con mi noventa-de-noventa. Había decidido que George era la persona apropiada para hablar de semejante proyecto cuando me contó una breve anécdota. Uno de los encargados de entregar citaciones judiciales en mano fue a su casa y, cuando George no le abrió, se puso a clavar el documento en su puerta de caoba pulida a mano. George fue a la puerta y aguardó a que el hombre alzase el martillo, disponiéndose a dar otro golpe. En ese instante abrió, le dio al mensajero un puñetazo que lo dejó inconsciente y cerró de un portazo. Todo ocurrió tan deprisa que el tipo no pudo darle una descripción de George a la policía, de modo que no se presentaron cargos.

—... y es jodidamente increíble —decía yo— que este tipo se presente como profesional. Y no me refiero al hecho de que le haya dicho a mi esposa que no me visitara cuando yo me estaba pudriendo en el manicomio. Eso sólo es como para mandarle romper las piernas. Pero invitarla al cine y tratar de llevársela a la cama... bueno, ieso merece la muerte! —Meneé la cabeza, rabioso, y lancé un hondo suspiro, feliz de poder hablar del tema con alguien.

¡Y además George estaba de acuerdo conmigo! Sí, en su opinión mi intervencionista merecía morir. De modo que pasamos los siguientes minutos debatiendo cuál sería la mejor manera de matarlo. Comenzamos con mi idea de amputarle el pene con un cortapernos hidráulico. Pero George consideró que no sería suficientemente doloroso, porque el intervencionista entraría en shock antes de que su polla cayera sobre la alfombra y se desangraría hasta morir en cuestión de segundos. De modo que pasamos al fuego: quemarlo hasta que muriera. A George le agradó porque sería doloroso. Pero lo preocupaba la posibilidad de daños colaterales, pues el plan incluía incendiar la casa del intervencionista. A continuación evaluamos el envenenamiento por monóxido de carbono, llegando a la conclusión de que emplear un método tan

indoloro carecía de sentido. Así que debatimos los pros y los contras de envenenar su comida, que consideramos demasiado decimonónico. Durante un momento pensamos en un sencillo robo frustrado que degenerara en asesinato, para no dejar testigos. Pero decidimos que mejor sería pagarle cinco dólares a un adicto al crack para que se lanzara sobre el intervencionista y le clavara un cuchillo oxidado en las tripas. De ese modo, explicó George, se desangraría lentamente, en particular si la herida era justo por encima del hígado, lo que también la volvería aún más dolorosa.

En ese momento la puerta de entrada se abrió y una voz femenina bramó:

—George, ¿de quién es ese Mercedes? —era una voz amable y dulce, que, por cierto, tenía un feroz acento de Brooklyn.

Al cabo de un momento, una de las personas más simpáticas del planeta entró en la cocina. Así como George era enorme, ella era menuda, de aproximadamente un metro cincuenta y cinco y unos cincuenta kilos de peso. Tenía cabello rubio rojizo, ojos color miel, rasgos pequeños y una perfecta piel irlandesa salpicada de incontables pecas. Parecía tener unos cincuenta años muy bien llevados.

George dijo:

—Annette, te presento a Jordan; Jordan, te presento a Annette.

Quise estrecharle la mano, pero ella me dio un cálido abrazo y un beso en la mejilla. Olía a limpio y fresco, y a algún perfume muy caro que no logré identificar. Annette sonrió y, poniéndome una mano en el hombro, me estudió.

—Bueno, debo reconocer —dijo en tono directo— que al menos no pareces el típico vago que George trae a casa.

Todos nos desternillamos, y a continuación Annette se excusó y se dedicó a sus tareas habituales, consistentes en hacer la vida de George lo más agradable posible. En un instante apareció con café recién hecho, además de pasteles, pastas y donas, y un cuenco de fruta recién cortada. Después se ofreció a prepararme una cena completa porque, dijo, estaba demasiado flaco, a lo que respondí:

—¡Me tendrías que haber visto hace cuarenta y tres días!

Mientras bebíamos nuestro café yo no dejaba de hablar de mi intervencionista. Annette se apresuró a unirse al vapuleo.

—Por lo que parece es todo un hijo de puta —dijo la menuda y fogosa brooklyniana—. Creo que tienes todo el derecho del mundo a querer cortarle las pelotas. ¿No te parece, Gwibbie?

¿Gwibbie? ¡Qué curioso apodo para George! Me gustaba, pero no me pareció apropiado para él. Le habría quedado mejor Yeti, pensé... o quizá Goliat, o Zeus.

Gwibbie asintió con la cabeza y dijo:

—El tipo merece una muerte lenta y dolorosa, así que quiero pensarlo durante la noche. Mañana lo planeamos.

Miré a Gwibbie, asintiendo.

—¡Sin duda! —dije—. ¡Merece una muerte cruel!

Annette le dijo a George:

—¿Y qué le dirás mañana, Gwib?

Gwib dijo:

—Mañana le diré que me lo quiero pensar durante la noche, y que lo planeemos al día siguiente.

Sonrió con expresión artera.

Sonreí y meneé la cabeza:

—¡Sois demasiado! ¡Sabía que me estabais tomando el pelo!

Annette dijo:

—¡Yo no! ¡Creo que merece que le corten las pelotas! —Ahora su voz adquirió un tono muy erudito.

Gwib encogió sus enormes hombros.

—No me gusta juzgar los métodos de mis colegas, pero parece que en esta intervención ha faltado cierta calidez. He realizado cientos de intervenciones y siempre me cercioro de que el paciente entienda cuánto lo quieren, y que todos lo apoyarán si hace lo correcto y deja de intoxicarse. Nunca separaría a una esposa de su marido. Jamás. —Volvió a encoger sus grandes hombros—. Pero aquí la cuestión es que todo terminó bien, ¿verdad? Estás vivo y sobrio, lo que es un maravilloso milagro, aunque dudo de si estás verdaderamente sobrio o no.

—¿A qué te refieres? ¡Claro que estoy sobrio! Llevo cuarenta y tres días, que dentro de unas horas serán cuarenta y cuatro. No he tomando nada. Lo juro.

—Ah —dijo George—, llevas cuarenta y tres días sin beber ni drogarte, pero eso no significa que estés sobrio, ¿verdad, Annette?

Annette asintió:

—Cuéntale lo de Kenton Rhodes,* George.

—¿El de las grandes tiendas? —pregunté.

Ambos asintieron y George dijo:

—Sí, pero éste es el hijo idiota, el heredero del trono. Tiene una casa en Southampton, cerca de la tuya.

Annette se puso a contar la anécdota:

—Sabes, yo solía tener una tienda por aquí, en Windmill Lane; se llamaba Stanley Blacker Boutique. La cuestión es que vendíamos la mejor ropa vaquera, botas Tony Lama...

Al parecer, George no toleraba los detalles irrelevantes ni en su propia esposa, porque la cortó en seco:

—¡Por el amor de Dios, Annette! ¿Eso qué demonios tiene que ver con la anécdota? A nadie le importa qué vendías en tu maldita tienda, ni quiénes eran mis inquilinos hace diecinueve años. —Me miró y alzó la vista al cielo.

George respiró hondo, hinchándose hasta adquirir el tamaño de un refrigerador industrial antes de exhalar con lentitud.

—Así que Annete tenía esa tienda en Windmill Lane, y solía estacionar su pequeño Mercedes justo frente a ella. Un día estaba en la tienda esperando a un cliente cuando vio por la ventana que otro Mercedes estacionaba detrás del suyo y se empotraba en su paragolpes trasero, abollándose. Unos segundos después, un tipo acompañado de su novia salió del coche y, sin siquiera dejar una nota, se alejó.

En ese momento Annete me miró y, alzando las cejas, susurró:

—¡El que me abolló el coche era Kenton Rhodes!

George la fulminó con la mirada y dijo:

—Sí, era Kenton Rhodes. Bueno, Annete salió de su tienda y vio que el tipo no sólo le había abollado el coche, sino que estaba estacionado ilegalmente, en una zona reservada para los bomberos. Así que llamó a la policía. Fueron y le pusieron un aviso de multa en el parabrisas. Como una hora después, el tipo salió de

* El nombre ha sido cambiado. (*N. del a.*)

un restaurante cercano, borracho como una cuba; cuando llegó a su coche vio el aviso de multa. Sonrió, lo quitó, lo rompió y lo tiró a la calle.

Annette no pudo resistirse a la tentación de intervenir otra vez:

—Y el hijo de puta tenía una expresión tan complacida que salí a la acera y le dije: «Te diré una cosa, compañero: no sólo has chochado con mi coche y lo has abollado, sino que además has aparcado en un lugar reservado a los bomberos y sacado el aviso de multa tirándolo, ensuciando la calle».

George asintió con expresión solemne.

—Resultó que yo pasaba justo en ese momento y vi a Annette señalando con el dedo al hijo de puta y gritándole. Entonces, oí que él le decía «perra» o algo por el estilo. Así que me acerqué a ellos y dije: «¡Métete ahora mismo en la tienda, Annette!», y Annette así lo hizo, porque sabía qué iba a ocurrir. A todo esto, Kenton Rhodes me dijo alguna cosa muy malsonante mientras se metía en su Mercedes. Cerró de un portazo, puso el motor en marcha, pulsó el botón de cierre automático de la ventanilla, cuyo grueso cristal templado comenzó a subir. Se puso unas enormes gafas de sol Porsche, ya sabes, esas grandes que te hacen parecer un insecto y, sonriéndome, alzó el dedo mayor en dirección a mí.

Reí y meneé la cabeza:

—¿Y tú qué hiciste?

George estiró su cuello grueso como una columna:

—¿Qué hice? Tomé impulso y le di un puñetazo tan fuerte a la ventanilla que la rompí en mil pedazos. Mi puño fue a dar justo sobre la sien izquierda de Kenton Rhodes, dejándolo inconsciente. Su cabeza cayó sobre el regazo de su novia. Aún tenía puestas esos insoportables gafas Porsche, sólo que entonces estaban un poco torcidas.

Entre risas, dije:

—¿Te arrestaron?

Meneó la cabeza.

—No exactamente. En este momento la novia chillaba con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Lo has matado! ¡Estás loco!», y bajó del coche de un salto y corrió a

buscar un policía. Unos minutos después, Kenton Rhodes comenzaba a despertar y su novia regresaba acompañada de un policía, que resultó ser mi buen amigo Peter Orlando. La novia fue hacia el lado del conductor, ayudó a Kenton Rhodes a salir del coche y le quitó los trozos de cristal de la ropa. A continuación ambos se pusieron a gritarle a Peter Orlando exigiéndole que me arrestara.

»Annete salió corriendo de la tienda gritando: “¡Rompió una multa y la tiró al suelo! ¡Ensucia el vecindario, y además estacionó en un lugar reservado para los bomberos!”, ante lo cual Peter dio la vuelta al coche y se puso a menear la cabeza con expresión grave. Se volvió hacia Kenton Rhodes y le dijo: “Está usted estacionado en un espacio reservado para los bomberos. Saque su vehículo o avisaré a la grúa”. Así que Kenton Rhodes, farfullando en voz baja, maldiciendo a Peter Orlando, se metió en su coche y cerró de un portazo. Encendió el motor, puso el coche en marcha y comenzó a retroceder. En ese momento Pete alzó la mano y gritó: “¡Deténgase! ¡Baje del coche, señor!”. Así que Kenton Rhodes detuvo su coche, salió y dijo: “¿Ahora qué pasa?”, y Pete dijo: “Huelo alcohol en su aliento, señor. Tendré que hacerle un examen de alcoholemia”. Y entonces Kenton Rhodes empezó a decir: “No sabes con quién te estás metiendo”, y toda esa mierda. Un minuto después, cuando Peter lo esposaba tras arrestarlo por conducir borracho, seguía farfullando.

Los tres nos reímos durante al menos un minuto; eran mis primeras carcajadas sobrias en casi diez años. De hecho, no recordaba cuándo había sido la última vez que me había reído tanto. Pero la anécdota, por supuesto, tenía un mensaje: por entonces George estaba sobrio hacía poco tiempo, lo que equivalía a decir que no estaba del todo sobrio. Por más que ya no bebiera aún actuaba como un borracho.

Recuperando al fin la compostura, George dijo:

—Bueno, eres un tipo inteligente, así que creo que has entendido la moraleja.

Asentí.

—Sí, querer matar a mi intervencionista no es propio de un hombre sobrio.

—Exacto —dijo—. No tiene nada de malo pensarlo, hablar de ello o incluso bromear al respecto. Pero llevarlo a cabo... ése es el punto en que surge la cuestión de la sobriedad. —Respiró hondo y exhaló poco a poco—. En este momento llevo sobrio más de veinte años y aún voy a las reuniones cada día. No es sólo para no beber alcohol, sino porque, para mí, estar sobrio significa mucho más que no emborracharse. Cuando voy a las reuniones y veo a los recién llegados como tú, me recuerda lo cerca del abismo que estoy, y qué fácil me sería caer. Me sirve como recordatorio diario de que no debo ni tocar una copa. Y ver a los veteranos, gente que lleva más de treinta años de sobriedad más que yo, me recuerda lo maravilloso que es este programa y cuántas vidas ha salvado.

Asentí para mostrar que comprendía, y dije:

—De todos modos no iba a matar a mi intervencionista. Sólo necesitaba hablar de ello, descargarme. —Me encogí de hombros y meneé la cabeza—. Supongo que ahora, al recordarlo, te asustarás de haberle hecho una cosa así a Kenton Rhodes. Con veinte años de sobriedad ahora le presentarías la otra mejilla a ese infeliz, ¿no?

George me miró con total incredulidad.

—¿Me estás tomando el pelo? Aun si llevara cien años de sobriedad le pegaría a ese hijo de puta. —Volvimos a prorrumpir en histéricas carcajadas. Y seguimos riendo y riendo durante todo ese maravilloso verano de 1997, mi primer verano de sobriedad.

De hecho, nunca dejé de reír, acompañado de la duquesa, mientras intimábamos cada vez más con George y Annette, y nuestros viejos amigos, uno por uno, iban desapareciendo de nuestras vidas. Cuando cumplí mi primer año de sobriedad, ya no estaba en contacto con casi ninguno de ellos. Aún veíamos a los Beall y a algunos de los antiguos amigos de Nadine. Pero ya no podía compartir mi existencia con personas como Elliot Lavigne, Danny Porush, Rob Lorusso y Todd y Carolyn Garret.

Claro que gente como Choza y Bonnie y Ross, y algunos otros amigos de la infancia, a veces aparecían para alguna cena o algo por el estilo. Pero las cosas nunca volverían a ser las mismas. El

tren de la Gran Vida había dejado de circular oficialmente y las drogas, que habían sido el elemento de cohesión, ya no nos unían. El lobo de Wall Street había muerto de sobredosis aquella noche de Boca Ratón, en la cocina de Dave y Laurie Beall. Y si quedaba algo de él se terminó de extinguir bajo la influencia de George B., quien me guió por el camino de la verdadera sobriedad.

Por supuesto que el proceso de exclusión no incluyó a Alan Lipsky, mi amigo más antiguo y querido, que estaba presente desde antes de todo esto, mucho antes de que se me ocurriera implementar mi propia versión de Wall Street en Long Island, llevando el desmadre y la locura a toda una generación de nativos de ese distrito. En el otoño de 1997 Alan vino a decirme que ya no aguantaba más, que estaba harto de hacer perder dinero a sus clientes y que prefería no hacer ningún esfuerzo por mantener con vida a Monroe Parker. Yo estaba totalmente de acuerdo, y Monroe Parker cerró al poco tiempo. A los pocos meses Biltmore siguió sus pasos, poniéndole fin a la era del strattonismo.

Fue por entonces que finalmente concluyó mi pleito con Steve Madden. Terminé por llegar a un acuerdo por poco más de cinco millones de dólares, lo cual distaba mucho del verdadero valor de las acciones. Aun así, como parte del acuerdo, Steve debió venderle mis acciones a un fideicomiso mutuo, de modo que ninguno de los dos obtuvo la totalidad de los beneficios. Y, aunque siempre consideré que quien se salió con la suya fue Steve Madden, lo cierto es que, en total, el negocio me produjo veinte millones de dólares, lo cual no estaba mal, incluso para mis monstruosos estándares.

Entretanto, la duquesa y yo llevábamos una vida más sosegada y modesta. Poco a poco fuimos reduciendo nuestro personal a niveles más razonables, lo que significa que sólo quedaron doce empleados. Los primeros en marcharse fueron María e Ignacio. Después les tocó a los Roccas, a quienes, aunque me caían bien, ya no consideraba necesarios. Al fin y al cabo ahora que no alimentaba mi paranoia con cocaína y qualuuds, tener seguridad privada en un vecindario sin delitos parecía un poco ridículo. Bo se tomó el despido con naturalidad, diciéndome que lo

único que importaba era que yo hubiese salido vivo de todo eso, cosa que lo alegraba. Y, aunque nunca lo dijo, creo que se sentía bastante culpable, aunque no creo que fuera consciente de la gravedad de mi adicción a las drogas. Al fin y al cabo, la duquesa y yo nos habíamos esmerado por ocultarla lo mejor posible, ¿no? O quizá todos supieran muy bien qué estaba ocurriendo, pero se dijeron que, mientras la gallina siguiese poniendo huevos de oro, ¿a quién le importaba que se estuviera matando?

Claro que Gwynne y Janet se quedaron, y jamás se mencionó el tema de que (después de la duquesa) hubiesen sido mis principales valedores. A veces, es mejor no remover el avispero. Janet era experta en enterrar el pasado; Gwynne era sureña y, bueno, enterrar el pasado es lo que se hace en el Sur. Fuera como fuese, las quería y sabía que ambas me querían. Lo cierto es que la adicción a las drogas es una enfermedad jodida, y las líneas del juicio correcto se difuminan cuando uno está en sus garras, y más cuando lo hace viviendo *Vidas de los ricos desequilibrados*.

Y, ya que hablamos de principales valedores, estaba, claro, la duquesa de Bay Ridge. A fin de cuentas resultó ser buena, ¿verdad? Fue la única que se enfrentó a mí, la única a la que le importé lo suficiente como para ponerse firme y decir: hasta aquí hemos llegado.

Pero cumplido mi primer año de sobriedad empecé a notar cambios en ella. A veces contemplaba su bello rostro sin que lo notase, y percibía una expresión distante en sus ojos, una especie de mirada perdida, con un matiz de tristeza. Me preguntaba qué pensaría en esos momentos, cuántos rencores no expresados albergaría contra mí, no sólo por el horrible episodio de las escaleras, sino por todo lo demás: los engaños, el adulterio, las veces que me quedé dormido en restaurantes, las brutales oscilaciones de ánimo que acompañan la adicción. Le pregunté a George qué creía que estaba pensando mi mujer y si le parecía que yo podía hacer algo al respecto.

Con cierta tristeza en la voz me dijo que todo el asunto aún no había terminado de desarrollarse, que era impensable que, después de lo que Nadine y yo habíamos pasado juntos, pudiéramos esconder todo bajo la alfombra y seguir adelante como si

nada. De hecho, en sus años de sobriedad nunca había oído nada como eso. La duquesa y yo habíamos abierto nuevos horizontes en materia de relaciones disfuncionales. Comparó a Nadine con el Vesubio: un volcán en reposo que puede entrar en erupción en cualquier momento. Lo que no se sabe es cuándo lo hará, ni con cuánta virulencia. Recomendó que fuésemos a terapia de pareja, cosa que no hicimos. En cambio, echamos tierra sobre el pasado y seguimos adelante.

A veces encontraba a la duquesa llorando; sentada sola en la sala de exhibición de ropa de maternidad, con lágrimas corriéndole por las mejillas. Cuando le preguntaba qué le ocurría, me decía que no entendía por qué todo eso había tenido que suceder. ¿Por qué le había vuelto la espalda, prefiriendo hundirme en las drogas? ¿Por qué la había tratado tan mal durante tantos años? ¿Y por qué era tan buen marido ahora? En cierto modo ello empeoraba las cosas, decía. Cada acto de bondad de mi parte la hacía sentir aún más resentimiento y preguntarse por qué no podía haberme comportado así durante todo nuestro matrimonio. Pero entonces hacíamos el amor, y todo volvía a estar bien... hasta la próxima vez que la sorprendía llorando.

Aun así, aún teníamos a nuestros niños, Chandler y Carter, y encontrábamos solaz en ellos. Carter acababa de festejar su tercer cumpleaños. Estaba más guapo que nunca, con su cabello platino y sus increíbles pestañas. Era un niño de Dios, que gozaba de una protección especial desde aquel terrible día en el hospital North Shore, cuando nos dijeron que crecería privado de sus facultades. Lo irónico era que, a partir de entonces, nunca tuvo ni un resfriado. El agujero de su corazón casi estaba cerrado y jamás le produjo problema alguno.

¿Y Chandler? ¿Cómo estaba mi muñequita, la ex bebé genio, la que había curado la pupa de papá con un beso? En algún momento se había ganado el apodo de «la CIA» porque se pasaba buena parte del día oyendo las conversaciones ajenas y recogiendo información. Acababa de cumplir los cinco años y era muy adelantada para su edad. Era toda una vendedora, y recurría al sutil poder de la sugestión para ejercer su voluntad sobre mí, cosa que, debo admitir, yo no le hacía demasiado difícil.

A veces me quedaba mirándola mientras dormía, preguntándome qué recordaría del desbarajuste y la locura que rodearon sus primeros cuatro años, ese período formativo de crucial importancia. La duquesa y yo siempre procuramos protegerla, pero los niños son observadores particularmente agudos. De hecho, de vez en cuando, Channy, por algún motivo, sacaba a colación el episodio de las escaleras, comentando siempre qué feliz estaba de que yo hubiese ido a «Atlántica» para que mamá y papá volvieran a estar bien. En tales momentos yo me echaba a llorar en mi fuero interno, pero ella siempre cambiaba de tema enseguida, pasando a hablar de cosas irrelevantes, como si el recuerdo no la tocase en lo más vivo. Algún día yo tendría que explicar muchas cosas; no sólo lo de las escaleras, sino todo lo demás. Pero ya habría tiempo, mucho tiempo, para hacerlo y, mientras tanto, lo más prudente parecía ser dejarla disfrutar de la beatitud de la ignorancia infantil, al menos por un tiempo más.

Una tarde, Channy y yo estábamos en la cocina de Old Brookville. Ella me tiraba de los pantalones diciendo:

—¡Quiero ir a Blockbuster a buscar el nuevo vídeo de *Rugrats*! ¡Me lo prometiste!

Lo cierto era que yo no le había prometido nada, pero su afirmación me hizo respetarla aún más. Mi hija de cinco años era una consumada vendedora, y pretendía persuadirme de modo activo, desde una posición de fuerza, no de debilidad. Eran las siete y media de la tarde.

—Bueno —le dije—, vamos ahora, antes de que mamá llegue a casa. ¡Vamos, muñeca! —le tendí los brazos y, saltando a ellos, me enlazó los suyos en torno al cuello con una deliciosa risita.

—¡Vamos, papi! ¡Date prisa!

Le sonreí a mi perfecta hija e inhalé profundamente. Su aroma era delicioso. Chandler era hermosa, por dentro y por fuera, y no me cabía duda de que llegaría a ser una mujer fuerte, que dejaría su marca en el mundo. Había algo en ella, cierto fulgor en los ojos que tuvo desde el día que nació, que me decía que era así.

Decidimos ir en mi pequeño Mercedes, su coche favorito,

cuya capota bajamos para disfrutar de esa hermosa tarde de verano. Faltaba poco para el primero de mayo, y el tiempo era muy bueno. Era una noche despejada y sin viento y en el aire se olía un presagio de otoño. A diferencia de ese día fatal, hacía dieciséis meses, le puse el cinturón de seguridad a mi preciosa hija y salí por la senda de entrada sin chocar contra nada.

Cuando pasamos por entre los pilares de piedra del portón, noté un coche estacionado frente a mi propiedad. Era un sedán de cuatro puertas, un Oldsmobile, tal vez. Cuando pasé frente a él, un hombre blanco de edad mediana, de cráneo estrecho y corto cabello gris peinado con raya al costado, sacó la cabeza por la ventanilla del conductor y dijo:

—Disculpe, ¿ésta es Cryder Lane?

Pisé el freno. ¿Cryder Lane?, pensé. ¿De qué habla? No había ninguna calle que se llamara así en Old Brookville ni, por cierto, en ningún lugar de Locust Valley. Miré a Channy y sentí una punzada de pánico. Deseé que los Roccas aún trabajasen para mí. Había algo extraño y perturbador en la situación.

Meneé la cabeza y dije.

—No, esto es Pin Oak Court. No conozco ninguna Cryder Lane. —En ese momento vi que había otras tres personas en el coche, y mi corazón se desbocó... ¡Mierda! venían a secuestrar a Channy!... Tendí el brazo, cruzándolo por sobre el pecho de Chandler y mirándola a los ojos dije—: ¡Sujétate, cariño! Cuando me disponía a pisar a fondo el acelerador, la puerta trasera del viejo Oldsmobile se abrió y una mujer salió del auto. Sonrió, me saludó con la mano y dijo:

—Tranquilo, Jordan. No te vamos a hacer nada malo. Por favor, no te vayas. —Volvió a sonreír.

Frené.

—¿Qué quiere? —le pregunté secamente.

—Somos del FBI —dijo. Sacó una billetera de cuero negro del bolsillo y la abrió. Miré... y, en efecto, esas feas tres letras me miraban a los ojos: F-B-I. Eran grandes letras de molde, color azul claro, y tenían escrito algún texto de aspecto oficial por arriba y por debajo. Un instante después el hombre del cráneo angosto mostraba sus propias credenciales.

Sonreí con ironía y dije:

—Supongo que no están aquí para pedirme un poco azúcar, ¿no?

Ambos menearon la cabeza a modo de negativa. En ese momento los otros dos agentes emergieron del Oldsmobile, enseñando sus credenciales. La mujer de apariencia bondadosa dijo:

—Creo que deberías dar la vuelta y llevar a tu hija a la casa. Necesitamos hablar contigo.

—No hay problema —dije—. Y, por cierto, gracias. Aprecio su actitud.

La mujer asintió con la cabeza, aceptando mi agradecimiento por el hecho de que no hicieran una escena frente a mi hija. Pregunté:

—¿Dónde está el agente Coleman? Después de todos estos años me muero por conocerlo.

La mujer volvió a sonreír.

—Estoy segura de que el sentimiento es recíproco. Pronto estará aquí.

Asentí, resignado. Había llegado el momento de darle la mala noticia a Chandler: no habría *Rugrats* esa noche. De hecho, tenía la leve sospecha de que habría otros cambios de planes, ninguno de los cuales le agradaría; para empezar, la ausencia temporal de papá.

Miré a Channy y dije:

—No podemos ir al Blockbuster, cariño. Tengo que hablar un poco con esta gente.

Entornó los ojos y apretó los dientes. Se puso a chillar:

—¡No! ¡Me lo prometiste! ¡Estás rompiendo tu palabra! ¡Quiero ir al Blockbuster! ¡Me lo prometiste!

Siguió gritando mientras íbamos de regreso a la casa. Y lo siguió haciendo cuando entramos en la cocina y se la entregué a Gwynne, a quien le dije:

—Llama a Nadine al móvil; dile que el FBI está aquí y que me están arrestando.

Gwynne asintió en silencio y se llevó a Chandler a la planta alta. En cuanto Chandler desapareció, la bondadosa agente del FBI dijo:

—Está usted arrestado por fraude financiero, lavado de dinero y...

Bla, bla, bla, pensé, mientras me ponían las esposas y recitaban la lista de mis crímenes contra la humanidad, Dios, y todo lo demás. Pero sus palabras pasaban frente a mí como una brisa. No tenían el menor sentido o, al menos, no valía la pena prestarles atención. Al fin y al cabo, yo sabía qué había hecho y también que me merecía lo que me ocurriría, fuera lo que fuese. Por otra parte no me faltaría tiempo para repasar la orden de arresto con mi abogado.

En minutos había no menos de veinte agentes del FBI en mi casa, con sus equipos completos: pistolas, chalecos antibalas, munición adicional, de todo. Tenía su gracia, pensé, que se vistieran así, como si estuviesen llevando a cabo una misión de alto riesgo.

Y unos minutos después, por fin apareció el agente especial Gregory Coleman. Quedé impactado. Parecía un muchacho. No era mayor que yo. Tenía más o menos mi misma estatura, cabello castaño corto, ojos muy oscuros, rasgos regulares y contextura mediana.

Sonrió al verme. Luego, me tendió la mano y nos estrechamos las manos, aunque, dado que yo estaba esposado, no nos resultó demasiado fácil. En tono de respeto dijo:

—Tengo que decirte que eres un adversario lleno de recursos. Debo haber golpeado cien puertas sin encontrar a nadie que quisiera atestiguar contra ti. —Meneó la cabeza, impresionado por la lealtad de los strattonitas. Añadió—: Pensé que te gustaría saberlo.

Me encogí de hombros y dije:

—Bueno, sí, el dinero fácil hace que la gente actúe así, ¿no te parece?

Volvió las comisuras de la boca hacia abajo y dijo:

—Ya lo creo.

En ese momento, la duquesa entró a la carrera. A pesar de que tenía lágrimas en los ojos, lucía bellísima. Aun en el momento de mi arresto no pude dejar de echarle un vistazo a sus piernas. Quién sabe cuándo volvería a verlas. Mientras se me lleva-

ban, esposado, la duquesa me dio un mínimo beso en la mejilla y me dijo que no me preocupara. Asentí y le dije que la amaba, que siempre la amaría. Y me fui. No tenía ni idea de adónde me llevaban, pero supuse que a algún lugar de Manhattan, a aguardar mi comparecencia ante un juez federal al día siguiente.

Al recordarlo, me doy cuenta de que sentí algún alivio al pensar que el desmadre y la locura serían, por fin, cosa del pasado. Cumpliría con mi condena y saldría, sobrio y aún joven, a reunirme con mis dos hijos y con la mujer de buen corazón que me acompañaría en las buenas y en las malas.

Todo saldría bien.

Epílogo

Los traidores

Sí, hubiera sido agradable que la duquesa y yo viviésemos felices por siempre jamás, que yo cumpliera con mi condena y que, cuando saliese, me aguardara para estrecharme en un emocionado abrazo amoroso. Pero no, a diferencia de los cuentos de hadas, esta parte de la historia no termina bien.

El juez fijó mi fianza en diez millones de dólares, y fue entonces, en los peldaños del tribunal, que la duquesa dejó caer la bomba atómica sobre mí.

Con glacial frialdad dijo:

—Ya no te amo. Todo nuestro matrimonio fue una mentira.
—Luego, giró sobre sus talones y llamó a su abogado con su móvil.

Por supuesto que procuré razonar con ella, pero fue en vano. Entre minúsculos sollozos fingidos dijo:

—El amor es como una estatua; le puedes ir quitando trocitos, pero al final no quedará nada.

«Sí, tal vez sea cierto», pensé, «pero esperaste a que me procesaran para llegar a esa conclusión, itraidora perra cazafortunas!»

En fin... Nos separamos unas semanas después y yo me exilié en nuestra fabulosa casa de veraneo de Southampton. Era un lu-

gar de lo más bonito para contemplar cómo los muros de la realidad se derrumbaban sobre mí. Oía el rumor de las olas del océano Atlántico y miraba los arrebatadores ocasos sobre la bahía de Shinnecock mientras mi vida se caía a pedazos.

Entretanto, en el frente legal, las cosas eran aún peores. Llevaba cuatro días en libertad cuando el fiscal federal llamó a mi abogado y le dijo que si yo no me declaraba culpable y aceptaba ser testigo del gobierno, la duquesa también sería procesada. Y aunque no especificó qué cargos se le podían imputar, supuse que se trataría de conspirar para gastar obscenas cantidades de dinero. Al fin y al cabo, ¿de qué más era culpable?

De cualquier modo, el mundo estaba al revés. ¿Cómo pretendían que yo, el eslabón más alto de la cadena alimentaria, delatase a todos los que tenía por debajo de mí? ¿Que entregara a una miríada de pececillos compensaba el hecho de que yo fuese el más gordo de los peces? ¿Era una cuestión de aritmética? ¿Cincuenta peces de colores equivalían a una ballena?

Cooperar significaba que yo tendría que usar un micrófono oculto, testificar en juicios y presentarme como testigo contra mis amigos. Tendría que contarle todo, revelar hasta la última fechoría financiera que hubiese cometido en la última década. Era una idea terrible. Pero ¿qué opción tenía? Si no cooperaba, procesarían a la duquesa y se la llevarían esposada.

La duquesa arrestada y esposada. Al principio me pareció una perspectiva bastante agradable. Tal vez recapacitara sobre su decisión de divorciarse si la procesaban, ¿no? Estaríamos juntos en ese barco. E indudablemente sería un botín mucho menos codiciable para cualquier otro hombre si debía presentarse cada mes a un funcionario encargado de supervisar su libertad condicional.

Pero no, no podía permitir que eso ocurriera. Era la madre de mis hijos, y no había más que añadir.

Mi abogado amortiguó el golpe explicándome que todos colaboran en casos como el mío. Que si iba a juicio y perdía, me caerían treinta años de cárcel. Y que si directamente me declaraba culpable, me condenarían a seis o siete años, y la duquesa quedaría expuesta, lo cual era totalmente inaceptable.

Así que cooperé.

Danny también fue procesado; también él cooperó, como también lo hicieron los muchachos de Biltmore y Monroe Parker. Danny terminó por cumplir una condena de veinte meses, y los demás quedaron en libertad condicional. El siguiente en ser procesado fue el Chino Depravado. También él colaboró, y fue condenado a ocho años de cárcel. Luego, les llegó el turno a Steve Madden, el Zapatero Asaltante, y a Elliot Lavigne, el Degenerado de Categoría Mundial. Ambos se declararon culpables. A Elliot le cayeron tres años de cárcel; a Steve, tres y medio. Y, por fin, le tocó a Dennis Gaito, el Chef de Jersey. Fue a juicio y perdió. Lamentablemente, el juez lo condenó a diez años de prisión.

Andy Greene, alias Choza, quedó libre de culpa y cargo. Y Kenny Greene, alias Cabeza Cuadrada, también. Pero, al parecer, le era imposible mantener la mano fuera de la lata de las galletas, y muchos años después fue procesado por un caso de fraude bursátil que no tuvo nada que ver con Stratton. Como el resto del clan, cooperó; pasó un año preso.

Entretanto, la duquesa y yo volvimos a enamorarnos. Pero, desgraciadamente, no el uno del otro, sino de otras personas. Yo llegué incluso a comprometerme, pero me eché atrás en el último momento. Ella sí volvió a casarse, y sigue casada hasta el día de hoy. Vive en California, a pocos kilómetros de donde vivo yo. Tras algunos años difíciles, la duquesa y yo terminamos por hacer las paces. Ahora nos llevamos muy bien, en parte porque da la casualidad de que es una gran mujer, y en parte porque da la casualidad de que su marido es un gran hombre. Compartimos la custodia de nuestros hijos, a quienes veo casi a diario.

Increíblemente, transcurrieron cinco años entre el comienzo de mi proceso y mi ingreso efectivo en la cárcel. Pasé veintidós meses en un instituto penitenciario federal. Lo que jamás hubiese podido suponer es que esos últimos cinco años serían tan delirantes como los que los precedieron. Pero así fue.

Agradecimientos

Infinitas gracias a mi agente literario, Joel Gotler, quien, tras leer tres páginas de un borrador muy poco elaborado, me dijo que dejara todo lo que estaba haciendo y dedicara todo mi tiempo a escribir. Fue mi entrenador, consejero, psiquiatra y, sobre todo, amigo de verdad. Sin él, el presente libro no habría sido escrito. Así que, si tu nombre aparece en estas páginas, no me culpes a mí, sino a él.

También quiero agradecerle a mi editor, Irwyn Applebaum, quien creyó en mí desde el principio. Su voto de confianza lo fue todo para mí.

Y mi eterno agradecimiento a mi revisora Danielle Perez, quien trabajó por tres, convirtiendo un manuscrito de mil doscientas páginas en un libro de quinientas. Es una mujer asombrosa, con una elegancia y una gracia muy particulares. Durante los pasados nueve meses, la frase que más me repitió fue: «¡No me gustaría ver tu hígado!»

Muchas gracias a Alexandra Milchan, mi ejército de una sola mujer. Si todos los escritores tuviesen la suerte de contar con una Alexandra Milchan, serían muchos menos los que se mueren de hambre. Es dura, buena, brillante y tan bella por dentro como por fuera. Es una digna hija de su padre.

También les agradezco a mis buenos amigos Scott Lambert, Johnnie Marine, Michael Peragine, Kira Randazzo, Marc Glazier, Faye Greene, Beth Gotler, John Macaluso y todos los camareros y camareras de los restaurantes y cafés donde escribí este libro; las chicas de Chaya y Skybar y Coffee Bean, y a Joe, de Il Bocaccio.

Y, finalmente, quiero agradecerle a mi ex esposa, la Duquesa de Bay Ridge. Siempre será la mejor, a pesar de que aún me da órdenes como si siguiésemos casados.

